WILHELM FILCHNER

EN EL INFIERNO DE NEPAL

Versión española por
FRANCISCO PAYAROLS

EDITORIAL LABOR, S. A.
BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES - RIO DE JANEIRO
MÉXICO - MONTEVIDEO

Con 50 ilustraciones en 32 láminas y 11 mapas

Primera edición : 1957
Reimpresión : 1965

Título de la obra original:
Filchner, IN DER FIEBERHÖLLE NEPALS
Editada por EBERHARD BROCKHAUS, WIESBADEN

© EDITORIAL LABOR, S. A. : CALABRIA, 235 - 239, BARCELONA - 15

Depósito Legal : B. 21555 - 1965. N.º Registro : 5809 - 1956. PRINTED IN SPAIN
TALLERES GRÁFICOS HOSTENCH : CÓRCEGA, 231 - 233 : BARCELONA - 11

Testimonio de gratitud
a mis amigos zuriqueses
Dr. Curt H. Brunner y
Señora, D.ª Elena Brunner

Prólogo

Los trabajos de Geofísica que he efectuado en el Estado himalayano del Nepal consistieron, esencialmente, en una triangulación geomagnética del país. Las condiciones en que ésta se llevó a cabo fueron en extremo desfavorables. Por una parte, el Maharajá reinante a la sazón pretendía asociar los intereses económicos a las investigaciones científicas, sin prestar atención a las peculiaridades de la investigación geofísica; por la otra, mis actividades se vieron entorpecidas por la guerra europea, que estalló al cabo de medio año de mi llegada a Katmandu, dificultando mis expediciones con toda clase de trabas y coartando mi libertad de trabajo.

Si, a pesar de todos los obstáculos, he logrado alcanzar — siquiera en parte — los objetivos que me había propuesto, y realizar mi programa de modo que me permita decir que mi esfuerzo no ha sido vano, lo debo a la circunstancia de haberme sabido mantener al margen de todo compromiso oficial con Alemania y haber asumido la plena responsabilidad de mis decisiones y actos. Al mismo tiempo, me esforcé siempre en velar por los intereses de mi país, con el propósito de que al término de mi labor pudiera caberme una fundada esperanza de asegurar a Alemania una parte en la penetración económica del Nepal. El resultado de la guerra dio al traste con todas estas esperanzas.

Terminado el conflicto, el gobierno nepalense me invitó a proseguir mi tarea. Aunque el desenvolvimiento político experimentado por el Nepal después de 1941 autorizaba la esperanza de que las condiciones fueran más favorables, declíné el ofrecimiento, decidiéndome por una labor más apremiante: la de dedicarme, en la hospitalaria Suiza, a elaborar todos los resultados científicos adquiridos en Nepal, para hacerlos útiles a la Ciencia y a los investigadores que me sucedan en la labor. Pienso, sobre todo, en la misión suiza que poco ha regresó de aquellas tierras con un valioso material fotogramétrico, geológico y económico-científico y que en breve ha de reanudar sus actividades.

El Autor

ÍNDICE DE MATERIAS

		Págs.
	Prólogo	7
I.	Una capital sin ferrocarril. — Hacia Katmandu en silla de manos	11
II.	En Katmandu. — Audiencia con el Maharajá. — Conferencia y exigencias	62
III.	Expedición al Nepal Occidental (véase mapa Nautanwa-Thanthap)	77
IV.	Preparativos de la expedición al Terai Oriental (Morang).	134
V.	Expedición al Terai Oriental (Morang). Amlejgani. — Sapt Kosi	155
VI.	Expedición al Terai Oriental (Morang). — Por el Sapt-Kosi al distrito de Biratnagar	193
VII.	Expedición al Terai Oriental (Morang). — Distrito de Yhapa. — Problemas hidrográficos. — Morang Oriental.	239
VIII.	Expedición al Terai Oriental (Morang). — El fatídico campamento de Anarmuni. — Caigo gravemente enfermo. — Regreso a Katmandu	265
IX.	Enfermo en Katmandu. — Disonancias. — Salida para la India	303

ÍNDICE DE MAPAS

	Págs.
Mapa general al 1 : 3 500 000	Contracubierta
Itinerario Raxaul-Amlejani-Katmandu	23
Croquis provisional Bhimpedi-Thankot (1.ª parte)	31
Detalle del croquis anterior	34
Croquis provisional Bhimpedi-Thankot (2.ª parte)	44
Croquis provisional Bhimpedi-Thankot (3.ª parte)	51
Mapa Nautanwa-Thanthap	79
Mapa de Morang, I	160
Mapa de Morang, II	173
Mapa de Morang, III	195

I

Una capital sin ferrocarril. — Hacia Katmandu en silla de manos

Érase una vez un hombre que, cargado con una montaña de bultos y maletas, efectuaba el viaje de Budapest a Berlín. En un villorrio perdido, a mitad de camino entre Dresde y Berlín, digamos en Kirchhain-Doberlugk, le hicieron apearse, y un empleado del ferrocarril le rogó cortésmente que prosiguiese hasta la capital andando.

— ¿Por qué? — preguntó el hombre, amoscado. A lo que replicó el jefe de estación con indulgente sonrisa :

— Porque la línea termina aquí.

— ¿Cómo? — bramó el viajero —, ¿a 80 km. de Berlín no hay ferrocarril?

— No, ni siquiera raíles. Pero si le molesta ir a pie, puede contratar a un par de mozos que le lleven a cuestas a Berlín.

— ¿Que me lleven?

— Claro, en una silla de manos o algo así.

— ¿Y el equipaje? —. El jefe de estación señaló con el dedo un punto del espacio :

— ¿Ve usted aquellos postes? Es un funicular que va hasta Berlín. Por una tarifa modesta nos encargaríamos de transportarle el equipaje.

Si obsequio al desconcertado lector con esta peregrina historieta, lo hago para iniciar la narración de mis aventuras y expediciones por el reino prohibido de Nepal con una humorística comparación con Centroeuropa : de aquel curioso, para no decir grotesco, modo suele llegar a Katmandu, la capital del Estado del Nepal, situado en pleno Himalaya, el europeo o forastero en general, procedente de la India. Debo añadir la salvedad de que un europeo o forastero en general sólo podrá entrar en Nepal y plantearse el problema de cómo salvar los ochenta kilómetros que separan la frontera de la

capital del país, si lleva en su bolsillo un «¡Sésamo, ábrete!», es decir, un pasaporte y una invitación del Maharajá.

No hay carreteras que vayan de la India hasta Katmandu, capital del Nepal, como no hay ferrocarriles ni barcos. Katmandu, ciudad de 108 000 habitantes, posee palacios del gobierno e innúmeros templos, un parque zoológico, un castillo e iluminación eléctrica en las calles; pero no tiene estación ferroviaria tal como nosotros la entendemos. Quien desee trasladarse de Katmandu a Delhi o Benares, debe empezar haciendo una marcha de 80 km. hasta la primera estación de ferrocarril. La correspondencia que sale de Nepal con destino a la India es transportada por mensajeros semidesnudos, sin más arma que un largo bastón, a través de selvas montañosas, con pasos de más de 2000 m. de altitud y por entre la jungla palúdica, hasta el pueblo de Bhimpedi, desde el cual seguirá en dirección a la India, cargada en camiones.

No omitiré que en Nepal existe un pequeño tramo de vía férrea, pero no se trata, ni mucho menos, de una línea que vaya desde la India hasta el corazón del Estado himalayo, sino simplemente de un ramal, una derivación de la red india que arranca de Bengala, un ferrocarril de vía estrecha que va de Raxaul a Amlejgani y se interrumpe bruscamente ante la selva virgen del Terai. En honor a la verdad diré también que en el curso de mis correrías por el Nepal me topé con otras «líneas férreas», diminutos ferrocarriles rurales primorosamente construídos, de unas pocas docenas de kilómetros de longitud, que van de los distritos forestales y agrícolas a la frontera india, y cuya misión es transportar la modesta cantidad de arroz y maderas preciosas que forman el grueso de la exportación. Para dejar cerrado, ya en esta introducción, el capítulo sobre las «comunicaciones nepalenses», citaré, finalmente, la «red de carreteras automovilísticas», trazada en una llanura central rodeada de cordilleras y que puede dominarse en su totalidad desde el paso de Chandragiri. Es la llanura donde se halla la capital del país, el valle de Katmandu. En el panorama de las calles de la ciudad los automóviles no son raros, y partiendo del centro, uno puede dirigir su Ford en las cuatro direcciones cardinales, en una carrera de media horita; pero su viaje de placer pronto llega a su fin, pues ninguna carretera cruza las cadenas periféricas que rodean el valle ni salva los glaciares del Himalaya. No hay en Nepal industria automovilística, y todos los coches deben ser importados; importados en el

sentido etimológico de la palabra: traídos a cuestas. Los autos se embalan en Bhimpedi, o montados sobre grandes angarillas, desmontados y metidos en cajas. 50 ó 60 porteadores los transportan a hombros, a través de las montañas, hasta la cuenca de Katmandu. Todo se lleva por este procedimiento: armarios, mesas, hornos, camas, monumentos y pianos. Los porteadores de Nepal pasan por los mejores del mundo.

Así, pues, comparado con todos los demás países civilizados de la Tierra, el Nepal es, en cuanto a la técnica de tráfico, la Cenicienta. Lo más sorprendente es que el Gobierno nepalense se dé por satisfecho con esta situación. El Nepal lleva siglos arreglándose de este modo; ¿por qué no ha de hacerlo en lo sucesivo? Para el Maharajá sería un juego de niños llamar a un grupo de ingenieros europeos o americanos y dotar a su montañoso país de una red de comunicaciones, con puentes y túneles modernísimos, que en un momento colocaría a su nación en primerísimo lugar entre los países «abiertos». Pero el Maharajá no lo quiere, ni lo quiere el Gobierno, ni tampoco el pueblo. A su tiempo diremos unas palabras sobre el porqué de esta negativa.

He aquí, pues, que al atardecer del 5 de marzo de 1939 hallábame yo en la estación de Raxaul contemplando, con gran interés, la alta reja de hierro que separa la mitad india de la estación de su mitad nepalense. Me disponía a penetrar en el misterioso reino de Nepal, un país que hasta ahora, y desde hace siglos, ha conseguido mantener sus puertas cerradas a la civilización occidental, a pesar de la insistencia con que ésta ha llamado a ellas. Ninguna empresa económica inglesa, americana o de otro país ha logrado asentarse en el Nepal, sacar a luz los tesoros fabulosos de su suelo y, montando unas industrias perfectamente desarrolladas, dar suelta al río de oro que de ellas brotaría. Salvo contadísimas excepciones, el Nepal no ha tolerado científicos, misioneros ni exploradores. Los pocos que pudieron visitar el país, sin apartarse de las rutas que se les señalaron, fueron objeto de especial vigilancia, y con frecuencia se ha dado el caso de que un europeo, al intentar sacar una fotografía en lo que parecía plena selva virgen, se ha visto sorprendido por la súbita aparición de un policía gurja que, saliendo bruscamente de la maleza, le ha recordado la prohibición de utilizar la cámara fotográfica. Hace 150 años residieron en el Nepal unos monjes capuchinos. Durante un tiempo se toleró sus actividades misionales, pero luego se les expulsó del país. Cuando, en

1933, una expedición inglesa al Everest, la montaña más alta del mundo, se propuso atacarla por el Sur, es decir, por el lado de Nepal, el Gobierno le negó el derecho de paso, y los exploradores hubieron de resignarse a efectuar un largo rodeo por Sikkim. El único europeo que hasta la hora actual puede permitirse una larga residencia, agradable y sin obstáculos, en aquellas tierras, es el embajador de Inglaterra.

En el curso de mi relato tendré oportunidad de consignar, sacándolos de mis propias aventuras, algunos ejemplos de la penuria de comunicaciones, por no decir del sabotaje y xenofobia oficiales, demostrando que se trata de una acción metódica, de la aplicación de un sistema que asegura ventajas innegables al país, pero que impide al resto del mundo civilizado la investigación consciente y científica de su morfología global, llena de atractivos y seguramente de enorme interés para el progreso de la Ciencia. Después de 1945, los ingleses abandonaron la India, la cual en un santiamén ha vuelto a convertirse en « asiática ». Si el Nepal, este pequeño y desconfiado vecino del enorme triángulo otrora angloindio, se empeñará en seguir en su « espléndido aislamiento », es cosa que dirá el futuro. En 1939 parecía como si mi llamamiento iniciase la ruptura de la tradición ; pero fue sólo una apariencia.

En pocas palabras diré cómo ocurrió el referido llamamiento. Yo estoy especializado en las cuestiones de magnetismo terrestre. En 1939 llevaba realizadas dos grandes expediciones en las que llevé a cabo la medición geomagnética del Asia Central (Turquestán Oriental, Sing-Kiang, Tibet, noroeste de China) y, al conectar esta amplia red de muchos centenares de estaciones magnéticas a las correspondientes soviética, china y angloindia, eliminé del mapamundi una gran « mancha blanca ». Me quedaban por efectuar investigaciones geofísicas complementarias en el noroeste de la India y de Persia. Para darles cima, organicé una nueva expedición y, habiendo salido de Alemania en los primeros días de enero de 1939, me dirigí a la India, y en Calcuta efectué mis preparativos. Llegóme allí la consulta del Gobierno nepalense, en la que se me preguntaba si tenía interés en realizar mediciones geomagnéticas en el Nepal. Era, indudablemente, para un investigador, una oportunidad que no se presenta todos los días ; pues el Nepal, en el aspecto geomagnético, era un « blanco » absoluto. El país presenta aún hoy estos « blancos » en otros varios aspectos, lo cual no debe sorprender a nadie

si se tiene en cuenta el hermetismo y aislamiento de que antes hablé. Geográficamente, Nepal presenta todavía numerosas « manchas blancas », sobre todo en su parte occidental. En el curso de mis ulteriores viajes por el país tuve ocasión de cruzar varias de aquellas manchas, cuyos habitantes no conocían a los europeos ni de vista, ni siquiera de oídas. Pero también en los aspectos geológico y meteorológico sigue siendo el Nepal una mancha blanca. La curiosidad nepalense por los fenómenos meteorológicos se satisface con saber que el monzón llega a fines de junio. Lo cual no deja de sorprender; pues para darse cuenta de lo que es y significa un servicio meteorológico exacto para un gran Estado, Nepal no tiene más que asomarse a la ventana. Lo que Inglaterra ha realizado en la India, sólo en meteorología, es una obra cultural de primer rango.

Queda todavía por nombrar otra laguna en la ciencia nepalense; laguna que seguramente el Maharajá y sus consejeros desearían ver colmada lo antes posible. Me refiero al estudio del subsuelo. ¿Qué puede ofrecer el subsuelo nepalense? Circulan leyendas y se cuentan prodigios sobre los tesoros que, al parecer, duermen en el seno de aquella antesala del Himalaya. Pero antes de que entre en escena el prospector de minerales, el geólogo tiene que haber terminado su trabajo, y antes que el geólogo es el investigador del magnetismo terrestre quien ha de entrar en funciones. Esta sucesión de trabajo es la recomendable, pues cada uno de los especialistas se ha de basar en los resultados obtenidos por el otro.

En 1938, el agregado técnico comercial del cónsul general de Alemania en Calcuta, llamado Rasmuss, fue autorizado a visitar el Nepal, y en el curso de su visita aconsejó al Gobierno la realización de un « magnetic survey », la medición geomagnética del país, como condición previa para una exploración a fondo del subsuelo. El Maharajá y sus ministros se entusiasmaron ante la proposición, y poco después recibí yo en Calcuta la invitación de trasladarme a Katmandu. Después de pensarlo detenidamente, me resolví a aplazar mis proyectos primitivos y aceptar el interesante y honroso encargo del Gobierno nepalense.

El conde de Podewil, a la sazón cónsul general de Alemania en la India, juzgó conveniente que el agregado comercial alemán me acompañase al Nepal y me presentase al Maharajá. Así fue cómo, el 4 de marzo de 1939, desmonté mi tienda de campaña de Calcuta y, en compañía de Carl

Rasmuss, emprendí el camino del Himalaya. El expreso de North Bihar nos condujo a través de Bengala hasta Mohamed Gat, en la orilla sur del Ganges (provincia de Bihar). Un vaporcito nos llevó a la margen opuesta del caudaloso río, y por Muzaffarpur y Sagauli proseguimos el viaje hasta Raxaul, la estación fronteriza entre India y Nepal, situada a 200 m. de altitud (1).

Y henos allí, al atardecer del 5 de marzo, rodeados de mi voluminoso equipaje y llenos de esperanza y expectación. Como Rasmuss no tenía aún permiso de entrada, no hubo más remedio que resignarnos a una primera parada que duró varios días. Un funcionario nepalense nos acompañó al otro lado de la alta reja de hierro que parte en dos la estación de ambos países, y nos invitó a acomodarnos, de momento, en el cercano *bungalow* que sirve de residencia a los forasteros. Así lo hicimos. Era un edificio de piedra de un solo piso, con siete u ocho dormitorios. La primera comida fue excelente: pollo con *choucroute* y cerveza helada en latas. La primera noche, sin embargo, nos proporcionó muy poco descanso. Los mosquiteros disponibles estaban de tal modo agujereados, que los chupadores de sangre podían entrar y salir a sus anchas y cebarse a saciedad en nuestros fatigados cuerpos.

Sin embargo, aun sin mosquitos me hubiera sido imposible dormir en Raxaul, esta doble estación fronteriza, prosaica y aburrida; pues es la única estación de tránsito de todo el Nepal. En ella, las mercancías de importación llegadas por el ferrocarril indio de vía normal deben ser transbordadas al nepalense, de vía estrecha (un metro de ancho). Ni de día ni de noche se interrumpe el ajetreo en los almacenes, las largas rampas, los depósitos de locomotoras, los apartaderos, las carboneras. Centenares de bidones de petróleo estibados en un montón reflejan la luz del sol indio. El petróleo de la India va en cabeza de las importaciones nepalenses. El Nepal se ve obligado a comprar al extranjero muchísimos artículos de consumo de importancia vital: máquinas, artículos manufacturados, alimentos. A pesar de la fertilidad de su suelo,

(1) Todos los datos sobre altitudes consignados en el presente libro los debo al Dr. Toni Hagen, miembro de la Misión Suiza de Nepal, recién regresada de aquel país. Las alturas fueron calculadas con el aneroide. Las que yo calculé personalmente, en número de unas 700, me fueron confiscadas en la India. Al recuperar el material, resultó que, de todos los fajos que contenían las observaciones correspondientes a cada estación, se habían retirado las medidas altimétricas, registradas en un formulario especial. También observaré de paso que había desaparecido material particularmente valioso, relativo a la estación de registro.

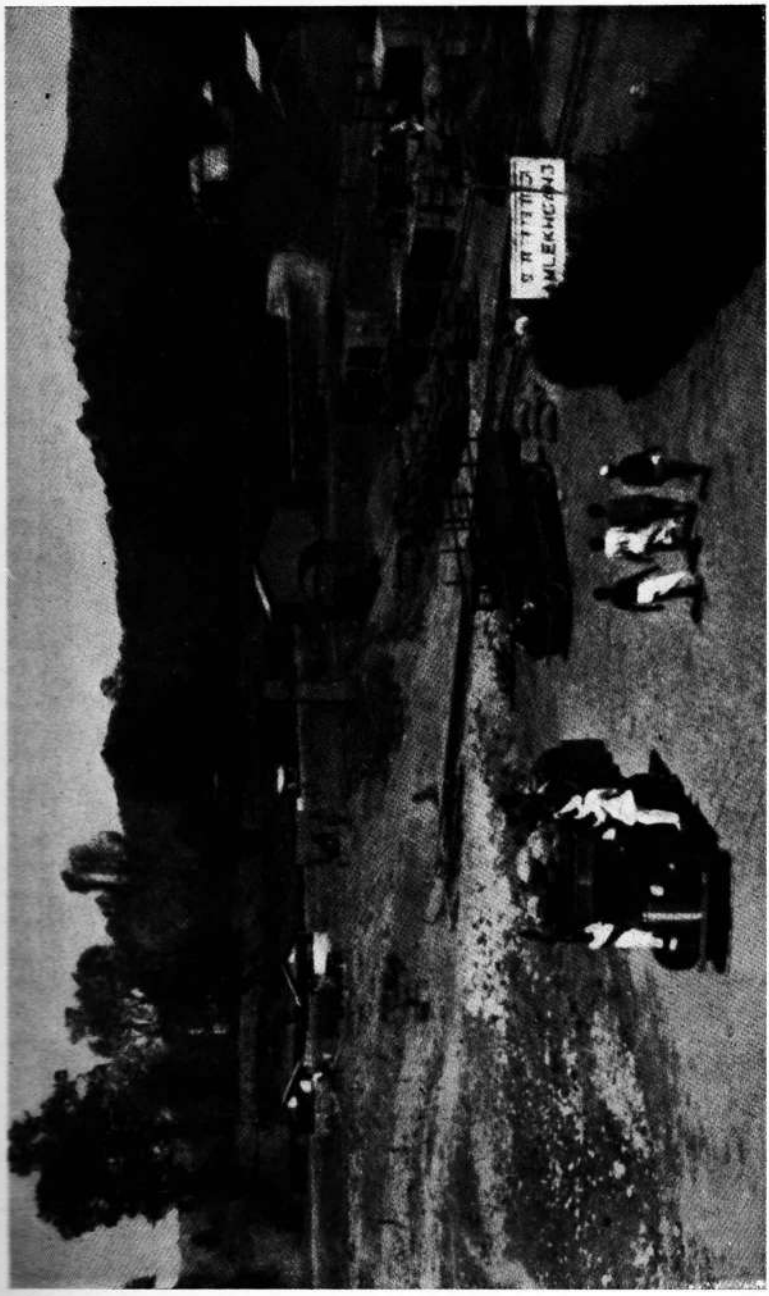


FIG. 1. Amlejgani. Término septentrional del ferrocarril del Nepal

FIG. 2. Bhimpedi. Porteadores repartiéndose las cargas

el pueblo nepalense no puede vivir de los productos de sus valles, primorosamente cultivados. En consecuencia, y con gran pesar del Gobierno, la balanza comercial es totalmente negativa, es decir, que sale menos de lo que entra. No son muy variados los artículos que Nepal vende a sus vecinos; entre todas las mercancías de exportación, la que mayores ingresos produce al Gobierno son las maderas preciosas de sus bosques. Siguen luego estimulantes y comestibles finos: albaricoques, naranjas, melocotones, ananás, nueces, granadas, jengibre y caña azucarera. En menor escala vienen los productos de artesanía: campanas, alfombras y papel de corteza.

A poca distancia de la mitad nepalense de la estación de Raxaul hay una oficina de telégrafos que transmite telefónicamente telegramas a Katmandu. De este modo nos pusimos en comunicación con el comandante fronterizo de la cercana localidad de Birgang, y le pedimos que tramitase el permiso de entrada en Katmandu para Rasmuss. Cuatro días más tarde llegó la respuesta: «Bienvenido Rasmuss». Así el 11 de marzo reemprendimos el viaje. Un abigarrado grupo de curiosos y desocupados siguió con mirada crítica la carga, efectuada a conciencia, de mi impedimenta, cuyas piezas más voluminosas eran dos o tres cajas de tres metros cúbicos de cabida. El furgón quedó tan lleno, que no quedó sitio para un maletín. Solícito y cortés, el jefe de estación nos acompañó al único compartimento de primera clase. El hombre era un «babu» bengalí que, al parecer, no se entregaba a la acción de la navaja más allá de una vez por semestre. Su enmarañada barba infundía pánico. Siendo nosotros los únicos viajeros, tuvimos el compartimento para nuestro uso exclusivo. Había sólo asientos laterales, con espacio para ocho personas; en ellos colocamos los instrumentos de medición, particularmente delicados. Las ventanas quedaron abiertas, y como fuese que el sol de la mañana calentaba ya con bastante intensidad, bajamos las persianas. Mis ojos se fijaron en una inscripción que aparecía en la pared: «¡Viva nuestro Maharajá!». En un recinto contiguo descubrimos una comodidad sorprendente: un diminuto cuarto de baño con ducha; pero la instalación no funcionaba. Por otra parte, habría sido incomprensible que el único ferrocarril nepalense, de vía única, hubiese constituído una excepción entre todas las instalaciones de ducha y lavabo de todos los ferrocarriles del mundo.

Ignoro si en el Nepal los trenes circulan con arreglo a un horario regular o si lo hacen obedeciendo al capricho y las

conveniencias de cada momento. En todo caso, eran las ocho de la mañana cuando, tras largas maniobras, silbidos, gritos y llamadas, la pequeña locomotora, felizmente enganchada a cuatro coches de viajeros, cuatro vagones especiales y un furgón, empezó a moverse en dirección Norte, penetrando en el malfamado Terai.

Presumo que el lector habrá observado, no sin cierta extrañeza, que hasta ahora he estado hablando del cómo y el porqué de mi viaje al Nepal, pero — y en contra de la usanza — no he dicho una sola palabra sobre el dónde. Y si mi estimado lector no hubiese recurrido ya al Globo terráqueo o al atlas, es más que probable que no pudiera decir con seguridad en qué rincón del mundo nos hallábamos los dos europeos (1).

El reino de Nepal se extiende, formando una línea con los otros dos Estados independientes de Butan y Sikkim, por las regiones de las montañas más altas de la Tierra, el Himalaya. Los tres Estados, denominados, en gracia a la brevedad, Estados himalayos, fueron fundados en el siglo XVIII por guerreros raiputas y, en el curso de su historia, llena de alternativas, han sabido mantener hasta la hora presente una independencia política bastante completa. Nepal se halla situado un poco al norte del trópico de Cáncer; el límite septentrional de la palmera discurre a lo largo de la cordillera del Himalaya, o sea, dicho en otras palabras: el Nepal está en la zona subtropical, en la faja climática del Globo que hace de transición entre el clima tropical y el templado de nuestras latitudes, y que se caracteriza por ardientes veranos, inviernos moderados y estación lluviosa suficiente. Como es fácil de comprobar con una ojeada al Globo terráqueo, Katmandu, la capital del Nepal, está en el mismo paralelo que atraviesa la punta meridional de la Península de Sinaí, Las Palmas (Islas Canarias), Miami, en Florida, y Santa Rosalía de California. La extensión y la cifra de la población del Nepal sólo pueden darse de un modo aproximado. En todo caso existen mapas a la escala de 1 : 240 000, que abarcan las regiones principales del país, y que son el meritorio resultado de unas mediciones sistemáticas efectuadas en 1925 por cuenta del Gobierno nepalense, bajo dirección británica. Estos mapas me han sido de gran utilidad en mis expediciones a las zonas oriental y occidental del país, a pesar de que, según pude compro-

(1) Véase el mapa del Nepal que va en las guardas.

bar, necesitarían ciertas correcciones; particularmente en lo relativo a los límites de la jungla del Terai, pues en el curso de los últimos veinticinco años algunas zonas vírgenes han sido conquistadas por la agricultura. En numerosos lugares hay ríos que han variado su curso, pantanos convertidos en tierras de labor, bosques que han sido talados y desbrozados. Y no terminan aquí las acometidas de los hombres: hanse abierto caminos, se han abandonado viejos poblados y fundado otros nuevos.

El reino de Nepal ocupa, a juzgar por los datos disponibles, una extensión de 140 000 km.^{2} en los que viven unos siete millones de almas. Con sus cincuenta habitantes por kilómetro cuadrado, el Nepal alcanza sólo el tercio de la densidad demográfica de Suiza, pero es cuatro veces mayor que ella. Los moradores están repartidos de un modo bastante diseminado pero uniforme; reunidos en pequeñas aldeas en las zonas de pantanos y selvas vírgenes, apiñados en pequeñas ciudades en los amplios valles y fértiles hondonadas, esparcidos en comunidades ganaderas aisladas en las praderas del pie del Himalaya. Un punto de particular densidad es el valle de Nepal, con las tres ciudades de Katmandu, Patan y Bhadgaon. Alberga 450 000 personas, es decir, la vigésima parte de la población total.

Nepal es un país montañoso, una grandiosa fortaleza natural. Sus fronteras del Oeste, Norte y Este se hallan aseguradas por muros de cordilleras, y la del Sur, por una faja, ancha de 20 a 50 km., de selva virgen y pantanos, que la protegen contra todo ataque procedente de la India. Esta zona, constituída por materiales de erosión más o menos finamente molidos, tan pronto ondulada como llana, ocupada por una jungla ora clara, ora impenetrable, se apoya en el Himalaya y sus primeras estribaciones, y bordea la cordillera desde el curso alto del Satleg hasta Butan, en un trecho de 1500 km. Es el tristemente célebre Terai, la principal zona de caza mayor del Asia y al mismo tiempo uno de los peores infiernos de paludismo del mundo. Visto desde el tren, este Terai se nos muestra como un paisaje agrícola apacible y totalmente inofensivo. A derecha e izquierda del trayecto se extiende la llanura cultivada, con sus arrozales, sus pozos, sus grupos de árboles y sectores de bosque, sus casas diseminadas y sus poblaciones. La mano del hombre ha abierto una brecha en la Naturaleza, ha empujado la jungla, y con ella la fauna salvaje, hacia el Oeste y el Este, en pro-

vincias jamás holladas hasta hoy por la planta del europeo, y que, por consiguiente, constituyen ideales parques naturales.

No es que las condiciones sean paradisíacas en ellas, pues todos los animales están sujetos a la ley de la lucha por la existencia. Allí la cigüeña negra caza ranas y serpientes, el buitre persigue a la grulla, el leopardo al mono, el tigre al ciervo, e incluso el gigantesco elefante encuentra un enemigo en el rinoceronte, cuyo cuerno teme. Mientras en otras montañas del Himalaya el Nemrod inglés puede entregarse a su pasión cinegética, en el Nepal, la caza es privilegio exclusivo del Maharajá, su corte y sus invitados. Una vez al año el monarca suele salir a una gran cacería, con toda pompa y todo lujo. Un ejército de porteadores, batidores, guardianes con perros feroces y halcones, escopeteros y demás personal de servicio, se pone en movimiento. No faltan los músicos y las danzarinas, pues los generales y cortesanos, que se hacen llevar al terreno de caza en sillas y hamacas, quieren también gozar de sus diversiones en la selva, del mismo modo como las damas del harén no quieren privarse, en plena jungla, de la yema de los huevos de faisán, con la que se untan su magnífico pelo, negro y liso. Centenares de cestos llenos de piñas, sacos de arroz, jaulas con pollos y verdaderos rebaños de carneros cebados figuran en la impedimenta. Y en el lugar donde el Maharajá establece su campamento, surge, en un abrir y cerrar de ojos, toda una ciudad de tiendas, animada con el alboroto de una feria.

El tramo de 39 km. de ferrocarril de vía estrecha une Raxaul, Birgang y Simra con Amlejgani (540 m.), al pie meridional de la cadena de Juria. El regente Chandra Shumshere mandó construir este primer trozo de vía férrea nepalense en 1924. Nosotros nos beneficiábamos ahora de aquella obra de civilización, y pudimos recorrer el trayecto en tres horas y media ; cuesta abajo, puede salvarse incluso en dos y media. Antes las únicas alternativas eran atravesar la espesa jungla a pie, a caballo o llevado en silla de manos. Los vapores palúdicos de la selva y las fieras constituían una amenaza para el viajero. Los animales de rapiña han emigrado, desde que se construyó el ferrocarril, a regiones menos frecuentadas, pero los miasmas han quedado, y el paludismo sigue siendo una terrible plaga para los habitantes de Terai, sobre todo en la época de las lluvias. Para nosotros el peligro era menor, en primer lugar porque viajábamos

cómodamente en tren, y además porque estábamos en marzo, la estación seca (1).

Al salir de la estación de Raxaul, la línea férrea cruza, por un puente de hierro, el estrecho y profundo río fronterizo, y se lanza a través de la llanura, roturada desde hace ya mucho tiempo y plantada de arroz, en medio de la cual se levanta una cárcel rodeada de altos muros, sin ninguna abertura; luego, a unas pocas millas, llega a la próspera Birgang (2), la primera localidad nepalense de cierta importancia. Pocos días antes de nuestra llegada había sufrido un rudo golpe: un incendio la había destruído en gran parte. Desde el tren pudimos ver numerosas barracas y tiendas, levantadas rápida y precariamente para refugio de los que habían quedado sin hogar. En aquella estación vino a sentarse en nuestro compartimento el comandante de fronteras para atender mis deseos.

La primera parte del trayecto de 20 km. que separa Birgang de Simra, discurre por la llanura cultivada. El terreno que le sucede por el Norte, cubierto de jungla, es ondulado, atravesado por anchos cauces fluviales y ocupado por extensiones de bosque y poblaciones. En el trayecto de Simra a Amlejgani, la pendiente de la línea férrea se acentúa de tal modo, que a menudo se tiene la impresión de que la pequeña locomotora no podrá superarla. Primero el ferrocarril se proyectó en línea recta, pero luego se vio que el tren no podría salvar la rampa. Para poner remedio al mal modificóse el trazado con la introducción de curvas.

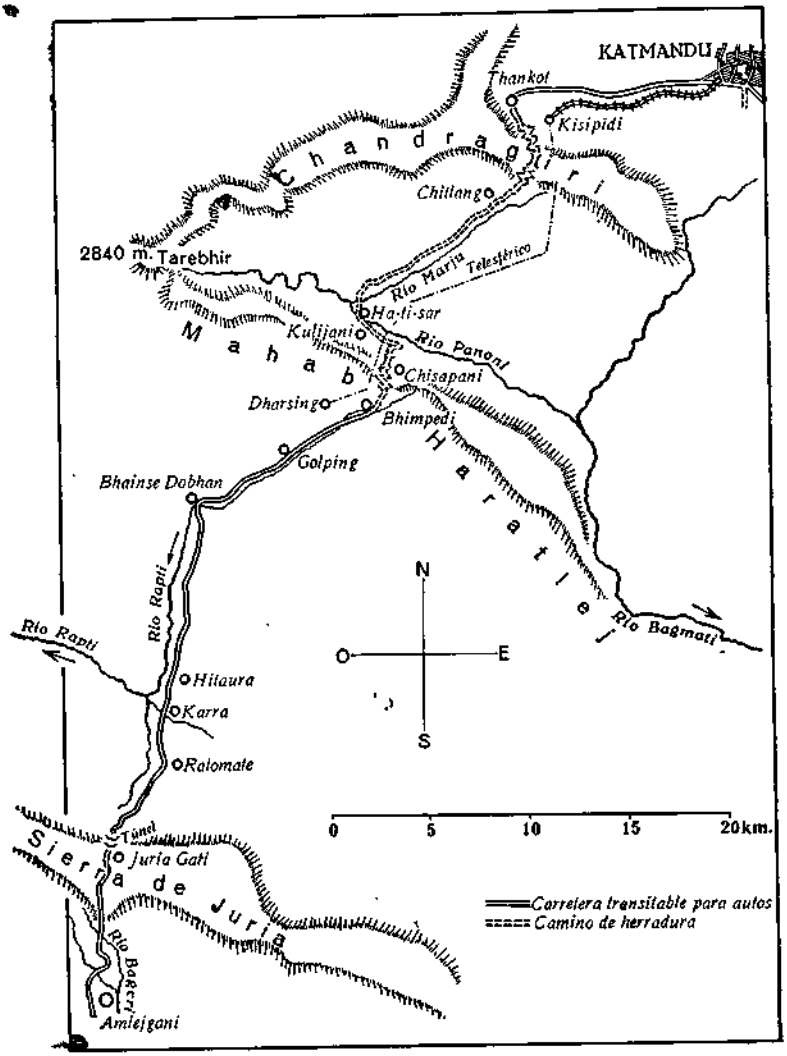
Hacia las once de la mañana entrábamos en la estación terminal de Amlejgani. El lugar ofrece todas las características propias de una población a la que, de la noche a la mañana, le ha cabido en suerte convertirse en el primer lugar de transbordo del país. Conté en los improvisados poblados, en proceso de crecimiento, unos 200 edificios, casas y cobertizos de madera, palastro o caña, cubiertos estos últimos de planchas de hojalata sacadas de viejas latas de petróleo (fig. 1). Había paradores, puestos de venta, cobertizos para automóviles, otros destinados a almacenes para mercancías de tránsito, un taller de reparaciones y una plataforma giratoria, accionada a mano, para la locomotora. Numerosos autos de turismo y camiones llenaban la carretera y la plaza de la estación. Unos automóviles nos aguardaban

(1) A partir de aquí recomiendo el empleo del mapa Raxaul-Katmandu.
(2) Posteriormente desempeñó un papel en la revolución.

y sin detenernos en la sala de espera del primer piso, destinada a los viajeros europeos, nos aplicamos inmediatamente a acolchar con mantas las cajas de los instrumentos y cargarlas, junto con el resto de la impedimenta, en dos camionetas que habían de llevar todo el equipaje hasta Bhimpedi, a 43 km. de allí, al pie meridional de la escarpada cordillera de Mahab Harat Lej. Yo, con Rasmuss, tomé la delantera en un coche de turismo, seguido a corta distancia de los camiones.

La carretera, construída por soldados nepalenses, se hallaba en muy buen estado, perfectamente cuidada ; es ancha, cómoda y, a trechos, sobre todo cuando discurre a lo largo de salientes rocosos cortados a pico, reforzada con cemento, provista de muros de cimentación y de robustos pretiles de un metro de alto o pilares encalados. Esta vía debe tener gran capacidad de resistencia, pues por ella pasa el 80 % del comercio exterior del Nepal, que, desde luego, se limita esencialmente a la importación de productos alimenticios y artículos manufacturados, indios y europeos. Que el tráfico es unilateral, salta a la vista en seguida, ya que los camiones van generalmente vacíos de Norte a Sur, mientras que de Sur a Norte lo hacen cargados hasta el tope. El cuidado de lo neumáticos, la carrocería o el motor es cosa desconocida de los conductores nepalenses. Corren como diablos, y las tristes consecuencias de ello no dejan de observarse en una carretera de montaña, abundante en curvas y de reducido campo visual. A lo largo de ella vimos repetidamente restos de coches accidentados. Según me contaron, en el curso de los últimos años ha ocurrido más de una vez que imprudentes choferes han roto el pretil y, con el coche y todo su contenido de personas o mercancías, se han despeñado por la garganta hasta el torrente del fondo.

Describiendo grandes arcos, la carretera se encarama hasta la región de las fuentes del Bageri que, circulando en dirección de Amlejgani, penetra en las tierras montañosas, cubiertas de bosque, de la cadena de Juria. A 10 km. al norte de Amlejgani nos encontramos en plena selva virgen del Terai, invadida de ácoros, verdadera maraña de bosque de un exotismo, fantasía y confusión inimaginables. Los troncos de los árboles diríanse heridos por puños de cíclopes, aprisionados sin esperanza por un mundo de bejucos, líquenes, ramas y hojas revueltas. El suelo de mantillo, cubierto de juncales, se pudre, negro, en la penum-



Itinerario Raxaul-Amlejgani-Katmandu

bra de la selva y, como una red de tupida malla, se extiende, pesada y amplia, la bóveda de follaje por encima de un caos de ramas ; y todo lo que no se corrompe, que contiene aún un grano de clorofila en sus células, germina y brota y sube, tratando, según el derecho del más fuerte, de abrirse camino hasta la luz del sol. Constantemente cambia el paisaje a la mirada del automovilista : tan pronto la carretera se adentra a modo de galería en un bosque de *shorea robusta*, este árbol que, junto con el cedrelo *(cedrela toona)* de las montañas del Himalaya, suministra maderas de alto valor económico, como corre adosada a escarpadas y boscosas laderas en las que anchos torrentes se han labrado su lecho. En primavera, estos cauces están secos, pero en la época de las lluvias las aguas pardas de las avenidas se precipitan por ellos con enorme furia, como lo prueba el caos de árboles arrancados de raíz, troncos, grandes fragmentos de rocas y guijarros que se amontonan en completo desorden en los lechos. De la fuerza erosiva del agua dan testimonio también las grises rocas de gres que sobresalen de los bosques. Sus formas, fantásticamente roídas y desgastadas recuerdan los torreones, almenas y agujas de la cordillera de Elbsandstein. En las cavernas subterráneas se encuentra agua, incluso en verano. Todos los cauces y lechos de arroyos y ríos que cortan la montaña, la carretera, construída con gran habilidad, los salva por seguros puentes de enrejado de ligera estructura. El pavimento de estos puentes es casi exclusivamente de planchas de madera mal acopladas, por lo que la entrada en ellos de un automóvil origina un estrépito comparable al de una ametralladora. Sólo en el trayecto de 10 km, que separa Amlejgani del Juria Gati, los ingenieros nepalenses hubieron de construir cuatro grandes puentes de rejas y treinta y ocho de madera, de ellos seis grandes. A pesar de todo el cuidado que se puso en su erección, no transcurre un año sin desperfectos graves. Cuando se precipitan las lluvias monzónicas y los ríos, hinchados, se desbordan de sus cauces, incluso los puentes de hierro suelen ser arrancados de sus cimientos.

Atravesamos los dos brazos manantiales del Bageri y, describiendo empinadas curvas, subimos a la cresta rocosa de la cadena de Juria, la primera de las tres barreras horizontales que cierran el acceso al valle de Katmandu. La cadena de Juria es una elevación montañosa que, alcanzando los 900 m. de altitud, discurre de Oeste a Este; la forman areniscas desgarradas, peladas en los altos, que

nuestra carretera atraviesa por un túnel a unos 70 m. de la cumbre. A la entrada sur de este túnel hay unas cuantas chozas, una posada de piedra y un templo de madera, donde un fakir guarda una piedra roja consagrada al dios Ziva. La aldea se llama Juria Gati. Nos detuvimos en ella para descansar brevemente, y en seguida se nos acercó el guardián del santuario ofreciéndonos flores en un plato de madera y prodigándonos sus bendiciones. Le correspondimos con nuestro óbolo, con lo cual nos aseguramos la protección de los dioses para el resto del viaje. Bien la necesitábamos, pues el túnel producía una impresión muy poco tranquilizadora y, por lo que oí más tarde en Katmandu, todo el mundo contaba con su hundimiento a la primera sacudida de uno de los numerosos terremotos que tienen al país en constante inquietud. Como sucede con las casas mal construídas, este túnel viene exigiendo continuas reparaciones desde el día en que quedó abierto al tráfico. A los nueve meses de mi llegada fue objeto de un repaso general. La bóveda, recubierta hasta entonces de madera, fue revestida totalmente de cemento, y se redujo su altura. La sección es estrecha, apenas si mide 3 por 3 m. de diámetro, por lo que un camión pasa con mucha dificultad. Para proteger a los peatones, se han abierto algunos huecos en los muros. El túnel mide 240 m. de largo por 3 de alto y 2,7 de ancho. Sube ligeramente hacia el Norte y su trazado no es recto, sino que forma un ángulo obtuso. En el vértice, una claraboya deja pasar una luz tenue. Desde allí un guardia regula el tráfico por el interior ; por medio de señales detiene a los autos o da paso a los que esperan. Los peatones pueden evitar el túnel, a trueque de un largo y empinado rodeo por la cima de la montaña.

En 1806, cuando la guerra con Inglaterra, la cadena de Juria desempeñó cierto papel. Los nepalenses, persuadidos de su inexpugnabilidad, no se habían preocupado de fortificar los flancos de la cordillera. Pero los ingleses se abrieron camino por el lecho de un torrente, rodearon el paso y, cogiendo a la guarnición de flanco, la forzaron a retirarse. De este modo obtuvieron una gran ventaja que les valió la victoria.

Pasamos sin contratiempo el ruinoso túnel y, por la margen del arroyo que forma el manantial sur del Rapti, al que la carretera bordea dibujando recodos de suave declive a través de la selva de Ratomate, llegamos al pueblo de Karra,

en el curso medio de dicho manantial del Rapti, cuyo lecho guijarroso es salvado por un puente de rejas de 120 m. de longitud. Desde allí seguimos por el borde del manantial septentrional de dicho río hasta Hitaura, lugar de pésima fama, como foco de malaria.

En Hitaura casi no para ningún coche. El caminante apresura el paso, mirando huraño el malhadado pueblo. Y sin embargo viven en él personas y animales ; pero se echa de ver en seguida que unos y otros están condenados, y todos luchan penosamente entre la vida y la muerte. Dícese que estos hombres son montañeses del Norte que fueron deportados aquí y que se ocupan en roturar la selva virgen y crear nuevas tierras de labranza. En esta región, el paludismo se presenta en una forma que, la mayoría de las veces, resulta mortal. Yo debo contarme entre las excepciones afortunadas, ya que, dos o tres meses más tarde, y gracias al descuido de mis criados, pesqué unas fiebres virulentas en el Terai Oriental y, sin embargo, no me morí. El misionero agustino George, que hacia 1850 visitó el distrito de Hitaura, creía que quien hubiese superado una vez la grave malaria del Terai, quedaba inmunizado para lo sucesivo. Pero también en esto soy una excepción.

En esta zona apestada de Terai residen, asimismo, indígenas, hombres tenaces de piel oscura, y sello mogólico, llamados *tharu*. Se dedican a la caza y al cuidado de los elefantes, así como a la profesión de guías y *dakrunners* (mensajeros, correos, carteros). Se dice que precisamente esta tribu de los *tharu* es inmune a la forma grave del paludismo de Terai, pero que otras tribus de su misma raza que ejercen sus profesiones en otras comarcas infestadas, sucumben a ellas. Cito este *ut dicunt* porque, a pesar de su problemática solvencia, puede interesar al médico investigador.

Al proseguir nuestro camino nos llaman la atención enormes rocas desprendidas. Nos acercamos al curso superior del Rapti, que remontamos. La carretera bordea el pie de una cresta cubierta de jungla, a lo largo de la rocosa orilla oriental. En la opuesta, el lecho guijarroso, de 200 m. de anchura, marcha paralelo a una sierra escarpada, invadida por la selva, que, hacia el Norte enlaza con el Mahab Harat Lej. A 3 km. al norte de Hitaura, la carretera forma un recodo en un estrecho y rocoso vallecito, y cruza luego el Samri, que desemboca en el Rapti y nace en el Alto Burichaur, cumbre de 2770 m. pertenecientes a la cadena del Mahab

Harat Lej. Después el cauce del Rapti, lleno de bloques y guijarros, se estrecha, y la ruta trepa por la vertiente oriental, en rampa bastante pronunciada, hasta unos 40 m. Después de rodear un saliente de roca, la carretera, afianzada a trechos por medio de muros, se adosa a la línea de las rocas, cortada casi a pico. Nuestro chofer apenas disminuyó de velocidad, y la vista de aquel precipicio de 70 m. que teníamos a la izquierda y en cuyo fondo las aguas claras se precipitaban, bullentes y espumeantes, camino del valle, no dejaba de oprimirnos el corazón, a pesar del recio muro protector y de los blancos pilares del borde. En la época de las lluvias, este trecho es peligroso por causa de los desprendimientos de rocas. Los indígenas sostienen, en todo caso, que las piedras son arrojadas por los monos, que así pretenden asustar a los hombres.

Cuando no existía aún la carretera, este desfiladero, de 5 km. de longitud, era muy temido y de siniestra fama; pues entonces el «camino» pasaba por el lecho del río que, con sus guijarros, sus bloques detríticos y sus árboles arrancados de cuajo, reducían a la desesperación a los caminantes, peregrinos y jinetes.

Pronto la garganta del Rapti adquirió un aspecto salvaje. Incluso en las escarpadas laderas rocosas aparecían restos de la selva.

Una violenta tempestad de lluvia y granizo, que avanzaba rápidamente desde el Norte, vino a sorprendernos antes de que, cruzado un puente sobre el Rapti (1), hubiésemos alcanzado, en la margen occidental, las primeras casas de la pequeña población de Bhainse Dobhan. Caían sobre nosotros piedras del tamaño de un huevo de paloma, y estábamos calados hasta los huesos, pero cuando hubo aclarado pudimos respirar un aire purísimo. Al atravesar luego el pueblo, vimos los estragos producidos por los elementos desencadenados. Árboles tendidos interceptaban la carretera, y algunos tejados habían sido arrancados. En la aldea, cerca del puente, hay un puesto de aduanas y policía secreta que inspecciona el tráfico. La misión de este puesto es reprimir el contrabando y apresar a las bandas que transportan hacia el Sur sus clandestinos cargamentos, y que han logrado burlar la inspección de Katmandu.

(1) Todos los puentes del Nepal son de vía única. En la región de las fuentes del Rapti conté, además de los puentes de reja, otros ocho grandes y veintitrés pequeños de madera.

A partir de Bhainse Dobhan, la carretera y el valle suben constantemente en un trecho de 6,5 km. Hasta Bhimpedi, la carretera se mantiene entre 5 y 25 m. sobre la orilla occidental del río. La anchura del valle, cubierto de rocas detríticas y cultivado en parte, varía de 100 a 280 m. Pronto, procedente del Oeste, por un vallecito profundamente cortado, bajaba un torrente, crecido e impetuoso. La ruta remonta durante un trecho este vallecito, y, algo más arriba de su confluencia con el Rapti, lo salva por un puente de reja. La cuesta disminuye, pero la carretera empeora. Retrocede la selva y se multiplican los terrenos cultivados.

Junto a Golping, a mitad de camino entre Bhainse Dobhan y Bhimpedi, llamáronme la atención unos montones gigantescos de ladrillos depositados en un largo trecho al borde de la carretera. Me dijeron que el Maharajá había ordenado la construcción, en aquella comarca, de un cuartel capaz para 3000 hombres.

Finalmente, a cosa de las 4 de la tarde, avistamos Bhimpedi, punto terminal de la carretera y principio del camino de montaña, por el que no puede pasar ningún carruaje; todas las cargas deben ser transportadas a hombros o a lomos de animales. Desde Raxaul hasta la falda sur del Mahab Harat Lej habíamos recorrido 82 km. Bhimpedi, emplazado en una amplia terraza a 1200 m., es un pueblo simpático y bastante grande, con casas de madera y ladrillo, de uno y dos pisos, construídas en la típica arquitectura nepalense de Newar. Tiene tiendas, cobertizos-almacenes, quintas de verano, propiedad de burgueses acomodados, y hospederías, rodeadas de murallas, para el Maharajá y los funcionarios del Gobierno. Casi todos los edificios están techados con paja o con latas de gasolina. Una activa animación reina en la estrecha calle principal; en las tiendas se venden cebollas, fruta, terrones de sal, arroz y tabaco. En el centro de la población está, junto a un doble recodo de la calle, el santuario de « Bhim-sen-Mandirr », un altar bajo dosel dorado en torno al cual se agrupan figuras de leones.

En las afueras de la localidad, en el lecho guijarroso del Rapti, de 600 m. de anchura y que inicia su curso a 2 km. más al Este, se halla el aparcamiento de automóviles. Allí dejamos el nuestro y en seguida nos vimos rodeados de unos 70 porteadores nepalenses que, sin necesidad de palabras ni órdenes, empezaron a descargar las cajas y baúles de las camionetas y distribuírselos. Eran los mozos destina-

dos al transporte e iban dirigidos por varios funcionarios. El Nepal se jacta de tener los mejores porteadores del mundo y, en efecto, su rendimiento es sorprendente. Son mozos fornidos, de sello mogólico y actitud altiva y segura. No tienen las caras lisas, sino profundamente labradas. Las gorritas que llevan echadas hacia atrás les prestan una apariencia achulada y audaz (fig. 2). También la mujer se distingue por su porte orgulloso y noble. En la calle mayor vi algunas ataviadas con magníficos ropajes y con pendientes de oro, como emperatrices. Jamás veréis ociosas a las mujeres nepalensas; cuentan en el mundo entre las representantes más hacendosas de su sexo. En la asamblea de hombres, reunida en el parque de coches, no había ninguna hembra.

La carga media del porteador nepalés, entre 60 y 100 libras de peso, se ata en un cesto de mimbre y se lleva en la espalda, sujeta a la cabeza por medio de correas. Los fardos muy pesados se cuelgan de cañas de bambú, atados con cuerdas, y varios coolíes los llevan cuesta arriba. Si la carga es excesiva, trabajan por relevos. De este modo se transportan al otro lado de las montañas cajas, sacos, bidones de gasolina, tuberías de conducción de agua, automóviles, calderas de vapor, apisonadoras. Perceval Landon cita, como un «record» el transporte de las estatuas, de 4000 kg. de peso, de los primeros ministros nepalenses, que adornan hoy el Maidan de Katmandu. Para la traslación de esas colosales imágenes se reclutaron más de 100 porteadores, los cuales avanzaron por aquel terreno montañoso a razón de apenas 100 m. diarios. En este tipo de transporte, los mozos acostumbran a marchar a paso uniforme, charlando durante el camino o cantando canciones adecuadas. Un capataz marca el ritmo del trabajo por medio de gritos y gestos. Los porteadores están acostumbrados a su profesión desde la infancia; los que trabajan en el trayecto Bhimpedi-Katmandu perciben salarios fijos, aunque modestos.

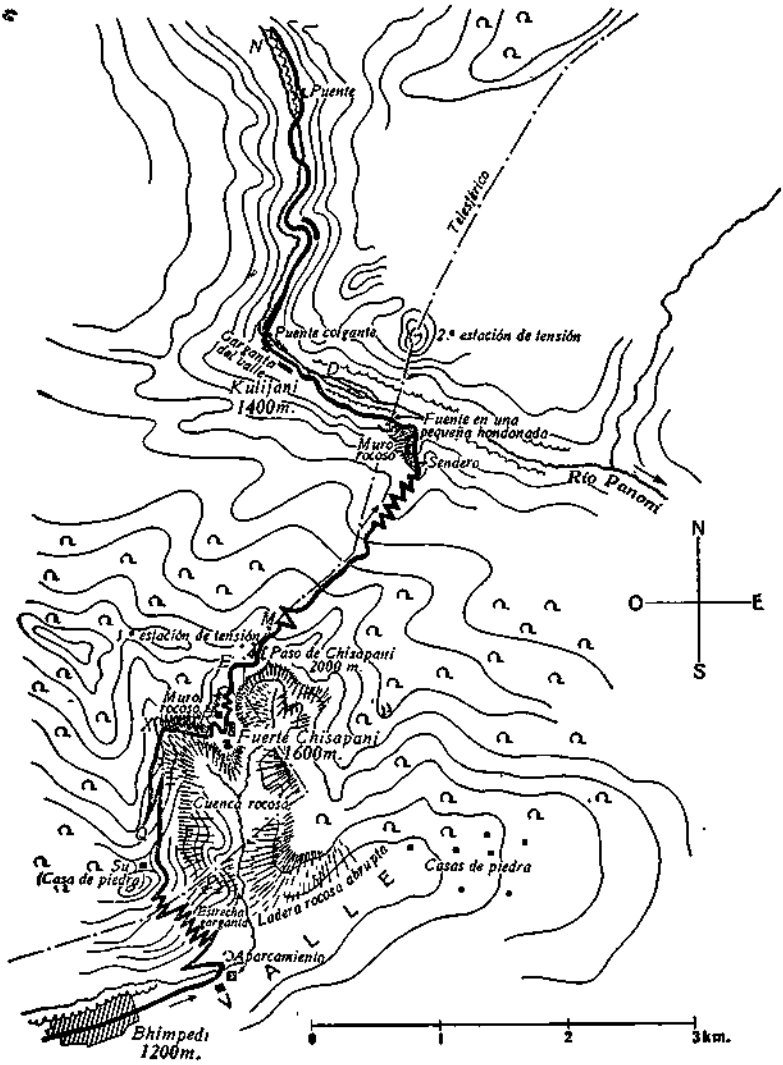
No todas las cargas son transportadas allende la montaña por medio de hombres o animales. En el transcurso de los años, la importación de mercancías ha aumentado en tales proporciones, especialmente con destino al valle de Katmandu, que los mozos no podían ya dar abasto; para aligerar la situación, se procedió, en 1925, a la construcción de un sistema auxiliar mecánico bajo la forma de un ingenioso transbordador aéreo. La estación de mando de este teleférico de 29 km. de longitud, situada a 2 km. al oeste

de Bhimpedi, en Dhursing, sobre una terreza de la ladera Sur, era dirigida, cuando llegué yo a la población, por el hermano del comandante en jefe del ejército nepalense. El cable sin fin corre, en dicha estación de mando, sobre una rueda horizontal, por lo que a lo largo del trayecto parece de cable doble. Una estación de tensión, iluminada de noche y visible desde gran distancia, se levanta en la cima del Mahab Harat Lej, y otra en una altura situada un poco al norte de Kulijani. La estación término es Kisipidi, una aldea a 10 km. al oeste de la capital. Docenas de altos pilares de hierro soportan el cable. En las partes elevadas están clavados en plataformas de roca, alisadas por la acción de la lluvia y el viento. Allí donde el funicular atraviesa la selva, su curso se distingue fácilmente por las trochas abiertas debajo. La abertura máxima de 1,3 km. aproximadamente, cruza el valle de Panoni al pie septentrional del Mahab Harat Lej. Por este telesférico se transportan preferentemente carburantes (bidones de gasolina, barriles de aceite mineral) y artículos técnicos (rollos de alambre, piezas de maquinaria). Las cargas, que no deben exceder de 50 kg., se colocan sobre las plataformas de hierro de las mentadas suspensiones, que se suceden a distancias de 100 m. Una campana señala automáticamente el momento en que la carga puede ser colocada y, en su caso, retirada. El rendimiento medio por hora, en cada dirección, es de ocho toneladas de peso. Parte de mi equipaje llegó a Katmandu por esta vía.

Como no se admiten personas en este tren colgado, lo cual es lástima, pues el viaje debe de ser en extremo emocionante, y, por otra parte, una excursión a pie a través de unos pasos altos y fatigosos nos auguraban esfuerzos muy poco agradables, los dos europeos nos hicimos conducir en las sillas de mano que los ingleses llaman *dandy* o *dooly*. De esta manera, menos cómoda de lo que parece, esperábamos subir antes de la noche hasta el fuerte de Chisapani.

Entretanto, los porteadores se habían distribuído nuestros bultos. Para mis sensibles cronómetros se había habilitado también una silla de mano. Los hombres emprendieron la marcha (1) y nosotros les seguimos. Ocho mozos llevaban mi silla, y por cierto que no les envidiaba, pues peso mis

(1) A partir de aquí se recomienda la utilización del croquis Bhimpedi-Thankot. Para facilitar la orientación, los puntos más destacados del terreno se han marcado con letras.



Croquis provisional Bhimpedi-Thankot (1.ª parte)

100 kg. Apenas hubimos atravesado el pedregoso y arenoso valle del Rapti, de unos 600 m. de ancho y muy pobre de agua, el sendero de montaña empezó a subir bruscamente por entre un claro bosque. Hacía muy poco tiempo que la vereda, sembrada de piedras, había sido convertida en un camino de apenas 2 m. de ancho, practicable para carros de bueyes. Unos veinticinco años atrás debía ser todavía mucho peor. W. Brooke Northey habla de él como de «la peor ruta del mundo entero que conduce a una capital civilizada».

El camino sube describiendo largos zigzags y, cuando la falda se vuelve abrupta, continúa en curvas cada vez más breves a lo largo de un saliente de roca, de forma cónica y de 600 m. de altura. Finalmente se llega al collado, situado a unos 1450 m., cerca de uno de los pilares del funicular. Por doquier los aludes de rocas detríticas, escombros y otros productos de la erosión superficial invaden las laderas, fuertemente inclinadas. Se reconocen estos desprendimientos por los espacios grisáceos y desnudos que destacan claramente del tono gris oscuro del paisaje. Para quien sea propenso al vértigo, no son recomendables las rutas del Himalaya. Los porteadores manifiestan evidente preferencia a conducir los mulos por el borde extremo del camino, junto al precipicio. También los míos lo hacían y, como yo tenía maldita la gana, antes de cumplir mi misión en el Nepal, de volar al abismo en compañía de alguno de aquellos gurjas, que de vez en cuando tropezaban, indiqué a los hombres que se mantuviesen más al centro del sendero.

En el collado, cubierto de arrozales, encontramos una casa de piedra (*Su*) rodeada de manzanos silvestres, y con un pozo al lado. Los mozos manifestaron su agradecimiento por el éxito de la subida gritando por tres veces *¡Naraina!*. Depositando en el suelo sus cargas, se tomaron un primer descanso. El lugar se llamaba Sisapani Garhi, es decir, la «casa del agua dulce». A cada parada se fuma el imprescindible cigarrillo. Al efecto, el gurja sostiene el pitillo encendido entre los dedos meñique y anular, y cierra la mano sobre la otra mitad, de manera que el humo salga por el hueco como por el hornillo de una pipa. Durante aquella pausa pude gozar del magnífico panorama de Bhimpedi. Abajo, en el valle a nuestros pies, se extendía el poblado con su red de calles y callejones; las casas, techadas de paja y palastro, se destacaban claramente, y los tejados dorados de los diminutos templos brillaban como metal en fusión.

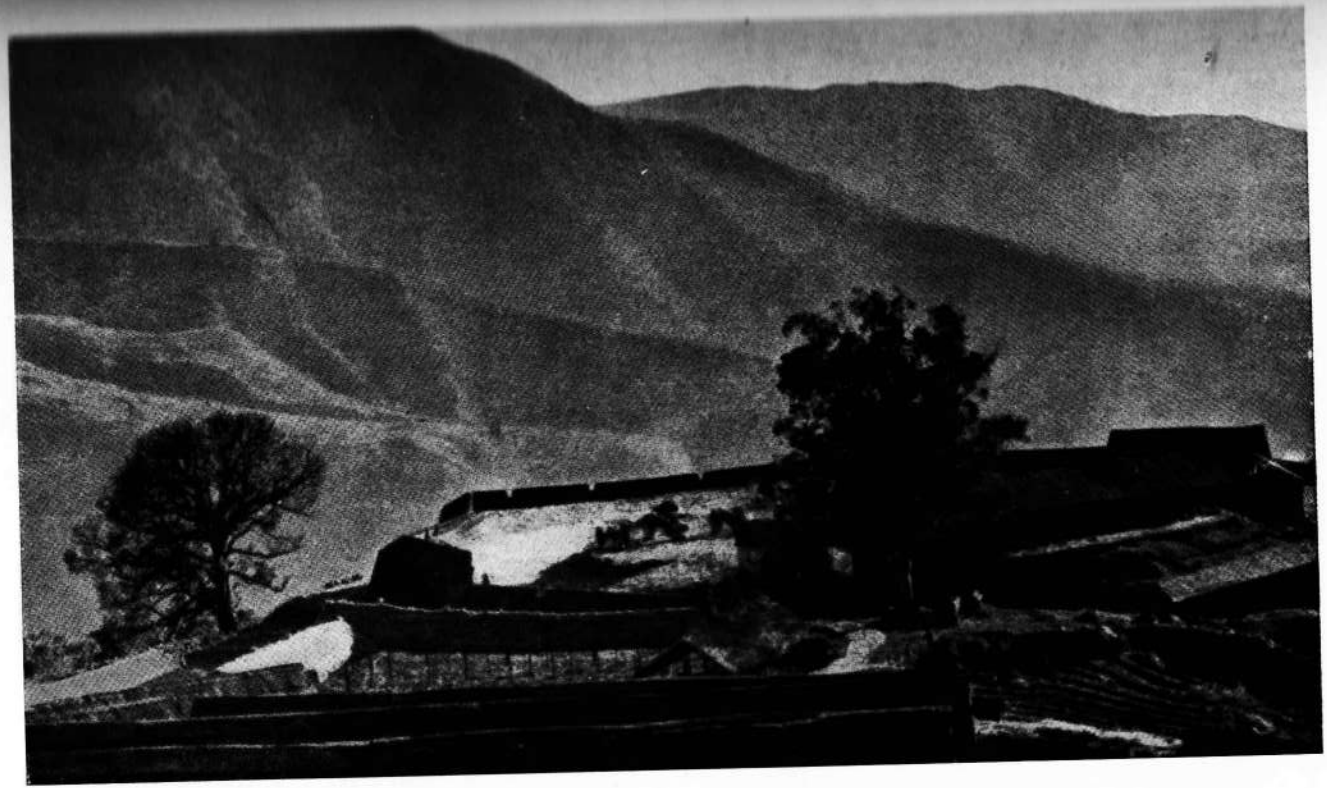


FIG. 3. Fuerte Chisapani. Vista hacia el Sur sobre el valle, desde el parador. Detrás del fuerte, una profunda cuenca rocosa

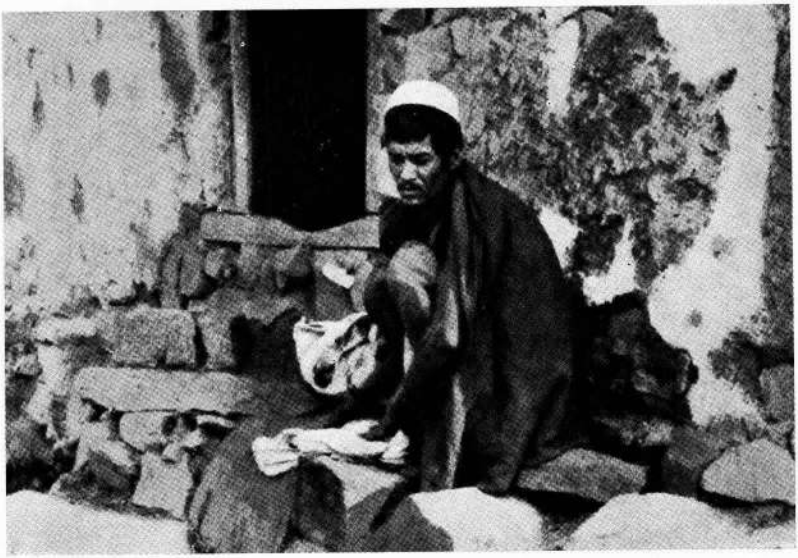


FIG. 4. Soldado encadenado delante de su prisión en Chisapani

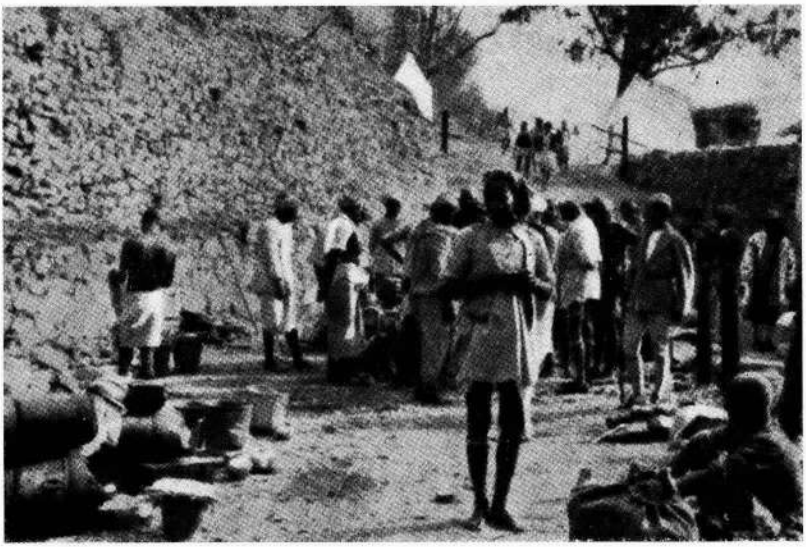


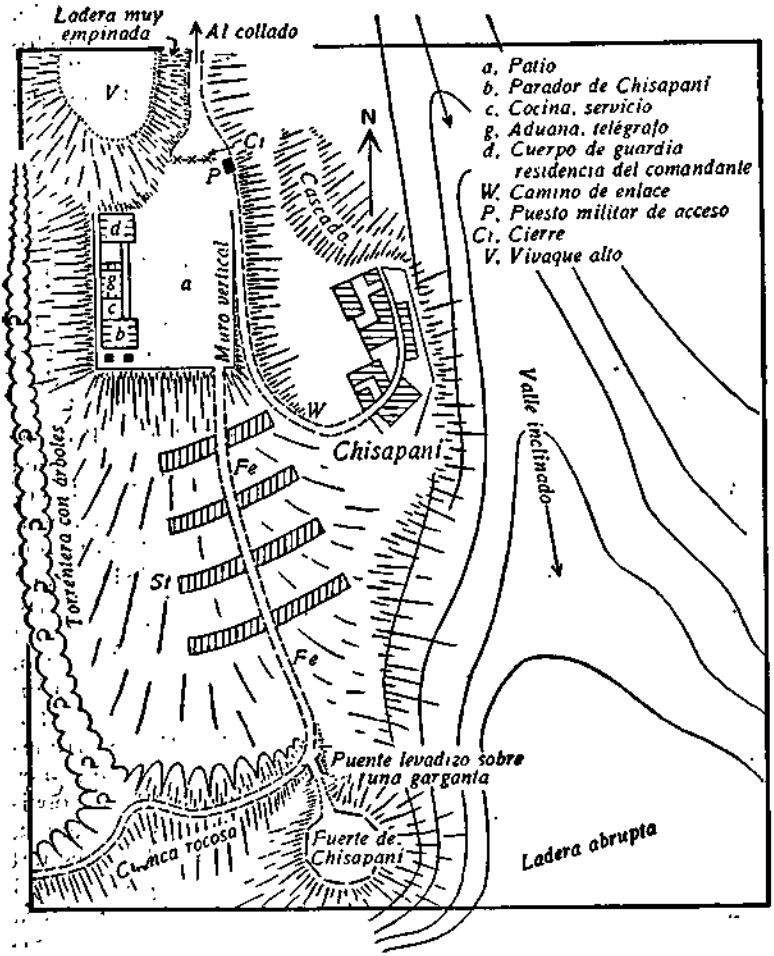
FIG. 5. Ladrones encadenados en Chisapani. En el fondo, el camino de Katmandu

Del otro lado, o sea hacia el Norte, la mirada era atraída por la fortaleza de Chisapani, visible ahora, como un nido de águilas, en la cima de una pared vertical de varios centenares de metros, allende la gran cuenca rocosa que quedaba a nuestros pies. Al sudeste de la cuenca, rodeada de rododendros en flor, un torrente, en lo más hondo del valle, se abre camino, algo por encima de Bhimpedi, en busca del cauce del Rapti.

Proseguimos la ascensión en largos y agudos zigzags hasta el empinado flanco rocoso de una montaña cónica cubierta de bosque y, después de pasar en *Q* junto a una tranquila fuente, torcimos, al llegar a *X*, en dirección Este. En el tramo que allí se enfila, el camino, de 1,3 m, de anchura, está cortado en el muro rocoso que, casi perpendicularmente, baja hasta la cuenca. Al llegar a unos 800 m. del fuerte, el sendero, dibujando un arco hacia el Norte, comienza a rodear un abrupto barranco bordeado de árboles que desciende de la cadena septentrional (*R*).

En una marcha de media hora, a partir de *Su*, se llega al fuerte de Chisapani. Esta fortaleza, cuyo nombre significa «casa del agua fría», emplazada a 1600 m. de altitud, corona, a modo de baluarte, el saliente de un flanco de montaña que conduce a la cresta del Mahab Harat Lej. Sus paredes rocosas se precipitan, casi a pico, al fondo de la cuenca por el Este, Sur y Oeste. Por el Norte, en cambio, el fuerte queda separado de la roca madre por una profunda garganta impracticable, que sólo puede salvarse por un puente levadizo. La planta de la fortaleza (*f*) es poligonal, tiene unos 60 m. de diámetro y está rodeada por murallas de cemento de 1 a 2 m. de altura, oblicuas por la parte exterior. En las troneras del muro circundante conté ocho anticuados cañones de los que se cargan por la boca, de bronce (fig. 3). Es posible que uno de los cobertizos del fuerte contenga, además, unas cuantas ametralladoras, con las cuales un personal adiestrado puede batir con un fuego nutrido la gran rampa de acceso que hay pegada al Este. A pesar de ello, a primera vista, el fuerte de Chisapani produce una impresión típicamente medieval; se aparta por completo de la moderna arquitectura de fortificaciones. Seguramente, en tiempos pasados, este castillo fue un eslabón de la serie de reductos de montaña destinados a detener la temida invasión hindú, pero hoy no es sino un puesto más que vigila el acceso a Katmandu. La verdad es que está admirablemente situado para esta

misión, y es muy raro que un contrabandista audaz logre, en una noche tempestuosa, escapar a la vigilancia del puesto.



Detalle del croquis anterior

La población de igual nombre, con sus edificios de cemento y piedra pintados de rojo claro, sus paradores, tiendas, residencias de funcionarios y oficiales, y sus establos, se halla a 200 m. más al Norte, sobre una estrecha terraza

rocosa que baja en inclinada pendiente al fondo de la cuenca (croquis página 34). Tampoco en estas soledades, en medio de la montaña, falta el santuario de tejado dorado. Hay una balanza de hierro, de sólida construcción, destinada a comprobar el peso de los bultos. Llama la atención el número de patos y palomas. Por encima del lugar y al Oeste, en una larga plataforma de roca de 80 m. de longitud, se alza la posada destinada a los huéspedes del Maharajá. Allí encontramos una cocina, un cuerpo de guardia, un puesto de aduanas, hospederías para criados, una oficina de telégrafos, la barrera y la vivienda de servicio del comandante. La mayoría de las casas, de piedra, son de un solo piso. Desde el fuerte, una escalera de piedra (*Fe* en el croquis página 34) que bordea una nervadura de roca, conduce a esta terraza, situada a 70 m. más arriba. Formando ángulo recto con ella, la atraviesan varias hileras de construcciones de piedra, dispuestas paralelamente, bajas y cubiertas de palastro; en ellas se alojan los 220 hombres que integran la guarnición (*St* en el croquis página 34). Yo, como ex-soldado, en seguida me di cuenta de que en el fuerte reinaba una severa disciplina militar, a pesar de llevarse una vida muy pacífica. A la llegada de la caravana los centinelas estaban arma al hombro.; un soldado, golpeando un gongo, anunció nuestra presencia. Posteriormente, el hombre siguió batiendo el gongo a intervalos regulares, lo que me indicó que su oficio no se limitaba a señalar la llegada de forasteros, sino que también daba las horas.

Independientemente de nuestra visita ocurrían en el fuerte toda suerte de incidencias. Delante de uno de los barracones de alojamiento estaba acuclillado un gurja culpable de algún delito militar, custodiado por un centinela armado de fusil con bayoneta calada (fig. 4). El prisionero estaba encadenado, con las manos y pies metidos en argollas de hierro. En la plaza, delante del cuerpo de guardia, había, agachados o de pie, veinte bandoleros que habían sido apresados y que al día siguiente debían ser conducidos a Katmandu, para comparecer en juicio (fig. 5). Aquellos mozos, ya no muy jóvenes, llevaban sobre las pantorrillas fuertes anillos de hierro que les ataban unos a otros por medio de cadenas. Algunos de los hombres iban también esposados. Los cautivos parecían considerar su suerte con gran indiferencia, riendo y bromeando con los soldados. Sabían que en el peor de los casos se saldrían con 25 años de cárcel o trabajos for-

zados, pero su cabeza no corría peligro, pues la pena de muerte está abolida en el Nepal.

Había anochecido. El aire era fresco y tan diáfano, que allá al Sur, muy lejos, por encima de los azules contrafuertes y allende el Terai, en el reborde del valle del Rapti, se vislumbraba aún, en tenue reflejo, la remota llanura india de donde veníamos. Nos encontrábamos a 1600 m. sobre ella, y resultaba agradable estar allí. Los fastidiosos mosquitos que unas horas antes nos habían estado martirizando en Bhimpedi habían desaparecido. A pesar de ello las camas de Chisapani están provistas de mosquiteros, porque los anofeles suben hasta aquí durante el verano, aunque nunca atraviesan la arista del Mahab Harat Lej.

En la soledad de su altura, Chisapani no estaba, sin embargo, aislado del mundo. Tenía teléfono, y se podía hablar con Raxaul y Katmandu. Y también poseía cierto confort. Se nos asignaron para la noche espaciosas habitaciones bien aireadas. Había luz eléctrica, esteras de paja por las que se andaba blandamente, chimeneas abiertas donde en invierno se quemaba leña. Una fuente proporcionaba excelente agua potable, y en un edificio anejo unos sencillos cuartos de baño brindaban a los amantes de la limpieza uno de los más preciados goces de la civilización.

El comandante del fuerte vino a ofrecernos sus servicios, después de lo cual se nos llamó a cenar en la hospedería. Calmamos el hambre y la sed con pollo hervido, pan, mantequilla y whisky con sifón. La carne de pollo parece ser el plato normal de las fondas nepalenses; por lo demás, también se come en la India, a mediodía y a la noche. Allí llaman a este plato « muerte rápida ».

Poco a poco fueron llegando los porteadores de nuestra dispersa caravana; los últimos gurjas, cargados con los bultos más pesados, no nos alcanzaron hasta medianoche, cuando en la cercana ladera oriental arreciaba un incendio de bosque. La maleza era una gran hoguera, y la serpiente de fuego trepó con gran velocidad hasta la arista de la montaña. De vez en cuando se precipitaban masas ardientes que provocaban nuevos focos. Afortunadamente no soplaba viento, y a la mañana el fuego estaba extinguido. Pero cuando hay viento, a menudo duran estos incendios varias semanas, ocasionando grandes daños.

Para el siguiente día, 12 de marzo de 1939, nos aguardaba una dura jornada, ya que queríamos llegar a Katmandu al

anochecer. A la hora oportuna reuní frente al puesto de mando, junto a una pequeña barrera (*Ci* en el croquis página 34), a todos los mozos portadores de instrumentos. La guardia nos permitió pasar sin dificultad con nuestras preciosas cargas. El sendero, de un metro de ancho, discurre, a partir de la barrera, por la ladera oriental a lo largo de una lengua de roca que, desprendiéndose de la cadena principal hacia el Sur y cubierta de selva y maleza, se encarama hasta el collado. En este trecho, los contrabandistas procedentes del Norte suelen torcer por el barranco (*R*), para evitar el fuerte de Chisapani. Para impedirlo, se han establecido puestos aduaneros ocultos.

Cuesta empinada, en curvas estrechas y muy cortas, a través del bosque alto y la espesa jungla, sembrada en verano de campanillas azules y rosadas prímulas, y por entre poderosos bloques de rocas y piedras detríticas. Luego, en unos 2 km. de suave cuesta, atravesamos una ladera pedregosa cubierta de selva, que cae hacia el Este. En *E*, el camino hace un brusco viraje en la misma dirección y, después de rodear un abrupto saliente rocoso, tuerce hacia el Norte, en busca del paso de Chisapani, que, cubierto de denso bosque, se eleva a 2000 m. Unos pocos centenares más al Oeste y a cosa de 40 m. sobre el collado, está la primera estación de tensión del funicular. Desde allí se abrió ante nosotros, por primera vez, el grandioso panorama de la helada cordillera del Himalaya.

A muy poca distancia, al pie de la vertiente norte del Mahab Harat Lej, corre de Noroeste a Sudeste un valle de unos 200 m. de anchura, por cuyo fondo fluye, en un lecho guijarroso, un río de aguas claras y rápidas, el Panoni (1), que, describiendo numerosas curvas, se dirige hacia Sudeste, para desembocar en el Bagmati 9 km. más abajo. Del otro lado del valle se alza el tercero y último baluarte que guarda la cuenca de Katmandu, el Chandragiri o «Montes de la Luna». En la cima cónica y puntiaguda de una estribación meridional del Chandragiri, que alcanza casi la altura del collado, se ha construído la segunda estación de tensión del telesférico. El tramo mayor de éste se encuentra entre ella y la ladera norte de la Sierra de Chandragiri.

El Mahab Harat Lej desciende bruscamente hacia el Panoni. La ladera, muy erosionada, está revestida de ár-

(1) Llamado también Marju o Chitlang.

boles de fronda y monte bajo. A cada paso hombres y bestias resbalan, arrastrados por su propio peso, en aquel suelo de arenas y escombros. A veces, el camino va por un terreno fangoso, luego prosigue por breves graderías de roca. Aunque merezca el calificativo de malo, en conjunto se adapta hábilmente a las numerosas cárcavas, profundas y abruptas. Tras 15 minutos de descenso nos topamos (*M*) con un suelo rocoso particularmente difícil, en el que había que mantenerse muy inclinado hacia atrás, en la silla, para no caerse por delante. Además, el cable de tracción, con sus objetos colgantes en constante movimiento, corría perpendicular sobre nuestras cabezas y no era del todo infundado el temor de que algún bulto pudiese desprenderse y herirnos o matarnos, pues, según nos dijeron los *karhars*, más de un confiado viajero había sido víctima de un accidente de aquel tipo.

A partir de aquel lugar escarpado, el camino se hace mejor y en un trayecto de 400 m. discurre bastante llano por un claro de la falda. En su extremo inferior se levantan varios cobertizos bajos, abiertos por delante. Los coolíes, durante el descanso, pueden depositar sus bultos sobre una larga rampa de piedra y unas mujeres les sirven, contra el pago de unas monedas de cobre, té fuerte y azucarado. Por la derecha, la ladera baja abruptamente a una hondonada, cubierta de densa maleza, que penetra profundamente en la cadena principal. Está revestida de rododendros y mimosas, y en la época de la floración, este flanco de montaña es una orgía de tonalidades rosas y encarnadas, indescriptiblemente bella, que me ha impresionado cada vez que he recorrido esta comarca en mis numerosos viajes entre Katmandu y la India. Pero hay que andar con gran precaución por entre esos matorrales, pues están infestados de sanguijuelas, esos curiosos e insaciables gusanos anélidos que, posados sobre flores y hojas, agitan incesantemente la cabeza en busca de una pierna humana o la boca de una res. Con las ventosas que poseen en ambos extremos del cuerpo se agarran tan fuertemente, que el incauto que pretende arrancarlas, se lleva con ellas la piel, produciéndose llagas dolorosas y purulentas. El porteador nepalense se sacude estos chupadores de sangre por un procedimiento muy sencillo. Aplica el cigarrillo encendido al cuerpo anillado y levanta con los dedos el animalito que, al sentir la quemazón, se olvida de seguir sorbiendo la sangre. Los bueyes y caballos sufren más de estos bichos, que los atacan rápidamente mien-

tras pacen. Con frecuencia pueden verse animales frotándose contra las rocas o las ramas, en sus vanos intentos de librarse de las sanguijuelas que se les han fijado junto a los ojos, en las narices o la boca.

Pero este paraíso de las sanguijuelas está además poblado, hacia el valle del Panoni, de otras pequeñas alimañas no menos molestas, principalmente escorpiones grises y negros cuya picadura, sin embargo, es muy poco venenosa.

Al salir de aquel pequeño fin de etapa, el sendero sigue por la ladera, formando inclinados zigzags rocosos, en dirección al lecho del Panoni. La falda está cubierta de escombros y guijarros y, a trechos, poblada de bosque y selva. Pronto nuestro camino desemboca en un canal estrecho, labrado en la roca del suelo a unos 7 m. de profundidad, transitable para las sillas de manos, y que baja serpenteando en visible pendiente. Viene a continuación un breve trecho, también en declive, por un suelo de limo y escombros, hasta el borde de una pared de rocas de unos 100 m. de altura, cortada a pico. El descenso por la pared se efectúa por unas gradas naturales, cortadas y lisas como escaleras. Poco antes de alcanzar el fondo pantanoso del valle, nos encontramos, en un pequeño seno, con una fuente que brota del muro vertical y que vierte sus aguas en un pozo. Desde aquel lugar, el camino se vuelve mejor y el declive más suave.

A un ritmo holgado anduvimos unos 700 m. por suelo rocoso en dirección Oeste, para rodear luego una aguja de roca que desde el Sur se desprendía del macizo principal. Aquí, el camino está cortado en la piedra con inclinación hacia fuera en vez de tenerla hacia dentro. Para no resbalar, los portadores de las sillas se apoyaban en largos bastones. En recompensa, pudimos gozar de una magnífica vista sobre Kulijani, en el valle del Panoni. A unos 200 m. por debajo del pueblo, en *D*, el brazo principal del río, que forma múltiples ramas, se despeña por una cascada de 5 a 8 m. de anchura y unos 12 m. de alto. También los brazos restantes se precipitan de modo parecido por la grada rocosa.

Al fin llegamos al fondo del valle (1400 m.). Aumentó el número de casitas de madera cubiertas de paja y tejas; los porteadores apresuraron el paso y poco después acampaban en la sucia aldea de Kulijani. Ávidos corrieron a las contadas tiendas, para comprar té azucarado y arroz. Yo, mezclándome con la gente, compré cigarrillos para mis mozos. Al verme cambiar una rupia de plata nepalense, prodújose

en la asamblea cierta conmoción: evidentemente era yo un *nabob* de primer rango. Queriendo gastarles una broma, saqué una rupia de la nariz de un hombre que tenía a mi lado. Es un bonito truco de prestidigitación que nunca deja de producir efecto. En seguida aquellos mozos extenuados se pusieron a sonreír y luego a reírse a grandes carjacadas y prorrumpir en gritos de regocijo. Uno tras otro me ofrecieron la nariz y al fin convinieron todos en que ninguna dificultad debía haberme costado reunir mi presunta riqueza, y ya nadie se extrañó de que el *nabob* fuese un invitado del Maharajá.

Repartidos en grupitos, los coolíes se acuclillaron en el lugar de parada, sorbiendo té y haciendo bolas de arroz que desaparecían con gran ligereza en sus bocas (fig. 6). También se tomaron una dosis de unos polvos blancos estimulantes que ayudan al organismo a resistir intensas fatigas. Yo conozco un remedio parecido que encontré en uso entre los kirguises del Pamir y que yo mismo probé en la Alta Asia, obteniendo resultados muy satisfactorios. No solamente aumenta la capacidad de resistencia, sino que, además, calma el hambre. En Asia Central se extrae esta droga de la ceniza de las ramas de un pino enano.

Charlando y fumando, estaban los hombres sentados sobre el pavimento adoquinado: con sus cargas ocupaban todo el ancho de la calle. Algunos se examinaban las piernas en busca de sanguijuelas. En torno se apretujaban los moradores del pueblo, hombres, mujeres y niños, destacándose una belleza gurja magníficamente ataviada, esposa de uno de mis *karhars*. La jovencita, que más parecía una niña, contaba apenas 15 años. Gatos y perros aparecían también en profusión. Luego se presentó un cantor callejero que, pulsando la única cuerda de un notable instrumento musical, rompió a cantar, con voz que tenía mucho de ronco graznido, algo que, según me explicaron, eran antiguas canciones populares nepalenses. Un soldado me llamó la atención por su uniforme; levantando la mano hasta el gorro torcido, saludó militarmente, con rigidez. Vestía guerrera caqui, pantalones cortos y polainas y empuñaba un bastón. Del quepis le salían flotantes, largas cintas estrechas y coloreadas, de medio metro de largo. Era un soldado gurja con licencia, uno de aquellos aguerridos mozos que hasta hace poco el Nepal enviaba a instruir en el ejército angloindio. Servía en la guarnición india de Dehra Dun, y se veía a la legua que estaba orgulloso de poder mostrarse como soldado a las

En plena siesta vino a despertarnos un repentino son de cascabeles. Los porteadores se levantaron rápidamente para dejar libre paso a un hombre casi desnudo que se acercaba a paso de carrera, agitando incesantemente una caña de bambú de la que colgaban dos cascabeles de latón. Era el *dakrunner*, el correo, que llevaba en la caña hueca la correspondencia de Bhimpedi a Katmandu. Es una profesión delicada, difícil y de gran responsabilidad. Para ejercerla se escogen hombres completamente sanos y avezados desde la infancia a los grandes esfuerzos físicos. El correo debe efectuar su cometido a paso de carrera, y 16 km. de subida y bajada por la montaña requieren excelentes pulmones. El hombre no puede detenerse a descansar ni una sola vez; incluso los pueblos debe atravesarlos a toda velocidad, y está mandado dejar vía libre en cuanto se oyen las campanillas del mensajero. Varias localidades tienen la obligación de dar de comer a los correos y, al efecto, tienen siempre la comida preparada y se la entregan a su paso. Quien, en presencia de testigos, sorprende a un correo descansando o le coge suspendiendo por un momento el tocar de los cascabeles, debe denunciarle. El delator puede contar con una buena recompensa del Gobierno, pero al correo le aguarda un bárbaro castigo. Le atarán las extremidades contra la espalda, sujetándole de modo que la cabeza toque las plantas de los pies, y en esta penosísima posición doblada se pasará cuarenta y ocho horas en la cárcel, expuesto a los ardores del sol y al frío nocturno.

Hacía largo rato que nuestro correo se había esfumado en las montañas y que se había extinguido el son de sus campanillas, cuando nosotros reemprendimos la marcha.

Inmediatamente después de Kulijani entramos en un estrecho valle, de 800 m. de largo por 50 a 80 m. de ancho, en cuyo borde meridional y a unos centenares de metros más lejos, se alinean, como juguetes, varias lindas casitas de 2 a 3 m. de alto, al pie de la ladera. Son viviendas de pescadores.

En el extremo occidental de la cañada, en *J*, atravesamos por un vado el río Panoni, de rápido curso, y cuyas profundidad y anchura son allí de 30 cm. y 10 m., respectivamente. Cuando las crecidas, se cruza por un puente colgante de hierro, de dudosa contrucción, situado algo más arriba del vado, a una altura de 4 m. sobre el valle. Tiene un metro de ancho.

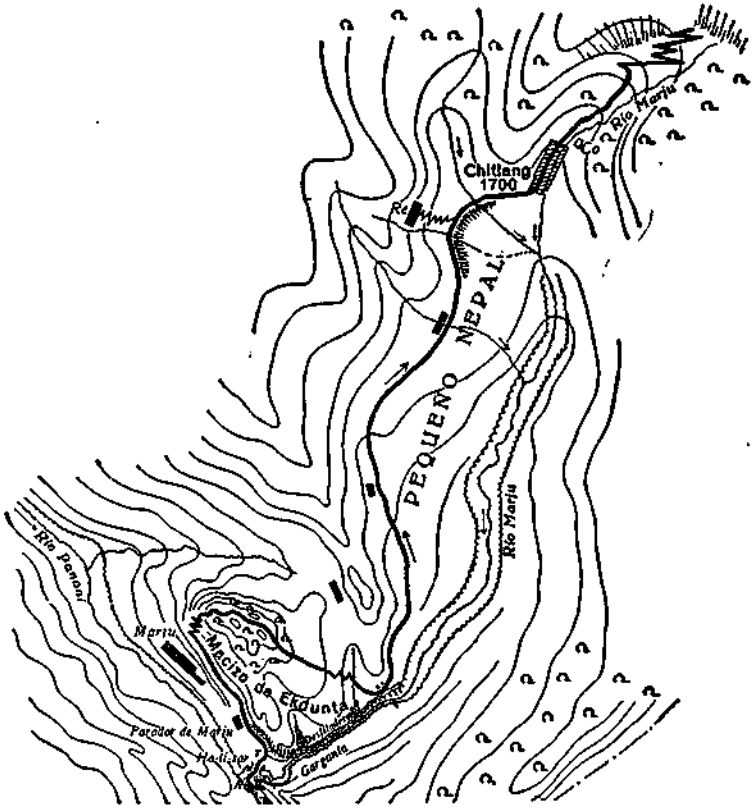
El valle del Panoni es de un romanticismo salvaje. Su carácter sombrío e inhóspito era aún acrecentado por los gi-

rones de niebla que subían y bajaban por las paredes de la montaña, y de las simas y resquebrajaduras que se vislumbraban en la pálida penumbra. En invierno y primavera, o sea durante la estación seca, el Panoni fluye, diáfano y rápido, apresado en sus orillas. Entonces su anchura oscila entre 10 y 20 m., su profundidad llega hasta la rodilla y todo el tráfico se efectúa a través de vados o de bajos diques construídos con bloques de piedra y haces de ramillas. Del cauce emergen islotes de arena. En el lugar donde unos estribos rocosos del Mahab Harat Lej bajan hasta el valle, el río se ve forzado a describir lazos y curvas. Detrás de aquellos estribos y de unas masas de rocas desprendidas, el agua fluvial se embalsa formando remansos tranquilos, diáfanos, como lagos de montaña. Pero durante los meses de crecida, todo el fondo del valle, de 100 a 300 m. de anchura, es invadido por las aguas rugientes del río. Revelan su violencia los socavones que minan las abruptas orillas, las cuales, al derrumbarse aquí y allí, han precipitado en el lecho bloques de roca de la magnitud de una casa. Gigantescas masas de detritos y guijarros llenan el cauce, que al correr de los siglos se ha hundido de 10 hasta 50 m., de manera que los arrozales y los poblados quedan muy por encima del río, en terrazas limitadas por escarpados taludes. Los pueblos aparecen muy dispersos; se ven, incluso arriba, en las aristas de la sierra, exhibiendo colores blancos y pardos, con las puertas y los marcos de las ventanas pintados casi siempre de violeta. En las denudadas paredes de roca pueden distinguirse perforaciones a modo de pozos, abiertas por la mano del hombre. En tiempos pasados se buscaban allí metales preciosos.

En la ladera del valle llegamos a una aldea de próspero aspecto, emplazada en una amplia terraza, bien cultivada, con abundantes plataneros y papayos. El camino está aquí bordeado de una alta espaldera de cactos y agaves.

Desde allí, siguiendo en dirección general Norte, proseguimos por el fondo del valle, cultivado y habitado, donde el Panoni se ha ido excavando un lecho de una profundidad que oscila entre 10 y 50 m. Como la erosión del río ha llegado hasta interrumpir en muchos puntos el camino, con frecuencia nos vimos forzados a vadear el lecho. La marcha era tan pronto cuesta arriba como cuesta abajo. Estos cruces del Panoni, de impetuosa corriente, son facilitados en invierno, o sea en época de estiaje, por los diques construídos artificialmente con bloques de rocas, fajinas, escombros

y tierra, con agujeros para dejar paso al agua. En verano, empero, las crecidas se llevan estos precarios puentes, y hay que usar los senderos de altura y los puentes col-



Croquis provisional Bhimpedi-Thankot (2.ª parte)

gantes de hierro, cuyo estado de conservación es buena muestra de la negligencia nepalense. En todo caso, no han sido construídos para desafiar los siglos. La mayoría de los senderos altos siguen terrazas fluviales o las laderas (1).

(1) En este tramo llama la atención, en la orilla este del Panoni, un sendero de un metro de anchura trazado en la ladera rocosa que cae allí perpendicular, a una altura de 40 a 75 m. sobre el fondo del valle. Servía al tráfico en las épocas de crecida en un tiempo en que no existían puentes colgantes. Este peligroso camino cruza los arroyos que confluyen al valle por puentecillos de piedra y de reja. Actualmente ya no se utiliza.

Cuando las aguas se han llevado el camino, hay que improvisar otros para salvar los obstáculos, que por lo general son muros rocosos que a veces alcanzan una altura de 250 m., muy escarpados y desnudos. Estos rodeos suplementarios cuestan tiempo y fatigan a hombres y animales.

El último tramo a lo largo del Panoni va por el pie de un reborde rocoso muy empinado por la orilla Este, sobre una estrecha terraza pétrea, a una altura de 20 a 50 m. En el río se observa ahora la formación de islas de arena. Unas salientes lenguas de roca, de agudas aristas; imponen al río una trayectoria muy serpenteante. El impetuoso Panoni, que se abre penosamente camino por entre masas de guijarros, escombros y enormes peñas, queda con frecuencia embalsado en este trecho por efecto de los desprendimientos de rocas o de la acumulación de materias aluviales. Ello ha dado origen a pequeños lagos de montaña, en cuyas aguas límpidas y tranquilas se refleja el pétreo paisaje montañoso.

Junto a la protuberancia rocosa de *N*, el camino, bueno ahora, tuerce hacia el Norte y va descendiendo suavemente hasta Ha-ti-sar y el puente que, unos 200 m. más allá, cruza el Marju. Este riachuelo se vierte en el Panoni junto al puente. El Marju lleva también el nombre de Kide-ri (figura 7). Ha-ti-sar es una aldehuela de unas pocas casas de piedra de un solo piso (1).

El Marju nace en el reborde del Chandragiri, al Norte. Su curso inferior corta un ancho collado rocoso entre el macizo de Ekdunta y la arista que nos había acompañado en nuestra marcha hacia el Norte, y que desciende abruptamente al Panoni. La distancia de Ha-ti-sar, a la salida de la garganta, es de unos 2 km. El terreno entre dicha garganta y el Panoni está cultivado y regado por el Marju. Al Noroeste, a cosa de unos 700 m., se distingue el *bungalow* oficial de Marju, situado sobre una terraza cultivada del Ekdunta.

Antes de reemprender la marcha quisimos examinar de más cerca dos grandes bultos que, envueltos en telas, estaban depositados en un prado. Eran dos automóviles de turismo, sin ruedas, dos elegantes Dodge, que aguardaban la hora de proseguir la ruta hasta Katmandu. Varias docenas de porteadores se ocupaban en sujetar, a ambos lados de las cargas, largas y recias perchas de bambú, en colocar otras en los ex-

(1) A partir de aquí el texto va de conformidad con la ruta que figura en el croquis frente a la página 49.

tremos en sentido transversal y atarlas todas sólidamente a diversos palos de sustentación. Cada uno de estos palos era para dos hombres. Las ruedas y demás accesorios de los coches iban repartidos entre varios porteadores.

Ya a poco de cruzar el puente, el camino inicia la ascensión, como muestra la figura 8, hacia la terraza cultivada que queda delante del macizo de Ekdunta. En la parte superior de la cuesta, el sendero avanza por una garganta. Allí nos encontramos con dos caravanas de porteadores que llevaban en hombros sendas cajas de respetable tamaño (fig. 9). 40 ó 50 hombres subían paso a paso bajo su carga, que pesaba más de una tonelada. Iban jadeando, pero sus rostros no eran rostros extenuados y apáticos de esclavos; reflejaban contento, y cantaban, estimulándose mutuamente con salvajes gritos.

Un mozo larguirucho daba vueltas en torno a los demás como el perro de pastor rodea el rebaño, agitando incesantemente un bastón, dirigiendo y golpeando a uno y otro lado. De vez en cuando se subía al armazón de bambú, haciéndose llevar y vociferando órdenes desde lo alto. Los hombres que caminaban descargados, ora se precipitaban a sostener con palos la caja que se inclinaba, ora, atando cuerdas alrededor de árboles o salientes de rocas, aseguraban la carga en lugares difíciles y peligrosos. A cada cien pasos la comitiva se detenía para descansar unos momentos. Chillaban y reían y, para recobrar energías, se llevaban a la boca puñados de semillas de adormidera. Y de nuevo proseguía la marcha, al son de cantos y griterío.

El Gobierno del Nepal cree tener fundadas razones para, prescindiendo de todos los avances de la técnica, seguir aferrándose a este antiquísimo sistema de transporte, utilizado ya en épocas remotísimas por los intendentes faraónicos en la construcción de diques fluviales, templos y pirámides. El Maharajá opina que las dos cadenas montañosas, una y otra desprovistas de túneles y pasos, el Mahab Harat Lej y el Chandragiri, siguen hoy impidiendo todo intento de invasión procedente de la India, exactamente como hace siglos la muralla china defendió al país contra las acometidas mogólicas. Las inaccesibles fronteras naturales parecen a los príncipes nepalenses la mejor garantía de la independencia de su nación. Esta creencia debería haberse convertido hoy en una piadosa ilusión, después de las recientes experiencias con las bombas atómicas y con la completa destrucción de

grandes ciudades por la acción de unos millares de fortalezas volantes. Pero es posible que en el Nepal las cosas hayan cambiado también ; tal vez este país haya progresado mucho más de lo que supone el extranjero. Por lo que colegí más tarde de mis conversaciones en Katmandu, debe existir, por ejemplo, una carretera de montaña, de una longitud de 800 km., que va de Darjiling, al Este, hasta Pithoragarh, al Oeste. Oficialmente, nada se sabía de ello ; el nepalés sabe guardar sus secretos. Y tengo idea de haber cruzado por dos veces esta misteriosa vía en el curso de mi expedición al Nepal Oriental. El americano Hassoldt Davis, que recorrió el país muy poco antes de estallar la segunda guerra mundial, en compañía de Armand y Leila Roosevelt Denis, habla de una segunda ruta, mantenida también en el mayor secreto, que partiendo de Katmandu iría a desembocar, a lo largo del Bagmati, en la baja llanura india. Yo, que he tenido ocasión de conocer el Bagmati, creo muy verosímil la existencia de dicho camino.

Desde el extremo anterior del sendero que se ve en la figura 10, podemos dirigir todavía una mirada retrospectiva a Ha-ti-sar y el valle del Panoni. A partir de esta bifurcación *T*, el camino principal sigue a lo largo de la garganta rocosa (1), mientras que el otro ramal se desvía hacia Oeste, para volver a confluir con el primero en el otro extremo de la garganta, 3 ó 4 km. más al Norte.

El rodeo, peor conservado, evita el barranco y pasa por el macizo de Ekdunta. Yo me decidí a tomarlo porque me habían dicho que con su agradable alternancia de campos cultivados, prados y bosques de coníferas, domina un paisaje encantador. En la primera parte, o sea, desde la bifurcación, se mantiene en lo alto de la terraza del pie del macizo de Ekdunta, que, a unos 50 m. sobre el cauce del Panoni, es objeto de intenso cultivo.

A los 14 minutos de nuestra salida de *T* llegamos al *bungalow* de Marju, especie de quinta de recreo propiedad del Estado. Se levanta a unos 150 m. al sur del camino, debajo de una fuente excavada en un orificio del terreno y reves-

(1) La garganta de Marju tiene una profundidad de 50 a 70 m. y una anchura media de 30 m. El fondo, rocoso, está cubierto de guijarros y tierra de pastos. El camino, que sigue por la garganta, trepa, a partir de la bifurcación, por la roca pelada, en breves y bruscos zigzags, manteniéndose en lo sucesivo en las cercanías del borde superior del barranco, o sea, de 50 a 60 m. por encima del fondo. Rodea las numerosas hendiduras que desembocan en la garganta por medio de curvas hábilmente excavadas en la escabrosa roca.

tida de un muro. La casa contiene habitaciones de descanso y una cocina. Un edificio contiguo sirve para alojamiento de los criados. Este parador es raramente utilizado por los viajeros, pues los que van de Raxaul a Katmandu suelen pernoctar en Chisapani. Tampoco nosotros nos detuvimos en él.

El macizo de Ekdunta, a unos centenares de metros al oeste del mencionado *bungalow*, asciende primero en largas y estrechas terrazas escalonadas, pero luego la cuesta se vuelve más abrupta. Me recordó la cresta de los Alpes de Allgau. Hacia ella conducía el sendero, y en su flanco meridional yace, edificada sobre la terraza inferior, la aldea de Marjú, con sus amables casitas techadas de paja, que en verano, cuando en las ventanas cuelgan a secar las rojas y amarillas mazorcas de maíz, deleitarían el ojo de un pintor.

A lo largo de empinadas y peligrosas serpentinas, mis 8 porteadores salvaron de un tirón la cuesta, asaz peligrosa, que sube hasta la arista de la sierra por una protuberancia rocosa y redondeada que se precipita abruptamente por el lado de Sudoeste. A trechos, el camino es un desfiladero. La cresta superior está cubierta de bosque de follaje y coníferas. El panorama, al Este y al Oeste, es maravilloso. Casi al alcance de la mano aparece, al Noroeste, la última muralla de la cuenca de Katmandu, la boscosa cadena del Chandragiri, con el puerto de igual nombre, a 2600 m. de altitud, perfectamente identificable por una muesca del bosque y una trocha, por encima de la cual pasa la línea telegráfica. También se divisa la región de las fuentes del Panoni, enmarcada por el Chandragiri y el Mahab Harat Lej. Desde el Oeste nos saluda el Tarebhir, con sus 2840 m., un jalón en el múltiple oleaje de montañas, erigido en el punto donde se unen las dos mentadas cordilleras. Frente al macizo de Ekdunta sobresale a Oriente, separado por un valle corto y anchuroso, y por tanto al sur de Tistung, otro núcleo montañoso que apenas sobrepasa el nivel de nuestro punto de observación y que se caracteriza por sus innúmeras grietas y desgarraduras (*W* en el croquis de la ruta). Está unido al Chandragiri. En sus escarpados flancos, que bajo la luz del sol brillan en tonos pardorrojizos y verdes, corren, a mitad de la ladera, varios senderos de montaña. También se distingue perfectamente la garganta de Marju.

Nuestro camino, de un metro de anchura, prosigue por la cima, de kilómetro y medio de largo, por entre el bosque

FIG. 6. Descanso en Kulijani

FIG. 7. Ha-ti-sar. Bajo el puente del primer término fluye, hacia la derecha, el Marju, para ir a desaguar en el Panoni

Croquis del itinerario Bhimpedi-Thankot. Uno de los muchos trazados por Filchner en el curso de la expedición

alto. El aroma de los abetos y el frescor del bosque son un gran alivio. La cresta cae abruptamente hacia Oeste, mientras por el Este, o sea en dirección a la garganta, desciende en suave declive. Era como un idílico paseo por los Alpes. Bajando por el bosque y pasando luego por unas lomas cultivadas, llegamos a una hondonada rocosa de suelo estrecho y pantanoso. Por el fondo corría un torrente que iba a precipitarse en el cercano Marju. Su paso costó a los porteadores más trabajo y cuidado que todo el rodeo. Tras una breve ascensión desembocamos nuevamente, a un centenar de metros más abajo, y junto a dos casas de piedra de un piso, al sur de *KK* (croquis de ruta), en el camino principal, al extremo norte de la garganta de Marju.

Desde la bifurcación proseguimos unos pocos centenares de metros por el desfiladero y luego torcimos, penetrando en un amplio valle cultivado que lleva los nombres de Chitlang, Smiling Valley o Pequeño Nepal. Es un verdadero vergel que, en la época de la cosecha, se convierte en un mar de campos de mieses, arrozales y maizales. También la fruta prospera en él. En los prados pacen manadas de búfalos de agua y ovejas. Ni un palmo de tierra está desaprovechado; se cultivan incluso las faldas de este valle venturoso, escalonadas en terrazas convertidas en otros tantos campos. Y por doquier fluye el agua, rumorosa y cantarina. En las charcas nadan gordos patos. Riachuelos inundan el camino, cubriendo su suelo de un barro pegajoso, y numerosas cascadas se despeñan de las cultivadas laderas. Pero esta misma tierra que brinda sus riquezas al Pequeño Nepal, constituye al mismo tiempo una amenaza que infunde pavor y angustia a sus habitantes. El valle es azotado por terremotos más frecuentes e intensos que en el resto del país. Al pasar, vimos los rastros de aquella inquietud subterránea: paredes de casas derribadas, tejados hechos trizas y chozas desplomadas.

Avanzamos a buen paso por el valle de Chitlang, manteniendo la dirección de la troja que conducía al collado, por la vertiente sur del Chandragiri. En esta porción del trayecto pasamos junto a varias construcciones de piedra y tierra derribadas por el último seísmo, y a continuación, por delante de unas casitas techadas de paja y un molino, con una charca animada por la presencia de algunos patos. Un riachuelo que salía de un profundo vallecito lateral alimentaba aquel estanque. En la estación de lluvias el camino del valle de Chitlang es difícil de recorrer, pues los torrentes

4. FILCHNER: En el infierno de Nepal.

bajan furiosos por las laderas, destruyen buena parte de los arrozales y convierten el sendero en un verdadero lodazal (1).

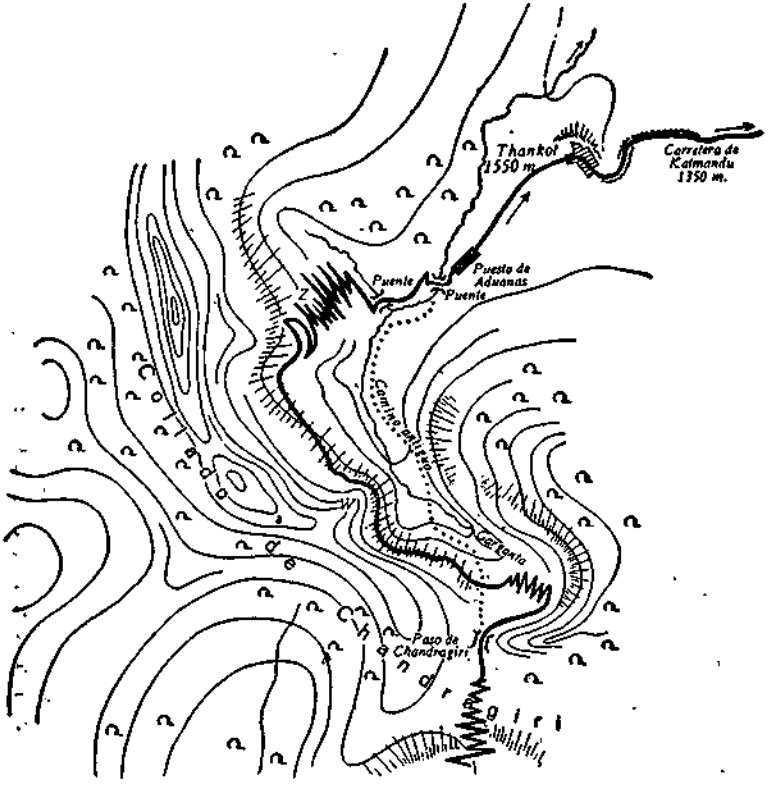
Al cabo de una hora de marcha desde la garganta de Marju, aparecieron a nuestra izquierda, a unos 300 m. de distancia, sobre una terraza, dos refugios de piedra (*Re*). La cuesta fue acentuándose y pronto vimos, en medio de la línea superior del valle, el poblado de Chitlang, cuya parte mayor se extiende por la punta de una alta lengua que desciende del Chandragiri, dentro de la región de las fuentes del Marju. La subida al collado de Chandragiri la efectuamos por el vallecito que se remonta en dirección Noroeste y por el que circula el arroyo oriental de los dos que originan aquel río.

Cruzamos el valle del Marju, cuya anchura no excede aquí los 600 m. y, atravesando el lecho guijarroso, de llanas orillas, por entre campos cultivados, llegamos, tras dos horas y media de marcha por el «Valle Riente», a su localidad principal, encuadrada en dos de los lados por espesa selva: se llama Chitlang, es decir, el «pueblo de los molinos de agua». Para los porteadores, este lugar representa una gran ciudad y tiene todos sus atractivos.

A pesar de su carácter apacible y romántico, en Chitlang reina una vida animada y una gran actividad desde el amanecer hasta que cierra la noche. Los viajeros y los porteadores hacen alto aquí; las caravanas grandes y dispersas vuelven a congregarse y el coolí, tras largo regateo, se provee de todo lo que su corazón anhela y su bolsa permite. En las tiendas y paradas se venden naranjas, limones, arroz, té dulce, sal y cigarrillos. Chitlang, que se extiende en un espacio de kilómetro y medio en dirección Norte-Sur, tiene incluso adoquinada la calle principal que, sin embargo, no es transitable para coches sino hasta la mitad, pues luego sube de tal modo, que ha habido que proveerla de numerosos escalones para alivio de los porteadores. A lo largo de esta arteria se levantan lindas casas de un piso, de estilo antiguo, con artísticas tallas en madera en las vigas maestras y los montantes de las puertas. Generalmente son figuras de animales o de flores (lagartos, patos, ranas, cepas), que el escultor proyectó no sin conferir a cada ornamento un simbolismo religioso. En el extremo norte del pueblo hay varios refugios, y en una plazuela se eleva un *mandirr* coronado por tres bóvedas y un armazón del que cuelga una campana.

(1) A partir de aquí, el croquis de la ruta no es ya utilizable.

Descanso a 50 m. al norte de la salida septentrional del pueblo, en un cobertizo abierto, techado de hojalata (*Co*). Me refresqué en el agua límpida del Marju, el cual no



Croquis provisional Bhimpedi-Thankot (3.ª parte)

es aquí sino un riachuelo de un metro de ancho que riega los jugosos prados invadidos de bloques de piedra. Grandes lagartos relucientes se deslizaban rápidos por los lisos guijarros, y nubes de moscas azules me obligaron a abreviar la parada.

Otra mirada al Pequeño Nepal, que se extendía a nuestros pies, y la caravana volvió a ponerse en camino, a primera hora de la tarde (1), hacia el collado de Chandragiri.

(1) Las caravanas procedentes de Katmandu calculan la marcha de manera que puedan llegar a Chitlang poco después de la salida del sol.

Ya a poco de haber salido del lugar de descanso, la caravana entró formando una larga serpentina, en la clara selva que pronto se convirtió en bosque alto. El camino, de 1,2 m. de ancho, y que mostraba ser muy frecuentado, se encarama rápidamente. Cascote y rocas esquinadas y revestidas de vegetación alternaban con trechos fangosos. De vez en cuando pequeños calveros. A medida que subíamos, se aclaraba la selva. A lo lejos, en las laderas, se veían, dispersas, algunas chozas aisladas cuyas paredes exteriores estaban pintadas de rojo, con tierra arcillosa, hasta la mitad de su altura, mientras la parte alta estaba encalada. Más arriba de la cordillera, hasta el pie de la sierra principal, la ascensión por la ladera rocosa, recubierta a trechos por la selva, se vuelve menos empinada. El barro, que en la estación seca allana las desigualdades del terreno, en la lluviosa hace la ladera tan resbaladiza, que resulta intransitable para los porteadores cargados (fig. 11).

La subida al reborde principal del Chandragiri, que, a 300 m. más arriba, se halla cubierto de espeso arbolado y rododendros, la efectuamos en inclinadas curvas de 20 a 65 m. de longitud, a lo largo de la trocha que se abre paso por entre el bosque. Ya no era aquí cuestión de camino, sino simplemente de un fatigoso trepar por las rocas, guijarros y escombros que se escurrían a cada paso bajo los pies. Aquí y allá, el hombre había procurado remediar la situación cortando toscos escalones en las piedras. Para mí resultaba un enigma el cómo, por ejemplo, los 60 hombres que habíamos encontrado en Ha-ti-sar cargados con aquellas monstruosas cajas, podrían salvar este abrupto tramo de montaña. ¡Y luego venían los autos Dodge sobre las plataformas de bambú! Sin embargo era indudable que lo harían, puesto que ya había seguido el mismo camino más de una carga de peso extraordinario, como apisonadoras y estatuas ecuestres de bronce. La carga más sorprendente que hasta ahora ha cruzado el paso de Chandragiri han sido animales salvajes: rinocerontes, avestruces, tigres y leopardos enjaulados. Los rinocerontes estaban destinados a la cría, los demás animales eran para el Parque Zoológico de Katmandu.

Los caballos resoplaban jadeantes, pero para mis porteadores nativos aquella subida parecía juego de niños. Animábanse mutuamente con jocosos discursos, cantaban y de vez en cuando uno de ellos se detenía para lanzar un agudo grito destinado al dios protector Naraina. Con aquella mar-

cha y bajo el sol estival y la carga, un europeo habría vertido raudales de sudor ; en cambio los mozos no tenían ni la frente húmeda ni mojada la espalda, sino que seguían completamente secos.

Muchos grupos de porteadores nos alcanzaron y nos dejaron atrás. Transportaban tuberías de conducción de agua, planchas de palastro, tabaco y bidones llenos de gasolina. Cinco o seis de estos bidones atados juntos formando un bulto plano se llevaban a la espalda a modo de mochilas. También vi mujeres y niños avanzando cargados cuesta arriba. Cuesta abajo nos topamos con un nepalés que llevaba a la espalda una cesta y la sostenía, por encima, por medio de una correa que le pasaba por la frente. En la cesta iba, sobre un lecho de paja y la cara vuelta hacia atrás, un anciano cuyas escuálidas piernas colgaban fuera de la canasta. Mis mozos se pusieron al habla con el nepalés y se enteraron de que era un hijo que había llevado a su anciano padre a la capital, donde inútilmente había pedido remedio a los médicos ; ahora regresaba a su pueblo natal, desconsolado, con su carga a cuestas, por aquellos duros caminos.

Es cosa corriente transportar, en cestas, por la montaña a enfermos, niños y mujeres ; y algunas veces ocurre que se rompe una correa o el portador tropieza y con su carga, perdido el equilibrio, se precipita al fondo del abismo rocoso.

Mientras descansamos en lo alto del collado, terminada ya la subida, el vaivén de transeúntes era incesante. Entre otras cosas, provocaron mi admiración dos gurjas que transportaban una caja del volumen y peso de un piano. Habían salido de Bhimpedi dos días antes y subían con bastante rapidez, apoyándose de vez en cuando en sus bastones. Iban riendo. Dirigieron unas chanzas a mis hombres y no pensaron en descansar unos minutos en el puerto.

En la canal, de 6 m. de ancho, del paso de Chandragiri (2600 m.), se alza un *obo* de piedra de cima redondeada, que mide 2 m. de alto por 3,5 m. de ancho. Va creciendo lenta pero continuamente, pues todos los fieles que cruzan el puerto dan dos vueltas a su alrededor y depositan en él piedras que han subido desde el valle.

Si algo me ha compensado de las injusticias, las fatigas y los sinsabores que he sufrido en el Nepal, sin duda ha sido el panorama que me fue dado contemplar desde el paso de Chandragiri. Río de Janeiro pasa por ser la ciudad más bella del mundo ; yo calificaría el Chandragiri de su más sublime y

grandioso mirador. Brook Northey llama a aquella vista un «sueño». A mis pies, a 800 m. más abajo, se extiende el sector occidental del valle de Katmandu, el «Gran Nepal», valle de ensueño y jardín multicolor, un tablero de ajedrez de campos rojos, amarillos, pardos y verdes, sembrado de casas y aldeas sin número. Lo cruza en todos sentidos una red de hilos dorados y plateados, carreteras, caminos y las relucientes arterias de los sinuosos ríos sagrados Bagmati y Wishnumati. La cuenca, enmarcada por sierras rocosas, abruptas, cubiertas parcialmente de bosque por debajo de las aristas, apenas si es vez y media mayor que la superficie de la ciudad de París. Vista desde el puerto, da la impresión de una lisa mesa de billar, pero en realidad es, como puede ya deducirse del curso serpenteante de carreteras y ríos, un terreno ondulado lleno de cortes y hondonadas, testimonio de una intensa erosión.

Dos manchones pardorrojizos (1) se destacan de la verde y fértil llanura. Son los tejados de Katmandu y Patan. Brillan al sol los dorados pináculos de los templos. Con ayuda de los prismáticos distingo una esbelta torre blanca; es la señal distintiva de la capital, la torre de Dharara o Bhim Sens Folly, de 60 m. de altura. En el anillo verde oscuro que rodea Katmandu reconozco algunos edificios blancos cercados de murallas. Son los palacios de los privilegiados, miembros y parientes de la familia reinante.

Al oeste de la ciudad reluce al resplandor solar un *stupa*, perteneciente al claustro de Swayambunath, famoso en el mundo lamaísta y que tengo grandes deseos de visitar, pues los centros de este culto me han atraído siempre, y el estrecho contacto que he tenido con los hombres y las cosas de esta religión no han dejado de influir sobre mi personal concepción de la vida.

No es sólo la hondura, ni la cuenca en sí, que con su hermosura embriaga la vista, sino los singularísimos telones de fondo que forman un marco fastuoso en torno al cuadro. La mirada se extiende al Norte hasta muy lejos. Una sierra se eleva tras otra, ora cubierta de bosque, ora mostrando la roca desnuda. Y por encima de las montañas se eleva la muralla natural más poderosa del planeta, el Himalaya, la «patria de la nieve», de un azul grisáceo en las hondonadas y de un rosa y un blanco deslumbrantes en las cumbres, reves-

(1) La tercera ciudad, Bhadgaon, con sus plantaciones de algodoneros, situada en la mitad oriental del valle, no es visible desde el paso.

tidas de hielos eternos. Arriba, la bóveda del cielo se despliega en un azul inverosímil, imposible de reproducir en las vulgares postales iluminadas. Mis pensamientos vuelan, salvando aquella muralla, hacia el Tibet, donde he pasado errante, midiendo y dibujando, los años más hermosos, bien que los más difíciles, de mi existencia de explorador.

Todas las cifras y comparaciones del Himalaya son sorprendentes. Esta cordillera de plegamiento, la más elevada de la Tierra, tiene una longitud de 2400 km. y una anchura doble de la de los Alpes. Va del Nanga Parbat, en Cachemira, punto de cita de los alpinistas de todo el mundo, hasta el nudo montañoso de Chwanhien. A la porción nepalense, que por el Oeste limita con el Kumaon y al Este con el Sikkim, y va desde el valle del Kali al del Tista, corresponden 800 km. Amplias cúpulas graníticas recubiertas de una coraza de hielo y que son las más elevadas del mundo, coronan la muralla. En el Himalaya nepalés se cuentan cinco cumbres superiores a 8400 m, y un total de treinta y tres que exceden de los 7300 m., es decir, que treinta y tres de sus montañas son 2500 m. más altas, como mínimo, que el pico más elevado de Europa, el Mont Blanc. Algunas de ellas tienen nombre: el Annapurna (8075 m.), el Dhaulagiri (8167), el Gosainthan (8044), el Gaurisankar (7145), el Everest (8883,6), así llamado en recuerdo del topógrafo inglés Sir George Everest, el Makalu (8470) y el Kanchanyanga (8578). Muchas cumbres no tienen nombre indígena, por lo cual en la cartografía trigonométrica se les designa provisionalmente con cifras romanas. Así por ejemplo, el Everest es conocido todavía por «Montaña XV».

Como consecuencia de su altitud, la glaciación del Himalaya alcanza también proporciones enormes. Aparte las zonas polares, encontramos aquí los glaciares más largos del Globo. El de Biafo mide 62 km., el de Baltoro 58. Hasta hoy sabemos muy poco de las regiones heladas del Himalaya; la vertiente sur de la zona nepalense no ha sido aún visitada por ningún europeo. Todo lo que se ofrece ante mis ojos allá al lejano Norte, visto desde el paso de Chandragiri, son «blancos», tierra inexplorada. Bonnet, el fotógrafo de la expedición británica del Everest de 1933, es, hasta la fecha, el primer, y único, europeo a quien ha sido dado sobrevolar la gran montaña y fotografiar los altos campos del Nepal.

Grandiosos valles transversales permiten establecer cierto orden en la cadena desconocida del Himalaya nepalense:

Hay siete gargantas que se hunden a los 2500 m. y que cortan en ocho bloques la muralla de hielo entre los ríos Kali y Tista; podría pensarse que constituyen magníficas vías de comunicación entre el Nepal y el Tibet, y sin embargo no es así. A pesar de sus mil desfiladeros y pasos, el Himalaya es reacio al tráfico y extremadamente pobre en caminos. Cierto que hay senderos de herradura que cruzan las gargantas y que son seguidos, a costa de arriesgados y penosos esfuerzos, por traficantes y peregrinos tibetanos, avezados a la montaña, durante la estación seca en que las nevadas son raras; cierto que los vecinos del Norte traen al Nepal, a través de aquellos caminos homicidas, ovejas, perros mastines, crines de yak, artículos de lana, turquesas, polvo de oro y adornos de oro y plata; pero en el fondo de las resquebrajaduras no hay rutas. Allí sólo rugen y atronan los torrentes originados por la fusión de los hielos de los glaciares, fuentes del Ganges que nacen a docenas de kilómetros al norte de la cadena principal y la atraviesan. Las laderas menos abruptas de los valles, por encima de las gargantas, están pobladas, y en ellas se cultivan cereales hasta una altura de 3500 m. Y todavía más arriba, en los herbajes que quedan por debajo de los campos de nieve y los glaciares, se practica el pastoreo de altura.

Aún no existe ninguna ruta carrozable en el Himalaya nepalense. Las dos vías comerciales más importantes unen Katmandu con Shigatse y el valle del Kali Gandaki, por Korela, con Tradum. Shigatse y Tradum son dos poblaciones tibetanas situadas en el valle del Tsangpo, el valle más largo de la Tierra. Discurre entre el pie norte del Himalaya y el Transhimalaya, paralelamente a la frontera septentrional del Nepal y, gracias a su clima moderado y a su feracidad, puede albergar a las nueve décimas de los habitantes del Tibet. A este grandioso surco longitudinal dan acceso, por el Oeste y el Este, sendas rutas de gran importancia. La occidental, llamada «ruta Hindostán-Tibet», va de Simla, en el valle del Satleg, por el puerto de Shipki, hasta los lagos sagrados, y su valor económico aumenta de día en día. La vía oriental va por ferrocarril hasta Darjiling, luego por carretera hasta Kalimpong, por el valle del Tista; a partir de allí se convierte en un camino de herradura que, a través de collados y valles, llega hasta Lhassa. Por este antiguo y famoso camino han penetrado los apóstoles del Budismo, los exploradores y las expediciones militares británicas.

Geológicamente, el Himalaya está muy poco explorado todavía. Granitos, gneis y pizarras cristalinas constituyen su masa principal, cuyo plegamiento tuvo efecto en el Terciario. Hoy, el movimiento orogénico no ha terminado aún; los frecuentes terremotos del norte de India, Nepal y Tibet meridional deben de estar en relación con la acción de las fuerzas tectónicas.

En mis viajes posteriores entre Nepal y la India he pasado una docena de veces por el collado de Chandragiri y he contemplado el inolvidable panorama, que se me ha presentado con la misma magnificencia que el primer día. Cuando me pareció ofrecer la máxima belleza fue después de los meses lluviosos, en que, en una atmósfera diáfana, brillaban en toda su claridad e inmaculada pureza las blancas cúpulas, el suelo era un festín de colores y el Chandragiri se hallaba inundado por un mar de rododendros en flor.

La falda septentrional de la cadena del Chandragiri es mucho más abrupta que la meridional, y, hasta muy abajo, en el fondo del valle, está recubierta de alta selva. Así, el descenso se efectúa por entre un tupido techo de follaje. Incluso en los lugares más inclinados han arraigado vigorosos árboles, agarrándose en los huecos y grietas de las rocas. El camino de descenso de la ladera norte del Chandragiri es notablemente mejor que el de subida de la vertiente sur.

Dos caminos, el «antiguo» y el «nuevo», ambos sumergidos en un océano de rododendros y frondosos helechos, llevan del paso del Chandragiri a la cuenca de Katmandu. El sendero viejo es una *via mala*. Desciende bruscamente del puerto por una canal muy empinada, a lo largo de una tenebrosa garganta. Es impracticable para animales de tiro y los portadores lo utilizan raramente, pese a que no les asustan las rampas rocosas de una inclinación superior a los 60°. En 1926 quedó terminado el camino nuevo, sendero de montaña que salva los excesivos desniveles por medio de curvas cerradas y permite el paso de literas, animales de tiro e incluso de artillería de montaña. Pero también tiene sus contras. En el Baedecker se dice de él: «A trechos, sólo recomendable para alpinistas no propensos al vértigo».

El «camino nuevo», ancho de 80 a 130 cm., al salir del collado, cruza en dirección Este y por un bosque alto, un trayecto de unos 400 m. de empinada ladera rocosa, para descender luego cosa de 40 m. en breves y muy inclinadas serpentinas, y seguir a continuación en declive

suave por la escarpada falda. Un rodeo salva el saliente rocoso de *W*. Del otro lado sigue la escarpa del Chandragiri en la primitiva dirección, hasta tropezar con el nuevo saliente en *Z*, el cual cae casi a pico en una altura de 200 m. El sendero salva esta pendiente por medio de una docena de curvas, en extremo empinadas, hacia el cultivado valle de Nepal. Las serpentinas superiores han sido cortadas en las rocas a golpes de pico. Aquí el sendero «cuelga» de tal modo hacia fuera, que un hombre, llevado en silla de manos, va con temor constante de verse precipitado al fondo del abismo, junto con sus porteadores. Por doquier aparecen las destrucciones producidas por las lluvias diluviales, destrucciones que reclaman un trabajo continuo de reparación. Mucho más arriba habíamos encontrado una brigada de obreros ocupada en construir, en un lugar particularmente peligroso, una rampa de medio metro de altura en el borde externo del sendero, para evitar su desmoronamiento.

Finalmente llegamos al enorme cono de deyección, antepuesto al pie norte del Chandragiri. Allí cruzamos un puente de madera, por encima de un arroyo que procede del Oeste, saliendo de una estrecha garganta junto al camino viejo. Desde el puente, los dos senderos, el nuestro cubierto de hierba y musgo, y el antiguo, empedrado con grandes losas, van a confluir formando un único camino de carreta que sigue por la orilla occidental, alta de 3 a 6 m., del torrente, cuyo lecho aparece lleno de gruesos guijarros y detritos rocosos. Pronto se alcanza el límite del bosque.

Al poco rato llegamos a las primeras casitas de una aldea. Hay allí un puesto aduanero encargado de reprimir el contrabando y de vigilar el tráfico de mercancías. El camino de carreta termina allí, y empieza una carretera empedrada con grandes adoquines, que atraviesa la localidad. Tanto en la aldea como al norte de ella nos topamos con gradas de piedra, naturales y artificiales, que cruzaban el camino. A partir de aquí, el sendero se introduce de pleno en las tierras cultivadas del valle de Nepal. En el cono de deyección, inclinado hacia el Norte y fuertemente consolidado, se ven pueblos y grupos dispersos de viejos árboles de abultadas copas. Rápidamente se aproxima la columna de porteadores a la meta de Thankot. Poco antes de llegar a la localidad, el sendero se transforma en carretera.

Aparecen ante nosotros las primeras casas de Thankot; y con ellas, los imprescindibles requisitos de la moderna civi-

lización: un puesto de policía con línea telefónica y un lugar para el aparcamiento de coches. Habíamos alcanzado el punto terminal de la ruta de montaña Bhimpedi-Valle del Nepal. Al bajar de la silla de manos respiré aliviado, pues ya no tendría que volver a encaramarme a ella. En el curso de mis viajes de exploración he conocido muchos medios de transporte, pero la silla de manos es el que me ha resultado más incomodo. En el Nepal, la costumbre y el prestigio exigen que las personas de categoría, como los invitados del Maharajá, recorran la ruta de la montaña en silla de manos, si no quieren « perder la faz ». No tuve, pues, otra alternativa, pero sí me cupo el dudoso placer de pagar a mi cuerpo, maltrecho por continuos choques y sacudidas, el correspondiente tributo, bajo la forma de un doloroso cólico nefrítico que, como se verá más adelante, se me declaró durante la breve travesía en automóvil a la capital.

En el aparcamiento de Thankot (1550 m.) nos aguardaba un coche de turismo de magnífica suspensión. Rodeáronme mendigos y chiquillos curiosos, y poco a poco fueron llegando los 70 porteadores, en último término los que llevaban las cargas más pesadas. Una hora más tarde estaba reunido todo el equipaje, completo y en perfecto estado. Los mozos, en coro prorrumpieron en el grito de « Naraina », acción de gracias al dios que les había preservado de los peligros de la montaña. Rápidamente se procedió a cargar los cofres y cajas en un camión, protejidos contra golpes. Mis porteadores, marchando a buen paso, habían cubierto en hora y cuarto el trayecto del Chandragiri. Cuando, posteriormente, efectué el viaje en dirección opuesta, mis mozos, desde Thankot, superaron los dos tercios de la agotadora y peligrosa subida sin un solo descanso, hazaña que un alpinista europeo escucharía con incrédula sorpresa.

Los alemanes subimos en Thankot al automóvil que se nos había destinado para trasladarnos, por una carretera llana y rica en curvas, a Katmandu, antes de que cerrase la noche. Nuestro chofer nepalense calculó en 40 minutos el tiempo que invertiría en recorrer los 16 km. del trayecto. Al salir de Thankot, la carretera hace un doble viraje, y luego, por una bajada pendiente, toma la dirección Este. Unos 5 km. más allá de Thankot cruzamos, por un puente de piedra, el lecho seco de un torrente que viene de Noroeste y que, en la estación lluviosa, lleva sus aguas al Bagmati. Preséntase luego una estrecha protuberancia de unos 50 m. de altura,

coronada por una aldea. Seis kilómetros más al Este se atraviesa otro puente, tendido sobre un nuevo afluente del Bagmati, procedente asimismo del Noroeste, pero más ancho que el anterior y con agua. El terreno, intensamente cultivado y poblado, está lleno de innúmeras hondonadas y surcos, por lo que el coche sube y baja constantemente. A partir de dicho segundo curso de agua, la carretera se halla bordeada, primero, de grupos de casas, y después, por verdaderos pueblos. En este trecho cruzamos otros dos afluentes del Bagmati.

De vez en cuando pueden verse los raíles del ferrocarril de vía estrecha que une Kisipidi, término del funicular, con la primitiva estación de mercancías del ángulo sudoeste de Katmandu.

Y de nuevo, esta vez mucho más próximo y distinto, en la cumbre de un cerro cónico, el dorado pináculo de la *stupa* del Monasterio de Swayambunath brilla a los rayos del sol poniente, y yo acojo su resplandor como un amistoso saludo de bienvenida. Cada vez más densos se suceden los árboles y las casas a lo largo de la carretera, y toda la tierra en derredor está poblada y cultivada. El coche tabletea sonoramente sobre las sueltas traviesas de madera de un puente de reja, de 55 m. de longitud; después seguimos hacia el Este por una buena carretera llana, a lo largo del borde meridional de Katmandu.

Por el lado Norte sigue la ruta una terraza de 8 m. de altura que, unos 300 m. más lejos, retrocede para marchar, paralelamente a la carretera, en dirección Este. No vuelve a acercarse a unos 250 m. hasta las cercanías de Pani-ad-da, la «estación de alimentación de agua», que puede verse junto a la torre del ángulo de las antiguas fortificaciones de la capital. Detrás de dicha estación brilla con blancura alabastrina Bhim Sens Folly. Al llegar a un cruce torcemos a la izquierda, entrando en la vía principal, que corta la ciudad de Sur a Norte y conduce directamente al jardín zoológico y al palacio de verano del Maharajá. Un joven policía de tráfico está de servicio en el cruce; lleva una especie de fez y, sentado en una garita, nos hace señas con cara de enfado. El chofer conduce con precaución, y no porque el tráfico sea demasiado intenso, aparte de que no constituiría ningún delito de alta traición atropellar a un transeúnte o un carro. Pero hay allí escollos y obstáculos de mucho mayor categoría que las personas: son las vacas sagradas. El alumbrado eléctrico de las calles está ya encendido.

a su tenue luz destacan los lomos claros de los sagrados animales que, estacionados en medio de la vía, de pie o echados, no hacen el menor caso a la bocina del auto. Nuestro conductor rodea cortésmente las vacas. ¡Ay de él, si hiriese o matase una! El Nepal, conservador a ultranza, prescinde por completo de los problemas del tráfico moderno cuando entran en juego las costumbres ancestrales.

Sin contratiempos, el chofer lleva el coche hasta la entrada de un jardín; los frenos rechinan; hemos llegado. Rodeado idílicamente de álamos, nos aguardaba el hermoso *bungalow* destinado a los extranjeros en visita oficial. Así, pues, aquí voy a vivir en adelante, aquí trabajaré, comeré y beberé y descansaré la cabeza. Un nuevo hogar entre tantos como he tenido en mi vida, y ¡quién sabe por cuánto tiempo!

La residencia está rodeada de un muro de ladrillo, de la altura de un hombre, y comprende tres casas. Hay, en primer lugar, la magnífica villa, de planta baja y un piso, con salón y comedor en la primera, y dormitorios y salas de estar en el segundo. Viene luego una casa más sencilla, destinada a mis auxiliares alemanes, cuya llegada estaba prevista para más tarde. Una tercera edificación, más baja, contiene la cocina y las habitaciones del servicio. Todos los aposentos están limpios y libres de insectos. Un mayordomo está al frente de la cocina, y es responsable del orden general de la residencia.

La casa está preparada para recibirnos. Ya en el jardín nos aguarda el regalo de bienvenida del Soberano: sobre el césped hay alineada una larga serie de corzos, liebres, perdices, patos salvajes y becadas. Yo me he de limitar a dirigir una mirada fugaz y dolorida a este real obsequio. Tengo que irme directamente a la cama, pues el cólico nefrítico se ha agudizado de tal modo desde Thankot, que sólo con gran esfuerzo puedo tenerme en pie. Llaman a un médico. Rasmuss se esfuerza por mitigar mis vivos dolores; a las dos horas, el ataque ha pasado y estoy dispuesto a recibir a Mani Ram, primer secretario del Maharajá, que viene a saludarme en nombre de su Señor.

II

En Katmandu. —Audiencia con el Maharajá. —Conferencia y exigencias

A una noche relativamente buena sucedió una mañana soleada, con una primera decepción: toda la caza, regalo del Maharajá, había desaparecido sin dejar rastro. Una discreta investigación nos permitió averiguar que un funcionario, un zorro viejo por lo visto, había vendido en la ciudad, por buenas rupias contantes y sonantes, los corzos, liebres y todo lo demás. El muy bribón, fino psicólogo, debió decirse que dos europeos no se atreverían, al primer día de su llegada, a molestar al Maharajá con una reclamación.

No fue por azar, sino resultado de un cálculo perfectamente premeditado en las más altas esferas, que yo llegara en domingo a Katmandu, situada a 1350 m. de altura. El cálculo había corrido a cuenta del sumo sacerdote del Maharajá, que es a la vez su astrólogo autorizado. En el Nepal, el domingo cuenta entre los días «fastos»; en cambio, el martes, por ejemplo, es un día «nefasto», y no hay que pensar que en martes ocurra en el país un acontecimiento importante, como una revista de tropas, una coronación o una audiencia, pongamos por caso. Ahora bien, como el Maharajá quería asegurarse de que, no sólo mi llegada a su capital, sino también nuestra primera entrevista y mi ulterior estancia, fuesen dirigidas, presididas y bendecidas por la constelación más favorable o qué se yo, el gran sacerdote señaló el 15 de marzo como el día más indicado para una audiencia.

Me sentía lleno de expectación y, hasta cierto punto, de impaciencia por conocer al Maharajá, uno de los hombres más ricos, más santos y, según se decía, más bellos del mundo. Rasmuss se lo tomaba con más calma que yo, pues conocía al príncipe, a quien viera en el curso de su visita al Nepal el año anterior. De todos modos, el hombre se acicaló cuidado-

samente, pues esta vez se nos recibiría con gran solemnidad. A la recepción acudiría lo más selecto de la sociedad nepalense, los apellidos más aristocráticos y los cargos más representativos.

A cosa de las cuatro de la tarde nos dirigimos en coche a palacio, por una doble avenida de acceso. Un gurja enturbantado nos abrió la puerta exterior, de hierro artísticamente forjado. Por una amplia avenida cruzó el coche el parque de palacio, pasando junto a un pabellón donde una banda de música estaba dando un concierto (fig. 12). Nos detuvimos ante un vestíbulo cubierto; la guardia, formada, nos saludó con los honores de ordenanza. En el hastial del palacio ondeaba la bandera del Maharajá, con el sol y la luna por principales emblemas. Subimos una hermosa escalinata, con paredes adornadas con frescos que representaban escenas de caza del elefante y del tigre. Unos criados en librea nos guiaron a través de los salones. Luego se nos presentó un imponente nepalí vestido a la europea, antiguo secretario de Su Alteza, que nos estrechó la mano. A través de una espléndida sala de espejos, que nos recordó la de Versalles, y después de pasar junto a un surtidor cristalino, nos condujo a un salón amueblado al estilo europeo.

Apenas habíamos tenido tiempo de echar una mirada a nuestro alrededor cuando se presentó el general Bahadur Shum Shere Jung Bahadur Rana, tercer candidato al trono, el hijo mayor y el más íntimo consejero de Su Majestad, un cincuentón rechoncho, de gran cabeza, negra barba y ojos oscuros en un rostro inteligente. Llevaba gorra, anteojos y, en la frente, pintado el *tika*. Este emblema tiene la forma de un pequeño escudo bicolor, y lo ostentan los más altos dignatarios de la Corte, los parientes del Maharajá y éste mismo. El general me acogió con gran amabilidad, actitud que conservó hasta el último día de mi estancia en el Nepal. El general Bahadur hablaba correctamente el inglés; había residido muchos años en Londres, donde había representado a su país como embajador. Ahora era ministro de Asuntos Exteriores y en sus manos reunía todos los hilos del poder ejecutivo.

El Maharajá era padre venturoso de una retahíla de hijos que ocupaban importantes cargos políticos y que desfilaron a continuación: el general Sir Padma Shun Shere Bahadur Rana, comandante en jefe del ejército y primer candidato a la corona; Mohan Shun Shere Jung Bahadur Rana'

comandante general decano y segundo sucesor del trono, excelente soldado, piadoso y rico, algo envarado en el trato, pero de modales irreprochables. Él fue quien se mantuvo fielmente de mi parte durante año y medio, y, cuando, al estallar la guerra entre Inglaterra y Alemania, mi situación se hizo más difícil, defendió enérgicamente mis intereses. Nunca olvidaré su noble actitud. De igual manera se comportó el general Kaiser Shum Shere, presente también en aquella primera recepción; es un gran erudito en cuestiones literarias, y posee una espléndida biblioteca que me prestó buenos servicios.

La sala iba llenándose de secretarios de Estado y otros altos funcionarios. Sonaban palabras inglesas, nepalenses y alemanas, hasta que de pronto se produjo un súbito silencio. Respetuosa vuelta de todos los presentes hacia la puerta. Envuelto en una capa gris, cubierta la cabeza con una gorra, el Maharajá entró en el salón.

Cuando en las novelas o libros de aventuras sale a colación un Maharajá, el lector europeo corriente siente un ligero estremecimiento. Se imagina algo así como un príncipe de cuento maravilloso, que vive en un castillo encantado, es fabulosamente rico, tiene mujeres prodigiosamente hermosas, come en platos de oro, cabalga elefantes, camina bajo palmeras y, si se trata de la época actual, recorre las carreteras en uno de sus dos docenas de automóviles silenciosos y resplandecientes. Lleva también, huelga decirlo, una pesada corona engarzada de rubíes, zafiros y diamantes, grandes como nueces o como el puño, y tan espesos, que no se ve el oro que hay debajo. Pues bien, yo puedo asegurar que esta imagen fabulosa responde en absoluto a la realidad. El Maharajá de Nepal vivía de esta manera. Vivía, pero ya no vive. Poco después de abandonar yo el país, el monarca abdicó, cansado del trono, de sus mujeres, caballos, elefantes, autos y diamantes. Como publicaron los periódicos, desapareció de su palacio sin dejar huella, y sus secretarios le estuvieron buscando durante varias semanas. Parece que al fin lo encontraron en medio de la selva del Himalaya, sumido en la meditación y visiblemente ajeno a todos los placeres mundanos, no dispuesto a volver a su antigua existencia de esplendor. Todo lo que quedaba de Su Alteza Ojaswi Rajanya Projjvala Nepal Tara Ati Pravalo Gorja Daxina Bahu Prithuladhersa era un pobre ermitaño. Hemos mencionado los títulos del Monarca; su rango era el de primer ministro y jefe supremo del

FIG. 8. Vista de Ha-ti-sar. Al fondo, el camino que escala el macizo de Ekdunta

FIG. 9. A la salida de Ha-ti-sar. Porteadores cargados con una gran caja camino de Katmandu

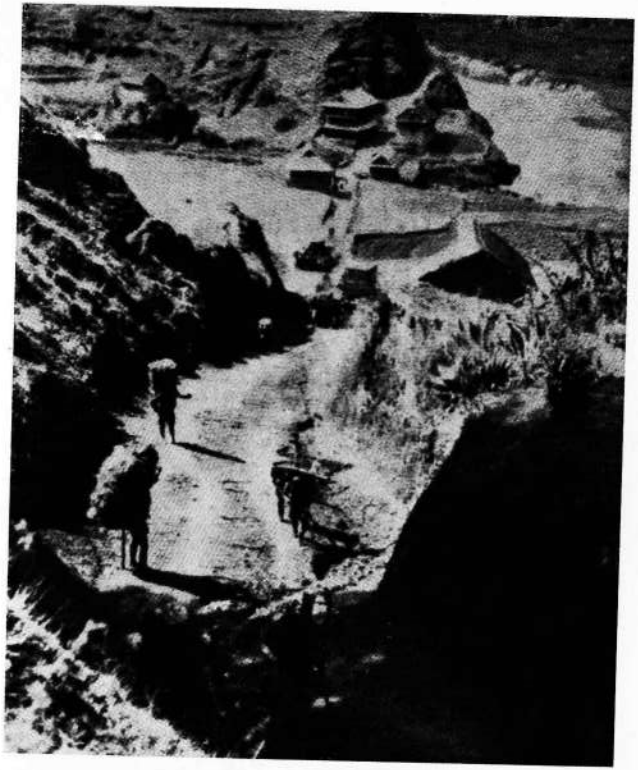


FIG. 10. Ha-ti-sar y el valle del Panoni a la derecha, visto desde el pie del macizo de Ekdunta

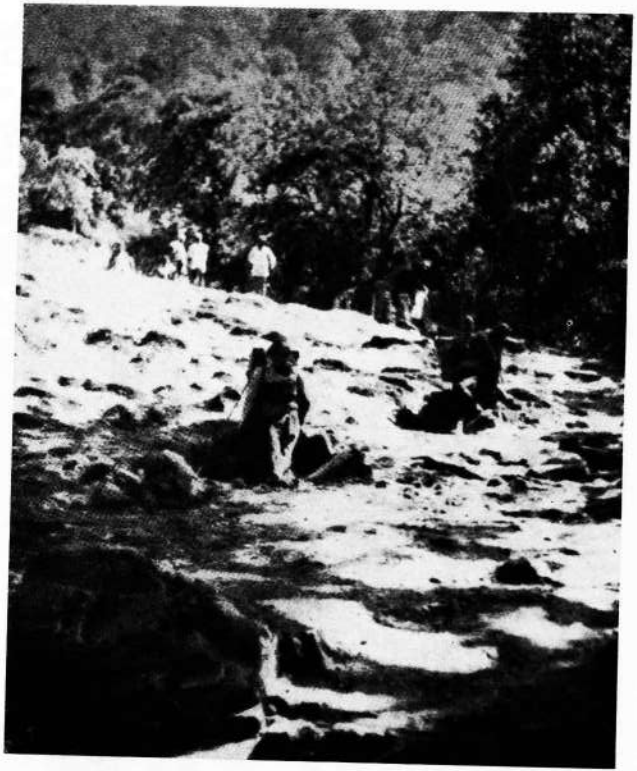


FIG. 11. Calvero en la ladera sur del Chandragiri

Nepal, y su nombre Maharajá Yudha Shumshere Jung Bahadur Rana.

El día 15 de marzo de 1939, sin embargo, el Maharajá, que a la sazón contaba 65 años y, vigoroso aún, no se sentía atormentado ni mucho menos por ideas de renuncia al mundo, me recibió con un afectuoso apretón de manos, me obligó a tomar asiento a su lado en un sofá de terciopelo rojo y se mostró de buen humor, animándome con su risa, en la que exhibía unos dientes perfectos, de deslumbrante blancura. Manifestábase por demás jovial y se reía mucho, a pesar de que hablábamos de cosas serias; tal vez lo hiciera un poco para exhibir su magnífica dentadura. Pero no podíamos hablar directamente, pues no coincidíamos en las lenguas. Él sólo entendía el nepalí y yo sólo el inglés; tenían que traducirnos el diálogo, de lo cual cuidaban los hijos y, principalmente, el primer secretario Batakapi. Más adelante fue éste el intérprete único y tradujo, incluso, mis cartas, demandas e informes. Fue imposible evitar que, por este procedimiento indirecto, se produjesen confusiones y errores, y más tarde hube de llegar a la conclusión de que las explicaciones, aclaraciones científicas y sugerencias que en el curso de mi estancia en el país dirigí al Maharajá, habían sido también falseadas y alteradas intencionadamente. Había nepalíes ambiciosos para quienes mi labor de investigación era una espina que llevaban clavada, y a los que molestaba mi buena inteligencia con el Maharajá y el Gobierno.

Tuve tiempo sobrado para observar al Monarca. En su rostro leí prudencia, astucia y desconfianza. A pesar de ser un príncipe de autoridad absoluta e ilimitada, sus gestos, el modo de mover la cabeza y la expresión de sus ojos, bajo los lentes verdegrises, revelaban cierta indecisión, la indecisión propia de las personas que quieren ser guiadas, que no obran según normas dictadas por su propia conciencia y voluntad, sino por los consejos, insinuaciones y adulaciones de los que les rodean. El Maharajá vestía, bajo la capa, un sencillo uniforme en el cual, en el lado izquierdo del pecho, lucían dos zafiros de enorme tamaño. Adornaba la gorra, haciendo las veces de escarapela, un magnífico diamante. En resumen: no iba vestido de gran gala, sino con el traje de casa, distinguido y cómodo, adecuado para una primera audiencia. Posteriormente vi también al Maharajá, aunque de lejos, en su uniforme de gran gala, luciendo su famoso casco que, según se dice, está asegurado en Lloyds por un valor, en rupias,

equivalente a medio millón de dólares, y que, en el transcurso de innúmeras generaciones de maharajás y reyes, y procedente del propio dios Shiva, ha venido a ceñir la frente del príncipe Yudha (1).

Tras las primeras preguntas de rigor sobre la salud y el curso del viaje, el Maharajá me mostró una fotografía de Adolfo Hitler con el conocido garabato de su firma y fecha 14 enero 1938. El retrato estaba sobre la repisa de una chimenea, en medio de una serie de cabezas marciales, probablemente efigies de rajás del país. El viejo secretario tradujo: «Su Alteza le expresa su gran admiración por Alemania y se deshace en alabanzas sobre la ciencia alemana».

Yo me agarré a esta palabra y me puse a desarrollar a grandes rasgos mi programa de trabajo, que debía abarcar la medición magnética completa del país. Había dividido el campo de estudio en las cinco zonas siguientes, correspondientes a la red hidrográfica: Gogra con inclusión de Rapti, Gandi-Marayani, Valle del Nepal, Terai y Sapt Koti. Además, sugería la construcción de una estación de registro para evitar que sufriera variaciones el cálculo de los elementos geomagnéticos.

El Maharajá sonreía casi de continuo, asentía enérgicamente con la cabeza y me pidió que le describiese mis instrumentos con la mayor exactitud posible. Así lo hice, y el general Bahadur y el secretario de Estado Batakapi traducían alternativamente mis frases. El príncipe escuchaba con visible interés y me preguntó si, por ejemplo, con sólo la balanza magnética podrían localizarse yacimientos de mineral.

— No — respondí —, no es tan sencillo. La condición previa para toda exploración del subsuelo es la medición magnética, la cual, a su vez, suministra a los geólogos (2) valiosas indicaciones sobre el emplazamiento y la naturaleza

(1) Este casco está totalmente cubierto de joyas. Sobre cada oreja pende una borla de esmeraldas del tamaño y la forma de racimos de uvas. De un lado cae una esmeralda larga y gruesa como el pulgar de un hombre, y del lado contrario, otra aún mayor; el rubí mide una pulgada de diámetro y tiene en el centro una bola que llamea a la luz del sol. Plumas de ave del paraíso se curvan graciosamente desde la frente hacia atrás. Unas esmeraldas llanas muestran diminutos grabados. También forman parte del tocado la doble cabeza del Shiva de tres ojos, incrustada de diamantes, y el pavo, elaborado con docenas de pequeños diamantes tallados. (Del interesante libro de Hassoldt Davis, *Nepal, Land of Mystery*, Londres, 1943, Readers Union.)

(2) Por iniciativa del Sr. Rasmuss, se acordó con el Dr. Meissner, geólogo residente en Calcuta, que, una vez hubiese terminado el *magnetic survey* y presupuesta la conformidad del Nepal, se encargaría de estudiar geológicamente las regiones nepalenses que yo hubiese medido magnéticamente.

de un yacimiento de mineral. Por medio de la balanza magnética puede también establecerse la extensión del yacimiento —. Esta explicación era importante, pero en el rumor de la tertulia no fue recogida con la necesaria atención y, como no tardó en probar el curso de los acontecimientos, o no fue comprendida debidamente o fue trasladada al Maharajá de manera incompleta y tergiversada. El caso es que, al fin, condujo a fatales errores y fastidiosos incidentes.

Observó el Maharajá que yo solo no podría llevar a término tan gigantesco programa. A lo que repliqué :

— Desde luego que no. En primer lugar efectuaré sobre el terreno las mediciones, que exigen mucho tiempo, pero después encargaré esta labor a elementos auxiliares del país, personal joven al que instruiré de manera que pueda confiar en su trabajo. Esta preparación se hará en el Nepal. Además, para la marcha de la estación de registro, y como colaboradores directos, cuento con dos auxiliares, paisanos míos: el Dr. Fanselau, del Instituto Geofísico de Potsdam, y Guillermo Herrmann, mecánico jefe del Instituto Astrofísico de la misma ciudad. Uno y otro me han sido calurosamente recomendados por varios científicos de prestigio. El Dr. Fanselau sería mi colaborador en todas las cuestiones magnéticas y efectuaría sobre el terreno las mediciones básicas ; Herrmann cuidaría de la marcha de la estación registradora en los períodos en que yo realizaría, fuera de Katmandu, las operaciones de cálculo magnético.

Maharajá : — Muy bien. Aceptada la proposición. Telegrafíe inmediatamente a Alemania, que vengan en seguida esos señores. Los gastos de viaje van a mi cargo, y ya nos pondremos de acuerdo sobre los honorarios.

Yo : — Me permito sugerir que las mediciones obtenidas sean enviadas sucesivamente por avión desde Katmandu a la central de Potsdam. Así los resultados llegarían al Nepal a los tres meses de efectuadas las mediciones.

A continuación redacté un telegrama dirigido al Instituto Geofísico de Potsdam, pidiendo que fuesen enviados inmediatamente a Katmandu, y por los medios más rápidos, el Dr. Fanselau y Herrmann, así como todos los instrumentos necesarios para una estación de registro magnético. Luego leí el telegrama en voz alta ; el Maharajá lo aprobó con una palmada y ordenó al anciano secretario que lo despachase en seguida.

A continuación se presentó un personaje gordo y rechoncho, vestido con traje civil. Era el coronel Ganesch, geólogo oficial y jefe del Servicio Topográfico del Nepal. Traía un paquete de mapas que extendió sobre la alfombra y nosotros nos arrodillamos o nos echamos pintorescamente en el suelo.

— Estos mapas no son buenos — dijó el Maharajá —, no son de fiar, y le ruego que haga otros.

Me asusté ante semejante perspectiva, ya que es de todo punto imposible que un hombre solo se ocupe simultáneamente de efectuar la medición magnética de un país y su cartografía geodésica. Por lo visto, el Maharajá tenía unas ideas muy simplistas sobre estas cosas. En honor de los cartógrafos anglo-indios, pude comprobar, en el curso de mis ulteriores expediciones, que los mapas puestos a mi disposición eran de confianza, y hubieran sido de absoluta exactitud si en el Nepal no hubiesen descuidado el registrar en ellos las variaciones que constantemente ocurren: modificación del curso de los ríos, desaparición de bosques, aumento de las tierras de labor, fundación de nuevas poblaciones, decadencia y abandono de otras, etc.

Tras una breve consulta con los ministros presentes, el Maharajá declaró en tono autoritario que desde aquel momento yo quedaba nombrado director del *Magnetic Survey* del Nepal. Después, recogiendo sus pensamientos, nos soltó un discurso, acompañándolo de viva gesticulación, la mirada risueña fija en mí y tartamudeando de vez en cuando, peculiaridad que dos de los presuntos herederos del trono compartían con él. Aquel discurso me sumió en una inquietud considerable; su texto fue el siguiente: «El Nepal es un Estado fortaleza, en el cual no se admiten científicos ni economistas, ora sean americanos, ingleses o franceses. Pero en señal de mi estima por el caudillo del Imperio alemán, hago con usted una excepción y le confío el encargo de estudiar y medir mi país. El Nepal es rico en productos de minería, especialmente en el Oeste y el Sudeste. En el Oeste hay oro y en el Sudeste, petróleo. Lo sabemos. Así que trabajará usted principalmente en aquellas zonas. Empezará por el Oeste, pues ya hemos encontrado oro allí.».

— ¿Oro en las rocas superficiales? ¿O se trata de oro fluvial? —, pregunté.

— En la roca superficial —, aseguró el geólogo.

Maharajá: — En consecuencia, usted, con sus instrumentos, buscará oro. Al Sudeste no vaya por ahora. Es una zona

palúdica y sería peligrosa para su salud, precisamente en estos momentos, en la estación monzónica. Más tarde, cuando el clima mejore, podrá trasladarse a Morang. Pero ante todo, el oro. Trácese un plan, pida lo que necesite de animales, hombres, picos, palas, etc., y póngase en camino cuanto antes —. Y, después de una pausa, prosiguió : — Nuevamente le expreso mi agradecimiento por haber venido. Mi mayor deseo es que se encuentre a gusto en el Nepal. Serán atentidas todas sus demandas ; sentiría muchísimo que encontrase a faltar algo. Prométame que pedirá cuanto desee y necesite para su bienestar y su trabajo.

Un apretón de manos y la despedida. Frente al *bungalow* de los huéspedes se apretaba una muchedumbre deseosa de ver al extranjero que tan ceremoniosamente había sido recibido por el jefe del Estado. Al anochecer, yo, en compañía de Rasmuss, celebré la jornada con una botella de abultado cuerpo que procedía de las bodegas del Príncipe.

* * *

«¡Pero ante todo, el oro! », había dicho el Maharajá. La frasecita no me gustaba. El Monarca quería ver oro y petróleo. Claro que todos los soberanos tienen un comprensible interés por conocer los tesoros que se encierran en las entrañas de su país. El oro y los yacimientos petrolíferos son, en sus manos, factores políticos de primera categoría. Tal como lo había entendido, el tenor del discurso del Maharajá sonaba a mis oídos como una orden : — ¡Ve, golpea el suelo con tus instrumentos mágicos y haz salir el oro a la luz! —. Si era realmente éste su propósito, tendría que decepcionar amargamente al Gobierno nepalense. Yo no era un zahorí, sino un hombre interesado sólo en los trabajos geomagnéticos y, por consiguiente, sólo en las mediciones magnéticas sistemáticas veía mi misión principal. Sobre esta base trabajarían después los geólogos. El Nepal esperaba encontrar petróleo lo antes posible en Terai y en Morang, y seguramente su esperanza no era infundada, pues la faja de las llanuras se halla en la zona que bordea viejos macizos donde se encuentran grandes y profundas dislocaciones que favorecen la elevación del petróleo. Pero el camino capaz de conducir al éxito no pasaba por las acciones prodigiosas de balanzas magnéticas, ni por los costosos ensayos de perforación, efectuados a la buena de Dios, sino que iba paso a paso por el terreno sólido

de la investigación geofísica. En cuanto al oro de Thanthap, que uno de los señores comparó incluso con nuestro banco nacional, estaba yo dispuesto a complacer al Maharajá, verificando allí mis primeras mediciones. Su propuesta de que me llevase ya picos y palas para esta primera expedición testimoniaba un optimismo de veras sorprendente.

Dos días después de la audiencia, el agregado técnico comercial del consulado alemán regresó a Calcuta; yo le acompañé en coche hasta Thankot y me quedé solo, el único alemán en una ciudad santa, extraña y maravillosa, en la que de cada tres casas una es un templo, en la que a cada paso se topa uno con las inauditas y orgiásticas fantasías del arte Newari, bajo mil formas de esculturas de piedra, tallas de madera e imágenes. En aquel primer período sólo de paso pude contemplar aquellas bellezas, pero ello fue un anticipo de los goces que me aguardaban más tarde cuando, armado con mi Leica, pudiera seguir el rastro de aquellas joyas de una antiquísima cultura. Ante todo tenía que cumplir los deberes que me imponía mi nuevo cargo en el Estado nepalí.

Previo acuerdo entre los Gobiernos del Nepal y Alemania, emprendí mis preparativos para la labor principal: la medición del país. Situé sobre el papel las estaciones de observación de primer a tercer orden de los distritos que habían de ser objeto de estudio, y establecí un proyecto de adiestramiento de equipos auxiliares indígenas. Pasóse a Alemania un pedido de nuevas balanzas magnéticas, y los instrumentos que habían sufrido averías durante el viaje los expedí a mi país para su urgente reparación. Para instalar una estación registradora, parecióme un lugar tranquilo y apropiado el Jardín Zoológico de Katmandu. Examiné el terreno y jaloné la planta con estaquillas, haciéndola coincidir en sentido longitudinal con el meridiano magnético.

Pronto me di cuenta de que Katmandu era una ciudad tan hermosa como cara. Los precios eran altísimos. Para la expedición al Oeste encargué botas y pantalón de montar. Éste me costó 55 rupias; en Calcuta lo habría adquirido por los dos tercios de esta suma.

Mientras el sastre me estaba tomando las medidas, llegó a mi casa el coronel Ganesch, el geólogo del Estado, a presentarme sus respetos. Iba de uniforme, un uniforme deslucido y mal cortado, que le venía muy pequeño. Lo mismo ocurría con la gorra, desproporcionada con su enorme cráneo. Dos hermosas condecoraciones que ostentaba en el pecho compen-

saban un poco el desastrado aspecto del conjunto. Ganesch venía a darme la noticia de que las tropas alemanas habían entrado en Checoslovaquia, y me dijo, textualmente: «Es una buena noticia para nosotros; tenemos fe ciega en Hitler». Yo conocía ya la anglofobia del Maharajá. A continuación, el coronel me transmitió un ruego de su señor: que hiciera una excursión a Balaji, lugar de veraneo de la Corte, y en cuyas cercanías se suponía que había oro. «Vaya usted y vea lo que hay de eso».

¡Otra vez el oro! — ¿Es algo más que un simple rumor? — pregunté.

Ganesch enarcó las cejas: — Eso ya no se lo puedo decir.

— Así pues, ¿el Maharajá desea que interrumpa mi trabajo, que apenas he empezado? Mire: esto es el esquema del *Magnetic Survey*. He dividido el Nepal en zonas de medición, cada una de las cuales estará a cargo de un jefe responsable. Primer objetivo...

— Perdóneme — interrumpió Ganesch —. Le comprendo muy bien, pero deje que le hable con franqueza. El Maharajá se interesa muy poco por las mediciones magnéticas. La Ciencia le horroriza. Lo que quiere es oro y petróleo, y lo antes posible.

— En este caso, el Maharajá deberá dirigirse a otra persona. Voy a hacer mi equipaje.

El geólogo dio un respingo: — ¡Por Dios, no precipite las cosas! Considere los deseos de Su Alteza como caprichos, como una idea fija... Haga al menos algunas concesiones. El *Magnetic Survey* lo hará también. Además, entre los montes Juria y el Chiruwa hay petróleo, lo sé de buena tinta.

— Es perder el tiempo. Con estas prisas no llegaremos a ningún resultado positivo. Explíqueselo al Maharajá.

— No puedo hacer absolutamente nada. El Maharajá no atenderá a razones. Hace demasiado tiempo que una camarilla de aduladores le ha metido en la cabeza el cuento de las riquezas del país.

Después de reflexionar un poco, decidí comportarme cortésmente, de momento, y satisfacer el capricho de Yudha Shumshere. Ganesch se marchó aligerado; le había quitado un peso de encima.

Al día siguiente fui a visitar al embajador de Inglaterra, teniente coronel Betham, en compañía del oficial de enlace nepalés. Betham ocupaba, con su esposa, hija y médico, una linda casa de estilo inglés, con un parque y pista de tenis.

Me invitaron a almorzar para el día siguiente. Me recibieron con la mayor cordialidad, y pasé unas horas de charla agradabilísima. Hay que haber residido en un país extraño para comprender con qué noble armonía pueden compaginarse la hospitalidad y la dignidad humana. Son los frutos de una secular labor de colonizadores y economistas. Inglaterra sabe, mejor que otra nación cualquiera, crear y mantener en el mundo un «hogar».

A la puerta de la embajada dos lanceros a caballo me rindieron honores, y delante de la casa dos soldados de infantería presentaron armas. La comida fue muy delicada y muy bien dispuesta; se notaba la mano inteligente del ama de casa. Hablamos de muchas cosas interesantes. El embajador me contó que no hacía mucho había estado en Berlín y asistido a una comida donde habló con un diplomático alemán de mí y de mis proyectos asiáticos, entre otros, del problema de las relaciones comerciales. «Con mucho gusto le repetiré lo que ya dije en Berlín: Considero muy natural y lógico que Alemania establezca tratos comerciales con Nepal, y no dudo de que usted preparará el terreno al efecto con todos los medios a su alcance».

—¿Y qué actitud adoptará Inglaterra? —, pregunté.

—Inglaterra no tiene nada que objetar. Si tanto aumentaran las importaciones y exportaciones alemanas, India aplicaría aranceles mayores, pero nada más.

El embajador se expresó con amabilidad y franqueza, y así se lo dije.

—Sí —dijo Betham sonriendo—, este método es deseable y ventajoso en un país que tan honda desconfianza muestra por todo lo extranjero. Yo mismo soy objeto de constante vigilancia y he de proceder con cautela. Cuando quiero marcharme, lo comunico al Gobierno. Cuando recibo invitados, se lo notifico asimismo, y nunca dejo de rogar a la Administración nepalense que delegue por su parte a otro huésped.

—¿Y lo hace?

—Sí. Y me sorprende que hoy ni el Maharajá ni el Gobierno hayan enviado ningún invitado, lo cual demuestra que el prestigio de usted es muy alto.

—Tal vez —respondí sonriendo—. El Maharajá me ha concedido incluso plena libertad para sacar fotografías y películas.

—Pues le felicito. ¡No serán temas lo que le falte!

Hablamos, naturalmente, de nuestros viajes, y descubrimos una larga serie de conocimientos comunes. También cambiamos unas palabras sobre la guerra. Ambos expresamos la esperanza de que nuestros países no se vieran enzarzados en otra contienda general. Al despedirme, la Sra. Betham me entregó tres libros de su rica biblioteca y se ofreció para todo cuanto pudiese necesitar: — Pues Katmandu no es lugar indicado para desacreditar el sentido de economía de nuestro sexo.

Mis anfitriones me expresaron su deseo de verme con frecuencia. El embajador dijo: — Lástima que mi casa no sea lo bastante espaciosa para pedirle que viva con nosotros. Pero será usted bienvenido a todas horas. Aquí podrá conocer también a los niños príncipes; los nietos del Maharajá vienen a menudo.

Aquélla fue mi única visita, a pesar de los deseos que sentí muchas veces de volver a aquella hospitalaria casa. Pero, considerando la antipatía del Maharajá por Albión, renuncié a unas relaciones que con gran gusto habría cultivado.

* * *

Uno de los últimos días de marzo partí, con mis instrumentos de medición, con rumbo a Balaji, en «busca del oro». Acompañábanme un *surveyor*, cuya misión consistía en acoplar los puntos de mis estaciones al mapa trigonométrico del Nepal, que yo suponía existente, y un robusto gurja. Por una carretera de suave cuesta salimos de la llanura de Katmandu hacia la comarca montañosa de Murju, y nos adentramos en el magnífico bosque, de altos árboles. En la residencia veraniega del Maharajá se nos reunieron Ganesch y el capitán Lallit Bahadur Thapa. El Maharajá había encargado al capitán la misión, seguramente muy poco agradable, de proteger mi persona y responder de mi seguridad. En la región de Narga-jong la lluvia había reblandecido de tal modo el suelo limoso de la carretera, que en algunos trechos nuestros hombres hubieron de cortar, con el *jukri*, ramas y ramillas, y extenderlas sobre el piso para poder sacar adelante el coche. El *jukri*, arma nacional del gurja, es un ancho cuchillo, largo como el antebrazo, de hoja curvada, es decir, una pequeña cimitarra, asaz peligrosa en manos de un luchador hábil, que ha desempeñado un cruento papel en la accidentada historia del Nepal. En las dos últimas guerras

mundiales, regimientos indios de gurjas han luchado contra los alemanes, en el frente occidental, armados de *jukris*. Esta arma es el compañero inseparable del montañés nepalense, imprescindible en la selva virgen y de variados usos en la vida doméstica.

Informóme Ganesch que los habitantes de Murju sufrían mucho a causa de los leopardos. El leopardo de Nepal es muy fiero y ataca al hombre en cuanto le ve. El tigre es mucho más inofensivo : la mayoría de las veces se limita a soltar un breve bufido, regañar los dientes y alejarse, a no ser que le amenacen o ataquen, caso en el cual se convierte en un adversario temible. Pasamos cerca de varias trampas para cazar a ambas fieras. Eran unas jaulas de estacas, de 2 a 3 m. de largo por uno de alto, hundidas en el suelo y sujetas entre sí por medio de perchas y cuerdas. Por la parte estrecha estaban provistas de puertas caedizas. Como cebo se ata en su interior un mono o un pollo. La fiera que cae en la trampa es muerta a tiros o a estocadas.

La carretera terminó junto a la casa de piedra de Marju, habitada por una familia de guardas. Para llegar al misterioso yacimiento aurífero, tuvimos que subir por un empinado sendero a través del bosque. En consideración a mis riñones enfermos, Ganesch había reclutado a una docena de porteadores que debían llevarme a la cima en una canasta plana, antediluviana. Pero la cesta estuvo varias veces a punto de volcarse, por lo que no tuve más remedio que subir a pie. Pasamos por delante de un primitivo horno de cal y, perdiendo el sendero, bajamos luego, a través de espesos matorrales y caminando por un inclinado terreno de guijarros y rocas, hasta uno de los ríos madres del Kaiphu. Yo iba maldiciendo mis nuevas botas, que resbalaban constantemente con las hojas secas y las agujas de conífera. Seguíanme de cerca dos gurjas, prestos a sostenerme cuando me vieran a punto de caer.

El bosque de Murju ofrecía un cuadro típico del Nepal, que pude observar por doquier en todas mis expediciones : el retroceso constante de la zona de bosque puro ante el progresivo incremento de las tierras de labor. En centenares de calveros vi estrechas terrazas donde se cultivaba arroz y cebada. Las laderas de las montañas nepalenses son extraordinariamente ricas en manantiales y aseguran una irrigación suficiente de los campos. El campesino debe trabajar con mucho esfuerzo y diligencia para obtener una pobre cosecha.

La inclinación de las laderas y las lluvias torrenciales ocasionan constantes hundimientos en las terrazas. El campesino debe prestar constante atención a sus campos, allanar una y otra vez y despejar las terrazas hundidas, del mismo modo que un ribereño vigila sus diques. Así, en el curso del tiempo, los campos van invadiendo cada vez más los dominios de la montaña.

El labrador nepalés vive en condiciones muy modestas, casi podría decirse míseras. En nuestra excursión en busca de oro pasamos luego por la aldea de Kagate, agrupación de casas desparramadas, pobres y minúsculas; en cada vestíbulo se veía un mortero de arroz fijo. El arroz se echa en un tajo de madera vaciado y se machaca por medio de un palo redondo y grueso que incluso los niños pueden manejar, gracias a un mecanismo adecuado. Los habitantes de Kagate no se mostraron huraños, y hasta los perros y pollos vinieron a rodearnos, curiosos y confiados. Entre aquellas gentes, que no hicieron el menor intento de pedirnos limosna, veíanse rostros extraordinariamente finos y nobles. Unos chiquillos andrajosos traían del bosque montones de heno, y al preguntarles el coronel para qué lo querían: «¡Para dormir!», respondieron los niños.

Nos detuvimos en el estrecho fondo del valle del Kaiphu. Allí debía de estar el sitio que buscábamos. Ganesch, indicándome una veta de cuarzo, díjome que en ella habían localizado oro. Me quité la camisa, empapada de sudor y, después de colgarla a secar sobre una mata, me dispuse, con muy poco optimismo, a efectuar mis pruebas; pues los parcos informes del coronel más bien despertaban la desconfianza que la fe. Mis dudas resultaron justificadas; los instrumentos no revelaron nada de particular.

Mi intención era realizar también mediciones en Kagate, pero los porteadores se habían rezagado con los aparatos, y luego resultó que se habían dirigido a Murju. El capitán Lallit Bahadur Thapa intentó hacerles volver, pero hubo de notificarnos que los gurjas se resistían. Motivo: amenazaba lluvia. Era un caso cómico. Los gurjas temen al agua. La lluvia, el viento y el frescor matinal los ponen de mal humor y paralizan su diligencia. Cuando, más tarde, tuve que someterles, en Thanthap y Morang, a tales intemperies, solían envolverse como si estuviesen gravemente enfermos. Cubríanse la sensible cabeza con un largo paño de modo que sólo se les veía los ojos como por una rendija. Yo me quejé enérgicamente

de la conducta de aquellos hombres al coronel Ganesch, pero no tuvimos más remedio que emprender el regreso a Murju sin haber llevado a cabo ninguna medición.

Por lo demás, el diagnóstico de los gurjas acerca del tiempo fue la única profecía que se cumplió en toda la excursión. Al salir de Kagate comenzaba a gotear y al poco rato llovía a cántaros. De pronto el ambiente refrescó de modo extraordinario ; yo iba calado hasta los huesos y tiritaba de frío. Había olvidado la camisa en el Kaiphu, y el mozo que llevaba mi impermeable estaba en Marju. Los chaparrones tropicales y el fuerte viento no me molestan, y jamás me han impedido proseguir en mis trabajos de medición. Cuando llueve, me sirvo de un paraguas sin una sola pieza de hierro y lo bastante grande para cubrir también los aparatos. Si la lluvia es tempestuosa, sujeto el paraguas al suelo por medio de cuerdas.

Caminando con caras agridulces, llegamos chorreando a la casa del guarda, donde encontramos a los desertores, sanos y tranquilos, confortablemente sentados alrededor de una hoguera. Les dirigí una filípica que tradujo Ganesch, probablemente añadiendo recios improperios de su propia cosecha, a juzgar por la expresión furiosa de su cara. Pocos minutos más tarde, tenía el equipo auxiliar junto al trípode y, de modo perfectamente ordenado, efectué la medición final de mi programa. El agrimensor sostenía el medidor y el cronómetro, un hombre cuidaba del paraguas y otro secaba el espejo del aparato, que se empañaba a cada momento. Mientras tanto la lluvia seguía cayendo torrencialmente, retumbaba el trueno, prolongado por el eco a través del bosque, y por dos veces cayó el rayo muy cerca de nosotros. Mis auxiliares respiraron visiblemente cuando, al fin, les mandé que guardasen los instrumentos. Bajo los rayos y los truenos nos dirigimos al valle en el auto que patinaba constantemente, y al anochecer llegamos a la llanura, libres ya de peligro.

III

Expedición al Nepal Occidental
(Véase mapa Nautanwa-Thanthap) [1]

Yo había propuesto la fecha del 3 de abril para la salida de la expedición al Nepal Occidental, fecha que fue aprobada. El tiempo que me quedaba hasta entonces lo dediqué a iniciar la labor práctica del *Magnetic Survey* y efectué una primera serie de mediciones en el valle del Nepal; los días de mayor rendimiento dieron hasta ocho estaciones. También realicé con buen éxito una difícil operación que ocupó 24 horas; esta medición sirve para determinar coeficientes de temperaturas, y al efecto hay que efectuar 12 mediciones, con 2 horas de intervalo entre cada una y la siguiente, por medio del teodolito y la balanza magnéticos; para cada una necesité 45 minutos durante el día y 75 durante la noche.

Una mañana, poco antes de la fecha de la partida, tuve un nuevo ataque de cólico nefrítico. Me fue imposible levantarme; tenía el cuerpo bañado de sudor, y el coronel Ganesch, que se encontraba justamente a mi lado, contemplaba, sin saber qué hacer, cómo yo me retorcía, presa de agudos dolores. Suponía que en aquel estado no podría yo emprender la expedición.

— Déjeme que consulte al médico inglés —, le pedí. Pero el médico inglés no acudió [2], y en su lugar vino, al cabo de varias horas, un médico nepalés vestido a la europea, con el cual pude entenderme en lengua inglesa. Me examinó con aire preocupado, pues yo vomitaba como bajo los efectos de un violento mareo. Al fin me quedé dormido, y por la tarde me sentía extenuado y muy poco mejor. El médico recetó unos polvos y se despidió, no sin haber cobrado antes a mi criado

---

(1) Para facilitar la orientación, he señalado también con letras los puntos más destacados de la ruta.

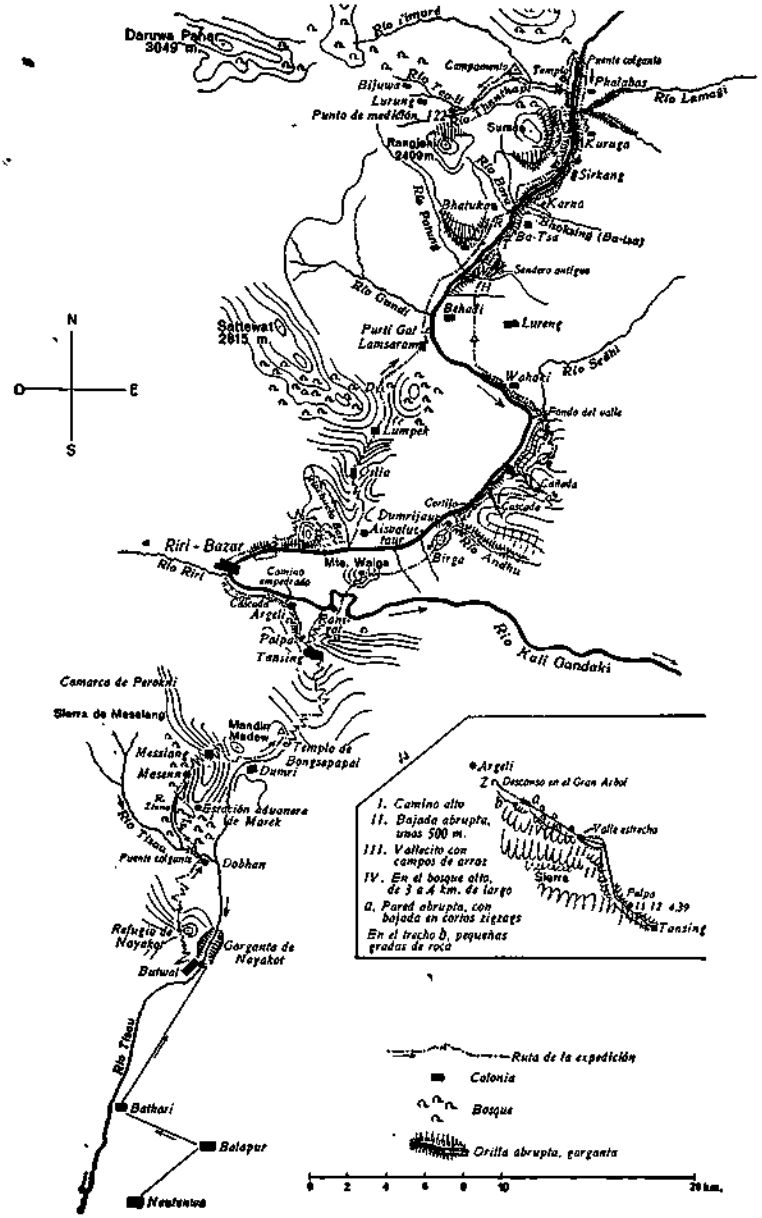
(2) No podía visitar sin autorización del Maharajá.

cuatro rupias como honorarios. Al anochecer volvió el coronel Ganesch, acompañado del capitán Lallit Bahadur Thapa. En presencia de ambos señores di orden de pesar la impedimenta de la expedición y repartirla en cargas iguales. El capitán, mi «guarda de corps», protestó y me pidió con insistencia que aplazase la partida. Pero yo me mantuve terco y repliqué: — ¡Sin dilación!

La expedición a las «vetas auríferas» de Thanthap tenía por teatro la zona montañosa del Himalaya exterior, con cimas de unos 3000 m., regada por el sagrado e impetuoso Kali Gandaki y sus afluentes. La región está poblada con bastante densidad, y recorrida por una red de caminos parecidos a los senderos de los Altos Alpes, aunque no tan bien cuidados, ni mucho menos. Son increíblemente fatigosos. Discurren en continua alternancia cuesta arriba y cuesta abajo, entrando y saliendo de los valles. Toscos pedregales lastiman los pies. Tan pronto llevan los caminos a las alturas en abruptos y cerrados zigzags, como se asoman, con una anchura de apenas 60 cm., a las paredes cortadas a pico, por lo cual yo, que sufro de vértigo, pasé mis apuros. La caravana se atascaba a menudo: ora un desprendimiento de piedras obstruía el camino, ora un hundimiento lo había precipitado al fondo. Había que retroceder y dar un fatigoso rodeo para reemprender la ascensión.

Yo, con mis 100 kg., tenía que llevar un peso considerable, pero aquellos sorprendentes gurjas — cierto que eran mucho más jóvenes que yo — llevaban, aparte sus cuerpos, cargas de 1 a 2 quintales por aquellos peligrosos parajes.

Es evidente que la rudeza del paisaje ha influído no poco en la formación de aquellas gentes y en la conservación de sus energías, así exteriores como interiores. Provistos de recios músculos y buenos pulmones, dotados de una férrea voluntad, alta confianza en sus propias fuerzas, tesón, frugalidad y diligencia, aquellos hombres no solamente sirven a su nación como labradores y porteadores excelentes, sino que además constituyen la columna vertebral política del Nepal, el elemento militar. El gurja es un soldado nato; si entra en el ejército, es para servir con leal entusiasmo. Todas las cualidades inherentes al buen soldado — valor, espíritu combativo y capacidad de resistir privaciones y fatigas — caracterizan al gurja y lo distinguen de todos los demás pueblos del Himalaya.



Mapa Nautanwa-Thanthap

Me acompañaron en mi expedición el coronel Ganesch, como geólogo y director del servicio topográfico oficial, y mi ángel guardián, el capitán Lallit Bahadur Thapa, responsable al mismo tiempo del desarrollo técnico de la excursión. Este último personaje me resultó muy servicial y activo; en cambio Ganesch, en quien recaía todo cuanto afectaba al aprovisionamiento y recluta de porteadores, carruajes, caballos, etc., se distinguió por su excelente apetito, su beatífico sueño y una invencible inclinación a la comodidad. Aparte de esto, no era precisamente un maestro en el arte de leer los mapas.

Como auxiliares suplementarios, el Maharajá puso a mi disposición un equipo de agrimensores nepalenses y gurjas. Finalmente, sumáronse a la comitiva tres familiares del capitán Lallit, un hermano suyo con sus dos hijos, todos personas muy agradables.

Como la marcha directa a nuestra meta de Thanthap nos habría exigido demasiado tiempo, preferimos dar un rodeo por tierras indias. Fuimos, pues, por el fuerte de Chisapani a Raxaul, trayecto que ya he descrito al lector en el capítulo primero, y de Raxaul continuamos, por Muzaffarpur y Gorakpur hasta Nautanwa, donde comenzaba la ruta, propiamente dicha, que conducía, en dirección Norte, al Kali Gandaki.

Al mediodía del 3 de abril de 1939 inició la marcha el capitán Lallit con 18 porteadores. Los hombres, después de atar las respectivas cargas a sus cestos, se pusieron en camino, con tres soldados, un cocinero y mi *boy*, hacia Thankot. Yo seguí con el personal técnico, a la madrugada siguiente, con dos automóviles. Llevaba mis sensibles cronómetros (uno de medio segundo, dos relojes Lange y uno de escape) en un cinturón, en torno a la cintura. En Thankot nos aguardaban los porteadores de las sillas, 6 hombres para el coronel y 8 para mí. El capitán iba a caballo.

El paso de las tres cadenas montañosas se efectuó sin contratiempos. Dificultades siempre las hay, pero el 99 por ciento suelen quedar en germen, como demuestra la experiencia, y no llegan a hacerse realidad porque hay algo o alguien que las corta a tiempo.

En el refugio de Marju tuvimos las puertas cerradas toda la noche, a causa de un tigre que merodeaba por las cercanías del *bungalow*, y cuya presencia habíamos podido comprobar. A la mañana había desaparecido. Mientras yo estaba efec-

FIG. 12. Katmandu. Vista desde la entrada del palacio del Maharajá. Delante, el quiosco de música

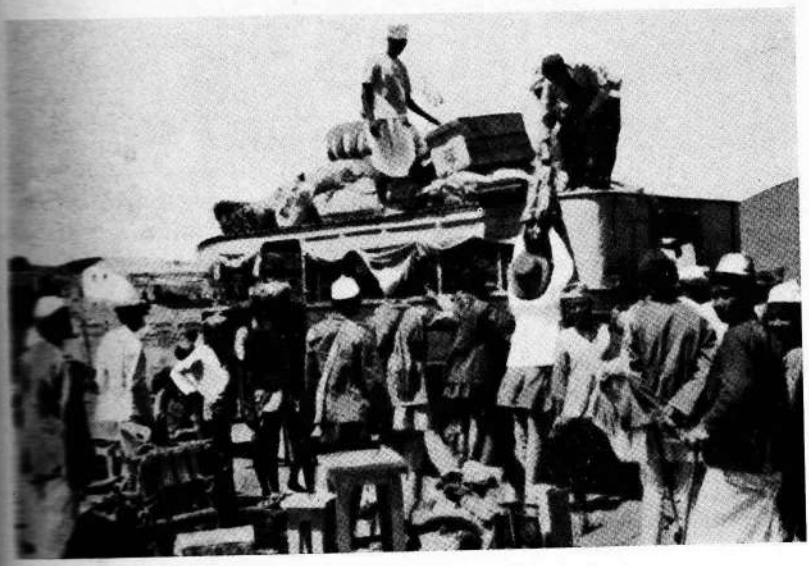


FIG. 13. Nautanwa. Cargando en un ómnibus el bagaje de la expedición

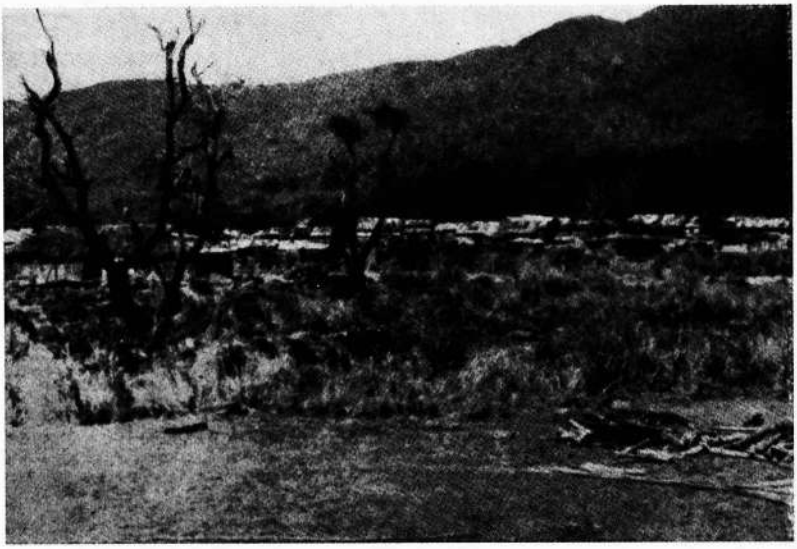


FIG. 14. Butwal. Los tejados son de palastro o de hojalata de bidones

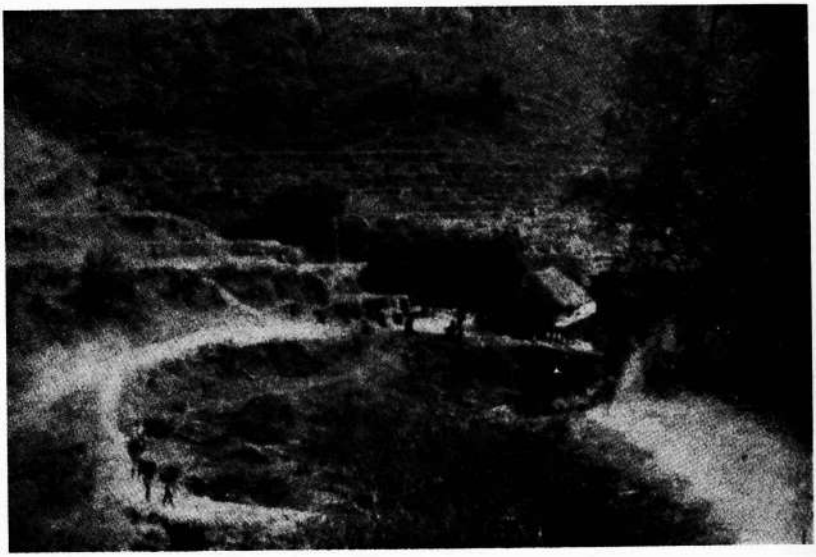


FIG. 15. Ascensión desde Masenn a la Sierra de Messiang, en dirección Sudoeste

tuando mediciones junto al refugio, parece que estuve «a un pelo» de ser atropellado por un búfalo de agua enfurecido.

En el *bungalow* de Raxaul tuve que prescindir de mosquitero, lo que me proporcionó una noche horrible; pero aunque fui salvajemente picado por los insectos, por aquella vez me libré de la malaria.

—¡Por el éxito de la expedición! —, exclamó Ganesch durante la cena, en Raxaul, levantando su vaso de cerveza helada —, verá como le entran ganas de quedarse en nuestro país.

Me encogí de hombros con cierto escepticismo. ¡Con tal que el Marahajá consienta en relevarme de mi cargo de buscador de oro!

— Sin duda — replicó el coronel —. Me parece que ya lo tenemos medio ganado para su gran programa de mediciones.

A lo que respondí, con cierta mordacidad. — Hace ya tres semanas que el propio Maharajá me hizo creer que lo teníamos ganado del todo.

Esto cerró la boca al optimista. Pero de pronto dijo: — El Maharajá me ha encargado le comunique que tiene usted plena libertad para efectuar mediciones en la ruta del Thanthap.

Aquello era una agradable noticia. Se me facultaba para establecer dos importantes perfiles Norte-Sur, uno de los cuales cortaba la llanura de Katmandu y el otro Riri-Bazar.

Para el viaje en ferrocarril de Raxaul a Muzaffarpur compré un billete de mi propio bolsillo. El coronel y el capitán se disgustaron, pero yo deseaba estar solo y necesitaba descansar después de una noche de insomnio. En Muzaffarpur parábamos siete horas. Se depositó el equipaje en la sala de espera, y cada cual se fue por su lado. Yo me encaminé al hospital indio, para consultar al médico acerca de la dolencia de mis riñones. Recetóme una medicina que compré en una de las muchas farmacias de la ciudad, en su mayoría homeopáticas. Resultó un remedio excelente, que me mitigó los dolores y me proporcionó un gran bienestar, aunque desgraciadamente sólo por un tiempo. Al anochecer volvimos a reunirnos todos en el restaurante de la estación. El coronel y el capitán, grandes bebedores, habían comprado tres cajas de cerveza y whisky, y se ocuparon, sudando y empinando el codo, en reducir con todas sus fuerzas aquella fresca substancia hasta la hora de salida del tren de Gorakpur, a las 21. En los

andenes reinaba gran animación, y los vendedores de fruta y pastelería efectuaban pingües negocios. Acercóseme un empleado, me pidió el billete y tomó nota del número. Cuando, tras un recorrido de ocho horas, entramos en Gorakpur a las 5 de la madrugada del 7 de abril y nos trasladamos al tren que debía conducirnos a Nautanwa, volvió a presentársenos un individuo que preguntó al coronel si era militar y adónde se dirigía el alemán. Ganesch le respondió:

— Soy sólo su acompañante y cobro dos rupias diarias. Por lo demás, el alemán hace un viaje de turismo —. Por lo visto, la policía angloindia nos vigilaba.

En Nautanwa llegamos nuevamente a la frontera del Nepal, señalada por jalones de piedra de la altura de un hombre, blancos y redondeados por la parte superior. La estación fronteriza y terminal de Nautanwa es famosa en el mundo budista por ser el punto de acceso al santuario de Rummin-dei, cuna de Buda, situado a nueve millas más al Oeste.

Nos aguardaba un viejo autobús Chevrolet (fig. 13). Toda la impedimenta de la expedición, mesas, sillas, camas, mantas, fue debidamente estibada en el techo, los instrumentos y 16 hombres en el interior, y tras la acostumbrada distribución de *bakschisch* (propinas) a la importuna chiquillería, rodamos, por una carretera perfectamente cuidada, en dirección a Butwal, situado al Norte. Pasamos por los pueblos de Balapur y Bethri. En Balapur, aldea formada por unas cuantas construcciones bajas de ladrillo, el oficial del distrito me entregó el correo llegado a mi nombre. A partir de Bethri, la carretera seguía por la orilla este del Tisau, por entre plantaciones de caña y campos de trigo, con restos de bosque y selva de trecho en trecho. En los poblados había docenas de asnos y bueyes, éstos de una talla enorme. Quebrantahuesos revoloteaban por entre los animales. En el trayecto final, a través de la selva, la ruta empeoró.

En el Butwal (1), rodeado, en parte, por el bosque, termina la autopista, así como la tierra llana, para dejar lugar a la montañosa.

Inmediatamente al norte del pueblo se elevan las primeras cadenas de colinas, cubiertas de selva. Desde aquí hasta el norte del Nepal sólo puede irse a pie, a caballo o en silla de manos. Vista de lejos, Butwal, asentada en la orilla oeste

1) Más tarde desempeñó un papel en la revolución.

del Tisau y extendida en una larga alineación, produce el efecto de una ciudad de buscadores de oro construída provisionalmente. El espectáculo de sus hileras de barracas de adobe, bajas y apretadas, techadas con planchas allanadas de latas de petróleo, es misérrimo y desolador (fig. 14). Y lo es doblemente ahora, en la estación seca. Matorrales secos como yesca, toscos cantos rodados, unos cuantos árboles ruinosos. Un clima homicida cuida de que las epidemias no sienten aquí sus reales. De noche sopla con gran regularidad un fuerte viento Nor'e (1), procedente de la garganta de Nayakot, que trae a Butwal el frescor que en vano pide durante el día. Los nativos dicen : « ¡Si no fuese por el viento, no escaparíamos al cólera! ». Y a pesar de toda su desolación, Buwtal no es un lugar muerto. Es un centro de producción y de comercio (2), tiene guarnición y es capital administrativa. Cultiva plantas medicinales, de las que extrae « jugos vitales » que encuentran mucha aceptación en el Nepal y el Tibet. Durante la estación fresca hay en Butwal tres batallones de infantería, pero a principios de verano la población militar se traslada a la plaza de Tansing, en la montaña. Al mismo tiempo se marcha la mayoría de los habitantes, también a la montaña, huyendo del calor tórrido. En las pocas calles del pueblo se apretujan los comercios ; las tiendas se abren sobre la vía pública ; los artículos más corrientes parecen ser los de algodón y alfarería.

Acampamos cerca del pueblo, y yo empecé inmediatamente mis mediciones. Recibía con toda claridad las señales horarias. Por la noche púsose a soplar el viento que baja de la garganta y pronto degeneró en tempestad, amenazando con llevarse mi tienda, por lo que hube de trasladarme a la grande, mejor afianzada.

En conjunto, hasta entonces no tenía motivo de queja. La marcha se había efectuado con todo orden y regularidad. Pero la expedición propiamente dicha comenzaba ahora. Sólo a partir de Butwal se iba a ver si la organización de los servicios de transporte, aprovisionamiento, trabajo de medición, etc., respondía a mis esperanzas, si obedecía o no a la dirección de los responsables Ganesch y Lallit, en una palabra, si era el instrumento adecuado para llevar a término

(1) En esta estación suele cambiar al Sur hacia las 9 de la mañana.
(2) La proximidad del ferrocarril ha atraído la totalidad del comercio. Hoy en Butwal se limita a los alrededores y en la dirección Baglung y Musekot.

la medición total del país. La experiencia demostró que no lo era.

Debíamos salir el 9 de abril. La víspera no habían llegado aún los 40 porteadores previstos, ni la silla y los caballos, a pesar de que los habíamos pedido a Katmandu varias semanas antes.

El coronel trató de tranquilizarme : — Mañana a primera hora estará todo aquí. El Nepal Occidental no funciona tan bien como el Oriental. Los porteadores y campesinos de aquí son indisciplinados, piensan que el Maharajá no es quién para mandarles.

A lo cual observé : — No va usted a pedir al Maharajá que invite individualmente a cada uno de sus súbditos para cuando a ellos les parezca bien.

Ganesch : — El servicio de transporte está considerado como servicio nacional obligatorio.

Yo : — Cierto. Pero ¿a quién incumbe, sino a una burocracia que trabaje a conciencia, cuidar de que se cumpla la ley y se obedezca?

Como ya era de esperar, a la mañana siguiente no se presentó ni uno solo de los 40 porteadores de Butwal. Nadie se preparaba para emprender la marcha. El coronel, sentado en la cama en su tienda, pestañeaba soñoliento y fumaba tranquilamente su narguilé ; tenía el aspecto de un hombre que jamás hubiera tenido en su vida ni la menor noción de lo que es un trabajo sistemático y concienzudo. Y ¿no era Ganesch uno de los funcionarios de más categoría del Nepal?

Pregunté por el capitán Lallit. Había salido en busca de los mozos. Yo me sentía, pues, atado de manos, o poco menos. A pesar de lo cual mandé a mi equipo auxiliar que desmontase mi tienda y recogiese los instrumentos, confiando en sacar de su letargo al geólogo nacional. Labor inútil. ¿Tendría que marcharme sin la gente y sin el bagaje? El próximo objetivo era Tansing, a 18 km. a vuelo de pájaro. Pero no conocía el camino ni los emplazamientos de los campamentos intermedios. Ocultando mi furia con una risa sarcástica, reflexioné sobre la manera de poner remedio a la situación.

El sol estaba ya muy alto. A las 11 se presentó el capitán con los porteadores, y entonces se animó también el coronel. Llenó de improperios a la gente, rojo como un cangrejo, temblándole todo el cuerpo, bramando y descargando un puñetazo a la cara del que tenía más cerca. Estaba rabioso y

tuve que intervenir para evitar que pegase y mandase atar a individuos que ninguna culpa tenían.

Pero no habían terminado con esto las cuitas : ¡quedaba la silla! Sabía muy bien por experiencia lo que ocurre en las expediciones : la caravana avanza, descansa, vuelve a ponerse en marcha y al anochecer monta el campamento, se entrega al reposo, come, canta, charla, duerme o contempla comodamente cómo el hombre que lleva todo el peso de la expedición ni come ni duerme, sino que precisamente entonces se pone a efectuar su labor propia, la labor científica. Por eso había pedido a Katmandu que se pusiese a mi disposición una sólida silla de manos y un equipo de hombres fornidos, capaces de transportar a través de las montañas mis 100 kg. de humanidad. Sólo así lograría mantener mis energías en plena eficiencia. «No se preocupe por ello», habían afirmado mis dos organizadores. Pero he aquí la realidad : En el campamento de Butwal emplearon varias horas en confeccionar un trasto parecido a una silla portátil que, al instalarme en ella al anochecer, se rompió con estrépito. Improvisaron entonces otra construcción. Trajeron una cama de campaña y la montaron sobre dos perchas transversales. Aquel nuevo armatoste pesaba, sin mí, como una cama de matrimonio. Los hombres me llevaron sobre él unos centenares de metros, al cabo de los cuales estaban de tal modo extenuados que, compadecido de ellos, me apeé y proseguí andando.

Por un doble puente de cuerdas cruzamos el riachuelo Tisau y, al otro lado de Butwal, comenzamos la ascención por la selva, siguiendo un sendero pedregoso y cada vez más empinado. Los tejados de hojalata de Butwal brillaban al fondo. Nuevamente intentaron los porteadores llevarme sobre la litera, pero ya a mitad de la cuesta se desplomaron literalmente. Pregunté al coronel si no había pensado en que se me facilitase un caballo ; asintió con la cabeza y me dijo que había enviado al agrimensor a buscarme uno a Butwal. Aún Ganesch no había terminado de hablar cuando oímos el ruído de cascos y el agrimensor, jadeante, se presentó con un buen rocín. Monté en la silla y la cosa quedó resuelta. Así parecía, al menos.

En el collado, de una anchura de 30 m., nos alivió una fuente cristalina que brotaba del suelo junto al refugio de Nayakot. El agrimensor me significó que yo no podría seguir a caballo.

— ¿Y por qué no?

— Porque sólo nos han prestado el animal para la subida.

— Pero ¿habrá otro para la bajada?

— No. Hay que devolver el caballo a Butwal.

— ¿Devolverlo? ¿No se ha alquilado por orden del Maharajá? — El hombre se encogió de hombros; yo, irritado, llamé al coronel, pero en vano: se había adelantado y ya no se veía ni oía —. ¿Quiere que probemos nuevamente con la litera?

En aquel momento se nos acercaban varios fornidos mozos. Uno de los soldados de la escolta, un enérgico cabo que había visto el mundo y combatido en Bélgica contra los alemanes, mandóles detenerse y sin más preámbulos les ordenó que cargasen con la litera. Los mozos salieron barato de la prueba, pues en el mismo momento compareció un gurja trayendo de la brida un caballo blanco; venía de Tansing. Monté muy satisfecho, aunque mi gozo duró poco, pues el camino descendía bruptamente por unas gradas de roca lisas y por las que corría el agua. Había que avanzar con tanta precaución que era preferible ir a pie.

Llegados nuevamente al fondo del Tisau, de unos 60 m. de anchura y lleno de guijarros ligeros y pesados, entramos en la aldehuela de Dobhan, entre umbrosos árboles. Deberíamos cruzar el río un poco más arriba. En época de crecida se dispone para ello de un puente colgante de un ceñtenar de metros de longitud, sostenido sobre pilares de piedra. Nosotros no lo utilizamos, sino que vadeamos el riachuelo y fuimos a acampar en una terraza de la orilla opuesta, a unos 14 m. sobre el río. Como en otros muchos casos, el lugar era utilizado continuamente por otros viajeros. Era una cloaca apestosa que acabó de deprimirme por completo. La inmundicia lo invadía todo; la orilla del río era un cordón de materias fecales, pero los porteadores no hicieron el menor caso de mi consejo de hervir el agua antes de beberla. Si aquella primera jornada había de ser una muestra de las que iban a sucederle, era mejor suspender la empresa. Redacté el siguiente telegrama para el Maharajá: «Me permito comunicar a Vuestra Alteza que aquí no hay nada preparado. Me muevo con extrema lentitud. Filchner». El coronel leyó el despacho y dijo:

— El general gobernador de Tansing es sobrino del Maharajá. Castigará a los culpables.

Traguéme la respuesta que me venía a la lengua y me callé.

Hallándonos al pie del macizo de Marek-Masenn, cuya travesía prometía ser fatigosa y exigir la cooperación de todos, y como, por otra parte, la impedimenta se había rezagado mucho, pareció necesario conceder un descanso a los porteadores, mientras aguardábamos la llegada de Lallit. Aproveché aquella pausa para volver a apelar a la conciencia del coronel y exhortarle a que se quejara en Tansing de las deficiencias en la preparación de nuestra expedición. Exigí que se me garantizara la perfecta coordinación entre nuestro avance y la llegada de nuevos elementos, tanto más cuanto que había ya convenido con el Maharajá que el Dr. Fanselau vendría a reunirse conmigo inmediatamente después de su llegada al Nepal, y que lo haría por vía Butwal-Tansing. El Dr. Fanselau, que no estaba familiarizado con las circunstancias del país, en modo alguno debía encontrar dificultades capaces de impedirle incorporarse a nuestra expedición.

Al día siguiente, 10 de abril, mi equipo técnico se puso en marcha una hora antes que la columna de porteadores, ya que mi proyecto era efectuar mediciones con la balanza magnética cada 300 m.; la caravana no tardaría en alcanzarnos.

Al principio avanzamos por una suave cuesta una hondonada poblada de bosque alto, que desembocaba en una garganta. El camino, cada vez más abrupto, se convirtió, finalmente, en una gradería rocosa. Aquí y allá, cabañas techadas de follaje para refugio de los viajeros. Después de una hora de subida nos detuvimos a descansar junto a una aseada casita habitada por una familia gurja. Luego proseguimos, andando por la roca pelada, siempre cuesta arriba, hasta las pequeñas casas, cubiertas de cañas, de Marek y la estación aduanera donde todos los comerciantes de tránsito deben satisfacer los derechos de aduanas. El recibo se les imprime con un sello en la palma de la mano.

A partir de Marek, el camino desciende suavemente hasta el lecho del Zisne (Sisnu), también llamado Nessel, ancho de unos 50 m. y lleno de gruesos cantos rodados y escombros detríticos. Lo atravesamos por un puente de madera y lo seguimos luego por la orilla occidental cosa de una milla, remontando su curso en suave pendiente. Las laderas del valle aparecen ahora cubiertas de bosque o divididas en terrazas cultivadas. En el extremo del valle, o sea, al pie de la Sierra de Messiang, se halla Masenn, con varios refugios abiertos que dan a la calle (fig. 15).

A continuación, y después de pasar junto a varias rampas de descarga, trepamos en agudos zigzags, por un suelo de roca, a lo alto de la vertiente Sur del reborde del Messiang. Desde la cima, coronada por una docena, poco más o menos, de míseras casitas, se domina un panorama espléndido cuando hay buena visibilidad. Pero la atmósfera estaba brumosa y sólo se veía la parte superior del valle ; lástima que, al Norte, se ocultaran a nuestra vista los picos de 7000 y 8000 m. del Himalaya, con el Dhaulagiri, el Annapurna y el Maccha Puesher. En cambio, podíamos ver, en parte, la continuación de nuestra ruta, que discurría por la ladera oriental de la Sierra de Messiang para terminar en Riri-Bazar. Días pasados, precisamente en la región de Parokni, un desprendimiento de tierras en una pared vertical había destruído un buen trecho del camino. No nos quedaba otro remedio, por consiguiente, que ir por el rodeo, más largo, que pasa por Dumri y Tansing y va hasta Riri.

Después de haber avanzado otros 800 m. por la cresta de la sierra de Messiang en dirección Sudeste, comenzó el descenso hacia el pueblo de Dumri. El sendero, de un metro de ancho en la parte superior, muy escabrosa, bajaba por un suelo de roca y escombros ; luego, hacia la mitad, se volvía más llano, en zigzag, para recuperar su carácter abrupto en el último tramo.

Dumri está construído sobre un saliente de roca que se levanta un centenar de metros sobre la bifurcación del río.

No siempre resultaba un placer montar el caballo de Tansing, muy majo, pero no hecho a la montaña. Más a menudo usaba mis piernas que las del animal, el cual, además, tenía el vicio de arremeter contra todas las reses vacunas que se atravesaban en el camino, por mansas que fuesen. Ganesch, a quien seguramente remordía la conciencia viéndome constantemente montar y apearme, dio orden, al llegar a Dumri, de construir otra camilla, con barras paralelas, de acuerdo con sus instrucciones. Pero resultó demasiado ancha para los caminos de Nepal y, por tanto, inservible.

— ¿Y si probase con un tablón, en vez de dos?, —, le sugerí, pero el coronel sacudió compasivamente la cabeza, rechazando mi intromisión.

Estuvimos contentos de poder abandonar aquel inquieto lugar el 11 de abril. Nuestros próximos objetivos eran el templo de Bongsepapal y, más al Norte, el Mandirr Madew, de 4 m. de altura y enjalbegado. . . . . .

En este punto se inicia la subida en zigzag, larga y fatigosa, hacia Tansing, situada inmediatamente debajo de la cresta de una sierra que sigue en dirección Este-Oeste, una pequeña ciudad idílica, aureolada por la leyenda y la historia.

Viejos y copudos árboles de enmarañadas raíces señalan el camino que, por un suelo de tierra roja, lleva por la altiplanicie. A la sombra de ellos hay rampas de piedra, parecidas a los muros de oración tibetanos, que sirven para depositar las cargas y son muy utilizados. En los senderos de montaña, estos puntos de descarga se cuentan por centenares, especialmente al principio y al final de trechos fatigosos y difíciles. Se tiene buen cuidado de mantenerlos en buen estado (fig. 16).

Cuando hubimos dejado atrás una casita aislada, vimos, más abajo de Tansing, en la ladera superior (1), a la derecha, la cárcel, rodeada de una muralla. Consta de un departamento para hombres y otro para mujeres, el primero formado por doce, y el segundo por cuatro, casas de dos pisos con tejados de hojalata. Pronto llegamos al borde oriental de Tansing, en una amplia superficie llana que hacia el Sur desciende bruscamente ; es el campo de deportes y de ejercicio. Desde aquí se descubre, a una distancia de 2 km. al Sudeste y en la cima de las estribaciones densamente forestadas del macizo de Tansing, el principal de los santuarios de estos alrededores, el famoso templo de Kal Bairabas, una reproducción del cual se encuentra en Katmandu.

Tansing es la capital de la provincia de Palpa y, en consecuencia, un centro administrativo. Desde el primer momento se percibe ya una sensación de quietud y de bienestar en la limpieza meticulosa de sus calles y plazas empedradas, en las villas de altos funcionarios y militares, en los parques, los mangos y otros árboles frutales y las macetas que adornan muchas ventanas. Las casas, construídas de ladrillo de adobe rojo, de dos o tres pisos, producen un efecto extremadamente pintoresco, con su arquitectura que recuerda, ora la italiana, ora la nuremberguesa de la época de Hans Sachs. Los tejados salientes de las pagodas, de tejas o de hojalata acanalada, se

(1) En las laderas, dispuestas en terrazas, del angosto valle, se cultiva el arroz. Por lo estrecho de las terrazas, las casas construídas en ellas descansan parcialmente sobre pilotes. Las fachadas y la parte inferior de los pilares de la galería están pintadas de rojoamarillento, con barro, el interior enlucido con barro amarillo. Cubren el suelo esteras trenzadas.

sustentan sobre numerosos estribos. La mitad inferior de las ventanas se cierra, por lo general, con planchas de hierro fundido, profusamente adornadas. Los travesaños dispuestos encima y debajo de las ventanas, los frisos, las cornisas, las columnas y, sobre todo, los marcos y paneles de las puertas, muestran, con sus primorosas tallas, el alto nivel artístico del labrado en madera nepalense. Los comercios abundan más en las calles laterales (fig. 17). En Tansing, la única nota propiamente discordante es el gran número de perros vagabundos y sin amo.

Tansing es una ciudad diseminada. Abarca un círculo de unos 8 km. de radio y en cuyo centro están los edificios oficiales. El sector superior está edificado en la ladera Sur del reborde rocoso que se extiende en dirección Este-Oeste. En algunos puntos el límite de la ciudad llega hasta la cima. La parte más honda queda en una altiplanicie de unos 700 m. de anchura, que se prolonga hacia el Mediodía, donde se alza el fuerte de Nayakot. En los barrios bajos, las casas están dispuestas a capricho, pero en los altos la urbanización obedece a un plan.

La calle principal de Tansing, empedrada con losas y bastante nivelada, va desde el campo de ejercicios hasta una pequeña plaza donde se levanta un templo. Allí se bifurca. Al Sudeste, una rama se dirige a los cuarteles y dependencias del comandante, mientras el tramo principal continúa al Noroeste, subiendo cada vez más, hasta la cima del ángulo noroeste de la ciudad.

En Tansing viven 6000 personas, sin contar 2000 soldados. No parece que la traída de aguas sea un modelo, a pesar de lo cual la salubridad de la ciudad es proverbial. Llegando aquí desde los valles, se observa inmediatamente la diferencia entre el tipo montañés robusto, erguido, alegre, y el de las tierras bajas, débil y marcado por las enfermedades.

Ganesch y Lallit fueron a visitar al Comandante. Nunca supe si le transmitieron mis quejas o no, pues ellos se las compusieron para que yo no lograse hablar con el general. Por lo visto, el coronel consiguió arrimar el ascua a su sardina, pues cuando ya habíamos salido de Tansing, me dijo : — De la deficiente preparación de nuestra expedición sólo uno tiene la culpa, el capitán Lallit.

Riri, en el extremo del recodo occidental del Kali Gandaki, era nuestro próximo objetivo. Este río, rico en pesca, que también lleva el nombre de Krischna Gandaki, riega

el pie septentrional del macizo de Tansing que, en general, lleva dirección Oeste.

Nuestra ruta hacia Riri seguía principalmente el sentido Noroeste. Necesitamos dos días para cubrir el trayecto, cuya primera mitad cubrimos el 11 de abril de 1939, por un sendero de mulos, de 60 cm. de anchura, que sólo puede utilizarse con autorización del Maharajá. Discurre a lo largo de la cresta del reborde montañoso, de abruptas laderas por ambas vertientes, que prosigue en dirección Noroeste a partir del collado situado más arriba de Tansing. A trechos es llano, otros, sobre todo cuando bordea las redondeadas cimas cubiertas parcialmente de bosque, ofrece un curso ondulante. Pasa por grupos de altos árboles y por pequeños poblados dotados de pozos. Pernoctamos, tosiendo y respirando con dificultad, en la región de Palpa, al pie oriental de la montaña donde se levanta el templo de Botoyan. Toda la comarca se hallaba envuelta en humo, procedente de un enorme incendio de bosque que arreciaba en la parte donde había ocurrido el ya mencionado desprendimiento de tierras, que había destruído el camino directo a Riri, por donde habíamos proyectado ir al principio.

A la mañana siguiente pensábamos proseguir la marcha por el sendero de altura hasta Jaseuli y, desde allí, descender la abrupta ladera en busca del Kali Gandaki. Pero al enterarnos del mal estado del camino nos decidimos a emprender directamente la bajada, iniciándola en el punto desde donde por primera vez habíamos gozado del panorama que domina Argeli, en el valle del Kali Gandaki.

Primero una bajada muy larga y abrupta (*II*) nos llevó a un vallecito plantado de arrozales, que seguimos en dirección Oeste, descendiendo siempre hasta una garganta. Al otro lado de ésta empezaba un magnífico oquedal (*IV*), brillante, de vivas tonalidades verdes, rico en maderas nobles, así como en bambús y matorrales, cuajados de bayas rojas y amarillas. A partir de allí, la ladera, rocosa, volvía a inclinarse notablemente. De pronto, el camino se redujo a un angosto sendero que, en zigzagueantes curvas muy empinadas (*a*), avanzaba valle abajo a lo largo de un muro de rocas casi vertical. Al fin alcanzamos, a fuerza de salvar escalones rocosos, la suave ladera que descendía hacia el Kali Gandaki, y con ella la fértil terraza, de unos 200 m. de anchura, sembrada de arroz, que terminaba bruscamente sobre el lecho pedregoso y profundamente entallado del río. Breve descanso bajo

un árbol gigantesco (*Z*), desde cuyo pie podíamos distinguir el Kali Gandaki que, abriéndose paso tan pronto por el lado izquierdo como por el lado derecho de la empinada orilla, fluía presuroso hacia el Sudeste por el fondo del valle. Muy por encima de los oscuros montes cubiertos de bosque brilló, por breve tiempo en el espacio, la nívea cumbre del Dhaulagiri. Belleza sobre belleza. Hubiera yo querido eternizar allí el gozo de la contemplación. Creo que era el único entre los miembros de la caravana que se daba cuenta de la hermosura del país nepalense. En los ojos de mis soldados y mozos no leía el menor gozo, entusiasmo u otra emoción cualquiera ante las maravillas que nos rodeaban; el propio coronel Ganesch seguía montado en su caballo con aire indiferente y aburrido. Su horizonte parecía limitarse a una buena cama y un bien cargado narguile.

Desde el fornido árbol y por un bien cuidado camino de color pardorrojizo, atravesamos Argeli, pueblo cobijado entre gigantescos grupos de árboles de amplias copas exuberantes; pasamos luego junto a un lugar de descanso de los porteadores y, por otro camino empedrado con losas, largo y suavemente inclinado, bajamos a la orilla meridional del río. A mitad del trecho, junto a un abrupto saliente de roca, vislumbramos por primera vez Riri. Desde el extremo de la larga escalera de piedra seguimos ya el Kali Gandaki, por la orilla Sur, hasta el renombrado santuario.

Riri-Bazar se extiende, a la cabeza de un amplio meandro del río, a uno y otro lado de éste. La parte mayor de la población está en la orilla Oeste, inmediatamente encima de la desembocadura del Riri, afluente que baja de aquella dirección, sobre una terraza rocosa de unos 12 m. de alto y 250 a 350 m. de ancho, cortada abruptamente sobre el Kali Gandaki, y al pie de un peñascal cubierto de bosque. Las casas, de tipo predominante nepalí, de adobes con paredes pintadas de rojo y ricas tallas en madera, producen una agradable impresión de pulcritud y bienestar. Entre ellas y en la ladera, magníficos mangos (fig. 18).

Riri es, junto con Gosainthan, Muktinath y Po-su-pa-ti, una de las principales ciudades santas del Nepal. En santidad y venerabilidad, apenas cede a Benares, principal centro indio de peregrinaciones. Todo hindú sabe que una peregrinación a Riri derramará sobre su cabeza un bien inconmensurable, y que un baño en las aguas del Gandaki le purificará de todos sus pecados. Según la leyenda, un rey raiputa fundó en Riri, en el siglo XV, la raza de los gurjas.

En el valle de Riri crece el arroz, e incluso maduran naranjas y limones, y en los campos de las laderas se cosecha cebada, centeno, trigo y alforfón.

Yo me había adelantado a caballo para buscar en Riri-Bazar un lugar apropiado para campamento. A poca distancia de la localidad me saludaron dos cantantes profesionales, llamadas *gainis*. Inclinándose y poniendo la palma de la mano perpendicular a la frente, dirigiéronme la palabra en su lengua. Pude comprender que me invitaban a acudir a la plaza del mercado al anochecer, para oirlas cantar. Las *gainis*, que tienen el derecho de componer nuevas canciones, son en los pueblos del Nepal huéspedes bien conocidas y apreciadas. Van de pueblo en pueblo, y además de su función específica, la del amor, ejercen cierta misión cultural como depositarias del folklore nacional. Pronto se forma un círculo de auditores y cantantes, pues al nepalés le gusta escuchar las viejas canciones populares que hablan de las montañas, los ríos sagrados y las buenas cosechas. Y también el nepalés canta con íntimo deleite. ¡Cuántas veces vi más tarde grupos de gurjas sentados en torno a una hoguera, tocando el tambor y la flauta! Y cuando cantaban a coro sus monótonas canciones, en que el estribillo se repetía infinitas veces, marcaban el compás batiendo de manos.

Mandé montar la tienda en la orilla del Gandaki, amarrada a grandes cantos rodados. Siempre se ponía especial cuidado en la elección del sitio donde se iba a levantar la tienda de trabajo. Así en atención a las mediciones que deberían efectuarse, había que disponerla en dirección Norte-Sur, con la abertura a Mediodía, y el lugar debía estar situado de modo que otros geofísicos pudiesen encontrarlo fácilmente al cabo de años, con objeto de llevar a cabo las mismas mediciones para calcular la denominada « variación secular ». En todo se pensó en Riri, menos en una cosa. Mientras me hallaba trabajando con mis instrumentos, vino a herir mi olfato un olor dulzón, muy penetrante. Aprovechando un descanso, salí a inquirir la causa y encontré a poca distancia un hombre que, agachado en una ondulación del terreno, atizaba el fuego de una hoguera de leña. Era una pira en la que se estaba quemando un cadáver humano. ¡Había instalado la tienda en el camposanto de Riri-Bazar, donde se efectuaban las incineraciones! En pleno trabajo no me era posible trasladarme a otra parte, y así no tuve más remedio que apechugar con aquel hedor apestoso que, una vez conocida la procedencia,

resultaba doblemente repugnante para las narices europeas. En el transcurso de mi investigación descubrí todavía más indígenas agachados ante un fuego que ardía sin llama. Detrás de un montículo de arena pude observar a una madre que bañaba en el Kali Gandaki, a su hijito muerto, para entregar el cuerpecito a las llamas debidamente purificado.

Mi topógrafo me facilitó más pormenores acerca del culto de los muertos: Quien siente acercarse su fin se despide de su pueblo y se encamina a Riri. Si está demasiado débil para resistir la fatigosa peregrinación, sus parientes y amigos le hacen este postrer favor de caridad, transportándolo a través de las montañas. Llegados a la orilla del río sagrado, depositan en ella al moribundo, de manera que el agua le bañe los pies. En cuanto sobreviene la muerte, proceden a la cremación del cadáver. Cuanto más lento es este proceso, tanto mejor para el difunto. Obsérvese que se evita quemar el cabello de la coronilla, el cual, junto con las cenizas, serán echadas al río. Se considera un signo felicísimo el que las cenizas se peguen a piedras de *Schaligram*, (1) tan abundantes allí. Si un pobre muere en su aldea, los parientes lo incinerarán en el mismo lugar, y llevarán luego las cenizas y el mechón de pelo, guardados en una cajita, a Riri-Bazar. También en el Nepal, como en tantos otros puntos del Globo, hay «entierros» de primera y de segunda clase. Los nepalenses de la «alta sociedad» son incinerados en el convento de Po-su-pa-ti.

La santidad de Riri es incrementada por sus templos y por un monasterio situado en el extremo nordeste de la localidad, y todos los días se patentiza a los fieles por medio de divinos oficios, sacrificios, toques de gongo y redoble de tambores. Las ceremonias religiosas de Riri corren a cargo de brahmanes que residen en una colonia cerrada, en casas imponentes, cerca de Tansing. El templo principal está consagrado al dios Akeschwara Narayana. Hay en él una figura famosa, una de las llamadas encarnaciones de Visnú, de la que los penitentes y devotos cuentan que ha ido creciendo en el curso de los tiempos. En el centro del patio del templo, rodeada de edificios de un solo piso, hay dos stupas, una de 8 m. de altura aproximadamente, rematada en forma semiesférica, y la otra en 1,80 m. Ambas se asientan directamente en el suelo y están rodeadas de campanarios de magnitudes diversas. Sobre un pedestal de piedra aparece en todas

(1) Según Perceval Landon, estos ónices son particularmente santos cuando los atraviesa un orificio en todo su espesor.

partes sentado el toro Nandi, en medio de inscripciones y *mandirris*. Así como delante de los templos hay puestos de venta donde los fieles pueden proveerse de cirios y velas, también aquí atraen a los peregrinos objetos bendecidos en el templo o en Riri-Bazar, dotados de cualidades curativas. Son particularmente codiciados las piedras *Schaligram*, ónices esféricos, lisos, con frecuencia agujereados o recorridos por vetas blancas o amarillas, que los vendedores recogen con muy poco trabajo en el lecho del Gandaki.

Al anochecer fui al mercado de Riri, que ya había fotografiado al mediodía con mi Leica (fig. 19). La plaza estaba ahora muy animada. Reinaba ambiente de fiesta, pues el día siguiente lo era, y grande. Todo Riri estaba en la calle, y abundaban los forasteros. Al lado de mercaderes y peregrinos veíanse soldados, oficiales gurjas en activo y retirados, funcionarios, muchos extranjeros: *beharis*, *gurungs*, *chatris*, tibetanos, mogoles, *puns*, gentes de salvaje aspecto, con barbas hirsutas y enmarañado cabello, y también mujeres sorprendentemente bonitas y niños más bonitos aún. En medio de aquel espectáculo y bullicio descubrí a mis dos *gainis* que, acompañadas de un tambor, enviaban al aire sus cantos, monótonos y singulares, por no decir antimelódicos. Luego tres hombres relevaron a las cantatrices, pero no lo hacían mejor que ellas, sólo que chillaban más fuerte y la orquesta se había aumentado con unos cuantos platillos y otros instrumentos de percusión de madera. El estruendo de los músicos se prolongó hasta muy avanzada la noche, pero, a pesar de todo su entusiasmo, sus canciones del Himalaya no consiguieron emocionarme. En cambio, me privaron de un sueño que me era muy necesario.

Permanecimos en Riri-Bazar tres días enteros (del 12 al 15 de abril). De cuando en cuando se levantaban ráfagas de fuerte viento que arremolinaban el polvo y la arena en verdaderas nubes en el fondo del valle. Tres hombres tenían que sujetar la tienda donde yo realizaba las observaciones para impedir que se la llevase el viento.

El segundo día de nuestra estancia, el número de los incineradores de cadáveres de las cercanías de mi puesto de trabajo se había cuadruplicado. Desde primeras horas de la mañana hasta el atardecer se elevaban al aire nubes de humo, pero no me molestaban, porque el viento las disolvía. Por otra parte, me había acostumbrado al hedor.

En el campamento, los gurjas — utilizando esta vez una receta mía — habían «desarrollado» un nuevo sistema de angarillas, muy sencillo: una tabla, destinada a asiento, sujeta por dos cuerdas a una vara de bambú. Este columpio cumplió perfectamente su cometido, incluso en los más angostos senderos de montaña. En los pueblos despertaba la admiración, y no me extrañaría que, desde entonces, este dispositivo se hubiera puesto de moda en el Nepal (fig. 38).

Al anochecer del segundo día un mensajero de Tansing trajo nuevas provisiones y un copioso correo de Europa. Al mozo, que regresaba a la ciudad, díle, entre otras cosas, una carta dirigida al Instituto Astrofísico de Potsdam y otra para el cónsul general alemán en Calcuta. En la primera volvía yo a solicitar que me enviasen lo antes posible a los señores Fanselau y Herrmann. Además, recomendaba que mis colaboradores, una vez en la India, no viniesen por el Nepal Occidental, ya que las rutas eran tan malas, que no podía asumir la responsabilidad de arriesgar por ellas a unos viajeros inexpertos; en consecuencia, les recomendaba que esperasen en Calcuta nuevas instrucciones mías.

El tercer día fue un día perdido. Yo había dado orden de partida para las siete de la mañana, pero fue como si hubiese hablado al viento; faltaba por lo menos la mitad del personal; los mozos habían «volado». Todavía pude verlos, con ayuda de los prismáticos, como desaparecían a toda prisa en la montaña. El coronel que, contra mis órdenes, había pasado la noche en una casa de Riri, no se encontraba tampoco en el campamento a las 7. A las 8 le envié el oficial gurja, con orden de presentarse inmediatamente en el campamento. El hombre vino, pasó a mi lado como si yo fuese aire, sin saludarme ni responder a mis preguntas. Sólo Visnú sabría qué pulga le había picado. Yo no había aceptado la misión de Nepal para tener que habérmelas con los ridículos complejos de un soñoliento funcionario, y decidí dar al coronel una lección que le quitase para siempre las ganas de repetir su grosero comportamiento. Montando sin más tardanza en mi caballo, me puse en camino en dirección de Tansing. El topógrafo echó a correr a mi alcance y, juntando las manos, disculpóse con gran locuacidad por la falta de disciplina y por el hecho de no estar allí los peones.

— No es ésta la principal razón de mi descontento —, le repliqué sin apearme — La última gota ha sido la grosería del coronel. Puede usted decírselo.

FIG. 16. Árboles sagrados con raíces enormes. Ladera sur de la altiplanicie de Tansing

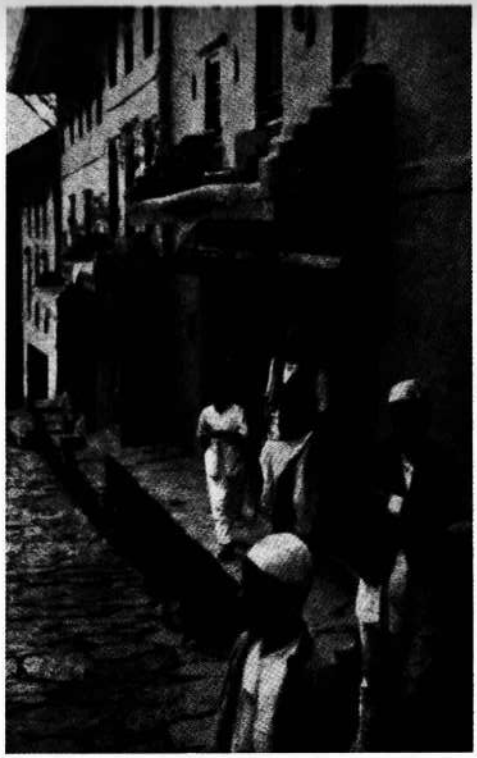


FIG. 17. Calle principal de Tansing. Obsérvese el agradable tipo de construcción, y las flores que adornan las ventanas

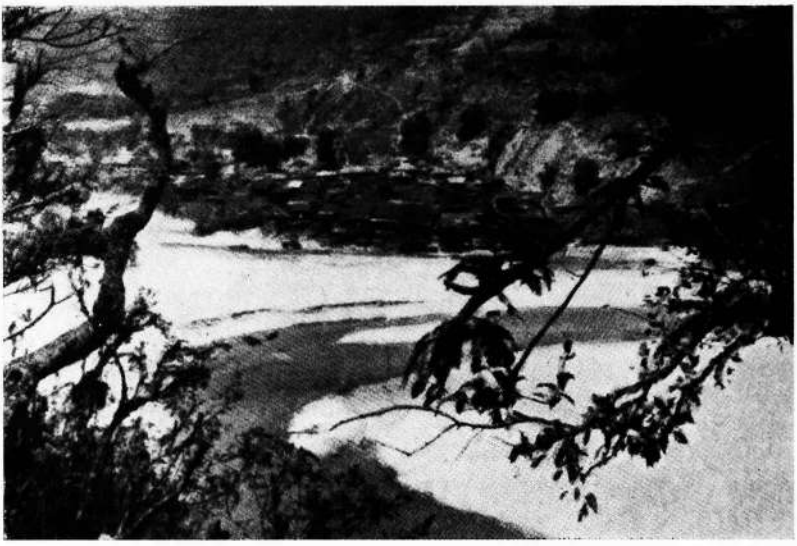


FIG. 18. Riri-Bazar, sobre el Kali Gandaki. Vista al Oeste

FIG. 19. El mercado de Riri-Bazar

Y reemprendí la marcha. Una vez en el bosque me detuve a descansar y completar mi diario. Desde aquella altura dominaba el sendero. Al cabo de un rato vi en el valle tres hombres montados: ¡Por fin, el coronel! Pero no era el coronel, sino Lallit Bahadur seguido de un suboficial y, como no sabía inglés, del topógrafo en calidad de intérprete. Como una catarata vertió su discurso, visiblemente inspirado en el miedo, mientras yo continuaba tranquilamente mi ascensión. Me rogaban que volviese; el coronel había salido a primeras horas de la mañana a explorar el camino que debíamos recorrer hoy a lo largo del Kali Gandaki.

— Según mis informes — replique sin detenerme —, a las siete de la mañana el coronel Ganesch estaba en la cama.

El capitán Lallit: — Mientras tanto el topógrafo ha reunido en el campamento un grupo de peones.

Yo repetí: — No es la insubordinación de los peones lo que me ha decidido a regresar a Katmandu, sino la descortesía del coronel.

En una sombra entre rocas volví a pararme para descansar. El capitán rasguñó unas líneas en un papel y envió con ellas el suboficial al campamento. El contenido de la carta, dirigida al coronel, era el siguiente: «... El profesor espera en el collado que hay antes de Tansing. Si usted no está allí a la una del mediodía para disculparse, regresará a Katmandu. Para este caso, el Profesor pide se le envíen provisiones para él y su criado hasta Nautanwa...».

Mientras esperábamos, el capitán me pidió permiso para sentarse a mi lado. Cogíame constantemente la muñeca, como si temiese que, levantándome de un salto, reemprendiera la marcha. A las once y cuarto, el coronel Ganesch subía jadeando el empinado sendero; se veía que había cabalgado a marchas forzadas y trepado a todo gas. Respiraba fatigosamente y no paraba de secarse el sudor que perleaba en su cara encendida. Con gran sorpresa mía declaró que mis reproches estaban justificados; excusándose en toda forma, me expresó su pesar por lo ocurrido. Le tendí la mano y la paz quedó restablecida. El buen Ganesch habría podido ahorrarse todas aquellas molestias. Nuevamente, como en Butwal, se desató en lamentaciones sobre aquella parte del país en general, y el poco respeto en que se tenían las órdenes del Maharajá, en particular. Volvimos al Gandaki y, como para demostrar que de algo había servido el «rapapolvo», el coronel trasladó su residencia de la casa de Riri al campamento, como correspondía.

7. FILCHNER: En el infierno de Nepal.

El 16 de abril abandonamos Riri-Bazar y remontamos el río sagrado a lo largo de la orilla. El coronel contaba tres jornadas de marcha hasta Thanthap, donde se presumía la presencia del « Klondyke » (1) del Nepal. Durante todo su curso montañoso, el Gandaki está interrumpido por tantos rápidos y bancos de arena, que ningún valor puede tener para la navegación. En algunos puntos calculé el caudal por segundo en 60 m. cúbicos, para una anchura de 20 m. y una profundidad de 3 m. Aguas abajo de la confluencia del Thanthap medí una profundidad de 5,6 m. Por las señales de las orillas podía deducirse que el nivel del agua del Gandaki sube de 3 a 4 m. en período de crecida. No se observaban en ningún sitio indicios de un servicio oficial de cuidado y regularización del río. Ahora, al final de la estación seca, el agua no cubría, ni con mucho, la totalidad del lecho, varias veces mayor que la anchura del cauce real. En el Bari, por ejemplo, uno de los afluentes del Kali Gandaki, mucho más arriba, la anchura del lecho era de 300 m., y el río no ocupaba más que la décima parte.

A ningún observador atento le escapará la diferencia existente entre los ríos de las montañas nepalenses, en particular los secundarios, y los alpinos : en el Himalaya, la Naturaleza « vive » a un ritmo mucho más intenso y rápido que en los grandes plegamientos terciarios del centro de Europa. El declive de las aguas que fluyen de las montañas del Himalaya es enormemente pronunciado. Los cantos rodados se precipitan en masa y con gran estrépito hacia el valle. Las fuerzas de la erosión, desmoronamiento y desgaste de las superficies trabajan con enorme ímpetu, y las oscilaciones de la temperatura aumentan el ritmo de la destrucción.

Los ríos del Himalaya nepalense (Gandaki, Karnali, Bagmati, Sapt Kosi y Rapti), son tributarios del río sagrado de la India, el Ganges, que, por una red infinita de canales artificiales, fertiliza el tan densamente poblado Indostán. Las dimensiones que el Ganges tiene en Benares, ponen de manifiesto la masa de agua procedente de la fusión de las nieves, y los millones de toneladas que el monzón Sudoeste descarga en el Nepal, todas las cuales alimentan el Ganges. Aquí, el río tiene, en la estación seca, una anchura de 430 m. por 12 m. de profundidad, mientras que en la lluviosa estas cifras pasan a 950 y 20 m., respectivamente. La crecida se inicia a

(1) Río canadiense que atraviesa un distrito aurífero. — *N. del T.*

principios de mayo, con la fusión de las nieves de los glaciares. Las tierras se inundan, y brazos fluviales secos se hinchan rápidamente. De todos los ríos del Nepal, el Kali Gandaki es el más caudaloso ; todavía en el siglo pasado invadía la llanura de la India Septentrional, provocando grandes y asoladoras destrucciones. Desde el terrible hambre de 1874 sus orillas están protegidas por robustos diques.

A partir de Riri-Bazar remontamos primero el Kali Gandaki por la angosta margen derecha. Repetidas veces, las acumulaciones de escombros y rocas detríticas nos forzaron a trepar por la ladera. Al cabo de 1,8 km. nos detuvimos frente a un enorme desprendimiento de piedras que había formado un muro casi vertical sobre el río. Del primitivo camino sólo podía distinguirse, a trechos, un reborde rocoso de un palmo de anchura, con soluciones de continuidad de hasta 1,5 m. Los gurjas, cargados con los pesados bultos y las tiendas, no se arredraron ante aquel peligroso escollo ; avanzaban como gatos, probando con frecuencia hasta séis o siete veces antes de dar un nuevo paso. Yo me negué a exponer mi valioso equipaje a tan arriesgado experimento, principalmente las cajas que contenían el instrumental, y mandé que éstas fuesen pasadas a la orilla opuesta, operación que se efectuó por medio de troncos de árbol vaciados. Los caballos cruzaron el río a nado. Ya en la orilla Sur seguimos cosa de un kilómetro por el pie de la ladera, cubierta de bosque y de unos 50 grados de inclinación, hasta llegar a una cueva excavada en la roça, en cuyo interior se elevaba un pequeño *mandirr*, con varios tridentes clavados en el suelo. En el *mandirr* dejamos la deprimida orilla recubierta de espesos matorrales y, por debajo de dos rápidos, volvimos a cruzar la estrecha margen septentrional.

Inmediatamente hubo que iniciar la ascensión de una terraza, situada a unos 100 m. de altitud y que mediría unos 400 m. de anchura, a la que conducía una cuesta abrupta y cubierta de bosque. Una parte del camino lo efectuamos remontándonos paralelamente al río, hasta que dimos con un difícil sendero trazado en la falda de la alta cresta que por el Norte seguía la dirección del Kali Gandaki ; así llegamos a un pequeño collado (*N*) que une la indicada cresta con un macizo rocoso que se proyecta hacia el Sur, peraltando ligeramente el puerto y prolongándose cosa de 2 km., para precipitarse casi verticalmente al río en su extremo meridional. Desde la otra parte del collado y habiendo bajado

casi hasta la terraza fluvial, descubrimos el Bari, procedente de N-NO., a su entrada en el valle, cuya anchura alcanzaría unos 450 m. Cruzado que hubimos el Bari, trepamos, con fuerte viento Oeste, a una terraza de 1,8 km. de ancho y unos 100 m. de altitud, de relieve variado, en la cual se halla la aldea de Aisvaluctaur. Acampamos en el extremo Norte de ella y al pie de la montaña. Un gurja me hizo masaje en el pie enfermo por el honorario habitual de 6 piezas = 10 peniques.

En Aisvaluctaur nos desviamos del Gandaki para torcer hacia el Norte, con objeto de acortar el amplio arco que el río describe al Este, mediante una cuerda trazada entre Oslia y Lumpek, dos pueblos de montaña, y volver a entrar en contacto con él en Lamsaram.

En aquel trecho, el más difícil de cuantos habíamos recorrido hasta entonces, observé con asombro el infinito esfuerzo y cuidado con que se cultivan los más ínfimos pedazos de tierra. Laderas increíblemente inclinadas estaban cubiertas de estrechísimos campos dispuestos en terrazas. Por lo demás, aquí se cultiva sólo arroz, pero ningún cereal panificable.

Ya de madrugada habían ocurrido contrariedades. La caravana estaba dispuesta para la marcha; sólo faltaban los porteadores, los cuales, ocupados en la preparación del té, no atendían a las órdenes del coronel. No se incorporaron a la caravana hasta que intervine yo amenazándoles con quedarme allí varios días, si seguían negándose a obedecer al coronel. Los bribones sabían muy bien que los días de descanso no tenían derecho a percibir jornal ninguno. Además, yo sabía que los mozos deseaban reintegrarse a sus hogares lo antes posible.

Subida a un alto vallecito rico en manantiales. Las aguas, al reunirse, servían para regar los campos y terrazas inferiores. Junto a una cascada empezó la empinada ascensión en zigzag de una peña inclinada hacia el Sur. Desde la aldea de Oslia, de casas con tejados de caña (fig. 20), el sendero proseguía, bastante horizontal, en dirección general N-NE. A la derecha reaparecía una espesa vegetación arbórea. Por una cuesta suave llegamos, tras una marcha de 3,6 km., al pueblecito de Lumpek, situado entre densos grupos de árboles, sobre la larga y redondeada cresta.

Desde un punto que, al Norte, dominaba la localidad, pudimos seguir con la mirada toda la cuesta recorrida, hasta el punto donde el Bari vierte sus aguas en el Kali Gandaki.

Continuación de la subida por la cresta redondeada en dirección Norte. No tardamos en atravesar la ladera Sur, abrupta y cubierta de bosque, de una nueva cumbre peñascosa que, arrancando del Sattewat, a 2815 m., bajaba en sentido Sudeste. El camino, muy malo, seguía por la escarpada falda, a lo largo del bosque. El último y breve tramo de subida para alcanzar el collado de *D*, en lo alto de la cresta, línea divisoria de aguas en el gran recodo del Kali Gandaki, resultó muy empinada y fatigosa. Lástima que el aire, caliginoso, limitara considerablemente el campo visual.

Descenso por una inclinada canal de dirección Nordeste. En su reborde vimos nuevamente el Kali Gandaki. Más abajo, la falda se hizo aún más escarpada ; el sendero pasaba a trechos por gradas de roca o describía pequeños zigzags hasta el lecho del Kali Gandaki. En una alta terraza periférica que avanzaba sobre el río asentábase el pueblecito de Lamsaram. Desde él reanudamos el descenso, siempre en bruscos zigzags, hacia el cauce del Kali Gandaki, donde, ya casi de noche, establecimos el campamento.

A poco de nuestra llegada a él — llamábase el lugar Purti Gat —, al perforar un trozo de cuero, me clavé el cuchillo en la palma de la mano. Como el mozo que llevaba el botiquín no había llegado aún, el coronel Ganesch despachó a alguien a casa del decano del pueblo, y al poco rato volvía con yodo y algodón hidrófilo. El hombre me informó de que el más anciano de cada pueblo tiene en custodia un botiquín propiedad del Estado, con algodón, yodo, purgantes y vendajes. Manifesté al alcalde que consideraba aquella institución una medida de gobierno muy prudente, digna de ser imitada por otros países civilizados.

Mi grupo topográfico estaba ya disciplinado. Si yo daba orden de partida para las 5 de la madrugada, los hombres se levantaban a las 5. Por desgracia, la columna de porteadores no seguía su ejemplo. Menudeaban las impertinencias, y costábame no poco trabajo lograr que se respetase al coronel, objeto de las burlas generales. Como de costumbre, la columna se puso en camino al cabo de dos horas de haber salido el equipo técnico.

18 abril 1939. Tras 20 minutos de marcha en dirección Norte a través de monte bajo, llegamos al borde del Gundi, río sembrado de gruesos cantos rodados y con un caudal aproximado de 3 m. cúbicos. Sale de una angosta garganta, delante de la cual se depositan cantidades enormes de es-

combros y guijarros. Después de un trecho de 2,5 km., en extremo fatigoso, a causa de los numerosos desprendimientos de tierra que hubimos de salvar, atravesamos el ancho delta del Patung, que sale aquí de un hondo y amplio valle rocoso procedente del N-NO. En el cerrado ángulo formado por el Patung y el Kali Gandaki se extiende un ramal peñascoso del macizo Rangjani, de 2409 m. que, cortándose bruscamente hacia Oeste, se precipita en abrupto declive sobre el Kali Gandaki. Nuestro difícil sendero cruza este muro de rocas y trepa, finalmente, en escarpados zigzags en dirección de un corpulento árbol aislado (*J*). Al llegar a él se mejora un poco, pasa, por una estrecha terraza rocosa, junto a las primeras casas de Bhatuka, para volver a empinarse en el punto *R* y descender de nuevo al cauce de un riachuelo, el Bora. Un breve avance aguas arriba y cruzamos otro estrecho vallecito cortado en la rocosa ladera. Allí comenzó una subida, con un violentísimo viento O-SO., que los animales sólo con gran dificultad vencían, otra vez en abrupto zigzag hasta una terraza situada a 100 m. de altura, que cae a pico sobre el Kali Gandaki. Hay en ella arrozales en gradas y algunas casitas pertenecientes a Bhatuka. Tras otra marcha de 1,8 km. por dicha terraza, acampamos al pie de un gigantesco nogal al anochecer del *18 de abril.* Dionos la bienvenida una simpática muchacha soltera, acompañada de su madre ; la obsequié con una rupia (fig. 21).

19 abril 1939. El camino, bueno, subía por la ladera suave, llano al principio y luego en zigzag, para bajar de nuevo a una anchurosa terraza bien regada y cultivada, con numerosos árboles, y a una aldea cuyas casitas recordaban las de los kirguises por su planta elipsoidal y una única entrada. La mitad inferior de sus paredes estaba pintada de color pardo claro. A poca distancia habían dispuesto abrevaderos, concavidades de unos dos metros de profundidad, revestidos la mayor parte de obra de mampostería y con un robusto poste de madera en el centro. Unos escalones de piedra conducían al agua del fondo. Desde este lugar, el estrecho sendero atravesaba, en un trayecto de 2 km. de empinada cuesta, la ladera oriental del macizo de Sumsa, que bajaba hasta el Kali Gandaki. En época de lluvias, el Arjewa desemboca en este río, por una garganta profundamente cortada en la falda. Continuo subir y bajar en agudos zigzags por las laderas pedregosas pobladas de bosque. El sendero, no más ancho ahora de un palmo, continuaba a una altura vertigi-

nosa, en un trecho de unos 450 m., hasta un pequeño collado. En todo aquel trayecto, bien poco agradable, se mantuvo a mi lado un gurja, atento a que no me despeñara y fuese a dar con mis huesos en el fondo de la larga garganta por donde fluía, estruendoso, el Kali Gandaki. Desde un pequeño sinclinal pudimos echar por primera vez una mirada a un valle lateral que discurría en dirección oblicua, por el que el Thanthap corre al encuentro del Kali Gandaki.

El descenso a la bifurcación del río, aprisionada entre abruptas sierras, es largo y muy inclinado, y con frecuencia discurre en zigzag o sobre la pelada roca. Mientras bajábamos, tuvimos constantemente ante la vista el tramo de la garganta del Kali Gandaki, aguas arriba de su confluencia con el Thanthap. Veíamos también un puente flotante tendido sobre el primero de dichos ríos y que más tarde hubimos de utilizar. A lo largo del trozo inferior de la bajada multiplicáronse las rampas de descarga, dispuestas por lo general al pie de algún árbol umbroso y siempre antes y después de un tramo difícil de camino. No tardamos en avistar las primeras casas de Thanthap. El pueblo, situado entre grupos de árb les, estaba rodeado de campos. Poco antes de entrar en el valle, el sendero, que se abría paso por entre enormes bloques de rocas, se convertía en una especie de escalera natural.

Detuvímonos a descansar en la margen derecha del Thanthap, a 5 m. sobre el nivel del río y cubierta de bosque, poco antes de su desembocadura en el impetuoso Kali Gandaki, que baja del Norte y tuerce aquí bruscamente hacia el Este, para recuperar su primitiva dirección Sur, tras un recorrido de 3 km. por entre rocosas orillas de 20 a 30 m. de altura. Como los viajeros acostumbran a descansar en la bifurcación, el lugar estaba tan lleno de inmundicias, que envié orden a la caravana rezagada de seguirnos sin detenerse hasta el valle del Thanthap.

La entrada del valle del Thanthap es de un lúgubre romanticismo, más apto para repeler a los temperamentos sensibles que para atraerlos. Uno se imagina así los lugares mal reputados y embrujados ; los lugares donde buscadores de tesoros, rehuyendo, huraños y recelosos, la sociedad de los demás hombres, hurgan y revuelven en las noches tenebrosas « doliente el corazón, vacío el bolso ». Por un lecho de 100 m. de ancho, obstruído por guijarros y peñas, fluye el límpido Thanthap hacia el valle, entre quebrados muros

de roca. El ya mencionado puente colgante de hierro, sólo utilizado en las épocas de crecida, comunica las dos orillas unos centenares de metros antes de la bifurcación. A uno se le antoja muerto y vacío este camino casi subterráneo, y los árboles que se agarran a la aserrada cornisa rocosa, abrazando con sus espesas raíces bloques del volumen de una casa, parecen espectros de otro mundo.

Al pie y bañados de sudor, nos abrimos camino a través del desértico cauce guijarroso. La única sensación de vida que nos rodeaba era el alegre murmullo del riachuelo que, visible apenas, chapoteaba por entre los cantos rodados en innúmeros canalillos. También en período de sequía el Thanthap lleva al Gandaki una cantidad apreciable de agua, pues es a su vez alimentado por docenas de arroyos, cascadas y regueras salidas de mil gargantas laterales. A veces, las aguas se embalsan formando minúsculos ibones, lo bastante profundos para que un caballo pueda perder en ellos el pie y la vida. Por un pelo se libró mi jamelgo de correr tal suerte. A medida que remontábamos el río, el valle se iba ensanchando y volviéndose más y más salvaje. La comarca no cobró un aire más amable hasta que llegamos a la cuenca rocosa donde hay la bifurcación de las fuentes del Thanthap. Veíanse campos en terraza no sólo en las laderas, sino también en el suelo del valle, cuya tierra fértil y de escaso declive permitían la exploración agrícola. El río quedaba aquí reducido a su estrecho cauce rocoso. En la montaña, muy esparcidas, casas y grupos de ellas y, a trechos, bosque claro.

En esta cuenca natural se juntan los ríos Teo-li y Timuré. La zona al norte de la horcadura parecía hecha exprofeso para establecer el campamento principal. Toda la caravana se reunió allí, con excepción del coronel, que se alojó en dos construcciones de piedra alargadas y bajas que se levantaban en la ladera Norte, a unos 350 m. del campamento. Allí podía, como un pachá, fumar su pipa de *chibuk* al pie de unos grandes árboles, hacerse abanicar, dormir a pierna suelta y dejar todo el trabajo para mí. No resultó muy de su agrado el que, a poco de habernos acomodado, le pidiera que enviase al campamento algunos indígenas de los valles del Teo-li y del Timuré, con objeto de obtener los informes posibles acerca de la geografía, y especialmente la hidrografía, de la región. Esperaba que gracias a estos datos podría ahorrarme exploraciones que habrían de significar una lastimosa pérdida de tiempo.

— ¿Qué sacará usted de esos mentecatos? —, preguntóme Ganesch con tono de superioridad. — Todo lo que necesita saber, lo sé yo. Al pie de esta misma terraza una vez encontré oro. Y en la región de las fuentes del Teo-li, entre el pueblo de Rangjani y la cumbre del mismo nombre dará usted con grandes yacimientos de cobre.

Hice una mueca de escepticismo e insistí en los interrogatorios. A escasa distancia del campamento, en el vallecito del Teo-li, unos indígenas se movían por entre los cantos rodados. — ¿Qué gente es aquella? —, pregunté.

— Buscadores de oro —, respondió el coronel con mirada insegura, y corrigiéndose instantáneamente : — Lavadores de oro.

— ¿Lavadores de oro? — repliqué asombrado. Teo-li-Khola significa río de oro. No tuve más que invertir las dos palabritas y vi clara toda aquella historia : ¡oro fluvial! — « ¿Entonces se trata de arenas auríferas? » —. Ganesch asintió con un gesto de la cabeza. Yo, cada vez más irritado, proseguí : — Entonces usted, a sabiendas, me ocultó la verdad, en el palacio de Katmandu —. El coronel permaneció callado. Yo proseguí, a voz en grito, de modo que me oyeron todos los circunstantes : — Si entonces hubiese sabido yo la verdad, o sea, que no se trataba aquí de oro en filones, sino de oro aluvial, no habría emprendido esta expedición.

Sin mirarme, replicó Ganesch : — Sin embargo, estamos convencidos de que tarde o temprano daremos aquí con rocas auríferas.

Dejando al charlatán con su convicción, me dirigí en compañía del topógrafo al lugar donde trabajaban los lavadores de oro. En camino, el topógrafo me explicó la siguiente historia, que contaban en Thanthap : Hace muchos años una joven se había aventurado en una barquilla en el Teo-li. Mientras, pensativa, tenía la mirada clavada en el agua, había visto brillar una piedra en el fondo del río y la había cogido. Y resultó ser un pedazo de oro puro. — Creo no me equivoco de mucho al pensar que aquel cuento había vuelto la cabeza al Maharajá.

En el Teo-li, el lavado de las arenas auríferas se practica de la manera más primitiva. Armados de largas pértigas, los hombres levantan las piedras y los bloques del lecho del río y extraen la arena depositada debajo de ellos. Esta arena es tamizada en un cedazo hecho de varillas de bambú cruzadas ; el operador deshace los terrones vertiendo

sobre ellos agua con las manos. La arena fina cae, a través del tamiz, en una vasija de madera mientras el casquijo es retenido en el cedazo. Este lavado se repite cinco o seis veces; después, poniendo de lado el tamiz, se procede a sacudir la arena de la vasija, con lo cual las pepitas o los granos que tienen oro adherido, más pesados, se separan fácilmente de los ligeros. El botín no paga la pena, y el Gobierno nepalense, perfectamente informado del asunto, renuncia a exigir la entrega del polvo aurífero obtenido. En promedio, un lavador saca, por año (!), oro por un valor que no pasa de un dólar.

Cuando llevábamos dos días en la bifurcación del Thanthap, presentóse un hombre de edad avanzada, dispuesto a responder a mis preguntas. Había cundido la noticia de aquel «interrogatorio», por lo cual el declarante venía acompañado de los habitantes de los alrededores, deseosos de asistir a tan interesante examen. A muchos de los espectadores les tenía algo intranquilos el color de mi piel; jamás habían visto a un europeo. Y cuando, al día siguiente, inicié mis mediciones sirviéndome de instrumentos relucientes como oro, la afluencia de curiosos ya no se interrumpió. Entre ellos dominaba el sexo femenino.

Una alegre ocasión vino a interrumpir la monotonía de mi trabajo. Celebróse la boda de una pareja gurja en las casas situadas entre los grandes árboles de la ladera septentrional. Pese a mi ciática, me puse en camino, afanoso de asistir al espectáculo. Por todos los senderos de la montaña acudían huéspedes al lugar de la solemnidad. Junto a las casas formóse la muchedumbre, dirigida por unos maestros de ceremonias, en larga fila que, remontando el valle del Teo-li, dirigióse en busca de la novia. Marchaban a la cabeza los sacerdotes, los ropajes adornados con rojas guarniciones; seguían luego los músicos, sirviéndose enérgicamente de sus tambores y flautas. Detrás de los artistas iban los amigos del novio, armados de varas y cuerdas; además, cada uno llevaba un paraguas, utensilio imprescindible de todo padre de familia nepalés, el cual tiene la firme convicción de que el ir provisto de un paraguas, si es posible adornado con encajes — aunque el tiempo sea magnífico —, le confiere un porte digno e incluso autoritario. Las varas y cuerdas debían servir para improvisar, ya llegados frente a la morada de la novia, una silla de manos en la que, al anochecer, la futura ama de casa sería conducida al valle. En medio de los hombres caminaba el joven novio vestido de blanco, con un

salacot también blanco y brillante, pues el negro se considera de mal agüero en el Nepal. Al pasar la comitiva junto a los robustos árboles, unos muchachos dispararon varios petardos. La algarabía se prolongó hasta la hora de la puesta del sol, y durante toda la noche resonaron el bullicio y las carcajadas de los alegres invitados.

Por lo general, las doncellas nepalíes se casan entre los 17 y los 20 años (fig. 22) ; sin embargo, he encontrado jóvenes casadas que no tendrían más allá de once o doce primaveras (figura 23). La ley no pone ninguna limitación al número de mujeres que puede tener el gurja ; en las tribus montañesas, la cifra corriente es de dos esposas, pero la segunda está unida al marido por vínculos menos rigurosos que la primera ; en la ceremonia de su enlace no participa el sacerdote. En el acto de la consagración matrimonial, es un rito muy importante, como en las bodas entre hindúes, la oferta de leche cuajada, a cargo del padre del novio. Con ella, la madre de la novia preparará luego la comida de la pareja. Si la esposa de un gurja viniere a fallecer, el marido puede volver a casarse; pero una viuda no debe contraer segundas nupcias.

La esposa nepalí pasa por honrada y fiel. Con frecuencia escuché la sentencia : « La mujer es la buena amiga del hombre ». Si una mujer incurre en infidelidad, el marido la expulsa de su casa después de despojarla de todas las joyas. Todavía a fines del último siglo el adulterio era castigado mucho más severamente : el marido engañado cortaba con el *jukri* la nariz a la pecadora, y el amante, caso de ser habido, no lo pasaba mucho mejor. El refrán « As de oros no lo jueguen todos », queda bien ilustrado en las costumbres nepalíes. Un miembro de la clase privilegiada puede comportarse en las cosas del amor mucho más libremente que el pobre mortal del montón. El mismo Maharajá tiene su harén, que llena o vacía a voluntad. Si por azar su mirada se posa en una belleza pueblerina, nada pueden los padres de la muchacha, o el marido si fuere casada, para oponerse a la encumbrada elección. Si el príncipe quiere desprenderse de la favorita, o bien si ésta se siente madre, la sueltan del harén abonándole unos pocos miles de rupias en concepto de « arriendo amoroso ». Si la mujer da a luz a un niño, tiene derecho a llamarle Raj Bahadur, título que a nada obliga, pero que tampoco le confiere ningún privilegio.

El coronel Ganesch dio orden a todos los aldeanos de los alrededores de proveer el campamento de leche y otros pro-

ductos alimenticios. Los hombres bajaban diariamente de sus alturas con sus artículos. Pero he aquí que dos labradores se presentaron con las manos vacías declarando, según afirmó el coronel, que no pensaban obedecer la orden, pues en su zona el Maharajá no tenía autoridad. Ganesch no gastó muchos cumplidos; mandó atar de pies y manos a los dos «facciosos» y los tuvo por espacio de 24 horas expuestos a los ardorosos rayos del sol y al intenso frío de la noche. Yo protesté contra tan bárbaro castigo, pero el coronel se hizo el sordo, no soltando a los campesinos hasta que hubieron prometido solemnemente reconocer al Maharajá como a su legítimo amo y señor y cumplir con su deber.

Después de embalar mis instrumentos, la tienda ligera, el paraguas, la mesa, la silla y el baúl con ropa, confié un cronómetro al coronel rogándole no se olvidase de darle cuerda todos los días. Luego me puse en camino con el cocinero, mi *boy*, el topógrafo y 18 porteadores, con objeto de efectuar las mediciones magnéticas del valle del Teo-li. Calculaba que la excursión me llevaría 8 días, pues, para obtener un cuadro bien documentado, tendría que extender una red de «estrecha malla» y efectuar una medición por lo menos a cada 50 m. Por entre compactos cantos rodados, enormes bloques y socavadas paredes de roca fuimos remontando penosamente el agreste valle. A veces me fastidiaban los tropeles de hormigas, abejas silvestres y moscas; mariposas de magníficos colores revoloteaban a mi alrededor. Repetidamente vi liebres saltando entre las piedras, cuervos y águilas describiendo sus círculos en el aire; oía el grito del cuclillo y una vez distinguí un leopardo. En los prados de montaña pacían búfalos de agua, vacas y cabras. En el río nadaban peces de un palmo de longitud.

Nada encontré de particular. Sólo en un punto, a 3 km. aguas arriba del campamento, el aparato tuvo oscilaciones de cierta intensidad, pero limitáronse a una extensión minúscula en medio del pedregoso canal.

Sirviéndome de los prismáticos, pude darme cuenta de lo densamente poblada que estaba la comarca, llamada Kalimati. Por doquier, en las laderas y en los altos, veíanse granjas que apenas se destacaban del tono gris pardo del paisaje. Los campos estaban inundados; en algunos, los labriegos araban con bueyes; en otros, asomaba el brillo verde de los tallos nacidos.

También en el valle del «Río de Oro» me persiguió la curiosidad de la población. Con frecuencia me «asediaban» hasta 80 hombrecillos y mujercillas que me observaban desde cierta distancia. Solían permanecer allí hasta ya avanzada la noche, pues se habían provisto de comida y bebida para no perderse el espectáculo. El nepalés bebe de la misma manera que el indio. Empieza echando, con los dedos, unas gotas del líquido al suelo y luego, levantando la vasija y sin que el borde le toque los labios, lo vierte a chorro en la abierta boca.

Durante los descansos, mis gurjas se entregaban siempre a su ocupación favorita: el aseo personal, cantando entretanto somníferas tonadas. Ponían particular esmero en el arreglo de sus colitas de pelo, el orgullo de la coronilla, pues para el hindú la pérdida de aquel mechón constituye una vergüenza y un deshonor.

Mis gurjas, además de vanidosos, eran supersticiosos. De noche, en todas las tiendas debía arder una linterna, cuya luz mantendría a distancia a los espíritus que merodeaban por los alrededores del campamento. La superstición y la creencia en los espíritus tienen terreno abonado en el Nepal. El nepalense cree que las almas de los difuntos habitan en «el Sur». Así, para no provocar las iras de los espíritus, nunca dormirá con los pies en aquella dirección. Evitará también instalar en un recinto un hogar abierto hacia el Sur y no se olvidará nunca de colgar en las paredes de su casa cuernos de búfalo, pues tienen la virtud de ahuyentar todos los espíritus indeseables. De todos modos, bien sabemos que un rústico alemán se azara y preocupa cuando, al ir por la carretera en bicicleta, ve un gato negro que cruza el camino de izquierda a derecha o al revés. Y más de una buena ama de casa siente angustia cuando son trece en la mesa. En las montañas del Himalaya encontramos las supersticiones correspondientes a éstas. Un gurja desandará su camino cuando descubra una corneja a su derecha y una serpiente a su izquierda. En cambio, el 13 es para él un número de buena suerte, como lo son también todos los múltiplos de 13 : 26, 39, etc. Contrariamente, los números pares se rehúyen, incluso los terminados en cero ; son señal de muerte. No es, pues, sin motivo que el comerciante nepalés se sirve de medidas impares.

Algunos espectadores hicieron acopio de valor y se acercaron a consultarme. Un viejo me pidió una medicina, diciéndome que había pisado una concha de caracol y ahora le dolía

hasta el pecho. Tenía la pierna hinchada hasta el muslo. ¿Qué podía hacer yo con mi exiguo botiquín? Sólo para tranquilizarle di al enfermo un calmante y desinfecté la herida con Quinosol.

Un garboso mozo en uniforme azul se me presentó como funcionario de Tansing y me preguntó si le permitía ayudar a mi topógrafo en su trabajo. Pero era sólo un pretexto para llamar cortésmente mi atención sobre una picadura de serpiente que había sufrido (1). Examiné la mordedura, pero no descubrí señal alguna de colmillo ; por lo tanto, debía de tratarse de una serpiente no venenosa. Acudiendo a esta especie de curalotodo que es el Quinosol, se lo apliqué y le vendé la herida. Al poco rato volvió el hombre para decirme, un tanto arrogante, que aquel « remedio » no debía ser el apropiado, pues la herida le escocía. Y, dirigiéndose al agrimensor, comunicóle que se iba a las casas de los grandes árboles, donde vivía una mujer sabia que le vendería una medicina mejor. Al anochecer presentóse por vez tercera el mordido, con ánimo arrepentido. La porquería de la « vieja bruja » no había valido ni el aire que el hombre había gastado en subir hasta su casa. Me rogaba que volviese a probar mi arte. Pero yo me negué.

La marcha hasta las fuentes del Teo-li discurrió de la manera siguiente :

El 24 de abril emprendimos el camino valle arriba por entre un compacto suelo guijarroso y un amontonamiento de gigantescos bloques, trepando la mayor parte del tiempo. El límpido Teo-li, que fluye impetuoso con numerosas cascadas, erosiona profundamente las paredes rocosas, dando lugar a vastas cavidades, verdaderas cuevas, y desapareciendo a largos trechos bajo acumulaciones de peñas gigantescas. La parada en este angosto vallecito, exigida por las mediciones, resulta muy desagradable por causa de los frecuentes desprendimientos de piedras. A cosa de 1,2 km. más arriba del campamento principal encontramos charcos artificiales y hondos orificios puntiagudos que habían servido de depósito de arenas auríferas. El coronel me había asegurado que a partir de allí ya no había oro. Sin embargo, su afirmación quedó muy pronto desmentida por el hallazgo de nuevos agujeros. En un pequeño ensanchamiento del valle dimos con un paraje particularmente invadido de cantos ro-

(1) Según informes de los nativos, en la zona del Thanthap las serpientes venenosas son menos frecuentes que en la India.

dados y escombros, en cuyo centro pude detectar oscilaciones magnéticas bastante intensas.

25 abril. El valle, que se había estrechado considerablemente, vuelve a ensancharse hasta alcanzar unos 100 m. o más. Las laderas, cubiertas hasta muy alto de estrechos campos en terraza, son menos inclinadas. En ambos lados desembocan rocosos canales y estrechas cañadas, cubiertas de bosque, con o sin agua. El valle principal no tarda en desviarse. En las laderas van multiplicándose las casas de planta elipsoidal. Un sendero angosto, apenas transitable, pasa repetidamente de una a otra orilla. A partir de aquí, las rocas y piedras están revestidas de una verde capa de musgo ; de los canales laterales, cada vez más numerosos, baja agua en cantidades progresivamente mayores, que, no obstante, pronto desaparece, casi en su totalidad, bajo el guijarroso lecho.

26 abril. El alto valle sube en dirección Sudoeste en empinada cuesta y en línea recta. Pronto se vierte en él, procedente del Norte, el Sün-kosi (1), fluyendo por otro valle amplio y cultivado. Algo más arriba vuelven a cerrarse casi las dos laderas ; rocosas faldas cubiertas de árboles alternan con campos en terraza. Mi pie lastimado hacía que hubiesen de transportarme a trechos. Hoy, además de una estación principal, he podido medir otras veinte secundarias. En la proximidad del campamento, una poderosa corriente de agua sale disparada a una altura de 30 m. sobre el nivel del valle, formando más abajo una cascada. En los altos se ven muchas casas de campo.

27 abril. Un largo tramo de subida, cada vez más empinada. En todas las laderas hay arrozales (fig. 24). Los tallos alcanzan ya 30 cm. de altura. Medio kilómetro más arriba empieza una cuesta suave, de unos 800 m. de longitud, al cabo de los cuales el declive vuelve a hacerse brusco. Aquí, el Teo-li, de 1 m. de ancho por 20 cm. de profundidad y curso impetuoso, queda aprisionado entre orillas verticales de 8 m. de altura. Nos detenemos a descansar unos momentos junto a un árbol aislado, donde hay una rampa de descarga en un saliente rocoso. Luego, la subida se torna cada vez más abrupta valle arriba, hasta la confluencia superior donde instalamos el puesto de mediciones. Los dos riachuelos llevan igual cantidad de agua ; el del Sur baja por un vallecito bastante inclinado, de unos 3 km. de largo. Por él trepa el sen-

(1) Mi topógrafo afirma que este río arrastra oro, como el Kali Gandaki,

dero que va al Lurung, próximo a las fuentes del Catung. Por la arista del valle se divisa el Daruwa Pahar, con sus 3049 m. de altitud; sobresale, a una distancia de 10 km. a Oeste-Noroeste, de la larga cadena montañosa que discurre en dirección Este-Oeste. El vallecito del río-fuente Jolde, procedente del Noroeste, tiene una anchura de 800 m. en el tramo que puede verse, hasta una alta pared rocosa que se introduce allí entre las laderas. Por ella se despeña el Jolde, formando una cascada de tres escalones. El muro de roca, revestido de una fronda color cardenillo, queda velado por el agua pulverizada. Al pie de la pared se deposita el cono de deyección. Por este pequeño valle puede subirse al pueblo de Bijuwa, en un ramal de la Sierra de Sayha. No obstante, el camino tiene tan mala fama, que los mozos optan por efectuar un rodeo por Lurung para llegar a Bijuwa.

Acampamos en la confluencia, en una estrecha terraza de la abrupta ladera, junto a unos gigantescos peñascos. En la comarca abundan las alquerías. Por la tarde, ascensión al lugar del «despeñadero de la cascada», donde doy por terminadas mis mediciones magnéticas con el número 122.

El *28 de abril*, tras 13 días de permanencia en el valle del Thanthap, emprendimos el regreso hacia el Kali Gandaki. Nadie estaba tan alegre como los porteadores, quienes se pusieron en camino entre risotadas y animada charla; para ellos, la marcha significaba acercarse a casa. Ya no tendríamos que seguir trepando por aquel infame lecho guijarroso; avanzábamos por un sendero mucho más holgado, por el que podían llevarme en mi columpio. Salíamos invariablemente al apuntar el alba, con lo cual habíamos ya cubierto la mayor parte de la etapa cuando el sol barría del fondo del valle las últimas sombras y proyectaba sobre las rocas sus ardientes rayos. A los gurjas no les satisfacía este sistema; envolvíanse la cara en paños y pretendían que el frescor matinal minaba su salud. Y les sacudía un ligero temblor cuando yo, descubierta la cabeza, estiraba los brazos y aspiraba profundamente para introducir en los pulmones la mayor cantidad posible de aire fresco.

A mitad de camino del campamento principal nos salió al encuentro un emisario del coronel Ganesch. Traíame un telegrama mutilado del que sólo pude descifrar un fragmento: «Alemania... he pedido oficialmente... Podewils». Podewils era el nombre del cónsul general de Alemania en Calcuta. Eas pe suponer que se trataba de alguna noticia referente a los

FIG. 20. Oslia. Tipico pueblo de montaña en la cuenca del Kali Gandaki

FIG. 21. Campesina de Sirkang con su hija

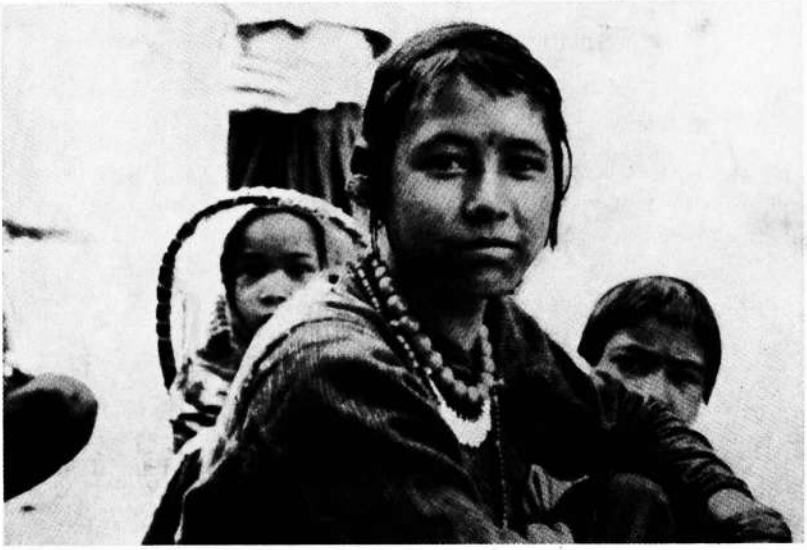


FIG. 22. Mujer de la casta Kuli, del pueblo de Thanthap

FIG. 23. Lavador de oro del valle del Thanthap con su esposa de 11 años

ayudantes alemanes solicitados y que el Maharajá me había concedido.

A la mañana siguiente se presentaron de improviso el coronel Ganesch y el capitán Lallit. Se habían adelantado a recibirme y me pidieron que, para celebrar el reencuentro, tomase una fotografía del equipo técnico (fig. 25).

Juntos reanudamos la marcha hacia el campamento principal. Sólo al llegar, ya tuve un disgusto. El coronel me aseguró que todas las noches había dado cuerda concienzudamente al reloj; sin embargo, resultó que mi buen cronómetro llevaba seis horas de retraso. Probablemente el coronel se había olvidado de mi encargo ya el primer día de separarnos.

Ganesch pudo darme una noticia política: los italianos habían ocupado Albania.

— ¿Y cómo interpreta usted el telegrama? ¿Dice algo de la guerra? — le pregunté. El hombre respondió negativamente; además, no sabía leer el texto.

Es seguro que no trata de la guerra, pues de lo contrario mi Gobierno me habría informado. Precisamente para el caso de que Alemania se viese envuelta en una guerra con Gran Bretaña, tengo orden del Maharajá de conducirle a usted a Katmandu por el camino más rápido, sin pisar suelo indio. Por lo demás — prosiguió —, es conveniente no prolongar demasiado la expedición, sino disponer las cosas de manera que podamos estar de regreso para fines de mayo. En estas regiones, el monzón suele presentarse ya a principios de junio.

La sugerencia me vino de perlas, pues tenía ya efectuada la labor principal. Así, y con gran regocijo de todos, anuncié que emprenderíamos la vuelta el día 2 de mayo, saliendo del valle del Thanthap. No había «vivido» aún ningún monzón en las cordilleras del Himalaya, pero me imaginaba fácilmente lo que habría de sufrir una caravana en esos senderos de montaña bajo tempestades que duran semanas enteras y aguaceros diluviales. Finalmente, la prudencia me aconsejaba también no exponerme a los embates del clima con mi ciática y mis cólicos nefríticos.

En la mañana del 2 de mayo faltaban en el campamento principal la mitad de los porteadores del equipo instrumental. Los reemplazamos por acémilas que, de todos modos, no estaban avezadas a transportar aquella clase de valiosos bultos. Tampoco mi caballo estaba en el campamento; probablemente no le habían dado aún el pienso, por lo que me vi for-

zado a seguir a pie. A pesar de haber contado con 10 días, el coronel no se había preocupado de preparar nada.

Avanzamos valle abajo con más facilidad. A trechos utilizábamos senderos marginales, después de haber establecido las estaciones de medición. Pasamos la noche junto a una fuente, en las cercanías del lugar donde el Thanthap desemboca en el Kali Gandaki. Allí me trajo un soldado una carta del Maharajá. Su Alteza me expresaba su sentimiento por el hecho de que las personas encargadas de preparar la expedición al Thanthap hubiesen cumplido su cometido de manera tan deficiente.

Por la tarde visitamos el lugar, inmediatamente después de la confluencia de los ríos, donde el Kali Gandaki, procedente del Nordeste, tuerce bruscamente hacia el Norte para tomar luego la dirección Sudeste. En el recodo, un rápido, y más abajo otros tres. Los campesinos se ocupaban en pescar grandes peces con cañas y redes ; luego los asaban y se los comían. Hablando con ellos pude sacar en claro que la travesía en bote, desde aquel lugar hasta Riri-Bazar, se consideraba como una empresa muy arriesgada. Los campesinos se extrañaron de que hubiéramos venido hasta aquí, desde Riri, por el mal camino de la margen derecha del Kali Gandaki. Preguntáronme por qué no habíamos elegido el camino de la izquierda. Debían habérselo preguntado al sabihondo coronel.

3 mayo 1939. Partida de madrugada. Primero cruzamos el Thanthap en su desembocadura en el Kali Gandaki, por encima de grandes piedras que sobresalían del agua a espacios de un metro una de otra. En la orilla derecha del Thanthap, en el ángulo entre él y el Kali Gandaki, se levanta sobre un morro de roca un pequeño templo consagrado a Shiva (fig. 26). En la parte que da al río hay, sobre un bajo zócalo de piedra, una piedra que simula la forma de un cerdito. En una choza contigua al templo vivían cuatro sacerdotes bajo el eterno frescor estival, dedicados la mayor parte del tiempo al *dolce farniente*. Aquellos servidores de Dios nos indicaron un puente colgante sobre el Kali Gandaki, bastante más arriba. Cuando, dejando ya el santuario, habíamos subido a la terraza de la margen del Kali, a unos 50 m. de altura, remontamos el valle cosa de kilómetro y medio, hasta llegar al puente, construído junto a una alquería (fig. 27). Aquel puente de urgencia, llamado *chaksam*, es de un tipo totalmente distinto de otros, por ejemplo, el tendido sobre el Panoni. Lo forman

dos cables de acero de 2 cm. de diámetro, que van de orilla a orilla, sólidamente anclados en ellas, y la pasarela, hecha de planchas de hojalata y tableros contrachapeados, con considerables soluciones de continuidad a lo largo del tramo. A un metro por encima de los cables corren, paralelas a ellos, sendas cadenas unidas a los cables por medio de alambres verticales. La longitud de este puente provisional es de 40 m. y sólo admite a la vez dos hombres o un caballo. Costó Dios y ayuda persuadir a mi rocín a lanzarse a la aventura de atravesarlo. Al fin lo conseguimos poniendo, bien visible, una buena ración de pienso en la orilla opuesta.

Y otra vez la fastidiosa ascensión en eses y el trepar por escalones de roca hasta la cima de la colina de la margen izquierda, situada a unos 40 m.; esfuerzo que superó estupendamente mi caballo nepalí, avezado a la montaña. Poco después nos condujo el camino a una terraza rocosa de 100 m. de anchura y una altitud de 50 m., que seguimos en dirección Sur. A nuestra izquierda, campos; a la derecha, el abierto abismo, de cuyo fondo llegaba el rumor eterno y suave del Kali Gandaki. El brusco declive de la terraza hacia el río tenía a trechos enrejados de cactos y vallas de madera para protección de los caminantes y del ganado. En un bosque de la izquierda había casas de campo pertenecientes al pueblo de Phalabas. Delante se destacaban dos pequeños templos. A trechos sobresalían de la superficie de la terraza esquinadas nervaduras de roca, pardas, amarillas o negroazuladas.

Pero el viajero no puede permitirse caminar por mucho rato tranquilamente por el llano suelo de la terraza. Barrancos laterales que bajan al Gandaki le fuerzan a descender al fondo y a remontarse de nuevo por senderos vertiginosos. El Lamagi es uno de estos torrentes, y otro el Bhoksing. El verso del Dante, «Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate», podría esculpirse como fórmula de salutación en las rocas de la entrada del Lamagi. Esta garganta parece un escondrijo para cazadores furtivos.

A 300 m. aguas arriba de la desembocadura del Lamagi en el Kali Gandaki, atravesamos el riachuelo, bastante ancho y de 10 cm. de profundidad, que en época de crecidas constituye un obstáculo infranqueable. Aquí lo salva una estrecha pasarela de madera, ruinosa y apenas utilizada.

Comenzó entonces una ruda labor: la travesía, por un sendero de ininterrumpida ascensión, de un muro de roca que, a varios centenares de metros de altura, caía casi a pico sobre el

Kali Gandaki. Llegamos a trepar hasta una altitud tal, que no distinguíamos ningún detalle del guijarroso lecho del río. El estruendo del agua nos llegaba como un *pianissimo* al oído, y el camino se había vuelto de una angostura extrema.

Justamente en aquel lugar se produjo una interrupción de tránsito que nos dio no poco que hacer. Una zagala que iba delante de nosotros conduciendo del cabestro un toro manso, hubo de detenerse de pronto ante otro toro que venía del lado contrario. No había posibilidad de apartarse; los animales empezaron a imponer con los cuernos la ley del más fuerte, la muchacha levantó el grito al cielo y tuvimos que intervenir. Primero sacamos, tirando hacia nosotros, a la pobre chiquilla temblorosa de entre las patas de la res más cercana, luego sujetamos al animal por el rabo hasta que, a fuerza de gritos y palos, hubimos logrado hacer retroceder al otro, paso a paso. Más arriba había un sitio más ancho; en él dio vuelta el recalcitrante toro, echando a correr. Aquella obra de salvamento nos llevó una hora.

Dejando de lado Kuruga, proseguimos hacia Sirkang. Poco antes de llegar a esta localidad bajamos en abruptos zigzags hasta el lecho seco de un torrente, frente a cuya desembocadura las crecidas habían acumulado enormes masas de escombros y guijarros. Acampamos. En el cielo brillaba la luna llena; los hombres, sentados alrededor del fuego, cantaban sus melancólicas canciones.

4 mayo 1939. El camino discurría por una estrecha terraza cultivada, encaramándose luego a otra situada a 120 metros de altitud, donde se halla emplazada Karna, una aldea de 30 casas. Karna es famosa por sus magníficos árboles de colgantes raíces aéreas, tenidos por sagrados (fig. 28). Cada una de aquellas casitas tenía dos o tres habitaciones limpias y cuidadas. Los habitantes, acogedores, nos habían preparado agua fresca en latas.

De improviso vimos, extendiéndose en dirección transversal a la de nuestra marcha, el valle del Bhoksing, profundamente entallado y de unos 300 m. de anchura. Luego se estrecha, río arriba, hasta convertirse en una garganta que obliga a nuestro sendero a describir una larga curva. El Bhoksing, llamado también Ba-tsa, de 2 m. de anchura y 10 cm. de profundidad, fue cruzado por un puente tendido a la cabeza oriental de la curva, cerca de un punto de descarga.

En aquel tramo del camino se produjo un nuevo atasco, que estuvo en un tris de provocar una desgracia. Cabalgaba

yo en medio de la larga caravana, cuando de pronto estalló delante de mí una granizada de gritos e improperios. En el mismo momento vi un jinete que venía al galope en mi dirección con gestos de ira. Extraña actitud, pues a ninguna persona en sus cabales se le ocurriría galopar en los caminos de montaña del Nepal. Algunos de mis hombres echaron a correr tras él, gritando y amenazándole, y, habiéndole alcanzado, lo derribaron de la silla. Otros gurjas habían acudido rápidamente, y me costó no poco impedir que amarrasen al hombre y le propinasen una buena paliza, a pesar de que el bribón merecía un escarmiento, pues con su proceder había puesto en serio peligro a los porteadores en aquella estrecha cuesta. Mandé al delincuente que aguardase junto a una casa en ruinas hasta que hubiesen pasado todos los componentes de la expedición.

En la orilla opuesta del Ba-tsa vimos, en una baja terraza, el pueblo del mismo nombre. Por un buen camino llano pasamos junto a Daka, Gurlang y Pousing. Terrazas, a veces anchas, cultivadas en parte, con árboles y matorrales. A una milla al sudoeste de Ba-tsa bajamos, en zigzags muy cerrados y empinados, a un breve vallecito, deteniéndonos a descansar en *T*, en el Kali Gandaki. Del lado opuesto del río, una pared rocosa, casi vertical y de un kilómetro de longitud, avanza de tal modo en el lecho, que el Kali Gandaki reduce su anchura a no más de 35 m.; sus aguas se embalsan antes de entrar en la angostura, ofreciendo el aspecto de una masa bullente, tenaz y pastosa. Aquella pared de la orilla Oeste era la que nos había obligado a aquellos fatigosos rodeos por lo alto de las rocosas montañas. A 400 m. aguas abajo del punto donde descansamos descubrimos un rápido.

A la altura de él trepamos en zigzag, por un terreno sembrado de guijarros y escombros, a una terraza estrecha situada a 130 m. de altitud. Yo, juzgando por las apariencias, había esperado un largo trecho de buen camino; pero he aquí que los socarrones dioses fluviales habían empujado de improvisto unas cuantas peñas tan hacia el cauce, que entre el agua y la pared no quedaba ni un palmo de suelo firme para el pie humano, y la caravana hubo de reemprender la ascensión, serpenteando por entre guijarros y escombros. Era evidente que el enorme desprendimiento se había llevado la terraza y el camino. Alzábase ante nosotros una pared lisa, pelada, casi cortada a pico, a cosa de unos 300 metros. Fue preciso rodearla, siempre a gatas. Aquel trecho

yo en medio de la larga caravana, cuando de pronto estalló delante de mí una granizada de gritos e improperios. En el mismo momento vi un jinete que venía al galope en mi dirección con gestos de ira. Extraña actitud, pues a ninguna persona en sus cabales se le ocurriría galopar en los caminos de montaña del Nepal. Algunos de mis hombres echaron a correr tras él, gritando y amenazándole, y, habiéndole alcanzado, lo derribaron de la silla. Otros gurjas habían acudido rápidamente, y me costó no poco impedir que amarrasen al hombre y le propinasen una buena paliza, a pesar de que el bribón merecía un escarmiento, pues con su proceder había puesto en serio peligro a los porteadores en aquella estrecha cuesta. Mandé al delincuente que aguardase junto a una casa en ruinas hasta que hubiesen pasado todos los componentes de la expedición.

En la orilla opuesta del Ba-tsa vimos, en una baja terraza, el pueblo del mismo nombre. Por un buen camino llano pasamos junto a Daka, Gurlang y Pousing. Terrazas, a veces anchas, cultivadas en parte, con árboles y matorrales. A una milla al sudoeste de Ba-tsa bajamos, en zigzags muy cerrados y empinados, a un breve vallecito, deteniéndonos a descansar en *T*, en el Kali Gandaki. Del lado opuesto del río, una pared rocosa, casi vertical y de un kilómetro de longitud, avanza de tal modo en el lecho, que el Kali Gandaki reduce su anchura a no más de 35 m.; sus aguas se embalsan antes de entrar en la angostura, ofreciendo el aspecto de una masa bullente, tenaz y pastosa. Aquella pared de la orilla Oeste era la que nos había obligado a aquellos fatigosos rodeos por lo alto de las rocosas montañas. A 400 m. aguas abajo del punto donde descansamos descubrimos un rápido.

A la altura de él trepamos en zigzag, por un terreno sembrado de guijarros y escombros, a una terraza estrecha situada a 130 m. de altitud. Yo, juzgando por las apariencias, había esperado un largo trecho de buen camino; pero he aquí que los socarrones dioses fluviales habían empujado de improvisto unas cuantas peñas tan hacia el cauce, que entre el agua y la pared no quedaba ni un palmo de suelo firme para el pie humano, y la caravana hubo de reemprender la ascensión, serpenteando por entre guijarros y escombros. Era evidente que el enorme desprendimiento se había llevado la terraza y el camino. Alzábase ante nosotros una pared lisa, pelada, casi cortada a pico, a cosa de unos 300 metros. Fue preciso rodearla, siempre a gatas. Aquel trecho

endemoniado — no tendría más de 250 m. de longitud — me asustó. O, para hablar con más exactitud, lo que me infundía terror no era el camino en sí, sino la posibilidad de tropezar y salir precipitado al fondo de la desnuda muralla, a 300 m. más abajo, sobre los cantos rodados del río. Debajo del sendero, la pared estaba cortada como a cuchillo, y en el profundo lecho fluvial aparecían amontonados los escombros de un antiguo alud. La parte superior del camino, que atravesaba la lisa muralla de roca, era elogiada y celebrada por los porteadores y los habitantes de la comarca, quienes la tenían por una bendición, muy al contrario de lo que pensaba un europeo afectado de cierta tendencia al vértigo. El hecho es que anteriormente cruzaba aquella pared un sendero todavía más elevado y lleno de tropiezos, trazado en un suelo resquebrajoso; y había que utilizarlo a falta de otro. Aquel trecho había costado la vida a docenas de personas que, al salvar de un salto las soluciones de continuidad, se habían despeñado. Era el « azote de Dios » de la población, y muchas familias habían vivido largas horas de angustia cuando el padre o el hijo tuvieron que aventurarse por allí. Finalmente, un campesino acaudalado del valle echó mano a la bolsa e hizo tallar, a sus expensas, un nuevo sendero más bajo en la gigantesca muralla, poniendo con ello fin a la pesadilla. Este sendero era el que nosotros seguíamos.

Desde el extremo meridional del nuevo sendero (*H*), al que desemboca el « camino viejo », podemos seguir con la mirada el lecho del Kali Gandaki, muy por debajo de nosotros, casi hasta Purti Gat. La senda por la que avanzamos en la orilla opuesta puede distinguirse como una línea finísima en la oscura ladera (fig. 29).

Abandonando el borde de la abrupta falda que caía sobre el Kali Gandaki, nos dirigimos, por un llano cultivado, hacia la brecha existente entre Behadi y Lureng. A mitad del trayecto cruzamos un riachuelo y luego otros cauces secos, tributarios todos del Kali Gandaki. Acampamos al este de Behadi, junto a una fuente del camino que lleva a la barca de pasaje de Wahaki.

Al describir los obstáculos naturales con que tropezamos en la orilla Este, podría creerse que en nuestra ruta de regreso habían desaparecido las dificultades con mi Estado Mayor y los porteadores, pero por desgracia no fue así. Lo

(1) En la desembocadura, 7 m. de ancho y 0,3 m. de profundidad; aguas límpidas y rápido declive.

que ocurre es que resulta fatigoso tener que reseñarlas una por una. Los ínfimos episodios, como el del toro y la pastora, o los conflictos de los gurjas con los espíritus se repitieron frecuentemente durante la vuelta, sin gran efecto; una jornada sin ellos habría parecido incompleta.

Cuando mi equipo técnico hubo montado las tiendas bajo las copas de unas popayas, me dispuse a iniciar mi trabajo en presencia de toda la gente reunida. La balanza magnética estaba allí, pero el mozo que llevaba el trípode no había llegado aún. Como tampoco había comparecido el coronel, pedí al agrimensor que despachase a un hombre al encuentro de la columna, con objeto de que se adelantase el hombre del trípode; pero el topógrafo se negó a dar la orden y, dejándome plantado, fuese a la tienda de los gurjas a gozar de un bien ganado descanso. Tres horas más tarde llegaba el mozo del trípode, seguido inmediatamente del amigo Ganesch. Limitóse a responder a mi queja con un par de exclamaciones: «¡Caramba!» y «¡Qué lástima!», y dejó zanjado el incidente. Metióse en una choza, siguiendo el ejemplo del topógrafo y dejando el campo al «huésped de honor del Nepal», ya acostumbrado a pasarse el día calculando, dibujando, mirando a través de un anteojo, etc.

5 mayo 1939. La etapa siguiente, hasta la desembocadura del Sedhi en el Kali Gandaki, fue en extremo fatigosa para la caravana, pese a discurrir en parte fuera de las montañas y en parte a lo largo del Kali Gandaki. Todos nos sentimos satisfechos cuando llegamos a la cuenca donde juntan sus aguas el Sedhi (1) y el Gandaki (fig. 30). El suelo del valle está rellenado con guijarros. Entre dos rocas enormes se alzan unas pocas casas con tejados de plancha acanalada. En la margen oriental del Sedhi, cerca de su desembocadura, una aldea a la sombra de corpulentos árboles. Algo más arriba de aquel lugar se veían ensayos de explotación agrícola. Los delgados troncos de árboles jóvenes estaban rodeados de pirámides truncadas de piedra de un metro de alto.

Después de habernos, la víspera, asegurado el coronel que el camino de Dumrijaur seguía completamente llano a lo largo del Kali Gandaki, sufrimos una gran decepción al ver que, precisamente en aquel trecho, tendríamos que franquear desniveles considerables. Como el coronel, según sus propias manifestaciones, había recorrido ya aquel trayecto dos o tres veces, hube de suponer que se divertía engañándonos continuamente.

Para llegar a Dumrijaur hubimos de atravesar un largo reborde montañoso (*Re*). Subimos zigzagueando por un bosque alto hasta una casa provista de una rampa de descarga. Desde ella trepa el rocoso senderillo hasta la cresta de la sierra, salvando innúmeros barrancos y canales a costa de curvas y sinuosidades. También tuvimos que rodear allí desprendimientos de tierras. Bañados en sudor llegamos, hombres y bestias, al punto culminante de la sierra, señalada por la presencia de un único árbol y un puesto de depósito de cargamentos. A partir de allí, el sendero avanzaba siguiendo la ladera y, después de dibujar un vasto arco hacia Sudeste, cruzaba finalmente un vallecito muy inclinado y en ángulo agudo, por cuyo fondo un torrente bajaba al Kali. Una hora después nos topamos con una nueva cañada, en la que otro impetuoso torrente formaba en la parte alta una cascada cuyas aguas se despeñaban, por entre laderas cubiertas de bosque, al Kali Gandaki. Un par de centenares de metros más abajo, la falda rocosa se excavaba en forma de gigantesca concha. Esta clase de concavidades, tenidas por sagradas, se encuentran en gran número en las márgenes del Gandaki. Tras un breve descenso seguimos el río, a considerable altura sobre el nivel de sus aguas, por la abrupta ladera cultivada. Un humo espeso llenaba la atmósfera ; seguramente por aquellas cercanías estaría ardiendo un bosque, obra probablemente de los campesinos para procurarse nuevas tierras de labor. Con tal que no se levante viento, los daños ocasionados suelen ser de poca monta. La alta cresta de *Re* iba perdiendo altura, señal de que nos acercábamos a Dumrijaur. En el último tramo nos molestaron grandes manadas de monos de un metro de talla y en extremo descocados.

Bajamos luego a un cortijo construído en una terraza situada a 70 m. de altura, desde la cual se dominaba un vasto panorama sobre el Kali Gandaki, encuadrado por abruptas laderas montañosas. Después de dejar atrás otro punto de descanso de porteadores entre unos árboles, un caminito que avanzaba en zigzag por un suelo rocoso nos condujo al valle lateral del Andhu (fig. 31), procedente del Sudeste, y de unos 120 m. de ancho.

Este río, de aguas claras y rápida corriente, de 10 m. de anchura por 1,30 de profundidad, circula aquí por la parte sur del valle. Acampamos junto al borde septentrional, abrupto y rocoso. A escasa distancia, dos o tres grupitos de casas entre árboles : Dumrijaur. Cerca del campamento había una laguna

de 60 m. de diámetro; era tan seductora en su lecho de roca, que las tres cuartas partes de los miembros de la expedición no resistieron a la tentación de zambullirse en sus tibias aguas, proporcionándose un placer del que durante largo tiempo habían estado privados. Los que temían al agua estuvieron contemplando a los aldeanos que, armados de esparaveles, extraían un copioso botín del Andhu, rico en peces.

Cerca de la desembocadura del Andhu, a unos 400 m. del lugar del punto donde el Gandaki formaba un rápido, había un puesto de cremación de cadáveres; si no nos lo hubiese dicho un sacerdote, nuestras narices lo habrían descubierto. Presentóseme el santo varón para comunicarme, con aire digno, que acababan de incinerar un cuerpo muerto y que al día siguiente se quemaría otro; si deseaba asistir a la sagrada ceremonia debía acudir muy temprano al lugar. Me excusé alegando un trabajo urgente; ya tenía bastante con el hedor del difunto anterior. Un intenso viento traía los efluvios hasta el campamento. Y si con su invitación el sacerdote envolvía un propósito pedagógico, yo no creí que me hiciese falta una lección de hinduísmo, pues todos los días veía y oía el sermón sobre la caducidad de las cosas. Mejor habría hecho el buen hombre dirigiéndose a las mujeres y muchachas de Dumrijaur que, ricamente ataviadas, deambulaban por los alrededores del campamento, abrigando seguramente pensamientos de exaltada concupiscencia. Hasta las narices se adornaban, con anillos o piedras en el tabique nasal o en una de las ventanillas.

El 6 de mayo, apenas había terminado mis mediciones, empezó a llover ligeramente. Aquel don del cielo despertó gran alegría entre los campesinos, pues era la primera lluvia caída en aquella región desde hacía ocho meses. También en el campamento provocó regocijo el hecho. En el Nepal, la lluvia interesa a todo el mundo; más que en otra parte cualquiera, significa saciedad, mientras que la sequía significa hambre. El coronel, que de ordinario me rehuía, vino alborozado a charlar conmigo del acontecimiento.

— Ya es hora — dijo —, de que lleguen las lluvias. Thanthap está muy seco. Los cereales cuestan aquí el doble que en Katmandu. De hecho, en una u otra región de nuestro país hay sequía todos los años, y nunca podemos librarnos del hambre —. Como de paso, me comunicó Ganesch que había dirigido al Maharajá un informe acerca de la expedición al Thanthap.

— Le he escrito que, a pesar de una labor sistemática, no se ha encontrado oro en cantidades apreciables

Yo asentí con la cabeza, pero quedéme con la sospecha de que el geólogo oficial habría redactado la comunicación en otros términos, por ejemplo: «... el europeo no ha sido capaz de descubrir la rica mina de oro de Thanthap».

7 mayo. Nuestro objetivo inmediato era la aislada montaña de Waiga, en el gran arco del Kali Gandaki, al norte de Tansing. Como esta zona está infestada de hormigas blancas (o termes), tenía yo interés en dejarla a mi espalda lo antes posible. Siempre había considerado a las hormigas blancas como mis enemigos más peligrosos, capaces de aniquilar en una noche todos los diseños y anotaciones tan penosamente reunidos, junto con las cajas que los contenían.

Después de cruzar el Andhu y subir a la escarpada terraza de la orilla, llegamos a un llano donde se asientan, diseminadas, las 40 prósperas alquerías de Nidimidi y, al poco rato, en un collado cubierto de matorrales y bosque claro, a Birga, oculto entre árboles. A partir de allí, la llanura, dispuesta en terrazas bien cultivadas y con abundante arbolado y numerosos caseríos, desciende, en dirección Sudoeste y en un trecho de unos 2 km., cosa de 200 m. hasta el pie del Waiga.

En la cumbre plana del Waiga, un cono de 250 m. de altitud, se halla emplazada la localidad de igual nombre. Un camino la une a Riri, situado a 6 km. más al Oeste. Así, pues, en cinco días habíamos avanzado tan al Sur, que teníamos contacto visual con Riri, punto inicial de nuestra excursión por el río. En Waiga, salió a saludarnos el alcalde con numerosos espectadores. Una mujer que se estaba lavando el pelo en la única y estrecha calleja de la localidad, nos cerró el paso; hubimos de aguardar a que la beldad hubiese terminado su tocado.

Entretanto nos entretuvimos gozando del maravilloso panorama. En frente, al fondo, desplegábase el río en estrecha línea sinuosa a través del terreno montañoso. Pegado a la orilla descubrimos, al Sur, el palacio de Rani Gat (fig. 32), donde pensábamos hacer un último descanso al término de la bajada de Waiga, antes de decir definitivamente adiós a las sagradas aguas. A Mediodía, en el horizonte, una larga sierra, detrás de la cual debía de hallarse Tansing, nuestro próximo objetivo.

Efectuamos el descenso de Waiga por la abrupta ladera Sur, en zigzag, por un camino de un metro de anchura y piso

de esquinado casquijo. A media cuesta, una casa de campo junto a unos magníficos mangos y camuesos. Las mujeres, joviales, saboreaban los frutos verdes (fig. 33). Desde el cortijo, el sendero bajaba en dirección recta, limitado a la derecha por alturas cubiertas de bosque, para luego atravesar terrazas cultivadas. En el fondo del valle, de unos 250 m. de ancho y de arenoso suelo, volvimos a toparnos, en el borde opuesto, con el Kali Gandaki.

En el río había a disposición de los viajeros una canoa, que la caravana utilizó para pasar a la otra orilla en varias veces. Montamos el campamento en la arenosa margen opuesta, junto al límite del bosque; el coronel pasó la noche en el palacio. De lejos, Rani Gat produce una impresión idílica y romántica. Rodeado de bosque, está edificado sobre una escarpada terraza rocosa, a cuyo pie fluye, espumeante, el Kali Gandaki, formando rápidos al término de una curva que describe. Visto de cerca, sin embargo, aquel palacio de recreo pierde todo encanto; con sus columnas pintadas de azul resulta una construcción ostentosa y ramplona. En otro tiempo lo habitaron un general, hermano del Maharajá, y su esposa, ambos difuntos. En el frontis puede leerse todavía esta inscripción: «A la memoria de la señora Teskumaria, quien mandó construir este edificio». Hoy la mansión está desierta y abandonada. Las hormigas blancas, antes presentes sólo en la orilla izquierda, pusieron pie hace poco en la derecha y tomaron posesión de Rani Gat. Toda la obra de madera estaba ya tan carcomida, que se esperaba de un momento a otro el derrumbamiento del palacio. Sobre el tejado de un edificio anejo, independiente del palacio, aunque unido a él, construído junto al río entre unos árboles, hay tres grandes campanas (fig. 34).

Yo había mandado establecer mi tienda a un centenar de pasos del palacio, en la arena firme de la orilla, y me creía tan seguro como en el seno de Abraham. Pero no había contado con el inicio de la época de lluvias. A media tarde tiñóse el cielo de coloraciones verdeamarillentas y pardas, con mezcla de tonos sepia, y bruscamente empezaron a soplar fuertes ráfagas de viento que por poco se llevan la tienda. Conseguí cerrarla, sin embargo, antes de que el Cielo, abriendo sus esclusas, precipitara sobre la Tierra un verdadero diluvio. Granos de granizo del tamaño de castañas tamborileaban sobre la tela de la tienda. Los rayos y los truenos, sumándose al bramido del viento y el rumor de la lluvia, producían un

concierto apoteósico. Arroyos de sucias aguas pardas inundaban ya el suelo de mi refugio. A toda prisa puse en salvo, sobre el lecho de campaña, la caja de los instrumentos y el cronómetro. Fue una demostración insólita y única de sentimiento del deber, el hecho de que el coronel y el agrimensor acudieran, avanzando con extrema dificultad, a mi tienda para ayudarme. Uniendo nuestros esfuerzos encauzamos las aguas invasoras, impidiendo la total inundación de la tienda. Inútilmente trató el coronel de protegernos con el paraguas del desatado chaparrón; estábamos como si acabásemos de salir de un baño. Acurrucados bajo la lona, nos envolvimos en mantas y aguardamos tiritando a que cesara el aguacero. La granizada duró poco, pero la lluvia siguió cayendo intensa por espacio de tres horas, y durante toda la noche se sucedieron sin interrupción las tormentas y los chubascos.

— Esto es el principio — dijo Ganesch, refiriéndose al monzón.

Yo respiraba con deleite el aire fresco y puro. El Kali Gandaki se había hinchado con rapidez increíble y seguía creciendo a ojos vistas. Sus aguas, que bajaban disparadas, tenían ahora un color pardorrojizo. Los torrentes afluían con tal furia de la selva, que habían excavado ya en la compacta arena de la orilla canales de más de un metro de profundidad. También el campamento presentaba señales de la tormenta. La tienda cocina había sido socavada, y el granizo había desgarrado la tela. Una voluminosa roca, al desprenderse por la acción de los torrentes, había bajado rodando y medio aplastado la tienda de los criados. Pensando que la noche podía reservarnos sorpresas peores, mandé levantar el campamento y emplazarlo a mayor altura, sobre rocas firmes. Para resguardar nuestros efectos de la humedad, dispuse el transporte a una sala del palacio de todo el equipaje invulnerable a la acción de los termes.

Cuando, al amanecer del 8 de mayo de 1939, subimos por el valle del Boranghi a la Sierra de Tansing (1), pudimos

(1) Cuando Tani Gat estaba aún habitado, los elefantes establecían la comunicación con Tansing. El camino, bueno, de 1,5 m. de ancho, seguía el tramo inferior del Boranghi, río que nace en la Sierra de Tansing. Hay aquí dos puentes de madera. Muy cerca se halla, el pueblo de igual nombre, con cultivos en terrazas; a partir de él, la cuesta se hacía más sensible, y más arriba, el camino pasaba a través del bosque. De trecho en trecho, rampas de descarga y chozas de descanso. Desde dos casas junto a dos fuentes tranquilas y otras tres secas, seguía el camino en largos zigzags por la inclinada ladera hasta la Sierra de Tansing, de lomo redondeado y cubierto de prados. Tampoco faltaba aquí una rampa de descarga entre grandes árboles. Una charca reforzada con losas de 7 por 9 m. suministraba agua, mientras

ver por doquier grandes devastaciones producidas por la tempestad. El Boranghi, todavía ayer un riachuelo de un metro de ancho, era hoy un río salvaje, desenfrenado y asolador, que se desplegaba en abanico. Innúmeros torrentes saltaban por las rocosas paredes, socavando el camino, sobre el cual pendían árboles arrancados de raíz y torcidas palmeras, formando verdaderas barricadas. Sobre un árbol próximo había posados varios quebrantahuesos, que no se alteraron lo más mínimo ante nuestra presencia ; estaban al acecho del botín. Las aguas torrenciales habían excavado profundos canales en la ladera, y arruinado, sin remedio, los campos del fondo del valle. Los campesinos, sentados apáticos ante sus chozas, veían perdido el fruto de sus esfuerzos, burlados por la prematura llegada de aquel monzón que tanto habían deseado.

El monzón es el gran regalo de la Naturaleza, no sólo en el Nepal, sino en la totalidad del espacio sudasiático, con el triángulo indio por núcleo. La India vive y muere con el monzón. Lo que en las religiones occidentales significa la lucha de la luz contra las tinieblas, equivale en la mitología hindú a la pugna de los dioses buenos contra los demonios que tienen aherrojado el monzón. « Si dura la lluvia, dura el mundo », canta un poeta indio. Millones de seres suspiran todos los años en espera del monzón, cifrando su esperanza en que llegue puntualmente y en que no sea ni demasiado violento ni demasiado débil ; pues si viene tarde, significa mala cosecha, es decir, hambre ; pero si se presenta como demonio furioso, torciendo las palmeras hasta el suelo, entonces trae consigo la devastación, las inundaciones, la destrucción de los sembrados, y en consecuencia, hambre también ; y si es flojo y débil, vendrá sequía, o sea, hambre otra vez. A su vez, el hambre es la precursora por antonomasia de la infraalimentación, de las epidemias y de las defunciones en masa. Las estadísticas de mortalidad indias, llevadas ininterrumpidamente a lo largo de numerosos decenios, permiten deducir para cada año el carácter del monzón. Ya mencioné antes dos de sus obsequios adicionales, que afectan, sobre todo, a las tierras montañosas del Himalaya : en primer lugar, los campesinos deben mantener constantemente un verdadero ejército de peones camineros, pues las diluviales lluvias monzónicas provocan todos los años millares de despren-

se mecían al impulso de la brisa tiernos mangos y palmeras, debidamente protegidos. Por un camino empedrado de un metro de ancho bajamos a la próxima Tansing.

dimientos y aludes de tierras; en segundo lugar, durante la época de los monzones aparecen las enfermedades típicas de los pueblos de montaña (enfermedades de la piel, oftalmías, reumatismo crónico), que se explican, en parte, por la excesiva y persistente humedad.

Por fortuna para el humano vivero sudasiático, el monzón es un personaje «disciplinado» que sólo raramente pasa la medida, comportándose en general con corrección y presentándose con tal puntualidad, que en muchos puntos se cuenta con su llegada para un día preciso. En la costa del Malabar, este día es el 13 de junio, y en Agra, el 25 del mismo mes. Inglaterra ha organizado en la India un servicio meteorológico modelo. Desde hace 75 años se vienen efectuando regularmente las observaciones meteorológicas, gracias a lo cual se está hoy perfectamente documentado sobre el monzón.

Cuando los campesinos indios y nepalenses hablan de su monzón, se refieren a su gran período de lluvias de verano, y no al sentido original de la palabra, según su etiología arábiga: viento de estación. Ya es sabido que en ninguna parte el intercambio aéreo periódico entre la tierra y el mar se manifiesta de una manera tan visible como en el sur de Asia, donde su ritmo es evidente e intenso, de manera que el aire, cargado de humedad, del Océano Índico afluye — monzón Sudoeste — a las masas de tierras recalentadas y relajadas por el verano, mientras en invierno, a consecuencia del corrimiento hacia el Sur, de las zonas anticiclónicas subtropicales, el intercambio aéreo se traduce en un monzón Nordeste, seco y frío. Un calor bochornoso en mayo, con tormentas y aguaceros, anuncia la llegada del monzón Sudoeste, que irrumpirá en seguida en la India bruscamente y con violencia elemental. Los ingleses hablan de un «burst of the monsoon». Con velocidad de 30 a 35 km. por hora corre impetuoso el viento cargado de lluvia, y los valles del Nepal lo atraen como aspiradores. El monzón descarga su humedad en todos los puntos donde las montañas le fuerzan a remontarse: los Gats Occidentales, los montes de Jasia y la vertiente meridional del Himalaya. Las cantidades y la violencia de las lluvias, que no cae de manera uniforme, sino en «explosiones meteorológicas», sorprenden al europeo que por primera vez las contempla. En Alemania, la cantidad media de precipitaciones anuales es de 70 cm., en el Nepal es de 200 a 400. Cherrapunji, en la vertiente Sur de los montes de Asam, es el lugar más lluvioso de la Tierra,

con un índice de 1200 cm. anuales, algunos días de 1000 milímetros. Esto significa que sobre un metro cuadrado de aquella localidad cae al año una cantidad de agua que pesa ¡12 000 kg., o sea, 12 toneladas!

En cuanto el monzón Sudoeste «amenaza» con estallar, los campesinos nepalenses, y con ellos millones de agricultores indios, echan mano al cesto de la semilla e introducen en la tierra el cereal de verano. Tres meses más tarde, la cosecha está madura. En octubre, cuando el monzón cede, o sea, cuando el Sudoeste se transforma en el Nordeste, los campesinos siembran de nuevo el grano de invierno. En el Nepal los inviernos son secos y frescos; cabría hablar de un clima subtropical de altura. Aun cuando el Himalaya protege al país de las invasiones de aire frío del Tibet, en Katmandu caen en ciertas noches unos pocos centímetros de nieve. El nepalés no conoce la estufa, y como raramente hay cristales en las ventanas de su dormitorio, el hombre se envuelve en un par de mantas y se pasa el invierno tiritando más o menos intensamente.

En pocas palabras, el clima de la cuenca de Katmandu —la provincia principal en todos los aspectos: densidad de población, político, económico y cultural— puede definirse como sigue: a un invierno fresco y seco, de días extraordinariamente claros, sucede una primavera calurosa y seca; y un verano lluvioso, bochornoso y rico en tormentas es reemplazado por un otoño de temperaturas oscilantes, con rocío, nieblas nocturnas y abundante nubosidad.

A nuestra entrada en Tansing congregóse mucha gente que acompañó a la caravana hasta el campo de instrucción. Acampamos en el mismo lugar donde lo hiciéramos cuatro semanas antes. La columna se animó y se puso de excelente humor no bien se hubo procedido a la descarga; pues tras tantos días de monótona existencia selvática, nos sonreían los atractivos de la capital de la provincia. Compré 30 cajetillas de cigarrillos y los repartí entre los mozos, y como el coronel dio a la gente 3 rupias en pago de sus servicios durante la excursión al Nepal Occidental, añadí yo otras 7 de mi bolsillo, recompensa que se tradujo en el envío a toda prisa de una comisión al barrio del mercado a comprar arroz para preparar un opíparo banquete.

Hasta el anochecer estuve ocupado, a pesar de una verdadera plaga de hormigas, verificando una medición de intensidad y determinando el azimut del lugar; quedé contento

de la jornada. Deslizóse el coronel en mi tienda, y después que hubimos discutido la etapa del día siguiente, sacándose del bolsillo un calendario astrológico y señalando el 8 de mayo, dijo : — Hoy no es un día bueno. No comprendo cómo hace usted estos cálculos tan complicados en un día de mala suerte como hoy. Lo mejor es que le preste mi calendario.

Respondíle con velada ironía que el día en nada iba a afectar las mediciones. Lo mejor era que él eligiera una buena fecha para nuestra llegada a Katmandu, pues en Alemania teníamos una regla astrológica que rezaba : « A buen fin no hay mal principio ».

A lo cual replicó el coronel con vivacidad : — Esto está ya previsto. El Maharajá me ha cursado orden escrita de que estemos allí para el 21 de mayo sin falta. El 21 de mayo es un día afortunado.

Nos dimos las buenas noches, y yo salí de la tienda para atender a los porteadores, que venían a darme las gracias por mi recompensa. Hiciéronlo con muchas palabras, llevándose la mano derecha a la frente, seguramente para dar mayor fuerza a sus manifestaciones.

El cielo estaba nublado y la atmósfera, en calma, después de la tempestad. De los tallos de bambú que cercaban el borde sur de la plaza de armas salían verdaderas nubes de diminutas mariposas nocturnas, produciendo con su número infinito un rumor considerable. Hombres y mujeres, sentados en la hierba, cantaban breves canciones que, repetidas infinitas veces, sonaban como letanías. En los valles circundantes y en las alturas ardían hogueras de regocijo, acción de gracias del pueblo por la llegada del monzón. Verdaderamente, no encontraba yo nada que objetar a aquel 8 de mayo. ¡Ojalá todos los días que había durado la excursión hubiesen transcurrido con aquella alegría y aquel orden!

9 al 11 mayo 1939. El camino que baja de Tansing a Dumri había sufrido intensamente por efecto de los aguaceros. Cubríanlo fragmentos de rocas y escombros, y profundos canales lo surcaban en todas direcciones. Continuamente cambiaba yo mi método de marcha ; ora caminaba a pie, ora me hacía transportar, ora avanzaba caballero en mi jamelgo de Tansing, con quien me unía una vieja amistad. Pude observar muy satisfecho que el coronel y el capitán se habían mandado construir sendas sillas de manos « marca Filchner », y que las utilizaban asiduamente.

FIG. 24. El valle del Teo-li cerca de Kali-mati. Las laderas están pobladas hasta muy arriba, con cultivos en terrazas

FIG. 25. Mi estado mayor nepalí: el coronel Ganesch (derecha) y el capitán Lallit Bahadur (centro). Vista tomada más arriba del campamento principal

FIG. 26. Templete de Shiva en la confluencia de los ríos Thanthap y Kali Gandaki. En primer término, una piedra sagrada en figura de cerdo. A la derecha sacerdotes

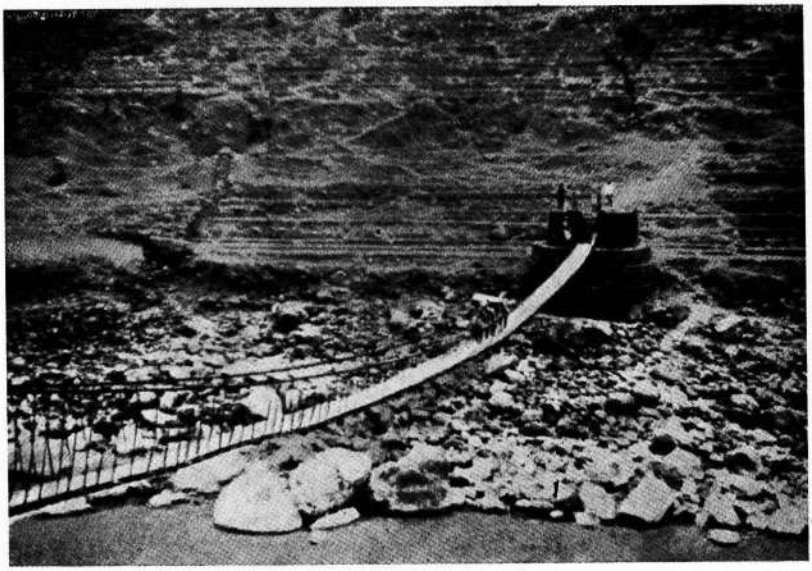


FIG. 27. Puente de cadenas sobre el Kali Gandaki, aguas arriba de la desembocadura del Thanthap. Vista sobre la orilla oeste

Nos cruzamos con muchísimos porteadores que llevaban a Tansing petróleo y gasolina en bidones, y también con grupos de soldados con permiso. Desde lejos oíamos cantar a estos gurjas, vestidos con cortos pantalones limpios, camisas de manga corta y múltiples colores, gorra, medias de deporte, bastón y, colgando de un cinturón rojo, el imprescindible *jukri*.

También a mí me hubiera gustado tener a mano un *jukri* cuando, con el equipo técnico, acampé en el valle de Masenn, rincón de muy mala fama, como frecuentado por tigres y leopardos. Los fusiles se habían quedado en el grueso de la caravana, la cual había seguido hacia Butwal. Mi tienda se levantaba a pocos metros del borde de la selva, estaba abierta y, durante la noche, no tenía más centinela que la luna. Sin embargo, no fuimos molestados, y al amanecer emprendimos la última marcha hasta Butwal. Las lámparas de los mozos alumbraron el rocoso sendero de bajada hasta Dobhan. El aire estaba cargado de lluvia. Caían gotas y de vez en cuando asomaba, por entre las nubes viajeras, la luna en lo alto del cielo. Fatigados, pero sanos y salvos, nos reunimos al anochecer con la caravana en el campamento de Butwal.

Rápidamente corrió la voz de que el huésped del Maharajá se disponía a hacer un regalo en metálico a los porteadores en premio a sus servicios. Dije al coronel que pensaba recompensar a los 28 coolíes con 50 rupias. El hombre encontró mi intención «muy digna», pero añadió que 100 rupias para todos los miembros de la expedición serían un regalo aún más agradable. Yo no llevaba conmigo aquella suma. Ganesch me la anticipó, encargándose de su distribución. Cada mozo percibió una rupia nepalense, y quedó muy satisfecho. Luego vinieron los 20 soldados de la escolta, los cuales recibieron 2 ó 3 rupias, según su graduación. El portador de la máquina fotográfica fue el que salió mejor parado de la columna, con cinco rupias. En total, la propina ascendió a 117 rupias.

Ahora, al término del viaje, olvidáronse todos los sinsabores y más de una reprimenda. Los hombres me enviaron recado de que, para el caso de que proyectase una nueva expedición, podía contar con ellos. Y un pequeño gurja, que constantemente me había ofrecido el apoyo de su brazo en los lugares peligrosos, rogóme incluso que me lo llevase a Alemania en mi viaje de regreso. El ofrecimiento de aquella

gente, oriunda, en su mayoría, de Thanthap, no me pareció nada malo. Se habían adiestrado, sabían tratar bien los instrumentos, montar las tiendas de modo adecuado a las exigencias del magnetismo terrestre y muchas otras cosas. Mejores auxiliares no los encontraría a buen seguro en otra región del Nepal, por lo que mandé a mi agrimensor tomase nota de sus nombres, para el caso de poder utilizarlos.

Hubo uno que no recibió ninguna rupia, pese a que era el que mejor y más fielmente me había servido en toda la expedición de Thanthap: fue mi caballito blanco de Tansing. El caballerizo me lo trajo por última vez antes de emprender con él la vuelta al pueblo. Unos puñados de grano fueron mi postrer despedida del noble animal.

12 Mayo. En contraste con el coronel, llevaba varias semanas sin afeitarme. En Butwal cayó mi barba, y mientras me hallaba todavía ocupado en la metamorfosis estalló una nueva tormenta, con viento huracanado, enormes chaparrones y fuerte granizada. Otra vez, como en Rani Gat, tuve que poner a salvo las cajas de los instrumentos, sobre la cama de campaña, pues en el espacio de 10 minutos el suelo de la tienda quedó cubierto de un palmo de agua. La tempestad y la lluvia duraron una hora, al cabo de la cual el cielo recuperó su radiante azul. Todo el mundo salió al sol para calentarse y secarse. El coronel, soltando tacos y reniegos, gritaba a los hombres fuesen en busca de su tienda, pues el viento se la había llevado. El suelo estaba empapado, mi saco de dormir era una esponja. Apalearon los alrededores para ahuyentar las serpientes. Yo me pasé la noche sentado en la silla de campaña, rodeado de relámpagos y truenos lejanos. A la mañana del 13 de mayo encontré debajo del lecho un escorpión de 10 cm. de largo. La entrada del monzón reanimaba todo el mundo de reptiles e insectos. ¡Realmente, era hora de estar en casa!

En un autobús de buenos muelles nos trasladamos de Butwal a Nautanwa y de allí, en tren, recorrimos, de vuelta, el mismo trecho que hiciéramos, de ida, a principios de abril. En Gorakpur había telegrafiado a Berlín y Calcuta preguntando cuándo llegaría el Dr. Fanselau. Berlín no contestó, y Calcuta lo hizo en los siguientes términos: «Nada nuevo de Fansélau». Yo esperaba con impaciencia que el doctor llegase con tiempo para poder hablar con él de las mediciones magnéticas, antes de emprender la expedición de Morang.

Por Muzaffarpur llegamos el 15 de mayo a la estación fronteriza indo-nepalense de Raxaul. Cuando ya todo el equipaje estaba amontonado en el único compartimento de primera clase del tren de Nepal, presentóse la esposa de un funcionario del Gobierno exigiendo imperiosamente que fuese evacuado el departamento para ella. Produjose una larga y acalorada discusión, pero al fin la enérgica personilla hubo de plegar velas, y el jefe de la estación salió victorioso.

Después de haber tomado las disposiciones necesarias para que en Bhimpedi el equipaje fuese transportado por el teleférico a Thankot, y de allí, en camión, a Katmandu, el coronel Ganesch, en compañía del capitán Lallit, se adelantó hacia la capital por la montaña. El hombre se sentía inquieto, no fuera caso que yo diese cuenta al Maharajá de que los informes de su geólogo acerca de los yacimientos auríferos de Thanthap eran pura fantasía.

Seguí viaje con el equipo técnico, sin prisas, y tuve oportunidad de observar la grandiosa aparición del monzón de verano con sus diarias tempestades, aguaceros y nocturnas tormentas de imponente furia. En cuanto estallaban, y dondequiera que fuese, los hombres corrían a cobijarse bajo los protectores tejados. En Gorakpur había transformado, en pocos minutos, el piso en un verdadero lago, sembrado las calles de rótulos arrancados y chimeneas derribadas. En la fortaleza de Chisapani no pernocté en el *bungalow* del fuerte, sino que monté la tienda y la antena en una pequeña meseta que queda más arriba, lugar apropiado para efectuar mediciones. Por la tarde desatóse una borrasca infernal. Tiñóse el cielo de amarillo, luego de gris, de pardo y, finalmente, de negro. Girones de nubes pasaban volando a desenfrenada velocidad por encima de la meseta. Mandé separar las cajas de los imanes y desmontar la antena. Caían los rayos sin interrupción; luego arreciaron la tempestad y la lluvia, y se hizo de noche, pero una noche clara, inundada de luz cegadora, mientras los truenos se convertían en un único oleaje estruendoso y enfurecido. Por espacio de cuatro horas mantuvo la tempestad su rabiosa violencia. Yo y mis hombres permanecimos refugiados en la tienda, sólidamente afianzada. Al atardecer hubo otra tormenta, y una tercera a la una de la madrugada; luego siguió lloviendo intensamente hasta la mañana. Por orden del comandante del fuerte, tres soldados, con los fusiles cargados, pasaron la noche en la tienda, en servicio de vigilancia, para defendernos, en caso necesario,

contra los frecuentes huéspedes del lugar, leopardos, osos o tigres.

Con tiempo magnífico los portadores de la silla de manos me llevaron al día siguiente a Thankot, por el Chandragiri. La Naturaleza resplandecía, sacia, a la luz de miríadas de perlas de la lluvia. El mundo aparecía impregnado de jugo exuberante, y se tenía la impresión de ver germinar, brotar y crecer en todas partes las hierbas y las hojas. Parecía como si al abierto seno de la Tierra la hubiese acometido una súbita prisa.

En Thankot me recibieron el coronel, el capitán y un tercer funcionario con cartas y telegramas. Entre otras noticias había una de Calcuta, del cónsul general de Alemania, quien me comunicaba que, según mi proposición, y a petición del Gobierno de Nepal, dos alemanes, nombrados ayudantes míos para los trabajos de medición del país, habían salido de Berlín y embarcarían el 14 de junio en el « Conte Rosso », en Trieste, con destino a Bombay. Tratábase de un sustituto, a quien no conocía, del Dr. Fanselau (1), y el director técnico del Instituto Geofísico de Potsdam, Guillermo Herrmann.

Con « astrológica » puntualidad entré en Katmandu el 21 de mayo. También la capital había sufrido los embates del monzón. Una tempestad habíase llevado el tejado del que fuera mi parador. Me alojaron en la « hospedería de las personalidades oficiales », edificio de un solo piso.

Al día siguiente verifiqué en el Jardín Zoológico de Katmandu la última medición de la cadena construída en el Nepal Occidental. Después embalé el galvanómetro, los repuestos y el inductor terrestre, que durante la expedición habían sufrido pequeñas averías, y los expedí al cónsul alemán en Calcuta, con ruego de que los remitiese a Alemania para su reparación (2). Puse en orden mi situación financiera con el director angloindio del Banco de Nepal, quien me entregó dinero y un talonario de cheques ; así pude gratificar a mi *boy* y reintegrar al coronel las 117 rupias que me había prestado, cuando la distribución del *bakshish*. Al anochecer recibí

(1) Según supe más tarde, el Dr. Fanselau había sido consideradoinsustituíble en Alemania, por lo que tuvo que renunciar al viaje al Nepal. Para mí, la noticia fue un rudo golpe, pues el Dr. Fanselau era un destacado técnico, en opinión del gran especialista en magnetismo terrestre Prof. Dr. Erich Schmidt ; para mí, un práctico puro, habría sido de la mayor importancia contar con el asesoramiento de un teórico.

( ) Hasta la hora presente no he tenido más noticias de aquella caja. Lo primero que debe saberse con certeza es si llegó a Alemania antes de estallar la segunda guerra mundial.

la visita de un funcionario del Maharajá, quien, junto con la expresión de las más sinceras gracias de Su Alteza, manifestóme su pesar por las dificultades producidas por la deficiente organización de la empresa del Nepal Occidental. Díjome que el Maharajá castigaba al coronel con una multa de 500 rupias por no haberse adelantado a preparar la expedición. Conociendo a Ganesch, comprendí que aquella penitencia le hería en el talón de Aquiles. El 1.° de junio vinieron a buscarme en automóvil y me condujeron a palacio. Recibióme el Maharajá para oir mi informe. Nos sentamos, sin ceremonia, uno al lado del otro en el sofá, el príncipe, sonriente como de costumbre, el secretario intérprete delante de mí, con el rostro impenetrable del perfecto cortesano, y yo, molesto, pensando en lo que, en aquel coloquio « con interpolación » convendría decir y lo que no. Expliqué sin paliativos que había quedado satisfecho de mis trabajos preliminares para la medición magnética del Nepal Occidental, pero que el encargo particular de Su Alteza, relativo a la busca de oro, debía terminar en completo fracaso y dolorosa decepción para el Gobierno, pues sus esperanzas se basaban en informaciones erróneas. Yo sabía que el monarca creía a pie juntillas en la existencia de un riquísimo yacimiento de oro en el Thanthap, y que en él basaba secretos proyectos políticos. Y poniéndole el puñal sobre el pecho, le dije textualmente : « No se si, después de esta excursión, Vuestra Alteza persistirá en el propósito de seguir utilizando mis servicios. Si en el futuro el *Magnetic Survey* hubiera de ceder el puesto a otros proyectos, prefiero rogar que se me permita regresar a la India, pues yo sólo estoy preparado para la labor de una medición magnética sistemática, pero no para la de prospector ».

El Maharajá levantó las manos como conjurándome, y el secretario tradujo en voz suave : « Su Alteza le ruega cordial e insistentemente que se quede en el Nepal y siga prestando al país sus valiosos servicios ».

Con esta amable respuesta, impenetrable como la sentencia de una pitonisa, terminó la audiencia.

IV

Preparativos de la expedición al Terai Oriental (Morang)

Aun cuando sabía que Nepal se halla en una zona sísmica, despertéme un tanto sobresaltado en la madrugada del 5 de junio de 1939, al producirse una fuerte sacudida que hizo temblar la tierra en dirección de Oeste a Este. Osciló mi cama violentamente, varios floreros cayeron al suelo, estremecióse toda la ensambladura de la habitación, y el tejado de la casa, de plancha metálica, dejó oir unos sonidos muy poco tranquilizadores. El terremoto duró cuatro segundos. Varios meses más tarde, el 1.° de octubre de 1939, a las 12,45 del mediodía (hora local), viví otro movimiento sísmico que se prolongó durante doce segundos. Oí cómo la gente de las casas circundantes se lanzaban a la calle gritando de espanto. Según luego pude comprobar, la sacudida fue observada también en Muzaffarpur. El epicentro estuvo en Monghyr, Patna (India), localidad que, desde 1933 hasta hoy, ha sido el foco de perturbaciones semejantes en el espacio indio.

El más intenso de los temblores de tierra que han azotado Katmandu en los últimos veinte años, y que causó muchos daños y pérdidas, produjose en enero de 1933. Entonces se formaron, principalmente en el campo de maniobras, llamado también Maidan (Tuni Jel), largas grietas de más de 1 m. de ancho y hasta 1,5 m. de profundidad, todas en la dirección general de Noroeste a Sudeste. En la zona urbana, estos surcos fueron colmados pronto, pero en los alrededores de Katmandu encontré, en 1939, seis años después del terremoto, visibles huellas de él.

Parecióme conveniente ir a esperar en Bombay a mis futuros colaboradores, el desconocido sustituto del Dr. Fanselau y el jefe técnico Herrmann. Según el itinerario previsto, deberían llegar allí a fines de junio ; eran novatos en la India

y, además, no llegaban con las manos vacías. Traían consigo una estación registradora completa destinada a Katmandu. Así, pues, el 7 de junio me trasladé en coche a Thankot para, desde allí, hacerme transportar por la montaña por mis viejos mozos. Acompañóme mi *boy*. Embutido en su traje de corte un tanto parecido a un *smoking*, el muchacho adoptaba aires de nobleza, a pesar de que, a mis ojos, más parecía un consumado camarero. También él era conducido en una silla de manos, y sus gestos altaneros eran perfectamente dignos de un Maharajá.

En un estado de ánimo, no del todo satisfecho, quedéme a pasar la noche en el parador de la estación fronteriza de Raxaul. Demasiado conocía la localidad. La sala de espera de la estación nepalense era un verdadero infierno plagado de chinches, y en el parador las ropas de cama estaban sucias y los mosquiteros rotos. Por suerte había llovido intensamente durante el día, gracias a lo cual los chupadores de sangre no aparecieron por la noche. Al atardecer me entregaron un telegrama de bienvenida del cónsul general en Calcuta; no había contado con tanta amabilidad.

Cuando, a la mañana siguiente, subí al tren de Calcuta (vía Patna), precipitóse el empleado de la estación a mi compartimento para anunciarme, henchido de orgullo, que tres parientes suyos eran ingenieros en Nepal. De esta trascendental comunicación pasó el hombre a considerar las grandes líneas de la política europea. Afortunadamente me acordé a tiempo de que estaba en deuda con él, y que en realidad el buen hombre había venido para cobrar 4 rupias inglesas por diversos telegramas. Le di un billete grande, pero el jefe de estación no tenía cambio. El tren arrancó y aún hoy espero la vuelta.

El 26 de junio llegaron los dos alemanes a Bombay, a bordo del «Conte Rosso». Sin detenernos seguimos viaje a Calcuta, con el material de la estación registradora embalado en doce grandes cajas. Nos alojamos en el Hotel Spencer y ultimamos los contratos en el consulado general. El 12 de julio llegábamos a Raxaul, donde nos esperaba una desagradable sorpresa. En funcionario del Gobierno nepalés me comunicó que deberíamos esperar 8 días en Raxaul, debido a que el cónsul holandés estaba en Katmandu y no había alojamiento para nosotros. Aun cuando el Gobierno del Nepal me expidió un telegrama, que llegó en aquellos mismos momentos, excusándose por el incidente, no me pareció bien la cosa y,

con mis dos compañeros, sin pensarlo más, tomé de nuevo el tren para Calcuta: 800 km. Dejé depositados en la estación nepalense de Raxaul el equipaje pesado y las escopetas.

Otra vez hubimos de perder tontamente el tiempo en el Spencer de Calcuta, circunstancia que frenó considerablemente mi afán de trabajo. Sólo en consideración a la suma que me habían anticipado a cuenta de mi labor y a mis colaboradores, no le puse punto final a todo aquello. ¡Ojalá lo hubiese hecho! No pocos sinsabores me hubiera ahorrado. Agradables veladas en un círculo de amigos e interesantes conversaciones con Rasmuss y el geólogo Dr. Meissner me consolaron un tanto de aquellos 10 días vacíos. El 24 de julio me telegrafió el Gobierno de Nepal que esperaban nuestra llegada.

Nuevamente emprendimos el camino de Raxaul, donde esta vez pudimos observar ciertos preparativos para nuestra comodidad. El viaje discurrió bien; en Raxaul nos esperaba whisky y pollo asado, y en Bhimpedi encontramos a 100 porteadores dispuestos para transportar nuestro equipaje y la estación registradora, bajo la lluvia y el granizo, a Thankot por Chisapani Garhi. Todos los vados estaban impracticables; las crecidas nos forzaron a servirnos de los inquietantes puentes colgantes.

En Thankot empeoró la situación. Allí estábamos bajo una lluvia torrencial, sin un mísero representante del Gobierno para recibirnos. Había, sin embargo, un automóvil destartalado en el parque, insuficiente para cargar ni siquiera una fracción de nuestro material destinado a la exploración del suelo nepalense. Mandé que telegrafiasen al ministro del Exterior para pedirle un buen coche. Aguardamos, pero el coche no venía, en vista de lo cual me marché yo solo a Katmandu y pasé recado al ministro de que deseaba hablarle. El digno personaje interrumpió un consejo de guerra para recibirme y se disculpó en un largo discurso. En aquellos momentos casi todos los vehículos estaban requisados por motivo de movilización, y propuso que el equipaje fuese transportado por coolíes desde Thankot a Katmandu. Un agente secreto de la guardia de corps del Maharajá cuidaría de la seguridad del transporte. Acepté la proposición.

Ya anochecido pudimos calmar el hambre en la modesta habitación de la posada. El postre de aquel viaje endemoniado fue, como era de esperar, un fuerte dolor de riñones.

Mani Ram, jefe de policía de la sección de extranjeros y hombre de confianza del Maharajá, cargó con la responsabilidad de nuestra detención en Thankot y del deficientísimo servicio que encontramos en la fonda. Hombre taimado, ya en los primeros días de nuestra estancia me pidió le ayudase a conseguir que le destinaran a la embajada del Nepal en Londres. También insistió repetidamente en que yo presionase para que se estableciese en Berlín una representación de su país. Yo di a entender al ambicioso individuo, de modo que no le quedase la menor duda, que, de momento, lo más importante para mí era que se atendieran las seis reclamaciones siguientes: alojamiento decente, instalación de un pequeño laboratorio químico y de un taller para el jefe técnico, construcción de una barraca de madera para la estación registradora; además, suministro regular de artículos alimenticios y, finalmente, indemnización de los gastos inútiles originados por los viajes entre Calcuta y Raxaul.

Al día siguiente, el Maharajá me transmitió sus excusas por las deficiencias de la organización y la seguridad de que en adelante todos mis deseos serían satisfechos por mediación de Mani Ram. Además, me fue comunicado que el Maharajá había encargado la construcción, a cargo de uno de sus ingenieros, del pabellón de madera para la estación registradora. La caseta se levantaría en el Parque Zoológico, y el constructor se disponía ya a excavar los cimientos. Otra vez se habían precipitado. Hacía ya semanas que yo había diseñado la planta del edificio, dispuesto de manera que la fachada longitudinal coincidiera con el meridiano magnético; pero el ingeniero, estimando que mi diseño, con sus líneas indicadoras blancas, era una patarata, procedió según su idea, con lo cual yo no tuve más remedio que volver a trazar el plano de cabo a rabo. Al efectuar los trabajos de excavación aparecieron tuberías de hierro de conducción de agua que pasaba por debajo del emplazamiento de la estación. Sin embargo, en el lugar no debía haber hierro. ¿Qué hacer? El Maharajá, con serenidad salomónica, ordenó al inspector de obras hidráulicas que desviase las tuberías. En otro país aquello hubiera provocado una guerra de papeles que habría paralizado los trabajos por medio año. Finalmente, 200 peones pusieron manos a la obra, ayudados por mujeres que transportaban sobre la cabeza vasijas llenas de arena. El 5 de agosto la obra bruta estaba terminada. Como el análisis verificado mostró que el pavimento de piedra contendría par-

tículas de hierro, resolví sustituir la piedra por madera. Después se procedió a cubrir el tejado con cañas y a instalar los aparatos. A las 5 de la tarde del 28 de agosto presentóse el Maharajá, acompañado de uno de sus hijos y el ministro del Exterior, para visitar la construcción y conocer a mis ayudantes. En un pabellón contiguo al parque le expliqué, sobre mapas, la labor que llevaba realizada hasta la fecha. El príncipe escuchó mi discurso con paciencia y una sonrisa cortés en los labios; Mani Ram traducía. En una pausa dijo el Maharajá:

—¡Estoy muy satisfecho! Pero no disperse usted su energía tan valiosa para nosotros. Desde hoy concéntrese en Morang. Antes, digamos a mediados de octubre, me gustaría que hiciera una breve excursión a Amlejgani. Desearía que investigara en el túnel de Juria Gati, pero, como le he dicho, no se disperse. El objetivo principal es Morang; sabemos que en la zona de Yhapa hay carbón y petróleo.

— Alteza — repliqué —. Debo observar que hace falta mucho tiempo para hacer tangibles estos deseos. Ni el carbón ni el petróleo se hacen salir del suelo por arte de encantamiento.

El Maharajá, siempre sonriente, me hizo un ademán con la mano derecha rutilante de pedrería. — Sí, Profesor — tradújome Mani Ram —, nos hacemos cargo. Pero tengo gran confianza en usted.

Cuando el Maharajá vino a visitarla, la estación registradora no se hallaba todavía en condiciones de funcionamiento. Antes había que levantar un pilar de observación de cemento, de un metro de altura, al oeste de la casita, entre árboles y en la proximidad de un estanque; el zócalo tenía que estar enclavado en el suelo. En la plataforma superior, cuadrada, de la columna, se clavaría una punta de latón. También era preciso asegurarse de que en los contornos de la caseta y en el revestimiento de ladrillo de la orilla de un estanque próximo, no hubiera hierro. Luego había que secar el interior de la construcción de madera, ya terminada, pero que estaba muy húmeda, por medio de hogares de carbón y de substancias químicas. Como, por otra parte, el suministro de energía eléctrica por la central urbana resultaba insuficiente, fue necesario echar mano de tres baterías, cada una de las cuales producía luz para cinco días. Sólo entonces nos emancipamos de las oscilaciones e interrupciones del suministro de la ciudad.

Cuando, por fin, la estación quedó ya montada y dispuesta para entrar en servicio, en el último momento el electroimán

atravesó el hilo. A costa de un fatigoso trabajo fue posible, con ayuda de un imán de compensación, reducir a la mitad las oscilaciones de torsión, y con ello — eran las 12 h. 30 m. del día 13 de octubre de 1939 — entró definitivamente en funciones la estación registradora.

Casi todos los días iba yo, a pie o a caballo, en compañía del inteligente Herrmann, al Parque Zoológico. Me gustaba el camino y también el jardín, desde el cual, cuando la atmósfera estaba despejada, se veía brillar el sector nepalense del Himalaya con sus siete picos de más de 8000 m. En noviembre viví en el parque una velada inolvidable, gracias a aquella resplandeciente cordillera. Podían distinguirse a simple vista todas las entalladuras de la helada cadena teñida de rosa. Las sierras antepuestas a la cadena central quedaban sumergidas en tintas oscuras.

En atención a las intensísimas oscilaciones magnéticas, que le daba un interés especial, confié la primera hoja registrada al general Bahadur, ministro del Exterior, rogándole que, en ocasión de su proyectado viaje a Dhera Dun, entregase el documento, tan pequeño como valioso, al «Survey of India», para su archivo en la estación registradora de aquella localidad. Ignoro si lo hizo, pero yo nunca supe nada de la hoja. Cuando, unos meses antes, propuse al Maharajá encargar al «Survey of India», en gracia a la rapidez, el cómputo de los resultados de mis mediciones, el soberano rehusó alegando que desconfiaba de los ingleses.

En el transcurso de las semanas que duró la construcción de la caseta destinada a estación registradora, semanas ricas en trabajo e inquietudes, ocurrieron, al margen de aquel acontecimiento, numerosas incidencias grandes y chicas que registré en mi diario:

Durante mis mediciones en el Parque Zoológico produjose bruscamente, frente a una jaula, un gran alboroto y un griterío infernal. Un mono, pasando las manos por entre la reja, había agarrado a una tibetana por el moño y, sujetándola firmemente, se dedicaba a despiojarla, laborando tranquilamente en aquel campo abonado. La concurrencia reventaba de risa, sin preocuparse de los gritos de la mujer.

El 5 de agosto el Maharajá recibió a todos los negociantes y funcionarios de la capital para su rendición de cuentas. Los que se habían hecho acreedores a su satisfacción salieron recompensados y encomiados, pero los empleados que habían merecido su censura abandonaron el palacio con la pérdida del empleo y las orejas gachas.

En una de sus visitas contóme Mani Ram que un geólogo inglés había pasado seis meses en el país y gastado 100 000 rupias sin encontrar una gota de petróleo.

A lo que repliqué: — Ya que habla de dinero, le recordaré el punto sexto de mi lista de peticiones. El Gobierno del Nepal sigue remiso en abonar los honorarios de mis colaboradores y mis gastos de viaje; alega que el consulado general de Calcuta no ha presentado ninguna cuenta. Sería mucho mejor que nos separásemos en paz.

Al día siguiente estaban a disposición de los beneficiarios los importes debidos, y eran saldados los gastos de viaje. El ministro del Exterior vino en persona para asegurarme que en adelante los salarios se satisfarían puntualmente. ¿Por qué no había de ser así?

A mediodía del 22 de agosto, al llegar a mi albergue, de regreso del zoo, anunciómе mi *boy*, con ojos asombrados, que por la mañana había venido en coche, para visitarme, ¡una señora! ¿Una dama sentía deseos de verme en Katmandu? ¿Quién podría ser? Como medida de precaución pregunté en la embajada británica si tal vez podía yo satisfacer algún deseo de la señora Betham.

— No — me replicaron riendo —. Pero si quiere saber quién siente gran afán por conocerle, diríjase a la sobrina del Presidente de los Estados Unidos.

Por la tarde pude poner en claro el misterio de la desconocida dama. En el *bungalow* de la esquina, a pocos pasos de nuestra morada, se habían instalado tres americanos, una señora y dos caballeros; eran la sobrina del Presidente Roosevelt, Leila Denis-Roosevelt, con su marido Armand Denis y el escritor Hassolt Davis. Como ya dije, hacían un viaje alrededor del mundo y deseaban rodar unos rollos de película en Katmandu. El presidente norteamericano les había provisto de una carta autógrafa de presentación al Maharajá. Nos conocimos; eran gente muy simpática y nos invitaron, a los tres alemanes, a una cena fría regada con abundantes copas. Hassolt Davis, periodista, pronto se entusiasmó por mis trabajos y ofrecióseme a recomendarme a su editor estadounidense. Leila Denis-Roosevelt me dijo mil finezas. Había leído «Kumbum-Yamba-Ling» y me comunicó que la Sra. Betham le había prestado «Bismillah». — Me ha hablado mucho de usted. Así que yo me dije: Para que la esposa de un embajador británico se exprese en términos tales, por fuerza tiene que ser un hombre importante, y no podemos

seguir nuestro viaje sin conocerle —. Y añadió, con encantadora impertinencia : — Y ahora puedo decir que es, además, un hombre muy simpático, a pesar de pertenecer a ese « tosco » pueblo alemán.

Dos días después, los americanos fueron mis invitados. Recibíles en el salón de gala y dispuse que sirvieran la comida en la habitación contigua. El Maharajá había contribuído con una pierna de ciervo. La linda dama se había traído su álbum y me rogó con insistencia que me perpetuase en sus páginas con algo más que con el nombre escueto. No podía saber la simpática señora el gusto que me daba siempre el tener que escribir en álbumes de autógrafos ; raras veces lo había hecho, por eso escogí, expresándola en alemán, una sentencia profunda : « Was für den Stier das rote Tuch, das ist für michdas Gästebuch! » (Lo que para el toro es la muleta, es para mi el álbum de autógrafos).

Los vinos y licores habían desatado la lengua a todos los presentes, con el resultado de que la conversación se centró, con gran franqueza, en el tema número uno : la política mundial. Al despedirnos Mr. Armand Denis exclamó :

— Quien juega con fuego se quemará.

— ¿Quiere usted significar que habrá guerra?

— Sí.

Cuatro días después estallaba la segunda guerra mundial.

Aunque apartado del resto del mundo, no se me había pasado por alto, desde aquella metrópoli de la montaña, que la tempestad avanzaba con rapidez inquietante. En las últimas semanas de agosto se acumularon los síntomas, no sólo en las noticias de Europa que me comunicaba Mani Ram, sino también en los menudos sucesos locales : telegramas que había expedido a Alemania y América fueron devueltos sin cursar. Cuando, inquieto por el mal funcionamiento de mis riñones, pedí urgentemente la asistencia del médico inglés, el Maharajá se negó : no era aquél el momento de consultar a un inglés. La situación política era demasiado tensa. Confióme Mani Ram que había leído un telegrama dirigido al Maharajá por el embajador británico en el que le comunicaba la gravedad de la situación. En dicho telegrama, el enviado inglés pedía autorización de entrada en el Nepal para un agregado militar y, además, la instalación de un aeródromo en el Morang Sudoriental. Ambas peticiones habían sido denegadas.

Leo en mi diario, debajo de la fecha *4 septiembre 1939* : « Llegó la guerra. Hitler ha hecho una cosa horrible. ¡Ay del

desgraciado pueblo alemán! Los representantes oficiales de Alemania en la India recibieron sus pasaportes. El Maharajá nos ha otorgado derecho de asilo a los tres alemanes. Me envía a decir que, en paz como en guerra, yo y mis ayudantes somos huéspedes suyos en el Nepal y que rechazará categóricamente toda petición de entregarnos que pueda hacer Gran Bretaña».

El coronel Ganesch, el geólogo oficial, se presentó de improviso con todas las señales de una honda preocupación:

— Es imposible — exclamó — que emprenda ahora la proyectada expedición al Morang.

— ¿Por qué? — pregunté —. ¿Teme acaso que mi escolta nepalense entre en conflicto con las tropas fronterizas anglo-indias?

Ganesch: — Esto conduciría a graves complicaciones políticas. Además: ¿quién garantiza que no le asesinen agentes a sueldo?

— ¿Qué me recomienda en sustitución de Morang?

— No vaya al Sur. Vaya a la selva, entre Bagmati y Kamla.

No quise decidir nada sin meditarlo. Al Maharajá incumbía la última palabra. Ante todo, tomé a mi servicio a un nuevo panadero. Ya no me apetecía el pan que nos había estado suministrando el antiguo, desde que supe que el hombre trabajaba en una fábrica de municiones de las cercanías.

Como era de esperar, no tardó el embajador de Inglaterra en el Nepal, cumpliendo con su deber, en pedir al Gobierno que entregase los alemanes a las autoridades indias. El Maharajá se negó. Era para él una buena oportunidad de afirmar una vez más la independencia del Nepal. Por otro lado podía estar satisfecho de tenernos bajo su tutela, a mí y a mis ayudantes, por Dios sabía cuánto tiempo, sacándonos todo el jugo que le apeteciera. Pues en todos los aspectos nuestra situación se había vuelto crítica por causa del conflicto europeo, y exigiría de nosotros mucho tacto y la máxima reserva. Estábamos absolutamente en manos del Gobierno nepalense.

Al negarme la asistencia del médico inglés, el Maharajá me envió a su cirujano, hombre ya maduro y de ojos inteligentes que, sin duda, entendía algo de su profesión. Llamábase Gönga Bir Tsad. Tras un cuidadoso examen de mi orina, que desde hacía varios días era tan pronto pardonegruzca como sanguinolenta y que el cirujano envió al hospital para su análisis, se enzarzó conmigo en una conversación política.

Sostenía que Alemania tenía razón y, por otra parte, la palabra guerra era para él la mejor del léxico de un hombre. Al comenzar una guerra debería exterminarse a todas las mujeres y niños : « Pues sólo cuando ya no hay nada que ligue a los hombres se desatan sus instintos bélicos ». Por boca de aquel médico hablaba el salvaje gurja. Gönga Bir Tsad vio mis papeles relativos a la proyectada empresa del Morang y en seguida se puso a contarme, con gran profusión de datos, los peligros de aquella parte del país, infestada de serpientes. Había cobras gigantescas que, al incorporarse, alcanzaban la altura de un hombre. En los ríos como el ancho e impetuoso Sapt Kosi, pululaban los cocodrilos. Finalmente me prometió proveerme de contravenenos para mordeduras de serpiente antes de mi partida. En cuanto a estos reptiles, ya el valle de Katmandu me parecía bastante bien surtido. Cada noche se deslizaba por nuestro jardín una serpiente muy larga y gruesa como el brazo. Una vez descubrí otra, de metro y medio de longitud en el ramaje de un árbol del patio, al acecho de los pájaros. Al darse cuenta de mi presencia bajó rápida y silenciosamente desapareció entre la hierba.

Mani Ram nos comunicó las primeras limitaciones de nuestra libertad :

— Siendo el Nepal aliado de Inglaterra, se les ruega que en adelante no hagan salidas por los alrededores de Katmandu. Sólo se les autoriza a visitar el Jardín Zoológico.

Por segunda vez solicitó el embajador británico nuestra entrega a la India. El príncipe negóse también por segunda vez e incluso lo hizo en términos rotundos.

— Por lo demás — dije con firmeza a Mani Ram —, desde anteayer nuestro *bungalow* y sus anejos están custodiados por cinco policías.

Es para su protección.

— ¿Es censurada mi correspondencia?

— Sí. El embajador inglés la lee. Se le ruega que escriba todas sus cartas en inglés.

— Acaso nos fuera más ventajoso pasar lo antes posible a la condición de prisioneros de guerra en la India. Allí no habríamos de preocuparnos ni aguantar tantas molestias. ¿Qué le parece?

Mani Ram se alejó con rostro impenetrable. Al día siguiente vino a visitarme el ministro del Exterior para aclararme aquel embrollo : — Desde luego ustedes no son prisioneros. Pueden incluso viajar libremente por el país ; sólo les rogamos que,

para su seguridad, no lo hagan sin la compañía de Mani Ram o del coronel Ganesch. Además, el Maharajá me ha encargado de manera bien expresa que le testimoníe sus sentimientos amistosos y le diga es su deseo que, una vez terminada la guerra, sus hijos vengan a Katmandu como invitados de Su Alteza.

Entendía por mis hijos a mi hija Erika y a mi yerno que, a aquellas horas, probablemente, habrían pasado de su residencia de Bombay a un campo de internamiento indio.

También me comunicó el ministro algunos detalles acerca de ciertas gestiones de los ingleses. Mr. Betham había visitado al Maharajá para informarse con toda precisión de lo que «estaban haciendo realmente allí los tres alemanes». Era aquella una pregunta superflua, pues a poco de mi llegada a Katmandu yo había explicado con todo detalle y con absoluta veracidad la naturaleza de mi trabajo en el Nepal. El ministro siguió contándome:

— La primera vez que el embajador británico reclamó la entrega de usted, el Maharajá protestó de modo tan inequívoco, que Mr. Betham, en una carta de disculpa, dulcificó aquella exigencia, convirtiéndola en una petición. Luego, al poco tiempo, Inglaterra insistió en su pretensión, alegando que el Nepal no es un Estado neutral, sino aliado. De nuevo la exigencia fue denegada por el Maharajá, esta vez por carta. Yo no creo — añadió el ministro del Exterior — que Gran Bretaña insista en su demanda de extradición —. Y, con énfasis: — Nepal tiene el deber de proteger a los tres alemanes que trabajan aquí en provecho del Estado; pues, además, son huéspedes del país y, usted personalmente, amigo del Maharajá. La protección de ustedes es un compromiso de honor del pueblo nepalense.

Me incliné en expresión de agradecimiento a sus amables palabras:

— ¿Y qué hay de la expedición a Morang?

— Desde luego que se hará — y con esto se despidió el ministro: yo le acompañé hasta la calle. Llovía a cántaros y el buen señor abrió su paraguas para ir hasta el lujoso coche que le esperaba. En Katmandu un hombre de cada dos lleva paraguas; los soldados y oficiales lo llevan con la misma naturalidad con que los europesos llevamos corbata; incluso yendo a caballo. Si cesa la lluvia, lo cierran y, colgándolo por el mango en el cuello de la guerrera, siguen su camino con la prenda columpiándose en su espalda. Una costumbre práctica.

FIG. 28. Uno de los grandes árboles venerados de los hindúes en el valle del Kali Gandaki

FIG. 29. En el despeñadero de Behadi. Vista sobre el valle del Kali Gandaki, hasta la región de Purti-Gat. En la orilla oeste puede reconocerse el camino de ida

FIG. 30. El recodo del Kali Gandaki inmediatamente al sur de Behadi. Desembocadura del Sedhi

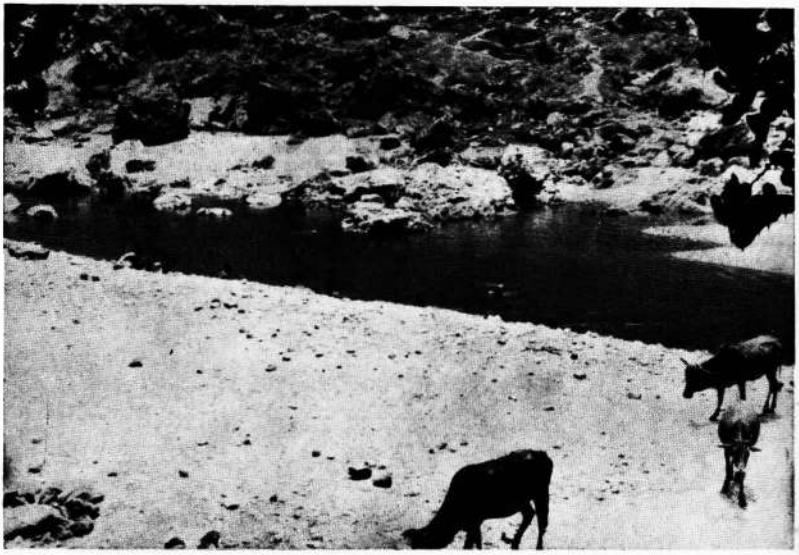


FIG. 31. Poblado de Dumrijaur, con el Andhu que, 400 m. más a la derecha (Noroeste), se vierte en el Kali Gandaki

Poco después celebré una entrevista con el Maharajá, en el curso de la cual me preguntó cómo creía yo que debía comportarse el Nepal en la segunda gran guerra.

— Ruego a Su Alteza me permita no responder a esta pregunta —, dije, a lo que asintió el príncipe con un gesto afirmativo de la cabeza. Tras una pausa tuvo a bien observar que consider ba a Hitler como una « Encarnación de Dios ».

¡Buen provecho! — estuvo a punto de escapárseme.

El *27 de septiembre de 1939* Katmandu celebró una fiesta en conmemoración de la conquista de la capital por los gurjas, 150 años atrás. Por la tarde recorrió las calles una grandiosa comitiva, y al anochecer compareció el coronel Ganesch de un humor lamentable. Su general de brigada le había censurado por ir tan mal montado en la manifestación ; su rocín más parecía un perro que un caballo. Se le ordenó que se procurase uno mejor. Aquella orden le crispaba los nervios, pues un buen caballo cuesta 300 rupias nepalenses (1).

La primera semana de octubre Mr. Betham me envió unos cuantos libros para que pudiese distraerme los días de lluvia. Interpreté aquel gesto en el sentido de que Inglaterra se había resignado a nuestra permanencia en la « jaula dorada » del Nepal.

El *1.° de octubre de 1939* se produjo el fuerte terremoto de que ya hablé en la página 134. Mi primer pensamiento fue para la estación registradora. Corrí al zoológico y encontré la caseta incólume ; sin embargo, dos de los aparatos se habían parado por efecto de la sacudida. Aquello significaba que debíamos empezar de nuevo ; era cosa de volver a poner en funcionamiento la instalación a costa de un pacienzudo trabajo.

El *8 de octubre de 1939* propuse que, en vista de lo limitadísimo de nuestras actividades, se suspendiera el abono de nuestros sueldos. La propuesta fue aceptada.

A mediados de octubre había terminado la siega en todos los arrozales del valle de Katmandu. Consecuencia de ello fue que los mosquitos se trasladaron de los arrozales a las casas, cebándose en los habitantes.

Mani Ram me dejó entrever que a mediados de noviembre podría trasladarme al Terai. Adelantar aquella fecha era pe-

(1) 2 rupias nepalenses = 1 rupia angloindia. 1 rupia nepalense tiene 25 annas y 1 anna 16 pies, o sea, que una rupia equivale a 400 pies. El pie es la moneda fraccionaria más pequeña del Nepal.

ligroso, ya que durante el monzón la zona está infestada de serpientes (1) y mosquitos.

El *19 de octubre* fue otra gran festividad. En el Nepal las fiestas son muy numerosas y ofrecen al pueblo frecuentes oportunidades de empinar el codo y coger buenas borracheras. Como yo iba todos los días a la estación registradora del parque y regresaba al anochecer a pie o a caballo, aquel día Mani vino a buscarme en automóvil; el Maharajá temía que algún borracho me detuviera o molestara. El año anterior, y en la misma fecha, un campesino beodo había buscado camorra al propio príncipe. El hombre había agarrado la rienda de su montura gritando:

— ¿Cuánto vale tu caballo? Tráelo acá, yo te lo compro.

El Maharajá siguió la broma y dijo: — Puedes quedarte con él por 500 rupias.

El campesino, repleto de dulce licor, rodó balbuceando por el suelo, pero a la mañana siguiente un susto acabó de despejarle: ¡le citaban a palacio! El vino podía costarle caro. Presentóse temblando a su señor.

— ¡Bien! — dijo el Maharajá —. Ayer querías comprar mi caballo. Vengan 500 rupias y es tuyo.

— ¡Yo no tengo 500 rupias, Alteza! — lamentóse el labriego.

— En este caso voy a enviarte a la selva a roturar tierras hasta que me hayas pagado.

El campesino, cayendo de rodillas, suplicó: — ¡Oh Señor, para eso necesitaría 100 años! ¡Anulad la compra, os lo ruego! ¡No estaba en mis cabales!

— El soberano le replicó riendo: — Yo también lo creo así —. Y despidió al hombre. Y era tiempo que lo hiciese; el infeliz estaba cubierto de sudor y de terror se le habían llenado... los pantalones.

Mientras regresaba a casa en compañía de Mani Ram, en la ciudad todo era bullicio de fiesta, con gran estrépito de cañonazos, fuego de fusil y traqueteo de ametralladora. Con objeto de que mis empleados, dos cocineros, dos policías, tres criados y los mozos, pudiesen participar del regocijo que a su amo proporcionaba la ruidosa jornada, les obsequió con un carnero, de acuerdo con la costumbre de la localidad.

De nuevo me previno Mani Ram con insistencia de que me abstuviese de salir sin escolta. — ¡Si le ocurriese algo, me

(1) A mediados de mayo abandonan sus cuarteles de invierno y a partir de 1.° de junio son abundantísimas en el Terai.

va a mí la cabeza! Anteanoche un general del ejército del Nepal fue agredido en la calle Mayor y apaleado bárbaramente.

El *31 de octubre de 1939* el embajador inglés, a quien, por otra parte, había yo conocido años atrás en Berlín en ocasión de un almuerzo en el club germano-inglés, me hizo decir por Mani Ram que, si bien, desgraciadamente, las circunstancias le impedían alternar conmigo, de todos modos estaba siempre a mi disposición. En presencia de Mani Ram había encomiado mis trabajos científicos. Con ello Mr. Batham daba indirectamente su beneplácito a mi proyectada expedición al Morang.

A principios de noviembre se iniciaron en serio los preparativos para dicha expedición. El ministro del Exterior y Gunje Man, jefe del Departamento de Colonización, acudieron a mi casa y celebramos una entrevista en la que expuse mi plan: «Mi propósito es establecer una red de mediciones magnéticas por el Morang; calculo que este trabajo en el sector de Amlejgani-Sapt Kosi me llevará dos meses, y tres las mediciones de la zona Sapt Kosi hasta el Meji, río fronterizo oriental; o sea que, contando el tiempo de la ida y la vuelta, serán unos seis meses, todo el período seco invernal.

El ministro: — El Maharajá le garantiza plena libertad en el Morang; sólo le ruega tenga cuidado cuando se acerque a la frontera india. Su Alteza considera favorable para la partida el principio del mes próximo y desea que, antes de emprender la expedición al Morang propiamente dicha, dedique algunos días a efectuar exploraciones en Juria Gati.

Yo sabía que el Maharajá tenía gran interés en este punto. Sospechaba la presencia de riquezas minerales en Juria Gati, y el informe sobre mis primeras mediciones en aquella comarca había fortalecido sus esperanzas.

— Para ayudarle en sus preparativos — prosiguió el general — ha sido designado el comandante Hem. Sírvase calcular el número de porteadores y vehículos que necesitará para la expedición. Además, podrá disponer de 5 elefantes del Gobierno.

En muchas localidades del Nepal existen estaciones de elefantes. Así, por ejemplo, en Simra, al sur de Amlejgani, hay estacionados permanentemente 50 de aquellos animales, propiedad del Estado; en Mahuwa, otros 50; en Sirha, 40, y en Biratnagar, 80. La facultad de servirme de ellos significaba para mí un alivio y un ahorro de tiempo. Con elefantes calculaba yo 8 días desde Amlejgani a Biratnagar y 2 de Biratnagar a Yhapa.

Siguieron jornadas de ordenación y embalaje, trabajo asaz pesado debido a que el dolor de riñones me atormentaba más que nunca. En mi apuro envié recado a casa de un médico, rogándole me visitase. Él me hizo contestar, sin embargo, que sólo con autorización del Maharajá podían los facultativos visitar a los enfermos extranjeros. Me quejé de esta disposición a Mani Ram, quien me confesó, de paso, que el ex-administrador de nuestro *bungalow*, encargado a la vez de la cocina, y cuyos servicios habían sido en todo momento muy deficientes, había sido detenido por malversación de los fondos asignados para nuestra sustentación.

El *18 de noviembre* toda la impedimenta se hallaba dispuesta para su última inspección: ocho cajas que debían ser transportadas en vehículos rodados y diez cargas para porteadores, principalmente de instrumental. Vinieron a ofrecerme sus respetos las personalidades destinadas a acompañarme; eran el inevitable coronel Ganesch Bahadur (fig 35), que ya había participado en la expedición del Thanthap, y el comandante Hem Bahadur, del departamento del Ejército (fig. 36).

Expliqué a los dos señores mi plan de viaje y propuse que el coronel Ganesch asumiera la responsabilidad del aprovisionamiento y la dirección de la columna rodada; el comandante Hem actuaría como mi intérprete, y yo personalmente cuidaría de los mozos porteadores del instrumental. En la región fronteriza esperaba que algunas patrullas de gurjas atenderían a que mi trabajo no sufriera dificultades e interrupciones. Pensando sobre todo en el coronel, rogué a mis futuros acompañantes tuviesen cuidado en todo momento de que la columna expedicionaria permaneciese unida, sin dispersarse; que las partidas se efectuasen siempre a primeras horas de la mañana y sin desorden, y que las etapas diarias medias fuesen de 15 millas. Sólo así podría yo efectuar las mediciones principales al aire libre y bajo cubierto las que debería verificar con la balanza.

Aprobaron mis instrucciones con múltiples gestos afirmativos, y Ganesch, que se las daba de perfecto conocedor del Morang, redondeó mis palabras con alusiones y con una observación, verdaderamente fantástica, que pretendía haber hecho:

— En cuanto a los caminos del Morang — dijo — pueden recorrerse todos con los carros de dos ruedas usuales en el país. Cruzaremos los ríos grandes en pontones. Lo que me

preocupa es que hasta junio no estaremos de regreso ; y que precisamente atravesaremos en aquel mes de fiebres los infiernos palúdicos de Amlejgani e Hitaura. Por lo demás, en la región de Biratnagar-Yhapa tendremos ocasión de estudiar un curioso fenómeno. En aquella zona se producen fuertes detonaciones, semejantes a cañonazos que, cada seis segundos, sacuden el aire y la tierra. Yo creo se trata de ruidos subterráneos que tal vez guardan relación con sismos tectónicos.

También el comandante Hem desplegó su ciencia y se mostró pródigo en consejos : — Cuide de que, en la marcha, los elefantes hembras vayan siempre delante. Caminan más rápidamente que los machos. Escoja para montura una hembra joven, son las mejores. Algunos elefantes tienen la mala costumbre de detenerse bruscamente y sacudirse como perros. (¡Esto me faltaba! Mi sensible cronómetro se habría ido al diablo en un santiamén.) Otros tienen la manía de lanzarse al ataque de un tigre no bien lo han olfateado. Embisten la fiera con la cabeza gacha, tratando de clavarle los colmillos. En estas ocasiones nadie es capaz de mantenerse sobre el lomo de un elefante. Además — siguió adoctrinándome Hem —, el tigre se guarda muy bien de meterse entre las patas del elefante ; en cambio, el leopardo lo hace de preferencia.

— ¡Magnífica perspectiva! — exclamé —. Esperemos que los tigres sentirán respeto por un europeo de cabellos grises.

El ministro del Exterior, que asistía a la conversación, levantó el dedo al oir mis palabras : — ¡No lo tome a broma! Morang es el paraíso de los tigres. Cierto que estos animales viven casi siempre al abrigo de la selva y, como ha demostrado la experiencia, no irrumpen en los campamentos sino para degollar un buey o un carnero. El tigre mata a su víctima de una dentellada, le chupa la sangre, se va luego al abrevadero más próximo donde bebe hasta saciarse y sólo al cabo de varias horas vuelve al lugar donde dejó su víctima para devorarla. Los tigres del Morang sólo atacan al hombre cuando se ven acorralados. En cambio, el tigre de Bengala tiene fama de antropófago y por esto es más temido.

Añadió Ganesch : — Lo que hace tan peligrosos a los tigres, como también a los osos, son sus colmillos y sus garras, que son venenosos —. Se refería, naturalmente, al hecho de que, por alimentarse de carne y de carroñas, es mayor el peligro de infección de sus mordeduras y heridas.

— Me dan ustedes que pensar — dije, cerrando aquel capítulo de Historia Natural — y si no supiera que hay también

tigres que vienen a tomar el alimento de mi mano, reflexionaría antes de emprender la ruta del Morang.

— ¿Dónde hay tigres que toman la comida de su mano?, — preguntó el viejo Hem.

— Pues en el Parque Zoológico de Katmandu — respondíle amablemente. Antes de retirarse aquellos personajes, el ministro del Exterior me dirigió un cumplido estrictamente personal que me alegró por la gran seriedad con que fue expresado : — ¡El Maharajá y el Nepal oficial consideran a usted como un « pez muy gordo ».!

— ¡Caramba!, — exclamé sorprendido —. ¿Es de pronto o desde cuándo?

El ministro : — Su Alteza ha manifestado que usted no es para él un simple explorador alemán, sino un hombre de valor mundial, muy estimado incluso fuera de su país.

— Es agradable oir esto. ¿Y cómo ha llegado el Maharajá a esta conclusión?

— Verá usted. En el curso de las últimas semanas han sido dirigidas al Gobierno del Nepal, procedentes de Inglaterra, Estados Unidos, Holanda, Noruega, Argentina, Italia, Suiza, en resumen, no menos de una docena de naciones, preguntas acerca de su situación y de sus actividades científicas, y no solamente de los Gobiernos, sino también de destacadas personalidades. Ello nos ha demostrado...

— Que en mí tal vez hay algo más que aquel Filchner rebajado al principio a la condición de simple zahorí y buscador de oro, ¿no? — terminé la frase con una carcajada ; y proseguí :

— ¿Puede saberse si el Nepal ha contestado a esos gobiernos y personalidades?

El ministro : — No de modo preciso sobre sus actividades científicas, pero sí en lo relativo a su situación personal, diciendo que está usted bien y en perfecta salud.

— ¡Y dijeron esto cuando todo el mundo sabe aquí que sufro de cálculos nefríticos y que más de una vez se me ha negado la asistencia de un médico! Por lo visto el Nepal oficial no quiere que en el extranjero se sepa que estoy enfermo de cuidado.

Ahora bien, me alegré de saber que el mundo, con sus preguntas, había aumentado mi prestigio en el país y con ello impedido, sin pensarlo, que yo y mis dos compañeros fuésemos tratados como auténticos prisioneros. El Gobierno hubo de decirse : Si este hombre no sale vivo del Nepal, se armará la gorda y tendremos disgustos para tiempo.

El Maharajá — seguramente después de consultar a los astrólogos — fijó la fecha de la partida para el 5 de diciembre. Hasta entonces, todos los días estuvieron completamente ocupados por mil detalles que era preciso despachar. Encargué cartucheras. Repasáronse y reparáronse las tiendas. Herrmann puso lazos corredizos y anillas de hierro a mi carabina pesada para elefantes. Mani tuvo bastantes quebraderos de cabeza para proporcionarme cien cuadernos, dos cajas llenas de formularios impresos para registrar las mediciones hechas con la balanza magnética. Gunje Man, el jefe del Departamento de Colonización, cuidó de despachar mi salvoconducto para el Morang y se encargó del servicio de informar a todas las autoridades de aquella zona.

Después hubo que poner en orden los asuntos particulares. Dicté a Herrmann mis últimas disposiciones y envié cartas y un giro a mi hija Erika.

Entretanto tuve que correr al parque, a pesar de hallarme en pleno acceso de agudos dolores. Durante la noche habían robado el cordón y las estacas que rodeaban la estación registradora. Hubo que ponerlo de nuevo. El Maharajá salió en mi ayuda con una orden perentoria : « Si otra vez es destruída la barrera, la pagarán los guardianes del parque ».

Y aún tuve que volver a acudir a él, pero ahora fue por culpa de los acumuladores. El distraído Hem no los había hecho cargar el tiempo necesario. Consecuencia : una de las hojas registradoras había quedado sólo impresionada en su mitad.

En aquella ocasión me despedí de mis animales favoritos, que pasarían ahora una larga temporada esperando en vano mi visita. Un magnífico ciervo que conocía con exactitud la hora de mi diario paseo, tuvo un buen rato la cabeza sobre mi hombro, mientras me lamía familiarmente las manos.

26 noviembre 1939. Despedida del comandante en jefe, que se cubría la cabeza con una minúscula gorrita de paño y no cesaba de fumar cigarrillos. Conseguí eliminar al « cunctator » comandante Hem, cuyos esfuerzos se concentraban en demorar, por motivos incomprensibles, la partida de la proyectada expedición. Por fortuna lo relevaron pronto. Al despedirnos, el comandante habló profusamente de Dios, que indudablemente me protegería en Morang. Alemania, el Nepal y el mundo científico tenían el máximo interés en que no me ocurriese allí nada malo. El hombre terminó invocando sobre mí la bendición divina. Sus últimas palabras fueron :

— Ha hecho usted ya tanto por el Nepal, que nuestro país no sabe cómo agradecérselo.

A las primeras horas de la tarde del 4 de diciembre Ganesch y Hem vinieron a buscarme en coche para llevarme a palacio, en visita de despedida al Maharajá. Seguimos a lo largo de la fachada Sur y atravesamos una hilera de patios transformados en bonitos jardines. En el penúltimo había una nutrida guardia militar y docenas de funcionarios hacían antecámara o esperaban órdenes. Bajamos del coche y por un gran portal entramos en el último patio.

En la cuadra, cubierta de bancales de césped y caminitos empedrados, se levantaba un pabellón. La sala de recepción, adornada con tapices y alfombras, tenía una armazón de hierro en la cara frontal. Lámparas de incandescencia amarillas, rojas y verdes, dispuestas a modo de guirnaldas, como suelen verse en las entradas de los circos y los tiovivos de las ferias, rodeaban los barrotes de hierro. Aquella instalación, producto del refinado capricho del Maharajá, estaba destinada a soportar un sofá o canapé, suspendido de cadenas. Todo el dispositivo quedaba cubierto por un dosel. En el canapé aparecía sentado Su Alteza, de uniforme, sonriente, fumando un cigarrillo y columpiándose suavemente. Al lado del oscilante trono estaba de pie, como de costumbre, el « primer secretario del Maharajá ».

El Príncipe me tendió ambas manos y susurró que, como yo, estaba fuertemente resfriado. Hizo que me sentase en una silla y me envolviese en una manta, pues hacía frío. (Por la mañana, el termómetro había marcado 3° C.) Siguió un silencio solemne que interrumpió luego el Maharajá. Díjome que el Nepal sentía por mí un gran agradecimiento.

— Ahora le aguarda una nueva misión, particularmente importante. El país entero tiene fija la mirada en usted. Le deseamos la máxima suerte —. Y, tras una breve pausa: — Tenemos cifradas en usted grandes esperanzas. Váyase y tráiganos la confirmación de que poseemos oro, de que poseemos petróleo y minerales preciosos.

Otra vez aparecían, desnudas y sin disfraz, las aspiraciones del soberano nepalense, sus esperanzas en el mago Filchner.

— Alteza — me atreví a repetirle, a modo de advertencia —, no es la primera vez que me refiero al verdadero objeto y a los límites de mi labor de investigación; no sé hacer milagros, y tengo la plena seguridad de que no os traeré de Morang sacos llenos de oro o montones de piedras preciosas.

El Príncipe, siempre sonriendo, rechazó mis protestas con un gesto. Parecía persuadido de que sólo por modestia le dirigía aquellas «amenazas». Yo proseguí:

— Me daré por muy satisfecho si más tarde, a base de mis exploraciones iniciales, personas calificadas pueden establecer que son realidad las suposiciones del general Bahadur, el coronel Ganesch y la Shell Company sobre la existencia de petróleo.

Sabía que la Shell Company consideraba probable que la cuenca petrolífera de Asam se prolongaba al Oeste hasta Morang. Según comunicado confidencial de Gunje Man, dicha compañía había solicitado ya del Gobierno nepalí autorización para efectuar exploraciones en el sector este del país. El Gobierno había desestimado el ruego; quería ser amo en su casa y proceder por cuenta propia. Desgraciadamente, por mi mediación.

— ¡Esto es! — exclamó el Maharajá con viveza —. Para nosotros, el petróleo es más importante aún que el oro. En tiempo de guerra, el petróleo vale más que el oro. Si descubre petróleo en Morang, todavía podremos exportarlo a India antes de que se haya terminado la guerra. ¡Un gran negocio! Y le doy mi palabra, señor Profesor, de que usted tendrá su participación.

Las fantasías de este calibre me quitaban el aliento. Mi rostro debía de ser un desolado signo de interrogación. Pero Su Alteza prescindió de ello y desvió la conversación hacia cosas de detalle:

— Morang es rico en caza; le daré una de mis carabinas para que pueda usted cobrar buenas piezas ¿Es usted cazador?

— Sí, pero no tirador. Ni siquiera disparo contra las fieras, a menos que me ataquen.

— Lo mismo que yo —. Y de pronto, a boca de jarro: — ¿Cuándo terminará la guerra? Creo que para julio de 1940 estará lista. De otro modo durará muchos años y Europa quedará destruída. Acuérdese de mis palabras.

Parecióme llegado el momento de levantarme. El Maharajá bajó de su trono-columpio y me estrechó las manos como a un íntimo amigo; luego el secretario me acompañó al exterior. Hem y Ganesch, que me habían estado aguardando frente al pabellón, me condujeron en coche a mi *bungalow*. En camino, el coronel me enseñó su dependencia, una casa de ladrillo de un piso, muy ruinosa. Cuando pasamos por el

campo de maniobras, vimos unos reclutas que hacían la instrucción. Algunas secciones se ejercitaban con banderas de señales. Oficiales a pie y otros a caballo y varios paisanos montados mandaban la tropa.

El amigo Herrmann me esperaba en el *bungalow* con cara de expectación; yo, malhumorado como estaba, le refunfuñé:

— ¿Quiere saber cómo están las cosas, no? Pues sólo puedo decirle que estoy espantado. ¡El Maharajá espera milagros de mí!

Realmente estaba horrorizado. Se lo había repetido hasta la saciedad: la busca de petróleo y de oro no era cosa mía. La de petróleo requería tiempo, una cuidadosa y pacienzuda labor preliminar a cargo de especialistas en mediciones magnéticas y de geólogos. El Maharajá me había escuchado amable, tolerante y benévolo, pero mis palabras no habían encontrado el menor eco en sus oídos. La medición magnética del Nepal Sudoriental, que constituía el objetivo básico y propio de la expedición al Morang, representaba para mí un trabajo enorme, cuyo alcance sólo un técnico podía comprender. Si quería realizarlo, no podía perder tiempo en divagaciones y aventuras dudosas, en paseos por el país en busca de depósitos de agua que contuvieran petróleo, como el Maharajá y sus asesores imaginaban tal vez. Todo lo que podía hacer, en el mejor de los casos, para calmar un poquitín la ardiente codicia del Príncipe, era comunicar lo antes posible a Katmandu los puntos del Morang donde registrase las perturbaciones magnéticas más intensas. Para ello necesitaba de alguien que se encargase de la entretenida labor de calcular sobre el terreno los resultados de mis diarias observaciones. E incluso estos resultados tendrían un valor provisional. El definitivo exigiría la consideración de determinados datos (valores de corrección, etc.), lo cual era misión de los técnicos de Potsdam o Dehra Dun.

Propuse, pues, al jefe del Departamento de Colonización que, a principios de febrero, me enviase a Morang un ayudante capaz de efectuar los cálculos provisionales. El punto de reunión sería Vhapa, Morang Oriental.

Última anotación en el diario, anterior a la partida: « *4-12-1939, anochecer.* Han salido los mozos con mi equipaje. Los bultos pesados cuelgan ya del teleférico camino de Bhimpedi. Los camiones están citados para mañana a las 6. Todo está listo ».

V

Expedición al Terai Oriental (Morang). Amlejgani. — Sapt Kosi

Por la mañana, seis personas estábamos tiritando en torno a un coche de turismo y dos camiones : el coronel Ganesch, el comandante Hem, su hijo, los dos ayudantes y yo. A última hora, el Maharajá había nombrado al joven Hem Mufti Bahadur intérprete auxiliar adjunto a su padre, designación que para mí suponía una carga inútil, pues en el fondo padre e hijo eran una sola y misma cosa, parecidos en todo como hermanos gemelos. Ambos tenían aspecto de oficinistas, hablaban atropelladamente, pensaban y actuaban con el mayor desbarajuste ; en una palabra, los más indicados para una empresa científica. El mozo, por lo demás muy simpático, era en su vida civil « ingeniero », secretario y cajero de ferrocarriles.

Los porteadores trajeron cojines de paja, colchones y sacos para envolver y cargar bajo mi vigilancia el « alma » de la expedición, o sea, el instrumental. Dije al conductor : « Si aprecias en algo tu vida, ve al paso cuando atravieses vados y baches ».

Los asistentes fueron en el coche hasta Thankot, para vigilar el transporte.

Llovía en la carretera que por el Chandragiri va a Chisapani ; el suelo estaba resbaladizo y los porteadores se hundían hasta los tobillos en un barro pastoso. Por doquier saltaban y rumoreaban torrentes parduscos, formando pequeñas cascadas. Pasé la noche en la planta baja del parador de Chisapani ; ocupaban el primer piso Mr. Arnold y su hija, procedentes de la India, y dispuestos a seguir viaje hacia Katmandu a la mañana siguiente. Mr. Arnold pertenecía al alto personal de la embajada británica en Katmandu. Nos conocíamos y nos saludamos disimuladamente : éramos enemigos.

Bajamos hacia Bhimpedi bajo un sol rutilante y un cielo sereno. En la plaza del parque aguardaban ya siete camiones que cargaron todos los bultos y se pusieron en marcha en dirección a Amlejgani. Presentáronse los peones y las acémilas, y yo distribuí mis rupias, acto «ritual» al que los muchachos estaban ya acostumbrados. Además de mis propinas, percibían un salario fijo, pues estaban al servicio del Gobierno. Un porteador cobra ocho annas (digamos unas 5 pesetas) al día; cuando va descargado, cobra sólo cuatro. Para el Nepal es un buen sueldo.

En el túnel de Juria Gati se habían emprendido, por fin, y cuando faltaba ya bien poco para derrumbarse, las obras de reparación que mencioné en el capítulo primero. Los podridos tabiques de madera eran reemplazados por muros de cemento, y una capa de cemento sustituía al antiguo piso de madera. Frente al extremo sur del túnel reinaba un ajetreo comparable al de un enjambre de abejas. Mezclábase el cemento y se vaciaba en los moldes para el hormigonado; obreros e ingenieros se movían febrilmente. Tampoco faltaba el guardián del templo. A pasos mesurados se nos acercó y, después de darnos su bendición, nos obsequió con pétalos de flores que extrajo de su escudilla. Claro que no se retiró sin su óbolo. Un ingeniero montó en nuestro coche; era hermano del coronel Ganesch.

En realidad, yo debía detenerme algunos días en Juria Gati para efectuar mediciones, de acuerdo con los deseos del Maharajá. Desgraciadamente para Su Alteza, y sin culpa ninguna de mi parte, no fue posible llevarlas a cabo, pues el Departamento de Colonización, pese a mis repetidas solicitaciones, no había entregado el indispensable mapa topográfico del lugar.

A mediodía del 6 de diciembre llegamos a Amlejgani, estación terminal del ferrocarril nepalense. Comenzaba aquí el gran declive hacia Oriente, Terai adentro, el cinturón de selva virgen que se extiende ante la falda sur del Himalaya. El Terai, llamado también Bhaber, no es una superficie homogénea, sino un mosaico: sobre un negro suelo limoso, la selva primitiva, húmeda e impenetrable, forma una maraña de espeso monte bajo y bejucos, a menudo robustos como árboles; sobre otro suelo más claro, arcillas y arenas, bosque de «sal» (1), más seco y menos denso, herbazales, pantanos,

(1) Sal (del sánscrito) = *Shorea robusta*.

mares de juncos, tierras roturadas, campos y pueblos. Para obtener maderas útiles, tierras agrícolas y espacios colonizables, el Gobierno del Nepal ha mandado talar, en el transcurso de los últimos veinte años, amplias extensiones del Terai. Paralelamente a esta ardua labor se desecaron los pantanos de aquella zona y se regularizó el curso de los ríos, medidas que dentro unos decenios se revelarán en extremo beneficiosas para la economía, el tráfico y la salubridad de la población del Terai. Entonces, los viajes a través de la jungla serán más fáciles y menos peligrosos que hoy, y el Terai perderá su triste fama de ser uno de los peores focos de paludismo del Globo.

Mi proyecto era trazar en el Terai una cadena de mediciones magnéticas que, partiendo de Amlejgani, terminase en el mismo lugar, cerrándose a modo de anillo. Si ahora efectuaba en Amlejgani una medición principal y luego, a la vuelta, la repetía en el mismo sitio, podría comprobar la estabilidad del imán empleado y obtendría al mismo tiempo un módulo para computar la exactitud científica del trabajo conjunto.

La medición iba a exigirme dos días y, para no perder tiempo, empecé inmediatamente los preparativos. Plantáronse las pesadas tiendas, exentas de hierro, en que debían efectuarse los cálculos; se llevaron a ellas los utensilios, la mesa y la silla, y se tendió la antena. Amlejgani recibió el número de est. 262. Mi comida fue breve, pero en cambio tragué una cantidad enorme de agua hervida; no podía calmar la sed aquel día. Al siguiente me permití un descanso de media hora para satisfacer mi curiosidad: llegaron los elefantes, en número de cinco, dos grandes, uno mediano y dos pequeños. El destinado a mi montura, un animal gigantesco y bonachón, se llamaba Pauen-Kali (= diosa hembra). Los mozos y los cornacas lo enjaezaron en seguida para la marcha. Al efecto colocaron recias mantas sobre su lomo, atándolas sólidamente por medio de cuerdas que pasaban por debajo del vientre. Entonces, el elefante se bajó, las patas delanteras hacia delante, las traseras hacia atrás, para que se pudiera instalar la silla, una canasta en forma de caja de metro y medio de largo y otro tanto de ancho, y con paredes laterales de no más de treinta centímetros de alto. A este cesto lo llaman en el Nepal *howdah*. Yo no había montado nunca sobre un elefante y creí conveniente hacer un paseíto de prueba. ¡Al cesto, pues! El cornaca, un hombre simpático

y animado, armóse de su palo de guiar, una corta lanza de hierro y, trepando por la trompa al macizo cráneo, arrodillóse entre las orejas que abanicaban suavemente, y la mole se puso en marcha.

El elefante es una montura cómoda, mucho mejor que el camello ; durante aquel viaje, me sentí en el *howdah* como en mi propia casa. La cama de campaña, arrollada, aumentaba la comodidad. A pesar de su corpulencia, Pauen Kali avanzaba con la gracia de una auténtica dama. La verdad es que lo era, una dama, sensible y vanidosa ; cualquier palabra algo ruda la hería visiblemente. Cuando yo le hablaba con cariño y la acariciaba, parecía sonreir, y si con la mano le daban unos golpecitos en el magnífico tatuaje de la cabeza, parpadeaba como queriendo decir : — Sí, ya lo sé, querido ; ¡no las hay guapas como yo! —. Pero la recatada doncella nada quería saber de los « hombres ». Odiaba abiertamente a todo elefante macho que se hubiese comportado con ella de manera descortés.

Al atardecer se presentó, en un Chevrolet, un coronel del ejército nepalense. Llevaba bigotes encerados, traje europeo y gorra de deporte ; su aspecto era totalmente moderno. Presentóse como inspector jefe del departamento de túneles y carreteras, y había venido espoleado por el afán de aumentar sus conocimientos técnicos. Pidióme que le enseñase la balanza magnética, después de lo cual charlamos sobre mi empresa. El coronel resultó un excelente conocedor de los animales y me dio consejos que luego seguí y que ahorraron a la expedición bastantes accidentes. No tenía palabras bastantes para encomiar la riqueza cinegética del Terai, una de las últimas regiones de caza mayor que aún quedan en el Globo.

— Precisamente el Terai Oriental — dijo — alberga, al lado de elefantes, búfalos, tigres y osos, muchas especies, no bien conocidas aún, de venados y antílopes, hog-deer, swamp-deer, sambars (1), jitals, corzos de agua y almizcleros, muchos de los cuales los habitantes crían como animales domésticos. El Terai es nuestro jardín zoológico sin rejas. Cuando, en 1921, el Príncipe de Gales vino al Nepal, el Maharajá organizó en su honor una gran cacería, en la que tomaron parte más de 400 elefantes amaestrados. El Príncipe pudo actuar a sus anchas, como un verdadero Nimrod. Sólo de caza mayor, parece se cobraron en aquella ocasión 10 rinocerontes, 20 tigres, 2 leopardos y 2 osos.

(1) *Sambhar* = un ciervo indio.

— Ignoraba que en el Terai hubiese rinocerontes.

— Sólo los hay en el Terai Occidental, principalmente en los juncales de la región de Chitawan. A pesar de que se cazan en gran cantidad, su número no disminuye, y constituyen una verdadera plaga para los campesinos, cuyos arrozales son destruídos por aquellos paquidermos. El rinoceronte sólo puede cazarse con autorización oficial. Por otra parte, el pueblo atribuye virtudes mágicas al cuerno y a la sangre de este animal. Dícese que el cuerno, reducido a polvo, fortifica los riñones, y que la sangre, destilada a gotas sobre la frente de un moribundo, le ayuda a una mejor reencarnación.

El coronel consideraba que en invierno el peligro de las serpientes era despreciable. En Morang predominaban las cobras, según decía. La cobra real es la serpiente más venenosa del Nepal ; su mordedura mata a un hombre en pocos minutos. El Príncipe de Gales mató una de un tiro. No puede decirse que los ofidios prefieran tal o cual región ; viven en la selva, pero también en las cercanías de los pueblos, en las ruinas y las alquerías. A partir de primero de mayo, época en que salen de sus madrigueras invernales, es aconsejable mucha prudencia.

Para el elefante sentía el coronel una admiración sin límites, calificándolo del « más sabio de los seres de la Tierra » ; yo me alegré de ello. Aconsejóme que no perdiera de vista las plantas de sus pies. Los elefantes suelen caminar arrastrando los pies, por lo que se lastiman con facilidad las plantas, sobre todo en los malos caminos o en los suelos húmedos de lluvia. Una observación y un cuidado constantes ahorran muchos accidentes y pérdidas.

* * *

El 8 de diciembre de 1939, la caravana no estuvo lista para la marcha a las 6, como yo había mandado, sino a las 8. Componían la columna : yo, el coronel Ganesch, Hem padre e hijo, dos criados, tres cocineros, cinco elefantes y dieciocho cornacas, ocho carros con dieciséis bueyes y ocho conductores, cuatro empleados del departamento de aprovisionamiento, quince porteadores de instrumentos del Servicio Topográfico, ocho caballerías y dos policías. Ocho tiendas bastaban para cobijar a las 64 personas. Para evitar fallos en el funcionamiento del mecanismo, un tanto complicado, de la caravana, yo había trazado un orden de marcha y dividido

a la gente en dos grupos, designados como el « equipo técnico » y la « columna ». Integraban el primero los porteadores encargados de transportar el instrumental y los trípodes,

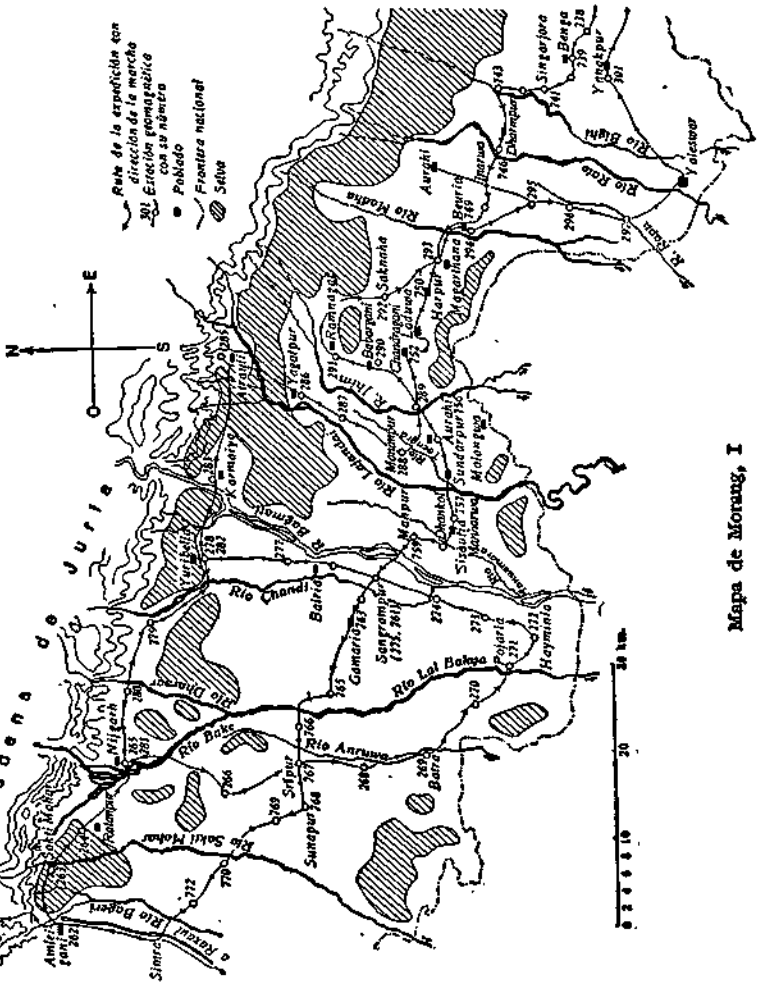

Ruta de la expedición con dirección de la marcha
Estación geomagnética con su número
Poblado
Frontera nacional
Selva
N
S
E
O
Cadena de Jurie
Río Chandi
Río Lal Balgo
Río Bata
Río Anruwa
Río Sabi Khola
Río Bagen
Río Khola
Río Rapti
Río Rohu
Río Lohandra
Río Lamahi
Río Dhanwar
Río Dhaman
Río Dhanwar
Río Sabi
Río Sabi Khola
Río Rohini

FIG. 32. Vista del palacio de Rani Gat desde la terraza de la orilla, a 140 m. de altura, al pie del Waiga

FIG. 33. Descanso entre Waiga y Kali Gandaki, bajo un mango

formaba la «columna» al mando de Ganesch. Cada noche yo daba al coronel instrucciones sobre la ruta y el objetivo del día siguiente.

Avanzábamos lentamente, a razón de 3,5 km. por hora. Pero mi propósito no era el de tomar el Terai por asalto. Había que aprovechar los primeros días para corregir las deficiencias del mecanismo; así lo había hecho ya en mis expediciones al Tibet. Cuanto más se afina desde el principio el compás y la melodía, tanto mejor tocan los «músicos». Así, a los porteadores que a buen seguro jamás habían oído hablar de un imán o de los fenómenos del magnetismo, tenía que inculcarles, una y otra vez, con paciencia infinita, el orden con que tenían que marchar: entre dos porteadores de instrumentos debía ir siempre uno con trípodes u otros accesorios. Esta disposición era necesaria para evitar que se aproximasen demasiado o entrasen en contacto las cajas que contenían los sensibles imanes; pues un contacto habría hecho variar la fuerza magnética, inutilizando con ello los resultados de las observaciones. En lugar de facilitarme la tarea, Ganesch y Hem tomaron desde muy pronto la sana costumbre de echarse a dormir en sus respectivas *howdah* durante la marcha. Los porteadores, por su parte, estimaban exageradas mis precauciones o las atribuían a un propósito deliberado de fastidiarles. Sea como fuere, durante las dos primeras semanas de la expedición hube de sermonear y rabiar no poco, hasta conseguir que la gente se adaptase al fin a mis «caprichos».

La primera estación de la ruta (1) fue establecida en la orilla oeste del amplio lecho guijarroso del río Sakti-Mohar, junto al pueblo de igual nombre. Estaba rodeada de bosque de «sal», entremezclado de palo rosa y algodoneros. Las colinas, de unos 150 m. de altura, cubiertas, en parte, de abetos, bajan casi hasta el cauce mismo del Sakti-Mohar. El camino es bueno, transitable para coches. En un calvero cultivado se halla la aldea de Rafanpur, de bajas casitas apretujadas, bajo la sombra de arbustos y árboles. En los campos se ven innúmeros altillos toscamente construídos, desde los cuales vigilan los guardas rurales. Es sorprendente la cantidad de hormigueros y termiteros que hay en la jungla. Calcúlase en 16 a 20 por hectárea el número de estas construcciones, grises y de la altura de un hombre.

(1) A partir de aquí consúltese el mapa Morang I, pág. 160.

Después de atravesar el Bake (fig. 37) establecimos uno de los primeros campamentos en las inmediaciones del pueblo de Niygarh, en un claro cubierto de campos y altos juncales. Aquí y allá los cañizales habían sido incendiados por los habitantes, para destruir los focos de mosquitos. Los campesinos habían arado ya algunas de las superficies roturadas. El suelo es muy apropiado para el cultivo de caña azucarera, tabaco y adormideras.

A pesar de haber llamado la víspera a mi tienda a Ganesch y Hem y haberles anunciado mi intención de partir a las 5 de la madrugada siguiente, a las 6 ambos señores estaban todavía en cama, y yo tuve que dirigir personalmente la carga de los vehículos. Tomé la resolución de poner remedio inmediato a aquella negligente conducta. Lo que más me preocupaba, y no veía medio de corregir, era que según había descubierto, el coronel Ganesch, jefe del servicio cartográfico del Nepal, no parecía saber interpretar correctamente los mapas de su país. Cuando Hem, hijo, confundía las localidades y me daba informes erróneos, no me escandalizaba en exceso, pues no había esperado más de él. Pero tener que estar contemplando cómo el coronel Ganesch, nervioso e impotente, recorría el mapa con el dedo y cómo el « geógrafo » titular nos desviaba de las localidades marcadas en nuestro itinerario, eso sí me sacaba de quicio y me producía serias inquietudes sobre el curso de toda la expedición ; pues aquellos rodeos nos hacían perder un tiempo precioso, los porteadores y los animales se fatigaban inútilmente y yo, en vez de poder concentrarme por entero en mi trabajo, debía intervenir a todas horas y, o con la brújula o con mi simple « instinto », trazar el camino a través del bosque. Finalmente, en vista del fracaso del coronel, le indiqué que cada mañana citase a un indígena conocedor de los alrededores del lugar donde habíamos acampado la víspera, para que nos sirviera de guía. Con frecuencia, estos cicerones no conocían siquiera el nombre de los pueblos inmediatos, con lo cual muchas veces salíamos del fuego para caer en las brasas.

La incapacidad de Ganesch de guiar la columna sobre el mapa me preocupó tanto más por cuanto, ya al cuarto día de nuestra salida de Amlejgani, vi que nos acercábamos peligrosamente a la frontera india. En la región fronteriza, el coronel habría debido mantener contacto conmigo y no apartar los ojos del mapa; en lugar de hacerlo, se pasaba las horas dormitando en su *howdah*, como si nada del mundo le impor-

tase. Sólo a mi práctica en la lectura de mapas y a mi prudencia debo el que la columna no se echara en brazos de las tropas indias. Otra cosa había no menos lamentable. Yo tenía rogado al coronel que en cada localidad por donde pasásemos, examinase el agua de los pozos y charcas, comprobase si en su superficie flotaba o no una capa de petróleo, si los animales rehuían el agua, etc. Tales observaciones podían constituir otros tantos índices de la presencia de petróleo. Pero el hombre no hacía nada ; ni siquiera tomaba la obvia precaución de informarse sobre la existencia de agua potable en las proximidades de las acampadas. Por causa de esta negligencia, la gente se veía a menudo forzada a ir a buscar a considerable distancia el agua necesaria para las necesidades comunes. Cierto que en casi todas las aldeas había una o varias charcas de 50 a 100 m. de diámetro, pero su agua era inservible para beber.

Tras dos jornadas de marcha hacia el Sur, a lo largo de la orilla oeste del Lal Bakya, primero bosque a través y luego por un país despejado, llegamos a Pojaria, después de cruzar el río que, con una anchura de 200 m., se divide aquí en tres brazos. Desde allí, el camino que habíamos seguido prosigue por una calzada casi rectilínea hasta las inmediaciones de Hayminia, junto a la frontera. La calzada, de metro y medio de altura, fue construída tiempo atrás por los ingleses, probablemente con fines estratégicos. Los nepalenses se incautaron de ella y, con idéntico propósito, la cortaron e interrumpieron en varios puntos.

El tiempo se nos mostraba propicio, obsequiándonos con días claros y sin variaciones. Antes de salir el sol, una capa de niebla cubría la llanura ; hacía frío. Cada mañana me asombraba al ver las cantidades de caña de bambú y hojas de plátano que constituían la ración de nuestros elefantes. Los dueños de los campos donde pastaban los animales tenían que contemplarlo con una sonrisa agridulce ; pues los animales del Maharajá podían comer hasta saciarse sin ser por nadie molestados. Cuando no había bambús, los elefantes arrancaban con la trompa gruesas ramas de los árboles o haces de juncos. Era un espectáculo divertido el de los inteligentes animales, entregados a aquella ocupación, levantando una de las patas delanteras y golpeando con ella los montones de juncos para limpiarlos de la tierra que llevaban adherida. Las cosechas habían sido recolectadas tiempo ha. El cereal se hallaba estibado en una especie de eras cercadas, de

suelo apisonado; durante el invierno será trillado, bajo la vigilancia de los ancianos de los respectivos lugares, por un procedimiento primitivísimo: se esparcen las gavillas en la era y se hace dar vueltas en ella a media docena de bueyes, hasta que todo el grano ha salido. Lo que sueltan los bueyes en el curso de la operación es cuidadosamente separado de la paja y guardado para abono. Los pueblerinos modelan con el excremento de sus bóvidos una especie de ladrillos o briquetas que ponen luego a secar al sol en pilas poco compactas y superpuestas en todas direcciones. Es un buen combustible, que compran los viajeros. Al tratar nosotros de comprar aquel «sucedáneo del carbón», nos encontramos con que nuestro buen dinero nepalense era rechazado; aquí todo el mundo quería rupias indias. Esto ocurría en las aldeas de Sripur y Batra.

Entre los rastrojos de los arrozales, los indígenas cazaban ratas para asarlas. En los lugares donde sospechaban la presencia de nidos o galerías, excavaban la tierra con hierros puntiagudos o con astas de antílope. Todo el suelo aparecía removido. La comarca tenía fama de estar libre de serpientes, circunstancia que se atribuía a la enorme cantidad de mangostas, excelentes destructoras de ofidios. En los amplios cinturones de arena que rodean el Lal Bakya corrían numerosos lagartos irisados, algunos muy vistosos, que no parecían pensar en el letargo invernal. Nuestros peones avanzaban con prudencia, para no pisar ningunos de aquellos ágiles reptiles. Al hindú le está rigurosamente prohibido matar lagartos, pues son los animales favoritos del dios Shiva.

Había corrido por el país la leyenda de que el gran buscador de oro de Europa, amigo del Maharajá, pensaba recorrer el Morang. Esta carta de recomendación hacía que la población me acogiese respetuosamente, y a menudo incluso con actitud de gran humildad. En Hayminia nos enviaron una escolta de honor, consistente en dos soldados, uno de ellos con turbante rojo, cinturón de cuero con hebilla de reglamento y armado de un garrote, para infundir respeto. Sin consideración a la gente que me rodeaba, los dos hombres se apresuraron a colocarse a mi lado y detuvieron el tráfico rodado hasta que hube efectuado mis cálculos. En otro lugar, su solicitud resultó francamente excesiva: para hacernos sitio rechazaron sin miramiento alguno a los vehículos y personas que venían en nuestra dirección, apartándolos del camino, que discurría por un terraplén. Espantáronse los ani-

males, volcaron algunos carros y los asustados conductores se agacharon en pequeños grupos al borde del terraplén, envueltos en sus delgados lienzos, reprimiendo la ira y disparando furibundas miradas, hasta que se les permitió levantar sus vehículos y volver a cargarlos. Sólo en grado muy relativo logré frenar el celo de la escolta ; conseguí al menos que permitiesen seguir en la carretera los carros cargados de madera.

Cuando hubimos acampado en Hayminia, vino a visitarme un ingeniero, un simpático bengalés de Calcuta, para mostrarme las cosas notables del lugar ; llevóme al « palacio » del Maharajá, de un solo piso, gravemente averiado por un terremoto. El indio dirigía su reparación. Desde el tejado hasta el suelo una grieta de medio metro de ancho atravesaba todo el edificio. Una casa contigua había quedado partida por la mitad, y los extremos se habían hundido dos pies en la tierra. Observé que todas las hendeduras del suelo iban en dirección Norte-Sur. Dos testigos del movimiento sísmico me dieron los detalles siguientes : al comenzar la sacudida se habían producido en la tierra grietas de cinco pies de ancho, de las cuales brotaron surtidores de la altura de una casa, mezcla de agua caliente, partículas de carbón y gases sulfúricos. Después aquellas grietas se cerraron. El terremoto, que duró cosa de cinco minutos, ocasionó muchos daños en Hayminia. La fecha del sismo fue el ... junio de 1934 (1), a las tres de la tarde. Al anochecer, el ingeniero bengalí me trajo a la tienda un álbum de fotografías, mostrándome docenas de vistas que había tomado de los lugares siniestrados. Cuando nos despedimos era ya noche cerrada ; fuera oíase un concierto de perros salvajes. Siguieron aullando hasta la madrugada, y a veces sus gritos sonaban como los de niños de pecho.

A la larga, el cabalgar sobre mi buen elefante se me hizo gravoso. El riñón enfermo reaccionó del modo consabido a las continuas sacudidas de la marcha. Echaba de menos aquel inolvidable columpio que tan buenos servicios me prestara en el Thanthap. Comuniqué mi deseo al ingeniero indio, quien me envió a su carpintero, y el hábil artesano me fabricó, siguiendo mis instrucciones, una nueva y cómoda silla de manos (fig. 38).

(1) Ilegible en mis notas (v. nota pág. 171). Según el calendario nepalense, la fecha fue : 1990, 10.° mes, 2.° día.

Cerca de Bairia nos aproximamos al Bagmati, cuyas escarpadas orillas se elevan allí a 8 m. Su lecho, dividido en dos brazos y en ciertos lugares incluso en tres, se parece al del Isar, en Alemania Meridional. Desde que fue confeccionado el mapa del Nepal a 1 : 250 000, el Bagmati ha devorado una faja de tierra de unos 120 m., de las llanuras de pastos del Oeste. También al sur de Bairia se ha llevado trozos enormes de la orilla occidental. La selva, al norte de este lugar, donde descubrimos huellas de elefantes salvajes, tigres, leopardos, osos y ciervos, es propiedad del Estado; en aquellas fechas estaba siendo talada.

En el Nepal cabe distinguir tres zonas de bosque alto. La inferior, que cubre el Terai y el pie meridional del Himalaya hasta una altitud aproximada de 1300 m., es la mayor en superficie y la más productiva económicamente. Se cortan sólo los árboles corpulentos, respetándose los jóvenes, de 30 a 40 años. La repoblación forestal no marcha de consuno, sin embargo, con la tala, ya que el mortífero clima impide en la mayoría de los lugares este trabajo regenerador. La segunda zona de bosque alto, situada entre los 1300 y los 3300 metros, suministra madera de arce, roble, alerce, pino y abeto. La tercera, la zona alpina, a más de 3300 m., se compone de rododendros y enebros.

Una marcha de dos días con rumbo Norte, por un terreno abierto y en el último tramo a través de espesa selva, salpicada de enormes termiteros, nos condujo, el 14 de diciembre, a Yuribella, emplazada en el centro de un calvero plantado de platanares, arroz y árboles de frutos oleaginosos. (Los campesinos llaman *kuri* a esta planta.) Aquí, los elefantes fueron relevados por otros cinco, sanos y descansados. A mí me asignaron otra dama, Devi Kali, cuyos favores me granjeé obsequiándola con hojas de platanero.

Como el joven Hem Mufti no me acarreaba más que confusiones y sinsabores, le dije sin ambajes que debía considerarse despedido y regresar a Amlejgani. A todo el resto del personal, con excepción de Ganesch y un puñado de coolíes, con cuatro elefantes, concedíles en Yuribella un día de descanso, mientras yo, con mi pequeña tropa, emprendía una excursión a Niygarh, yendo por el Chandi y volviendo por Dharsar, con objeto de efectuar allí mediciones complementarias. Fue una magnífica marcha por el bosque. Un número asombroso de plantas trepadoras se enroscan en los árboles a modo de cuerdas o se entretejen como verdaderas

redes. Vi muchos pavos y numerosísimas huellas de tigres y elefantes salvajes; sin embargo, los caminantes con quienes nos cruzamos no llevaban armas, las más veces ni siquiera un palo. Son muchos los que van completamente solos por la selva, y no obstante nunca se oye hablar de acometidas de tigres. Aquellas tribus incluso veneran a este animal, creídos de que existen personas que a veces se transforman en tigre.

Nos salieron al encuentro dos perros que ya no volvieron a separarse de nosotros. Ahuyentaban la caza y ninguna pieza se ponía a tiro, por lo que la cocina se quedó sin carne, pese a que la necesitaba con urgencia. Regalé los dos intrusos a un campesino, quien los encadenó, pero al anochecer volvieron a presentarse en el campamento de Niygarh, empeñados en meter el hocico en mi tienda. Había que elegir entre los perros y la caza; Ganesch optó por la caza y mató a tiros a aquellos inocentes vagabundos.

En Niygarh recordóme el coronel sus sorprendentes observaciones (ruído de truenos en el subsuelo, etc.), que ya me había comunicado en Katmandu. Nos hallábamos a poca distancia de la región de marras. Al norte de Bisaria, varias veces por semana durante la noche, resonaba una especie de música. ¡Él en persona la había oído! Y a cosa de una o dos millas al sudoeste de Hidalwa (1), y también en el camino de Byangri a Kanyamaran (2), retumbaban explosiones como cañonazos, salidas del seno de la tierra. Además, las aguas de las fuentes de aquellas localidades estaban recubiertas de una capa de petróleo. Las personas que se aventuraban en la jungla de las cercanías de Kanyamaran, eran atacadas de fiebre a los cuatro días de su permanencia en ella, y morían.

—Y si penetra usted en la selva de Dense-sal, percibirá de vez en cuando como voces de mando y truenos que salen de la tierra. Pero ¡cuidado! Allí los tigres y osos con tan numerosos como las arenas en el mar —. Ganesch hablaba con gran seriedad, casi con misterio, sin dejarse impresionar por el escepticismo pintado en mi rostro. —Pregunte si no al general Bahadur —prosiguió —. ¡Lo sabe muy bien! Por lo demás, ya le contó que, cuando estuvo en el Morang Oriental, no tenía más que hundir el bastón de caza en el suelo pantanoso y en seguida brotaba agua con mezcla de petróleo.

(1) Mapa: Morang III, pág. 195.
(2) Léase: Kanchanpur (Morang III)].

—¡Increíble! —respondíle —. Pero, volviendo á la realidad, ¿por dónde cruzaremos el Bagmati? Los informes que poseemos acerca del nivel de sus aguas son contradictorios. Hay quien afirma que el agua nos llegará hasta el pecho. Le ruego que piense en este pequeño problema.

Antes de retirarse a dormir, Ganesch volvió a soltarme la breve leyenda de Kitzag: la región selvática entre Kanchanpur y el río Mayi se llamaba Kitzagbot. Allí había vivido, 5000 años atrás, Kitzag, primer ministro del maharajá Birat de Biratnagar. Y dícese que aquel Kitzag dio muerte a Bimsin, un dios hindú. Quien se aventure a penetrar en lo más recóndito del Dense-sal encontrará todavía las piedras, rotas y decaídas, del antiquísimo palacio de Kitzag.

Por la mañana tuve un gran susto al darme cuenta de que mis cronómetros estaban parados. Por desgracia, no pude captar las señales horarias de Moscú, pero al día siguiente obtuve las de Nauen. Las recibí con júbilo y todo quedó arreglado. Los cronómetros sufrían, por la noche, de la intensa humedad que reina en la selva. Sólo con que dejase al anochecer la puerta de la tienda abierta por unos momentos, el interior quedaba saturado de humedad, y todos los objetos cubiertos o impregnados de ella.

El 18 de diciembre un hermoso camino de bosque nos llevó hasta el Bagmati, cuyo guijarroso lecho tenía allí una anchura de 240 m. El río propiamente dicho no ocupaba más que la tercera parte del cauce, siendo su profundidad máxima de 90 cm. El agua era límpida y fluía con velocidad. Calculé el caudal en 40 m. cúbicos por segundo.

En las inmediaciones de Karmaiya se produce aceite y cáñamo, llamado en lengua nepalense *tori*. Nos hallamos ahora apenas a 2 km, de las estribaciones del Himalaya. Sus cimas cubiertas de bosque bajan bruscamente hacia el Sur.

Presentóse otra escolta. Esta vez se trataba de tres vigorosos policías bien uniformados; llevaban turbantes rojos y, por armas, palos y *kukris*. En adelante conté, pues, con cinco guardianes de la ley. Avanzamos hacia Poniente, por la selva y por grandes calveros, cuya área cultivada aumenta constantemente gracias a incendios de bosque provocados por la mano del hombre.

En Atrauli renuncié a la tienda e instalé mi morada en un granero. La columna no llegó hasta el comienzo de la noche, después que yo había enviado a ocho buenos andarines

en su busca. Los policías tuvieron trabajo, pues uno de mis carros había caído a un barranco.

Más que todos los otros pueblos que habíamos visitado hasta entonces, parecióme Atrauli feraz y próspero. Había en él más graneros de arroz, y más repletos, que en cualquier otro lugar. Eran construcciones de barro y bambú de tres metros de alto, pintadas de blanco y asentadas sobre soleras de un metro, para evitar que las voraces ratas llegasen fácilmente al grano guardado en los depósitos. El pueblo bullía de vida ; niños casi desnudos retozaban por todos los rincones, gritando « ¡ha-chi! ¡ha-chi! » y señalando, excitados, nuestros grises colosos que avanzaban pesadamente. Madres muy jóvenes sacaban a paseo sus hijos lactantes, llevándolos al brazo o contra la cadera. Un número inquietante de perros andaban a la greña. A los ojos del hindú, el perro es un animal impuro (al contrario del caballo) ; con todo, su carne aparece en la mesa de los pobres. La casta de los « comedores de perro » es considerada, tanto en la India como en el Nepal, como una de las más bajas y despreciables.

El camino que, a través de la selva, conducía al Lajandai, río de 300 m. de ancho rodeado de cultivos de plantas oleaginosas, discurría hacia S-SO. y no tenía pérdida posible. Así, pues, nuestro guía tuvo esta vez un trabajo muy fácil, de lo cual me alegré, pues el hombre cojeaba fuertemente. Una osa negra le había herido de gravedad en un muslo, y la llaga no había cicatrizado aún del todo.

Al otro lado del Lajandai el camino prosigue en la misma dirección. Ante Yagatpur, con su intenso cultivo de árboles de aceite, la selva cesa, sustituyéndola, hasta Mananpur, una llanura irrigada y bien cultivada, cubierta de arbustos y bosquecillos. Siempre que era posible, hacía que la caravana rodease los campos, para evitar que los elefantes apisonaran la tierra. En Mananpur hubo cambio de vehículos. Durante nuestra permanencia en el pueblo llegó un mensajero con la noticia de que, la noche anterior, habían llegado a la frontera, al sur de la localidad limítrofe de Malangwa, un sargento angloindio con varios policías, todos ellos mahometanos (1). Aquello significaba seguramente que la India reforzaba sus puestos fronterizos por causa nuestra. Tal circunstancia y una conversación con Ganesch me determinaron a prescindir

(1) Durante la última guerra, los ingleses utilizaron exclusivamente tropas y policía mahometanas a lo largo de la frontera del Nepal

de Malangwa como estación de medición y tomar una ruta más al norte de la frontera.

Contóme el coronel que había estado en aquella región hacía catorce años y, entre Babargani y Ramnagar, había encontradó cisternas con una capa de petróleo, el cual flotaba en la superficie sin mezclarse con el agua. En vista de esto decidí, el 20 de diciembre, dirigir la columna hacia Ramnagar para explorar la zona.

Encargué al propio Ganesch que tomase muestras del agua de todas las fuentes que encontrásemos en camino. ¿Qué resultó de todo ello? Disgustos y decepciones.

En primer lugar nos falló el guía. Pretender orientarse a base de los límites de la selva registrados en el mapa habría sido contraproducente, pues en los últimos diez años habían sido taladas extensiones enormes del Terai, para convertirlas en tierras de labor. El pueblo de Babargani, por ejemplo, que el mapa situaba en el Terai, quedaba ahora a cuatro kilómetros del borde del bosque, en una llanura cultivada. Tras muchas millas de caminar a la buena de Dios, subíme a mi elefante y, poniéndome a la cabeza de la columna, eché mano de la brújula, notando las bien visibles señales del paisaje que aparecían en la dirección general de la marcha. A mi lado, en la *howdah*, iba sentado mi *boy*, encargado de pasar las indicaciones al cornaca. Avanzábamos campo a través, por entre la maleza y sobre duros rastrojos. Terminada la tarea de medición, llegamos fatigadísimos a Ramnagar. Tres elefantes sangraban en las plantas de los pies. Huelga decir que nadie había pensado en sacar muestras del agua durante aquella travesía, y tampoco en Ramnagar pensó el jefe del Servicio Topográfico en examinar los pozos ; el hombre se limitaba a fumar pipa tras pipa. Ocurrióseme la idea de que en su conducta tal vez había algo más que pasividad congénita. Quizás todo aquel despiste era intencionado, un propósito deliberado de dificultar la expedición, quien sabe con qué objeto. ¿Y con semejantes auxiliares tenía yo que efectuar mi complicada labor?

Para colmo, al anochecer de aquel día presentóse en el campamento de Ramnagar una cara conocida que me dio un sobresalto: era Hem, hijo, quien me declaró que el Maharajá le había mandado volver. Entregóme una carta del Príncipe, en la que me rogaba guardase a Hem, empleándolo, ya que no como intérprete y organizador, como escribiente del coronel. Cerré los ojos e hice lo que se me pedía.

En Ramnagar chocóme el mal estado de salud de los habitantes. Parecían padecer de malaria y estar transtornados tanto física como espiritualmente ; los rostros mostraban señales de degeneración, y los ojos, vacíos y estúpidos, miraban fijamente, con apatía. Los que llevaban alguna carga caminaban con dificultad, como si estuvieran a punto de desplomarse. A la madrugada vi mujeres que se dirigían a los campos con unas antorchas largas como el brazo y gruesas como el puño, hechas de paja retorcida, para proporcionar a sus tiritantes maridos el calor que no bastaba a darles el trabajo agrícola.

21 diciembre 1939. Para no tener que atravesar aquella parte de la selva, muy frecuentada por las fieras, un habitante de Ramnagar nos acompañó hasta Saknaha haciéndonos describir un gran arco hacia el Norte. De allí, campo a través por el llano, continuamos hacia Magarthana y Bairia, en la orilla este del río Madha.

Al día siguiente reemprendimos la marcha en dirección Sur, por una polvorienta carretera. La mayor parte del tiempo fui en la silla de manos. En derredor, una llanura cultivada, interrumpida por estrechos canales de riego, de un metro de profundidad. Sucedíanse las colonias agropecuarias, con manadas de reses vacunas y de cerda. Las casas, verdaderas chozas de bambú y barro, estaban pintadas de blanco y pardo. En sus paredes llamáronme la atención unas molduras alegres, aunque faltas de todo gusto artístico, que representaban animales, personas y también manos. Los decoradores obtenían los dibujos por el sencillo procedimiento de sumergir las manos en cal y aplicarlas a las paredes. Vi muchos chacales ; no huían y, exactamente como los hombres, abrían agujeros en los campos, a la caza de roedores. Por la noche, aquellos ágiles ladrones venían en grupos hasta las mismas tiendas. En el riachuelo Rapu o Papu (1), los soldados y porteadores se lavaron y refrescaron los pies heridos. En Yikena salieron a recibirnos los indígenas con guirnaldas de flores y, por mediación del coronel, me preguntaron si les

(1) No puedo garantizar la exactitud de algunos topónimos por el motivo siguiente : Al abandonar el Nepal en 1941, hube de contar con que las autoridades del país embargarían, o incluso destruirían, todos mis diarios y cuadernos de mediciones. Por eso pedí al amigo Herrmann que fotografiase las páginas en película Leica por medio de un aparato especial. Salieron dos rollos que escondí en mi equipaje. En la India las fotografías fueron ampliadas y se sacaron copias que, de todos modos, no ofrecían la claridad de los originales ; por eso hay algunos que no pueden descifrarse con seguridad.

permitía ponerme aquellos adornos alrededor del cuello. Esta muestra de respeto, hasta entonces, sólo la había visto en la India.

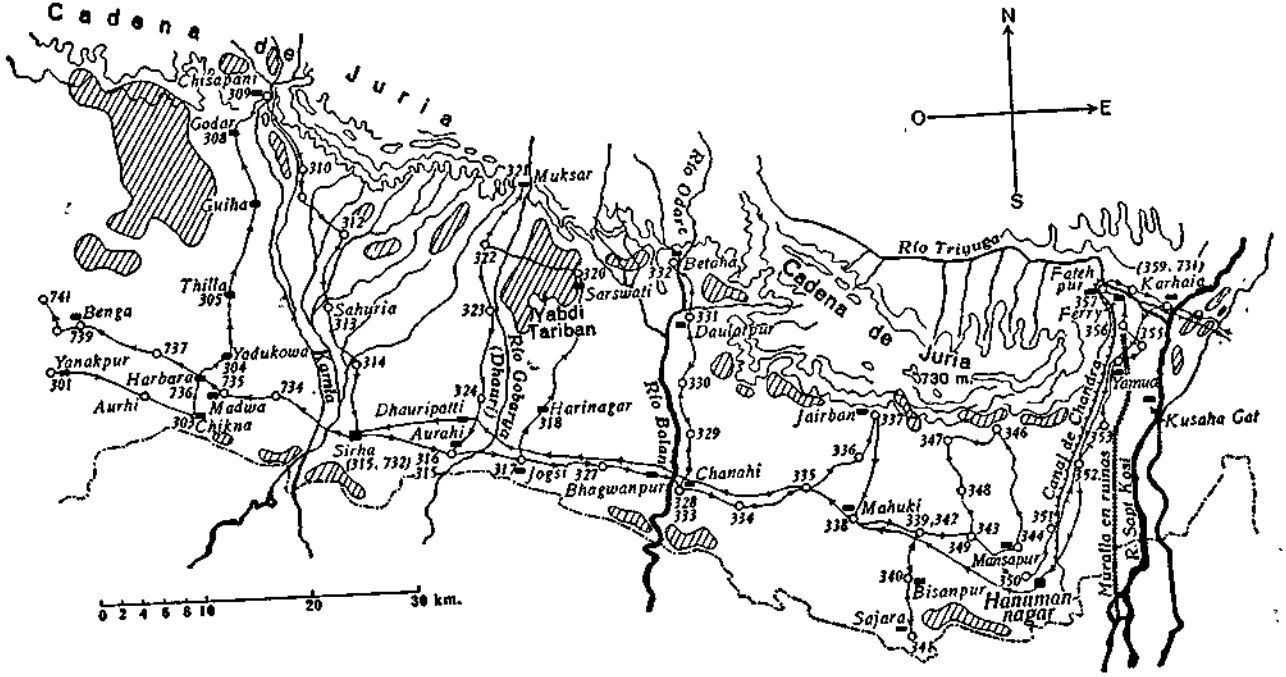
Ganesch, que hasta aquel día había cifrado su máxima ambición en gozar de un sueño beatífico, estaba ahora alegre y me acosaba a menudo con sus observaciones: —¡Allí hay petróleo! —y: —¡Allá hay petróleo!

Yo comprobé repetidas veces los informes de aquel «geólogo militar» sin sacar otra conclusión que la que había sospechado ya en Katmandu: ¡todo paja!

El pueblo de Yaleswar está situado entre el Rato, de 15 metros de ancho, y el Bighi, a milla y media al norte de la frontera india. Ganesch montó puestos de vigilancia con el fusil cargado, que de día mantenían a los curiosos a distancia del lugar donde se efectuaban las mediciones, y de noche cuidaban de que la expedición pudiese dormir tranquila. Nos dijeron que Yaleswar era un centro de peregrinación, objeto de frecuentes incursiones de pillaje por bandas armadas de hasta 200 hombres.

El camino, de 16 km. de longitud, que une Yaleswar con Yanakpur es una buena pista, aunque arenosa, de 4 m. de ancho, con sólidos puentes de madera, que corre en su mayor parte sobre un bajo terraplén y es utilizada por los automóviles que efectúan el tráfico de viajeros entre ambas localidades. Numerosas alquerías, sencillas pero pulidas, bordean el camino. Las ventanas de las casas no tienen cristales, sino que se protegen del aire exterior por medio de unas cortinas parecidas a las de nuestras cuentas de cristal, sólo que en lugar de bolitas son varillas de bambú, de un palmo de largo, las que ensartan los bramantes. Estas cortinas se cuelgan también delante de las puertas abiertas; no dejan ver el interior, y dejan entrar el aire y la luz suficientes.

Cada vez que durante la marcha se había citado el nombre de Yanakpur, la cara del coronel Ganesch había adoptado una expresión de humilde respeto y profundo amor a aquella «importantísima ciudad»; se comprende, pues, que yo estuviera un tanto intrigado con respecto al santo lugar. En el país llamaban a Yanakpur el «paraíso de los ladrones». Cuando llegamos, ni salió nadie a recibirnos ni se nos había preparado alojamiento y vituallas. Dijéronnos que el jefe de la demarcación de Yanakpur, nieto del Maharajá, había salido en viaje oficial hacia Calcuta. Su sustituto, Ganesch Presard Bade (Subha) no hizo el menor caso de nosotros, y



Mapa de Morang, II

yo le mandé decir que me quejaría al Maharajá, sin que la advertencia produjera el menor efecto. En Yanakpur debían facilitarnos un *sogitar* o guía oficial; sin embargo, no compareció, a pesar de que seis de mis hombres se pasaron cuatro horas buscándolo. En consecuencia tuve que decirme: ¡Huésped del Maharajá, compóntelas tu mismo! Escogí para acampar una era emplazada en la periferia del pueblo, a la sombra de un corpulento árbol. El hecho de que la era fuera muy transitada, no me preocupaba. Continuamente iban y venían muchachas y mozos trayendo gavillas de arroz para estibarlas allí y prepararlas para la trilla.

Mientras yo me ocupaba preparando mi estación número 301, Ganesch y la escolta, cuya devoción no podía aguardar a que yo les diera permiso, se marcharon en peregrinación a un templo hindú famoso en todo el Nepal: el venerado santuario de Yanakpur. El Maharajá lo había mandado edificar en memoria de su esposa. La construcción, de ladrillo enjalbegado y con aspecto de palacio, más produce la impresión de un cuartel que de una morada de Dios (fig. 39). De la fachada Oeste dos anchas escalinatas de ladrillo bajan a una gran piscina rectangular donde los creyentes se bañan. Añosos árboles rodean el estanque, poblado por centenares de patos salvajes. Para una persona como yo, europeo forastero y curioso, apenas hay lugar en la escalera, y cuando me vuelvo, púdico, para no molestar a los bañistas que se desnudan en las gradas, caigo en los brazos de los importunos *saddhus* que, pintada la frente de blanco y la cara y el cuerpo embadurnados con ceniza, más me exigen que me piden una limosna.

También las muchachas del Nepal son hijas de Eva, aun no teniendo la menor noción de la belleza paradisíaca. Al anochecer estábame yo trabajando con mis instrumentos cuando me vio de lejos una linda rapazuela de unos cuatro años. Yo guardaba aún de mis objetos de adorno de Pforzheim una cadenita y la saqué para regalarla a la pequeña: «¡Toma —le dije —, para tí!». Pero la niña la rechazó rudamente y, dando media vuelta, echó a correr. Regresó muy pronto en compañía de su madre y yo temí tener que encajar un airado discurso, tal vez por no haberme comportado en la forma debida. Pero no, no ocurría nada desagradable. *Madame* comprendió inmediatamente mi intención y colgó la cadenilla alrededor del cuello de su hija, la cual diome las gracias con la carita bañada en lágrimas y con gracia perfecta.

Yanakpur cuenta también con una cárcel, un molino arrocero y una estación de ferrocarril. De ésta arranca una línea de vía única y estrecha que, a través de bosques claros, se dirige al Sudeste hasta la frontera india; un ferrocarril con máquina de vapor sirve principalmente el transporte de mercancías.

La comarca de Yanakpur es uno de los graneros de arroz del Nepal. Todo el espacio que el ojo alcanza son arrozales. Los campos están separados por hileras de arbolillos de mostaza.

Al día siguiente, *25 diciembre*, continuamos por el mismo camino, con Chikna (1) por objetivo. Aquel día era la primera Navidad de guerra en mi patria, pero no tuve ni una hora para la meditación, pues todas estuvieron llenas de desbarajuste y enfado. El *sogitar*, que por fin había comparecido, marchó con la columna, contrariamente a sus obligaciones, y en dirección opuesta a la señalada. Lo envié a buscar, y después de extraviarnos por segunda vez, gracias a su incapacidad, tuve que constituirme yo mismo en guía del equipo técnico. Volvimos a acercarnos hasta muy poca distancia de la frontera.

Tomamos entonces la dirección Norte, por Harbara y Yadukowa hacia Thilla, una aldea de forma alargada en sentido Norte-Sur. Para empezar las mediciones, necesitaba siempre diez soldados y peones para los servicios y disposiciones complementarias. Al disponerme a iniciar mi trabajo en Thilla, eché de menos a mis ayudantes; Ganesch les había autorizado a ir «a comer» al pueblo. Tuve que aguardar hora y media en la entrada de la localidad, hasta que mozos y soldados hubieron comido a sus anchas. En extremo malhumorado eché en cara a Ganesch aquel ejemplo de consumada desorganización, pero el hombre se retiró con un encogimiento de hombros. Aquello acabó con mi paciencia. Al anochecer envié recado al coronel Ganesch Bahadur y al comandante Hem Bahadur, invitándolos a venir a mi tienda y les largué el siguiente discurso:

—Señores míos, les comunico que estoy más que harto de la expedición. Sin la colaboración de ustedes, la empresa es irrealizable. Desde hace mucho tiempo les consta que necesito a la gente para las mediciones. El hecho de que autoricen a los hombres a marcharse a comer sin prevenirme lo

(1) A partir de aquí véase mapa Morang II, pág. 173.

califico de sabotaje. Si me paso el día efectuando mediciones y sólo a última hora de la tarde como por primera y última vez al día, ¿en beneficio de quién lo hago? ¿Lo hago por mí o por el Nepal? Ustedes y su gente son nepalenses, ¿no? ¿No podría pedirles siquiera un tercio del esfuerzo que yo realizo? Estoy pensando en dar por terminada la expedición en Sirha y regresar a Katmandu. ¡Muchas gracias, señores!

Los señores palidecieron y reaccionaron al acto. Rogáronme con vehemencia que les perdonase y desistiese de mi terrible propósito : —¡La ira del Maharajá nos aniquilaría! —. La hipótesis era muy plausible ; despedí a los confusos personajes con rostro impenetrable, pensando que el efecto de mis palabras duraría siquiera una semana.

Durante nuestra marcha en dirección Norte, por un terreno arenoso y de mediocres pastos en la circunscripción de Guiha y con explotación agrícola y ganadera en la de Godar, camino de Chisapani, hice una interesante observación geográfica que ya en otras localidades me había llamado la atención. Seguíamos a distancia el arenoso lecho, de 350 m. de anchura, del río Kamla, uno de los muchos que nacen en la vertiente meridional de Himalaya y que, atravesando el Morang de Norte a Sur, penetran luego en la baja llanura india. Estos ríos salvan un desnivel considerable, corren por una acentuada pendiente y se convierten en la estación lluviosa en cursos de gran caudal, que acarrean una cantidad enorme de materiales, socavan sus abruptas orillas de hasta 10 m. de altura, las roen, desgastan y quiebran e, inundándolas, se excavan nuevos cauces. Calculé la anchura del lecho del Kamla en 800 m. y en 10 m. la altura de sus escarpadas márgenes. En muchos puntos, la fuerza del agua había convertido la orilla en un conjunto de hoyas y cuevas. Acudiendo al mapa, pude comprobar que el río estaba mucho más cerca de nuestro camino de lo que cabía suponer por los datos que aquél nos daba. Dicho de otro modo : en el curso de los decenios transcurridos, el Kamla había alterado su lecho por lo menos un kilómetro hacia Poniente. Reuniendo todas las observaciones, podíamos expresar el fenómeno del modo siguiente : las corrientes fluviales del Terai tienden a emigrar hacia Oeste. No dispongo de elementos de juicio para dar una explicación lógica y plausible de esta « desviación paralela ».

Después de cruzar el canal del Kamla, de 40 m. de ancho y con agua hasta la rodilla, establecimos el campa-

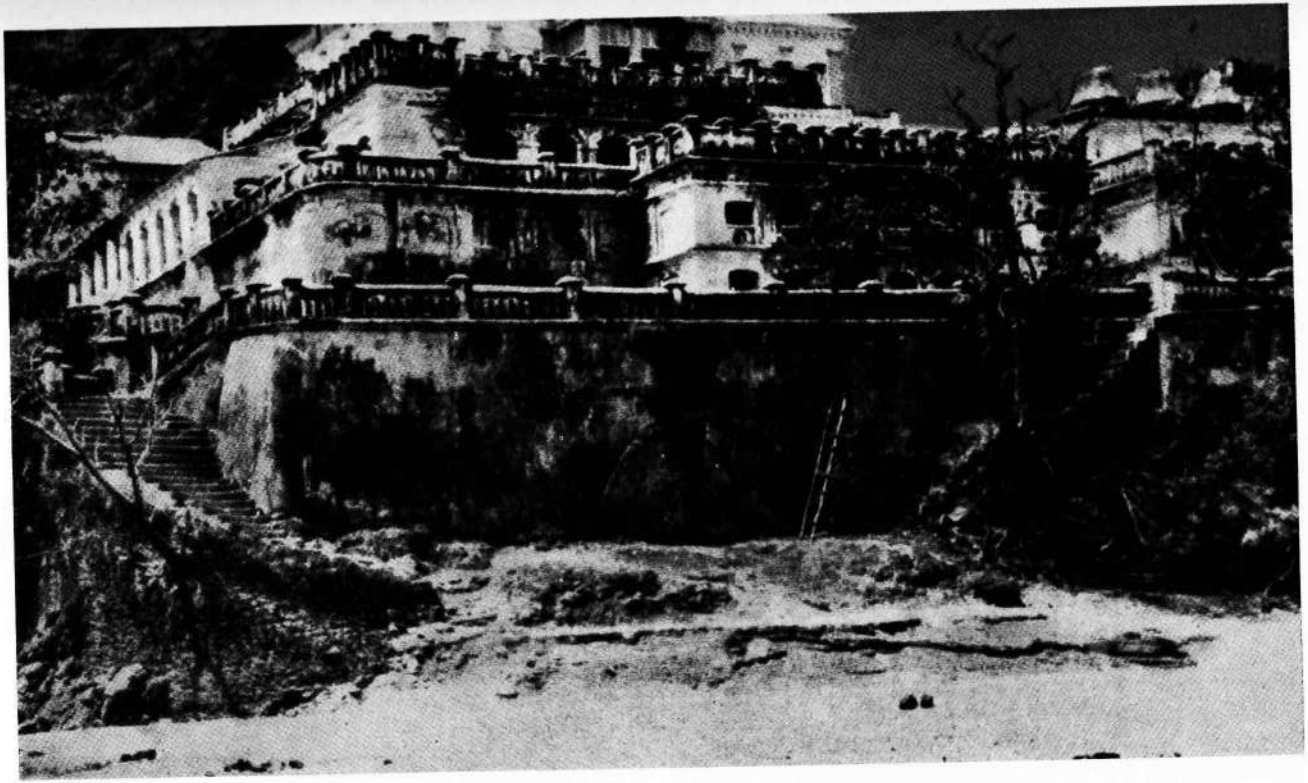


FIG. 34. Fachada oriental del palacio deshabitado de Rani Gat. Las hormigas blancas han destruído toda la obra de madera del edificio

FIG. 35. El coronel Ganesch con su inseparable narguilé

mento en su orilla Sur, algo más arriba de dos rápidos, en las proximidades de Chisapani. Entre los guijarros, a pocos pasos del agua fría y azul, yacía un cadáver humano en el que se estaban cebando lo menos cincuenta gigantescos buitres.

En aquel punto tocaba efectuar una medición principal; enjambres de despiadados mosquitos me dificultaron la operación. Al anochecer vi con gran pesar que mi receptor de onda corta no funcionaba. Lo desmonté pieza por pieza sin descubrir ninguna avería. ¿Qué hacer? Decidí enviarlo a Katmandu, con un porteador y dos soldados, para su reparación. A primera vista aquello parecía complicado y peligroso, aparte significar una pérdida de tiempo; pero era del mal el menos. De Chisapani arrancaba un camino de montaña, parecido al de Bhimpedi a Thankot por Chisapani Garhi, que iba a la capital; los tres hombres podrían efectuar cómodamente el trayecto en ocho días. Contando dos de permanencia en Katmandu para la reparación del aparato y otros ocho para la vuelta, los mozos podían estar nuevamente en Chisapani para el 14 de enero. Entretanto, la expedición habría avanzado hasta Biratnagar, por Sirha y Hanumannagar, y yo sólo tendría que enviar un elefante a Chisapani para recoger a los viajeros, los cuales se reincorporarían a la expedición en el espacio de tres días. Por otra parte, el camino de montaña era muy transitable, frecuentado, seguro y como hecho a medida para el avituallamiento del grupo, pues, según el coronel Ganesch, había en el Nepal Oriental una guarnición de 15 regimientos (1), cinco de los cuales se hallaban estacionados a lo largo de aquel camino. Cierto que el coronel propuso que enviásemos al grupo en tren, por la India, vía Raxaul, pero me opuse. Estábamos en guerra y era seguro que los puestos de vigilancia angloindios registrarían el equipaje en la frontera y se quedarían con el receptor. Opté por el camino de montaña.

El *27 de diciembre* fue día de descanso. Cuando todo el mundo dormía aún en el campamento, despedí al grupo de los tres hombres, deseándoles buen viaje. No me descontentaba aquella solución, pues me hallaba en condiciones de compensar los prejuicios que pudieran acarrear la ausencia de las señales horarias. Dentro de poco estaría en Sirha y luego en Hanumannagar, pueblos dotados ambos de servi-

(1) Según Ganesch, hay un regimiento de 550 hombres en cada una de las localidades de Sindhuli-Garhi, Hariharpur-Garhi y Dhulikel-Garhi.

cio telefónico. No representaba, por tanto, ningún problema el hallarse en un rincón del Nepal Oriental y, por 100 km. de línea telefónica, hablar con el comandante en jefe, en Katmandu. El amigo Herrmann podría darme, pues, la hora sin dificultad.

Un paseo matinal por la orilla del Kamla hasta Chisapani me devolvió mi buen humor. Aquella aldehuela está situada en la margen Norte y consta de tres o cuatro barracas de madera donde unos comerciantes venden víveres y objetos de uso corriente.

Unas palabras de elogio a los pueblos de Morang: cuanto más pequeños y pobres eran, tanto más llanamente y sin obstáculos se efectuaba nuestro aprovisionamiento. Hem solía leer al alcalde del lugar la orden del Maharajá, y no había transcurrido el tiempo de «fumarse dos pipas» cuando ya llegaban la leña, la paja, el arroz, etc.

Alcanzamos Sirha a los dos días, el *29 de diciembre*. Al principio una marcha holgada por la orilla este del cauce arenoso del Kamla, luego por una llanura ligeramente ondulada, más alta y cultivada en parte, con míseros villorrios. En aquel trecho cruzamos una serie de afluentes orientales del Kamla, todos en dirección Sur.

En Sirha montamos el campamento junto a la estación telefónica. Presentáronse otros tres policías, envuelta la cabeza en rojo paño indio, y como el pueblo en masa se había movilizado, los guardias pudieron ejercer sus funciones. Despejaron el lugar y a los rezagados, que cumplían la orden a regañadientes, se les obligó a barrer las inmundicias que lo cubrían con un pie de espesor.

Al comunicarme el coronel que el personal estaba muy fatigado y necesitaba un descanso más prolongado que de costumbre, resolví pedir a Katmandu el relevo de la gente, o sea su reemplazo. Luego lo más importante fue conocer la hora exacta; al efecto fuime con Ganesch a la Oficina de Correos y dirigimos el siguiente telegrama al Comandante en jefe: «Please advise Herrmann to take timerécord to-morrow morning for transmitting recordtime to-morrow afternoon 2 o'clock! urgent: Filchner» (1). Fue más fácil escribirlo que hacerlo. Primero la estación telegráfica de Katmandu se pasó sus buenos veinte minutos preguntando al coronel qué significaba «timerecord». Luego los telefonistas de la capital se ne-

(1) «Ruego diga a Herrmann que mañana por la mañana registre las señales horarias para poder transmitirme la hora exacta a las 2. Urgente, Filchner.»

garon a hacerse cargo de la comunicación. Motivo: el Herrmann mencionado en el telegrama ¡no formaba parte de la expedición! Además, la petición era superflua. Aquella ridícula discusión me pareció ya demasiado idiota y así pedí al coronel que hiciese uso de su autoridad y ordenase al imbécil funcionario que transmitiera el despacho. Fue un proceder un poco radical, pero el hombre lo hizo y el telegrama salió. A la noche llegó la respuesta del Comandante en jefe: a la mañana siguiente se dispondría todo según mis deseos.

El lunes 30 de diciembre el Departamento de Colonización llamó a las 14 en punto. Púseme al aparato con mis cronómetros y Herrmann me dio la hora exacta con toda claridad. Al terminar la conferencia le encargué que repitiese la operación en Hanumannagar, quedando convenido que así lo haría. Volví a solicitar el relevo de la fatigada tropa: ¡denegado! Finalmente pedí autorización para enviar a Hem a la India en comisión de compras: ¡permitido! Esto lo pedí como precaución, pues entretanto me habían asaltado mil temores: un receptor de onda corta era poco menos que indispensable. ¿Podía confiar en el que iba camino de Katmandu? ¿Qué, si no podían repararlo? ¿O si durante el regreso los tres hombres lo dejaban caer, lo rompían o lo perdían? Lo mejor era tener dos. Y he aquí que me permitían enviar a Hem a Calcuta a comprar un receptor nuevo.

En consecuencia, Hem se marchó provisto de una recomendación del Gobierno, con dos encargos particulares míos: primero, enviar a mi hija a Bombay, desde Calcuta, dos libras de chocolate; segundo, comprar para mí en el Great Western Store ropa interior y alimentos.

Libre de pequeñas preocupaciones dediqué el resto del día a deambular por la dilatada aldea de Sihra y visitar a nuestros elefantes, acampados a la entrada de la localidad, junto a un bosquecillo. Los sorprendí en el preciso momento de cenar: ramas y haces de paja gruesos como el puño, rellenos de arroz, preparados allí mismo. De estas golosinas recibe cada animal unas cuarenta porciones por comida. El que no quedaba satisfecho lo manifestaba agitando las cadenas de hierro de las patas y se le servía más. Aquellos grises monstruos no me producían la menor preocupación; incluso los que tenían fama de rebeldes dejaban que les metiese golosinas en la boca y me obedecían tan al pie de la letra, que los cornacas se asombraban al verlo. Una hembra de dos años me demostraba un cariño verdaderamente impresio

nante y me seguía como un niño juicioso. Todo mi «secreto» radicaba en que yo procedía con los elefantes como los padres razonables lo hacen con sus hijos. Cierto que nuestros elefantes eran aún medio «niños». Pero cuando estos animales han pasado los primeros cuatro años, pierden su carácter infantil y con harta frecuencia manifiestan tendencias muy desagradables, que incluso a mí me inspiran respeto. Con las bestias ocurre lo mismo que con las personas.

* * *

Geográficamente, mi zona de exploración abarcaba el Nepal Sudoriental, desde la línea férrea Raxaul-Amlejgani hasta la frontera este del país, o sea, una parte de la vasta baja llanura de la India Septentrional. Me señalaban los límites, al Norte, las cadenas de Siwalik (Juria-Range) del Bajo Himalaya, con los bordes pantanosos del Terai; al Sur, la frontera política. En esta faja de anchura variable (a la altura de Sirha, 32 km.; a la de Sapt Kosi, 20 km.; a la de Biratnagar, 45 km.; a la de Yhapa, 19 km.); establecí ante todo, por un «camino» de dirección Oeste-Este, una línea de mediciones magnéticas que reproducía el perfil de base de la región recorrida. Para obtener una imagen de la estructura magnética del conjunto de la zona, era necesaria una medición superficial que logré avanzando de la base y calculando sectores hacia el Norte y hacia el Sur, «ramales» más o menos largos que cubrieron toda el área. En la práctica, este proceder dio por resultado un gran número de perfiles, ya paralelos, ya convergente-divergentes que se intersectaban, que yo completaba con excursiones menores de uno o varios días. Este método, necesario, resultaba también fatigoso y sometía a mi gente a una dura prueba; pues para su mentalidad todo aquello no era sino un incomprensible ir y venir sin ton ni son; marchas y contramarchas a puntos ya medidos; en resumen, no era un avance, un caminar hacia delante, con un objetivo definido que constituiría el término de sus penalidades. Yo me hacía cargo de que aquel vagar sin aparente rumbo desconcertaba, desanimaba y volvía pasivos a los hombres, desmoralizándolos; y así se lo tenía en cuenta, incluso cuando, como ocurrió algunas veces, me encendieron la sangre su desobediencia, su pereza, sus mentiras y desfachateces.

Uno de aquellos importantes «ramales» que he citado empezaba al este de Sirha y, formando un lazo al norte del Dhauri, llevaba por Jogs, Harinagar y Sarswati a Muksar. Seguimos por estrechos lindes de campos, a través de un paisaje llano y uniforme. Aquí y allá pantanos cubiertos de altas hierbas y habitados por múltiples especies de aves. Acequias de riego; jardines con mangos de amplias copas; aldehuelas que se parecían como un huevo a otro huevo. En las callejas, gentes bonachonas, rígidas de mugre. Niños desnudos; muchachas de cabello negro, crespo y desgreñado. Apenas había una choza de bambú que no tuviese varias reses bovinas delante de la puerta. Para que nuestra columna pudiera transitar por los angostos callejones, era preciso amarrar los animales y llevárselos. Era muy agradable ir sentado en la silla de manos, columpiándome por los linderos de los campos al paso tardo de mis porteadores, entre los setos que se alineaban a derecha e izquierda. Aquel procedimiento de viajar me gustaba tanto más cuanto que, mientras me llevaban, podía yo ir anotando las impresiones de ruta. No bien descargábamos y se montaba el campamento, producíanse las consabidas «preocupaciones del servicio» sin las cuales ninguna expedición sería tal. Procedióse, pues, a descargar mi tienda, y en seguida noté que olía intensamente a petróleo. Se había vertido un recipiente que había sido envuelto en la lona. Los mozos lavaron la tela con agua y tierra. Al apearme, a uno se le cayó la pesada plancha que servía de asiento, dándome en el dedo gordo del pie izquierdo, que me había fracturado ya por dos veces: una en la Antártida, y otra, en el Karakorum. El golpe dio de lleno en el lugar de la fractura. Ocurría esto el 31 de diciembre.

El 1.° de enero de 1940 trabamos conocimiento con el Yabdi Tariban, una zona de selva clara, sin bosque bajo, muy transitada. En su borde occidental alcanzamos el Gobaryal (Dhauri), profundamente entallado y ancho de 300 m.; lo seguimos, primero a lo largo de unos campos y luego de una zona baja de dunas, hasta Muksar, el punto más septentrional de nuestro lazo, bajo las estribaciones de la cadena de Siwalik. Según Hem, la diseminada colonia contaba 800 almas.

Tras una vigorosa marcha al Sur, pasando por aldeas que albergaban una población inteligente y laboriosa, llegamos nuevamente a Aurahi, con su lindo parque plantado de mangos.

El 3 de enero de 1940 proseguimos en dirección a Bhagwanpur, un pueblo con magníficas palmeras y cisternas mamposteadas; desde él avanzamos hasta el Balan para, en una nueva arremetida, llegar al pie de los montes de Siwalik. Mis porteadores me conducían a buen paso, por prados y por la jungla clara. Nos indicaba el camino el Balan, arenoso lecho fluvial de 400 m. de ancho por el que se abría camino un hilo de agua serpenteando de una a otra orilla. Desde el Norte nos saludaban las pobladas montañas del Bajo Himalaya, y por la noche oíamos rugir los tigres.

En el campamento de Betaha, al oeste de la bifurcación del Balan, entróle al coronel otra vez la manía de contarme fábulas. Empezó rectificando los informes que me diera hasta entonces sobre el petróleo de Morang.

—¡Muy bueno! —le respondí —. ¡Después que todas sus profecías resultaron puros disparates!

—No —replicó Ganesch, apretándose el narguilé contra el pecho con ademán de protesta —. Esta vez es la pura verdad. En el Odare hay oro. ¡Con toda certeza han encontrado allí oro! —. El Odare era el más occidental de los dos ríos manantiales del Balan. Como el lugar indicado por el coronel estaba muy cerca y podía irse hasta él desde el campamento, en una excursión de tarde, decidí llegarme allá para salir de dudas. En todo caso podría más tarde asegurar al Maharajá, sin escrúpulos de conciencia, que no había dejado sin comprobar ninguna de las afirmaciones de su geólogo.

—Todavía he de comunicarle otra observación singular —dijo el coronel —. Los habitantes de Hidalwa (1) no envejecen. Los jóvenes tienen el mismo aspecto que los viejos. Yo lo atribuyo a los gases tóxicos que emanan del suelo, en las inmediaciones de Hidalwa.

Era aquella una localidad situada al este del Sapt Kosi, por la que habríamos de pasar, según el itinerario de la expedición. No entendía yo lo que se proponía Ganesch con aquella revelación, poco importante, aunque dicha con aire trascendental. ¿Quería tal vez infundirme pánico hacia el Morang Oriental?

Éramos seis y nos repartimos entre dos elefantes. El 5 de enero, día de descanso, monté, con el coronel y mi *boy*, en la dama Devi Kali, mientras dos portadores de instrumentos y un viejo de la comarca lo hicieron en el otro animal. Re-

(1) Véase mapa de Morang III, pág. 195.

montamos el curso guijarroso del Odare, ora a lo largo de la orilla, ora por el mismo cauce. Al cabo de hora y media estábamos en el lugar, una idílica pradera que se extendía por una terraza rocosa de 20 m. de altura, limitada por las colinas pobladas de abetos de las estribaciones del Himalaya; un lugar idóneo para estación veraniega a nuestro gusto.

—En esta pradera —dijo el coronel con énfasis — los naturales han encontrado oro —. El viejo indígena asintió con un gesto de la cabeza.

— ¿Cuándo ocurrió la cosa? —pregunté —. ¡Oh, hacía mucho tiempo! Ganesch añadió: —Hay aquí muchísimos leopardos y la gente cree que las fieras guardan el tesoro.

Monté mis instrumentos y realicé algunas mediciones en la « áurea pradera ». Poco antes del crepúsculo vespertino regresamos al campamento, caballeros en nuestros pacientes proboscídeos. En camino, pasamos junto a cuatro soldados que iban con bayoneta calada y se cubrían la cabeza a la manera típica de los funcionarios del Nepal: un aro metálico alrededor de la frente (1), en el que se sujetaba, encima de la nariz, un haz de plumas vertical. Los hombres volvían de su punto de servicio en Chisapani; les habían destinado a la vigilancia de la feria de Daulatpur.

El 6 de enero nos hallábamos nuevamente en Chanahi, reintegrados al grueso de la expedición. Los elefantes se lavaban en el estanque del pueblo el polvo acumulado en los pliegues de su ropaje y se servían la cena en la floresta, en forma de raciones dobles de ramas de árbol. Ganesch había sido afortunado en la caza; trajo tres palomas torcaces, con lo que también los hombres nos dimos un banquete. Los chacales habrían olido seguramente el asado, pues al caer de la noche se acercaron sin temor hasta el mismo borde del campamento, aullando abominablemente. Un perro del pueblo, creyéndose acosado por las fieras, vino a refugiarse en mi tienda.

En Chanahi encontré cortado por dos veces el camino principal que lleva hacia el Este. Aquellas operaciones « estratégicas » en las proximidades de la frontera, que había observado repetidamente, tenían, sin embargo, poquísima eficacia. Rodeamos las charcas.

A partir de Chanahi sucediéronse desviaciones alternativas hacia el Norte y hacia el Sur, de manera que, sobre el papel,

(1) Un comandante reemplazaba el haz de plumas por un escudo ovalado del tamaño de un huevo, en el que había representada una diosa entre piedras preciosas.

montamos el curso guijarroso del Odare, ora a lo largo de la orilla, ora por el mismo cauce. Al cabo de hora y media estábamos en el lugar, una idílica pradera que se extendía por una terraza rocosa de 20 m. de altura, limitada por las colinas pobladas de abetos de las estribaciones del Himalaya; un lugar idóneo para estación veraniega a nuestro gusto.

—En esta pradera —dijo el coronel con énfasis— los naturales han encontrado oro —. El viejo indígena asintió con un gesto de la cabeza.

— ¿Cuándo ocurrió la cosa? —pregunté —. ¡Oh, hacía mucho tiempo! Ganesch añadió: —Hay aquí muchísimos leopardos y la gente cree que las fieras guardan el tesoro.

Monté mis instrumentos y realicé algunas mediciones en la «áurea pradera». Poco antes del crepúsculo vespertino regresamos al campamento, caballeros en nuestros pacientes proboscídeos. En camino, pasamos junto a cuatro soldados que iban con bayoneta calada y se cubrían la cabeza a la manera típica de los funcionarios del Nepal: un aro metálico alrededor de la frente (1), en el que se sujetaba, encima de la nariz, un haz de plumas vertical. Los hombres volvían de su punto de servicio en Chisapani; les habían destinado a la vigilancia de la feria de Daulatpur.

El 6 de enero nos hallábamos nuevamente en Chanahi, reintegrados al grueso de la expedición. Los elefantes se lavaban en el estanque del pueblo el polvo acumulado en los pliegues de su ropaje y se servían la cena en la floresta, en forma de raciones dobles de ramas de árbol. Ganesch había sido afortunado en la caza; trajo tres palomas torcaces, con lo que también los hombres nos dimos un banquete. Los chacales habrían olido seguramente el asado, pues al caer de la noche se acercaron sin temor hasta el mismo borde del campamento, aullando abominablemente. Un perro del pueblo, creyéndose acosado por las fieras, vino a refugiarse en mi tienda.

En Chanahi encontré cortado por dos veces el camino principal que lleva hacia el Este. Aquellas operaciones «estratégicas» en las proximidades de la frontera, que había observado repetidamente, tenían, sin embargo, poquísima eficacia. Rodeamos las charcas.

A partir de Chanahi sucediéronse desviaciones alternativas hacia el Norte y hacia el Sur, de manera que, sobre el papel,

(1) Un comandante reemplazaba el haz de plumas por un escudo ovalado del tamaño de un huevo, en el que había representada una diosa entre piedras preciosas.

nuestra línea de marcha se parecía a los trazos del estilete de un sismógrafo. La mayoría de las veces íbamos campo a través, de un seco y arenoso lecho fluvial al otro ; otras avanzábamos por tierras pantanosas, o por extensiones herbáceas, a menudo secas, amarillentas y agostadas, para volver luego al bosque, a los plataneros y a los campos. Nos dijeron que en la comarca de Janakpatti, en las cercanías de Jairban, abundaban los osos y los leopardos, pero no vi ni a unos ni a otros. Contábase que los leopardos eran de una audacia inaudita y que se llevaban de los pueblos cerdos, perros y gallinas, según les venía a mano. Respetaban a los niños. En los pantanos descubrí grandes cigüeñas, patos, buitres y ejemplares gigantescos de murciélagos que volaban con un estruendoso traqueteo. También prosperaban por aquellas inmediaciones los asnos salvajes. Por la noche flotaban en el aire miríadas de luciérnagas.

Aquella región está provista de un número sorprendente de pozos, con frecuencia cubiertos, de paredes circulares, cercados sobre el nivel del suelo por anillos de ladrillo o cemento de un metro de altura. También hay allí artesas recubiertas de cemento para abrevar el ganado.

El 8 de enero nuestro *sogitar* nos jugó una mala pasada. En vez de conducirnos por una buena carretera al objetivo intermedio de Mahuki, hizo un gran rodeo por su pueblo natal. En camino nos dijo que aquella desviación era necesaria, pues con ella se salvaban una serie de pantanos, pero más tarde reveló a los porteadores, su verdadero propósito: ¡que su tribu viera a un auténtico europeo! Ganesch castigó al hombre por el método castrense : mientras yo efectuaba las mediciones en Mahuki, el guía hubo de permanecer con los brazos levantados, sosteniendo su bastón hasta que yo hube terminado. Por fortuna para él, yo sólo hacía una medición complementaria que no duró más allá de media hora.

En Bisanpur acampamos en las inmediaciones de un cementerio. Al anochecer hubo música, un concierto relativamente melódico, cosa rara en el Nepal. Eran sacerdotes y servidores de un *mandirr* (1) cercano, que arrancaban notas a sus instrumentos de metal y al mismo tiempo agitaban campanillas de tamaños diversos. Ya cerrada la noche, la continuación del concierto corrió a cargo de los chacales.

Para el día siguiente había proyectada una excursión hacia el Sur, hasta Sajara, con el mínimo posible de impedi-

(1) Un pequeño templo.

menta, es decir, con un puñado de hombres a quienes había puesto a prueba y adiestrado en el curso de mis expediciones parciales. La caravana recibió orden de aguardar nuestro regreso en el campamento de Bisanpur. Partió el grupo bajo una espesa niebla matinal, empleando una buena hora para avanzar, por caminos secundarios, hasta el borde sur del pueblo de Sajara. Elegí el lugar de mediciones junto al *mandirr* de Sajara-Mai, guardado por *saddhus*. Delante del templo había un árbol en cuyo tronco aparecían colgadas, superpuestas, varias imágenes de animales. Unos matorrales nos protegían contra miradas importunas a mí y a los relucientes instrumentos; pues la frontera se hallaba apenas a medio kilómetro. Unas chozas levantadas a cosa de 600 m. de nosotros estaban ya en territorio indio. El coronel Ganesch se tomó la cosa en serio; la escopeta de caza al brazo protegió mi trabajo, sin perder de vista ni por un momento aquellas casitas que asomaban al Sur. En realidad, la cosa era para preocupar y convenía darse prisa, pues apenas había iniciado mi trabajo cuando vi un jinete con un capote rojo lanzado a todo galope en dirección de la frontera y que desapareció en el bosque. —¡Que me coman —dijo el coronel —si no éra un agente del servicio indio de fronteras!

—¡No sería usted mal bocado! —, respondíle, aludiendo a su gordura. Recogí luego mis trastos y me hice llevar a Bisanpur. Con gran asombro no encontré en el campamento ni tiendas, ni carros, ni elefantes ni hombres. ¿Dónde se habría metido la caravana? Ganesch se encogió de hombros. Aquel gesto de desidia e indiferencia me sacó de mis casillas, por lo que grité al señor geólogo gubernamental: —¡Pues no tendrá más remedio que salir en busca de la caravana y traerla aquí!

Ganesch se puso en camino. No tardó en verse que la gente había vuelto a proceder a su capricho y con absoluta negligencia. El lugar señalado para campamento les había parecido poco atrayente, por lo que se habían repartido entre una serie de chozas más confortables, echándose tranquilamente a dormir. ¿Y los animales? Nadie se había ocupado de ellos. Más tarde vi los elefantes y bueyes paciendo en los campos, desperdigándose, lenta pero progresivamente, a los cuatro vientos. El espectáculo sulfuró al propio coronel, quien, enfurecido, impuso una multa de una rupia a cada hombre.

En Bisanpur tuvimos que dejar uno de los elefantes; fue nuestro primer enfermo. Sufría de dolores en el cuello y tem-

blaba en todo el cuerpo. Tomé las disposiciones necesarias para que más tarde el precioso animal fuese conducido a Hanumannagar, a marcha lenta y sin carga.

Fue un cuadro reconfortante el de los innúmeros canales de nueva construcción que surcaban en todos sentidos los campos del distrito de Hanumannagar. Era aquella una iniciativa del Estado para intensificar la explotación agrícola. Los lechos de los canales estaban revestidos de ladrillo y tenían largos tramos rectilíneos. Caminitos corrían a lo largo de los bordes, y diminutos puentes de ladrillo comunicaban sus dos orillas. Es indudable que el Nepal ha aprendido mucho de su modélica vecina, la India, en la cuestión vital de la irrigación sistemática de sus tierras de pan llevar.

En Mansapur, nuestra última parada anterior a la capital de la provincia, Hanumannagar, salió a recibirnos una patrulla militar de paisano. Su jefe nos comunicó que había sido enviado para nuestra protección; sus hombres llevaban escopetas antediluvianas y tenían aspecto de bandoleros. De todos modos, el hecho de proporcionarnos una escolta parecía augurar un recibimiento más absequioso que el de Yanakpur.

Por aquellos días debía estar de regreso en Chisapani el grupo de los tres hombres despachados a Katmandu para la reparación del receptor de onda corta; esto suponiendo que todo hubiese marchado del modo previsto. Por consiguiente, envié un elefante a Chisapani. Sólo nos quedaban cuatro animales, y me vi en la necesidad de aumentar la carga a los demás. Devi Kali tomó sobre su amplio lomo mi baúl y el lecho de campaña, con lo que el *howdah* quedó lleno. Confié mi centenar de kilos a los portadores de la silla de mano.

Desde hacía algún tiempo notaba yo cierta inquietud entre los hombres y el ganado. Exteriorizaban un temor que crecía a medida que se acercaba la noche, hasta convertirse en verdadero pánico. La culpa la tenían las fieras: durante las últimas noches, leopardos, tigres y osos habían tratado de penetrar en el campamento.

«La seguridad está antes que el sueño», me dije y, para consuelo de la caravana y espanto de los importunos huéspedes, mandé que durante toda la noche se aporrearan cacharros de hojalata.

Había dado orden de partir el 11 de enero al rayar el alba, con objeto de llegar al pueblo de Hanumannagar —gran centro de tráfico fronterizo— a mediodía y no al anochecer;

pensando que a esta hora sería casi imposible vigilar a la gente y mantener la disciplina entre el barullo de la calle. Los hombres seguramente creyeron que mi disposición se proponía privarles de un legítimo asueto, por lo que a la mañana se hicieron el sordo; nadie dio señales de levantarse, ni siquiera el coronel. También seguían durmiendo los guardianes de los elefantes, a pesar de que se consideraban superiores a los demás. El diablo andaba desatado. Cuando por fin la caravana se incorporó, produjose una nueva demora: un emisario vino a decirme que el elefante enfermo que habíamos dejado en Bisanpur había muerto. En seguida sentí despertarse en mí la sospecha; conociendo la pereza, vanidad e indisciplina de mis cornacas, pensé que eran muy capaces de haber envenenado al animal.

Se había perdido un elefante. Costaba 2000 rupias. El Nepal disponía de muchos elefantes; ¿qué me iba a mí en ello? Pero no era eso sólo. Considerando la multitud de obstáculos, tropiezos y resistencias que había podido observar desde el comienzo de la expedición, el más ingenuo se habría dado cuenta de que se procedía metódicamente para amargarme la estancia en Morang. Nunca podía coger a los autores, que se mantenían en la sombra. Para mí la lucha era desigual y difícil. ¿Debía rendir las armas? ¿Debía comportarme como un particular y, con un gesto conocido, decir adiós al país? Yo no era ya un particular en el sentido corriente de la palabra. Por encima de los intereses particulares de Maharajá —que parecía tenerme afecto— y por encima del los intereses nacionales del Gobierno del Nepal, estaba otro mucho más alto: el de la Ciencia. Había sacrificado toda mi vida a un trabajo de investigación científica y no me sentía ahora con derecho a renunciar a este objetivo en favor del la seguridad y el bienestar personales, es decir, en favor de ideal burgués de la tranquilidad. Tenía, pues, que seguir luchando y obrar tal como me dictaba la conciencia. En el Nepal me gané la antipatía de algunas personas, porque arremetí contra su letargia y hube de constituirme en crítico y censor de sus mezquinos prejuicios egoístas, su nacionalismo de vía estrecha, etc. La Ciencia no es ni «cómoda» ni «remunerativa» ni «nacional». Mi lucha descendió hasta las más ínfimas menudencias de la vida diaria; pues no se puede ser fiel a lo grande e infiel a lo pequeño. El Departamento de Colonización hubo de sentir mis molestas arremetidas tanto como el último coolí de la expedición. La constante

tirantez en la superación de todos los estorbos me costó muchos esfuerzos, y hube de derrochar muchas energías para llevar a término con éxito mi obra.

Di al coronel Ganesch una botella de vidrio con tapones y le pedí que hiciera extraer una muestra del contenido del estómago del elefante muerto, para hacerla analizar en Katmandu. Luego le rogué insistentemente que castigase a todos los rezagados de la mañana, imponiéndoles una multa. Ganesch titubeó ; probablemente se daba cuenta de que la parte principal de la penitencia tendría que aplicársela a sí mismo. Yo no cedí un ápice, y como los culpables eran la casi totalidad del personal, llovieron las rupias. Liquidado aquel asunto, la caravana se puso al fin en camino. A medida que nos acercábamos a Hanumannagar, la carretera iba animándose de peatones y vehículos ; estaba ya avanzada la tarde cuando nos sumergimos en el enjambre de la calle Mayor. El bazar, una vía de 10 m. de ancho, era un remolino de polvo. Nuestros policías, procediendo sin contemplaciones, abrieron brecha en la oleada humana y guiaron a la caravana a un lugar umbrío del sur de la población, frente a «Correos», edificio de ladrillo de un solo piso ; allí establecimos el campamento. No estaban aún montadas las tiendas cuando se presentaron presurosos dos funcionarios del Estado para informarse de nuestros deseos. Eran el amable jefe de policía, Rudra Bahadur Subdar, y su ayudante. Ambos señores se pusieron inmediatamente al trabajo con gran entusiasmo, organizando las cosas. A poco llegó el carpintero Subang-Si, a quien encargué me fabricase un pie de trípode para reemplazar uno que se había saltado. Compareció luego un herrero para reparar el vástago roto de una tienda, mientras los ediles de la localidad, acuclillados, tomaban nota de las órdenes del coronel Ganesch, relativas a suministros de paja y víveres. Verdaderamente, Hanumannagar era de una madera muy distinta a la de Yanakpur. No había yo aún terminado de cenar, cuando ya el carpintero y el herrero se presentaron con las piezas de recambio encargadas. El primero se había traído incluso las herramientas por si había que hacer reajustes. Eran herramientas primitivas y misérrimas ; sin embargo no fue necesario retocar nada ; era un trabajo perfecto. Además, se había servido de una madera muy adecuada ; el inteligente artesano la había cortado de una buena tabla que llevaba diez años en casa de Bashihakkim, un pariente del Maharajá. Aquello le valdría una rupia de propina.

Una noticia que no me sorprendió nada, llegó a mi tienda y ensombreció mi buen humor. Los emisarios de Ganesch, de regreso de Bisanpur, devolvían la botella vacía con el recado de que «los cornacas se negaban a abrir el cadáver. Decían que sólo podía hacerse por orden expresa del Maharajá».

* * *

Hanumannagar está situada en una vasta llanura, cultivada y casi sin árboles, y constituye una colonia de casi 4 km. de larga que se agrupa en torno a la carretera, importante vía de tráfico en dirección Norte-Sur entre el Nepal y la India. Las casas, de planta baja y un piso, cuyas tiendas se abren sobre la calle del bazar, son construcciones de madera y piedra. Los comercios se alinean, pegados uno a otro, con mercancías para todos los usos y todos los gustos. Entre estos establecimientos, abundantemente surtidos, se apretujan puestos de cambistas y artesanos, en su mayoría herreros y sastres. En Hanumannagar circula indistintamente la moneda india y la nepalense.

En aquella población tomamos nuevas disposiciones de avituallamiento.

El 12 de enero fue día de importantes mediciones, amenizado con algunos contratiempos, pero también con interrupciones placenteras. Lo que me hacía perder la calma durante el trabajo era la inocente «Oficina de Correos», o estación telefónica. Durante todo el santo día permanecían allí los comerciantes de la ciudad esperando que les tocase el turno de utilizar el teléfono. Mientras aguardaban mataban el tiempo tratando de sus negocios, gritando; desgañitándose, regateando y diciéndose improperios, sin hacer el menor caso a mis policías. Pero lo peor de todo era el propio acto de telefonear. Armábase una furiosa pugna con los empleados de la oficina, quienes parecían tratar a sus clientes con olímpica autoridad, conectando o desconectando a su capricho. Yo oía todas las palabras, pues, como el calor era intensísimo, la puerta estaba abierta de par en par. Cuando, por fin, tras un forcejeo que ponía los pelos de punta, se conseguía establecer la comunicación pedida, el hombre se ponía al aparato y echaba a vociferar como si quisiera salvar la distancia que le separaba de su interlocutor, no por medio de la línea, sino a través del aire.

A las dos de la tarde me tocó a mi el turno de telefonear. Llamó el Departamento de Colonización de Katmandu. Primero el amigo Herrmann me dio la hora exacta; luego comunicóme que el receptor de radio había sido reparado y se hallaba camino de regreso; por lo demás, sin novedad; el trabajo en la estación registradora seguía su curso normal. En diciembre había registrado intensas perturbaciones magnéticas. A continuación hablé con el jefe Gunje Man, quien me preguntó si era necesario «despachar» a mi ayudante. Yo no comprendí la pregunta. Desde hacía muchísimo tiempo había quedado convenido y establecido que este asistente se reuniría conmigo en Biratnagar para hacerse cargo de la resolución de mis mediciones. Gunje Man declaró que quería hablar otra vez con el Comandante en jefe. Sacudí la cabeza; no entendía nada, y al despedirme le grité, casi tan alto como los comerciantes que usaban el teléfono: —Si no viene mi ayudante, el Maharajá tendrá que tomar un poquitín de paciencia hasta que reciba los resultados de la expedición —. Seis horas más tarde me llegó la siguiente comunicación: «El Maharajá se niega a enviar al ayudante, pues hay peligro de que el joven cometa alguna imprudencia en las inmediaciones de la frontera».

Cuando Hem Mufti Bahadur, a quien había despedido en Yuribella, se presentó de nuevo en Ramnagar, casi me asusté. En cambio en Hanumannagar me puse de un humor excelente y poco faltó para que lo abrazase como a mi hijo. Hem regresaba de la India y —¡Oh milagro! —había cumplido satisfactoriamente su cometido. Traíame varios números del «Statesman» y ropa interior; había enviado chocolate a Erika y, finalmente, desembaló un receptor Siemens nuevecito y reluciente. El oficial británico de vigilancia de fronteras y funcionario de aduanas le había entregado sin dificultades el aparato en el depósito de la Siemens, en Calcuta. Al atardecer probé el receptor y capté perfectamente las señales horarias de Moscú; las prefería por ser las que, junto con las de Nauen, me llegaban con mayor claridad. Me sentí feliz. Si mis tres expedicionarios me traían a su vez el aparato reparado, en adelante podría estar tranquilo.

Los días inmediatos fueron dedicados a establecer una cadena de mediciones magnéticas en la llanura que hay entre el Sapt Kosi y el curso inferior del Triyuga. Por un camino arenoso y muy descuidado seguimos el canal Chandra, en dirección N-NE. Aquella vía, que a trechos pasa por un

suelo de guijarros, era fatal para los elefantes. Pelados postes telefónicos nos indicaban la dirección; carecían de aisladores y, a trechos, incluso los hilos faltaban. Ganesch habló de bandas organizadas de ladrones que hacían inseguro el Morang Oriental. Avanzábamos con gran lentitud; en aquella arena fofa los carros se hundían hasta los ejes y los animales sufrían un verdadero martirio. Después de Yamua el suelo se afirmó.

El paisaje que atravesábamos se caracterizaba por dos rasgos humanos. Una mirada al mapa muestra el Sapt Kosi que, procedente del Norte, penetra luego en la baja llanura india. En el lugar donde atraviesa las montañas de Siwalik recibe un caudaloso tributario occidental, el Triyuga. A escasa distancia del punto de confluencia comienzan una muralla y el canal Chandra, ambos en dirección Sur, casi paralela al Sapt Kosi. El canal llega hasta la frontera, la muralla prosigue aún del otro lado de ella, terminando en la orilla oeste de aquel río. Según el coronel Ganesch, la gigantesca obra estratégica, de 29 km. de longitud, fue construída hace 5000 años (!) para proteger la llanura de las crecidas del Sapt Kosi. Hoy está invadida por la vegetación y de trecho en trecho presenta angostas roturas; ha perdido toda su importancia. La tierra, a uno y otro lado de la muralla, es cultivada con igual intensidad y se halla densamente poblada; ya no infunde terror el Sapt Kosi, pues, si bien es cierto que algunas veces, durante la época lluviosa, se sale de madre, ya no provoca inundaciones asoladoras; se ha domesticado. Podría deducirse de este hecho que, en época histórica, han disminuído las precipitaciones anuales del Nepal Oriental.

De fecha mucho más reciente es la otra intervención de la mano del hombre, el canal de Chandra, que empieza en Fatehpur. Es el ventrículo de esta llanura, a la que aporta el agua fertilizadora del Triyuga por una larga arteria rectilínea y con esclusas de derivación. Tiene el canal 6 m. de ancho y puede cruzarse por sólidos puentes de piedra, transitables incluso para vehículos. En su nacimiento, junto a Fatehpur, hay una moderna presa de ladrillería y cemento; su conservación está a cargo de un ingeniero del país. La instalación es por demás sencilla: un muro de 250 m. de longitud, provisto de cinco esclusas, cierra el Triyuga, embalsa las aguas y eleva su nivel hasta que el excedente puede alimentar el canal. Las construcciones de cemento dan la impresión de un gran primitivismo; diríase como si el cemen-

to y el dinero se hubiesen abocado allí antes de tiempo. Los muros de las esclusas están, por añadidura, muy inclinados; el último terremoto, de gran intensidad, los ha hundido considerablemente.

A cosa de 6 km. aguas abajo de la presa cruzamos, por un vado, el Triyuga, para dirigirnos hacia el Norte. Hubimos de darnos prisa, pues los animales peligraban hundirse en las arenas aluviales. En el lugar del vado, el río medía 30 m. de anchura, con una profundidad de 40 cm.; el lecho, empero, tenía una amplitud de 130 m. El objetivo de la jornada era el Sapt Kosi, cerca de la confluencia del Triyuga.

Al este del vado, la selva retrocede progresivamente, dejando lugar a lenguas de arena que el viento acarrea, arrancándola al material suelto del Sapt Kosi. Cuanto más avanzamos hacia el Este más estéril se vuelve el paisaje. El lecho del Triyuga se abre para formar un amplio delta arenoso. Pasamos por el pueblecillo de Karhaia y luego, de improviso, nos encontramos ante una escarpada orilla de 2 m. de alto, a cuyo pie corren y chapotean las aguas del caudaloso Sapt Kosi. También aquí llama en seguida la atención la incesante labor excavadora de la corriente, que ataca y devora la orilla occidental. Hace cuarenta años, Karhaia estaba a 2 km. del río; hoy la orilla izquierda se ha acercado 200 m. a la localidad. Mientras la gente y los elefantes se bañan con gran alborozo, yo procuro sacar al guía datos acerca de las características de aquella arteria fluvial. En el vado, el Sapt Kosi contornea dos llanas islas de arena de un kilómetro de largo, dividiéndose así en tres brazos. De la escarpada orilla Este a la Oeste mide unos 3 km. El brazo occidental es fácilmente practicable en la estación seca para hombres y animales, pero los otros dos, el central y el oriental, con una profundidad media de 1,30 m. y máxima de hasta 9 m., sólo pueden atravesarse en barcas, y los elefantes han de hacerlo a nado. Durante la estación lluviosa, o sea, en junio y julio, el nivel del Sapt Kosi sube 2 m. por lo menos. Entonces, las islas quedan casi inundadas, y el ímpetu de las aguas llega hasta muy adentro del Triyuga, cuya desembocadura en estuario es obra del Sapt Kosi. El agua de este río tiene un sabor desagradable, y los indígenas no la beben. Sólo en los dos profundos canales orientales suelen habitar cocodrilos.

Hay otro vado en Kusaha-Gat, a 9 km. más al Sur.

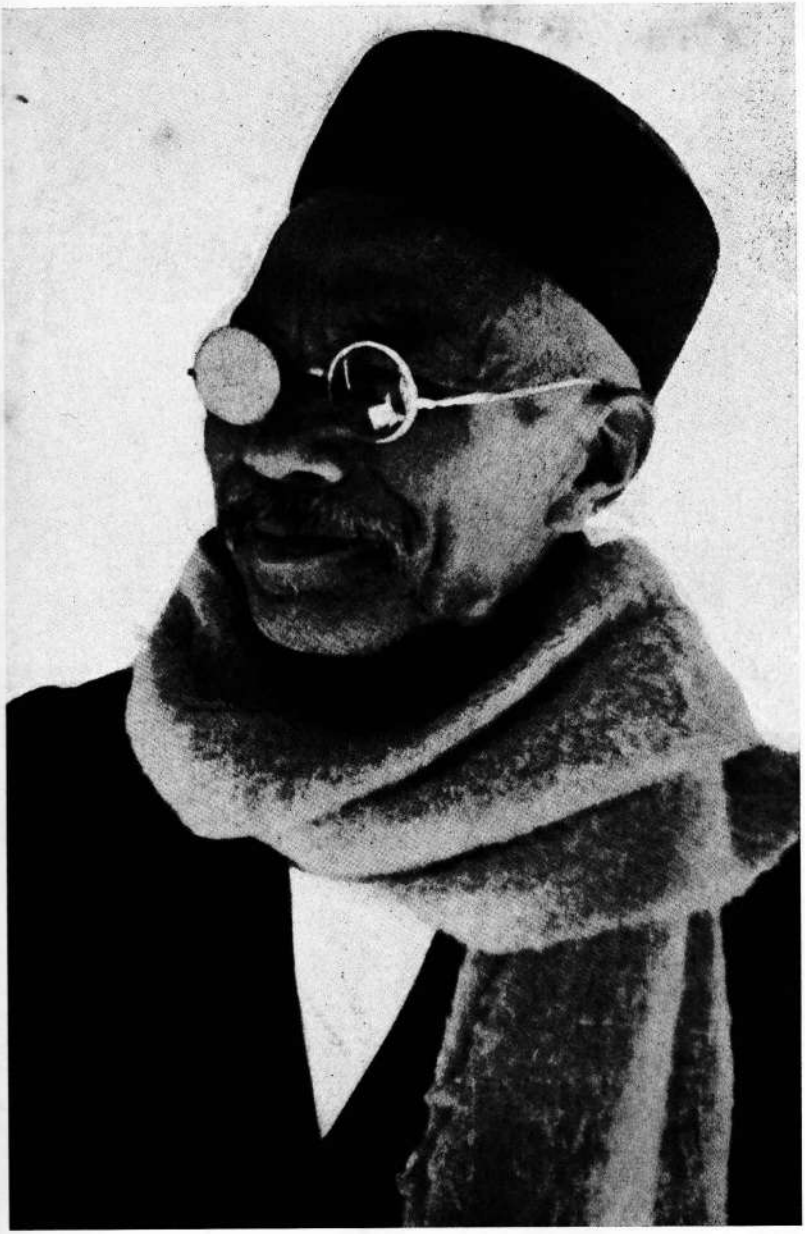


FIG. 36. El mayor Hem, padre

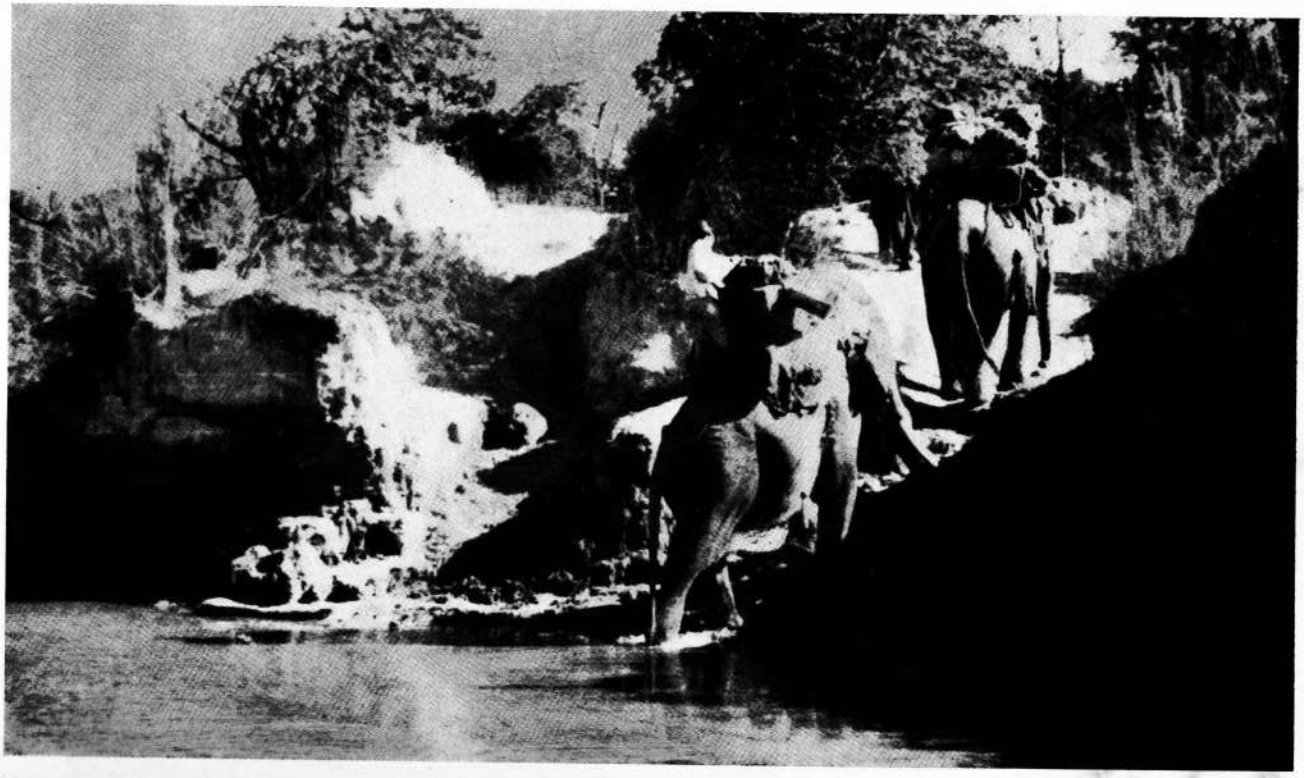


FIG. 37. Paso del Bake, al oeste de Niygarh

VI

Expedición al Terai Oriental (Morang). —Por el Sapt-Kosi al distrito de Biratnagar.

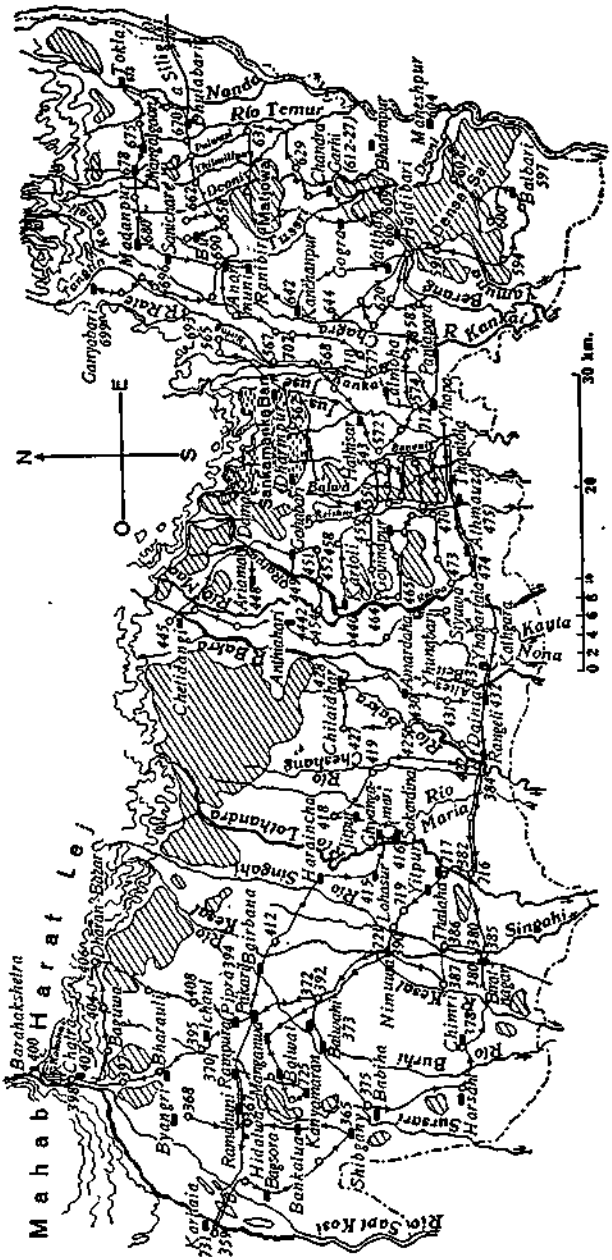
15 enero 1940. Día de mediciones principales al borde del río. Ganesch, con algunos hombres y tres elefantes, fue a la isla con objeto de concertar el paso de la caravana con los barqueros que allí viven en chozas de caña. El grupo no regresó hasta la puesta del sol. Desde el campamento le hice señales con la lámpara de bolsillo a fin de que no perdiese el vado y la abrupta subida de la orilla.

El 16, de madrugada, iniciamos la travesía, que nos llevó seis horas. Hacía fresco, y el sol proyectaba largas y pálidas sombras cuando cruzamos el brazo occidental, ancho de 250 metros, para dirigirnos a la primera de las bajas islas, que se distinguía desde lejos por sus juncales, altos como un elefante. Calculé el caudal de aquel brazo en 350 m. cúbicos por segundo. Una alta pértiga, señal para las caravanas y los viajeros, sobresalía de la superficie de la isla. Avanzando hacia ella, llegamos por tortuosos senderos trazados en el suelo arenoso y mullido, a las casitas de los barqueros, tres barracas de bambú rodeadas de setos, construídas en la margen oeste del brazo central del Sapt Kosi. Aguardábannos dos barcas amarradas, y yo fui el primero en embarcar, con el equipo técnico. La cosa discurrió muy llanamente. Los dos barqueros, armados de largas perchas de bambú, empujaron el bote un trecho a contracorriente, para dirigirlo luego en sentido oblicuo, impulsado por las aguas, hasta la orilla Este. Los elefantes, desensillados, cruzaron primero a pie y luego a nado. El brazo central, de unos 200 m. de anchura llevaba en el filo de la corriente, una velocidad de un metro por segundo y un caudal de unos 400 m. cúbicos. Desembarcamos en la orilla oriental y la barca se volvió, mientras nosotros nos dirigíamos hacia el tercer brazo, el principal. De

nuevo nos encontramos con tres barracas, rodeadas de troncos de árboles y raíces, arrastrados por el río, y se repetió la maniobra de cruce. Calculé el caudal conjunto del Sapt Kosi en 1250 m. cúbicos por segundo antes más que menos. En la época de crecida sería el doble.

En el curso de la laboriosa travesía nadie tuvo que lamentar un accidente o una pérdida, excepto yo. Se me extravió el cortaplumas; tal vez se había caído al interior del bote, tal vez al agua; no era un objeto de gran valor, pero en la selva de Morang resultaba imprescindible. Ofrecí un premio a quien lo encontrase, y en seguida se inició en la orilla y en la barca una competición de buscadores. Había una docena de nativos que habían permanecido varias horas aguardando pacientemente a que la embarcación los pasase a la margen occidental. Al oir la recompensa ofrecida, aguzaron todos el oído; en un santiamén se confundieron, entre gritos y risas, con los porteadores lanzados a la caza del cuchillo. El cortaplumas apareció; me lo trajo una mujer, sujetándolo en la mano levantada, y toda su cara brilló de alegría cuando le entregué las tres rupias ofrecidas.

Al este del Sapt Kosi corre la frontera de la provincia de Biratnagar. Cada una de aquellas demarcaciones venía obligada a suministrarnos nuevos carros. Llegaron éstos puntualmente, y mientras proseguía la búsqueda del cuchillo se procedió a cargar los vehículos. Pronto la columna, reorganizada, reemprendió la marcha. Con el coronel Ganesch habíamos concertado que la caravana seguiría por la carretera que, arrancando del embarcadero del Sapt Kosi, atraviesa la selva hacia el Este, en dirección a Hidalwa, mientras yo, con el grupo técnico, rodearía el bosque por el Sur. Los dos grupos se reunirían al día siguiente en el borde oriental de la selva. Apareció mi cortaplumas y la columna partió sin haber yo vigilado su salida. Sobrecogióme entonces una vaga inquietud, no fuera caso que Ganesch y su gente se desviaran del buen camino. Salimos en su busca, gritando, pero sin resultado; no había modo de orientarse en aquel terreno. A lo largo de la orilla corría un bosque de juncales de unos 300 m. de anchura, y detrás de él quedaba un antiguo lecho seco del Sapt Kosi que mediría otros 800 m.; hasta más allá no empezaba la selva propiamente dicha. Con la esperanza de alcanzar a la columna, atravesé el seco cauce arenoso, descubriendo entonces las huellas de los carros; pero no iban hacia el Este, sino hacia el Sudeste. A marchas forzadas con-



Mapa de Morarg. III

tinuamos nuestro avance, dando efectivamente con Ganesch y Hem, quienes me manifestaron sin inmutarse que la columna se había desviado al Sudeste. Al preguntar yo a Ganesch, en tono no muy comedido, por qué había variado de ruta, en contra de lo convenido, replicóme como la cosa más natural: —No tuvimos otro recurso, pues el camino que lleva a Hidalwa sólo existe en el mapa. En los últimos veinte años, la selva lo ha invadido y borrado del todo.

—Pero esto lo sabía usted en el Sapt Kosi—respondíle—. ¿Por qué no me lo dijo entonces?

Ganesch me la dio callada por respuesta.

Yo no pensaba en conceder a otra persona el derecho de alterar el itinerario que me había trazado. Ante nosotros, visible en la lejanía en dirección S-SO., se hallaba el pueblo de Bagsora. Extendiendo el brazo hacia él, dije:

—Acamparé en Bagsora con el grupo técnico. Envíe usted a alguien en busca de la columna y diríjala a Bagsora.

Asustóse Ganesch al oir aquella orden y replicó, suplicante: —¡No envíe a individuos aislados! ¡La comarca está llena de tigres, leopardos y osos!

—En este caso que vaya una patrulla —decidí —. Hem se dará el gusto de mandarla.

Al llegar a Bagsora con el equipo técnico, en seguida me di cuenta, por el aspecto de los habitantes, que el paludismo hacía estragos; nuestra permanencia en aquel perdido rincón insalubre aconsejaba la máxima vigilancia y prudencia, Mientras estaba efectuando mediciones vino un hombre a comunicarme que habían dado con la columna, pero que su jefe se negaba a venir a Bagsora.

—En este caso iremos a buscarla —dije, despachando al efecto a tres elefantes y los policías.

Bagsora era un misérrimo villorrio formado por unas pocas chozas de caña y construcciones de barro asentadas sobre pilotes y precariamente protegidas por una cerca de esteras y montones de ramas. Me instalé, con los instrumentos y los cronómetros, en un minúsculo palafito; en él una persona estaba, hasta cierto punto, al abrigo de sorpresas nocturnas. Una hora antes de medianoche cerré la puerta de tablas del diminuto recinto, dispuesto a acostarme; pero a los pocos momentos estalló un gran barullo y griterío. Llegaba la columna capturada, e inmediatamente se produjo una discusión infernal entre el coronel y el jefe de los carros. Hem, ofendido y agotado, arremetió sin respeto contra el señor geólogo,

y los policías, por su parte, tomaron la defensa del encargado de los vehículos. Entretanto resonaban los gongos de los moradores de Bagsora, quienes, además, aporreaban bidones vacíos de petróleo y encendían y alimentaban hogueras. Toda la noche duró aquel estruendo, destinado a mantener a distancia los tigres que merodeaban por los alrededores.

El 17 por la mañana salí de vanguardia con el grupo técnico. Reinaba todavía la oscuridad, y flotaba en el aire una densa niebla. Yo, instalado en la *howdah*, llevaba el fusil dispuesto para disparar. Avanzábamos sumergidos en un mar de juncos; allí debían pulular los osos como las cabras en los pastizales, pero no vimos ninguno. Devi Kali trompeteaba repetidamente; parecía como si ventease el tigre. De repente un enorme jabalí atravesó el sendero. Poco después amaneció, disipóse la niebla y, abriéndose el bosque, se desplegó ante mis ojos un cuadro idílico: grandes prados con bosques y matas, y manadas de bueyes paciendo sin pastor.

Prosiguiendo por mi área de mediciones a través de los pueblos de Shibgany, Bankalua, Yoni, Hidalwa y Byangri, en dirección a Ramdhuni, el mapa me falló muchísimas veces. No respondía a la realidad. Indicaba caminos que no estaban ya en el terreno, tragados por la selva; localidades desaparecidas, e incluso zonas de bosque inexistentes. Llegamos a Bankalua, otrora una colonia floreciente. Una gran mancha de arena desértica y tres o cuatro chozas en ruinas era cuanto quedaba de ella. En 1935 una crecida del Sursari, hoy inofensivo, había destruído el pueblo, forzando a los supervivientes a emigrar hacia el Sur. Idéntica suerte corrieron las localidades de Hidalwa y Byangri. Unos claros en la selva, invadidos por altos cañaverales, revelaban los lugares donde en años pretéritos habían florecido la vida y la actividad. Pero la vida era tan efímera también en el Nepal, que la gente a quien pregunté no recordaban ya los nombres de los desaparecidos pueblos, y mucho menos el camino que conducía a ellos.

Cuando hablo de pueblos y localidades del distrito de Biratnagar, no me refiero generalmente a colectividades cerradas, tal como las entendemos nosotros, sino a casas y caseríos dispersos, separados entre sí por distancias de un kilómetro o más. Las casas están edificadas casi sin excepción, según un plano uniforme. Paredes de bambú trenzado, de 2 m. de altura, forman los «muros» exteriores de la barraca rectangular, cuyo interior queda subdividido por

tres bajos tabiques de cañas entrelazadas. En las paredes hay dos hogares de arcilla. Las chozas de caña son más bajas que las de bambú. A veces, los tejados se afirman y hacen más compactos por medio de capas de tierra o césped.

Las mediciones que debía efectuar en Yoni, a orillas del Sursari, se retrasaron debido a un incendio de bosque que se cebaba en las cercanías. Llamas amarillas que salían de la selva y de los cañaverales, enviaban un calor insoportable. Como mis cálculos sólo podían realizarse a la temperatura normal, tuve que aguardar cuatro horas, hasta que el fuego quedó extinto. A nosotros, el incendio no nos amenazaba, pues teníamos de por medio el río, de 40 m. de anchura. En la estación seca, estos accidentes son frecuentes y peligrosos en el Terai, pues se propagan con la rapidez del viento. Los animales de la selva escapan fácilmente, pero los domésticos no se mueven. Vimos bueyes echados en el prado, a menos de 100 m. del fuego, que seguían rumiando tranquilamente, sin inmutarse. En otra ocasión incluso hubimos de apartar por la fuerza a unas vacas metidas en un anillo de fuego a punto de cerrarse.

Era maravilloso pasear por aquella clara selva a primeras horas de la mañana. Con el salacot sobre las rodillas, dejaba que me abanicase el aire fresco. Mis hombres, por el contrario, se envolvían la cabeza en un paño; de la del coronel sólo asomaban los ojos. No podía ni oir ni hablar y, pese a su rara figura, yo lo prefería así. Ganesch opinaba que tapándose de aquel modo escaparía más fácilmente a la malaria. Ya había sufrido de ella, razón de más para temerla angustiosamente. Yo también, hacía 46 años, había tenido la malaria perniciosa y encima la fiebre hemoglobinúrica. Me salvé entonces por un pelo, y los médicos me aseguraron que quedaba inmune contra el paludismo. Por mi desgracia, confié demasiado en aquel dictamen. Unos meses más tarde el Terai iba a demostrarme cuán ilusoria era aquella inmunidad. Avanzábamos por un magnífico bosque que, en muchos puntos, los colonos roturaban y transformaban en tierra agrícola. Pero ¡qué manera de hacerlo! Procedían como si se tratase de un ser al que se quiere aniquilar. No roturaban el bosque, sino que lo asesinaban, incendiándolo y tallando anillos en millares de troncos a un metro del suelo, para impedir la circulación de la savia y producir la muerte de los árboles que, secos, carbonizados y pelados, parecían dirigir al cielo una muda acusación.

Por poco mi silenciosa y meditativa tristeza ante la contemplación de aquella terrible obra destructora provoca un pequeño duelo nacional. Sin fijarme en el camino, estaba tomando unas notas cuando de pronto una sacudida me lanzó hacia delante. Levantóse la *howdah*, el Cornac salió disparado al camino y yo tuve justo el tiempo de agarrarme al borde de mi canasta. Devi Kali se detuvo, la trompa apretada contra el suelo. Aquel punto de apoyo había evitado que volcase, y yo con ella. El animal había resbalado sobre una masa de madera carbonizada. Sólo eso me habría faltado. Me he caído de toda clase de cabalgaduras; una vez, en la frontera entre Tsinghai y el Turquestán Oriental, en Karachuka, lo hice de un camello, y los camelleros me dejaron tendido lo menos una hora, dándome por muerto. Una dama como Devi Kali era bastante más alta que un camello, y saltar de cabeza desde su lomo, a mi edad y con mi peso, indudablemente habría producido estragos mucho mayores.

Unos niños me condujeron, en Mali Zouri, a una cisterna del pueblo, de 4 a 5 m. de profundidad, cuyas aguas decíase que contenían petróleo y que eran un activo purgante. Esta última circunstancia no tenía nada de extraño; los habitantes del Morang se sometían a esta cura todos los años, especialmente en marzo, cuando las aguas de crecida de los ríos, ricas en bacterias, penetraban en los pozos y las cisternas. Como en muchos de los pozos que vi en Morang, también en Mali Zouri el cerco superior de la cisterna era un tronco de árbol vaciado. Extraje una muestra del agua del fondo y pude comprobar, como ya había supuesto, que no contenía ni rastro de petróleo.

Juncales, bosque, prados donde pacían reses vacunas, tal era la alternancia del paisaje en dirección Norte. Con frecuencia los bueyes se asustaban al ver de improvisto los elefantes y echaban a correr desenfrenados para desaparecer entre los juncales; ya sólo oíamos sus mugidos, el ruido de sus cascos al golpear el suelo y los sones de los grandes cencerros que pendían del cuello del animal guía. Pero también nuestros paquidermos se espantaban, aunque no de los bueyes, sino de los caballos. Cuando venían jinetes hacia nosotros, debían, atendiendo a las indicaciones de los policías, desviarse del camino y describir un vasto arco rodeando la caravana. Extrañábame ver el ganado vacuno paciendo tranquilamente sin pastores. Dijéronme que los tigres y leopardos jamás atacan de día las manadas; sólo lo hacen alguna vez

con reses extraviadas o viajeros solitarios. Una caravana numerosa no corría ningún peligro durante el día. La vista de varios elefantes bastaba ya para descorazonar a las fieras. Más tarde, sin embargo, encontré en el Morang Oriental manadas de bueyes guardadas día y noche por pastores, quienes, durante las horas de oscuridad, ahuyentaban a las fieras haciendo ruído con toda clase de utensilios.

Por un camino bueno y firme llegamos pronto a un lugar que no aparecía indicado en el mapa; además, carecía de nombre. Era una aldea temporal, una colonia de invierno que sólo por unas pocas semanas al año albergaba moradores, en su mayoría recolectores de juncos en la época adecuada, en la que nos hallábamos precisamente. Vivían aquellas gentes en míseras chozas, y la calle parecía muerta, sólo animada por unos cuantos pollos y patos. Los hombres estaban trabajando en los cañaverales. La delgada caña, de 2 a 3 m. de longitud, se corta a dos palmos del suelo y, atada en haces, se transporta en carretas de bueyes, por Rampura, a los almacenistas de Biratnagar. No tardamos en alcanzar docenas de aquellas carretas cargadas de cañas hasta los topes. Nuestros policías corrían como diablos al encuentro de sus conductores, para obligarlos a apartar los vehículos a fin de dejarnos libre el paso.

Indudablemente, mi grupo técnico llevaba la carga principal de la expedición; de él exigía yo el máximo trabajo y le imponía las mayores penalidades. Siempre debía estar a punto, el primero en levantarse y el último en acostarse. Los días de descanso no contaban para ellos. Mientras la columna y el ganado disfrutaba de una cómoda siesta, yo me marchaba con mi grupo a efectuar mediciones, por angostos senderos o bosque a través. Para cansar lo menos posible a aquellos muchachos que me seguían pacientemente por montes y valles, a menudo los dejaba atrás, cuando tenía que efectuar incursiones complementarias, y yo me iba con un solo hombre, que me llevaba el trípode y la balanza magnética, hasta el punto marcado en el mapa. Para su seguridad solía dejarles una carabina, y no era raro que al volver encontrara a todo el grupo durmiendo, el arma apoyada contra un árbol.

El camino que arrancaba de Hidalwa nos había llevado hacia Oeste, al pueblo de Ramdhuni, conocido por un convento de *saddhus* y un templo venerado (fig. 40). Los *saddhus* (1)

(1) En Europa se ha generalizado la palabra «fakir» para designar a los *saddhu*.

que albergan son shivaítas, adoradores de Shiva. Van casi desnudos, sin más prenda que un taparrabo. Puede suponerse el frío que en invierno pasan aquellos piadosos varones; castañeteando de dientes permanecen sentados en sus chozas abiertas, calentándose junto a un fuego ridículo. Se recubren el cuerpo con ceniza o con tierra, no sólo para protegerse contra los malos espíritus, sino también contra los insectos y los ardores del sol; asimismo se espolvorean el cabello con ceniza. Algunos conservan un negro copete desgreñado y una barba jamás tocada por la tijera. Otros, a su vez, prefieren un peinado alto, cuidadosamente trenzado, mientras unos terceros se rapan la cabeza al cero. En la frente llevan la *tika* (1), el distintivo de su secta, pintado con bermellón, barro o ceniza. Algunas veces, la *tika* cubre toda la frente. Los *saddhus* se adornan con collares, cadenillas de conchas, amuletos y pendientes, así como brazaletes de cobre o hierro. Sus rostros severos, rígidos, a veces de expresión fanática, prueban que han consagrado la vida a Dios, renunciando para siempre a los goces y placeres del mundo. Su cotodiana ocupación consiste en la meditación y en la práctica de los preceptos rituales. En el Nepal es muy corriente encontrar *saddhus* ambulantes; son aficionados a viajar y van en peregrinación de santuario en santuario, de convento en convento, mendigando, profetizando, ahuyentado malos espíritus y explotando con trucos de prestigitador la credulidad de la gente, que ellos saben traducir en buenas annas. El número de monjes mendicantes de la India y el Nepal se cifra por millones. A menudo son auténticos creyentes fanáticos, que practican a la vista de los hombres los preceptos de su doctrina: la pobreza, la continencia, la paciencia, el amor a los animales, contribuyendo de este modo de manera efectiva y eficaz a la propagación de la religión hindú. Muchas veces nos encontramos con esos *saddhus* viajeros, hermosos tipos erguidos, de porte franco y seguro, revelador de una gran ecuanimidad y equilibrio, de una plena armonía espiritual que envidiarían muchos moradores de las grandes urbes europeas. Los *saddhus* llevaban siempre consigo un modesto ajuar: la inevitable escudilla colectora de limosnas y el fino tamiz con que separan los seres vivos que pudiera contener el agua que beben; además un rosario, una piel como alfombra de rezo, unas tenazas y, tal vez, una pipa para fu-

(1) En los templos consagrados a una divinidad femenina, los guardianes se pintan la *tika* en la frente, no con ceniza, sino con azafrán.

mar su cáñamo. El *saddhu* es muy poco exigente y capaz de las mayores renuncias. Si no encuentra un templo o una cabaña donde refugiarse, pasará la noche a la intemperie; si faltan las limosnas, sufrirá el hambre con resignación. Mendiga, pero nunca pide trabajo. Cuando sea viejo, cualquier convento le ofrecerá un cobijo para el resto de su vida. Más de un monasterio de *saddhus* se ha transformado, en el curso del tiempo, en asilo u hospicio de ancianos.

El convento de Ramdhuni, cercado de recias tablas de 2 m. de alto, estaba formado por dos templos, unas cuantas chozas, un descuidado jardincito y una casita asentada sobre altos pilares. En aquella altura (con habitación y canapé) solía residir el Maharajá cuando estaba de cacería en el distrito de Biratnagar. Un pozo amurallado y un árbol santo, un columnate, en la plazuela anterior al templo, completaban el conjunto. En los tejados, numerosos monos hacían cabriolas; alimentarlos es un mérito de los creyentes. Un corzo domesticado vino a husmear mis instrumentos y se dejó acariciar por mi mano.

Mientras yo efectuaba mediciones en el patio del templo principal, el coronel y sus hombres entraron descalzos en la santa casa para practicar sus devociones. En cumplimiento de lo preceptuado, los *saddhus* nos obsequiaron con cajitas de blanco polvo de sal «dulce», pintándonos con él un *tika* en la frente. Todos los señalados así se sabían invulnerables a toda desgracia desde aquel momento. Muchos de los expedicionarios se llevaron consigo dosis suplementarias de aquella milagrosa sal, para regalarlas a sus parientes y amistades de Katmandu, y las almas agradecidas depositaron una parte de su salario, como óbolo propiciatorio, en las abiertas manos de los guardianes del templo.

Parecía como si el monasterio de Ramdhuni hubiese elevado la moral de mi caravana. La mañana del 18 de enero todo se deslizó llanamente. Los encargados de los elefantes se presentaron puntuales, y los carros también, y a la hora señalada nos pusimos en camino con destino a Rampura, después de habernos despedido afectuosamente de los *saddhus*. El equipo técnico marchaba en cabeza.

Mucho antes de llegar a Rampura encontramos al decano de la población, que nos había estado esperando durante varias horas y me reservaba una sorpresa: me traía una litera, una pequeña obra de arte, tapizada por dentro. Yo poseía ya mi silla-columpio y, además me gustaba, de vez en cuando,

hacer unas millas a pie ; pero habría ofendido amargamente al viejo rechazando su caja ; pues era una verdadera caja, una jaula de monos con un agujero por donde meterse en ella. Todo el mundo estuvo mirando con expectación cómo me esforzaba yo por introducir mis 100 kg. en aquel tragaluz. A pesar de mi agilidad no lo conseguí, y tuve que dejarlo por imposible ; el corregidor de Rampura hubo de volverse cariacontecido y con la « litera » vacía. Yo caminaba a pie ; me apetecía hacerlo, aun a trueque de « perder la faz ». Pues en el Nepal, como en la China, un europeo « pierde la faz » cuando no se hace llevar.

Desde Rampura seguimos otras dos o tres millas al Este, hasta el importante cruce de Pakari.

Allí inicié la medición del Biratnagar Occidental, sin orden alguno, al parecer, y avanzando en todas direcciones. Desde Pakari tracé el primer sector al otro lado del borde sur de la provincia, continuando, más allá de la capital de ésta y en dirección de Levante, hasta Rangeli, para volver a Biratnagar y, finalmente, trazando una cuerda de 20 km. de longitud, seguir hacia el Norte hasta las montañas de Mahab Harat Lej. Los caminos, buenos por lo regular, hacían a hombres y animales más llevaderos aquellos fatigosos vaivenes. Biratnagar se preocupaba un poco de la conservación de las vías de tránsito. Había caminos anchos y hermosos, cubiertos en los lugares pantanosos con troncos de árboles y vigas ; caminos con cunetas de desagüe a ambos lados, comunicadas de trecho en trecho por alcantarillas cubiertas ; el agua recogida era llevada a canales de riego por medio de pequeñas esclusas de ladrillo, hierro y cemento. Esta atinada disposición se extendía hasta las áreas de cultivo ganadas a la selva, a varias millas de distancia. Los pueblos tenían buen aspecto, parecían prósperos y guardaban cantidades asombrosas de grano, con la correspondiente abundancia de pajares. En toda la comarca se veían signos de laboriosidad. Ya de lejos vimos brillar al sol los tejados de hojalata de modernas explotaciones agrícolas. Eran las grandes poblaciones de Pakari y Chanbenah (1). Un poco más allá encontramos carros cargados de bidones de gasolina procedentes de Biratnagar y destinados a Chanbenah.

En el campamento de Bawah, Devi Kali y sus compañeras fueron obsequiadas con el « banquete de despedida ».

(1) 2 km. al nordeste de Bawah.

Habíase convenido que en Biratnagar habría relevo de elefantes. Bajo unos umbrosos mangos prepararon los conductores la cena de los animales, a base de hojas y ramas, que los paquidermos devoraban con voracidad. Los cornacs tenían que encaramarse continuamente a los árboles para cortar más vituallas. El postre fue el de costumbre: «hierba rellena», pero esta vez más abundante: 330 libras de arroz por cabeza, envuelto en bolas de paja. Para los hombres nos suministraron la comida que desde varias semanas se había hecho habitual: arroz, pollos y huevos pasados. Al levantarse de la mesa el coronel Ganesch con su aire de gran señor, se marchó de caza con cuatro elefantes. A juzgar por sus éxitos cinegéticos anteriores, uno le habría bastado y aun sobrado. Fatigaba a aquellos animales inútilmente. Regresó ya anochecido, sin botín, pero con los elefantes rendidos. Dijo que había matado un cocodrilo; por desgracia había desaparecido, pero el agua se había teñido de sangre.

Entretanto habían llegado los nuevos elefantes. El mío, de nuevo una hembra, llamábase Dian Kali; Dian era el nombre de una diosa y Kali el apelativo. Mayor que Devi Kali, su cara no era tan simpática, pero, en cambio, resultó más inteligente; incluso sabía hacer «salaam»: se arrodillaba con las patas delanteras y con la trompa se apretaba la cabeza contra el suelo. En seguida se acostumbró a comer de mi mano y me rodeaba cariñosamente el cuerpo con la trompa. Yo no creía poder montarla, sin embargo; hacía ya días que había tenido que renunciar casi por completo a aquel medio de locomoción, pese a que el lugar adecuado para el jefe de una caravana es el lomo de un elefante, sobre todo en la selva, ya que desde allí domina el terreno y puede dar rápidamente las órdenes oportunas. Pero los muchos tropiezos y sacudidas me habían lastimado los riñones de tal modo, que por las noches volvían a darme cólicos nefríticos. Tanto mayor fue mi alegría cuando, en una pequeña excursión al Sursari, pude comprobar que Kali andaba con una suavidad pasmosa, mucho mayor que su antecesora. Sobre su lomo no sentía dolores; era como mejor iba. De muy buena gana me dejé, pues, transportar por mi damita a través de los campos de plátanos de Babiha, por Harsahi y el infierno palúdico de Chimri, hasta la capital de la provincia.

Biratnagar se encuentra a 4 km. de la frontera india y, como Hanumannagar, se agrupa en torno a una calle-mercado que se extiende de Norte a Sur. Conociendo ya,

todas las avispas quedaron abrasadas. Al día siguiente presentóse otro enjambre que se colgó del mismo árbol y terminó también en el fuego.

La medición de las oscilaciones magnéticas requería una quietud absoluta. No sólo me estorbaban los rumores persistentes, sino incluso los ¡olores! No me era fácil darme cuenta de si una posición era favorable o desfavorable. Había ya empezado mis observaciones y estaba tomando notas, cuando de pronto me llega de lejos un ruido sordo: ¡plás, plás, plás! Eran lavanderas venidas de la ciudad para lavar nuestras ropas —¡buena falta les hacía! —en el río Singahi, que fluye por la llanura. Las mujeres remojaban las prendas y luego las golpeaban con una pala de madera, docenas y docenas de veces. Yo proseguí mi labor con cierta impaciencia, hasta que de repente se alborotaron mis narices. Flotaba en el aire un olorcito, un tufo dulzón, que conocía muy bien, del sagrado lugar de Gandaki: olor a cadáver quemado. Al principio no se sentía. Pero entretanto había cambiado la dirección del viento; soplaba ahora de Sudeste, donde existía un emplazamiento de cremación, según pude comprobar, no por el humo que se levantaba, sino por el tropel de buitres, unos hambrientos y otros sacios; los primeros se arrojaban a su carroña, mientras los segundos permanecían en tierra, mudos, las alas extendidas, como entregados a sus meditaciones mientras digerían el festín. El resultado fue que, tras una hora de trabajo, tiré todos los resultados obtenidos para volver a empezar a la mañana siguiente bajo mejores auspicios.

Tales son las pequeñas amenidades cotidianas del geógrafo especializado en el magnetismo terrestre. Pero el campamento de Singahi me aportó también una sorpresa agradable: mi grupo de tres hombres llegó a Biratnagar con el receptor arreglado, después de efectuar el viaje desde Katmandu por Chisapani.

Me preocupaba nuestro gran elefante de largos colmillos, una hembra cuya hora crítica se acercaba. El animal llevaba, ya de tiempos anteriores, dos personas «sobre su conciencia»; en un acceso de furor las había aplastado, así, al pie de la letra. Todo el mundo lo rehuía, y sus guardianes habían sido varias veces víctimas de sus acometidas durante los últimos días. La caprichosa doncella no se mostraba tratable más que cuando se la dejaba caminar detrás de Dian Kali. Sólo de mí seguía aceptando comida y caricias, circunstancia

que me alegraba por los orgullosos cornacs, que tomaban a mal mi amistad con los elefantes.

Ya en el curso de nuestra marcha hacia el Este, en dirección a Rangeli, a orillas del Bakra, noté que mis subordinados necesitaban una nueva «inyección» para impedir que se desarrollase demasiado su renaciente holgazanería. Así, pues, estando en el campamento del Bakra, frente a Rangeli, convoqué a los hombres y les anuncié que daba por terminada la expedición y regresaba a Katmandu. Hasta la mañana siguiente —25 de enero de 1940 —no cundió de verdad el terror entre la gente, cuando oyeron que mi objetivo inmediato era : ¡Biratnagar! (1) (De todos modos mi programa preveía la vuelta a Biratnagar.) Para Ganesch y la columna, empero, aquello sonó a retirada, y más cuando me vieron emprender el «camino de casa» con el equipo técnico y los portadores de la silla de manos. El efecto fue satisfactorio. Gritando y juntando las manos vínose corriendo el coronel Ganesch a mi silla portátil, conjurándome a que me detuviese. Al permanecer yo mudo, desistió al fin, pero por cinco veces despachó soldados al encuentro de mis servidores incitándoles a rogar al Profesor que perdonase al coronel, para quien sería una vergüenza horrible tener que presentarse de aquel modo en Katmandu, etc. Todo esto ocurría en camino ; yo seguí tenazmente callado ; mi *boy* se limitaba a encogerse de hombros y los mensajeros volvían a su coronel con cara desolada. Mucho antes que la desordenada columna llegué al «campamento de avispas» del Singahi y efectué con toda calma mis mediciones de comprobación, y cuando Ganesch, completamente desmoronado, llegó al lugar con Hem y la tropa, dirigí a todos un breve sermoncito, terminando con estas palabras : «¡Haremos una última prueba señores!». No tardó en presentarse un nuevo y numerosísimo enjambre de los enormes insectos que, como los anteriores, sentó sus reales en nuestra proximidad para pasar la noche.

Al siguiente día, 26 de enero, reanudamos la marcha hacia el Norte, de acuerdo con el programa trazado, a las primeras luces del alba, con puntualidad insólita. Biratnagar dormía aún cuando entramos en la calle del bazar. Tres o cuatro mujeres, deslizándose rápidamente y en silencio por delante de las tiendas y almacenes, se ocupaban en barrer el suelo. Aquí y allí colgaban escudos y rótulos de esmalte clavados

(1) Más tarde desempeñó un papel en la revolución.

en las paredes, con números y nombres arábigos pintados en blanco. También los pozos de la localidad estaban numerados de la misma forma. En el extremo norte de la población, en el lugar donde la calle del mercado se transformaba en camino campestre, había una instalación de acondicionamiento de agua potable. Los motores de elevación que conducían el líquido a un depósito de hierro, rechinaban de debilidad senil, acompañando con un gruñido nada poético nuestra silenciosa marcha.

Remontamos el Singahi, con Nimuwa por objetivo de la jornada. Ganesch, afanoso de reconquistarse mis simpatías, regalóme dos becadas de cinco que había cazado y celebramos un pequeño ágape de paz. Aproveché la oportunidad para dejar en claro y poner remedio a varias irregularidades. Mi *boy* me había confesado que, desde la salida de Katmandu, ni un solo día había recibido suministro de la columna, teniendo que vivir a sus propias costas. No es que la cosa fuese muy grave, pues adquirir los víveres de la columna costaba unos peniques, y el chico no se sacaba un mal sueldo, pero no era esto lo convenido. Convencido de que el dinero destinado a la manutención del *boy* iba a parar a otros bolsillos, rogué al coronel Ganesch que investigase el caso con la máxima atención, se abonase al perjudicado el importe que se le venía reteniendo desde la partida de Katmandu y en adelante su sostenimiento corriese a cargo de la administración de la columna :

—¡Pues el orden es siempre cosa buena, Coronel! —El *boy* puso cara de Pascuas. Pero yo no había terminado : —Además, me he fijado en que mi comida empeora de día en día. Le estimaré ponga también orden en este punto. En tercer lugar, mi *boy* sufre de reumatismo. Insisto en que a partir de hoy se le proporcione heno para la cama y se ponga a su disposición un elefante —. Mi criado abría unos ojos como naranjas, y yo me complacía viéndolo tan satisfecho.

—Una última observación, mi querido coronel —proseguí —. Mañana caduca el contrato relativo a las bestias de carga. Los hombres me han pedido que lo prorrogue y, como estoy contento de ellos, apoyo su petición. Además, deseo que también a ellos se les suministre en adelante paja para sus lechos.

Todas aquellas cosas eran de incumbencia del coronel Ganesch, como responsable del avituallamiento de la tropa, pero su gordura, tanto interior como exterior, era demasiado

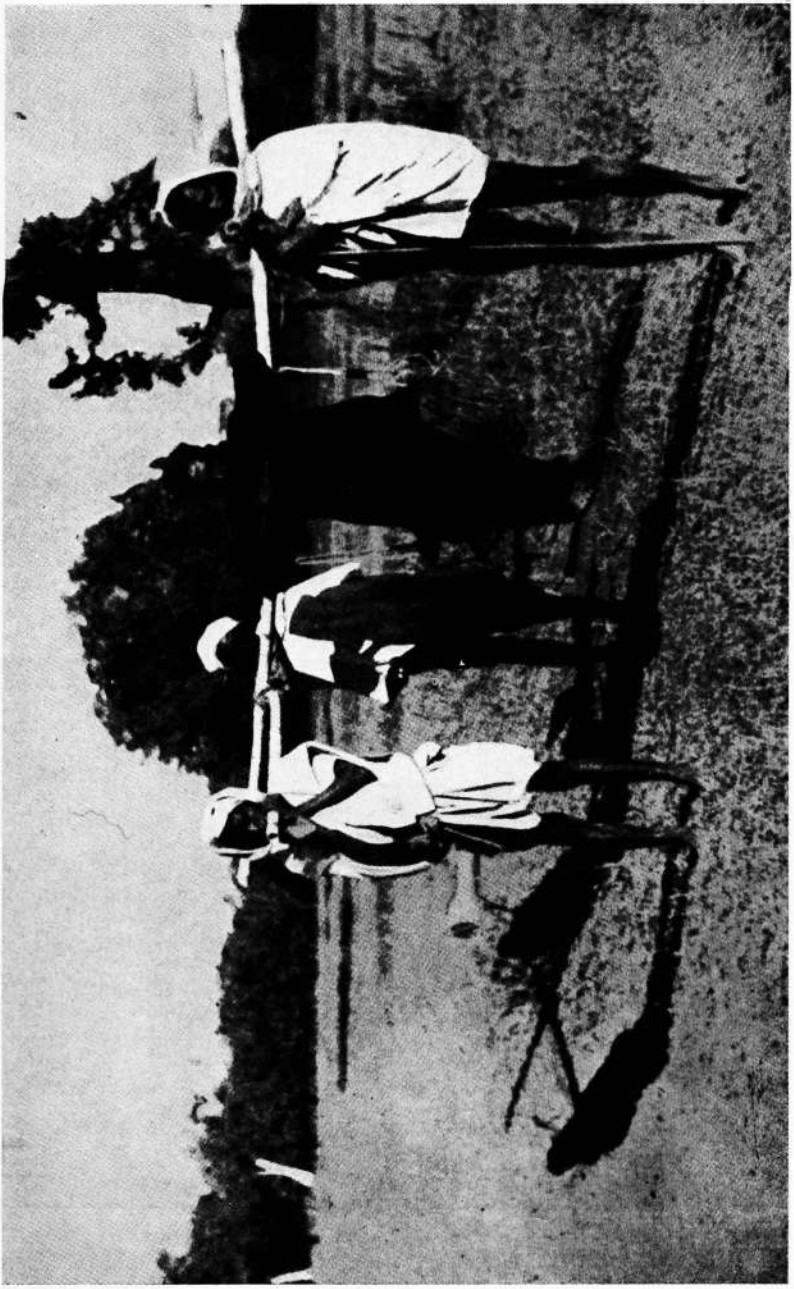


FIG. 38. Mi *boy* indio sentado en mi silla de manos

FIG. 39. El palacio de Yanakpur

FIG. 40. Ramdhuni, templo y viviendas. En primer término, un *saddhu*

espesa para permitirle pensar en otras cosas que en dormir y fumar su narguile. Apelar a su conciencia social hubiera sido perder tiempo. Entre los portadores de mi silla había tres vejetes esqueléticos, a quienes temía ver desplomarse a cada momento y que, sin embargo, realizaban su cometido con tenacidad admirable. Casualmente había observado que al llegar la noche se hacían un ovillo en cualquier rincón para calentarse el uno al otro mientras dormían. Los pobres diablos no tenían mantas, e incluso la paja se les negaba. El coronel tomó nota de todo y prometió poner inmediato remedio a todas las deficiencias.

Al poco de salir de Nimuwa, vi con gran sorpresa mía un moderno puente de hierro, de 120 m. de largo, tendido sobre el río Kesal. Por él pasaba una hermosa y sólida autopista que luego continuaba un trecho paralela a nuestro camino para desviarse finalmente unos grados hacia el Este. A ambos lados de la pista corrían sendas zanjas de hasta 5 m. de ancho por dos de profundidad, con la evidente finalidad de impedir que las carretas de bueyes pasasen por la parte destinada a los automóviles. Ya en el campamento de Biratnagar había oído, durante la noche, bocinas de autos en dirección Norte. Sin duda aquella carretera conducía a Dharan-Bazar, en las montañas septentrionales, y era muy posible que fuese una vía de acceso a la «legendaria» línea Oeste-Este, de la que hablé en el primer capítulo. En el mapa del Nepal no aparecían indicadas ni una ni otra.

Ya diez días antes, cuando nuestra marcha hacia Biratnagar, habíamos pasado por la próspera población de Pakari, con los relucientes techos de sus fábricas. Ahora hicimos rumbo a ella para ganar el buen camino conducente al Sapt Kosi. Esta vía, muy transitada, se llama la «gran carretera de Chatra». Intersecta una comarca densamente poblada y bien regada, y enlaza los pueblos de Pipra, Ijaul y Bharauli, muy pulcros y nada pobres. Sólidas casas de piedra, abundante ganado, arrozales separados por linderos y que se extendían hasta el borde de la selva. Como ya indicaba el mapa, también aquí el límite del bosque había retrocedido muy al Norte.

Nos topamos con numerosos tibetanos de extrañas caras chatas con ojos separados. Bajaban de las montañas, cargados con cestas llenas de piezas de telas tejidas a mano, para venderlas en la llanura. En los cestos llevaban también sus niños de pecho. Caminaban con calma y seguridad, y no parecía preocuparles el peligro de las fieras.

Al norte de Bharauli la selva fue tornándose cada vez más espesa. Innúmeras bandadas de verdes papagayos voleteaban en tumulto por entre las hojas y los bejucos. El coronel Ganesch venteaba buena caza ; provisto de mi escopeta de grueso calibre y otra normal de caza se adentró en la espesura, montado en su elefante. Yo me relamía los labios pensando en los jamones de oso en perspectiva. Acompañábanlo su cornaca y un hombre de la columna. Le llamé para recomendarle prudencia y que, en lo posible, no perdiese de vista la caravana. Pronto nos dimos cuenta, empero, de que esto último era imposible. El monte bajo se extendía por doquier a modo de enmarañados setos y se tragó el elefante y los que lo montaban. Gritamos varias veces, sin obtener respuesta ; probablemente no volveríamos a ver al coronel hasta Chatra. Proseguimos la ruta y al cabo de unas pocas millas de avanzar a marchas forzadas nos encontramos de improviso, en plena selva de altos árboles, ante una valla de alambre que cercaba un vastísimo jardín. Aquel jardín encerraba, como una joya engastada en un aro verde, símbolo a la vez de la paz celestial hecha realidad en la Tierra, el convento de *saddhus* de Chatra. Fisgando por entre los claros de la valla, cual chiquillos curiosos, descubrimos otras cosas : templetes, bajas casitas de piedra enjalbegadas, cobertizos, un venerable árbol gigantesco y una casa de un piso, probablemente la residencia del prior. Yo había proyectado visitar a este personaje en compañía de Ganesch, pero como el coronel se hallaba en plena fiebre cinegética, aplacé la visita y me dirigí con la columna, a lo largo de la cerca de alambre, sólida y de 3 m. de alta, donativo del Maharajá, a la orilla del Sapt Kosi, cuyo murmullo nos llegaba desde lejos.

Allí estaba otra vez aquel torrente salvaje, mucho más estrecho que en Karhaia, pero siempre majestuoso y lleno de vida. A ambas márgenes llegan, casi hasta la misma orilla, las montañas, cubiertas parcialmente de bosque. En Chatra se halla el punto terminal de la brecha del Sapt-Kosi en el Bajo Himalaya.

El romántico campamento recibió el nombre de « Chatra Norte » y fue registrado como estación número 398. En el momento en que me disponía a montar los instrumentos llegó, echando los bofes, el cornaca del coronel para comunicarme, con palabras, a cada instante interrumpidas, por sus jadeos, que Ganesch se había caído del elefante y yacía en medio de la selva gravemente herido.

No había tiempo para reflexiones ni para bromas. Yo sabía muy bien que con un peso como el del coronel no era cosa baladí el caerse desde una *howdah*. Dejándolo todo como estaba, mandé se llamase a son de tambor a todos los acemileros y a los sanitarios y, dándoles el botequín, los despaché a toda prisa. Según informó el cornaca, el coronel se encontraba en el pedregoso lecho del Baguwa, más arriba del punto donde lo habíamos cruzado. A continuación envié un mensajero al prior del convento, dándole breve cuenta del accidente y, con mi *boy*, me puse en camino, en pos del grupo de salvamento. En el suelo arenoso no tuvimos más que seguir sus huellas, pero éstas se perdieron en el bosque y al llegar a una bifurcación del camino no supimos ya por dónde seguir. Por espacio de una hora estuvimos buscando en vano las señales de los hombres en la selva.

Al fin vimos regresar al grupo de socorro. Ocho individuos transportaban el coronel, en unas angarillas improvisadas con ramas y ramillas. Ganesch estaba bastante maltrecho; tenía la cabeza bañada en sangre, aplastada y hendida la nariz; habíanle vendado de primera intención una larga herida en la frente; presentaba desgarraduras en ambas rodillas que sangraban abundantemente. El herido respiraba con dificultad. Un suboficial que andaba al lado de la camilla le sostenía fuertemente la mano derecha, fracturada al parecer. Otro lo refrescaba con un paño mojado. Ganesch conservaba el sentido y respondió con claridad a mis preguntas; no había tenido vómitos. Mandé a los camilleros que hablasen lo menos posible, atendiesen al camino y avanzasen deprisa. Al llegar al campamento, y ayudado por los sanitarios, procedí a cambiar los vendajes empapados de sangre y luego tomé la temperatura: era normal. Mi botiquín, obsequio de la I. G. Farben, prestó entonces buen servicio.

Entretanto había acudido el prior del convento; vestía un ropaje color salmón y hablaba correctamente el inglés. Le pregunté si podía enviar un mensajero en busca del médico jefe del hospital de Dharan-Bazar y me respondió solícito en sentido afirmativo. Redacté unas líneas para el doctor, rogándole viniese en seguida y trajese apósitos, de los que yo andaba escaso. Decíale también que el herido se quejaba de dolores torácicos y trastornos cardíacos, y dejé entrever que el Maharajá agradecería al doctor una rápida asistencia. El mensajero salió con uno de nuestros elefantes. Nos separaban de Dharan-Bazar 16 km. suponiendo que se atrevie-

se a viajar en la oscuridad. De momento nada más podía hacerse; mandé que transportasen al coronel a su tienda y lo dejasen en paz; luego acompañé al prior a su convento. Era un hombre regordete, bondadoso y muy culto, cordial y simpático; se llamaba Swami Paramananda Saraswati (figura 41) y llevaba diez años al frente del monasterio. Había estudiado en la Universidad de Calcuta y obtenido en ella el grado de doctor. Nos enzarzamos en una discusión acerca del lamaísmo y el hinduísmo, y nos separamos con el mutuo deseo de reanudarla en una hora más oportuna.

Cuando, al anochecer, volví a ver al herido, lo encontré muy animado. Me señaló la nariz; entretanto el sanitario le había practicado varios puntos de sutura con una aguja de coser ordinaria, sin desinfección ni anestesia. Con un hondo suspiro pedí al Creador me concediese la gracia de no tener que encontrarme nunca bajo el bisturí de aquel brutal sanitario nepalense.

El médico no llegó hasta las siete de la próxima mañana. El elefante había cubierto los 16 km. que hay desde Dharan Bazar a Chatra en dos horas y media. El *medical-officer*, Dr. S. N. Paul, resultó un hombre joven y simpático, de cara inteligente; como el prior, se había graduado en la Universidad de Calcuta. Le conduje inmediatamente al lado de nuestro inválido, el cual había pasado una noche tranquila. Los dolores del pecho habían desaparecido, sólo le molestaban el pescuezo y los hombros. Preguntó el médico si había tenido hemorragia nasal. No. Era buena señal. Luego examinó al coronel, viendo que había contusiones en la espalda y la frente y hendidura de la nariz; lo de la mano derecha no tenía importancia. El Dr. Paul necesitó dos horas para vendar las heridas con todas las reglas del arte. Abrí mi botiquín y el médico sacó de él un somnífero y Tetaninantitoxina (contra el tétanos), y me confesó riendo que la víspera había ido inútilmente de un lado a otro para obtener un poco de Antitoxina en Dharan-Bazar.

—Bien —dije, una vez el Dr. Paul hubo terminado con el paciente —. Ahora viene mi turno. Desearía que me visitase a mí también.

Volvió a reirse el médico y exclamó: —Los riñones, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Pues verá, cuando un europeo famoso llega enfermo a Katmandu, la noticia se difunde rápidamente por todo el

Nepal. Por lo demás, poco puedo hacer por usted, sino aconsejarle que se haga radiografiar los riñones lo antes posible. ¿Tal vez sean piedras? En este caso el remedio es el bisturí.

Aquel joven me dijo en tres frases lo que más tarde la experiencia confirmó al pie de la letra.

—¿Y cuándo estará el coronel Ganesch en condiciones de viajar?

—Dentro dos semanas. Tiene la constitución de un buey; de lo contrario no habría sobrevivido a la caída.

El Dr. Paul sugirió que el coronel fuese instalado en una habitación del convento y dejado por espacio de tres días al cuidado de los *saddhus*. Él enviaría desde Biratnagar un automóvil de ocho plazas que, el 2 de febrero, transportaría al coronel al hospital de aquella localidad para ser sometido a un tratamiento final. Ganesch aprobó tan buena solución, y también yo la estimé acertada, pues me permitía proseguir tranquilamente mi trabajo, pese a que tendría que asumir las obligaciones del coronel. Escribí una carta al Maharajá exponiéndole la situación, y rogué al cielo que no se le ocurriera dictar nuevas órdenes que dieran al traste con nuestras resoluciones

Así, pues, habíamos salido del lamentable accidente con un «ojo morado». Despidióse el Dr. Paul, y yo encontré una horita para poder proseguir la charla con el prior. Sabía que río arriba, a cinco millas de Chatra, entre las montañas contiguas al Sapt Kosi, existía un famoso centro de peregrinación, el convento *saddhu* de Barahakshetra. Ya en Katmandu, el Marajá me había recomendado, para el caso de llegar a sus cercanías, que no dejase de hacer una excursión a aquel monasterio. Se lo dije al prior, quien a su vez se mostró entusiasmado de la idea, prometiendo tomar inmediatamente las disposiciones necesarias.

—Lo mejor es que utilicen uno de los pontones, en vez del camino de la orilla, estrecho y fatigoso. Hoy mismo enviaré recado a los barqueros de Kusaha-Gat. Le daré una recomendación, y será usted muy bien recibido en Barahakshetra.

Me alegré. Después del susto no me vendría mal una semanita de distracción. Pensé al mismo tiempo en incluir Barahakshetra en la red magnética, y en la mañana del 30 de enero de 1940, armado con el teodolito grande, y la balanza, y seguido de mi grupo técnico, me trasladé al embarcadero, a cosa de 400 m. aguas arriba de nuestro campamento.

Allí el Sapt Kosi tiene una anchura aproximada de 200 m. A primera vista, la superficie del agua, de un gris verdoso metálico, parece inmóvil, como helada; pero mirándola con más atención se descubren docenas de remolinos, ramas y aun troncos que, en el centro de la corriente, bajan hacia el valle a gran velocidad. Peces de un metro de largo saltan a considerable altura fuera del agua, volviendo a ella con un fuerte chapoteo. Los cocodrilos deben de pulular aquí. A un centenar de metros más abajo del desembarcadero, una isla guijarrosa de varios kilómetros de longitud sobresale unos 3 m. del nivel del río, dividiendo el Sapt Kosi en dos brazos: uno occidental, el más caudaloso, y otro oriental, de 50 m. de anchura. Este último forma un rápido, con un declive de 6 m. en una extensión de 100 m. Las aguas quedan aprisionadas aquí entre los dos bordes separados sólo unos 30 m., y se precipitan por la garganta espumeantes e impetuosas. También el brazo principal forma un rápido, aunque bastante más abajo de la bifurcación, por lo que su nivel sobrepasa de varios metros, en un trecho considerable, el del brazo oriental. La escarpada orilla oeste alcanza una altura de 12 a 15 m.; la otra, en Chatra, tiene 6. Los desmoronamientos de tierra son constantes. La espesa selva cubre por entero las montañas, desde la margen del río hasta la cima. Las casas y chozas asoman por entre aquel mal de verdor.

Al llegar al embarcadero encontramos ya en su puesto a los barqueros, hombres recios y curtidos, en número de nueve. Uno de ellos llevaba la voz cantante, y yo le llamé el «capitán». Habían llegado de Kusaha-Gat, al atardecer de la víspera, con 4 barcas, capaz cada una para 50 a 80 pasajeros, y habían pasado la noche en una choza de follaje. Sabiendo por experiencia que en el Nepal una propina anticipada raras veces deja de surtir efectos satisfactorios, puse en la mano del capitán, para que las distribuyese equitativamente, cinco rupias inglesas y tres nepalenses. No hube de lamentarlo; aquellos activos mozos se ganaron honradamente el *bakshish*. Durante la travesía, no exenta de peligro, dieron prueba de celo, buena voluntad y una habilidad admirable. Yo escogí una de las embarcaciones, y entonces se repartieron los papeles: mientras seis individuos, armados de largas pértigas de bambú, frenaban el ímpetu de la corriente, otros dos manejaban los remos y el capitán se ocupaba del timón.

Embarcamos, y el bote arrancó. Desde el principio, aquella aventura del Sapt-Kosi me recordó vivamente mi viaje en una casa flotante en el río Han (China), 35 años atrás. Inmediatamente nos cogió la fuerte corriente, arrastrándonos hacia los rápidos. La tripulación hubo de bregar con todas sus fuerzas para mantener la barca en la contra corriente de la escarpada orilla. Íbamos ganando terreno lentamente, y entonces descubrí el sendero de montaña que comunica el convento de Chatra con el de Barahakshetra. Medido desde el nivel del agua, corre a alturas que alternan entre 15 y 40 metros a lo largo de las rocas acantiladas o por sobre ellas. La peña cae, lisa, abrupta, a veces verticalmente, sobre el Sapt Kosi. Sólo es posible atracar en los puntos donde el suelo se halla cubierto de los escombros producidos por los aludes, o donde se han formado islas arenosas. Las señales del agua se distinguen fácilmente en las paredes; medí crecidas de 3 m. para las estaciones lluviosas medias.

Lo que más nos entretuvo en la travesía fueron los arrecifes. El agua pasaba allí disparada y no siempre lograban los barqueros saltar el escollo a la primera vez. Con frecuencia era tan intensa la presión del agua contra los flancos de la embarcación, que los hombres, abandonando las pértigas, echaban mano a gruesas y largas cuerdas y comenzaba la penosa operación de sirgar. Dos, luego seis y finalmente hasta quince hombres hubo que desembarcar en algunos promontorios. Trepaban río arriba por las quebradizas rocas y, cantando, se ponían a hablar, cogidos a la soga, la cual en ciertos momentos estaba tensa como un bordón. En un estrecho banco de arena efectué una medición complementaria, pudiendo observar bonitas formaciones estalactíticas en la socavada orilla. A 2,5 km. al sudoeste de Barahakshetra, algo más arriba de una garganta de apenas 50 m. de ancho, donde corría el agua rápida y espumeante, hubo que superar el último y más violento de los rápidos. No lo logramos ni reuniendo todas nuestras fuerzas, por lo que una docena de aldeanos acudió en nuestra ayuda con varias sogas muy largas; en un esfuerzo conjunto arrastraron el bote por encima de la catarata (fig. 42).

En este punto, el convento de Barahakshetra había entrado ya en nuestro campo visual. Levántase sobre el valle, en una empinada protuberancia rocosa, un pequeño Montserrat nepalí. Era pleno día, y el sol, que iba invadiendo progresivamente las hondonadas, bañaba el templo, haciendo

brillar su dorada cúpula rematada en punta (fig. 43). Los barqueros amarraron la embarcación en un banco de arena, y toda la comitiva me siguió, por una escalera de piedra, al monasterio. Barahakshetra está edificado sobre una plataforma de roca que se precipita, verticalmente en algunas partes, al banco de arena de su pie. La pared oriental está afianzada en su sección inferior por medio de piedras y cemento. El convento se halla en la parte norte de la plataforma, rodeado de un bajo muro de piedra. Hay aneja una pequeña colonia, dispersa en la falda Sur, hasta las montañas vecinas. En la plataforma queda poco espacio; por eso, las construcciones conventuales están apretujadas: un pequeño templo, un peristilo separado de él por un corredor empedrado y dos o tres casitas de piedra encaladas.

Como una invasión de turistas vertióse mi tropa en el patio del convento. Precisamente el prior estaba celebrando los divinos oficios en el peristilo (fig. 44). Leía oraciones en voz alta y a continuación dirigía la palabra, con gesto animado, a su auditorio. A intervalos resonaba un tambor. Tres clamorosos toques de trompeta indicaron el fin de la función religiosa. Yo instalé mi estación número 400 bajo la pared exterior del monasterio; como el sol arreciaba, trabajé, hasta mediodía, desnudo hasta la cintura.

Desde un punto elevado del santo lugar pude contemplar la extensa perspectiva del alto valle del Sapt Kosi. Al norte de la peña que sirve de base al convento, se despliega, viniendo del Este, un vallecito recorrido por el Kokaha, un límpido riachuelo que se vierte en el Sapt Kosi al norte de Barahakschetra, a lo largo de una abrupta pared rocosa de color pardo, rojizo o pardo, negruzco (1) (fig. 45). Hacia el Sudeste, la vista queda interrumpida por un telón de fondo de peñas y árboles.

Después que, en un recorrido del monasterio, hube tratado inútilmente de saludar al prior, reuní mis ovejitas y abandoné el santuario. Bajo el arco de piedra del portal se me acercó una niña y ofrecióme una cestita en la que, primorosamente colocado sobre un lecho de flores, había una filacteria de arcilla. Y mientras la rauda corriente del río se nos llevaba rumbo Sur, la linda chiquilla, menuda y blanca

(1) En este lugar debe estar ahora en construcción una presa y una central hidroeléctrica. Pero el agua embalsada habrá de destinarse también a la irrigación del sector occidental del Terai. En estas regiones, tan afectadas por los terremotos, estas construcciones de hormigón no parecen destinadas a durar mucho.

en lo alto del muro, seguía haciéndonos señas y saludándonos; por fin, el rápido la sustrajo a nuestra vista.

Habíamos empleado tres horas para trasladarnos de Chatra a Barahakshetra; en cambio, la travesía de regreso no nos llevó más que una hora. Fui en seguida junto al prior para darle cuenta de nuestro viaje y llevarle conmigo a visitar a nuestro paciente. Swami Paramananda Saraswati me recibió con un cesto de hortalizas.

—Es una cosecha reducida, pero preciosa —me dijo, al darle yo las gracias; y añadió: —Necesitamos mucha agua para el huerto del convento y cada día hemos de transportarla en cubos desde muy lejos, del Sapt Kosi hasta la terraza.

Yo sabía que en aquel santuario diariamente se daba comida gratis a 300 pobres y, para contribuir a aquella obra benéfica, entregué al prior diez rupias indias. Lo que él me dijo a continuación no era muy halagüeño para nosotros. Explicóme que en el curso de su vida había conocido a muchos cristianos europeos, dotados indudablemente de muchas e importantes cualidades: diligencia, fuerza de voluntad, buen humor; pero en ellos había buscado en vano una virtud: la fe, la fe profunda y acendrada.

—No eran tales cristianos. No es que fueran paganos, sino más bien indiferentes —. Y mientras el bondadoso *saddhu* me obsequiaba con una larga conferencia sobre la doctrina hindú, nos encaminamos juntos al *bungalow* donde habían alojado al enfermo. El prior había dispuesto que arreglasen para el coronel una agradable habitación en una de las barracas del monasterio.

Encontramos a Ganesch sin fiebre y entregado al placer de su narguile. Ya volvía a fumar, pese a que entre las sábanas de su improvisado lecho, más parecía un cadáver amortajado que un ser viviente. A su alrededor, sus hombres de confianza le prodigaban sus cuidados: uno lo abanicaba, otro le sostenía las manos y un tercero cuidaba de cerrar puertas y ventanas para que las corrientes de aire no le molestasen.

Entró en la estancia un *saddhu* con una vasija de latón llena de agua y un plato con pequeñas rosas. Con ceniza blanca trazó un signo sagrado en la frente de los circunstantes, incluso en la del enfermo y la mía, y luego puso una rosa sobre la cabeza de cada uno. En retorno, los demás le besaron los pies.

Los *saddhus* de Chatra son gente de bien, piadosa, inteligente, de severas costumbres, de noble y elevado espíritu y

dotada de un asombroso dominio de sí mismos. No aquellas formas de autodominio que degeneran en la propia mortificación o mutilación, como, por ejemplo, clavar la mirada en el sol hasta que sobreviene la ceguera, mantener los brazos en alto hasta que se anquilosan, permanecer años enteros (!) encorvado, asarse a fuego lento y otras «extravagancias» que, para el gusto europeo, más suscitan repugnancia que compasión. El prior de Chatra, con toda su auténtica religiosidad, era un hombre culto y por tanto razonable que, si bien toleraba las prácticas de los llamados *aghoris*, como son beber sangre en calaveras, comer carne de cadáver, etc., no las recomendaba a sus fieles. En cambio predicaba y practicaba en todo momento otra clase de ascetismo, que incluía dormir sobre el suelo, no hablar con mujeres, someter al cuerpo por medio de la maceración a la voluntad absoluta del espíritu, de modo que el hombre, «elegido entre diez mil», pueda penetrar en las solitarias regiones del supremo goce espiritual y sea capaz de una actuación «trascendente». Esta actitud y este afán vinculaban a Saraswati con los representantes más ilustres del culto *yoga* y lo elevaban, en calidad de *guru*, «maestro del espíritu», a la categoría del sabio fundador Schankarr, cuyas ideas filosóficas profesan aun hoy en la India millares de venerados *sannyasis*.

Por lo que yo había visto en la India, estaba en situación de juzgar de la disciplina con que el prior Saraswati gobernaba su grey; pues conocía yo comunidades religiosas cuya degeneración moral, reflejada en la superstición, el vicio, los negocios sucios y el horror al trabajo, era un secreto a voces. Había conventos donde convivían religiosos de ambos sexos. Sus hijos formaban una casta de *saddhus* profesionales.

Cuando, al anochecer, volví a visitar a Ganesch, encontré que su estado había empeorado súbitamente. Quejábase de fuertes dolores al toser. Consideré necesario enviar otra vez un elefante a Dharan-Bazar en busca del Dr. Paul. Una estupidez que pudiera haberme colocado en situación delicada, me estropeó el buen humor para todo el resto del día. Me contó el criado que el sanitario se había lamentado de que yo hubiera administrado al coronel un somnífero que le había producido escalofríos y dolores torácicos. Aquello era mentira, o por lo menos una reconstrucción errónea y malévola; cierto que las tabletas procedían de mi botiquín pero fue el médico, no yo, quien, poco antes de volverse a Dharan-Bazar, las había sacado de mi farmacia y dado al coronel, reco-

mendándole que las usara con parquedad y prudencia. Si el coronel moría durante la noche, el sanitario no vacilaría en achacarme la responsabilidad de su muerte. ¿No se habían disputado repetidas veces los dos señores? El buen Ganesch quiso darme gusto y no se murió, pero las necias palabras del sanitario fueron para mí una lección: en adelante andaría con mucho cuidado en suministrar medicamentos, especialmente a los indígenas.

Presentóse el médico a la mañana, y cuando lo acompañaba al *bungalow* del enfermo, uno de los pavos que se paseaban en el patio del convento me proporcionó una «reparación». Arremetiendo contra el sanitario a picotazos en el muslo, puso en fuga al charlatán, mientras yo no podía retener la risa. No se crea que la función de los pavos en el convento fuera la de actuar como perros guardianes. El prior los tenía porque el pavo es un aminal consagrado al dios de la guerra Skanda (1). Esta ave protege contra los demonios y las mordeduras de serpiente.

Ganesch nos recibió con estas palabras: —Todavía estoy vivo. Puede usted volverse, doctor.

El médico sacudió la cabeza, exploró nuevamente al coronel y decidió dejar al enfermo en Chatra en vez de enviarlo a Biratnagar:

—Necesita tranquilidad, y aquí la tendrá más que allí.

—¿No convendría quitarle la pipa? —pregunté.

A lo que replicó el doctor: —Que la guarde mientras encuentre gusto en ella. Lo que sí le quitaré es el azúcar moreno, que probablemente mezcla con su abominable tabaco.

Parecióme muy bien, pues con el azúcar podría yo obsequiar a los elefantes.

El 1.° de febrero me preparé para la partida y me despedí del hospitalario prior. Saraswati expresó la esperanza de volver a verme en Katmandu y me pidió informase al Maharajá de que en el convento todo marchaba normalmente y sus moradores reiteraban su fidelidad al Príncipe. Prometí cumplir el encargo, reservándome añadir unas palabras acerca de la ayuda que el monasterio había prestado a la expedición, sin olvidarme tampoco del huerto. Para el Gobierno representaría un gasto y una molestia muy pequeños el enviar a Chatra un ingeniero que construyera una conducción de agua o

(1) En los grabados, el dios Skanda se representa siempre montado en un pavo, mientras el dios Indra suele cabalgar en un elefante.

una instalación práctica para el suministro del precioso líquido.

Luego pasé otra hora con el coronel Ganesch, con quien traté de los objetivos de las próximas semanas. Él entregó al funcionario de abastecimientos una cantidad de dinero suficiente para 20 días, y yo le propuse que siguiera en Chatra hasta que se sintiese en condiciones de viajar; podía establecer su cuartel en un punto céntrico del Morang Oriental, desde donde le fuese fácil mantener comunicación diaria conmigo y atender a la administración de la caravana sin necesidad de dar un solo paso. Sugeríle Biratnagar o Yhapa. Ganesch me prometió pensarlo y me deseó buen viaje. Quedáronse en Chatra, para atender al coronel, un policía, tres criados, tres soldados, el sanitario, tres cornacas (con un elefante). Un tanto exagerado, pero él lo deseo así, y yo no repliqué; no quería ser el aguafiestas de su convalecencia.

El atardecer lo reservé para los elefantes; les llevé el azúcar moreno que tanto les gustaba. Justamente estaban dándoles de comer; para el último día de Chatra, les había puesto en la minuta «hierba rellena». Después, cuando fui pasando el azúcar de trompa en trompa, los animales casi se pusieron a bailar de contentos. Pero los encopetados cornacas lo miraron con malos ojos.

Las primeras luces de la aurora asomaban por el horizonte de la selva cuando, el 2 de febrero, iniciamos la marcha en dirección a Dharan-Bazar. Mandé que la caravana se detuviese frente a la entrada del convento y subí a ver por última vez al enfermo. Luego monté en mi gentil elefanta Kali y, por un buen camino, nos metimos en el bosque rumbo al Este. En la umbría maleza, el silencio era absoluto. Veíanse venados paciendo, pero no se pusieron a tiro debido a que, el elefante avanzaba inquieto. Hoy no llevaba yo *sogitar* y, en consecuencia, tenía que acudir, más que nunca, a mi instinto de orientación. Después de haber cruzado varios secos lechos guijarrosos profundamente entallados, llegamos al pueblo de Baguwa, bellamente situado; cuatro caseríos ocultos entre plantaciones de plátanos. Los moradores me contemplaron con amistosa sorpresa, y yo seleccioné entre ellos a un hombre para que nos guiase, allende los dos brazos del Batnali, hasta la localidad de igual nombre, para dejarnos en el «camino nuevo» de Dharan-Bazar. Este «camino nuevo», de anchura suficiente para permitir la circulación de automóviles, nos llevó, más allá del Sardu, a una vasta lla-

nura cultivada donde conté de 80 a 90 casas. Pronto asomaron también los primeros establecimientos de Dharan-Bazar, importante emporio que si bien venía designado en el mapa con este nombre, lo había trocado recientemente por el de Yudha-Bazar, en honor del Maharajá; pues el pueblo debía al actual primer ministro numerosos y productivos privilegios.

Yudha-Bazar se levanta sobre un extenso cono volcánico que se prolonga horizontalmente por la llanura Sur y se apoya al Norte en una escarpada pared de roca. Es, pues, un verdadero nido de montaña y se halla emplazado exactamente en la frontera, aquí perfectamente marcada, que separa del Terai las cadenas de Siwalik. Un anillo de selva rodea la próspera población, prestigioso mercado que facilita el comercio entre el Norte y el Sur. Los mercaderes son aquí muy poco sedentarios, y sus relaciones comerciales llegan hasta el Tíbet, India, China e incluso Europa. Sus principales artículos de exportación son telas, agujas, herramientas, sal y petróleo en latas. Además, Yudha-Bazar cuenta con bien surtidos almacenes de pieles de reses bovinas y cuerdas de sisal. Éstas últimas, muy resistentes, imprescindibles a todo porteador nepalí para el ejercicio de su profesión, se encuentran en el mercado en forma de cordeles de 5 mm. de diámetro por 15 m. de longitud, en paquetes de a docena. Con frecuencia encontramos, en los caminos, al oeste del Sapt Kosi, carros cargados de grandes balas de estas cuerdas de sisal.

La tendencia Norte-Sur del comercio se refleja en la situación de todos los grandes núcleos de población del Nepal Oriental, especialmente en sus bazares, muchas veces de más de un kilómetro de longitud, dispuestos en dicho sentido, y que determinan asimismo el crecimiento de las localidades: la masa principal de la viviendas de piedra, comercios y almacenes, se sitúan a uno y otro lado de este eje. Tal es el cuadro que presenta Yudha-Bazar. No averigüé si la calle principal, que conduce hasta el pie de las montañas, continúa aún más al Norte, pero sí vi corroborada mi suposición de que la autopista que habíamos encontrado en Nimuwa, al norte de Biratnagar, termina en esta población de montaña.

Mi primera visita fue para el Dr. Paul, quien me había prometido en Chatra encontrarme un buen lugar para el campamento. Fui con toda la caravana hasta el hospital, una casa de un solo piso, de arquitectura pésima, rodeada de tres pabellones anejos y un jardín al que varios hermosos plá-

tanos proporcionaban un aspecto simpático. En la construcción principal estaba el hospital propiamente dicho: un departamento de hombres, con seis camas, y otro de mujeres, con cuatro. El médico residía, con su bellísima esposa y sus no menos lindas hijas, en los bajos pabellones contiguos. El doctor Paul me presentó a su familia y luego acompañó la caravana a un lugar situado al oeste de la calle mayor, donde fue montado el campamento. Observé con horror que, mientras me hallaba yo en el hospital, los guardianes de los elefantes habían despojado de hojas los plataneros del jardín, devastándolos bárbaramente, para proporcionarse de manera cómoda el pienso de sus animales. Tanta desfachatez sólo con rupias podía pagarse; así, los cornacas hubieron de echar mano a sus bolsos, y yo me escusé con el Dr. Paul por aquel desagradable incidente. Él no le dio importancia, pero, en cambio, me indicó mis botas, que no tenían ya suelas. Díjome que en el bazar podían comprarse a buen precio y, pasando el brazo por debajo del mío, llevóme a la calle Mayor. Por desgracia, en todo el bazar no había más que zapatos de cuero europeos fabricados en serie, que yo no podía llevar porque me apretaban en las antiguas fracturas. Además, tampoco los encontré para mi medida; la gente sacudía la cabeza, admirándose de mi gigantesco pie. No encontramos en ninguna parte zapatillas ni zapatos de tenis, que en último caso me habrían sacado de apuros.

El día siguiente fue de descanso para mi gente. Yo había proyectado dedicarlo a mediciones en la tienda sin hierro; pero tuve que renunciar a aquel trabajo, pues estuvo lloviendo durante toda la noche y aun por la mañana seguía cayendo agua a cántaros. Todo estaba mojado; las camas chorreaban, y la lona de la tienda, pesaba como plomo, no resguardaba ya contra la lluvia.

Aproveché el momento que me dejó libre la inclemencia del tiempo para trabar más íntimo conocimiento con el doctor Paul. A las ocho me presenté en su casa, y en la amable expresión de su rostro leí que mi curiosidad le lisonjeaba. Introdújome en todos los aposentos, mostróme su pequeña pero selecta farmacia, sus instrumentos y la sala de operaciones, por cierto bastante primitiva. Sólo el paso de una carreta de bueyes por la calle hacía caer sobre la mesa cal y arena del techo. Por lo demás, todo daba una impresión de extrema limpieza, y al oir hablar al médico en seguida se daba uno cuenta del ímprobo trabajo que había supuesto organizar aquel asilo con poco menos que nada.

—Con lo que ahorro en un año —dijo —puedo comprar dos nuevos instrumentos. En la ciudad hay unas pocas personas ricas que me ayudan. Gracias a ellas iré agrandando el hospital y confío en que dentro de cinco años su aspecto sea muy distinto.

—¿Qué enfermedades trata principalmente? —pregunté.

—Enfermedades venéreas, lepra, elefantíasis y algún que otro caso de cólera. Desde que Yudha-Bazar está bajo la inspección del servicio nacional de aguas, el cólera no es ya epidémico en nuestra comarca. Pero en otras muchas de Morang, donde este servicio no existe, la epidemia es una amenaza constante.

* * *

Con Yudha-Bazar como punto terminal quedó cerrada la red de estaciones magnéticas en el Biratnagar Occidental. Ahora debía efectuar las mediciones de la parte oriental de la provincia, extendiendo la red de observaciones hasta el Krishni, el riachuelo que forma la frontera entre los distritos de Biratnagar y Yhapa. En consecuencia, mi intención inmediata era dirigirme hacia el Sur hasta Pakari, que ya conocíamos, y desde allí establecer una cadena en dirección Sudeste, con «derivaciones» a uno y otro lado por Bairbana y Haraincha, hasta el Bakra en las cercanías de Rangeli. La consigna para la mañana del 4 de febrero fue: levantarse a las 4 para salir a las 5.

Salí de la tienda a las 4 h. y 15 m.; la intensa lluvia había cesado, y caía sólo una menuda llovizna. Admito que exige un esfuerzo el despabilarse cuando, medio dormido aún, hay que salir de entre las mantas calientes y ponerse en camino en plena noche fría y lluviosa. Así no me sorprendí al no ver a nadie del personal; la caravana dormía. Llamé a mi *boy* para que me ayudase a sacar a la gente de las tiendas a los sones del tambor, pero tampoco el chico aparecía por ninguna parte. Finalmente acudió el cocinero arrastrando los pies y tiritando de frío. Dijo que el *boy* se había marchado al hospital unas horas antes.

—¿Se ha puesto enfermo? —pregunté. El cocinero no lo sabía.

—Entonces llama al policía —. Y volví a quedar esperando, hasta que el cocinero volvió con el recado de que no encontraba al policía ni en la tienda ni en ningún sitio.

Entretanto la lluvia había arreciado de nuevo. La cosa se ponía seria ; yo fui de tienda en tienda armando alboroto. Grité a los carreteros : —. ¡Dentro de media hora quiero ver los carros listos para partir! —Luego, llamando a dos o tres individuos del equipo técnico, desmonté la tienda y, al abrigo de un paraguas, efectué la obligada medición matinal. Apenas la había terminado se presentó el *boy ;* el muchacho no se había acostado. Preocupado por la idea de que su señor iba a emprender el camino de Pakari calzado como un verdadero vagabundo (pues en el bazar no había encontrado nada que me sirviera), el muchacho había llevado, a última hora de la víspera, mis atropelladas botas a un remendón para que las reparase, advirtiéndole que debían estar listas, cosidas y con nuevas suelas, para medianoche. El zapatero no compareció en el campamento a la hora señalada y el *boy* esperó hasta las 2. Entonces fue a sacar de la cama al funcionario de abastecimientos y se dirigió con él a la casa del remendón. Éste había hecho el trabajo, pero luego se había dormido sobre él. Mi criado mandó al empleado que abonase una rupia al zapatero y el hombre obedeció, añadiéndole de propina dos solemnes bofetadas que el desconcertado artesano hubo de encajar. Luego, durante la marcha, el *boy* desplegó toda su elocuencia contándome una y otra vez el episodio de la noche, agrandándolo progresivamente hasta convertir la « propina » en una « formidable paliza ». Quien en realidad la habría merecido era nuestro policía, al que poco antes de partir encontraron medio borracho en una taberna.

A las 5 me puse en camino con los portadores de mi silla de manos. La oscuridad era aún absoluta y, como medida de seguridad, yo alumbraba alternativamente la calle y el policía que, caminando a tropezones, precedía al grupo. Mandé parar en el extremo sur de Yudha-Bazar, en una bifurcación del camino. Rayaba el alba y pronto apareció la caravana ; aguardé a que hubiera pasado el último de los hombres de la columna. Lugares como Yudha-Bazar son muy aptos para desarticular una expedición ; no habría sido la primera vez que, en el último momento, desertara alguno de sus miembros o estuviera tan borracho que fuese preciso dejarlo atrás, o cargarlo en un carro. Y todo eso suponía buscas, detenciones y fastidios sin fin ; por eso preferí actuar ahora de sargento mayor y hacer el recuento de mi rebaño.

Al principio, el camino fue bueno, ancho de 7 a 8 m. Avanzábamos rápidamente, cuesta abajo; pero pronto em-

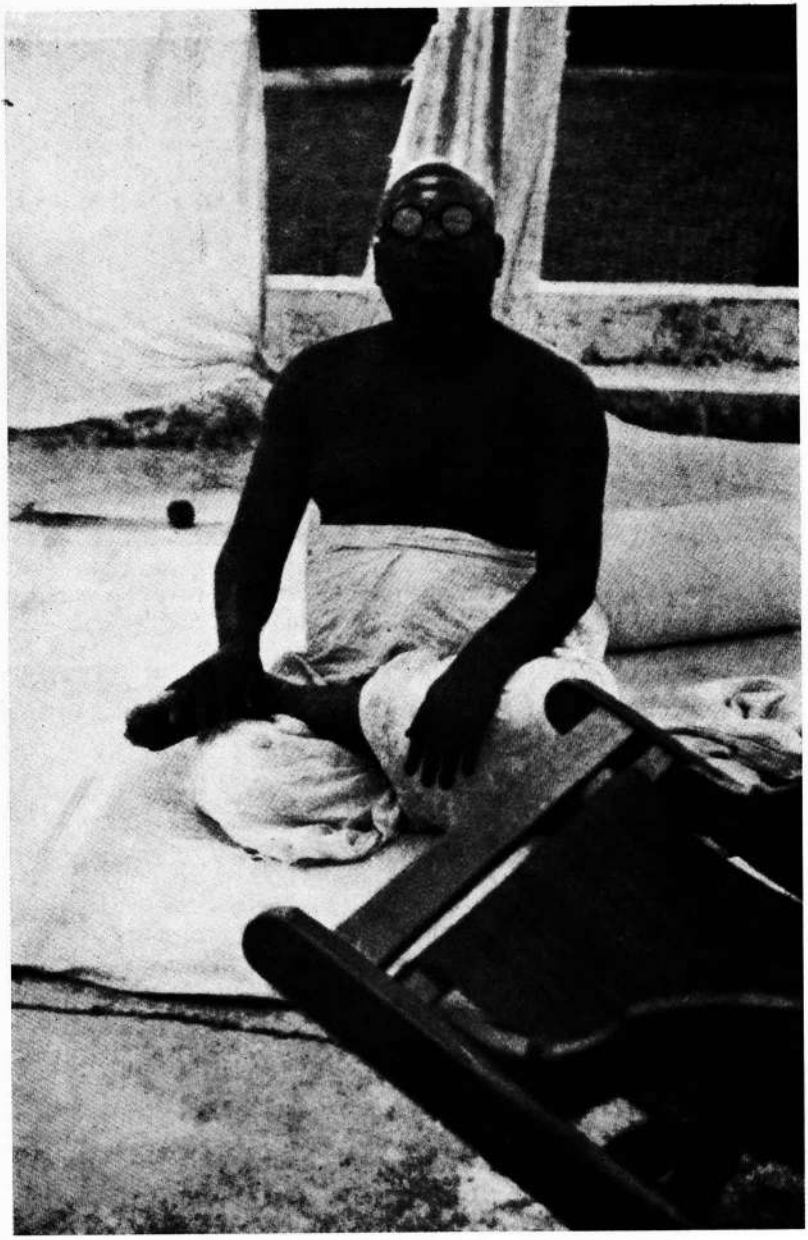


FIG. 41. El prior del convento de Chatra en el balcón de su casa

FIG. 42. Sapt Kosi, unos 2 km. aguas abajo del Barahakshetra. Desde la peña fue izada la embarcación aguas arriba para el cruce del difícil rápido

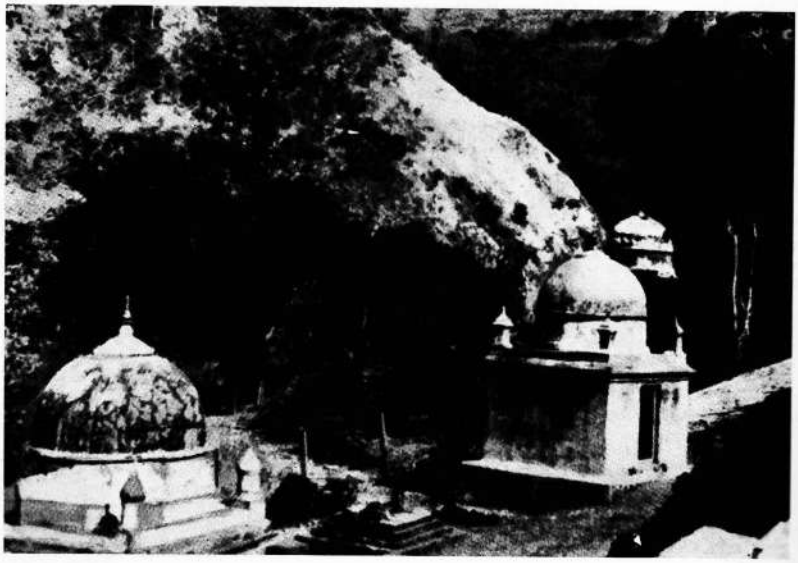


FIG. 43. Vista de Barahakshetra desde el Sudeste

pezaron a multiplicarse y hacerse más profundos los surcos que lo atravesaban. Nos atascábamos en cenagales; los carros se metían en el bosque, describiendo constantes arcos. A veces, el camino se convertía en un «ta-lu» de 50 m. de anchura, fangoso, lleno de charcos y de baches. En el Nepal es costumbre de cortesía cerrar el paraguas al encontrarse con elefantes, pues estos animales se asustan fácilmente a la vista de aquel utensilio. La mayoría de los transeúntes con quienes nos cruzamos cumplieron con aquel deber de buena crianza, y cuando alguien se olvidaba de hacerlo, el policía de vanguardia se lo recordaba con improperios y a empujones.

Junto al Sardu se abrió el bosque, y nos acogió una llanura cubierta de prados, campos, grupos de árboles y numerosos pueblecillos. Calculé que habría una aldea por kilómetro cuadrado. A pesar de que el mapa, plagado de inexactitudes, me dejaba perplejo con mucha frecuencia, alcanzamos sin rodeos ni retrocesos primero Pipra, donde tenía que efectuar una medición de comprobación, y luego el objetivo intermedio de Pakari (1); cuando, finalmente, nos instalamos para pernoctar en un buen prado de suelo firme el sur de Bairbana, me sentí satisfecho, pues todo había marchado a las mil maravillas, a pesar de la ausencia del *sogitar* y del coronel.

Debía efectuar cálculos inaplazables, por lo que tardé mucho en acostarme. Mientras garrapateaba cifras sobre el papel a la luz de la lámpara de bolsillo, oí una especie de gruñido. No le presté atención, pues me había ya acostumbrado a los múltiples ruidos que mi criado solía emitir mientras dormía. De pronto vi moverse la lona de la entrada de la tienda y asomar un hocico negro y húmedo. No me moví, pero sujeté con más fuerza las patas de la mesita de campaña para, llegado el caso... pero no fue necesario. Estalló un gran griterío; los soldados daban la alarma. Oí pasos precipitados y en el mismo instante desapareció el indiscreto hocico. Era un oso, que ya había anunciado su presencia gruñendo ante otras tiendas. Cuando salí, todo el lugar era un barullo de ruidosos comentarios; el oso había huído. Dispuse que durante el resto de la noche circulase una patrulla y que los cornacas hiciesen ruido.

---

(1) La comarca de Pipra-Pakari constituye una isla inmune en esta peligrosa zona palúdica.

A las 3 de la madrugada alguien volvió a meter las narices en mi tienda, pero esta vez era un hombre, el menudo y listo policía que había dejado en Chatra, al cuidado de Ganesch. Venía con la noticia de que el coronel estaba mucho mejor y pódía valerse, por lo que él se incorporaba de nuevo a la columna. El hombre había cubierto en una sola etapa el trecho de Chatra a Bairbana.

Para el día siguiente nos asignaron un *sogitar*, y se presentó un tercer policía. Ambos resultaron un fracaso. El *sogitar*, a quien di instrucciones para guiarnos hasta el Modha, donde debía yo efectuar la primera medición intermedia, condujo la caravana mucho más allá del río, obligándome a rehacer una milla con mi grupo técnico. En castigo, el hombre hubo de guiarnos sin sueldo hasta Haraincha. En cuanto al tercer policía, que era un individuo totalmente incapaz, trató de engañarme, llevando la caravana en dirección de Biratnagar en vez de ponerla en el camino de Rangeli. Probablemente había sido sobornado por unos cornacas a quienes sus amigas esperaban en Biratnagar. Por fortuna, uno de los encagados de los elefantes era de Haraincha; conocía la región como la palma de su mano y nos guió sin titubeos, a través de campos, platanares y restos de matas de bambús y de selva, al objetivo de la jornada, Lohasur. Durante el camino me había sorprendido el gran número de monos que poblaban la comarca. Estos diablillos, eternamente alegres, camorristas y pícaros, se movían a sus anchas incluso en el llano abierto, y esto era lo asombroso, pues, por su condición de trepadores, es muy raro que los monos se alejen del borde de la selva. Otra cosa que me llamó la atención fue la riqueza hidráulica del Biratnagar Central y Sudoriental. Continuamente estábamos cruzando ríos y riachuelos, lechos de 50, 100 y 200 m. de ancho, con altas márgenes escabrosas, por entre las cuales fluían corrientes de escasa anchura, llanas y diáfanas. Meta común a todas era la baja llanura india. Todas procedían de las montañas del Norte y todas tenían su nombre: Angari, Nondrai, Lothandra, Maria, Bauni, Cheschang. Las orillas estaban ribeteadas de cañaverales, y las cañas eran aquí el material de construcción más corriente: con ellas se construían las chozas y los vallados de los huertos. Lo mismo ocurría en Chiangamari, Sarkadina y Yitpur. Ahora en aquellas aguas todo era un dulce murmullo y gorgoteo; pero los amontonamientos de raíces y troncos varados en las orillas testimoniaban lo que debía de ocurrir en aquella

tierra feraz cuando, en verano, los ríos se hinchaban y corrían impetuosos y mugientes.

En el Bauni nos salió al encuentro una india linda y de gallardo porte, con un adorno de oro en la frente. No hizo el menor caso a los policías cuando le indicaron que nos dejase el camino libre y pasara por la cuneta; permaneció tranquila y segura de sí misma al borde de la vía, mirándonos con fría curiosidad. Ante tanta arrogancia capitularon nuestros celadores del orden, no atreviéndose a emplear con semejante dama sus habituales e infalibles métodos de despeje. Viniéronme entonces a la memoria las bellas palabras de Tasso: «Si quieres saber exactamente lo que conviene, pregunta sólo a damas nobles...».

Acampamos en un prado al oeste del Cheshang. El río nos ofreció un agua pura y deliciosa. En camino, los carreteros habían avistado osos y jabalíes, y mi cornaca vino a pedirme la escopeta para variar un poco la minuta.

—¿Qué quieres cazar? —le pregunté.

—Jabalíes y osos —respondió el hombre, en actitud de un infalible Nimrod.

—'Ahí tienes mi rifle —le dije —y ocho cartuchos; la mitad para cuatro jabalíes, la otra para cuatro osos.

El cornaca se alejó con una sonrisa burlona. A las tres horas estaba de regreso, radiante de orgullo. Había disparado las ocho balas, y el botín eran... dos palomas. De todos modos yo sentía deseos de salir de caza y me prometí hacerlo en cuanto me lo permitiera el trabajo.

Al anochecer sorprendí infraganti a mi damita Kali robando. Se había introducido en el almacén de las provisiones y, después de abrir con la trompa un saco de arroz, se estaba zampando alegremente el apetitoso grano. Nadie se fijó en Kali excepto yo, pero no dije nada, pues me divertía ver a la inteligente elefanta entregrada al arte de la ratería de aquel modo tan sencillo, natural y aplomado. Kali se dio cuenta de que yo la estaba mirando y volvió varias veces la cabeza hacia mí; incluso me pareció que se reía.

El 7 de febrero llegamos a orillas del Bakra, cerca de Rangeli, acampando en el mismo lugar donde lo hiciéramos dos semanas antes, durante la excursión desde Biratnagar. Con ello quedaba virtualmente terminado mi trabajo en esta zona; sólo quedaban por alcanzar algunos puntos al Sudeste y trazar una cadena hasta Chetidangi, en la extrema punta norte de la provincia, para luego cerrar las mediciones mag-

néticas en un amplio recorrido « meándrico » en el lugar donde el Maharajá tenía cifradas sus más altas esperanzas, la más importante de las provincias del Morang Oriental, Yhapa.

En esta zona podía disponer mi programa de mediciones de modo mucho más compendiado que en Biratnagar, pues podía subdividir la superficie total en unidades menores, gracias a los limites naturales fijados por las corrientes de agua dirigidas de Norte a Sur. Sólo tenía que operar de orilla en orilla, avanzando al mismo tiempo hacia el Norte o hacia el Sur y describiendo sinuosidades para tener la certeza de haber cubierto todos los sectores con estaciones, sin dejar lagunas. De todos modos, este procedimiento, que parecía muy sencillo sobre el papel, resultaba en la práctica bastante difícil. Por este método era raro que pudieran utilizarse los caminos, precisamente porque prescindían de los meandros, y así tenía yo que recorrer grandes trechos de selva a pie, con los pocos hombres del equipo técnico y sin la ayuda de los animales de tiro y carga. Ello comportaba varios peligros, entre otros, el de ser acometido por fieras. Y en efecto, me encontré ante situaciones realmente desagradables, imposibles de prevenir, dado el especial carácter de mi labor. No podía llevar conmigo objetos « que tuviesen hierro », y por tanto, ni escopetas ni cuchillos, con lo que no estaba ni en condiciones de defensa ni de fuga, pues mis observaciones requerían atención y concentración absolutas. Con frecuencia me pasaba horas enteras solo en la selva, aislado de todo auxilio de la caravana y con mi vida al azar. Si a todo lo dicho añado que me hallaba en el corazón del Terai, climatológicamente la región más insalubre del Morang Oriental y de todo el Nepal, y una de las peores del Globo en este aspecto, se comprenderá las angustias y malos ratos que pasé trabajando en el primer sector entre el Bakra y el Krischni.

En el Bakra intercalé un día de descanso, que hombres y animales tenían bien merecido. Para mí fue una jornada de mediciones de comprobación. Habíamos salido de una larga y fatigosa etapa, con numerosos rodeos ocasionados por la ignorancia del *sogitar*, constantes subidas y bajadas por un terreno ondulado y, finalmente, a través de praderas y barbechos, por un camino sólo marcado por las rodadas de los carros en las matas herbáceas. A partir de Bakra, el país volvía a estar densamente poblado, con cultivos en casi todas las localidades ; vi muchos de aquellos pozos típicos que había encontrado ya en el convento de Ramdhuni. Son

unos anillos de cemento o de ladrillos revocados, dispuestos en grada y de 1,5 m. de altura, que recubren el orificio del pozo.

Por la tarde, terminada la medición principal número 422, por fin salí de caza. Acompañáronme cuatro mozos, muy mal equipados para una empresa cinegética, pues iban descalzos y sin más vestido que una especie de camisa. A lo largo del Bakra se extienden amplias fajas de jungla casi impenetrable y gigantescos zarzales de matas espinosas a modo de alambradas, que, a decir de los naturales, son los lugares preferidos de jabalíes y osos. Kali, que avanzaba con el incontenible empuje de una apisonadora, hubo de poner a contribución todas sus energías para abrirse paso en aquella espesura. Mis seguidores armaban un ruido de mil demonios, por lo que no había que pensar en acercarse sigilosamente a la caza. No llegué a disparar un tiro y volví a casa con menos botín que el cornaca, o sea, con las manos en los bolsillos.

En compensación, me esperaba en el campamento un berrinche. La experiencia nos había demostrado que era más conveniente cambiar los carros y sus conductores, no sólo en los límites de las provincias, sino cada dos días. Este cambio debía efectuarse en el campamento de Bakra. Así el sabihondo Hem, hijo, procediendo por propia iniciativa, como solía permitirse con cierta frecuencia, había despedido las carretas y sus hombres sin aguardar a que llegase el relevo. Era muy posible que al día siguiente nos encontrásemos inmovilizados, sin medios de transporte. Sin embargo no podía perder tiempo, si quería llevar a término mi programa. Además, Hem no había hecho nada para traer a los nuevos carros, ya encargados, por lo que la situación se presentaba oscura por demás. Aguardamos hasta el atardecer. En vista de que los vehículos no se presentaban, envié a los policías y varios peones con la orden de localizar los carreteros y traerlos al campamento. A la mañana no había aún rastro de ellos ; no llegaron hasta mediodía, y así hubimos de salir con bastantes horas de retraso.

Mencionaré de pasada dos pequeñas observaciones de la víspera, una de tipo ornitológico y la otra imposible de clasificar a primera vista : a la hora de la puesta del sol vi un pájaro del tamaño del picoverde, de plumaje blanco con listas oscuras en las alas, que volaba en vaivén a unos 10 m, encima del río y, precipitándose casi en picado, volvía a salir del agua con un pez en el pico y desaparecía.

La segunda observación : un cañoneo que percibí, lejano pero muy claro, procedente del Este. Eran unas descargas sordas que se sucedían con cierta regularidad. En seguida me vino a la memoria el singular relato del coronel Ganesch sobre la tierra que retumbaba ; por desgracia, el hombre estaba ausente. Los ruidos cesaron al poco rato. Pensé en emplazamientos de artillería que tal vez los ingleses hubieran instalado en la frontera del Morang. Por otra parte, el coronel había afirmado que aquellas explosiones venían oyéndose día y noche desde tiempo inmemorial.

Remontamos el Bakra, rico en meandros, por entre cañaverales, matorrales y bosquecillos de bambús, hasta Chilaidhar donde, torciendo en ángulo de 150 grados, fuimos a parar en línea recta y dirección Sur, a Yhapartala, a orillas del Nona, después de atravesar Sungaha, depósito de grano de la comarca, y Amardaha, y seguir por la carretera de Rangeli a Yhapa. Aquel trecho debió de parecer El Dorado a los elefantes, pues pasamos por innúmeros platanares. Cada anochecer los animales se lanzaban con fruición en busca de su comida favorita, sin preocuparse mucho del perjuicio económico que irrogaban a los habitantes. Arrancaban los troncos de las plantas, los pisoteaban hasta reducirlos a trozos manejables y al fin dejaban el campo completamente asolado. En el campamento de Sungaha, Kali, entregada a aquella ocupación, se clavó un largo clavo en el pie. Levantando la pata herida, con la trompa indicaba el lugar, hasta que los cornacas se dieron cuenta, examinaron el pie y extrajeron el clavo.

Durante el trayecto de Yhapartala empezó a llover. Al sur de Dainia, en un cruce de caminos, efectué una medición accesoria bajo una violenta lluvia. Rodeábame la caravana, empapada y tiritando, mientras yo, tiritando también, manejaba el teodolito ; ¡un melancólico cuadro! Procuré terminar cuanto antes, y proseguimos la ruta, contentos de hallarnos de nuevo en movimiento. Todos estábamos calados hasta los huesos. Nuevas nubes que llegaban de Sudoeste descargaron sobre nuestras cabezas sus ingentes masas de agua en continuos chaparrones, con gran aparato de rayos y truenos. En previsión de una rápida crecida del río, envié por delante al joven Hem, con el carro, para que preparase un sitio donde acampar en la orilla Este del Nona. —¡En la orilla Este! —le mandé expresamente ; pues cuando acampaba junto a un río tenía por regla, abonada por mi expe-

riencia en el Tibet, de hacerlo, siempre que fuese posible, en la orilla desde la cual hubiese de proseguir la marcha al día siguiente. A mediodía llegué al Nona con el resto de la caravana, encontrándome con que Hem no había cruzado el río. Al pedirle explicaciones el mozo cargó la culpa sobre los conductores, que habían preferido el lado de acá. El Nona, rico en meandros, pero por lo demás un riachuelo de 4 m. de ancho, hondo hasta la rodilla y de aguas claras, que fluye por un lecho de 8 m. de profundidad, se hallaba ya en trance de crecida. Pasé a la orilla con el grupo técnico y cuando, dos horas más tarde, la caravana se dispuso a efectuar la travesía, el arroyo se había trocado en un verdadero torrente impetuoso de aguas pardas y gorgoteantes, que arrastraban hacia el valle ramas, árboles enteros, objetos domésticos y trozos de tierra. Los caballos no resistían a la presión de la avenida ; se espantaron, y a duras penas pudimos volverlos a la orilla Oeste. Un carro volcó en medio del río. Los pocos moradores de Yhapartala pudieron asistir gratis al espectáculo, hasta que cesó la lluvia y, poco antes de la puesta del sol, la columna rodada volvió a probar suerte, logrando pasar, no sin dificultades.

Hasta medianoche estuvimos explorando la orilla, a la luz de linternas, en busca de objetos desaparecidos, arrastrados por las aguas. Para colmo de desdichas abriéronse de nuevo las cataratas del cielo, y la lluvia volvió a caer hasta la hora del alba. Poco dormimos aquella noche. La leña, mojada, no quemaba ; no pudimos cocinar ni secar las ropas. La lluvia se filtraba por la tela de las tiendas, dos de las cuales se desplomaron bajo el peso del agua. En verdad fue un campamento de desolación, el de Yhapartala. Dos elefantes se soltaron de sus estacas y desaparecieron en el espesor del bosque. A la madrugada, el temporal terminó bruscamente con unas cuantas ráfagas violentas, a las que siguió una gran calma. Alzóse el sol por un horizonte inmaculado, y los hombres tendieron sus prendas a secar. Entonces se pudo encender fuego, y pronto el agua para el té hervía en los calderos. Mi abrigo de piel se fue secando poco a poco, se recuperaron los elefantes y, tras una noche toledana, proseguimos nuestra ruta en dirección al río Ratua.

Por un camino estrecho y resbaladizo que corría sobre un terraplén ganamos rápidamente terreno, más allá de Kathgara, con rumbo Este. Por doquier veíanse huellas de la pasada tormenta ; regueras, desembocaduras de torrentes de aguas

pardas o negras, obturadas por materiales de arrastre y troncos flotantes; puentes hundidos y orillas desmoronadas. Mi intención era acampar temprano, para que la gente pudiese recuperar el sueño perdido. En una marcha hacia el Norte llegamos a Siyuwa. Como fuera que desde allí tenía que desviarme yo con el grupo técnico hacia Oeste, para efectuar una medición complementaria, sin necesidad de que me acompañase la columna, llamé aparte a Hem, hijo, y le dije:

—Mire a lo largo de este camino, relativamente recto. ¿Qué ve al Norte, a una distancia aproximada de 2,5 km.?

—La desembocadura de un riachuelo en el Ratua —respondió Hem, pronto como un alumno aplicado.

—¡Exacto! Es el Kayta. ¿Se distingue bien?

—Perfectamente.

—Pues conduzca la columna hasta allí y acampe en la horquilla que corresponde a Yhunabari.

Era una misión bien clara y sencilla.

Marchóse Hem, y yo me lancé campo a través con el equipo técnico, el *sogitar* y un policía. La hierba, alta y dura, y las charcas y lodazales, frenaron un tanto nuestro avance. Encontré un nombre apropiado para aquella hierba recalcitrante y dura: la llamé «púa de jabalí». De regreso miré desde lejos: no había tiendas en la bifurcación del Ratua y el Kayta. ¿Dónde se habría metido Hem con su columna? Unos indígenas me informaron de que una caravana con elefantes de carga había estado remontando el Ratua y, cosa de una hora antes, desaparecido en la selva. No podría ser otro que Hem. Despaché a mi cornaca, el cual encontró a la tropa a 8 km. al norte de la meta señalada. Al cabo de largas horas volvía la columna, jadeante, con los cargados elefantes, a la confluencia. Yo había contado con que Hem se presentara cabizbajo y se disculpara; todo lo contrario; no quiso reconocer su error y aún se puso impertinente. Entonces le dije ante toda la gente reunida: —Respetable joven, si hay alguien que sobra en la caravana, éste es usted. Pero aún hay más. Es usted un peligro constante para la expedición. Por eso, en adelante confiaré mis encargos al suboficial que lleve más años de servicio.

Cierto que a la larga no pude descartar por completo a Hem; hube de proceder con prudencia, pues el hombre era un favorito del Maharajá.

Para compensar a la tropa, que había sido sometida a un sobresfuerzo inútil, y reanimar un poco sus caras malhu-

moradas, compré en el pueblo cercano un carnero que no tardó en pasar al asador.

Citaré aquí, de manera incidental, una observación que corresponde al capítulo «Clima». En todos los manuales de geografía puede leerse la causa geográfico-climatológica de un fenómeno característico de las tierras al pie del Himalaya. Me limito a consignar la observación, como un hecho comprobado, precisamente por ser yo el único europeo a quien haya sido posible hasta la hora actual cruzar varias veces el Terai desde el Indostán al Bajo Himalaya y viceversa. Excepto una o dos fuertes tormentas locales, mi expedición gozó siempre de un cielo sereno y un radiante sol invernal en la región sur del Nepal. En cambio, cada vez que nos aproximamos a las montañas del Norte, el cielo se fue cubriendo más y más, produciéndose nieblas y lluvias en las laderas meridionales de la cadena de Siwalik. Exactamente lo mismo ocurrió ahora, al avanzar hacia Chetidangi por Anthiahari: nubes cargadas de lluvia cruzaban sobre nuestras cabezas para cernerse en la cordillera. Yo seguía con cierta preocupación aquel acumularse de las grises masas redondeadas. Si llovía en Chetidangi y no lucía el sol, iba a quedar comprometida la medición principal que había proyectado para aquel lugar, puesto que dicha operación presupone siempre el establecimiento de la posición astronómica.

A través de una selva poco densa, vía Panigata, llegamos el 13 de febrero a Chetidangi, a orillas del Bakra, cuyo cauce mide aquí hasta 350 m. de anchura. Bajo el nombre de Chetidangi se comprenden tres localidades de unas 40 chozas. Montamos el campamento en un prado seco de la margen este del río, y mandé incendiar el espeso matorral que nos rodeaba, a fin de aminorar la plaga de mosquitos. El cielo, cubierto aún al anochecer, estaba al día siguiente claro y sereno. ¡Buen tiempo! ¡Y justamente el día destinado a las mediciones! El administrador de la meteorología himalayense no podía tratarme mejor. Pude efectuar los cálculos de la estación número 445 sin dificultades ni estorbos. Al Norte, casi al alcance de la mano, los escarpados montes del Bajo Himalaya se levantaban unos 300 ó 400 m. sobre la llanura, cubiertos hasta las cumbres y collados de restos de selva y casitas, y divididos por los campesinos en bancales, con tal precisión, que habríamos dicho trazados a regla.

Quedé contento de la labor de la jornada, pero no de mis riñones. Había viajado demasiado en la *howdah*, y se repro-

ducían los dolores. La orina era roja como sangre, mala señal. Y al día siguiente debía empezar la primera gran «marcha en meandros».

* * *

Empezamos bien. El *sogitar* erró de 90 grados la dirección de Damak; ¡como quien no dice nada! Me permití, pues, intervenir e hice las correcciones del caso. Avanzamos a través de la selva y cruzamos el lecho arenoso del Mao, caudaloso brazo secundario del Ratua, acompañados de grandes bandadas de monos que nos seguían saltando de rama en rama. Calveros habitados alternaban con prados y arrozales. Desde Damak emprendí solo una marcha en dirección Oeste hasta Ariamal, después de haber dado instrucciones al suboficial más antiguo, encargado de los elefantes, para que atravesara con la caravana el lecho de 250 m. del Ratua y aguardase mi vuelta en la orilla oriental. Cuando, más tarde, llegué al sitio convenido, toda la caravana se hallaba reunida en él. Sin Hem las cosas marchaban a las mil maravillas.

Con rumbo S-SE. cruzamos mucha tierra cultivable. Mientras se establecía el campamento en las inmediaciones de Gohabari, yo, con mi cornaca, me dirigí nuevamente a la selva, en dirección Oeste, para efectuar más mediciones. No aparecieron ni tigres ni leopardos, pero en cambio tropeles de monos me fastidiaron con sus airados chillidos. Las partes brillantes de mis instrumentos parecían enfurecerlos.

Habíamos previsto el cambio de carros en Gohabari y, además, relevo de la gente, ya que al cruzar el Ratua habíamos entrado en un nuevo distrito, Yhapa. Unos habitantes de Gohabari nos informaron de que conductores con sus vehículos, procedentes de Yhapa, vagaban errantes por la comarca desde hacía cuatro días en busca de una caravana. Allí estaban, pues; nos encontraron al atardecer e inmediatamente se presentaron a recibir órdenes los nuevos policías, arrieros, portadores de instrumentos, etc. En el campamento reinaba un ajetreo digno de una feria.

El objetivo del 16 de febrero era el pueblo de Yanada, en la confluencia de los ríos Ratua y Mao. Pero tan sólo existía en el mapa; no nos dimos cuenta de ello hasta que llegamos al lugar. Sus moradores lo habían abandonado hacía ya años, probablemente por su insalubridad, y habían emigrado más al Nordeste. El pueblo había decaído,

y al fin ocuparon el antiguo Yanada otros naturales nomadizantes del Morang, quienes se encontraban en él a gusto, incluso en el aspecto de la salubridad. Construyeron una nueva aldea sobre la antigua y la llamaron Kartoli.

El núcleo principal de la caravana había seguido directamente hacia la meta asignada; en Kodudanga (est. 451) encontró una autopista, a trechos, excelente, y así pudo avanzar de tal modo que antes de mediodía estaba ya en Kartoli. Estas marchas breves y fáciles producían efectos visibles en la salud y los ánimos, así como en el rendimiento de hombres y animales.

Aquel día me había ido por mi cuenta en compañía de mi elefante, el cornaca y tres portadores de instrumentos; dejando la carretera, eché a través de campos y selva. Levantamos gran número de venados, zorros y liebres, pero quiso la mala suerte que no lleváramos escopetas. Efectué la primera medición secundaria del día en medio del Ratua; la segunda, a 2 km. más al Sudoeste, en la orilla; la tercera, en el lecho del Mao (est. 454), y la cuarta, junto a las chozas de Kartoli.

Como aquel día discurrieron otros muchos. La caravana se dirigía a la meta de la jornada por el camino más corto, mientras mi elefante, el cornaca y tres peones me seguían por selvas y campos. Las cosas marcharon a pedir de boca, con las solas excepciones en que, como no podía ser de otro modo, el inefable Hem Mufti Bahadur metía las narices sin pedírselo nadie.

En el campamento de Kartoli vino a verme el alcalde de una colonia cercana y me trajo lagartos. Ya en el bosque bajo me había encontrado yo con estos animales; sabía que los indígenas los cazaban y los consideraban un plato fino. Yo renuncié al obsequio. El hombre me contó que cuatro años antes el Maharajá había estado en su pueblo; para tan encumbrada visita habían construído la carretera de Baloo-tan (1) a Sitapuri (est. 458), un tramo de la cual había seguido aquella mañana la caravana.

Partiendo de Kartoli nos dirigimos hacia el Este y, al llegar al Krishni, descendimos el río hasta la comarca de Govindpur, para luego torcer nuevamente al Oeste, hasta el Ratua (est. 464). En la zona del Krishni encontramos el distrito de Machgaon, en Dumania, densamente poblado

(1) Balootan (grafía dudosa) está a un kilómetro al norte de Kartoli.

para este país. En promedio había allí tres pueblos por kilómetro cuadrado. En amplios calveros se asentaban docenas de aldehuelas, de 20 a 100 chozas y cada una tenía su granero colectivo en forma de toneles de arroz de 4 a 5 m. de diámetro.

Acampamos al borde de la selva, junto a Dumania. A muy poca distancia había un lugar habitado por los llamados *chataras*. Era uno de aquellos poblados misérrimos y sin nombre, dispersos por todo el Morang, donde vivían en plena miseria y estado primitivo los « impuros », individuos de la casta más baja (fig. 46). Tenían asignado un pozo para su uso exclusivo, ya que no debían usar el agua potable de Dumania. Su aspecto era repulsivo y estaban cubiertos de mugre. Los *chataras* son tratados como parias y viven siempre en grupos. El color de su piel es oscuro, casi negro. Su afición a los adornos contrasta con su suciedad ; los hombres lucen cadenas de cuentas de vidrio rojas y amarillas, pendientes y brazaletes. Muchos llaman la atención por el peinado. Se dejan colgar el cabello medio metro sobre la espalda y llevan parte de él a modo de moño en la nuca.

Al anochecer se produjo un pequeño incidente. A poquísima distancia un leopardo anunció su presencia con sus rugidos ; en un abrir y cerrar de ojos pasó como una sombra, raudo y silencioso, a través del campamento. Cuando sonó la alarma, el felino había desaparecido ya en la espesura. Los gurkhas encendieron inmediatamente una hoguera ; de haberlo hecho antes, el leopardo, que teme al fuego, jamás se hubiera atrevido a concedernos el honor de su rápida visita.

En el último tramo Este-Oeste de la marcha en zigzag (estaciones 465-469) cruzamos una selva espesísima, llena de enormes termiteros. Nos orientábamos con mi brújula. Sin el concurso de nuestras « apisonadoras » no habríamos avanzado ni un paso. Los elefantes apartaban fornidos árboles y, rompiendo con la trompa ramas como el puño, se abrían camino fácilmente. El trayecto entre las estaciones 470 y 473 fue un poco mejor.

Del encharcado brazo secundario del Ratua retrocedimos hacia el Este, en dirección al Krishni, por entre juncales, lodazales y selva. Continuamente éramos víctimas de las burlas de los monos encaramados en las copas de los árboles. Según el mapa, debiéramos haber encontrado toda una serie de poblados, pero no existía ya ninguno. Molidos y agotados alcanzamos el campamento al este de Barati (471).

En el curso de la jornada había establecido ocho estaciones, y ahora me esperaba la novena, principal.

Para los dos días siguientes quedaba ante mí el ángulo más meridional del sector de Ratua-Krishni, con lo cual tendría lista otra porción del fatigoso trabajo titulado *Magnetic Survey of Nepal*. De madrugada — 19 de febrero 1940 — se puso en marcha la caravana, con los elefantes, camino de Thagitola ; yo me hice llevar, pues así lo pedía el estado de mis riñones. Con la sola compañía del equipo técnico y los portadores de la silla me encaminé al lugar donde me llamaba la labor del día : hacia Oeste al Ratua, hacia el Este al Krishni. Objetivo : Thagitola. En aquel « camino » tropezamos con muchos obstáculos : canales, torrentes, fosos, campos inundados y pantanos en los que chapoteaban legiones de grullas y cigüeñas. Más de una vez necesitamos una hora para recorrer la distancia de un kilómetro. Por fin llegamos a un « camino terraplenado » que nos llevó a una llanura sin árboles, en las proximidades de Athmauza. Un hombre nos salió al encuentro en el terraplén de 4 m. de altura ; en el extremo de una larga pértiga enarbolaba una bandera triangular de color rojo. Era el alguacil de Athmauza que anunciaba a los pueblos circundantes la fecha del próximo bazar que debía celebrarse en Athmauza.

Al cabo avistamos Thagitola y poco después nos reuníamos con la columna, que entretanto había llegado al campamento (est. 477) del Krishni. Habiendo llegado ya los nuevos vehículos, los viejos pudieron ser licenciados. La « máquina » trabajaba ahora sin frotamientos. Algo al norte del campamento pasaba la gran carretera de Rangeli a Yhapa ; nos separaban todavía 6 km. de la capital de la provincia. Envié un mensajero a Yhapa a preguntar si había llegado correo para la expedición. Como los fondos oficiales destinados al avituallamiento estaban agotados, y yo había incluso avanzado cantidades de mi pertenencia, decidí despachar un segundo emisario a Biratnagar con el encargo de pedir dinero al coronel Ganesch. Esta segunda gestión sólo podría tener éxito en el caso de que, como yo esperaba, Ganesch estuviese suficientemente restablecido para haberse aventurado a trasladar su residencia del convento de Chatra a Biratnagar.

Aquella noche nuestra irascible elefanta agredió, por celos, a la menor de sus compañeras, dejándola asaz mal parada. Los guardianes lograron separar a los dos animales ; de no

hacerlo, el grandote habría hecho papilla del otro, más débil. A la mañana siguiente, el mayor tenía la cara cubierta de una erupción, prueba de que había entrado en su período crítico. En aquella condición, en extremo irritable, que en los elefantes dura varios meses, el gigantesco animal constituía un peligro para todos ; lo enviamos, pues, a Yhapa, cambiándolo por otra doncella más apacible.

Concedí a la caravana dos días de descanso ; el 20 de febrero me fui solo con un mozo, para efectuar las tres últimas mediciones parciales. Íbamos a pie, a fin de no llamar la atención de los vigías que tal vez pudiera haber del otro lado de la frontera. Cuando, al anochecer, estuvimos de regreso con la satisfacción del trabajo realizado, había llegado también el mensajero de Yhapa. No había correo. ¡Con la impaciencia que sentía de recibir cartas de la patria, de la hija, noticias de Alemania, pues Alemania estaba en guerra! No había correspondencia para nadie si siquiera para mi criado, que la esperaba con tanta ansiedad. Mi *boy* era de la India Meridional, de la región de Madrás. Su madre había muerto en otoño del año anterior, y, poco antes de la partida de la expedición de Katmandu, su padre había caído gravemente enfermo. Ahora llevaba meses sin saber nada de él.

Resultó que la nueva elefanta traída de Yhapa, una damita de largos dientes, tenía un defecto. Si oía un griterío repentino se enfurecía arrojaba la carga y escapaba. Mandé que le asignasen un lugar tranquilo en el prado, fuera del campamento. Allí, lejos de molestos ruídos, podría rumiar en paz sus pensamientos. Y así lo hizo ; parecía afectada de profunda melancolía.

A la mañana siguiente empezaríamos la medición magnética de la parte más difícil de Morang, terminada ya virtualmente la del distrito de Biratnagar.

VII

Expedición al Terai Oriental (Morang). — Distrito de Yhapa. —Problemas hidrográficos. —Morang Oriental

A lo largo del Krishni se extiende, por espacio de varios kilómetros, una ancha faja de selva que lleva hasta las montañas del Norte. Al este de dicha selva empieza una llanura, limitada a su vez en el extremo oriental por el río Kankai. Este sector de mi trabajo, el Krishni-Kankai, en Morang, el más inmediato y difícil, debía de encerrar en su región occidental, según el « geólogo » Ganesch, una cuenca petrolífera. En consecuencia, esta « zona del petróleo » había de ser objeto de cuidadosas mediciones, es decir, yo tendría que trazar en ella una red muy tupida de estaciones con objeto de detectar claramente los supuestos campos de perturbación. Yo sabía que, desde Katmandu, el Maharajá seguía sobre el mapa mis « campañas ». Seguía mis pasos con afanosa impaciencia, y me llamaría hermano y como hermano me trataría si, de vuelta a su palacio, podía decirle : —Príncipe, he encontrado petróleo.

Cada día con mayor dificultad procuraba yo atajar la rebeldía de mis riñones, que aumentaba por momentos. Tenía mis dudas de poder llevar a buen término la expedición. Para eliminar todas las sacudidas bruscas, decidí no utilizar en lo sucesivo, mientras fuese posible, más que la silla de manos ; una insensatez en la selva virgen, pero acaso fuera el mal menor.

Sobre el mapa, mi programa era poco más o menos el siguiente : Partiendo de la estación número 477, en el Krishni (campamento de Thagitola), la cadena seguía al principio por la gran carretera de Yhapa, para avanzar hacia el Norte hasta las bajas montañas del pie del Himalaya, estableciendo un total de 75 estaciones a partir del Baneni en constantes vaivenes entre éste y el Krishni (1). La dis-

(1) En la cadena de mediciones Thagitola-Dharmpur.

tancia entre las estaciones que constituirían los eslabones de la cadena era de unos 800 m.; la de las medidas en dirección Norte-Sur sería, en promedio, de 1600 m. El cuentapasos ideal era mi elefante; durante la marcha iba delante de mi silla de manos, marcando el compás. Caminaba con regularidad asombrosa, invirtiendo 20 minutos en recorrer una milla. En seis días establecí 79 puntos de medición.

Nuestro mensajero de Biratnagar regresó con resultado negativo. Por consiguiente, el coronel Ganesch debía de hallarse en Chatra. Hem le dirigió allí una carta urgente; partimos sin dinero y desde aquel momento vivimos a crédito.

Era un verdadero placer observar los animales durante el camino. Con calma auténticamente olímpica y evidente sentido práctico, avanzaban los elefantes por la espesa selva, aplicando siempre y con la mayor ponderación el grado de esfuerzo necesario para abrirse paso. Con una agilidad que parecía inverosímil, dada su mole, trepaban por empinados taludes, apresurando inteligentemente el paso cuando cruzaban lechos fluviales arenosos. Con impasible indiferencia salvaban la constante y confusa sucesión de cenagales, arenas, cañaverales, «púas de jabalí» y matorrales espinosos. Un solo inconveniente, nimio por otra parte, había que aceptar cuando se atravesaba la selva a lomo de elefante: al abrirse paso el animal por entre los árboles y sacudirlos, llovían por millares, de las ramas y ramillas, hormigas rojas de ocho milímetros de longitud que se vengaban de su caída hincando sus robustas pinzas en la piel del caballero.

A fin de ahorrar en lo posible las energías de los animales, casi siempre operaba yo con el solo concurso del grupo técnico, dejando que la columna se dirigiese a la meta de la jornada por el camino más corto. El ganado no descansaba debidamente ni por la noche, pues siempre merodeaban en torno al campamento animales de presa, rugiendo o bufando. A los conductores de relevo, con frecuencia, les resultaba difícil dar con el lugar donde acampaba la caravana. Repetidamente tenía yo que despachar un enjambre de gente en todas direcciones para guiar a los carros que venían a nuestro encuentro. Esto se traducía en pérdida de otros trabajos y actividades. En el fondo, todo el personal de la caravana era necesario, y la circunstancia de que diez hombres de ella se hubiesen quedado con el coronel enfermo se dejaba sentir muy desagradablemente. Además, tampoco era regular que no estuviésemos en condiciones de abonar los salarios a los

porteadores. Por todo ello envié a un nuevo mensajero, a Hem precisamente, con recado de traer dinero de Yhapa, fuera como fuera ; el « cómo » sería cosa suya. Hem me dijo que había escrito más de media docena de cartas al coronel, a Chatra, sin recibir respuesta ; tal vez Ganesch había empeorado. Yo tendría que haberme partido en cuatro para poder acudir a todos los menudos problemas y cuestiones que cada día acosaban a la expedición.

A todo ello se sobreponía mi complicada labor de mediciones magnéticas. La intrincada selva me imponía, por añadidura, constantes reflexiones y movimientos. Tenía que cambiar de sitio, buscar, desechar, qué sé yo. Había que comprobar las distancias entre las estaciones, determinar el rumbo, mantener los 1600 m. exigidos entre cadena y cadena, fijar sus puntos terminales de manera que coincidiesen en las orillas de los ríos, extraer muestras de las aguas de manantiales y arroyos, etc. Y cada una de estas cosas requería gran cuidado. El mantenimiento del rumbo, por ejemplo, no era tan fácil ; varias veces nos desviamos de él, yendo a parar a unos centenares de metros más al Norte o más al Sur. Entonces era preciso aminorar el error y cambiar las estaciones. De grado o por fuerza tenía que subirme en la *howdah*, pues resultaba más difícil determinar y mantener el rumbo desde la silla que desde lo alto del elefante. La orientación se efectuaba de la siguiente manera : sentado en la *howdah*, con la brújula delante, señalaba la dirección al cornaca, según las indicaciones de ella, cada medio minuto si atravesábamos una selva espesa, a intervalos mayores si la selva era clara. Cuanto más distante estaba el punto al que nos dirigíamos, tanto mejor podíamos mantener el rumbo con ayuda de los puntos intermedios, corrigiendo más tarde los errores en el trazado de la ruta.

Con el procedimiento económico de hacer avanzar separadamente el grupo técnico y la columna, solía ocurrir que ésta no llegase al lugar señalado en el mapa, pero no por culpa de Hem, sino porque, de hecho, la localidad no existía ya. Entonces, la caravana avanzaba a la ventura por el bosque, y las más veces no dábamos con ella hasta ya anochecido. Yo procuraba poner remedio a este inconveniente, destacando patrullas encargadas de seguir y comunicar los movimientos de la columna. Además, en aquella región había que andar con prudencia, pues está infestada de tigres, leopardos y jabalís, abundando también los venados.

Cerca de Darangpara, al noroeste de Solmari, encontramos otro «pueblo de intocables». Precisamente los *chataras* estaban celebrando una fiesta. Un joven tocaba un tamboril que llevaba colgando delante de la barriga y bailaba con torpes movimientos.

Cerré la tupida red (estaciones 477-550) junto a la insignificante aldea de Solmari (est. 550). El cielo quiso enviarme su bendición en forma de un aguacero. Para evitar que se mojasen los sensibles aparatos, nos despojamos de todas las prendas de vestir superfluas y las desplegamos sobre ellos, mientras los hombres corríamos a refugiarnos, medio desnudos, bajo un árbol y esperábamos tiritando a que cesara el formidable chaparrón. Por dos veces cayó el rayo muy cerca de nosotros. Terminada la tormenta repetí la medición, para mayor seguridad.

Aun cuando sólo el estudio de mis mediciones podría decir de modo definitivo si existían o no perturbaciones, a juzgar por la fijeza y uniformidad del material obtenido, cabía conjeturar que no debían esperarse sorpresas en la región situada entre Krishni y el Baneni. Lo más probable era que la burbuja de jabón de la «zona petrolífera» reventaría exactamente como lo hiciera la de las grandiosas minas de oro de Thanthap, quedando todo en sueño y fantasía. Aquí el deseo había engendrado un pensamiento, tal vez una insinuación de aduladores caballeros de industria de la corte del Maharajá. El coronel Ganesch Bahadur era una de sus víctimas. Los inventores de la leyenda no saldrían probablemente muy beneficiados del resultado de mis investigaciones. Yo no quería «adelantar juicios»; un explorador debe ser muy escrupuloso y concienzudo en sus afirmaciones. Todavía quedaba por medir el Morang Oriental y era muy posible que diese allí con zonas de perturbación. Lo hubiera celebrado por el Maharajá, que tanto lo esperaba.

Con Hem, hijo, lo mejor que podía hacer era mandarlo de viaje; me era así más útil que en la caravana, como lo había probado ya su excursión a la India. Ahora regresó de Yhapa al campamento de Dharmpur con los bolsillos repletos. ¡Traía dinero y cartas!

La prosecución de las mediciones entre el Krishni y el Banani, hacia el Noroeste, en dirección de Dharmpur, nos condujo a la gigantesca jungla de juncales de Sankamanka Ban. Esta región, de 50 kms. cuadrados, limitada al Oeste por el Kawal y al Este por el Kankai, llega, aproximadamente

desde el paralelo de Dharmpur hasta el Bajo Himalaya, y constituye una comarca de cañaverales casi desértica y apenas transitada, atravesada por corrientes de agua sorprendentemente anchas y caudalosas. Halléme ante un insospechado problema hidrográfico, que mis apremiantes obligaciones me impidieron resolver de manera total.

Avanzando en dirección Este-Nordeste, diagonalmente por la llanura de Kankai hasta Byangarbri (est. 563), cruzamos un número desconcertante de ríos, que desaguan el Sankamanka Ban y fluyen hacia el Sur, hacia la frontera india. Enumerados de Oeste a Este había, sin contar los brazos secundarios, el Baneni, el Balwa, el Doesekari, el Kankai y el Biring —ríos que corrían por lechos arenosos, cuyas escarpadas orillas oscilaban entre 1 a 4 m. de altura; vías de agua considerables, imponentes, incluso, algunas de ellas. Así, por ejemplo, en el punto de cruce del Jusjuse obtuve las siguientes cifras: anchura del lecho 200 m., anchura del río 90 m., profundidad de 0,3 a 0,6 m. Cifras correspondientes a otros ríos:

	Anchura del lecho	Anchura del río	Profundidad
Biring	110—170 m.	45—60 m.	0'2—0'4 m.
Jusjuse, en Hathisar (1)	280—700 m.	160 m.	0'1—2 m.
Kankai (al N. est. 567)	160 m.	—	—

El paisaje recorrido por todos esos ríos ofrece, aparte algunos manchones de selva, un cuadro de verdadera desolación: hierba de 3 a 5 m. de altura (hierba de elefante) alterna con bosques de cañaverales que se pierden en el espacio. Las cañas alcanzan hasta 3 m. y crecen con tal espesor durante millas y millas, que incluso los elefantes se ven apurados para salir de ellas. El suelo, cubierto de raíces y troncos de árboles acarreados, secos o en estado de putrefacción, obliga a avanzar con gran cautela. El abrirse paso por entre los cañaverales y la hierba exige un enorme desgaste de energías, tanto en los hombres como en los animales. La caña cruje y crepita, y el ardor del sol la vuelve seca como mecha. Cualquier descuido con el fuego ha de originar en un santiamén un verdadero infierno, del que casi no hay salvación. Y a través de esta grandiosa monotonía y soledad los ríos arrastran hacia el Sur, en rápido curso, sus aguas claras y frías. Excepto uno: el Kankai, cuyo lecho aparece seco y muerto. Esto plantea un enigma: En otro tiempo el Kan-

(1) No confundirlo con el Ha-ti-sar mencionado antes.

kai fue un río caudaloso que llevaba sus aguas al Indostán. ¿Qué se ha hecho de ellas? ¿Se secaron las fuentes? Pregunté a los naturales, y éstos, señalando al Norte, me afirmaron que el Kankai vertía allí sus aguas en otros ríos del Oeste. Por falta de tiempo no me fue posible comprobarlo ; sin embargo, habla en pro de la afirmación de los indígenas el hecho de llevar el Jusjuse un caudal copiosísimo en su curso superior. Además, concuerda también con dicho juicio la noticia, que repetidamente oí a la gente, de que el Kankai ha desviado varias veces su lecho, fenómeno fácilmente explicable por las crecidas y por lo llano que es el Sankamanka Ban. Finalmente, puedo aducir también como argumento en favor de la hipótesis, la tendencia, que tantas veces he observado, de los ríos de Morang a emigrar a Occidente. Algunos habitantes de Lalmoha, pueblo emplazado en la orilla este del Jusjuse, me aseguraron con toda seriedad que este río había fluído antes al este de su aldea.

Ofrecióseme un segundo problema, también hidrográfico, cuando, viniendo del lecho seco del Kankai, nos dirigimos hacia el Sudoeste al pueblo de Hathisar. Un mal camino nos conducía por entre vastos cañaverales y extensiones de alta hierba que parecían no tener fin. No obstante, surgieron obstáculos completamente imprevisibles : tres rápidas corrientes paralelas al Kankai, de más de 100 m. de ancho y profundidades que variaban entre 0,3 y 1,20 m. Su cruce agotó nuestras fuerzas, pues los elefantes y las carretas de bueyes tuvieron que pasar sin detenerse ; de otro modo, los animales y carros se habrían hundido en la arena. ¿De dónde procedían aquellas aguas? ¿A dónde iban? O se bifurcaban en el curso superior del Kankai para volver a unirse al Sur, o eran tributarios del Jusjuse. La segunda hipótesis me pareció más plausible, principalmente cuando, más tarde, volví a encontrar en Yhapa tanto el Jusjuse como el Kankai ; el primero corría al oeste de dicha población ; el segundo, al este de ella. El Kankai lleva a la India un caudal de agua modesto, pero el que arrastra el Jusjuse es sorprendentemente copioso.

En el desolado campamento de la desembocadura del Biring, en el lecho muerto del Kankai (est. 567), rodeado de cañaverales, anoté en mi diario : « Creo que estoy al final ». Aquella noche me acometieron unos dolores nefríticos que era para volverse loco ; hasta cosa de las doce no se mitigaron un poco. Otro acceso como aquél y habría tenido que in-

terrumpir la expedición y trasladarme a toda prisa a la India para ponerme en manos de los médicos. Ocurría aquello el 29 de febrero de 1940; fuera, un furioso aguacero se abatía sobre los cañaverales. Por la mañana pude, a duras penas, entre gemidos y apretando los dientes, sostenerme en la *howdah* y marcar el rumbo. La víspera había llegado al campamento el elefante de Ganesch, procedente de Chatra, y el cornaca me informó de que el coronel se reuniría conmigo uno de aquellos días en Yhapa.

A medida que nos acercábamas a la capital de la provincia se iban multiplicando los testimonios de la actividad humana, dedicada a arrancar a la indómita Naturaleza pedazos de la tan necesaria tierra fértil. Aparecían campos y prados que habían hecho mella en aquel mar verde grisáceo de cañas, y en las hostiles hierbas, esteparias, dispuestos, al parecer, a conservar las posiciones conquistadas; pues se habían provisto ya de graneros de arroz y tejados de plancha metálica.

Campamento y estación 574, una milla al norte de Yhapa. Una vez más había enviado a Hem a esperar la anunciada llegada del coronel. Mientras completaba yo las notas de mi diario, una ventolera barría el campamento, arremolinando cantidades ingentes de arena y polvo. El aire quedó muy pronto tan saturado de estos materiales, que se levantaba delante de nosotros como un muro opaco, fenómeno que había observado con frecuencia en en la provincia china de Sin-Kiang.

Volvió Hem cubierto de polvo, pero triunfante. Había encontrado en Yhapa al coronel Ganesch y me traía sus recuerdos y la noticia de que el prohombre acudiría al campamento el 3 de marzo a mediodía. También esta vez Hem desembuchó algunas informaciones desagradables y singulares. La primera fue la siguiente: «El Maharajá y el Gobierno parecen cada día más contagiados del nerviosismo reinante en la frontera. El Maharajá ha enviado orden urgente al coronel de que en sus mediciones no se acerque usted, ni de día ni de noche, a menos de cuatro millas de la línea fronteriza. Además, Su Alteza dispone que el regreso a Amlejgani se efectúe por el norte de la carretera de Yhapa a Biratnagar».

Aquella orden venía a limitar mi libertad de movimientos. Hasta entonces la consigna había sido: de día, mantenerse a una milla de la frontera como mínimo; de noche, a tres millas. En adelante quedarían fuera del área de mediciones localidades tan importantes como Yhapa, Pantapara y Kali-

yagani; era un contratiempo. Luego Hem me dio cuenta de un hecho curioso: al trasladarse el coronel Ganesch a Yhapa vía Biratnagar, había sido molestado por muchos visitantes, afectados todos de la misma curiosidad: ¿Qué hay de vuestra expedición? ¿Qué instrumentos son éstos? ¿Qué hace el europeo? Entre los preguntones había incluso funcionarios del Gobierno indio disfrazados.

Al atardecer presentóse el suboficial en mi tienda para comunicarme que la tropa se negaba a ir a buscar leña y agua; los gurjas habían llegado a amenazarle con los *jukris* si volvía a darles órdenes que «no fuesen de su gusto». ¡A eso llamo yo disciplina militar! Desde el comienzo de la expedición, el ir a buscar agua y hervirla había sido una de las funciones cotidianas de los soldados. Si faltaba agua, yo sería uno de los más perjudicados, pues tenía que proporcionarla en gran cantidad a mis riñones. Me dirigí con Hem y el suboficial a la tienda de la tropa, paseé mi lámpara por las caras de todos los presentes y mandé que los amotinados se levantasen y adelantasen. Lo hicieron tres. Llamando entonces a los policías les di orden de que aquella misma noche condujesen detenidos a Yhapa a los desconcertados mozos y los entregasen al coronel.

A primeras horas del 8 de marzo efectué alguna mediciones en las proximidades del campamento; con aquellos puntos podría, en caso necesario, prescindir de la estación magnética de Yhapa. Fui con el equipo técnico hasta la orilla este del Kankai y di por terminada mi labor del día con una última medición en el campamento, necesaria siempre para asegurarme de que los imanes no se habían alterado en el curso de la jornada. Ya podía venir Ganesch. Envié a Hem con unos gurjas a esperarlo en la carretera de Yhapa para que lo acompañasen al campamento.

Ganesch no se daba prisa; venía muy repantigado en una carreta de bueyes (fig. 47). El vehículo había sido provisto de un toldo blanco como la nieve, y tapizado con almohadones no menos inmaculados. Por lo demás, el convalecente tenía muy buen aspecto; la herida de la cabeza se había curado, así como la larga hendedura de la nariz, tan brutalmente cosida por el sanitario.

—No estoy aún restablecido del todo —dijo el coronel con una sonrisa apagada. Molestábale todavía una fuerte tos y dolores en la cara y el pecho. —El médico de Yhapa me ha prescrito seis días más de reposo.

Mandé que extendiesen mantas y almohadones en mi tienda y en ella se instaló el coronel, para echar una siestecita de media hora. Después tratamos de los asuntos pendientes. Yo propuse que, transcurridos los seis días de descanso, se dirigiese en primer lugar a Raygarh (est. 587) y a continuación a Kanchanpur, y dirigiera desde allí su labor administrativa sin perder contacto conmigo. —Y mientras usted está bien repapado y tranquilo, yo me daré una vuelta por las tierras de alrededor hasta la frontera oriental; una vez terminada, nos volveremos a casita, ya cumplida la misión que se nos asignó.

Ganesch se echó a reir y, con gesto conminativo: —¡Pero cuidado con la frontera!

—Tal vez logre usted convencer al Maharajá de que cambie sus instrucciones acerca del regreso a la capital. Quizá nos autorice a volver por la gran carretera, por Yhapa. Después de todo, los dos somos inválidos y creo que, después que haya medido el Morang Oriental, también yo seré merecedor de un poco de consideración.

Ganesch: —Lo intentaré. Pero no se tome a la ligera la suspicacia angloindia. Del otro lado de la frontera hay un regimiento indio y otro británico, con artillería y caballería. He dado orden a los agentes nepalenses que vigilen constantemente la línea fronteriza en las proximidades de la zona de trabajo. Estoy preocupado; soy responsable de su vida.

—¡Vaya! —interrumpíle, entre irritado y divertido. —¿No cree que se lo toman demasiado a pecho? Considero que esta preocupación es exagerada. Los ingleses conocen muy bien mis aparatos y mi trabajo, y estoy seguro de que no me causarán ningún daño. Nada tiene de extraño que los puestos subalternos angloindios se interesen por mí y por mis actividades; su deber es estar al corriente de lo que ocurre al otro lado de la frontera. ¿No hacen ustedes lo mismo? Y si hay personas a quienes mis brillantes tubos parecen sospechosos y saben, además, que el que los maneja es un europeo súbdito de una potencia enemiga, ¡no pretenderá usted que bajen los prismáticos y cierren los ojos!

Mi largo discurso consoló visiblemente al coronel. Hizo un vivo gesto afirmativo, y yo terminé:

—Mientras no me disparen desde allí sus ametrelladoras continuaré con mis mediciones; quiero estar listo para el primero de mayo.

—Dentro de quince días saldrán las serpientes. Piense también en esto.

—Lo haré. ¿Y qué ha sido de nuestros tres amotinados, que se negaron a ir a buscar leña?

—Les envié a Katmandu para ser juzgados. Alegan que estaban borrachos.

No era sino un pretexto alegado como atenuante. La caravana no llevaba ni una gota de alcohol, y en la selva no había tabernas. Para terminar la plática, pedí a Ganesch que enviase a Hem, hijo —que había mostrado habilidad para las excursiones solitarias —, a la cercana Darjiling a comprarme varias cosas de las cuales llevaba privándome ya algunos días: bizcochos, mermelada y jarabe.

* * *

Así, pues, para dejar terminado el mapa geomagnético del sudeste del Nepal, sólo faltaba el sector del Morang Oriental, la región comprendida entre el Kankai y el Meji, por cuyo cauce corre la frontera este del país. La mitad sur de esta zona incluye el gigantesco Dense-sal, una selva virgen impenetrable y tan enmarañada en algunos sitios, que descartaba toda posiblidad de establecer una red de mediciones a la manera de las anteriores. Aquí debería limitarse a la fijación de puntos periféricos y de una diagonal. En el centro y norte del Morang Oriental alternan trozos de selva, calveros y tierras agrícolas, con un sistema fluvial muy ramificado que facilita el trabajo geodésico.

Empecé por el Sur. Apenas se hubo marchado el coronel Ganesch en su carreta de bueyes, me puse al trabajo, tracé mi programa para los seis días próximos y a la siguiente mañana se lo envié al coronel, que ya estaba en Yhapa.

La caravana se puso en marcha muy temprano, todavía de noche cerrada. Primer objetivo: la localidad de Yalthal, en la parte oeste del Dense-sal. Para no faltar a la orden del Maharajá de mantenerme a cuatro millas de la frontera, elegí el camino de ida por Rahdanagar (est. 577). Mis porteadores conocían mejor el terreno y me aconsejaron un camino más al Sur que, conservando la requerida distancia de la línea fronteriza, era mucho más corto que el del Norte. Accedí y nos pusimos en marcha; pero ya al llegar al borde sur de Yhapa me di cuenta de que corríamos gran riesgo de meternos en el saliente que forma allí el territorio indio; nos hallába-

mos a muy pocos centenares de metros de él. Sentí cierta agitación y mi pulso se aceleró un tanto, pues no hubiera querido, ni mucho menos, provocar un conflicto político por causa de una imprudente excursión nocturna. Volverme atrás no serviría de nada, por lo que di orden de proseguir en absoluto silencio; con mucho gusto habría envuelto en paja las rechinantes ruedas de los carros y atado la boca a los paquidermos. Por suerte, en el cielo levantino sólo se dibujaba una pálida faja de luz matinal, y nuestra columna, que avanzaba entre las sombras de la noche, difícilmente podría ser observada desde el otro lado de la frontera. Nos dimos prisa y cuando salimos de la zona peligrosa, junto a Pantapara, respiré aliviado.

Emplazamos el campamento al sur de Yalthal, en las proximidades del Berang (est. 590). Yalthal consta de unas cuantas míseras cabañas y una cisterna excavada en el suelo arenoso. El Berang, riachuelo de 5 m. de anchura que fluye lentamente por un lecho pardorrojizo, rodea el Dense-sal en un gran arco dirigido hacia Oeste y entra luego en la India. Visto desde Yalthal el temido Dense-sal, no produce una impresión tan tétrica y repulsiva. Es un bosque alto, sólo acá y acullá bloqueado por monte bajo. Afirman los naturales que los animales salvajes, tigres y osos, han disminuído en número desde que el Maharajá y sus huéspedes empezaron a frecuentar esta zona en sus cacerías. Sólo el leopardo sigue pululando en ella y es tan atrevido, que durante la noche va a cazar los perros en los pueblos. Cosa extraña, nunca acomete a los niños, aunque los encuentre solos en el bosque o en las plantaciones.

Toda la parte del Dense-sal, situada al oeste del Yamuna, es de troncos delgados, con pocos matorrales y, por consiguiente, fácilmente transitable para la columna. Es un paisaje forestal maravilloso, ligeramente ondulado por convexidades que no exceden de 8 m. de altura. Sobresalen numerosos termiteros. Sólo de tarde en tarde el vuelo de un ave interrumpe el majestuoso silencio. Pero al este y sur del Yamuna la selva se densifica hasta el punto de hacer imposible toda penetración. Para los nepalíes, aquella región está impregnada de misterio; numerosas leyendas infantiles tienen por escenario el Dense-sal. Monstruosos animales viven en aquella selva, dicen las consejas; tesoros inmensos están allí enterrados hace miles de años, vigilados por monos. Poderosos soberanos vivieron en el Dense-sal; sus palacios

están decaídos e invadidos por la vegetación, y algunos viajeros han encontrado ruinas y piedras talladas, pero siempre han tenido que huir de aquellos lugares, como perseguidos por demonios ; pues los espíritus merodean por allí, lanzando alaridos terroríficos. Hacen retumbar la tierra de tal modo, que el horrible estruendo sacude el aire, y los habitantes de los pueblos más apartados palidecen de angustia y de miedo.

Lo del tronar tiene su justificación, pues, como ya dije, yo mismo tuve ocasión de experimentarlo ; percibí por primera vez extrañas explosiones en Rangeli, junto al Bakra. Entonces los truenos venían del Este, ahora, en el campamento del Valthal, localicé el foco en el Sur y Sudoeste, o sea, en la dirección del Dense-sal. Eran ruidos sordos, comparables a disparos de morteros pesados, de intensidad variable, muchas veces sucediéndose tres, uno tras otro, con breve intervalo. Hacia las 6 de la tarde aquellos truenos se convirtieron en detonaciones fortísimas. No logré dar con la explicación del fenómeno.

Para la medición del Dense-sal establecí el programa siguiente : primero una cadena en dirección S-SO., a través de la parte occidental de la selva ; segundo, medición magnética del borde Sur hasta Balbari ; tercero, avance al Nordeste por el centro del Dense-sal, partiendo de Balbari, hasta el calvero de Bhadrapur.

Por un camino tolerable, a través de un bosque magnífico, salimos del campamento 590 en dirección Sur. Yo no perdía de vista el mapa ; iba siempre con un ojo fijo en él y el otro en el camino, pues habíamos vuelto a acercarnos tanto a la frontera india, que era mejor hablar en voz queda y pisar con gran cuidado. Luego abrióse la selva en un vasto claro cubierto de hierba. Mandé parar la columna en la espesura (est. 594) y, con los prismáticos, exploré la línea fronteriza. Nada sospechoso se veía, por lo tanto, ¡adelante! Hem recibió orden de conducir la « fuerza armada » y los elefantes hacia el Este, sin separarse un milímetro de la dirección indicada, Y montar el campamento en un lugar cubierto, por el Sur, en las cercanías de Balbari.

Cuando ya la columna hubo partido, procedí, con el equipo técnico, a la medición de la zona fronteriza del sur del Dense-sal. Establecí las estaciones magnéticas números 595 al 600. Y aquí ocurrió el «gran milagro» en el que soñaban secretamente el Maharajá, Ganesch y quién sabe cuántos otros : mis aparatos, que hasta entonces habían manifestado con su fría y

fastidiosa impasibilidad la «innocuidad» de la corteza terrestre, dieron de repente una doble señal de alarma: ¡atención! ¡zona de perturbaciones! Por espacio de semanas y semanas había estado recorriendo el Nepal Sudoriental, y justamente en el ángulo extremo del país se produjo lo que excita y alegra a todo explorador. ¡He llegado al polo!, cabría decir. Un polo en torno al cual convergían muchos deseos y esperanzas. Y ahora era cosa mía decidir, en medio de pensamientos contradictorios. ¿Debía aventurarme o no? Era algo así como el momento del desenlace de un apasionante drama teatral. Estaba yo ante un «polo»; del otro lado había la frontera y el «terrain défendu», mientras en Katmandu el Maharajá me miraba con una sonrisa impenetrable y sin dirigirme una seña alentadora. He sido soldado, y la cosa no es tan fácil. Era huésped del Maharajá, me hallaba al servicio del Estado nepalense como jefe del *Survey of Nepal*, y el Príncipe me había dado una orden, insignificante, pero categórica, que limitaba mi libertad de movimientos a unos contados y míseros kilómetros. Obedecí la orden, rendí las armas ante «el enemigo» y me retiré pesaroso hacia Nordeste. Otro vendría en tiempo oportuno a continuar mi labor allí donde yo la abandonaba. La señal de alarma había sido dada.

Nos encaminamos el campamento de Balbari, donde encontramos a nuestra gente bien «camuflada». Era la primera vez que Hem dirigía una marcha sin cometer ningún error.

—¡Bravo! —le dije, pero él no comprendió la palabra. Para asegurarme contra posibles sorpresas, puse centinelas nocturnos. Cabía que los pocos arrieros con quien nos habíamos cruzado en camino se fuesen de la lengua justamente en el lugar donde debían callarse, poniendo sobre nuestra pista huéspedes indeseables. En el curso de los últimos años, el Morang Sudoriental había sido repetidas veces teatro de pillajes y asesinatos. Decíase que algunas bandas de salteadores tenían sus guaridas en las espesuras del Dense-sal.

La noche transcurrió apaciblemente. Dos veces fue interrumpido mi sueño: una por el grito ronco y sonoro de un leopardo, la otra por tres fuertes detonaciones secas procedentes, al parecer, del Sur.

Bajo el nombre de Balbari se comprenden cinco localidades muy espaciadas del borde sur del Dense-sal; los miembros de las castas inferiores tienen construídas sus chozas más al interior de la selva, mientras las superiores prefieren el terreno abierto de la periferia. También hay allí una alde-

huela *chatara*. Mis hombres daban un rodeo, diciendo que los *chataras* eran listos como gatos y no podían renunciar a sus costumbres rateras.

A la mañana salté del lecho como electrizado. Me despertaron unos cañonazos, pero esta vez muy próximos. Sucedíanse continuos los disparos, y el eco resonaba en la selva. A continuación oí ¡música! No, no eran espíritus de la Tierra, ni explosiones misteriosas. Eran cañones de verdad, morteretes. Balbari celebraba la fiesta mayor ; estábamos a 6 de marzo. Día de descanso y de mediciones. Por la tarde un mensajero me trajo carta del coronel Ganesch. Contenido : «... Hay en Bhadrapur, transitoriamente, un oficial inglés con tropa. El Maharajá le ruega que se mantenga a cinco millas del lugar... ». No me decía el motivo de la presencia de los ingleses.

Aun cuando tenía que borrar Bhadrapur de la lista de las estaciones magnéticas, no necesitaba por ello renunciar al punto tercero de mi programa del Dense-sal. Así, pues, dispuse para el 7 de mayo la partida, bosque a través, con el propósito, una vez llegado al borde meridional del calvero de Bhadrapur, de seguir el Deoni hacia Noroeste y, sin apartarme de este río, colarme en Valthal sin llamar la atención. Para la marcha al borde norte del Dense-sal, me llevé al equipo técnico, los elefantes y un policía. La columna rodada se volvió a Valthal por el mismo camino de ida. No había comunicado mi proyecto a nadie, para evitar que la población de uno y otro lado de la frontera obstaculizase nuestros movimientos. Hube de arreglármelas también sin *sogitar*, ya que el hombre había desertado durante la noche.

Desde Balbari, un hermoso camino de metro y medio de anchura se adentraba en el corazón de la selva. Lo tomamos. Por ambos lados lo bordeaba densísima maleza, y a veces se percibía el chapoteo del agua ; un riachuelo nos acompañaba por la izquierda, invisible. En el suelo, blando, aparecían huellas de leopardos. Íbamos dejando milla tras milla a nuestras espaldas, y establecí tres estaciones. En un punto (est. 602) el camino formaba un ángulo, torciendo al Este. Aquello no me gustó, y con cada kilómetro aumentaba mi inquietud, pues, de seguir así las cosas no tardaríamos en hallarnos en la frontera oriental del país. Íbamos hacia ella de cabeza, y vi que también mi gente daba muestras de alarma. Hem estaba tan pronto a mi lado como a mis espaldas, pálido y excitado. Tartamudeaba de puro miedo, pensando que podía-

mos ponernos a tiro de los fusiles ingleses. La brújula continuaba marcando dirección Este, hasta que se despejó el bosque y nos detuvimos. Había allí un foso de 6 m. de profundidad y 15 m. de anchura, por cuyo arenoso fondo corría un riachuelo. Habíamos alcanzado el Deoni (estación 604). Ocultamos los elefantes entre el bosque bajo y se dio orden de que nadie saliera de la selva. Cruzando el Deoni avancé hasta el borde del bosque y, amparándome en una colina, exploré el terreno con los prismáticos. Despertáronse en mi mente recuerdos de pretéritos tiempos de guerra; parecíame estar en un puesto solitario de observación «inmediato al enemigo». Por espacio de millas y millas se extendía ante mis ojos la llanura de Bhadrapur. Lo que en el mapa estaba indicado todavía como bosque, había sido talado y convertido en tierras de labor. La «señal» del lugar fronterizo, que según Hem era un alto poste de hierro sostenido por cadenas, no pude descubrirla en ningún sitio, pero por otros indicios vi que nos hallábamos a 6 km. de Bhadrapur y a 2 km. de la localidad fronteriza de Maheshpur. No podía asumir la responsabilidad de seguir hacia el Este; era, pues, cuestión de desviarnos hacia Noroeste, remontando el Deoni, de conformidad con mi proyecto primitivo. Destaqué a cuatro hombres para que investigasen si era posible avanzar por el borde del Deoni o por su lecho; entretanto efectué en éste mi medición más oriental del Dense-sal.

Volvieron los exploradores con la noticia de que el cauce del Deoni estaba obstruído por densa vegetación espinosa, de tal modo que ni una liebre podía abrirse camino en ella. En cuanto a las orillas, tenían una vegetación de monte bajo tan espesa, que no había que pensar en seguirlas. El resultado de la exploración resultaba doloroso; significaba volver a Balbari y, siguiendo las huellas de las carretas, a la estación 590.

De regreso, nos topamos con varios transeúntes solitarios, provistos tan solo de un bastón. Uno de ellos me agradó por su cara inteligente y su lenguaje suelto, y sospeché se trataría de algún agente secreto, ya nepalí, ya angloindio. Aquel «espionaje» no me inquietaba, pues los agentes habían tenido que confesarme que yo efectuaba mi labor geomagnética con toda corrección y extrema prudencia. En Balbari nos recibieron con descargas de artillería, pues continuaba la fiesta mayor. Sin detenernos, proseguimos hacia el Norte por el camino que ya utilizáramos anteriormente, llegando sanos

y salvos, molidos pero contentos, al campamento de Yalthal (estaciones 590-605), establecido en medio de unos campos. Un riachuelo próximo nos suministró agua buena y límpida.

* * *

Ya que el Dense-sal me había frustrado la travesía a lo largo del Deoni, emprendí, desde el campamento de Yalthal, una serie de exploraciones en distintos sentidos, para establecer varias docenas de estaciones en la zona situada al norte del Dense-sal y de Bhadrapur, incluyendo de este modo el ángulo sudeste del Nepal en la amplia red ya trazada. El territorio al norte del Dense-sal es enormemente intrincado, una tela con mil remiendos, compuesta de restos de selva, campos, prados y una verdadera maraña de poblados. La orientación resultaba aquí difícil, tanto más cuanto que la distribución de tierras agrícolas y selva, indicada en el mapa, no concordaba desde hacía muchísimo tiempo con la realidad; en el transcurso de los últimos cuarenta años, grandes extensiones de bosque habían sido roturadas, y trechos desérticos repoblados; unos pueblos habían desaparecido y otros nacido. Con frecuencia tenía que valerme de los *sogitars* que, si algunas veces fallaban, otras guiaban con gran habilidad.

El 8 de marzo hice que el *sogitar* y Hem, como intérprete, subiesen conmigo en la *howdah;* partimos al amanecer. Sólo nos acompañaba una selección del grupo técnico y el cocinero con mis termos. Pasamos por Haldibari en dirección de Bhadrapur. Manadas de búfalos de agua pacían en los prados. En el lugar donde se hallaba el campamento, el humo de las hogueras flotaba en el aire, sobre los barbechos, inmóvil como un banco de niebla. Al avanzar la mañana pude distinguir, por encima de las copas de los árboles, allá muy al Norte, las cumbres de los gigantes del Himalaya, más y más relucientes por momentos. Un cuadro de noble y mayestática grandiosidad.

A mitad de camino de Bhadrapur llegamos al Tussri (estación 609), afluente de la derecha del Deoni. Oculto completamente en la espesura y surcando el llano en innúmeras sinuosidades, formaba este riachuelo ahora, en la estación seca, una cadena de charcas llenas de verdes algas, unidas entre sí por canalículos. Mi *sogitar* se perdía en aquel intrincado terreno, pero luego encontramos un viejo que resultó una

verdadera perla, el cual me indicó con precisión todas las localidades de los alrededores y nos condujo hasta Gogra. Desde allí a Chandra-Garhi, por el Deoni, sólo había un salto. Chandra-Garhi es una colonia dispersa, formada por cuatro grupos de viviendas, de 50 a 70 chozas cada uno.

El tipo de *habitat* de Chandra-Garhi lo encontré repetidas veces en el Morang Oriental: una plazuela de tierra apisonada es cercada por cuatro chozas, formando un patio. Las barracas, de paredes de bambú trenzado, recubiertas de barro o a veces encaladas, se abren a dicho patio, dejando ver asientos y lechos de barro.

En el Deoni volví a enfrentarme con la llanura sin árboles ni arbustos, que se extiende hasta Bhadrapur. Entonces descubrí también la señal indicadora de este pueblo, una alta chimenea humeante de plancha de acero, sujeta al suelo por maromas metálicas. No permití que nadie cruzase el río; hombres y elefantes hubieron de permanecer ocultos, y yo mismo establecí encubiertamente la estación número 612. Después retrocedimos al Oeste.

Continué trazando cadenas de estaciones y curvas en dirección Noroeste, más allá del Berang hasta el Chagra (estaciones 613-626), y hacia el Norte, hasta el Yhilmiliya, río de aguas claras y raudas, y la vasta selva de Matjowa (estaciones 627-637), tan tupida, que los hombres hubieron de abrirse paso con el *jukri*. En aquella labor, fatigosa de veras, mi elefante intervino con la trompa y el cuerpo. A una orden del cornaca derribaba árboles que se interponían en nuestro camino, y, finalmente, incluso despejó el sitio para mis mediciones. Troncos de árboles, bejucos y verdaderos baluartes de setos espinosos formaban una maraña tan complicada, que en el interior de la selva reinaba la semioscuridad a pesar de hallarse en pleno día. En la alta hierba veíanse pistas de tigres y leopardos. A fuerza de horas enteras de lucha con el bosque virgen, hasta la extenuación, nos abrimos camino *paso a paso y regresamos al campamento tambaleándonos. Aquel día nos había guiado un excelente sogitar. Consideré que por su habilidad y seguridad muy bien se merecía la rupia y el traje usado con que le obsequié.*

El 11 de marzo la caravana emprendió la marcha en Chandra-Garhi con destino a Kanchanpur. Primero seguimos por un bosque claro, joven, hacia el Noroeste y luego subimos, por una cuesta apenas perceptible, a una suave eminencia que por el lado opuesto se precipita de manera sorprendente-

mente brusca, a la llanura del Chagra, 40 m. más abajo. En una baja terraza de la orilla de este río, sombreada por altos árboles, yace Kanchanpur, aglomeración de unas 60 chozas y estación de policía. Un poco apartada del lugar descubrimos una tienda, y delante de ella, fumando su pipa, al coronel Ganesch. Había llegado dos o tres días antes y nos aguardaba. Tenía mal aspecto, y le aconsejé se trasladase sin pérdida de tiempo a Calcuta para que lo viese un especialista, pero él se negó a escucharme.

Kanchanpur es uno de los principales depósitos madereros del Morang Oriental. En un día conté 18 carretas de bueyes cargadas de troncos que se dirigían hacia el Sur, a la frontera india. Kanchanpur tiene fama de insalubre y de infestada de serpientes; yo no habría soportado allí un verano. Estábamos a mediados de marzo, y ya el calor se hacía sentir intensamente. Aparecieron las primeras serpientes, así como feas y gruesas arañas, escorpiones y unos insectos parecidos a tarántulas. La gente de la localidad me enumeraron 14 diferentes especies de ofidios; las más temibles, según ellos, eran la serpiente de bambú, de color verde, y una negra con fajas amarillas, la « banded crait », de picadura mucho más venenosa que la cobra. La llamaban *dyamandel* (1), y quien era mordido por ella sucumbía de una muerte muy dolorosa. Todavía era buen tiempo, dijéronme los naturales, pues hasta fin de marzo no sale de la tierra el venenoso *kochek*, y las serpientes más peligrosas aparecen en mayo.

A Kanchanpur (est. 642) le correspondía una estación principal. No localicé perturbaciones magnéticas extraordinarias, aunque sus valores diferían de los encontrados hasta entonces en el curso de la expedición. Junto a mi tienda de observación yacía un cráneo humano, con su risa macabra, liso y mondo por obra de buitres y hormigas. ¿Cómo habría ido a parar allí? ¿A qué guapo mozo podía haber pertenecido? Yo no era un Hamlet para detenerme a filosofar profundamente sobre él, pero sí un hombre amante del orden y la armonía, y por añadidura, llevaba cuatro meses casi solo. Así me llevé a la tienda aquel símbolo de la caducidad del humano esplendor y tuve la satisfacción de que en adelante mi *boy* dejase de molestarme con sus nocturnos ruidos. ¿Quién hubiera dejado de sospechar, entre estos hechos, profundas concomitancias? ¿Y a quién no le habría venido a la mente otra frase de Hamlet:

(1) Hace poco se descubrió en el Haffkin Institut de Bombay un suero contra el veneno de la *banded crait*.

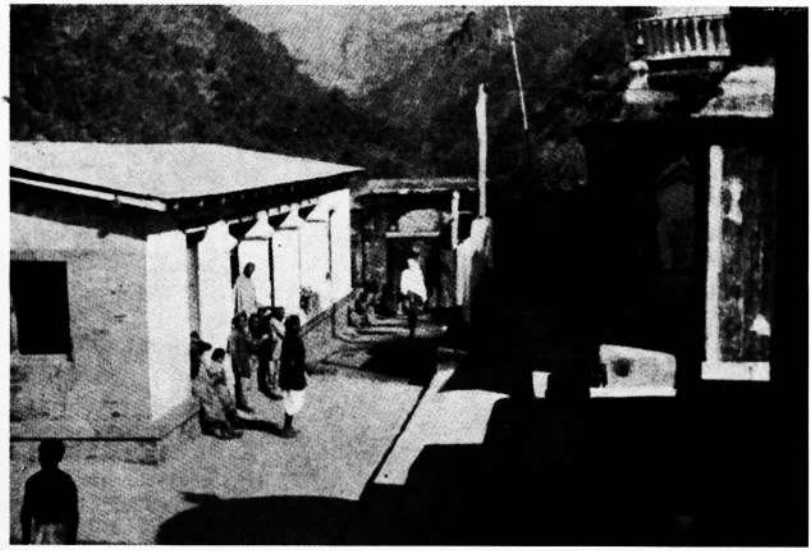


FIG. 44. El patio del templo de Barahakshetra. A la izquierda, el templo. Vista hacia el Norte

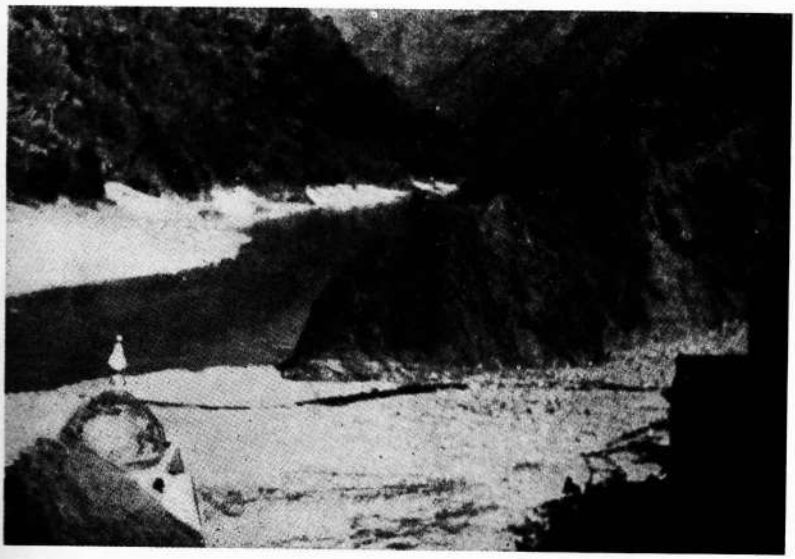


FIG. 45. Vista desde Barahakshetra, aguas arriba del Sapt Kosi. En primer término, la confluencia del Kokaha, procedente del Este

FIG. 46. Los « impuros » *chataras* de Dumänia

FIG. 47. El coronel Ganesch, convaleciente, viene de Yhapa a visitarme

«¡Hay más cosas entre Cielo y Tierra de las que sueña vuestra sabiduría, Horacio! »?

A una noche lluviosa siguió una tormenta matinal. Calmados ya los elementos, emprendí a pie, con el séquito más reducido posible —un hombre con el aparato, otro con la pantalla protectora —una excursión hacia el Sur, a la llanura del Chagra. Innúmeros bosquecillos de bambús, cañaverales, prados y ganado. En dos o tres sitios pude observar que la superficie del agua del río estaba cubierta, cerca de la orilla, por una tenue capa blanquecina de aspecto lechoso. Al tocarla, la película se desmenuzaba. No contenía petróleo en absoluto.

Cuando regresamos al campamento estaban asando. Mi cornaca había cazado un venado, y la gente, ávida, dedicábase a afilar los cuchillos. Yo no pude participar del banquete; mi cuerpo no soportaba la carne. Los accesos nefríticos nocturnos se habían vuelto casi crónicos. Mi diligente *boy* me había procurado otra comida deliciosa : un buen pan moreno, cocido en Kanchanpur.

En el bazar del pueblo, muy animado por cierto, compré azúcar moreno para mi elefanta, que me lo agradeció con trompetería y muchos *salaams*. En el mercado no se hablaba muy bien de nosotros, pues a la llegada de la caravana nuestros colosos habían asustado de tal modo a los caballos del pueblo, que se desbandaron, y al día siguiente no se había logrado aún reunirlos todos. Los policías expulsaron del campamento a un cambista indio que trataba de embaucar a los miembros de la caravana.

Al atardecer del 13 de marzo se acumuló, al Oeste y al Norte, una de aquellas borrascas, con nubarrones de un negro azulado, tan temidas en el Morang Oriental. Para disminuir el peligro de las descargas eléctricas, mandé que fuesen distribuídas las armas de fuego y los estuches de los imanes entre varios lugares distantes un centenar de metros del campamento. Pronto las primeras violentas ráfagas barrieron la pradera donde estábamos instalados, y en seguida se precipitó sobre nosotros una tempestad de rayos, truenos y agua, de tal violencia, que para un creyente podía constituir una imagen perfecta del anuncio del Juicio Final. La Naturaleza embravecida parecía haber roto todos sus frenos. Dos horas se prolongó la furiosa lucha en que los deslumbrantes resplandores blancoazulados alternaron con la negra noche. Los truenos resonaban en los tonos más sorprendentes, en

»¡Hay más cosas entre Cielo y Tierra de las que sueña vuestra sabiduría, Horacio!»?

A una noche lluviosa siguió una tormenta matinal. Calmados ya los elementos, emprendí a pie, con el séquito más reducido posible —un hombre con el aparato, otro con la pantalla protectora —una excursión hacia el Sur, a la llanura del Chagra. Innúmeros bosquecillos de bambús, cañaverales, prados y ganado. En dos o tres sitios pude observar que la superficie del agua del río estaba cubierta, cerca de la orilla, por una tenue capa blanquecina de aspecto lechoso. Al tocarla, la película se desmenuzaba. No contenía petróleo en absoluto.

Cuando regresamos al campamento estaban asando. Mi cornaca había cazado un venado, y la gente, ávida, dedicábase a afilar los cuchillos. Yo no pude participar del banquete; mi cuerpo no soportaba la carne. Los accesos nefríticos nocturnos se habían vuelto casi crónicos. Mi diligente *boy* me había procurado otra comida deliciosa: un buen pan moreno, cocido en Kanchanpur.

En el bazar del pueblo, muy animado por cierto, compré azúcar moreno para mi elefanta, que me lo agradeció con trompetería y muchos *salaams*. En el mercado no se hablaba muy bien de nosotros, pues a la llegada de la caravana nuestros colosos habían asustado de tal modo a los caballos del pueblo, que se desbandaron, y al día siguiente no se había logrado aún reunirlos todos. Los policías expulsaron del campamento a un cambista indio que trataba de embaucar a los miembros de la caravana.

Al atardecer del 13 de marzo se acumuló, al Oeste y al Norte, una de aquellas borrascas, con nubarrones de un negro azulado, tan temidas en el Morang Oriental. Para disminuir el peligro de las descargas eléctricas, mandé que fuesen distribuídas las armas de fuego y los estuches de los imanes entre varios lugares distantes un centenar de metros del campamento. Pronto las primeras violentas ráfagas barrieron la pradera donde estábamos instalados, y en seguida se precipitó sobre nosotros una tempestad de rayos, truenos y agua, de tal violencia, que para un creyente podía constituir una imagen perfecta del anuncio del Juicio Final. La Naturaleza embravecida parecía haber roto todos sus frenos. Dos horas se prolongó la furiosa lucha en que los deslumbrantes resplandores blancoazulados alternaron con la negra noche. Los truenos resonaban en los tonos más sorprendentes, en

estallidos, chasquidos, crujidos... como si alguien afilase el cuchillo en un alambre de acero. Los estampidos hacían retemblar la tierra. Al empezar la noche cedió la violencia del temporal y el mundo exhaló efluvios de frescor y de juventud. Al Sur, la selva ardía ; un resplandor, rojo como sangre, teñía un banco de nubes.

El 15 de marzo comenzó la última parte de la labor : la medición del ángulo nordeste del Morang, un sector del cual, con todos sus poblados, pertenecía al general Bahadur, el hijo primogénito del Maharajá ; era un regalo de su padre. En nuestra marcha hacia allí hicimos un rodeo por Ranibirta para visitar la presa de Birat-Pakar, en el río Onwa, construída 4000 años antes (1). En todas las localidades por donde pasamos vi buenas cisternas, de las que los habitantes extraían el agua por medio de maderos en palanca (procedimiento semejante al empleado en los pozos de la *pussta* húngara). Los tejados de hojalata de Ranibirta (estación 653) nos enviaron sus destellos desde lejos. Por un sólido puente de madera atravesamos el Onwa, ancho de 3 a 4 m. y, siguiendo luego el curso del río, no tardamos en hallarnos frente a la famosa presa. No había para tanto ; la obra casi no compensaba el tiempo y el esfuerzo invertidos en la excursión. Todo lo que se veía era un muro de 4,5 m. de altura, cubierto por la vegetación, que encerraba un depósito pantanoso cuadrangular de un centenar de metros de longitud. Las paredes longitudinales tenían huecos en el centro para permitir el paso del agua. Con todo, si era verdad lo de la época de su construcción, la edad de aquella modesta obra era merecedora de respeto.

Nuestro campamento de las cercanías de Anarmuni, al norte de Ranibirta, formaba, junto con un pantano inmediato, un único y ondeante « océano de luz » : millones de luciérnagas describían sus brillantes órbitas por encima de la negra tierra desde que empezaba a oscurecer. La comarca de Anarmuni producía una impresión de profundísima paz. Cinco días más tarde volveríamos a cruzar aquellos mismos parajes y sufrir una embestida tal de los desatados elementos, que dejaría a la expedición —ya al término de sus correrías— atropellada y deshecha como nunca lo había estado antes ni volvería a estarlo después.

En la gran carretera terraplenada que desde Ranibirta, a través de campos y de un bosque claro, va a Dhulabari,

(1) Afirmación de Ganesch.

me puse en manos de los portadores de mi silla, para fatiga suya y descanso de mis riñones. Ganesch, que, instalado en una carreta de bueyes, seguía a distancia de la caravana, me había aconsejado que siguiese en la *howdah*, ya que pasaríamos por una región de selva infestada de tigres y, particularmente, de búfalos. Según él, el búfalo era mucho más peligroso que el tigre ; atacaba en cuanto descubría al adversario. Yo opté por continuar en la silla y debo confesar que en todo el Morang no vi un solo búfalo, aunque encontré con frecuencia sus excrementos. Por precaución, puse en manos de un mozo mi escopeta de dos cañones y le mandé que no se separase de mi lado.

Nos habíamos puesto en marcha a las 5 de la madrugada. Hora y media después dejé que la caravana se detuviese a descansar en el camino (est. 658), mientras yo, con tres hombres, me dirigía hacia el Norte para establecer una estación secundaria al otro lado del lugar de Bungrubhitta (1), aldea doble de 50 chozas, a orillas del Tokya. Cada uno de los dos grupos de viviendas estaba cercado por altos vallados de esteras de bambú. Platanares y, en las inmediaciones, prados en los que pacían reses vacunas. Los animales no se alejaban de las vallas, y en el interior de los cercados resonaba constantemente el golgo. Proseguimos nuestra ruta a través de un bosque joven. Efectué una nueva medición en un calvero. Detrás de unos árboles aparecieron las chozas de otro pueblecito, en número de unas 30, de cuyo seno llegaban los sones ininterrumpidos de un tambor. Por lo visto, también allí debía haber peligro, incluso de día. En las caras de mi gente se pintaba una visible inquietud, y me dieron a entender que si no me daba prisa tomarían las de Villadiego. Me apresuré ; no llevábamos ningún arma de fuego y tampoco yo me sentía muy tranquilo ; pero no ocurrió nada. Nos reunimos de nuevo con la caravana y proseguimos hasta Korona, sin más aventuras que las que se pueden correr en el Hyde Park londinense.

Con mis tres hombres del grupo técnico tuve que efectuar otras varias incursiones a derecha e izquierda, renunciando a la seguridad de la carretera, y no puedo decir que nos acostumbrásemos a aquellas prácticas y las afrontásemos con sangre fría. Estábamos siempre con el ánimo en tensión, recelosos, y no obstante nada sucedió : ni un búfalo, ni

(1) Indicado en el mapa.

un tigre, ni un bufido o un rugido entre la maleza. En cambio, disfrutamos de visiones absolutamente apacibles: búfalos domésticos paciendo en calveros cultivados, grullas blancas posadas sobre la cabeza y la espalda de las reses y, con sus largos picos puntiagudos, cazando las orugas de la piel de los rumiantes.

Pero al fin tuvimos una aventura. Avanzábamos por la carretera, los elefantes y la columna en vanguardia; mi montura, que marchaba delante de mí, actuaba de cuentapasos. De repente resonó en la selva, a muy poca distancia del camino, un concierto de rugidos de tigres, roncos y ásperos. Eran aullidos de lucha, de furia loca; ¡y no procedían de un solo felino, sino de varios! El corazón me dio un salto. Mis porteadores habían soltado la silla, y a mí con ella y, abandonándome sin más consideraciones, echan a correr como alma que lleva el diablo, selva adentro. Uno solo, más inteligente, gritando como un condenado fue a refugiarse detrás de mi elefante, el cual se había plantado, como clavado en el suelo, alta la trampa, bufando y trompeteando, probablemente para advertir a sus campañeros. Busqué al hombre que llevaba mi rifle: ¡había desaparecido! No del todo, empero; lo descubrí bajo un árbol. Abrazado al tronco como un oso, trataba de encaramarse; mas iba descalzo y resbalaba una y otra vez por la lisa corteza. Todo aquello lo vi en el espacio de unos segundos, mientras los tigres continuaban rugiendo y bufando desde el mismo sitio, es decir, que no se alejaban, aunque tampoco se acercaban. Tal vez aquello no tuviera nada que ver con nosotros; tal vez las fieras no tenían intención de atacarnos. Grité a mi cornaca en tono autoritario y el hombre tuvo el valor suficiente para acercarse corriendo y ayudarme a subir a la *howdah*, donde estaba mi fusil de grueso calibre. Preparéme para disparar; ¡ya podían acercarse los reyes de la jungla! Pero no me dieron tal gustazo. Sólo los porteadores fueron acercándose poco a poco, así como los hombres del equipo técnico, apretujándose todos, como en busca de protección, contra el vasto trasero de mi elefante. Me recordó los años 1916 o 1917 en Cambrai, cuando los soldados se reunían detrás de un tanque para atacar, sólo que ahora el espectáculo no era tan belicoso, ni mucho menos.

Entretanto se fueron acercando al lugar del espectáculo la columna y los demás elefantes. Grité a Hem y los conductores previniéndoles de la presencia de los tigres y señalán-

doles un calvero a unos 300 m. más adelante. Me comprendieron perfectamente y al instante se despertó la vida en la caravana, tan pasiva de costumbre. Los elefantes de carga pasaron por mi lado a galope, Hem a la cabeza, levantado el brazo, como Blücher en la batalla. No sé si significaba: «¡Seguidme!», o «¡Sálvese quien pueda!». Venían detrás los carros a la máxima velocidad posible, manteniéndose al borde de la selva. Habríase dicho una batería a toda marcha. Cerraban la hueste los porteadores de los instrumentos y, finalmente, el depositario de mi escopeta, renunciando a su vano intento de subirse al árbol, vino tembloroso al lado de mi *howdah* y me alargó el arma. Así, bien pertrechado, cubrí la retirada de la caravana.

El furioso estrépito de rugidos y aullidos acrecióse todavía y yo pensé que realmente iba a producirse el ataque. Forzosamente se encontraban a muy pocos metros de mí y de la carretera; y en efecto los descubrí. Fue un espectáculo soberbio. Dos grandes tigres peleaban, mordiéndose, clavándose las garras en la espalda y el cuello, pegando saltos atrás y acometiéndose de nuevo. No, aquello no iba con nosotros, era una cuestión intestina. Probablemente, en el ardor del combate, los felinos ni siquiera se habían dado cuenta del desfile de toda la caravana. Y luego descubrí la causa de la batalla. «Cherchez la femme!». Una tigresa rondaba, vigilante, en torno a los combatientes, esperando el momento de dar al vencedor la palma de la victoria. Era, pues, la escena que se repite en el mundo millones de veces cada día, y, en el fondo, nuestra aparición en el lugar del drama sólo servía para probar que también en la selva virgen el amor ciega.

De todos modos no las tenía yo todas conmigo, en lo que tocaba a mi persona, el elefante y mis hombres del grupo técnico. Era posible —y ejemplos de ello los encontramos también en la historia de la humana especie— que, en una pausa, los combatientes descubriesen a los espectadores, y, abandonando la lucha ante la consciencia de un nuevo peligro, hiciesen las paces y se lanzasen contra el nuevo enemigo. Pero no, los tigres despreciaban al hombre que los esperaba armado de dos fusiles. Sus rugidos se fueron cambiando en gruñidos, en una especie de estornudos y gemidos; el terceto se adentró ligero en el bosque y el verde telón se corrió sobre aquel «drama de amor».

Entonces los que formábamos la retaguardia evacuamos el campo y, uniéndonos a la caravana y dejando la selva a

nuestra espalda, seguimos por la amplia llanura cultivada que ocupa todo el Morang Oriental hasta las montañas. Establecimos el campamento junto al Yhilmiliya, una de las muchas arterias paralelas que desaguan las cordilleras septentrionales (los ríos Pulwasi, Temur y Nanda).

—Ésta es la comarca más sana de Morang —dijo el coronel Ganesch, y a todos nos pareció que tenía razón. Nos sentíamos bien y el agua era buena.

Encontré una serpiente muerta, de metro y medio de longitud, negra con listas amarillas. —*¡Dyamandel!* —exclamaron con horror los indígenas. Pero no era sino una inofensiva *dansin* muy parecida a la *banded crait*.

El río y el lugar del campamento resplandecían, al anochecer, a la mágica luz de las luciérnagas. Para combatir el aburrimiento, el coronel Ganesch se vino a mi tienda y, tras largo tiempo, reanudó sus historias favoritas de cacerías en el Morang. Me gustaba escucharle, pues relataba con lenguaje gráfico y sabroso, y seguramente mucho de lo que decía era cierto. Esta vez tratóse de elefantes, rinocerontes y tigres. De los primeros aseguróme que sentían verdadero pánico ante los segundos.

—En cuanto percibe desde lejos el gruñido del rinoceronte se echa a temblar. Entonces no hay ya quien lo retenga, y emprende la fuga con todos los síntomas de un miedo mortal. Ante el tigre, el elefante no se inmuta, por eso se lo emplea de preferencia en la caza. El procedimiento más usado en el Nepal es el siguiente: los batidores levantan la pieza; luego unos centenares de elefantes rodean la guarida y, avanzando concéntricamente, van cerrando el anillo, hasta que un grupo de elefantes particularmente amaestrados logra sacar el tigre de su escondrijo. Entonces el centenar de cazadores que rodean el lugar disparan contra la fiera.

La gran carretera de Ranibirta a Dhulabari prosigue hacia la frontera oriental hasta Siliguri, en territorio indio. Entre Dhulabari y Siliguri existe incluso un servicio de autómnibus. Al enterarme de esta facilidad de comunicaciones despaché a Hem, hijo, y a mi *boy*, con un elefante, a efectuar las compras que de tanto tiempo tenía proyectadas. Al día siguiente estaban de regreso al campamento del Temur, cerca de Dhulabari (est. 670), cargados con botas tibetanas, diez cajas de bizcochos, bombones, periódicos, una camisa y una gorra de observación, todo para mí.

Me ponderaron la comarca de Dhulabari como libre de serpientes, tanto en invierno como en verano. Parece que la mangosta, abundantísima aquí, ha exterminado todos los reptiles. La propia Dhulabari es un misérrimo nido fronterizo: unas pocas chozas de bambú, dos casas de ladrillo y un cobertizo con tejado de plancha acanalada.

—Aquí vive sólo gentuza —me dijo Ganesch —. ¡Una partida de ladrones! Una sola noche pasó el Maharajá en Dhulabari, ¡y nunca más! Le robaron descaradamente.

Un nepalí vestido a la europea vino al campamento del Temur, y el coronel me presentó al inteligente joven como oficial de información del servicio de fronteras. Tenía orden de protegerme, a mí y mi trabajo, contra posibles agresiones y molestias a lo largo de la frontera oriental. Disponía para ello de tropas auxiliares y agentes.

—¿Estiman necesarias todas estas precauciones? —le pregunté. — Sí — replicó el despejado oficial —, principalmente en los próximos tres días. Del otro lado, en territorio indio, se celebra mañana un importante mercado, al que se calcula acudirán 5000 personas, y los visitantes no son solamente comerciantes e inofensivos curiosos.

Informé al oficial sobre mi itinerario: —Mañana remontaremos el Nanda hasta Tokla y acamparemos en Dhangalgaon. Después de un día de descanso me propongo medir el sector Temur-Kokoali y avanzar hasta Sanichare, adonde pienso llegar el 19 de marzo.

Con una cortés inclinación a la europea se despidió el joven militar.

En Tokla, pueblo enmarcado por bien cuidadas plantaciones de bambú y de plataneros, obtuve, el 17 de marzo de 1940, la estación magnética más oriental del Nepal. Cada paso a partir del punto 673 fue, sino una retirada, sí vuelta o regreso, y esta palabra sonaba a mis oídos como un alegre acorde en la mayor, después de 14 semanas de avanzar sin descanso hacia el Este. No había terminado aún; quedaba un rincón y, además, una serie de mediciones de comprobación que debería efectuar durante la vuelta; pero en Tokla emprendimos el camino de casa, y no era poco lo que nos había costado llegar allí. Podía afirmarlo sin reservas; para mí y para los demás. A pesar de Hem Mufti Bahadur que, a unos kilómetros de Dhangalgaon, confundió el Norte con el Sur, y al fin —advertido de su error —dirigió la columna a Budhbari, tal y como se le había indicado. El infeliz no llegó al campa-

mento (est. 678) hasta última hora de la tarde, con la gente extenuada, y hubo de aguantar un diluvio de improperios de parte de los carreteros y los porteadores del instrumental.

También yo y mi grupo pasamos unas horas desagradables; pues estábamos en el campamento desde las once de la mañana. El dinero y la tienda sin piezas metálicas se habían quedado con la columna. Mis soldados no tenían ni una perra gorda para comprarse comida y yo no pude trabajar porque me faltaba la tienda, necesaria para hacer las mediciones con los instrumentos sensibles al viento. Hasta la tarde, los gurjas estuvieron dando vueltas con los estómagos vacíos; al fin me apiadé de ellos y, adelantándoles una cuantas rupias de mi peculio particular, los envié a Dhangalgaon a comprar arroz.

El 18 de marzo, a mediodía, el termómetro marcaba 36° C. a la sombra. El cielo estaba sereno. En el lecho del río vi una serpiente de agua; un mozo la cogió por la cola y, levantándola, se puso a golpear el suelo con el reptil, que medía más de un metro, hasta matarlo. El cocinero asó algunos pececillos que mis hombres habían pescado a mano.

VIII

Expedición al Terai Oriental (Morang). — El fatídico campamento de Anarmuni. — Caigo gravemente enfermo. — Regreso a Katmandu

El coronel Ganesch casi no pertenecía ya a la caravana; se limitaba a seguir a la zaga. Desde su caída estaba visiblemente achacoso y había perdido peso. Le aconsejé que, para no fatigarse, se dirigiese siempre a los campamentos por el camino mejor y más corto, no pernoctase en él; y, siempre que fuese posible, lo hiciera en algún cortijo de las cercanías, donde los habitantes pudieran atenderle. En su condición de geólogo enfermo de su alteza bien tenía derecho a aquellos privilegios. En consecuencia, desde el campamento de Dhangalgaon partió por buen camino a Sanichare, por Dhulabari, llevándose a remolque la columna Hem. Yo, con el equipo técnico, mi *boy* y mi elefante, tomé otros derroteros en dirección de Madanpur, a causa de algunas mediciones que tenía que efectuar. Muy pronto hube de despedir, uno tras otro, a los labradores que contrataba en los pueblos como *sogitars*; ignoraban incluso los nombres de las localidades más cercanas a la propia. En el mapa había marcado un sendero que iba al Oeste, pero nadie lo conocía. Así, pues, me abandoné a mi sentido de orientación y mantuve el rumbo a través de selva y claros, más improvisando que calculando. Y también salimos de apuros: a las 8 h. 30 de la mañana, tres horas y media después de haber dejado el campamento, nos encontramos frente a 40 chozas asentadas sobre pilotes. Era Madanpur, a una milla al este del Kokoali. El río aparecía como un lecho guijarroso y salvaje, de 70 a 140 m. de anchura, con las orillas desmoronadas y el cauce obstruído por árboles arrancados de raíz.

Mientras efectuaba en Sanichare (est. 684) una medición complementaria, se puso a llover. Al mismo tiempo soplaba

un frío viento muy desagradable, y realmente no era ningún placer estar sentado junto al aparato sin poder moverse y con las ropas empapadas. Con intervalos serenos estuvo lloviendo una semana entera, a pesar de que no era aún tiempo, ni mucho menos, de empezar la estación lluviosa. De la vasta selva que, según el mapa, cubría la región de Sanichare, no quedaban más que algunos manchones poco densos de árboles negros, como si algún violento incendio hubiese pasado por allí. Sin embargo eran « sólo » árboles muertos, que habían exterminado lentamente, practicando en sus troncos incisiones anulares a la altura de un hombre. Algunas extensiones habían sido taladas también a hachazos y aparecían ahora ocupadas por campos de arroz, salpicados de tocones. Y luego poblado tras poblado, la mayoría con 30 a 60 chozas. Éstas están construídas sobre pilotes. La « planta baja » es un establo abierto, y el « primer piso » la vivienda. Algunas de esas aldeas son sorprendentemente nuevas y pulidas, incluso prósperas. Criaban gallinas, y así, en plena selva, podía oirse resonar el canto de un gallo. Aunque su grito no sea muy melodioso, todos los que yerran por la espesura aguzan el oído en cuanto lo oyen, respiran aliviados y se regocijan. Donde cantan gallos hay hombres, hay trabajo y vida, ordenada y apacible. Y esto tranquiliza y alegra.

Encontramos al coronel Ganesch a orillas del Tussri, al sur de Sanchiare. Quejábase de dolores torácicos y me pareció había adelgazado mucho. Como yo deseaba acampar en Anarmuni, continuamos avanzando otra milla y montamos las tiendas a 300 m. al norte del pueblo, en una pequeña eminencia arenosa del centro de la llanura (est. 690). Pensando que dirigiéndome a él por escrito me sería más fácil hacerle entrar en razón, envié a su tienda un mensajero con estas líneas : « Su salud no me parece satisfactoria. Estimo necesario que regrese a Katmandu lo antes posible y se ponga allí en manos de un buen médico. En Morang nadie puede aliviarle. Considero para usted demasiado fatigoso continuar en la expedición y avanzar al ritmo de la caravana... ». Apenas despachado el mensajero envié detrás de él tres carros y doce hombres para que trasladasen al coronel al campamento principal, mejor situado. Al cabo de una hora volvió el grupo sin haber hecho nada ; Ganesch se negaba ; dijo que se sentía demasiado atropellado para poder trasladarse.

Terminada mi medición principal estuve hablando con un indígena ; por él supe que en el próximo pueblo de Anar-

muni residía un buen médico bengalí. Inmediatamente salí en su busca ; vivía en una casita de bambú y su instrumental era modestísimo, lo mismo que su botica. Ni siquiera tenía quinina, a pesar de que casi todos los habitantes de la comarca estaban atacados de paludismo. Convine con el médico que al día siguiente iría a buscarlo con mi elefante y lo llevaría a la tienda del coronel ; los gastos corrían de mi cuenta. Quería conocer su diagnóstico, naturalmente, para poder comunicarlo al Maharajá con la máxima urgencia.

Apenas me hallaba de regreso al campamento cuando el cielo volvió a encapotarse ; sobrevino la oscuridad y a las 18,30 h. era negra noche. La Naturaleza inició un concierto infernal con un «redoble» espantoso. La cosa fue muy parecida a la de poco antes en Kanchanpur, sólo que unos grados peor, grados que bastaron para hacer en nosotros aún más «negro» el recuerdo que íbamos a conservar de Morang. A la «escenificación» —rayo tras rayo, truenos ininterrumpidos y agua a cántaros —estaba ya acostumbrado, por lo que no interrumpí mi trabajo ; pero repentinamente descargó una tormenta que me forzó a concentrar en ella mi atención por espacio de unos segundos, y luego a incorporarme rápidamente. La oí venir; avanzaba furiosa por el bosque, semejante a una ola de marea, y se lanzó sobre el campamento como el puño de un cíclope. Yo no tenía más que dos manos, cuando habría necesitado diez. Con la izquierda mantuve cerrada la entrada de la tienda, mientras con la derecha reunía todas las hojas y, metiéndolas de cualquier manera en un baúl, lo arrojé sobre el lecho de campaña. Y el agua caía de tal manera, que daba espanto. ¿No me había instalado en la cima de una colina de arena, aunque minúscula? Parecía imposible que todo aquel enorme oleaje pudiera alimentarlo únicamente la lluvia que se precipitaba del cielo.

Primero son canalículos que, ágiles como serpientes, se abren camino al interior de la tienda. Corren rápidos, gorgoteando y chasqueando, y en un santiamén me encuentro metido hasta los tobillos en un lago. El huracán arroja un verdadero diluvio contra la pared de la tienda, y a su empuje se dobla uno de los dos espárragos de sustentación, hinchándose la lona como una vela. Varias estaquillas son arrancadas del suelo. Yo, soltando la tela, vuelvo a abrir el espárrago que aún se sostiene, y con la otra mano aprieto sobre la cama el cofre con los instrumentos. Las cuerdas no resisten la presión del viento y se rompen con un chasquido. Como cortada por

un afilado cuchillo se desgarra la lona, y sus jirones, aleteando, me golpean las orejas. A mi alrededor flotan los baúles y muchas piezas del equipaje quedan anegadas. La oleada alcanza una altura de dos pies. Suerte que no me quité el cinturon con los bolsillos cosidos en los que guardo los preciosos cronómetros. La noche es negra como ala de cuervo ; no veo nada, sólo siento el choque contra el cuerpo de los cofres flotantes. De la tienda poco puede quedar. Me doy cuenta de que la cama está al aire libre y que el diluvio cae sobre mí, sin que nada lo detenga. La tempestad aumenta aún su violencia ; lo noto en el lecho, a punto de ser arrastrado. Arrodillándome en el agua, apoyo el torso sobre él, frenándolo con todas mi fuerzas. Para colmo de desgracia empieza a granizar ; diríase fuego de ametrelladora. Caen piedras del tamaño de huevos de paloma, que me obligan a agachar la cabeza entre los hombros ; los proyectiles me azotan dolorosamente los hombros y la espalda. Otra vez viví en Tsinghai una tormenta de granizo como ésta, pero entonces me hallaba refugiado en una sólida tienda mogol. Los caballos y camellos, atados al exterior, habían estado gritando lamentablemente. Ahora experimentaba sobre mis propias costillas el gusto que da una pedrea de aquel calibre.

Estaba a merced de la tempestad y no había más remedio que resistir. Un sólo instante que hubiese soltado la cama con los aparatos y todo se lo habría llevado el agua y el viento. Las lámparas de bolsillo no funcionaban, por lo cual no me era posible hacer señales a las otras tiendas. Los gritos eran ahogados por los bramidos de la furiosa tormenta. ¿Cómo lo pasarían los demás?

Al cabo de dos horas cedió la violencia de los elementos desatados ; a las tinieblas siguió un pálido crepúsculo. Desprendiéndome de los pegajosos pedazos de lona que, cual los tentáculos de un pulpo, se me habían enroscado en torno a la cabeza y el pecho, me incorporé y salí a tropezones. Excepto la doble tienda de la cocina, todas las demás habían sido derribadas o rotas y barridas ; los hombres se habían refugiado bajo las matas y los árboles, menos algunos que lo habían hecho en la cocina, la cual, instalada en un lugar un poco más elevado que mi tienda, no había sufrido tanto de los efectos del agua y, gracias a su estructura plana y a su sólido anclaje, había podido resistir mejor la furia de los elementos.

El lugar del campamento era un lago y no había que pensar en pasar allí el resto de la noche. Por consiguiente, reuní a dos o tres hombres del grupo técnico, el *boy* y tres soldados para dirigirme con ellos a Anarmuni en busca de refugio. La lluvia seguía cayendo copiosa, y nosotros avanzábamos chapoteando por charcas en que nos hundíamos hasta la rodilla y a tientas, a través de los campos empapados. Yo llevaba los papeles, las máquinas fotográficas, la brújula y los cartuchos. Los gurjas cargaban sobre sus espaldas las piezas pesadas del instrumental y me seguían, jadeando y echando maldiciones. Más arrastrándonos que andando llegamos al borde del pueblo, donde descubrimos una bonita casa de madera, asentada sobre una solera de estacas de la altura de un hombre, provista de una galería que le daba la vuelta, espaciosa y acogedora, como esperándonos. Subimos la escalinata de madera. Había en el interior dos o tres hombres que apenas si nos miraron ni se preocuparon de nuestra presencia. Quedaban dos habitaciones desocupadas; en la menor me instalé yo con mis instrumentos, la otra quedó para mis acompañantes. Por las grietas llegaba un viento helado y, como estábamos calados hasta los huesos, pasamos un frío mortal. No había que pensar en calentar o cocer nada ni en secar las prendas de vestir; era excusado buscar leña en condiciones de arder. Envolvíme en mantas mojadas y en seguida comprendí que no pegaría el ojo en todo el resto de la noche. Los riñones empezaban a molestarme; seguramente me esperaba un violento ataque; y en efecto se produjo, agravado por incesantes vómitos. La lluvia seguía cayendo ininterrumpidamente, tamborileando sobre el tejado de plancha, y la tempestad volvió a arreciar, adquiriendo a ratos tal violencia, que temí se llevara la casa. ¿Cómo soportaría Ganesch aquella noche, la más espantosa y desoladora de cuantas había yo pasado en el Nepal? Acudir en su auxilio era imposible; los hombres, tendidos como muertos en la habitación contigua, roncaban fuertemente. A ningún precio habría conseguido moverles a dar un paso en la selva, presa de todos los demonios, y mucho menos enviarlos, en medio de la noche oscurísima, bajo la lluvia y la tempestad, a la tienda donde, a orillas del Tussri, estaría ahora debatiéndose el coronel. Ni siquiera estaba seguro de que los dos individuos de más confianza y ánimo de la caravana, un suboficial y un soldado gurja, resistiesen la dura prueba de aquella noche. Los había dejado en la tienda de la cocina, al cuidado del equipaje y las provisiones.

Por encima de toda aquella miseria y desolación salió por fin el sol en su radiante ropaje, incólume, como un autómata, y no obstante saludado amorosamente por las humanas criaturas atormentadas, afanosamente deseado de todos los seres vivientes, como el divino astro confortador y liberador, fuente de esperanza. Y también mi maltrecha caravana salió de sus precarios refugios, la madrugada del 21 de marzo, con ánimos renovados. Era el primer día de primavera, y para hacer honor a la fecha cerró el cielo sus cataratas, un viento Oeste barrió las nubes, serenóse y reaparecieron el sol, el calor, la sombra, los aromas y la alegría. Al efectuar yo una visita de orientación al desolado campamento, lo primero que vi fue un terso lago allí donde la víspera hubiera una llanura. Tres o cuatro árboles y otros tantos montículos de arena sobresalían, como perdidos, del agua. En una de aquellas islas seguía de pie la tienda de la cocina. De unas cuerdas tendidas entre ella y un árbol roto por la tempestad, colgaban trapos, trozos de tela y prendas de vestir mojados. Parecía un «día de colada». El suboficial estaba ocupándose en sacar al sol los cofres y toda suerte de botas y zapatos. El nivel del agua iba bajando visiblemente y de quince en quince minutos las islas ganaban extensión. A mediodía, el lugar estaba lo suficientemente despejado para que fuese posible iniciar la labor de coser y recomponer las tiendas.

Mientras tanto yo, con varios hombres del equipo técnico, los camilleros, mi cornaca y un elefante, nos encaminamos a la casa del médico bengalí, para conducirlo al lado de Ganesch. Llevábamos provisiones y el botiquín. El médico montó el elefante, pero yo me hice llevar en la silla.

Cayóseme un peso del corazón cuando, al borde del Tussri, encontré al coronel y sus hombres en una condición relativamente buena. Todos estaban mojados y descompuestos, pero, por lo demás, sin novedad. Por desgracia, Ganesch rehusó toda asistencia facultativa; no quiso medicinas y se negó a que el médico lo explorara. Era evidente que desconfiaba de él, no le dirigió una sola palabra amable y a mí no me dio las gracias por mis cuidados. Habló de la tormenta pasada; un tifón, según él, como no había visto otro en su vida. A continuación vaticinó mal tiempo para los días próximos, fuerte viento Este y mucha lluvia. A lo mejor acertaba; según mis observaciones, el viento Este siempre traía mal tiempo en Morang, al contrario de los vientos Sur y Oeste. También me comunicó Ganesch que pensaba trasladarse a

Vhapa. En cuanto yo hubiese terminado mi red de mediciones del Morang Oriental podía ir a reunirme con él en aquella localidad, desde donde emprenderíamos juntos el regreso a Katmandu. Asentí a sus proposiciones y lo dejé deseándole feliz viaje; al médico le aboné 5 rupias indias por sus buenos oficios, y el hombre quedó contento.

* * *

Una nueva marcha nos condujo más cerca aún del Bajo Himalaya, cuyo pie está bordeado aquí por una faja de espesa selva de 8 a 16 km. de anchura.. Remontamos el Kokoali, seguimos luego el Kagare, llamado también Tangtin, y el 23 de marzo llegamos a Ganyabari, donde establecí la estación 699. A trechos, utilizamos un camino excelente, de 6 m. de ancho, que debe de conducir al campamento militar de Gorwa y, probablemente, es una vía estratégica. En las laderas meridionales de las estribaciones montañosas veíanse docenas de desprendimientos de tierra. Las desnudas y escarpadas paredes rocosas, de hasta 500 m. de altura, de las cuales se habían desprendido aquellos materiales, destacaban como manchas luminosas entre el oscuro verde de la zona forestal.

Durante la marcha hacia el Norte, mi *boy* se puso enfermo. Sacudíale la fiebre y se mostraba totalmente apático. Díle Atebrina, mandé que lo arropasen en buenas mantas y le cedí mi silla de manos, mientras yo pasaba a ocupar la *howdah*. El chico me servía de un modo tan delicado y discreto, que apenas necesitaba decirle una palabra ; me leía los deseos en los ojos. No era nepalí, sino indio de Madrás. Huelga decir que en seguida noté la falta del muchacho en mil detalles. Mi estado no había mejorado tampoco, ni mucho menos ; un furúnculo que me había salido en la oreja me producía dolores insoportables. Un médico hubiera podido prestarme muy buenos servicios. Para la cena mandé al cocinero que me preparase un pollo y lo compartí con el *boy* ; luego nos acostamos y nos pasamos la mitad de la noche gimiendo a dúo. Al día siguiente, cuando emprendimos la marcha con dirección a Kanchanpur, los dos nos sentíamos mejorados; seguro que no tenfamos que agradecerlo al correoso pollo.

En las cercanías de Sanichare salimos de la llanura cultivada. Empezó a soplar un fuerte viento Sudoeste. En aquel rincón de curiosidades meteorológicas, casi todos los días se

levantaba un viento tempestuoso de aquella dirección. Cuando el tiempo era sereno y soleado, solía menguar a la hora meridiana, transcurriendo la tarde en completa calma. Luego, al anochecer, acumulábanse enormes castillos de nubes al pie del Himalaya, nubes que, a la luz del sol Poniente, se teñían de mil colores maravillosos antes de introducir la noche con sus tintes oscuros y plomizos ; un espectáculo lleno de incomparable encanto en sus suaves transiciones por toda la gama de las tonalidades.

El día 26 de marzo de 1940 fue una fecha señalada para la expedición, por cuanto en él quedó cerrada la red de mediciones magnéticas del Morang Oriental con un número de « estaciones terminales » al este del Kankai. Quedaba por efectuar una visita a Yhapa, que habíamos estado rodeando por espacio de semanas enteras, por hallarse en la zona fronteriza. Continuaba estándome vedada, pero justifiqué mi transgresión con el pretexto de reunirme con el coronel, todavía enfermo. Había yo combinado el itinerario de regreso de manera que incluyera todos los puntos no medidos, para poder decir al llegar a Amlejgani, que el Morang quedaba totalmente explorado, sin lagunas, y cubierto de una espesa red de estaciones geomagnéticas. Además, había procurado que la línea de vuelta pasase por una serie de puntos ya registrados, en los que efectuaría mediciones de comparación y comprobación. Con ello quedaría completada la triangulación magnética de aquel sector del país, y sentada la base para el trazado de su mapa geomagnético.

Durante la noche del 26 al 27 de marzo, estando acampados junto al Kankai, un tigre irrumpió en el campamento y se llevó una res.

Una lluvia intermitente, que no cesó hasta la mañana, fue causa de que hubiésemos de retrasar la partida hacia Yhapa. Cuando salí de la tienda, todo el mundo estaba aún entregado al mejor de los sueños. Todo el mundo menos Hem, quien acuclillado delante de una de las tiendas de la tropa, con acento de súplica venía a decir, poco más o menos :

—¡Vamos, sed buenos chicos, incorporad poco a poco los cansados cuerpos!

Observé a Hem que ninguna persona de juicio obedece a una orden transmitida en aquel tono lastimero y, sin más, tiré de las estaquillas que sujetaban la tienda. Hundióse ésta, y en el mismo momento todos los dormilones aparecieron a la superficie.

FIG. 48. En la comarca de Nimuwa murió de cólico el más robusto de nuestros elefantes

FIG. 49. Temible zona palúdica : el poblado de Kanyamaran, en el bosque muerto

—¡Así se hace, joven! —dije a Hem, que me contemplaba con la boca abierta—, y si se levanta un coro de protestas y vituperios, no haga caso. Tenga en cuenta que estas señorías no están realizando un viaje de placer, lo mismo que usted y yo.

La carga del equipaje se efectuó rápida y llanamente; sólo el lindo elefantito se puso farruco y hubo que cosquillearle la barriga con el *jukri* para reducirlo a la obediencia.

Desde el campamento de Kankai (est. 711) marchamos primero por una calzada de un metro de altura, entre arrozales, hacia el Sur, y luego, por un ancho « ta-liu », directos hacia Yhapa. A derecha e izquierda, campos cultivados, luego praderas de alta hierba con islas de cañaverales cada vez más extensas, señal de que nos acercábamos a Yhapa. El coronel Ganesch me había enviado una comunicación al campamento del Kankai en el sentido de que no debíamos entrar en Yhapa propiamente dicha, y de que yo no permaneciese mucho tiempo en un mismo sitio. Yhapa, decía, se hallaba rodeada de un mar de cañaverales y era una estupenda guarida para bandas armadas. Las emboscadas y los pillajes estaban allí a la orden del día. Se imponía la precaución. Ya a las 7 de la mañana llegamos al camino terraplenado, alto ahora de más de 2 m., que corre sin obstáculos a lo largo del borde occidental de la ciudad. Dejé allí la columna con los elefantes, con orden de aguardar mi regreso.

Yhapa, la capital del distrito, es una población grande y acogedora, con centenares de casas de tejados de hojalata, numerosos pozos y un templecito en el centro. La calle principal, con el bazar, recorre la localidad de Norte a Sur, como de ordinario. Pregunté por Ganesch y lo encontré en una casa de campo, durmiendo. Mientras yo efectuaba unas mediciones, él, muerto de sueño, se disponía para el viaje.

Entretanto había corrido la voz en la caravana de que el cercano Jusjuse bajaba muy crecido; y, sin embargo, debíamos cruzarlo aquel mismo día. Para llevar los carros a la orilla opuesta sin daños ni pérdidas, dispuse que fuesen cargados los elefantes hasta el máximo, con objeto de aligerar los vehículos. Fue una buena idea, pues cuando contemplamos el río desde la escarpada orilla, alta de 3 m., vimos que las intensas lluvias de los últimos días habían trocado un « corderillo », inofensivo en invierno, en un rugiente « león ». El río mediría 250 m. de una margen a la opuesta en el punto de cruce; algo más abajo aquella anchura llegaba

hasta los 250 m. y la furiosa oleada de aguas pardas bajaba ocupando todo el cauce. En el centro del lecho asomaba una isla arenosa de 120 m. de longitud, abombada como el dorso llano y brillante de un pez, por cuya superficie fluía el agua, rauda y sucia. Atravesamos el Jusjuse en «columna de a uno», marchando en vanguardia los elefantes, luego el equipo técnico y finalmente los carros. La cosa discurrió mejor de lo que cabía pensar; sólo ofreció cierta dificultad para los carros el subir a la abrupta orilla occidental, alta de 2. m. e invadida de juncales y restos muertos de la selva. A fin de cuentas, el agua, en el vado, no nos llegó más que hasta la rodilla; sólo en dos puntos lo hizo hasta el pecho. Algunos mozos a quienes arrastró la corriente hubieron de salir a nado. La velocidad del agua en la línea media del brazo occidental era de 90 cm. por segundo.

En Thagitola efectué las primeras mediciones de comprobación. Tras la fatigosa jornada, la caravana estuvo muy contenta de poder montar las tiendas. La tempestad de que habíamos sido víctimas se había dejado sentir también en Thagitola, donde las casas y chozas de bambú quedaron inundadas; en los rostros azarados de los moradores podía leerse aún el susto pasado. Dijeron que no recordaban haber visto otro aguacero y otra tempestad como aquellos en una época tan temprana del año. A juzgar por el relato de un viejo de la localidad, Thagitola no era sino la sombra de sí misma, pero no por los daños de la reciente tormenta, sino por el «mal clima». El paludismo era el veneno lento que había destruído el lugar, dejándolo reducido a unas pocas personas enfermas. Muchos de los habitantes, hombres, mujeres y niños, habían muerto, otros emigrado. Quedaban las casas vacías, que iban decayendo paulatinamente.

Tras aquella semana de lluvias y tormentas, el tiempo había cambiado. Desde nuestra salida del campamento del Kankai hacía un calor bochornoso y oprimente. Todos mis hombres sufrían de él; sentíanse abatidos y agotados y se tumbaban siempre que podían. También a mí me acometió la fiebre, tan fuertemente, que a la mañana siguiente, en el curso de la marcha hacia Yhapartala, me costó un enorme esfuerzo sostenerme en la silla, y mientras efectuaba la medición de comprobación número 715 (en la «antigua» estación n.° 433), me caí por dos veces. Por suerte mi *boy* había superado su achaque y estaba lo bastante restablecido para poderme asistir.

Todos los ríos que cruzamos entre Athmausa y Biratnagar bajaban crecidos, pero no dificultaron mucho nuestro avance. A orillas del Lothandra descubrimos una indigna maquinación. Habíamos acampado al borde del río, y el coronel Ganesch se había alojado en casa de un matrimonio *chachara*. Como no comprendía el lenguaje de aquellos primitivos, un intérprete servía de intermediario. En aquella ocasión dijeron los cónyuges que dos de nuestros empleados de abastecimientos nos habían engañado. Procedióse a efectuar averiguaciones y el hecho resultó cierto, y aún salieron otras cosas a la luz. Los desleales funcionarios habían estado perjudicando constantemente a la caravana suministrándonos huevos pasados, y sustrayendo una considerable cantidad de la paja asignada para el servicio diario. Ganesch se puso furioso y mandó detener a los culpables.

En el distrito de Biratnagar quedaban por colmar dos lagunas de la red geomagnética; entre el Lothandra y el punto por donde habíamos cruzado antes el Sapt-Kosi. Una de ellas la resolví por medio de una cuerda que, desde Thalaha por Vitpur y Niwuma, se prolongaba a Noroeste en una longitud de 11 km.; la segunda era la jungla que se extendía entre el recodo del Sursari y el Burhi, con centro en Kanyamaran, un foco palúdico de pésima fama, que Ganesch y todos los miembros de la caravana temían como a la peste.

Yo pensaba explorar aquel sector superficialmente, suponiendo que mi salud resistiera y mis hombres no me plantaran.

Arrozales y restos de selva cubrían el terreno que atravesamos. Los elefantes marchaban a buen paso, avanzando en línea recta por tierras inundadas. Vimos campesinos roturando. convertían las últimas islas de bosque en suelo laborable matando los árboles por el procedimiento de las incisiones anulares en el tronco. Unos pocos años más, y los campos de arroz se extenderían hasta el horizonte, monótonos, sin contornos, pero feraces. En un riachuelo vi aldeanos bañándose, hombres y mujeres juntos, aunque no lo hacían desnudos, como es costumbre en Europa, sino con todos sus vestidos.

Antes de llegar al campamento de Nimuwa sucumbió nuestro mejor elefante, el que hasta entonces había llevado mayores cargas. Desplomóse en un bosquecillo de bambús. Tenía el vientre hinchado. El animal se revolcaba en el suelo, gimiendo lastimeramente. Sufría de cólicos espasmódicos y

parecía respirar con dificultad ; negóse a comer (fig. 48). Hem, de pie, contemplaba con indiferencia al gigante, sin hacer nada. Saqué al jóven de su pasividad, mandándole que enviase inmediatamente a alguien en busca de un veterinario ; según referencias, había uno a cosa de 10 km. de Nimuwa. Hem no se dio prisa ; buscó dilaciones y dijo que sin autorización del coronel no podía poner en tratamiento a un elefante del Estado ; en realidad, ni siquiera el coronel era quién para adoptar aquella medida. ¡Había que pedirlo al propio Maharajá!

—Y mientras tanto el animal se muere, ¿no? —bramé. Hem se encogió de hombros y replicó que los elefantes son resistentes. No quise entrar en discusiones ; Ganesch podía no llegar hasta la tarde o hasta el anochecer. Asumí la responsabilidad de la orden y Hem Mufti Bahadur obedeció. Cuando llegó el médico, el elefante había muerto. Era la segunda víctima de la expedición.

El coronel Ganesch llegó a Numuwa antes de cerrar la noche ; sin perder tiempo le espeté que a la mañana siguiente pensaba dirigirme, por Balwahi, a la zona palúdica.

Alzando las manos, el coronel me conjuró : —Por última vez le suplico que, si no es absolutamente indispensable, evite esta peligrosa zona.

—No es posible —le respondí. —Quedaría una laguna en la red y sería lástima.

—¡Ya! Y cuando estemos muertos, la gente dirá también : ¡qué lástima! Usted no conoce la región de Kanyamaran, pero yo sí la conozco y sé que existe en ella un tipo de malaria que mata en dos o tres días.

—Mi querido coronel— dije para cerrar la discusión —, es usted perfectamente libre de venirse conmigo o de regresar directamente a Katmandu.

Debo decir, en honor de Ganesch, que, aun cuando siguió protestando y tratando de convencerme, se mantuvo al pie del cañón, siguiendo a la columna. Conmigo vinieron seis portadores de instrumentos, además del *boy*, dos policías, cuatro elefantes y sus cornacas. Nos llevamos tres tiendas ; el resto del personal emprendió la marcha por el camino más corto en dirección a Rampura, con la columna. Siete enfermos de paludismo que no podían andar hubieron de ser transportados en los carros. La partida de Nimuwa se hizo el 31 de marzo de 1940 a las 4,50 h. de la madrugada.

Sería erróneo creer que la selva, en el arco del Sursari es, pese a su triste fama, un paisaje triste y desolado. En nada se diferenciaba de las zonas más salubres que la circundan. Desde hacía muchísimo tiempo no era la alta selva impenetrable del Terai, sino un bosque diezmado, decadente por todas partes, es decir: roturado, labrado y habitado. Sólo que aquí los habitantes, los hombres que se habían asentado en esta zona y se aferraban a ella a pesar de toda la mala fama que tenía, llevaban escrito en sus personas la terrible tiranía de la plaga palúdica, que minaba la salud de todos, casi sin excepción. Me di perfecta cuenta de que, para un europeo, la permanencia en aquel foco de fiebres antes era temeridad que heroísmo, y así estuve en él sólo el tiempo exigido por mis mediciones. Lo que más me molestaba en mi trabajo eran las agresivas hormigas; las había a millares. También pude observar enormes enjambres de grandes libélulas. Y lo que podía serme fatal en el campamento de Balwahi era la sencilla circunstancia de no disponer de un mosquitero.

Como al *boy* le había dado aquella noche un nuevo e intenso acceso de fiebre, por la mañana lo envié por delante a Rampura, con el grupo encargado de los instrumentos, los elefantes de carga y un policía; ya la columna debía de haber llegado allí. Sin más compañía que la del equipo técnico y un policía, partí hacia Kanyamaran, el centro del «infierno». Su mala fama no respondía a su aspecto. Encontramos, en medio del bosque muerto y de buenos prados, un pueblo alargado, esperanzador, con casas de madera, establos para bueyes, ovejas y cabras, graneros de arroz y platanares (figura 49). Y en Marteya y Sripur, dos aldeas casi ricas al norte de Kanyamaran, el espectáculo era casi idéntico: depósitos de arroz y pajares, ganado paciendo, pozos tapiados y caras humanas que no llevaban las horribles huellas que viéramos en Balwahi, a dos horas solamente de allí. ¡Tan contiguas estaban la luz y la sombra!

Mi pequeño grupo atravesó el Sursari al sur de Rampura, y antes de mediodía llegamos al lugar donde habíamos acampado la vez anterior. En la nueva medición de comprobación, el punto 370 recibió el número de estación 728. No habían preparado nada para nosotros, ni nadie salió a recibirnos; hasta al cabo de un buen rato no fueron llegando los portadores de los aparatos, el *boy* y los elefantes; se habían extraviado dos o tres veces. De Ganesch, Hem y la columna, ni rastro. Por unos indígenas supimos que sus señorías, espoleados por

el miedo al paludismo, se habían marchado ya y se hallaban camino del embarcadero del Sapt-Kosi. Era lamentable, pues había que cambiar los elefantes en Rampura y para ello precisaba la presencia del coronel, quien debía arreglar cuentas con el personal encargado de los animales y firmar los pases para los nuevos. Quisiéramos o no, habría que aplazar aquella gestión para el día siguiente y efectuarla en el Sapt-Kosi. Como los cornacas y los guardianes de los elefantes habían debido de trabajar mucho los últimos días, les di algún ánimo con una inyeccioncita de 100 rupias, 15 rupias nepalenses por cabeza. Los hombres encargados de mi elefante recibieron un poco más y me dieron las gracias ; el resto del personal se retiró sin pestañear. Seguramente la recompensa no les pareció gran cosa ; eran mozos exigentes y viciados, mal avezados por las cacerías de la corte y las elevadas propinas que solían repartir los cazadores distinguidos.

El 2 de abril recorrí con mi grupo el trayecto Rampura-Ramdhuni calvero de Hidalwa-orilla este del Sapt-Kosi en una marcha hacia el Oeste. Nos tomamos una hora de descanso en el convento de Ramdhuni, donde estaba aún el ciervo amansado, el cual me reconoció y vino a arrimarse contra mí. También estaban los monos, haciendo piruetas en los tejados ; y los *saddhus*, sumidos en su calma contemplativa. Lavábanse en la fuente, se frotaban el cuerpo con ceniza y se ponían en cuclillas para entregarse a la meditación. Exactamente lo mismo que diez semanas atrás, y probablemente dentro de 100 años sería lo mismo. En Ramdhuni, el tiempo se había detenido.

En la llanura de cañaverales, camino del gran claro donde en otro tiempo estuviera Hidalwa, subíme al nuevo elefante, que, desgraciadamente, caminaba con fuertes « sacudidas ». Mientras estaba reflexionando sobre si no sería mejor apearme de mi cabalgadura, cruzaron el camino un jabalí con su hembra y siete jabatos. ¡Qué estupendo asado habría sido el viejo! Llamé al escopetero pero éste, en lugar a apresurarse a darme la de doble cañón, presa al parecer de la fiebre cinegética, echó a correr a saltos tras la familia porcina y aquel botín seguro desapareció en la espesura.

De improvisto nos encontramos ante un antiguo lecho seco del Sapt-Kosi, de 250 m. de anchura, en cuyo centro veíanse varias chozas y búfalos de agua paciendo. Cruzamos el cauce y, poco después, otro igual, en el que había también chozas y búfalos. Los carros se hundían en la arena,

avanzando muy lentamente. En adelante, la « carretera » fue ya un surco casi impracticable, de arena suelta, honda, a través de una selva de cañizares y matorrales, revuelta por innúmeras rodadas, signo revelador del activo tránsito que cruzaba allí el río. De un punto inconcreto llegaban los gritos de un pavo. Bastante a la derecha se veía una casita de barqueros y a su lado una alta percha como mojón. Luego alcanzamos el Sapt-Kosi propiamente dicho y con él el límite occidental del distrito de Biratnagar. Había mucha gente reunida y también nuestra fugitiva columna. Reencuentro con Hem y Ganesch, con « mutua satisfacción ». El coronel entró inmediatamente en funciones, licenciando a los policías, carros y elefantes. Los nuevos vehículos llegaban ya en los pontones, mientras los nuevos elefantes pacían en la margen occidental del brazo medio ; se incorporarían a la caravana al día siguiente.

Ganesch odiaba los ríos caudalosos ; le daban miedo. Tres meses antes había sido el último en atravesarlos, ahora, de vuelta a casita, era el primero. Entonces su aspecto era el de un gurja gordote y rollizo que irradiaba salud por todos sus poros ; ahora viajaba tendido en un carro, un hombre pálido, viejo, inválido y acabado.

Cruzamos el río la madrugada del 3 de abril. Yo había pasado una mala noche y me sentí contentísimo cuando, a la aurora, pude abandonar la tienda. Aunque había recobrado mi mosquitero, los agujeros lo hacían prácticamente inservible. Durante la noche arañas, escorpiones y escarabajos se habían estado paseando a sus anchas por mi lado, pero el *boy*, los policías y los individuos del equipo técnico lo habían pasado todavía peor. Mostrándome sus caras llenas de picaduras, pedíanme un medicamento para calmar el escozor y el dolor de las hinchazones.

Esta vez escogimos una vía acuática menos complicada que la usada cuando el viaje de ida. A 600 m. más arriba del campamento extendíase la larga isla arenosa que separaba los brazos medio y oriental del Sapt-Kosi ; estaba partida por canales que permitían pasar de un brazo al otro en una travesía de 220 m., evitando los transbordos y maniobras que tanto tiempo hacían perder. Vino el pontón con los carros que fueron cargados rápidamente. Yo mismo cuidé de la estiba de los cofres que contenían el instrumental ; era un equipaje demasiado precioso para confiarlo a otros. Cuatro hombres impulsaban la barca. En la línea de la corriente los

barqueros hubieron de acudir a los pesados remos, pues ya no alcanzaban el fondo con las largas pértigas de bambú. Luego bogaron a lo largo del borde este de la isla, hacia el Norte, metiéndose en el paso, a cuya salida las aguas del brazo central llegaban con tal empuje que ya no bastaban las pértigas para sacarnos adelante. Desembarcaron tres hombres y, con agua hasta los muslos, pusiéronse a empujar la embarcación hasta salvar aquel punto crítico. Vino luego un segundo obstáculo, un bajo fondo, que revelaron las perchas de 8 m. de largo; cerraba la abertura oeste del paso y hubo que circunnavegarlo. Atracó entonces la barca en la orilla este de la segunda isla y bajamos a tierra. El resto lo hicimos a pie. Desgraciadamente, el distraído Ganesch se había llevado a los portadores de los instrumentos. Sus cargas yacían en el suelo y hubimos de esperar dos horas bajo un sol achicharrante hasta que el empleado de abastos, enviado por mí, volvió con aquellos mozos. Siguiendo por un inconsistente suelo arenoso del borde sur de un bosque de cañaverales atravesamos la isla occidental para franquear a vado el tercer brazo del Sapt-Kosi, de aguas muy someras.

Montamos las tiendas en el lugar donde ya habíamos acampado a la ida, sobre el estuario del Triyuga. Las de la columna estaban ya dispuestas, y Ganesch y Hem gozando de la siesta. Bien podían hacerlo después que, los muy pícaros, habían cargado sobre mis hombros la responsabilidad de la travesía.

Visité a nuestros enfermos, cuyo número había aumentado terriblemente en los dos últimos días; llenaban dos tiendas. Les suministré quinina y luego me dediqué a mis mediciones complementarias. Dentro de la desgracia, era una suerte el que la malaria no hubiese inutilizado hasta entonces a la mayor parte del personal de la caravana. Ahora mi labor científica estaba virtualmente terminada; en todo el trayecto hasta Sirha, que tenía aún por delante, no quedaba ni una solución de continuidad. Utilizaríamos la «gran carretera» que va paralela a la frontera indio-nepalense y podríamos ya efectuar largas etapas, camino de regreso a la capital. Quedaban todavía seis hombres disponibles; todos los demás estaban enfermos e incapaces de andar por su pie. Yo me las arreglé como pude con tres portadores de instrumentos y otros tantos para cargar con la silla.

Al anochecer, la fiebre volvió a atacar a mi criado. Comí mi sopa de pollo, seguramente por centésima vez durante

la expedición, y cuidé de que el *boy* se comiese la carne del ave él solo y sin dejar nada. Ganesch me llamó: —¡Malaria! —gemía. —¡Déme quinina! —. No podía comer. Advertíle de que mientras tomase Plasmoquina y Atebrina la quinina era innecesaria, si no contraproducente, pero el testarudo coronel no me hizo caso y se tragó los medicamentos a la buena de Dios; seguramente pensaba que tomándolos en gran cantidad se aliviaría.

Así pues, el arco del Sursari se había cobrado su gravoso tributo. Me maravillaba que yo fuera uno de los pocos no atacados.

Desde el campamento del lado opuesto había contado, la velada anterior, tres pontones y veinte embarcaciones de otros tipos en el brazo principal del Sapt-Kosi. Los cañaverales incendiados me probaron que aquel activo tráfico continuaba también de noche. Un mar de llamas ondeaba en la orilla Este, en el mismo lugar por donde habíamos cruzado. Otro incendio arreciaba en la orilla occidental, aguas arriba. Y también en la montaña ardía el bosque. Los fuegos, atizados poderosamente por el viento Oeste, iluminaban la oscuridad tan intensamente, que desde gran distancia podían seguirse con la mirada los grupos o individuos, peatones y caballeros, en sus movimientos por las islas y a través del vado del brazo occidental.

* * *

El filósofo Federico Nietzsche escribió estas palabras: «¡Loado sea lo que endurece!». Yo no soy filósofo, sino explorador, y me guardaré muy bien de investigar hasta qué punto aquella sentencia de Nietzsche tiene aplicación a las condiciones del estadista, del pedagogo, del artista, etc. Pero una cosa sé a ciencia cierta: para el explorador es válida como una ley escrita en letras de bronce, y se aplica a todas las cosas, desde las más nimias a las más trascendentales. La cama de campaña es dura y endurece. La mala alimentación endurece; pues el comer y el beber pierden su importancia. El enfermar endurece; pues el médico está lejos. La renuncia a los placeres de la paz burguesa endurece. Y el viento endurece también. Y todos los individuos que integran la expedición de un explorador, que viven con él y con él avanzan, están sujetos en el mismo grado a la ley de la dureza; sin que pueda ser de otro modo, si debe llevarse a término la misión emprendida. Docenas de incidencias me demostraron día tras

día los males que me habría acarreado el desviarme de la « ley », es decir, el mostrarme tolerante con la desidia, la negligencia, la haraganería y la rutina. Cada jornada de descanso, que yo aproveché para mediciones y para recuperación de porteadores y animales, fue veneno para la caravana ; pues el descanso « ablanda » y no endurece, y después de cada uno de aquellos días se notaba una gran relajación en el orden tan difícilmente logrado. Cuando, en dichas ocasiones, salía yo de la tienda dispuesto para la partida, todo el mundo dormía aún, faltaban los elefantes y faltaban el policía, el *sogitar*, Hem y Ganesch.

Tal era el cuadro que ofrecía el campamento del Sapt-Kosi el día 5 de abril cuando, tras una jornada de descanso, me dispuse a seguir con dirección a Yamua (est. 354) ; y era de prever que exactamente el mismo se me ofrecería en Yamua. Si en adelante mi trabajo había de limitarse a colmar vacíos y a efectuar mediciones de comprobación, y si llevaba ya en el bolsillo el resultado fundamental de mi misión en el Morang, no por eso veía motivo para mostrarme indulgente, para aflojar las riendas durante el regreso. ¡Al contrario! El Maharajá me había transmitido la orden, por un correo, de dirigirme con toda la rapidez posible a Amlejgani, donde iniciaría nuevos trabajos. Por consiguiente, no había razón para ceder, y estaba pensando en cómo aplicaría una última « inyección ».

Tras una mirada de despedida a la cinta blancoverdosa del Sapt-Kosi, nos pusimos en movimiento, primero con rumbo Oeste, para tomar luego el S-SO. No resistí mucho rato sobre mi elefante ; caminaba con unas sacudidas tan fuertes, que estimé como mal menor instalarme en la silla de manos y respirar la nube de polvo que la caravana había levantado en la carretera. Al Oeste, a lo lejos, la cumbre del Vandrabhag-Danda, de la cadena del Juria, iba elevándose progresivamente por encima de los vapores de la llanura. Dicha cadena se precipita bruscamente hacia el Sur, mientras por el Norte baja suavemente al valle del Triyuga. Soplaba un viento Este ininterrumpido que parecía prometer lluvia para la tarde. Al atardecer, empero, se puso a soplar del Oeste y en seguida se serenó el cielo.

Ahora yo temía la lluvia. Mi tienda, rota y andrajosa, no me resguardaba ya del agua desde la catástrofe de Anarmuni. Hacía ocho días que Ganesch me estaba prometiendo hacérmela arreglar. En Hanumannagar, por donde pasamos,

habría habido oportunidad de ello, pero nada se hizo. Nadie se preocupaba de mi tienda; por eso, al llegar a Mahuki (estación 338) me dirigí a los dos policías para pedirles que fuesen al pueblo a buscar dos mujeres para remendarla. Pero las mujeres no vinieron; no hubo modo de convencerlas, ni con la promesa de una buena recompensa. Nos tenían miedo. Entonces, los propios policías pusieron manos a la obra y, cosiendo los harapos consiguieron reconstruir el toldo.

Al atardecer, estando en el campamento de Mahuki, trájome un mensajero una carta cuyo contenido me sulfuró en extremo. Su remitente era el viejo secretario del Maharajá. Yendo al encuentro del coronel Ganesch le dije, en presencia de Hem:

—Señores, me escribe el secretario del Maharajá censurándome por haber entrado en la localidad de Bhadrapur, en la frontera este del Nepal, a pesar de que se me había prohibido expresamente hacerlo. Esto no es verdad, pues no nos hemos acercado a más de 5 km. de Bhadrapur. ¿Cómo puede el secretario afirmar semejante inexactitud?

Los dos hombres se quedaron perplejos, sin saber qué responderme. Ganesch dijo al fin:

—Cuando presente mi informe en Katmandu persuadiré al Maharajá de la falsedad de esta afirmación.

A lo que repuse: —Gracias por su buen propósito, pero ¿de qué sirve? ¿Acaso altera los hechos? ¿Esta carta del Gobierno del Nepal, no equivale sencillamente a un voto de censura? El hecho es que el Gobierno del país, y también ustedes, marchan a diferente paso y en dirección opuesta a la mía. Se sospecha de mí, se presta crédito a insinuaciones, sin oirme antes. ¿Y yo qué hago? Trabajar como un caballo enganchado al carro, y en condiciones peores que un caballo. Desde que usted cayó enfermo, coronel Ganesch, he debido valerme de Hem Mufti Bahadur, y el resultado ha sido que he de servir de criada para todo. ¿Qué hace el Gobierno? Sabe que estoy gravemente enfermo y me carga con nuevos trabajos, a pesar de que no he terminado todavía el anterior. Y al mismo tiempo me advierten de la necesidad de no exigir demasiado de los porteadores y de no someterlos a un sobreesfuerzo. ¿Quién es el que efectúa un sobreesfuerzo y es explotado hasta la extenuación sino este bobo de europeo? He llegado a la conclusión de que en los altos lugares no comprenden el sentido y el valor de mi trabajo. Señores, no espero que me den las gracias y soportaré los reproches, pero uste-

des tendrán que apechugar con las consecuencias. La primera, es que desde mañana no me ocuparé de otra cosa sino de las mediciones absolutamente necesarias. La segunda, es que me marcho a la India. Pienso que en un campo de internamiento inglés seré más considerado que en el Nepal. Así que ya lo saben, señores.

La « inyección » hizo reaccionar a Ganesch como un rayo que hubiese caído a sus pies. Aun cuando en el fondo mi amenaza era vana y no afectaba prácticamente a mi programa científico, no quiero pasar por alto que las exigencias que el Gobierno nepalense empezaba a imponerme, iban acumulando poco a poco en mi ánimo una cantidad de materias explosivas que hacían muy dudoso que mi estancia en el Nepal pudiera terminar en paz. Bajo la impresión de estas preocupaciones y del resultado de mi expedición al Morang, registré el 9 de abril en el campamento de Bhagwanpur el siguiente memorandun en mi diario : « Para el Nepal, lo primero era corregir los mapas existentes ; sólo después debía haberse procedido a la medición geomagnética. El segundo paso hubiera sido el cálculo de los valores de la red de estaciones ; de él se habría deducido luego la situación de las zonas de perturbación. Éste habría sido el momento indicado para efectuar las investigaciones especiales, entre las que figuran las mediciones de potencia magnética rotatoria. Los resultados así obtenidos permitirían entonces a los ingenieros dedicarse con ciertas posibilidades de éxito a la busca de yacimientos metalíferos y de petróleo. Tal era el largo camino que yo había aconsejado al Gobierno del Nepal, pero en su impaciencia no quiso escucharme y echó por otros derroteros. Quería y sigue queriendo entrar cuanto antes en posesión de sus presuntas riquezas minerales. Como no soy mago, me será imposible satisfacer los deseos del Nepal. Por esto creo que lo más indicado, una vez haya terminado la empresa del Morang, será rechazar toda nueva proposición y abandonar el país con mis ayudantes ».

Aquella noche llegó la orden escrita del Maharajá de que, en el regreso a Amlejgani, nos mantuviésemos estrictamente a tres millas por lo menos de la frontera. Aquella orden, dictada por el temor a un conflicto, nos apartaba de la carretera, obligando a los elefantes y a la columna rodada a efectuar grandes rodeos y fatigosas marchas campo a través. Pero no había más remedio que obedecer.

Durante los días siguientes Ganesch me prodigó las mayores atenciones, mostrándose servicial y complaciente en grado extremo. Estaba completamente cambiado. Cada velada me venía con nuevas proposiciones y me administraba «píldoras de reconciliación». Por ejemplo, pensaba pedir al Maharajá que me enviase, a expensas del Nepal, a la India para someterme a un tratamiento; que se me honrase por mis méritos científicos.

—Mi querido coronel —interrumpíle —. Esto ya me lo dejó entrever el Maharajá, pero desde el principio decliné toda recompensa de este tipo.

Ganesch, impertérrito: —Informaré al Maharajá de todas las anomalías ocurridas en el curso de la expedición.

—¿Incluso de las ocurridas por culpa de usted?

—No seré indulgente conmigo. Y pondré en evidencia a los charlatanes que metieron en la cabeza de Su Alteza ideas fantásticas sobre la riqueza de nuestro país en petróleo y oro, y no descansaré hasta haber persuadido al Maharajá de la verdad y el desinterés de sus investigaciones. En calidad de geólogo oficial, le demostraré que el camino de la exploración geomagnética por usted señalado, es el único acertado y el que debe seguirse.

Jamás había oído palabras tan amables de labios de Ganesch. De verdad que sonaban agradablemente. Sólo que me faltaba la fe. «El milagro es el hijo predilecto de la fe». En toda la expedición, Ganesch me había quedado a deber el milagro de su capacidad humana y científica.

10 abril 1940. Marcha extenuante, bajo un calor tórrido, con destino a Dhauripatti (1) por Jogsi. El coronel Ganesch, con el resto de la columna, no llegó al campamento hasta la tarde. Todos los carros transportaban hombres enfermos de fiebres. La entrada del coronel parecía la de un convoy de heridos que, terminado el combate, son conducidos al puesto sanitario. La disminución de elementos de trabajo pesaba sobre los sanos y se hacía cada vez más sensible, incluso para mí. Las temperaturas, cada día más elevadas, me hacían ya de por sí difíciles los trabajos de medición. Pero encima tenía que acudir a todo, ayudar en la carga y descarga del equipaje, atender al cuidado de hombres y animales, ocuparme de los enfermos, etc. La voluntad era todavía de hierro, pero ignoraba hasta cuándo podría resistir aquel esfuerzo;

(1) Al norte de Aurahi (est. 816).

sentía que las fuerzas cedían. Sí, mis energías declinaban rápidamente.

Poco después de la puesta del sol llenóse el campamento de serpientes de agua de uno a dos metros de longitud y gruesas como la muñeca, verdes, que salían en número inagotable de un estanque cercano. Al poco rato, incluso mi tienda estaba llena de ellas ; se paseaban por la mesa, los cofres y la cama. Hasta medianoche no se retiraron los intrusos reptiles.

Las marchas se hacían cada día con mayor lentitud ; faltaba gente e incluso los portadores de la silla hubieron de renunciar al relevo. Por desgracia, aquellos hombres debilitados dejaban caer con frecuencia, al avanzar por el pésimo camino, las varas que sostenían la silla, y yo me caía al suelo, afortunadamente con tanta suavidad que no sufrían ningún desperfecto los cronómetros que llevaba en el cinturón.

Acampamos junto al estanque de Sirha, en la estación 315-732. Al este del lugar levantábanse dos altas chimeneas de plancha de acero, de las cuales oscuros penachos de humo ascendían y se disipaban en el aire saturado de polvo. Trabajaba allí una tejería que extraía su primera materia de un gran montículo de arcilla cercano. Como hasta la tarde estuvo soplando un fuerte viento de levante, prohibí encender fuego ; no quería exponerme al peligro de que las chispas desprendidas incendiasen los tejados de paja de las casas de la localidad, reduciendo ésta a un montón de cenizas. Hacia las 3 calmó el viento y entonces pudo el cocinero dedicarse a su trabajo. En un momento se vio rodeado de innúmeros perros hambrientos.

Ahora soplaba todos los días, hasta cerca de las doce, un intenso viento del Este, por la tarde sustituído por otro de igual fuerza del Oeste. El último solía soplar a ráfagas, a veces de gran violencia.

Diversos incendios que estallaron en varios lugares y que en pocos instantes destruyeron la labor de meses, pusieron en evidencia la necesidad de observar grandes precauciones con el fuego, a fines de la estación seca. Mientras acampábamos junto a los tres pozos de Madwa (1) (est. 735), de repente se enrojeció el cielo al Norte. A 3 km. del lugar, una granja era pasto de las llamas. Con mayor rapidez de la que puede alcanzar un hombre corriendo, el incendio se

(1) Llamada también Madewa y Murewa.

propagó por los juncales y las matas de bambú, y a los pocos minutos todo el pueblo ardía. El fuerte viento Oeste proyectaba haces de chispas.

Al anochecer vino a verme el coronel Ganesch para llamarme la atención sobre el hecho de que había comenzado la temporada del cólera. Era un punto importante, que exigía precauciones. Ya el Dr. Paul, de Yudha-Bazar, me había informado de que en abril esta peste suele aparecer en Morang, particularmente en las aguadas poco limpias. Por consiguiente, dí las siguientes órdenes: En adelante, sólo se bebería agua hervida. Por precaución contra el fuego y el cólera, los campamentos no se montarían a menos de 200 m. de un poblado. Antes de partir se apagarían cuidadosamente con agua todas las hogueras y montones de cenizas. Las vasijas destinadas a contener agua se mantendrían rigurosamente limpias.

Como no podía estar continuamente detrás de los hombres haciendo de policía, mis instrucciones se cumplían con mucha desidia. Nadie se interesaba por la higiene. Mi cocinero se encogía despectivamente de hombros cuando yo le exhortaba a fregar con agua muy caliente los platos y cubiertos; pero tuvo que acostumbrarse. Cierto que le cogí luego secando los utensilios lavados con un trapo mal oliente y mugriento.

En el camino de Benga (est. 739), que pasaba por una llanura, en parte, empantanada, y en parte, cultivada y bien irrigada, vi campesinos que, sirviéndose de instalaciones muy simples, elevaban el agua de los canalículos a los campos, situados a mayor altura. Son unas palancas de madera que giran alrededor de unos ejes horizontales. Uno de los brazos presenta una concavidad para recoger el agua, el otro lleva un contrapeso. El campesino hunde el primero en el canal y levantando el recipiente lleno, el agua fluye por el hueco del madero y se vierte en el campo.

Durante la marcha, el personal manifestaba una alegría desacostumbrada. No se hablaba de otra cosa que de la grandiosa «fiesta de tres días» en Yanakpur, a donde llegaríamos a tiempo. Decíase que a aquella fiesta acudían rajás y maharajás, y un gentío de 40 000 personas, llegadas la mayoría de la India; el templo no podía abarcar la totalidad de fieles. No quise aguar la esperanza de la gente, aunque sí les aguaría la fiesta misma, pues Yanakpur no figuraba ya en mi itinerario. Con caras largas pasó la columna al norte del lugar de sus sueños, y su dolor volvió a avivarse cuando nuestro

sendero cruzó una carretera polvorienta y llena de baches por la que corrían en aquel momento dos destartalados autobuses abarrotados de hombres borrachos y chillonas mujeres. Iban a la fiesta de los tres días. «¡Qué suerte tienen!», suspiró incluso mi *boy*.

No estaba yo para fiestas. Seguía preocupándome la carta de Maritsi, el secretario particular del Maharajá. Y cuando más pensaba en ella más en serio me la tomaba. Mi conciencia europea se rebelaba, y al fin me decidí a escribir unas líneas en una hoja de papel y lo entregué al coronel, rogándole enviase un mensajero a Sirha, a cursar el telegrama. Ganesch leyó el texto en voz alta: «Maritsi-Katmandu. Please lay before His Highness my request to quit the service. Filchner». (1). Al coronel no le salían las palabras de la boca. Estuvo importunándome largo rato, pero yo no quise atender a sus razones. Algunas semanas más tarde supe que no había expedido el telegrama.

Durante toda la noche estuvieron pasando por delante del campamento hombres, mujeres y niños, rezando o cantando. Algunos grupos llevaban banda de música. Bajaban de las montañas, cargados con cestos, fardos y sacos llenos de ropas, hortalizas, fruta, repostería y cuerdas. También pasaban carros, transportando mostradores desmontables. Más de una docena de mujeres arrastraban los vehículos, tirando de cuerdas. Todo el mundo se dirigía a Yanakpur, la tentadora ciudad de la fiesta.

Durante la etapa siguiente conté cuatro pueblos ardiendo. Una muchacha que recogía musgo al borde del camino echó a huir, asustada; no había visto aún elefantes en toda su vida

El 16 de abril salimos con dirección a Sangrampur, en el Rato (est. 746), por una buena carretera dotada de sólidos puentes. Nos habían recomendado aquel rodeo porque la zona fronteriza del Sur, era impracticable para carros y elefantes. En ciertos trechos, muy pantanosa, incluso los peatones se hundían en el barro hasta los muslos. Cruzamos una línea férrea de vía estrecha muy bien construída y cimentada; servía principalmente al transporte del arroz.

Sangrampur es el pueblo de los fabricantes de hornos. Hay allí una tejería donde se cuecen hornos de arcilla por el procedimiento siguiente: se clavan verticalmente en el suelo

(1) «Maritsi-Katmandu. Sírvase transmitir a Su Alteza mi petición de dejar el servicio. Filchner».

troncos de árboles, a cuyo alrededor se adhiere la arcilla que luego se endurece cociéndola con fuego de leña.

Entre el Rato y el Madha estuvimos buscando en vano el pueblo de Inarwa (est. 747). Aparte de un pozo, nada quedaba de él. Los habitantes lo habían abandonado algunos años atrás, pues no podían vivir de los míseros productos del suelo.

Mientras me hallaba en el campamento de Beuria, a orillas del Madha, efectuando cálculos de comprobación (número 749), levantóse un viento Sudoeste que pronto adquirió intensidad de tormenta. Llevóse la pantalla con que yo protegía contra los ardores del sol el nivel de agua y el termómetro, y barrió de la mesa de observación las hojas de papel y los instrumentos, por lo que hube de llamar a un policía que cuidó de recoger y devolverme los objetos arrebatados por el viento. La borrasca adquiría mayor fuerza por momentos, hasta el punto de que tuve que recabar la ayuda de mi criado, el cocinero y un soldado. Mientras dos hombres sostenían la mesa, el tercero se colocaba delante del termómetro para hacerle sombra. Entretanto, los individuos de la caravana, que no dormían, estábanse sentados en torno, siguiendo nuestras operaciones con rostros en que se reflejaba una indiferencia total. Nunca se les habría ocurrido la idea de echarme una mano, ni al ver que mis preciosos instrumentos se iban al diablo. Se reían incluso de que aquel tonto de europeo se empeñase en efectuar su medición, a pesar de la tempestad. La orden del suboficial de acudir en mi ayuda no consiguió sacarlos de su impasibilidad.

No quiero decir con esto que aquellos haraganes se hubiesen confabulado contra mí y practicasen la resistencia pasiva. Simplemente obraban de acuerdo con su modo de ser. No eran, ni mucho menos, una clase social unida contra el importuno europeo ; entre ellos no reinaba armonía, se observaban y espiaban recíprocamente, todos los días había peleas y refriegas entre ellos, principalmente por causa de las cargas asignadas a cada cual. El día de la salida de Katmandu, el equipaje había sido distribuído de manera que todos los coolíes llevaran igual peso. Luego, en ruta, el uso y el consumo perturbaron el equilibrio, y los que se quedaban con más carga se quejaban, y con razón, de sus compañeros más favorecidos, Ganesch, Hem y los empleados de abastos, responsables del transporte, preferían contemplar cómo los hombres discutían y se aporreaban, a arreglar, con muy poco esfuerzo, aquella causa de divergencias.

Llegaron al campamento de Beuria dos nuevos elefantes hembras ; su presencia fue para mí la alegría después de la tempestad. Mi doncella, de tan bruscos andares, fue relevada y me apresuré a probar la nueva montando en ella sin la *howdah*. Era estupenda ; volví a sentirme muy bien instalado. La otra hembra, un animal enorme al que habían recortado los largos colmillos, tenía un genio endiablado ; de todos los elefantes que se sucedieron en nuestra expedición, fue el único que me manifestó siempre hostilidad. Esplicóme su cornaca que años atrás el animal se había herido entre los ojos ; desde entonces nunca más había estado bien de la cabeza. Dijo que con aquella « mujer » había que andar siempre con gran cuidado, observándola continuamente para guardarse de sus súbitas acometidas. Quien, huyendo del animal, tenía la desgracia de caerse, estaba perdido, pues aquello despertaba en la bestia una ira furiosa. Con ojos en los que centelleaba el odio por los seres humanos, se lanzaba contra el fugitivo y lo pisoteaba y aplastaba.

—¿Cuántas veces ha ocurrido esto? —pregunté al cornaca con comprensible curiosidad.

—Desde que está a mi cuidado, cuatro —respondió el mozo.

¡Vaya compañía agradable nos había tocado!

Como parecía prepararse otra tempestad para la noche, mandé desmontar las tiendas para volver a instalarlas a 200 m. al este del lecho del Madha, bajo la protección de unos viejos árboles. No hubo tormenta, pero en cambio tuve un ataque nefrítico que me costó una noche dolorosa e insomne. A la mañana tuve que hacer un gran esfuerzo para levantarme y escuchar las señales horarias. Me desplomé, y para superar aquel estado de debilidad tuve que permanecer otras tres horas acostado. Ganesch vino a verme. Por la mañana se había dedicado a pagar indemnizaciones a una serie de aldeanos, por los daños que los elefantes habían causado en sus arrozales en el trayecto de Beuria. Díjome el coronel que había expedido mi telegrama al secretario Maritsi. Dediqué la tarde a reparar la deteriorada pantalla, bebiendo entretanto, por razones medicinales, una copiosa cantidad de agua, llena de polvo y arena, arrastrados por el viento a la cisterna. Anoté el 17 de abril: «de 7 a 9, intenso viento Este; a mediodía, calma; por la tarde, brisa de Sudoeste; después, de Oeste».

Desde Beuria salimos para Magarthana [1] y a partir de esta localidad seguimos la línea telefónica por una llanura

[1] Antigua estación 293.

cultivada, en la que se veían pocas aldeas, pero bastantes granjas dispersas. Pasamos junto a un depósito de agua cuadrangular o cuadrado, de un tipo muy abundante en Morang, construídos a veces a bastante distancia de las viviendas humanas. A unos metros del camino vi un pájaro de color oscuro; parecía una gran golondrina, con una cola larguísima. No creo que formase parte de ninguna bandada, pues vi otras de su especie solitarias en los postes telefónicos o posadas en cañas, pero sólo en aquella comarca y en ninguna otra del Terai. El animal no se mostró asustado, sino más bien indiferente y retraído.

Siguiendo por linderos de campos llegamos al pueblo de Harpur (est. 750), de forma alargada, y cuyo tercio meridional había sido destruído por un incendio tres días antes. Un millar de chozas de bambú recubierto de tierra y barro habían sido pasto de las llamas, y en el siniestro habían muerto un hombre y varias ovejas y perros. Atravesamos aquel montón de escombros, del que sobresalían aún vigas carbonizadas, testimonio del siniestro, y luego indiqué para la próxima meta la localidad de Chandragani. En aquella región pude observar muchachitas que llevaban un gran anillo de metal en la ventanilla derecha de la nariz; bonito adorno, pero muy incómodo para sonarse y en caso de resfriado.

El *sogitar* erró el camino y en vez de guiarnos a Chandragani nos llevó a la frontera india. Yo me di cuenta a tiempo del desdichado error, a un kilómetro apenas de línea limítrofe, e hice que la caravana tomase rumbo Norte. Según el mapa, Chandragani debía estar completamente rodeado de selva, pero en realidad se hallaba en plena llanura abierta; todo el bosque al sur del camino de Babargani a Saknaha había sido talado, y el arbolado que bordeaba el llano por el Norte era tan claro y espaciado, que no merecía el nombre de bosque. Unos campesinos ocupados pescando con redes en unas charcas, nos indicaron un camino carretero que, por fin, nos condujo a nuestro objetivo. Chandragani (estación 752) estaba en gran parte abandonado; era un foco de paludismo, el agua de las cisternas era mala y llena de arena, y toda clase de bichos invadían las viviendas. Acampamos al borde de un estanque cubierto de cañaverales, en cuyas llanas orillas tomaban el sol los cocodrilos. Los indígenas consideran su carne un plato finísimo, y es de suponer que exista reciprocidad en este punto.

La madrugada del 19 de abril, a las 4,45 h. partimos de Chandragani, iniciando por un camino muy transitado la nueva etapa, Sisautia-Manharwa. A lo largo de la carretera, por ambos lados, habían plantado arbolillos a intervalos de 50 m., protegiendo los troncos con una especie de cestos de bambú, para evitar que los devorasen los animales selváticos. Nos cruzamos con transportes de madera que se dirigían a la India; iban los carros cargados de pesadas vigas de maderas nobles de sección cuadrangular, y sólo con esfuerzo enorme podían avanzar por el camino, a trechos dividido en nueve o diez senderos. En las cercanías de Sundarpur (est. 756) atravesamos un afluente del Lajandai, el Toengra, de aguas límpidas y rápidas, y poco después el propio Lajandai, perezoso y turbio, por una garganta de 5 m. de profundidad. Siguiendo unos linderos llegamos al borde oriental de Sisautia-Manharwa y nos instalamos en un campo (estación 757). Sisautia es una localidad rival de Sangrampur; también aquí hay una ladrillería y fábricas de hornos, reconocibles por los troncos carbonizados hundidos en el suelo. En las proximidades de estos tejares, los incendios son frecuentes y crónicos. Los moradores de Sisautia-Manharwa me contaron con alegre desenfado que diecisiete días antes el fuego había destruído las tres cuartas partes del pueblo.

—Aquí, todos los años se quema una parte del lugar, a veces todo entero. ¡Ya estamos acostumbrados!

Del último incendio apenas quedaban huellas; los activos aldeanos habían iniciado la reconstrucción de sus chozas inmediatamente después de ocurrida la desgracia. La fábrica de hornos también trabajaba de nuevo. Mientras estaba hablando con aquella gente, otro lugar a 3 km. del campamento empezó a arder, y en el transcurso de dos horas sufrieron igual suerte dos aldeas situadas a Nordeste. Al anochecer, todo el sector estaba envuelto en humo. Por la noche sopló un vientecillo suave y las estrellas brillaron con todo su esplendor.

Durante la noche fugóse nuestro *sogitar*, el mejor que habíamos tenido hasta entonces, por lo que hubimos de arreglárnoslas para dar con el camino de Gamaria. Atravesamos campos y lindes y suelos roturados donde los carros se hundían y habían de ser desatascados con caballerías suplementarias. Luego nos encontramos nuevamente en «ta-lus», caminos divididos en 20 ó 30 senderos paralelos de tierra apisonada, y cruzamos por grandes extensiones incultas, cu-

biertas de una hierba corta y parda, como la que crece en las altiplanicies del Tibet. Al este de Dhankol pasamos el Manusmara, de aguas claras y relativamente profundas. Más arriba del vado había un embarcadero de maderas, donde trabajaban unos obreros en estibar troncos de especies nobles que habían sido acarreados hasta allí en balsas, procedentes de los bosques del Norte. Otros cortaban los troncos en vigas cuadrangulares de 6 a 8 m. de longitud y de 30 a 40 cm. de sección. Del depósito se cargaban las vigas en carretas de bueyes para ser transportadas por tierra a la India.

Reclutamos allí un nuevo guía. El hombre se resistía a acompañarnos y por dos o tres veces intentó escapar, por lo que el policía no lo perdía de vista. En un cruce de caminos próximo efectué la medición número 759. Como caía una lluvia un tanto borrascosa, instalé mi aparato bajo un cobertizo; el eje de hierro de un carro perturbaba mis operaciones, por lo que mandé a unos porteadores que lo llevaran fuera del área de influencia del imán. Pero ¿qué hicieron aquellos zoquetes? Dieron la vuelta a la barraca y lo dejaron en el extremo opuesto, con lo cual la parte metálica quedó exactamente a igual distancia que antes. En cuatro meses no habían aprendido nada.

A las 9 de la mañana del 20 de abril cruzamos el Bagmati, pero antes hubo que buscar el vado. El río, de 40 m. de ancho y 80 cm. de profundidad, corría por un suelo arenoso duro; en todos los demás sitios lo hacía por un lecho tan hondo y de arena tan inconsistente, que los carros y elefantes se hubieran hundido y perdido sin remedio. Allende el río encontramos una llanura arenosa, con escasa vegetación herbácea que, pasado el Chani, cedió el lugar a tierras cultivadas, pintorescamente salpicadas de bosquecillos de bambú. Así llegamos a mediodía al objetivo de la jornada: Gamaria. Descanso e instalación del campamento junto a un pequeño templo (est. 763). Cosa rara, en Gamaria vivían varias familias mahometanas.

Terminada la medición tuve que acostarme en seguida. Tenía fuerte calentura y me dolían los riñones. Me dominaban una fatiga y una apatía indecibles. Sabía muy bien lo que me hacía falta: tres meses de veraneo en la Selva Negra, por ejemplo. O también me habría servido un campo de internamiento del norte de la India. Estaba al cabo de mis energías; las sentía escapar de mi cuerpo, como la sangre en una hemorra-

gia. Me había sobrecargado de trabajo y por un exaltado sentimiento del deber y de orgullo, no había querido manifestar el menor síntoma de desfallecimiento. De día en día había ido aumentando el peso de mis obligaciones. Dormía mal desde hacía semanas, y desde hacía semanas me había limitado a una dieta ridícula para un hombre adulto, con la esperanza de sujetar con ello los riñones. Me había desnutrido y agotado. Y ahora teníamos que dirigirnos a Amlejgani a marchas forzadas. ¡Medir y marchar, medir y marchar!

Al anochecer, el coronel Ganesch vino a mi tienda. Yo estaba tan aletargado, que apenas le conocí. Dijo:

—Hasta Amlejgani están preparados los suministros en todos los pueblos por donde hemos de pasar. O sea, que no podemos perder un solo día; hay que partir mañana sin falta.

¿Qué significaba aquello? Quedéme un instante mudo, pero en seguida le repliqué, sulfurado:

—Coronel, hoy me siento demasiado débil para contestarle en detalle. Si le he comprendido bien, usted, y con usted el Gobierno de su país, pretenden dictarme el ritmo a que debo realizar mi trabajo, aun sin tener la menor idea del tiempo que exigen mis investigaciones y mediciones. ¡Sólo esto faltaba! En el Morang Oriental usted y los suyos me acosaban e importunaban para que procediese con calma y no atropellase al personal de la caravana. ¿Y ahora, camino de regreso, sabiendo que estoy enfermo, me vienen con prisas? ¿Se han propuesto matarme?

El coronel hizo un gesto de protesta, pero yo, sin dejarle hablar, proseguí:

—Protestaré ante el Maharajá de que se trate a un huésped de su país con tan manifiesta desconsideración, por no decir crueldad. Le ruego que me deje solo.

El hombre se retiró, pero había emponzoñado mi reposo para toda la noche. Incluso mi criado, que había estado presente a la entrevista, se daba cuenta del bárbaro proceder de aquellas gentes.

—¡Los indios no obraríamos así! —dijo.

—¿Que? —escapóseme —. ¿No te parece bien?

—No, *sir* —replicó el muchacho —. Esto sólo puede defenderlo quien nunca aprendió a trabajar ni necesita hacerlo.

El drama tuvo un epílogo al día siguiente. A medianoche empezaron a soplar ráfagas de un viento huracanado; estalló una tempestad desatada, y abriéronse de par en par las esclusas del cielo. Casi todas las tiendas fueron derribadas,

el agua lo inundó todo y los hombres de la columna echaron a correr en busca de cobijo en algunas chozas sólidas del pueblo. Mi *boy* pudo cazar a dos portadores de instrumentos, y entre los seis brazos consiguieron sostener la tienda el tiempo necesario para que yo pudiera vestirme más o menos completamente. Luego, la caja de los cronómetros bajo el brazo, chapoteando por el suelo fangoso del campo, me encaminé a Gamaria, donde me refugié en un establo de bueyes. Entre las mugientes reses descubrí a Hem y cuatro soldados. Una vaca apretó contra mí su cuerpo caliente, asustada por los relámpagos que, casi sin interrupción, iluminaban el recinto como en pleno día.

Hacia las 4 de la madrugada cesó la lluvia y yo volví a mi desplomada tienda. Sentándome en la cama enrollada, hice inventario de mis efectos. El viento se había llevado una carpeta con dibujos, cálculos y el carnet de notas del *boy*. Envié a tres gurjas en su busca, siguiendo la trayectoria de la tempestad, y al poco rato volvieron con el botín completo. El viento había arrastrado los papeles hasta el borde del pueblo, donde habían quedado adheridos a las paredes de bambú de las chozas. Fue una suerte inesperada.

Como por milagro, después de aquella tormenta me encontré reanimado, valiente y sin temperatura. La terrible fatiga había desaparecido. ¡Adelante pues! Poco más o menos era la hora ordinaria de la partida, las 5 de la mañana. Envié a buscar a los hombres que se habían quedado en el pueblo y di orden de « desayuno ». Pronto estuvieron preparados el té y el arroz. Al salir mi criado de la tienda, presentóse el señor Ganesch Bahadur, y yo me di cuenta en seguida de lo que le traía: el mal tiempo le había quitado las ganas de viajar.

—Sólo podemos aventurarnos a partir si durante las próximas horas no vuelve a llover. La carretera se convertiría en un lodazal sin fondo, donde la caravana quedaría atascada. Así, pues, propongo un día de descanso.

Yo le respondí, asombrado: —¿Con qué me sale ahora, coronel? Así, ¿no tiene importancia ya el que perdamos un día, sólo porque ha llovido y se nos podrían pegar las botas al suelo? Cuando anoche yo me encontraba cansado de muerte y seriamente enfermo en cama, usted no quiso saber nada de demoras. Me requirió categóricamente a forzar la marcha. Bien, señor Ganesch, he tomado a pecho sus palabras. ¡Adelante a pesar del barro! Salimos dentro de veinte minutos. ¡Buenos días!

Nos dirigimos a Sripur, con rumbo Norte y a través de lodazales y charcos. A mi espalda oía las maldiciones e improperios que soltaba el coronel, a manera de canto matinal. No volvió a llover, las nubes se disiparon, lució el sol y en ninguna parte hubimos de luchar con el barro. A las diez llegamos al lecho arenoso del Lal Bakya, de 420 m. de anchura. Varios hombres se bañaban en el río mientras unas mujeres recogían agua en grandes cubos cilíndricos de latón. Tuve la impresión de que también aquí el curso del río se había desviado un kilómetro hacia Oeste desde la época del trazado del mapa, aunque sólo en algunos trechos.

Cruzamos tres brazos del Anruwa, luego una extensión de jungla baja y después, en una amplia pradera, nos encontramos al extremo sur de Sripur (est. 767). Por la mañana había yo hecho el valiente, y ahora tuve que pagarlo. Otra vez me acometió aquella extenuación de la víspera. Dejé la medición con el teodolito grande ; no me sentía en condiciones para el trabajo. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para realizar las mediciones con la balanza e instalar la antena. La clara recepción de Moscú me recompensó el esfuerzo.

A mediodía me hallaba en la tienda anotando mis observaciones y registrando cifras, cuando de repente se produjo la crisis. En unos minutos todos los demonios del Terai invadieron mi cuerpo : escalofríos, fiebre, vómitos, disentería, ¡todo a la vez y con furia! Con acertada previsión, al llegar al campamento había mandado cavar un hoyo detrás de la tienda. Me sentía incapaz de dar un paso sin asistencia. Apoyado fuertemente en mi *boy* me arrastraba hasta el WC. natural y volvía, y esto una vez y otra y otra... Sentía en las venas como plomo fundido, y luego los terribles dolores nefríticos. Los intervalos de reposo eran brevísimos. Una vez me contó un individuo con todo detalle cómo, en un hospital de sangre, le habían amputado una pierna sin anestesiarlo. Peor que lo mío no pudo ser aquella operación ; en todo caso fue más breve. Revolcábame, gimiendo y rechinando de dientes bajo el dolor rabioso, y sólo deseaba que todo terminase lo antes posible. Empecé a sudar. Mi *boy* me aplicaba paños fríos a la frente. Temiendo que me muriese, salió corriendo en busca del coronel. Tampoco yo creía salir de aquel acceso, y, sin embargo, el abominable cólico se fue calmando. Volvió el chico : la escolta le había impedido entrar en la tienda del coronel porque éste, cansado, había dado orden de que no se

le despertase de su siesta. Cuando Hem y Ganesch, ya despiertos, acudieron a verme al anochecer, yo estaba de nuevo en condiciones de conferenciar con ellos.

* * *

A pasos agigantados nos acercábamos al punto terminal, Amlejgani. En Sunapur (est. 768) presentáronse dos tipos nuevos, un *sogitar* y un policía, vestido aquél con chaqueta azul oscura y turbante negro, y llevando en la mano un bastón adornado con anillos de latón; el policía llevaba zapato bajo, *jukri* y una gorra negra que le venía demasiado pequeña; parecía un matarife del Stock-Yard de Chicago. El guía nos condujo a Simra por una carretera muy singular: era buena y lo bastante ancha para automóviles, y, sin embargo, no era utilizable por estar cortada en muchos sitios por zanjas transversales de un metro de anchura y otro tanto de profundidad. Seguramente estas interrupciones, tan molestas para el tránsito rodado, eran conducciones de agua de riego, pero tenían el aire de destrucciones estratégicas.

Llegué con el grupo técnico al campamento del Sakti-Mohar, en las cercanías de Ramnagar (est. 770), mucho antes que la columna. Cuando los elefantes y el resto de la caravana se acercaban avanzando penosamente, vi que los hombres llevaban grabadas en sus personas las señales de las fatigas vividas por la expedición, las marcas de la fiebre, el terror del fantasma del cólera. Realmente, no podíamos seguir una hora más en aquel emponzoñado Terai. Entre los muchos enemigos de menor consideración que nos habían estado amargando la vida en Morang, se contaban las hormigas rojas. Son grandes, muerden y, al luchar y defenderse, segregan un líquido cáustico. Atacan a otras hormigas más pequeñas, negras, las hacen prisioneras y se las llevan a su «fortaleza», un nido uniforme, de unos 35 cm. de largo y con frecuencia 15 cm. de espesor, que cuelgan de los árboles. Nuestros gurjas descubrieron uno en la rama de un árbol, cerca del campamento del Sakti-Mohar. Lo derribaron y quemaron.

El 24 de abril cruzamos el Bagerie y llegamos a Simra, estación del ferrocarril de vía estrecha que une Raxaul con Amlejgani. Además de la línea férrea, pasa también por Simra la principal carretera que comunica la India con Katmandu; por ella debíamos seguir al día siguiente en dirección de Amlejgani. Acampamos al norte de la estación,

cerca de un depósito de agua. Estas construcciones, de piedra, se encuentran a cada 2 km. en el camino de Amlejgani; son una verdadera bendición para hombres y bestias. Los alimentan fuentes que, por medio de conducciones, son derivadas de la montaña. Las cañerías pueden verse en muchos sitios, y en largos trechos siguen la trayectoria de la carretera, aunque su instalación es tan superficial, que quedan al descubierto, y uno se maravilla de que no hayan sido aún reventadas por los vehículos que pasan por encima. Dijéronme que aquel magnífico suministro de agua se debía a la iniciativa de un miembro femenino de la familia real.

Nos rodearon muchos curiosos, que contemplaban cómo mis hombres montaban las tiendas. Los policías tuvieron quehacer, rechazando continuamente a los mirones, mientras yo efectuaba mis cálculos bajo un sol achicharrante. Mi criado no cesaba de dar vueltas alrededor, como un sabueso, prestando particular atención a los hombres provistos de paraguas; Éstos no debían acercarse a más de 50 m. de mi lugar de trabajo, pues las varillas de acero habrían producido perturbaciones en los imanes de mis instrumentos. A pesar de la vigilancia, en un momento de inadvertencia, tres hombres con paraguas se llegaron a 10 m. de mí, y agachándose confortablemente, pusiéronse a observar lo que hacía el europeo. No tuve más remedio que echar a los importunos y repetir la operación. Al fin caí extenuado y hubieron de llevarme a la tienda. Era un nuevo acceso de fiebre y otro cólico nefrítico con todas las manifestaciones del de cuatro días antes. Por lo visto perdí a ratos el conocimiento y debí delirar en inglés, pues cuando me desperté al atardecer, mi criado me informó de que había dicho «cosas raras».

Había llegado un telegrama del secretario del Maharajá: Maritsi me comunicaba, por encargo de su señor, que en cuanto hubiese terminado la empresa del Morang iniciase inmediatamente un nuevo trabajo; explorar Juria-Gati en busca de cobre. Me indignó la gélida frialdad del telegrama, aquel cínico menosprecio o minimización de mi dolencia, aquella descarada crueldad con que se sacrificaba toda mi persona a unos intereses económicos. Mostré el despacho a Ganesch y le dije que dudaba de que el Maharajá y el Gobierno conociesen mi verdadero estado. El coronel me aseguró que estaban debidamente informados y me prometió que en Amlejgani insistiría por teléfono sobre mi situación.

—Entonces añada que no acepto el encargo de Juria-Gati. Y pregunte qué ha sido de mi dimisión.

No creía en el valor cívico del coronel Ganesch. Como a todos los funcionarios del Nepal, el Maharajá le inspiraba un miedo cerval; por esto sólo le comunicaban las buenas noticias y procuraban que las desagradables no llegasen a oídos de Su Alteza. Con respecto a mí, la fórmula debía de ser: «El profesor está bien».

Hasta entonces yo había salido a cabo de todos los obstáculos, y dados los pocos días que faltaban para llegar a Katmandu, tenía que seguir aguantando. Lo dudoso era que en Amlejgani tuviese fuerzas suficientes para efectuar las mediciones finales y de comprobación, muy difíciles y fatigosas.

Cuando el 25 de abril emprendimos la marcha con destino a Amlejgani, era aún noche cerrada. Hacía fresco en la selva, y el viajar de madrugada me era un gran alivio. Cabalgaba sobre el elefante, pero no en la *howdah*, sino sentado en una manta echada sobre el lomo del animal y sujeta con cuerdas. Los elefantes caminaban ligeros; tal vez presintieran que era la «última vuelta». Ganesch había enviado por delante a Hem, hijo, con encargo de preparar la travesía de la sierra.

Nuestro idilio matinal fue bruscamente interrumpido. Llegó de lo lejos un gran estrépito que iba acercándose rápidamente; unos ojos ardientes brillaron en medio del bosque. Un tren pasó veloz y rechinante a poca distancia. Aquel cuadro infundió pavor en mi montura, que no había visto nunca el ferrocarril. Dando un brinco echó a correr selva adentro, hacia un lecho fluvial profundamente entallado. Los hombres que caminaban detrás se pusieron a gritar, horrorizados, profiriendo palabras que no entendí. Yo me agarré con ambas manos a la cuerda que sujetaba la manta, eché el cuerpo hacia atrás, y no pasó nada. Sin tropezar ni caerse, con seguridad admirable, mi doncella bajó al fondo del talud y, después de aquietarse en cuanto hubo cesado el estrépito del tren, volvió a subir a la orilla para, un tanto indignada, proseguir su marcha.

Después de establecer dos estaciones, llegamos a un vasto calvero a 7 km. al norte de Simra; en él estaba la tan suspirada Amlejgani. Toda la columna respiró; fue como si un nuevo latido, una vida nueva entrasen en los cuerpos extenuados y enfermos; se irguieron las cabezas y los ojos brillaron. Todos los miembros de la caravana se da-

ban cuenta de que aquello era el punto final; con las mediciones de comprobación de Amlejgani quedaba cerrado el último eslabón de la cadena geomagnética del Morang. Nos instalamos en el mismo *bungalow* que habíamos ocupado casi cinco meses antes, al principio de la expedición, y yo me dispuse inmediatamente a emprender la primera parte de mi programa.

Hasta mediodía sopló un intenso viento Oeste, pero luego amainó, por fortuna; pues ya a la primera medición vi que estaban rotos los finísimos hilos de platino del estuche de oscilación y del declinatorio de los que colgaban los imanes. ¡Qué mala pata, justamente al término de la expedición! El desperfecto, debido sin duda al descuido de los porteadores, había de ser reparado a toda prisa, pues sólo en una atmósfera completamente quieta era posible colocar un nuevo hilo en el aparato. Para resguardar la tienda del viento, mandé levantar una valla a su alrededor, tapando con piedras y tierra la parte inferior de la lona. Cinco horas pasé agachado en aquel calor bochornoso y húmedo de la tienda. La fatigosa reparación salió bien, y la alegría del éxito me permitió dormir un poco aquella noche. Al día siguiente sopló fuerte viento y no pude hacer nada hasta el atardecer, en que reemprendí el trabajo dentro de la tienda, herméticamente cerrada, a la luz de unas velas. Al cabo de cuatro horas había terminado el resto de las reparaciones.

El 29 de abril, en una atmósfera sofocante y entre ráfagas de viento suave de direcciones variables, terminé las mediciones. Estaba completamente extenuado; me tomé el pulso: sólo cincuenta y cinco pulsaciones. Fiebre, cabeza atontada hipersensibilidad a la luz, sed insaciable, todo indicaba que había pescado aquel peligroso tipo de malaria que es endémica en Morang, y que probablemente sobrevendría la crisis definitiva dentro dos o tres días.

El ministro del Exterior, general Bahadur, llamó por teléfono al coronel Ganesch. Aprovechando la oportunidad, encarecí al coronel mi deseo de que transmitiese mi protesta por tratárseme como a un esclavo del trabajo, a pesar de mi enfermedad. Más tarde, Ganesch me afirmó solemnemente, demasiado solemnemente, que lo había hecho, y el general Bahadur le había prometido elevar mis quejas a su padre el Maharajá. Hasta al cabo de bastante tiempo no supe que todas aquellas protestas de Ganesch eran mentira; que las noticias transmitidas al general eran falsas completamente, y que

había interceptado todos los informes y telegramas que yo había redactado en Morang para el Maharajá.

Hem Mufti Bahadur nos dejó; sus servicios en el curso de la expedición habían sido muy poco valiosos, por lo que no dediqué ni una lágrima a su ausencia. Volvíase a su esfera de actividad propia, la estación ferroviaria de Amlejgani.

Poblaba nuestro *bungalow* una variada colección de molestos insectos: hormigas y otros bichos venenosos. El suboficial de la columna de porteadores fue picado por un escorpión. Mi *boy* encontró en mi cama un ejemplar de un insecto muy feo y ponzoñoso, que se movía como disparado por un resorte abdominal.

30 abril 1940. Dispuestos para la partida a las 5 de la madrugada. Han sido cargados dos camiones, los instrumentos embalados en paja para evitar sacudidas y golpes. Con tiempo magnífico, nos dirigimos rápidamente a Bhimpedi. En el túnel de Juria-Gati estaban dando los últimos toques; el derrumbamiento había sido reparado con cemento y obra de mampostería, y se había instalado luz eléctrica. Habían reducido la altura del túnel, por lo cual ahora sólo podían circular por él coches no excesivamente cargados. También el templete de la entrada Sur había sido sustituído por otro nuevo; sólo el sacerdote era el de antes.

A mitad de la cuesta del fuerte de Chisapani nos sorprendió una tempestad de lluvia y granizo. Quedamos calados hasta los huesos. Las piedras, del tamaño de balas, batían contra mi cazadora de cuero; yo procuraba proteger con los brazos las bolsas del cinturón en las que guardaba los cronómetros. El « ametrallamiento » se iba intensificando progresivamente, y recorrimos a paso ligero los cien últimos metros que nos separaban de los barracones de la fortaleza. Llegué al refugio con alta fiebre y me metí en cama. La noche que siguió fue espantosa.

A la siguiente mañana proseguimos la marcha hacia Kulijani con cielo cubierto. Para remontar el valle del Panoni, utilizamos el « camino invernal », cruzando, por tanto, el río no por el puente colgante, sino más arriba, por una de aquellas primitivas pasarelas naturales hechas de tierra, piedras y haces de ramas que han de ser reconstruídas cada año porque se las llevan las crecidas estivales. En el parador de Marju pasamos la última de las 150 noches que había durado la expedición. El calor era agobiante, y la habitación parecía la sala de calderas de un barco de vapor. Pasé un buen rato

con Ganesch precisando diversos puntos que deseaba hiciese constar en el informe al Maharajá. Una de las cuestiones principales era la relativa al suministro de material cartográfico de la región recorrida, para poder yo registrar los resultados de mis mediciones. Varias veces me repitió el coronel su satisfacción por haberse llevado a buen término la expedición a Morang, e incluso trató varias veces de abrazarme, en la exaltación de su entusiasmo. Yo resistí a sus intentos.

El trayecto final lo salvamos sin incidentes. Los portadores de la silla de manos me llevaron a través del Pequeño Nepal y luego, por el collado de Chandragiri, hasta Thankot. Las pesadas tiendas fueron transportadas en el teleférico y el resto de la impedimenta a hombros de peones hasta Katmandu. A mediodía del 2 de mayo entraba en la capital.

Saludé en el *bungalow* a mis ayudantes, que habían permanecido en Katmandu; estaban en buena salud. La estación registradora del Zoo trabajaba perfectamente. A ella debía yo dedicar las últimas fuerzas que me quedaban: había que efectuar las imprescindibles mediciones finales; llevarían el número 777. Sin ellas toda la labor realizada en Morang sólo habría tenido un valor relativo.

Pero antes se produjo un pequeño accidente. El cuerpo no obedecía ya al espíritu. Revolviéndose contra él, se impuso de tal modo, que no hubo resistencia posible: me desplomé sobre la cama y quedé sumido en la inconsciencia.

IX

Enfermo en Katmandu. — Disonancias. — Salida para la India

Pasé una noche y la mitad de un día sumido en un sueño tan profundo, que mi preocupado amigo Herrmann, constituído en mi guardián y enfermero, temió que de él pasara al definitivo. Por espacio de muchos días me sacudió la fiebre, pero no logró aniquilarme. Pronto distinguí las caras y empecé a hablar con coherencia.

Herrmann me presentó un espejo, en el cual vi un rostro increíblemente demacrado.

—¿Vino algún médico? —pregunté. Herrmann sacudió negativamente la cabeza. Pero luego vino Mani Ram y con él Susma Bahadur, hermano del Maharajá, a informarse de mis deseos y mis quejas. No pude largarle un gran discurso, pero lo que le dije fue suficiente para poner a Susma Bahadur en un estado de gran perplejidad. Ante todo puse en claro el incidente de Bhadrapur, e insistí en que durante toda la expedición no había cometido ni una violación de frontera.

—Cierto que *sogitars* incapaces nos pusieron repetidamente en peligro, pero siempre logré darme cuenta a tiempo y evitarlo. Lo que le digo puede comprobarse examinando los documentos de la expedición y las fotografías de ruta.

Susma Bahadur se inclinó para indicarme que estaba persuadido de la veracidad de mis palabras. Yo proseguí:

—Quiero también que conste que he efectuado en el Morang Oriental el triple de la labor prevista. (Debíase esta circunstancia al deseo particular del Gobierno de que emprendiese mediciones «de malla muy tupida» en las zonas donde se presumía la existencia de petróleo. En general habría bastado con establecer estaciones geomagnéticas a distancias de 13 a 16 km. En cambio, en Morang llegué a trazar cadenas que, entre punto y punto, no distaban más de 1500 m.)

—Por desgracia, he podido comprobar que en Katmandu no despertó el menor interés el hecho de que yo trabajara con todas mis energías. Lo mismo ocurrió con lo que hube de considerar como la misión más elevada y urgente. Se me ha explotado para responder a preguntas y órdenes terminantes, repetidas una y otra vez. Y estas preguntas eran: ¿Dónde hay petróleo y en qué cantidad? ¿Qué yacimientos de oro y de cobre ha descubierto ya? Después de las explicaciones dadas por mí, tales exigencias son incomprensibles. Finalmente he de reconocer que en Katmandu se interesan muy poco, por no decir nada, por mi salud, aun sabiendo que buena parte de ella la he sacrificado por el Nepal. Ésta es la hora que estoy aún sin asistencia médica.

Susma Bahadur se levantó bruscamente Había palidecido y se despidió con estas palabras:

—Voy a informar inmediatamente al Maharajá.

Al anochecer me sentía tan mal, que temí no sobrevivir. Por lo que pudiese ocurrir dicté a Herrmann mis últimas palabras de afecto a mis hijos. Sin embargo, la muerte no quiso de mí; volví a reaccionar. Vino el sueño, cedió la fiebre y por la mañana, cuando por fin se presentó un médico de verdad, tenía la cabeza clara y habían desaparecido los dolores. Era el Dr. Gosh, el médico de cabecera del Maharajá. Me visitó y diagnosticó malaria terciana perniciosa y graves trastornos renales. El Dr. Gosh, bengalí, de 50 años de edad, había estudiado en Londres. Me mandó reposo en cama, extrájome un poco de sangre y me recetó Atebrina y Plasmoquina.

Todavía estaba en casa el médico cuando el Maharajá me envió frutas y refrescos junto con la siguiente comunicación: no había tenido en absoluto conocimiento de mi enfermedad ni se le había informado de la marcha de la expedición. Me deseaba un próximo restablecimiento, sentía vivamente lo ocurrido y me prometía pedir cuentas a determinadas personas.

Fue preciso aplazar las mediciones complementarias en el Zoo y todo el resto del trabajo, tal vez por semanas o incluso meses. Para las primeras se necesitaban dos días seguidos de sol, días que no parecía presagiar el inicio de la estación lluviosa. Así que, paciencia. Mi fiel enfermero Herrmann hizo menos largos mis días de lecho con sus amenos relatos de todas las cosas, grandes y menudas, que habían ocurrido en Katmandu durante mi ausencia. Consignaré una: la de la fuga de los leones del Parque Zoológico, incidente que produjo

viva y prolongada conmoción en los habitantes de la capital. Un día los negligentes celadores del parque se olvidaron de cerrar la puerta de la leonera. Los reyes de la selva, al darse cuenta, salieron a darse un paseíto por el vasto parque, sembrando el espanto por donde aparecían. A los gritos de: «¡Los leones andan sueltos!», los visitantes pusieron pies en polvorosa. ¿Qué hacer? Sacrificaron un carnero y lo echaron en la jaula, y algunos hombres animosos, armados con perchas, hicieron retroceder poco a poco a los fugitivos hasta su domicilio. Los felinos se lanzaron sobre el inesperado banquete y el propio director del Zoo cerró la enrejada puerta. Desde aquel día los visitantes se apretujaban frente a la jaula de las fieras como nunca lo hicieran, echándoles en gran cantidad sabrosos bocados; los buenos leones no comprendían el porqué de tanta generosidad. Herrmann terminó el cuento con esta moraleja: —«Así es recompensado aquél de quien se esperó que hiciese algo que no ha hecho».

El 7 de mayo celebróse la boda de un hijo del Maharajá con la hija del rey de Nepal. Los festejos duraron diez días y repercutieron también sobre nosotros, en forma de obsequios procedentes del banquete de gala. El Maharajá nos envió, por mediación de Mani Ram, un pequeño cargamento de viandas: una caja de whisky, botellas de zumo de naranja, fruta, cajitas de higos, bizcochos, aceitunas, cigarrillos. Al anochecer del último día, 17 de mayo, se celebró en el *maidan* o plaza de armas una gran parada, con fuegos artificiales. A la luz de numerosos y potentes reflectores, los soldados efectuaron maniobras que culminaron en el asalto de un castillo erigido expresamente para la fiesta. Un fuego graneado de piezas de montaña, ametralladoras y fusiles, de diez minutos de duración, cerró el espectáculo. El infernal estrépito llegó hasta nuestro *bungalow*. A aquel final de una boda no carente de importancia política, estuvo presente la corte en pleno y no faltó tampoco una nutrida representación de la embajada británica. Pero no asistieron el Comandante en jefe ni Filchner; uno y otro guardaban cama, atacados de paludismo. El Comandante había regresado enfermo del Terai Occidental. Le envié a su palacio Atebrina y Plasmoquina.

Como no creía curarme en el Nepal, solicité pasar a la India para someterme a una intervención. Un día vino a verme Gunje Man, el jefe del Departamento de Colonización, y me enseñó una carta que el embajador inglés había dirigido al Maharajá: «Mi querido Maharajá: He transmitido sin pér-

dida de tiempo a mi Gobierno la petición de que se permita a Filchner trasladarse a la India para ser operado. Además, por una carta de Filchner a su hija, he sabido que está enfermo de malaria. Pongo a su disposición al médico de la embajada... Su sincero amigo... ». Gunje Man me dejó entrever que el Maharajá deseaba retenerme en el Nepal, por lo que le habría gustado que renunciase a mi viaje a la India. Finalmente, por consideración al prestigio del Nepal, se veía obligado a declinar el ofrecimiento de la intervención del médico de la embajada inglesa.

—Estoy dispuesto a renunciar al médico a condición de que me trate uno del país, pero ¿por qué no puedo ir a la India?

—¡Tal vez no regrese! —observó Gunje Man.

—En este caso les voy a proponer otra cosa. Me queda una verdadera montaña de trabajo y deseo terminarlo. Pero pudiera darse el caso que tuviese que trasladarme a la India en el plazo de 24 horas, para salvar mi vida. Para este caso necesito autorización expresa y escrita del Gobierno.

Aunque pasé aún muchos días en cama con grandes alternativas, ora presa de accesos de fiebre y escalofríos, ora de trastornos intestinales y dolores de riñones, con la postración y debilidad consiguientes, diríase que la gente se había acostumbrado al enfermo, y mi casa se convirtió en una especie de palomar. Los criados y el cocinero venían a importunarme varias veces al día. Presentábase Gunje Man con sus mal disfrazadas pretensiones y, tras él, comparecía Mani Ram, cargado también de informes, comunicaciones y deseos. El Dr. Gosch, que era a quien más necesitaba, tardó varios días en venir. Uno hubo que no se dejó ver en absoluto: el coronel Ganesch. Envió recado de que estaba enfermo, pero lo que le alejaba en realidad era su conciencia. Mani Ram me reveló que Ganesch había estado enviando constantemente al Maharajá, desde el Terai Oriental, informes desfavorables acerca de la expedición y su director. También fue él quien me acusó de haber realizado mediciones en Bhadrapur a pesar de la prohibición existente, y asimismo fueron suyas las impugnaciones de que yo había desmoralizado a la gente al obligarlos a efectuar marchas de 40 km. en una jornada. (Yo había establecido etapas de 25 km. durante los primeros días, reduciéndolas posteriormente a 16 e incluso a 6 km.) A estas evidentes falsedades correspondió el Maharajá despidiendo a su geólogo con las siguientes palabras

en presencia de todos los funcionarios de la corte : —Me callaste la enfermedad de Filchner ; me enviaste informes falsos. Ya no te creo. *You are dishonest* (1). ¡Fuera de mi presencia!

El 14 de mayo mi *boy* fue autorizado a marcharse a su país, Madrás. Había sido para mí un auxiliar solícito y un compañero infatigable. Le pagué y le despedí deseándole un buen viaje.

En cuanto me sentí un poco más animoso me puse a redactar un informe, dirigido al Maharajá, sobre la expedición a Morang. Envuelto en mantas en el balcón del *bungalow*, iba llenando páginas, escribiendo en alemán ; Mani Ram cuidaría de buscar a alguien, por mediación del Gobierno nepalense, que pudiera traducir al inglés el documento. En primer término consideré apropiado, dada mi condición de alemán, utilizar mi lengua materna, y en segundo lugar quería tomar todas las precauciones. El manuscrito tenía carácter científico y, por su termología técnica, exigía una redacción muy precisa y concreta, que no permitiese interpretaciones arbitrarias. El traductor oficial debería responder de su trabajo ; yo no respondería sino del texto alemán. Al tratar de este asunto con Mani Ram me enteré de que en el Nepal debía de haber nueve personas conocedoras de la lengua alemana, algunas de las cuales la habían aprendido en Alemania. Al parecer, el intérprete más capaz era un químico llamado Rana ; lo destinarían a mi servicio. El Dr. Rana, sobrino del Maharajá, estaba cumpliendo el servicio militar y llegaría a Katmandu dentro de unos días.

Durante la última semana de mayo tuvimos buen tiempo. Mandé construir una pilastra en el parque e instalar sobre ella la tienda de observación ; aunque todavía me temblaban las piernas, inicié las mediciones. Me ocuparon cuatro días.

En vez de emplear el tiempo en cuidar de mi salud, al encontrarme algo más fuerte y animoso pensé que no cometería ningún disparate aplazando para un poco más adelante el poner remedio a mi dolencia. Lo que no creía poder diferir por más tiempo era la triangulación magnética del Nepal. En resumen, que descuidé aquel primer problema para ocuparme, al principio sólo teóricamente, del modo de efectuar, el invierno siguiente, la medición geomagnética del país, suponiendo que el Maharajá insistiese en que yo la tomara a mi

(1) «¡Eres falso!». *Dishonest*, que nosotros traduciríamos por «indigno», significa en el Nepal «falso». Es palabra muy corriente en aquel país.

cargo. Así establecí como programa previo la unión de las regiones que había medido ya —valle de Katmandu, Thanthap y Terai Oriental, muy distantes entre sí —en una red única, a base de cadenas en sentido Este-Oeste.

Hallándome sumergido en este bello proyecto salióme el Maharajá con una de aquellas preguntas tantas y tantas veces formuladas. Ya a mi llegada a Katmandu y tras una conversación general celebrada en palacio, aquella idea se había metido en la cabeza del príncipe y arraigado en la corte nepalí; parecía indestructible. Primero sospecha, después creencia, finalmente persuasión e idea fija, aquel pensamiento se interponía constantemente en mis trabajos y preocupaciones; sólo con mi partida me liberaría de él. Presentóse Mani Ram y me dijo:

—El Maharajá desea le informe usted hoy mismo de los lugares del Nepal donde existe petróleo y en qué cantidades. También le ruega le dé su opinión sobre la conveniencia de iniciar negociaciones con una compañía petrolífera.

Me quedé atónito y a la vez desolado ante tamaña —llamémosle— ignorancia. En el informe sobre la expedición había hecho constar de modo bien claro y terminante que sólo una exploración metódica y sistemática podría dilucidar aquel asunto. Ahora comprendía yo con toda claridad lo que no podía entender en las primeras semanas de mi estancia en el Nepal: que el país no se hallaba preparado para afrontar estos difíciles problemas de la Ciencia, ni en condiciones de llevar a cabo investigaciones científicas de un modo serio. La máxima: «al servicio de la Ciencia» nada significaba allí aún y no había de tardar en saber que este lema se me imputaría como acto de sabotaje. Reprocháronme el no haber cumplido mi promesa de descubrir oro y petróleo. Susurraron al oído del Maharajá que aquel europeo, con sus mágicos aparatos, había encontrado indudablemente oro; sólo que no quería decir dónde. Seguramente se guardaba el secreto de los emplazamientos descubiertos para comunicarlos más tarde a los ingenieros y las compañías concesionarias de su país. Con estos disparates se alimentaba la codicia del Gobierno y del Maharajá.

Admito que en algún que otro punto las apariencias hablaban contra mí. Yo no estaba en condiciones de proporcionar cálculos exactos de los resultados de mis mediciones en Thanthap y Morang y, en consecuencia, de entregar al Maharajá mapas con los valores magnéticos de unas 400 esta-

ciones y las curvas correspondientes. Habrían dado al Príncipe una imagen errónea y despertado en él falsas esperanzas, debido a que yo no contaba con los necesarios valores de corrección para los instrumentos. Estos valores se hallaban en Berlín. Pero Berlín quedaba a una distancia inasequible, por causa de la guerra. El informe definitivo, el único válido, sólo Potsdam podía suministrarlo, y para ello había que esperar el fin de las hostilidades.

Después de tantas informaciones y declaraciones categóricas, sólo cabía responder al jefe del Estado con esta frase lapidaria: «Las negociaciones y los trabajos de perforación sólo pueden tener sentido cuando se haya establecido la presencia de petróleo».

Si el príncipe se resignaría a lo inevitable y se daría por satisfecho, cosas eran que yo ignoraba. Pero podían ocurrir incidencias desagradables. ¿Y si trataban de obligarme a entregar todos los resultados de mis observaciones? ¿Y si ofrecían mis mapas con los datos de las mediciones y de las zonas de perturbación a una compañía inglesa? Debía salir al paso de esta contingencia, y así pedí a Mani Ram que comunicase al Maharajá, que en ningún caso me avendría a poner a disposición de una compañía extranjera, para su utilización, unos resultados obtenidos con tanta dificultad, y mucho menos de una potencia adversaria en tiempo de guerra. Seguramente no esperarían de un alemán que contribuyese a reforzar el poder de sus enemigos.

Más tarde Mani Ram me manifestó que el Maharajá seguía teniéndome en excelente concepto y que había escuchado mi declaración con indulgencia, comprensión y «respeto».

A pesar de ello, después de tantas exigencias del Soberano, me decidí a interrumpir momentáneamente mis trabajos sin decir nada y a no solicitar ningún nuevo encargo, esperando a que el propio Maharajá tomase la iniciativa. Para el caso de que éste «renunciase» al *Magnetic Survey*, sólo una respuesta me quedaba: marcharme del Nepal e ingresar en un campo de internamiento.

El 14 de junio de 1940 anunció la radio la caída de París y de Le Havre. Fue la última noticia que oímos del teatro de la guerra, pues el Maharajá ordenó fuesen desmontadas todas las instalaciones radiofónicas del Nepal. El amigo Herrmann quitó, pues, nuestra antena, si bien montó otra interior, para poder recibir las señales horarias.

Aquel mismo día llegó a Katmandu el químico Dr. Rana e inmediatamente se le dieron pruebas para traducir. Mani Ram me trajo la versión y yo la corregí y completé. Era excelente, y pensé que aquel hombre, que debía saber también algo de magnetismo terrestre, me serviría de intérprete con el Maharajá. Por desgracia el Dr. Rana volvió a marcharse a la India con dos semanas de permiso ; iba a contraer matrimonio con la joven doctora jefe del hospital indio de Lucknow.

El 2 y el 3 de julio se celebró una gran fiesta. Por entonces el Maharajá residía en su palacio de verano, frente al Parque Zoológico. Puestos de venta rápidamente instalados, donde se ofrecían al público manjares y golosinas, bordearon la calle principal que conducía desde la ciudad al parque. En la plaza situada delante de la colección zoológica se habían montado tiendas de diversiones.

El Maharajá se había enterado de que yo poseía una pequeña colección de piedras preciosas sintéticas y envió a Mani Ram a pedirme unas cuantas. Le regalé seis rojas. Al día siguiente Mani Ram me las devolvió ; el príncipe las quería de otro color. Las escogí y se las entregué ; luego siguieron otras. Mi complacencia animó al soberano del Nepal a hacerme preguntar si estaría dispuesto a venderle mis instrumentos. Claro que no se efectuó este « negocio ».

El 21 de julio me trajo un gran susto : el diagnóstico del Dr. Gosh. Tras una noche de cólico nefrítico, estaba en cama con dolores en todo el cuerpo, especialmente intensos en la región umbilical, ganas de vomitar y gran postración. Mani Ram fue a buscar al médico del Maharajá con mayor diligencia que de costumbre, y éste declaró que había obstrucción intestinal. Yo sabía lo bastante de Medicina para no ignorar que en tal caso no queda mucho tiempo para reflexiones. El doctor llamó en seguida a Mani Ram para que transmitiese al Maharajá el siguiente « boletín » : « Hallándose actualmente en la India el operador de rayos Roentgen de Katmandu, estimo absolutamente necesario transportar al enfermo lo antes posible a Calcuta para ser visitado e intervenido por un médico especialista. No hay un día que perder. En otro caso declino toda responsabilidad ». A mí me dijo el doctor, muy serio :

— El Maharajá desea tenerle muchos años en Nepal, pero si no se marcha usted en seguida a la India, su deseo no podrá realizarse.

¿Qué sucedió? En las primeras 30 horas, nada absolutamente. A los dos días el Maharajá me mandó decir, por mediación de Mani Ram, que por entonces no podía autorizarme a pasar a la India porque, debido al nerviosismo reinante, los británicos no me permitirían volver a Katmandu. —El Maharajá ha dispuesto que se le haga una radiografía en la estación radiológica del sanatorio antituberculoso y a la vez siga una cura de reposo.

Tal vez la idea era bonita y también el discurso. Pero el sanatorio estaba a 15 km. al norte de la capital, en la falda del valle del Nepal. Además la estación radiológica estaba en la fase de instalación. No parecía que en la corte estuviesen enterados de esta circunstancia. He de confesar que aquello me indignó un poco. Con una radiografía y una cura de reposo no se cura una obstrucción intestinal. Transcurrió el 24 de julio sin que nadie hiciera caso del aviso del médico. Nadie hizo el menor gesto en mi ayuda. Y sin embargo era forzoso hacer algo. Un plátano al día, éste era todo mi alimento. El vientre se me hinchaba. Finalmente al atardecer habló la Naturaleza. La presión y la evacuación se efectuaron por vía normal, y yo respiré.

Presentóse Mani Ram a preguntarme, con aparente interés, cómo me sentía y si estaba en disposición de someterme a los rayos Roentgen.

—¿Dónde? —le pregunté entre dientes, con ira mal reprimida.

—Ha regresado el radiólogo del hospital —replicó el cortesano, impasible —. Vaya usted a verlo.

Aquel proceder era muy poco amistoso. Mani Ram sabía perfectamente que me estaba prohibido consultar a ningún médico sin permiso del Maharajá. En consecuencia, sólo por deber de hospitalidad debiera haberme facilitado un «laissez passer», meterme en un coche y conducirme al hospital. En cambio, todo lo que me decía era: —¡Vaya a verlo!

Y si por un momento hubiese creído que Mani Ram venía para informarse del estado de mi enfermedad, me habría equivocado. El objeto de su visita era pedirme nuevas «piedras preciosas». Por lo visto el propio Mani Ram se iba aficionando a ellas.

Vino a verme el Dr. Rana, de vuelta de su viaje de boda; tendría unos 26 años, y la primera impresión fue de un hombre abierto, simpático, inteligente. Había estudiado en Bombay y hablaba el alemán lenta, pero correctamente; lo leía

a la perfección. Rana fue para mí un auxiliar inapreciable y el mejor de mis amigos nepalíes.

El 4 de agosto, ya avanzada la tarde, el Maharajá estuvo en nuestro jardín, montado en su elefante favorito. Un segundo elefante cargado con los nietos del príncipe y el jefe del gabinete militar se quedó aguardando en la calle. El Maharajá, que utilizaba, en vez de la *howdah*, una cómoda silla de montar, de cuero, primorosamente trabajada, me saludó desde su alta atalaya, preguntóme por mi salud, etc., y luego me dijo que se alegraba de mis informes. —¡Hasta mañana!

Aquella visita, tan encumbrada como inesperada, tuvo siquiera una ventaja: nuestros inútiles criados, tan haraganes como cochinos, se estuvieron haciendo lenguas todo el día del honor que su soberano concedía a un extranjero. Nuestro prestigio volvió a subir, y los bribones nos trataron en adelante con mayores atenciones.

Fui convocado para las 4,30 h. de la tarde del día siguiente para una entrevista en palacio. Mani Ram vino a buscarme en automóvil. A la entrada me recibió el secretario del Maharajá. En la sala de los espejos estaba todo preparado: el Príncipe, su cuñado, un hijo del general Bahadur, el viejo secretario y Rana. Aunque el Maharajá me había visto la víspera, hasta entonces no se dio cuenta de mi delgadez y mal aspecto. Tras un solemne silencio, el Monarca me dirigió un discurso de tonos en extremo cordiales. Diome las gracias por la labor realizada en Morang Oriental y declaró que aprobaba la propuesta que yo formulaba en mi informe. En realidad aquello era un éxito magnífico y sorprendente. Es el caso que, oponiéndome a ciertas corrientes contrarias, había propuesto confiar la exploración de las riquezas minerales del Nepal a la iniciativa de sociedades germanas. Ello tendría seguramente repercusiones deseables para la economía y el comercio alemanes, siempre en el supuesto de que el Reich concertase una buena paz con sus adversarios.

A mi pregunta acerca de nuevos proyectos respondió el Maharajá:

—No soy partidario de que en invierno emprenda usted otro viaje al Morang, tan lleno de dificultades y peligros. Por consiguiente, conviene aplazar para más adelante la expedición al Terai. Ahora nuestra primera preocupación es su salud. Interesa ante todo que usted se cure y restablezca completamente. Al mismo tiempo le recomiendo una misión más sencilla; pienso en Nawakot y Juria Gati.

Tras estas palabras nos agrupamos todos alrededor de la mesa, fueron desplegados mapas de Morang y el Maharajá me dijo, en tono amable pero autoritario:

—Ahora indique todos los lugares donde ha efectuado descubrimientos de importancia.

Empecé con cautela, formulando mis palabras después de pensarlas muy bien. Aquí daré sólo el resumen: mencioné como probables zonas de perturbación la fronteriza al sur del Dense-sal y la de Kanchanpur, no más. El Príncipe se dio por satisfecho. Luego me dirigió algunas preguntas acerca del teatro de la guerra europea. Yo respondí con evasivas. Expresar mi opinión primitiva habría sido una equivocación; ya hacía tiempo que me había dado cuenta de que el viento soplaba de otro punto.

* * *

Mis relaciones con el Dr. Rana me procuraron cierto conocimiento de las interioridades del Estado nepalense y de su política doméstica. Rana se había interesado por mí ante el Maharajá con tanta valentía y nobleza en aquel breve tiempo, que pensé distinguirle con una visita, a cuyo efecto escribíle unas líneas. Al día siguiente vino él y me dijo:

—Por favor renuncie a su amable propósito de ir a visitarme. Por desgracia sería mal visto. La «prohibición» no va contra usted, sino contra mí.

—¿Qué quiere decir? —pregunté asombrado.

—Soy sobrino [1] del Maharajá, y él desconfía de todos sus parientes.

—Pues yo creía que a usted le quería mucho.

Rana movió la cabeza: —¡Quiá! —replicó, con un dejo de tristeza. —Cierto que el Maharajá siente inclinación a darme un buen cargo; tengo fundadas esperanzas de que me nombre consejero suyo y me haga de su séquito, pero no será por afecto. He fundado una familia y quiero vivir. Para servir al Gobierno he pedido un sueldo mensual de 500 rupias. El Maharajá lo encuentra excesivo y me ofrece 150.

—En este caso márchese a la India, sencillamente, llevándose a su esposa. En todas partes podrá ganarse la vida. Quien tan mal se comporta con sus mejores súbitos, no tiene derecho a que éstos le sean fieles.

---

[1] Su abuelo y el padre del Maharajá eran hermanos.

—¡Esto es fácil de decir, señor Profesor! Mi padre es un alto empleado de la corte. Si me marchase del Nepal se vengarían en mis parientes y las puertas de mi país me quedarían cerradas para siempre. Mi mujer es india y trabajaba como médico jefe en el hospital de Lucknow. ¡Pues no es bien vista en Katmandu! Trató de obtener un empleo como facultativa en el hospital de nuestra ciudad, pero las damas de la alta sociedad se escandalizaron de su pretensión y protestaron enérgicamente.

—¡En lugar de sentirse orgullosas de una mujer tan capaz!

Con una leve sonrisa prosiguió Rana:

—De todos modos yo comprendo al Maharajá cuando desconfía de sus parientes y, sobre todo, de todos los hijos de su país que han vivido en el extranjero, particularmente en Inglaterra. Es un hombre desgraciado, digno de compasión. Está muy solo, pues no tiene a nadie en quien pueda confiar, ni en sus círculos más íntimos. ¡Le han engañado ya tantas veces!

—¿Y Mani Ram?

—No me perdona que sea más listo que él, que posea cultura europea y que haya estado «fuera». Me atribuye intenciones ambiciosas por mi condición de sobrino de Su Alteza.

—Un día me dijo Mani Ram en secreto que sólo de él depende hacer mi estancia en el Nepal soportable y agradable o amargármela, es decir, que puede favorecerme o eliminarme.

Esta amenaza me da mucho que pensar. Desgraciadamente, el Maharajá tiene una debilidad que ofusca su razón, por lo demás, clara: es supersticioso. Y el hombre que alimenta hábilmente este defecto, es nada menos que el sumo sacerdote, residente en Katmandu. Aquí no se toma ninguna decisión importante, no se efectúa ningún acto político, sin el horóscopo favorable del sumo sacerdote. El Príncipe se somete absolutamente a esa «influencia superior».

—¿Y qué tiene que ver con eso Mani Ram?

—Mani Ram es sobrino del sacerdote.

Un país donde existen tantos grupos de fuerzas antagónicas, no puede menos que ser campo abonado para la denuncia y el espionaje. Y así es, en efecto. En Katmandu domina la labor de zapa. Cada habitante algo influyente mantiene su núcleo de gentes de confianza. En Katmandu hay tendida una red de hilos finísimos, invisibles e inextricables

para el individuo solitario. Nadie puede decir con certeza quién conspira con quién o contra quién. El Maharajá, el Rey, el viejo secretario, cada uno de los ministros, etc., todos dirigen un servicio secreto o creen dirigirlo. El que mejor paga debe suponer que es el mejor informado. La más vasta organización privada de esta naturaleza se halla a disposición del Maharajá. Está montada como un ministerio, dividida en múltiples departamentos y Su Alteza en persona la maneja en todo momento. Aparte esta entidad privada, hay otra aún más vasta que trabaja para el Maharajá, una eficiente policía secreta oficial, o mejor diríamos dinástica. Intégranla miembros de todas las clases sociales, y su principal misión consiste en vigilar a los extranjeros, los funcionarios, los comerciantes y, sobre todo, los presuntos rivales del Monarca.

Pero lo que en toda esa maraña resultaba verdaderamente grotesco o tragicómico era la triste circunstancia de que el Maharajá, con todas las informaciones que le facilitaban sus organizadores, en realidad no se enteraba más que de aquello de que «se» le quería informar. Por ejemplo, según ya dije, la mayor parte de las referencias que envié a Katmandu en el curso de la expedición de Morang, se filtraron por canales desconocidos. Y lo que por este camino fue aún mutilado y cambiado a través de los Ganesch, Gunje Man y Maritsi, quedó fuera de toda comprobación.

Dijo Rana: —Fue por desconfianza que, cuando el alarmante diagnóstico del Dr. Gosch, el Maharajá le negó su autorización para trasladarse inmediatamente a la India. No sólo porque sigue esperando, hoy como antes, que sus mediciones le proporcionen ingresos extraordinarios, sino porque conoce sus relaciones internacionales y teme que las que mantiene con Old England puedan serle fatales algún día.

—Entonces preste usted un servicio a su soberano diciéndole esto: que yo soy alemán y que es regla de conducta germana el anteponer la probidad al interés. Suponiendo que haya oído o visto en el Nepal algo que pudiera interesar a sus vecinos más poderosos, no soy yo hombre para traficar con estas cosas o trocarlas por dinero.

Cúmpleme hacer constar de modo bien expreso, que durante mi permanencia en el Nepal el Maharajá me hizo siempre objeto de un trato cortés. No puedo imputarle el que sus consejeros, mis adversarios, lograran que el príncipe me sacrificase a algo que creyó mejor. Su sed de poder y de oro le

ofuscaba y cegaba. Era cera en manos de gentes taimadas que le prometían oro. Informes calumniosos le extraviaron.

El Maharajá me había respondido clara y concretamente a dos preguntas, y las respuestas me satisfacieron y alegraron de tal modo, que por un momento me olvidé de todas las penalidades sufridas, con inclusión de los trastornos nefríticos. Fue esto en agosto de 1940. En primer lugar el Maharajá dio orden de que con la anuencia de la Embajada británica, se tomasen todas las medidas necesarias para trasladarme a la India en el término de 24 horas en caso de agravarse mi enfermedad. (Era una garantía que yo debía a mi trabajo, a mis hijos y a mí mismo.) Segunda promesa : la medición geomagnética se reanudaría en octubre, organizándola de modo que yo efectuase mi trabajo en el área limitada por el Samri y las localidades de Dowra, Marju y Simpani, mientras uno de mis ayudantes establecía, con la balanza geomagnética, una cadena en dirección al alto Trisuli y, desde allí, hasta la frontera del Tibet.

A pesar de estas manifestaciones tan categóricas, algún espíritu subterráneo logró ganarse al Maharajá para sus ambiciosos proyectos, valiéndose de argumentos como los siguientes : El profesor trabaja para la Ciencia internacional y no para el Nepal. Demora sus investigaciones. Oculta sus hallazgos. No sabe su oficio.

A principios de septiembre recibí la visita de Rana, quien entró con cara particularmente sombría. Ni siquiera una palabra mía de buen humor consiguió animarle. El joven empezó diciendo :

—Me avergüenza tener que informarle de cosas que le dolerán.

—¡Dispare! —le respondí tranquilo.

—En breves palabras está dicho : uno de estos días van a entregarle la autorización oficial para marcharse a la India, pero antes se incautarán de sus aparatos y tratarán de que uno de sus ayudantes se comprometa a proseguir sus trabajos.

De momento quedé perplejo. Pensé en formular una protesta por telégrafo al cónsul suizo en Bombay, luego en dirigir una carta al Maharajá, luego en mis instrumentos, casi todos de mi propiedad y que no podían ser enajenados sin mi consentimiento. Nadie podía impedirme que, saliendo al paso de aquellas maquinaciones, preparase la destrucción de mis aparatos en previsión de lo que pudiese ocurrir.

Esta idea me sugirió un experimento, un pequeño *coup de théatre*. Cuando la voz de la sana razón no da más de sí, a veces resulta eficaz un truco, el susto causado por el chasquido de un tapón. En todo caso estimaba mi deber defender mi buen nombre y mi fama, vinculados siempre al prestigio de mi patria.

Fue una buena oportunidad el que Gunje Man y Mani Ram se interesaran súbitamente por mis aparatos y me pidieran que se los enseñase.

Mandé disponer el recibidor de la planta baja del *bungalow*, colocando en él una mesa y un yunque de piedra: y saqué de sus estuches y cajas los teodolitos, las lentes auxiliares y la balanza magnética. Mi amigo Herrmann estaba en el secreto.

Llegaron los caballeros que se interesaban por el instrumental y se sentaron en sendas sillas. Yo expliqué a los dos atentos nepalíes la construcción de los instrumentos, poniendo a continuación en manos de Gunje Man un pequeño telescopio y diciéndole que era una pieza importantísima. En realidad era un accesorio anticuado y excéntrico, pero los dos personajes no podían saberlo. Gunje Man estuvo largo rato dando vueltas al objeto entre sus manos y al cabo me lo devolvió. Entonces yo, poniéndolo sobre el bloque de piedra, lo hice trizas de dos martillazos. Pintóse el espanto en los rostros de los visitantes, los cuales palidecieron; sólo mi amigo permaneció tranquilo, riéndose para sus adentros. Sabía muy bien que aquel tubo que acababa de destruir era un objeto sin valor. Yo dirigí entonces a mis huéspedes las siguientes palabras:

—Señores, de la misma manera que he hecho pedazos este instrumento, inutilizaré todos los demás en el caso de que alguien intente quitármelos.

Despidiéronse los dos personajes, y es de suponer que el jefe del Estado no tardaría en ser informado de todo. Nunca supe qué efecto había producido mi experimento, pero el atropello que me había anunciado Rana no tuvo efecto. No se atrevían a enviarme a la India ni tampoco a «incautarse» de mis aparatos.

Durante las últimas semanas estivales, amargadas por tantos sinsabores y fastidios, ocurrieron muchas otras pequeñas incidencias. Voy a reseñar algunas, en parte por la curiosidad que ofrecen las notas de mi diario bajo el título de «Minucias al margen»:

5 septiembre 1940. Uno de los ayudantes ha pescado una conjuntivitis en una excursión a Trisuli. Lo trata un individuo que es oculista y dentista al mismo tiempo. Este tipo de inflamación es muy frecuente en la región de Trisuli. Es producida por infección, provocada por unos mosquitos que se introducen en los ojos.

9 septiembre. Pasamos hambre. La policía, encargada, por el Gobierno, de comprar nuestros alimentos, roba buenas cantidades del dinero que nos está asignado. Tenemos que adquirir víveres suplementarios en el bazar, pagándolos de nuestro propio bolsillo.

10 septiembre. Nos suministran 10 huevos al día. De ellos están podridos cinco, por término medio, a veces los diez.

11 septiembre. A Herrmann le han robado el reloj. Si en todo el día de mañana no ha sido restituído, será encarcelado el caballerizo, de quien se sospecha. El propio Maharajá juzga este « caso », como otros mil. En Nepal no existen tribunales públicos.

13 septiembre. La comida que nos prepara el cocinero es incomestible. Han sido despedidos los dos pinches de cocina. Uno de ellos trató de llevarse mi abrigo de piel; el otro se ha zampado toda nuestra provisión de leche.

14 septiembre. Paseo a caballo con Herrmann por el campo de maniobras. Un coche que pasaba se detuvo; apeóse de él un hombre y se nos acercó. Era el Comandante en jefe, a quien presenté mi compañero. El jefe me dio las gracias por la Atebrina y la Plasmoquina que le había enviado:

—También pesqué, lo mismo que usted, una grave malaria en el Terai. A Dios gracias, los dos hemos escapado.

Parecióme que el Comandante no tartamudeaba tanto como cuando le conocí medio año antes.

15 septiembre. Está en plena celebración la fiesta principal de los gurjas. Momento cumbre: la « procesión de la victoria », por la tarde. Vinieron a buscarnos en coche y lo vimos todo muy bien. El Maharajá, erguido en su caballo, presidía la manifestación; saludaba con la mano. Seguíanle, también montados, el Comandante en jefe y el jefe del Estado Mayor, ambos candidatos al trono. Tuvieron la amabilidad de detenerse el tiempo necesario para que les sacase unas fotografías. En el centro de la procesión iba, en coche, el Rey, personaje que raramente se ve y que desempeña en el país un papel tan modesto como infeliz; aquel mismo Rey que, exactamente diez años más tarde, « harto » de hacer

de Rey, abandonaría el sagrado trono y huiría. A su lado iban sentados sus tres hijos. El pueblo se apretujaba en las aceras, peleándose por las monedas, rupias nepalenses de nuevo cuño, que el Soberano esparcía como un sembrador. Me encontré metido con mi máquina fotográfica en aquel barullo y por poco me derriban. El Rey, visiblemente preocupado, temiendo que me ocurriese algo, mandó parar, pero yo salí rapidamente de entre aquel revoltijo de gente y, riéndome, levanté la mano en señal de que estaba ileso.

Tomaban parte en el desfile las secciones de caballería de guarnición en Katmandu, una brigada de infantería y artillería de montaña. Arrastraban los cañones largas hileras de soldados o bien mulos. Algunas de las piezas iban desmontadas y las llevaban mulos u hombres, a veces con ayuda de perchas de bambú.

El 1939, antes de la guerra, los efectivos bélicos del Nepal sumarían unos 40 000 hombres. El corazón del Maharajá pertenecía a su ejército; el príncipe cuidaba con toda solicitud de que la potencia combativa de sus tropas aumentara constantemente y de que se las instruyese y familiarizase con los métodos modernos de guerra. A tal efecto el Maharajá enviaba corrientemente unidades a lugares donde existían conflictos, especialmente a los teatros de operaciones de Asia y Europa.

Una circunstancia perniciosa es que el sector de la oficialidad del ejército del Nepal, perteneciente a las altas clases sociales, asciende rápidamente de graduación, mientras que los oficiales más capaces, procedentes del pueblo, no pueden esperar sino una promoción muy lenta. La carrera más brillante se reserva a los hijos legítimos del Maharajá; son elevados automáticamente a la categoría de comandantes generales; los hijos ilegítimos son nombrados tenientes coroneles.

16 septiembre. Por la tarde desfila por delante de nuestro *bungalow* un batallón de infantería sin armas, con destino a Thankot-India. Le siguen camiones cargados de tropas e impedimenta. La columna grita incesantemente: «Hei-hei-hei!». Los transeúntes corresponden a aquel grito. Ya algunas semanas antes vi desfilar tropas que se dirigían a la India.

26 septiembre. El Maharajá me ha enviado un impermeable. Después de comer salgo a pasear a caballo por el campo de maniobras y me encuentro con el Príncipe, que también había salido a tomar el aire. Desde lo alto de su elefante me

hace seña de que vaya a su lado, pero mi caballo se asusta y pasa de largo. Cuando logro calmarlo, el Maharajá ya está lejos. La casualidad quiere que vea a otro jinete que hace grandes esfuerzos por dominar a su corcel. Al fin es arrojado de la silla y se rompe el espinazo ; muere en el acto. Se me han pasado las ganas de alcanzar al Príncipe ; regreso a casita.

27 septiembre. Un funcionario de la Corte me cuenta que el departamento de propaganda de la Embajada británica está repartiendo en Katmandu 500 ejemplares de un libro titulado : *Yo fui criada de Hitler.* Lo firma Pauline Köhler.

30 septiembre. A caballo regalado no le mires el dentado. Pero, ¿qué hago yo con un impermeable hecho para la talla de un mocito nepalí, y no para mi persona? Por mediación de Mani Ram lo devuelvo al Maharajá, dándole muchas gracias por el obsequio.

3 octubre. Fiesta. Su Alteza sale de paseo en coche de cuatro caballos ; viste de gala, con gorra de marino y penacho —. Me dice Rana que en Katmandu circula el rumor de que los tres extranjeros enviamos secretamente noticias a Alemania.

5 octubre. ¡Cualquiera sabe! Entre los objetos de la expedición figura una caja que contiene substancias tónicas utilizadas para el análisis de las rocas. Cuento con la posibilidad de que al servicio secreto dinástico le de por buscarnos camorra a los alemanes. Si ocurriese una desgracia al Maharajá, nuestros efectos serían objeto de un registro minucioso. Regalo, pues, la peligrosa caja al Gobierno del Nepal.

Una pequeña equivocación a mediodía ; las calles de la ciudad están muy animadas ; vienen de palacio numerosos coches. Uno de ellos va precedido y seguido de dos lanceros en uniforme rojo. Un policía me grita :

—¡En aquel coche va el Comandante en jefe! —. Al pasar el carruaje hago dar media vuelta a mi caballo y saludo. Me devuelven la cortesía, pero no es el Comandante, sino el embajador británico con su séquito, todos de gran gala.

En el bazar venden litografías donde se ven fraternalmente unidos a Hitler, Mussolini y Ghandi —. También hay en el bazar un interesante establecimiento : « Por poco dinero » alquilan bicicletas. Uno puede pedalear todo un día y devolver la bicicleta al anochecer.

14 octubre. Hoy se cumple el primer aniversario de la estación registradora del Parque Zoológico.

10 noviembre. Se celebra la fiesta *Egadasi.* En este día ningún nepalense puede decir una mentira.

* * *

Este capítulo es el último de mi crónica del Nepal. La suerte quiso que mi misión quedase inacabada, colgada del aire. La esperanza, tanto tiempo alimentada, de que un buen día el europeo Filchner iba a revelarse como el gran mago del oro y del petróleo, fue enfriándose poco a poco y con ella se extinguió el interés del Nepal por mi persona y por la empresa que, planeada en el palacio de Katmandu, en abril de 1939, con tanto entusiasmo, había sido acogida y tantas esperanzas había despertado. Antes de confiar a la pluma las incidencias de las últimas semanas de mi estancia en el Estado himalayo, estimo mi deber iniciar al lector, que con tanta paciencia me ha seguido hasta ahora, en los hechos históricos más recientes, y aun en algunos anteriores, del país recorrido. Pienso que esta excursión está aquí en su lugar más que en ninguna otra parte, ya que algunos acontecimientos que viví me dan ocasión de hablar de personas y situaciones que han hecho ya historia o que, en todo caso, representan momentos históricos.

Mientras escribo estas líneas ya no gobierna el Nepal el maharajá Yudha Shumshere, tan poderoso en « mis tiempos » ; en cuanto al rey Tribhuwana Bir Bikran Shah, en el espacio de cuatro meses, entre últimos de 1950 y principios de 1951, ha sido por dos veces foco de la atención política mundial.

El maharajá Yudha Shumshere desapareció de su palacio sin dejar rastro una noche del año 1948 ; según informaciones de la prensa india, retiróse como anacoreta a las solitarias montañas del Himalaya. Las circunstancias inmediatas ya las conoce el lector por lo que dije al principio del presente libro. El sucesor de Yudha fue su hijo Padma Shumshere Bahadur Rana, primer candidato al trono y General en Jefe del ejército nepalense. Se sostuvo por muy poco tiempo ; no pudo imponer ciertas reformas democráticas que se proponía introducir, por la oposición de las familias influyentes. Abdicó, pues, y se marchó a la India. De acuerdo con el orden de sucesión establecido por el padre, pasó a la jefatura del Gobierno el segundo aspirante al trono : *Senior Commanding General* Mohan Shum Shere Jung Bahadur Rana, el mismo que durante mi estancia en el Nepal mostró tanta confianza en mi trabajo y me apoyó en todas mis dificultades. Aún hoy sigue rigiendo los destinos de su país y se enfrenta con nuevos conflictos. Ha encauzado con energía la evolución del Nepal.

* * *

Este capítulo es el último de mi crónica del Nepal. La suerte quiso que mi misión quedase inacabada, colgada del aire. La esperanza, tanto tiempo alimentada, de que un buen día el europeo Filchner iba a revelarse como el gran mago del oro y del petróleo, fue enfriándose poco a poco y con ella se extinguió el interés del Nepal por mi persona y por la empresa que, planeada en el palacio de Katmandu, en abril de 1939, con tanto entusiasmo, había sido acogida y tantas esperanzas había despertado. Antes de confiar a la pluma las incidencias de las últimas semanas de mi estancia en el Estado himaláyo, estimo mi deber iniciar al lector, que con tanta paciencia me ha seguido hasta ahora, en los hechos históricos más recientes, y aun en algunos anteriores, del país recorrido. Pienso que esta excursión está aquí en su lugar más que en ninguna otra parte, ya que algunos acontecimientos que viví me dan ocasión de hablar de personas y situaciones que han hecho ya historia o que, en todo caso, representan momentos históricos.

Mientras escribo estas líneas ya no gobierna el Nepal el maharajá Yudha Shumshere, tan poderoso en « mis tiempos » ; en cuanto al rey Tribhuwana Bir Bikran Shah, en el espacio de cuatro meses, entre últimos de 1950 y principios de 1951, ha sido por dos veces foco de la atención política mundial.

El maharajá Yudha Shumshere desapareció de su palacio sin dejar rastro una noche del año 1948 ; según informaciones de la prensa india, retiróse como anacoreta a las solitarias montañas del Himalaya. Las circunstancias inmediatas ya las conoce el lector por lo que dije al principio del presente libro. El sucesor de Yudha fue su hijo Padma Shumshere Bahadur Rana, primer candidato al trono y General en Jefe del ejército nepalense. Se sostuvo por muy poco tiempo ; no pudo imponer ciertas reformas democráticas que se proponía introducir, por la oposición de las familias influyentes. Abdicó, pues, y se marchó a la India. De acuerdo con el orden de sucesión establecido por el padre, pasó a la jefatura del Gobierno el segundo aspirante al trono : *Senior Commanding General* Mohan Shum Shere Jung Bahadur Rana, el mismo que durante mi estancia en el Nepal mostró tanta confianza en mi trabajo y me apoyó en todas mis dificultades. Aún hoy sigue rigiendo los destinos de su país y se enfrenta con nuevos conflictos. Ha encauzado con energía la evolución del Nepal.

Por lo demás, apoya una serie de innovaciones liberales, aunque sin abandonar la línea autocrática. Esta actitud explica los serios problemas que hoy le están acosando.

No es tan cerrado el Nepal que su población no se haya contaminado de las novedades políticas que, en el curso de los últimos decenios, se han producido en otros Estados asiáticos más o menos próximos. De hecho se ha constituído un partido reformista cuyos adeptos, huyendo de las persecuciones, emigraron a la India y formaron el Patna un «partido de la libertad», el *Nepal Congress*. Su finalidad es abolir el sistema de gobierno de los «mayordomos de palacio», que lleva ya 100 años de duración, e implantar un régimen democrático con un rey constitucional a su cabeza.

Esta corriente hizo que el Monarca pasara en apariencia de una existencia oscura a un plano más activo. Y ¿qué hizo el rey Tribhuwana Bir Bikran Shah? De momento algo incomprensible. Abandonó el trono, cosa que, según una ley del Nepal, sólo podía durante doce horas, y huyó con su familia a la India. Fue proclamado sucesor suyo su nieto de tres años, el príncipe Gyanendra. Esto ocurrió el 6 de noviembre de 1950.

La India es una república joven que mantiene amistosas relaciones con el Nepal; pues el Nepal es un Estado tampón entre la India y el Tibet, y en este país se producen filtraciones, por acción de Mao-tse-tung, que obligan al jefe del Gobierno Indio, Pandit Nehru, a mantener una atenta vigilancia. Probablemente las conversaciones celebradas con Pandit Nehru han madurado en el ex-rey Tribhuwana la resolución de regresar al Nepal. Según informaciones de la prensa india, publicadas muy poco antes de entrar en prensa este libro, Tribhuwana volvió a ocupar el trono en febrero de 1951, contra la voluntad de su nieto pero con satisfacción del *Nepal Congress;* se ha llegado a un acuerdo por el cual participarán en el Gobierno del país el Rey, el Maharajá y una representación del pueblo, nombrada por elección. Ello significa, evidentemente, el fin de un régimen medieval.

Tal vez interese dar aquí un breve resumen de la historia del Nepal, en relación con los últimos acontecimientos allí ocurridos.

La Historia del Nepal ha sido escrita con sangre; es una brutal sucesión de violencias, crueldades e intrigas. Los principios están sumidos en una vaga penumbra, y hasta mediados del siglo XVIII son muy raras las fuentes y documentos dignos de fe.

Prithwi Narayan, rey rayputano, caudillo de las salvajes tribus gurjas, es el primero en escribir con la espada su nombre en el libro de la « Historia del Nepal », con tanto vigor, que sus huellas, negras a la vez que áureas, no han desaparecido aún al cabo de 200 años. En 1767 invade el valle de Katmandu y conquista sucesivamente Kirtipur, Katmandu, Patan y Bhadgaon. Todo lo que no se entrega es exterminado, asolado e incendiado. El sitio de Kirtipur duró seis meses. A la caída de la ciudad, Prithwi Narayan manda cortar la nariz y los labios a todos los habitantes de la fortaleza, excepto a los niños de pecho y a los músicos de instrumentos de viento. Desde la India se intenta socorrer a las ciudades oprimidas. El Gobierno británico envía una reducida fuerza al mando del capitan Kinloch ; pero la hueste se ve forzada a regresar sin haber cumplido su misión, derrotada por los ríos, en plena crecida, cierran el camino, y los estragos del paludismo. El monarca rayputano afianza su poder, que permanece en manos de los gurjas hasta nuestros tiempos. Prithwi Narayan muere en 1771. Inglaterra suscribe un pacto comercial con uno de sus sucesores. Hacia 1810 los nepalenses empiezan a sentir apetencias territoriales ; Bhim Sen Thapa ocupa 200 localidades en el Terai y aniquila la policía inglesa. La Compañía de las Indias Orientales moviliza cuatro divisiones y empieza la guerra en las silvestres montañas. Los generales ingleses llaman « mosquitos veloces » a los tenaces y valientes gurjas. En 1816 se concierta el tratado de Segowli, por el cual los nepalenses se obligan a evacuar el territorio comprendido entre el Satleg y el Kali y aceptan la presencia de un residente británico en Katmandu. El primer representante inglés es Edward Gardner. A pesar de todo, Bhim Sen logra mantener la independencia del reino ; muere después de treinta y tres años de servicios a su patria, a consecuencia de un intento de suicidio, al que le empujaron las increíbles torturas y humillaciones de la familia real. Su cuerpo es descuartizado y expuesto al pueblo ; su fortuna es confiscada. Una proclama decreta que la tribu de los Thapa queda excluída por espacio de siete generaciones del servicio del Estado.

Pero a los tres años de la proclama otro Thapa vuelve a ocupar el poder. Todavía hoy miembros de esta estirpe desempeñan altos puestos de la administración del Estado.

Sucédense años de sombrías intrigas palaciegas y sangrientas rivalidades entre los partidos contrarios. Uno de los episodios más terribles es la matanza de Kot, del 14 de septiem-

bre de 1846. Apoyado por las damas de la corte, un ayudante del Rey hombre de férrea voluntad y desmedida ambición, se apodera, por asesinato, del puesto de primer ministro. Es el soldado Jang Bahadur, que logra escapar a un sin fin de atentados contra su vida. Manda encarcelar al Rey y asume plena autoridad sobre el país : en 1848 es amo y señor absoluto del Nepal. Dos años más tarde, el primer ministro Jang Bahadur hace una visita a Inglaterra, mientras el Rey sigue prisionero en Bhadgaon. Un hijo de Jang Bahadur se casa con la hija del Soberano, con lo cual se produce una distensión. Se ofrece la corona al primer ministro, pero él no la acepta ; se contenta con el título de Maharajá, y sigue siendo el viejo, vigilante y desconfiado servidor de su país, con el derecho de declarar guerras, concertar alianzas, nombrar y destituir funcionarios públicos, e incluso deponer al Rey.

Cuando en 1857 estallan levantamientos en la India, Jang Bahadur pone 6000 gurjas a disposición de Inglaterra. En 1855 se apodera de Gorakpur, causando a los sublevados una grave derrota. El Gobierno británico le manifiesta su agradecimiento con la devolución de una faja del Terai que el Nepal había debido ceder en 1816. El emperador de la China llena de honores a Jang Bahadur. En 1876 el Maharajá reparte el Nepal entre sus hijos y dispone el orden de sucesión. Una caída de un coche le había afectado el corazón, y no tarda en morir a orillas del Bagmati. Su cuerpo es incinerado ; las tres primeras maharanis le siguen voluntariamente a la tumba, dejándose quemar vivas. Desde la epoca de Jang Bahadur hasta nuestros días el Nepal ha sido gobernado por primeros ministros descendientes de ese primer Maharajá.

Y volvamos a los hechos actuales.

* * *

A pesar de que el Maharajá había dispuesto la prosecución de la triangulación magnética, inesperadamente el viejo secretario me comunicó el 1.° de octubre, por boca de Rana, que no podían iniciarse nuevos trabajos de gran alcance.

—¿Puedo saber por qué?

—El Virrey de la India —explico Rana —en ocasión de una visita del Maharajá, ha formulado objeciones a que usted trabaje tan cerca de la frontera hindú. El Virrey previene —y sobre este punto se han cruzado ya algunas cartas —contra la posibilidad de un incidente fronterizo, muy fácil de

producirse en estos tiempos de nerviosismo, habida cuenta, sobre todo, de que la frontera india está vigilada por tropas musulmanas.

Dos o tres días más tarde se celebró una reunión en palacio para poner en claro definitivamente la cuestión del *Magnetic Survey*. A pesar de que participaron en ella los dos candidatos al trono que me eran favorables, el Comandante y el Jefe del Estado Mayor, nada pudo salvarse. En la conferencia, el viejo secretario resumió su criterio, en el sentido ya antes expuesto: las mediciones no pondrían nada en claro, Filchner se reservaba sus resultados de más trascendencia, y sus trabajos no servirían a los intereses del Nepal, sino «únicamente» a los de la Ciencia. El Maharajá aprobó la decisión y con ello quedó pronunciada la sentencia contra el *Magnetic Survey of Nepal* y contra su director.

No me quedó más remedio que someterme a aquel fallo doloroso y disparatado. Lo único que podía hacer era obrar con discreción y retirarme con dignidad; mi misión había terminado. Había que preparar el equipaje, pues era preferible resignarse al internamiento británico a seguir en el país como un parásito en espera de que la paz se restableciese en Europa.

La marcha no fue inmediata, de todos modos; se fue retrasando hasta fin de diciembre, y todo por culpa de una «pequeñez» que no me fue tan fácil arreglar, sino que tuve que dilucidarla y aclararla. Esta pequeñez no era otra cosa que una acusación de alta traición.

Antes de producirse esta inculpación sorprendente transcurrieron varios días que fueron para mí una especie de descanso, unas vacaciones que me procuré y concedí. Pensaba que después de año y medio de trabajar sin descanso en el Nepal, tenía derecho, antes de partir sin lágrimas, de ver algunas de las bellezas de la capital y de sus alrededores. No era muy fácil que volviese a este país.

En consecuencia, empecé participando en la gran fiesta de Nawaratri. Duró nueve días, y en ella hubo una parada militar realmente digna de ser presenciada. El espectáculo me atraía y me dirigí a presenciarlo andando. Me habían reservado una cómoda silla junto a un pequeño templo, en el borde oriental del campo de maniobras (lejos de la tribuna del cuerpo diplomático). Estaba sobre un montículo y dominaba el escenario, por lo que podía impresionar películas a mis anchas. A mi alrededor, pintorescamente distribuídas,

las damas de la alta sociedad ; a la izquierda, el jefe de policía con su motocicleta, y a su lado los tres elefantes del Maharajá, ricamente enjaezados, dando cara al centro del campo. Junto a los elefantes formaba la compañía encargada de rendir honores : mocetones altos, fornidos, en guerrera gris-amarilla y pantalón corto, con polainas pardas en torno a las desnudas pantorrillas, botas de cuero marrón claro, sin calcetines y, en la cabeza, sombrero de explorador de ala ancha, levantada del lado izquierdo.

Había entrado en el campo la guarnición de Katmandu : infantería formada en columnas por compañías, secciones de ametralladoras, artillería de montaña. Un espectáculo impresionante. Yo filmaba sin reposo.

Sonó un cornetín de órdenes. La infantería caló las bayonetas y presentó armas. Hubiérase dicho el ejército alemán. La banda militar entonó una marcha. Seguido de su numeroso Estado Mayor y el escuadrón de la guardia personal, el Maharajá, en uniforme de campaña, avanzó a caballo y se colocó al frente de las tropas. Unos 300 jinetes se congregaron en el centro del campo.

El himno nacional. Se acerca el Rey, en automóvil. Los soldados gritan ¡hurra!, y empiezan a animarse. Los de infantería dan media vuelta, cargan los fusiles con cartuchos sin bala y abren fuego. Las ametralladoras disparan, la artillería de montaña las imita y la batería de las arcaicas piezas de bronce, puesta en posición, dispara a su vez con tiro rápido. El estrépito es infernal. Por encima del campo flotan vapores blancos de pólvora. Las cornetas tocan alto el fuego. Himno. El Rey se retira del campo, seguido del Maharajá. Las tropas se marchan a sus cuarteles. Mi cámara cinematográfica « trabaja a todo gas ».

La fase alegre de la fiesta de Nawaratri empezó al día siguiente o al otro, con gran bullicio y animación. Preparábanse banquetes en los cuarteles, en los domicilios de las castas, en las posadas. Los *jukris* decapitaron centenares de ovejas y bueyes. Yo encargué tres carneros para el personal del *bungalow* : dos muy gordos para los seis policías y los quince criados, y uno pequeño para mis dos ayudantes.

De aquellas semanas de octubre me quedan muchos recuerdos agradables. Recorrí a caballo, de manera sistemática, primero Katmandu y después sus alrededores, Patan, Bhadgaon, Po-su-pa-ti, fotografiando los más bellos monumentos artísticos y religiosos. Tan copioso fue el botín, que

estoy pensando en componer otro libro para ofrecer tan interesante material a los lectores aficionados a estos temas.

De improviso, el 19 de octubre por la mañana vino a visitarme el viejo secretario del Maharajá. Tuvimos una charla tan larga como inútil, llena de especiosas explicaciones, sobre la triangulación abandonada, sobre la posibilidad de emprender tareas más sencillas, como la de Juria Gati, sobre los trabajos complementarios, etc. Tenía la impresión de que todas aquellas cosas tenían muy poco que ver conmigo. De pronto, y como incidentalmente, el secretario me preguntó si salía de paseo.

—Desde luego ; todos los días salgo a caballo.

—¿Y adónde va?

—Por la ciudad, por los alrededores. Anteayer visité el convento de Po-su-pa-ti.

A lo que replicó el secretario, casi asustado : —¡Se aleja usted demasiado!

—Veinte minutos con mi caballo.

Tras unas palabras insignificantes sobre la guerra, despidióse el alto funcionario.

Cuatro días después se presentó Rana y me preguntó si había estado en mi domicilio el viejo secretario. Respondíle afirmativamente.

—¿No tocó el tema « paseos »?

—¿Por qué lo pregunta?

—Para informarle de que este tema constituyó la verdadera finalidad de su visita.

Y a continuación mi amigo me espetó lo siguiente : —En los ocho últimos días la policía ha detenido en Katmandu a un centenar de personas, sospechosas de haber tomado parte en una conspiración contra el Maharajá. Parece que el jefe del complot es Gunje Man, a quien, sin embargo, se ha dejado de momento en libertad. Dícese que tras estas maquinaciones está el « movimiento Gandhi ».

—En este caso serían anglófobos —observé.

—En efecto —asintió Rana —. Pero ahora viene lo principal : ¡la policía secreta le relaciona a usted con el complot, Señor Profesor!

—¿Entonces me acusan de alta traición?

—Sí. Han observado que, en sus paseos, usted rehúye las calles principales y prefiere las vías estrechas.

No pude reprimir una carcajada : —¡Vaya indicio! ¡Seguro que lo he hecho para verme con los conjurados! Por desgracia,

debo decirle que el utilizar los caminos estrechos tiene una explicación muy prosaica: a mi caballo le asustan los automóviles.

—No es ésta la única inculpación. Se le acusa de tener en Katmandu una estación emisora.

Esto sí que me hizo salir de mis casillas. ¿No vivíamos a la vista de todo el mundo? ¿Acaso el gobernador no conocía hasta el último rincón de nuestro *bungalow*?. Dije a Rana:

—Como usted bien sabe, esto es absurdo!. La acusación de que enviamos noticias a Alemania, está totalmente desprovista de fundamento.

Encogiéndose de hombros, Rana me aseguró que se limitaba a repetir lo que se «rumoreaba». Atribuíase la especie al embajador británico, el cual había elevado una reclamación acerca de una «emisora secreta alemana».

Por absurdas que fueran aquellas acusaciones, no sé me ocultaba que nos creaban una situación seria. Por eso declaré a Rana lo siguiente, con ruego de que lo transmitiese enérgicamente a las altas esferas: «Yo, Filchner, exijo que un funcionario técnico nepalí efectúe un registro completo en nuestro *bungalow* y en la estación registradora del parque. Deseo que el director de la fábrica de municiones de Katmandu (un ingeniero inglés) tome parte en la investigación. Me considero en el deber de insistir en esta petición, en nombre propio y el de mi Gobierno, hasta que se retire aquella sospecha y se demuestre plenamente nuestra inocencia. Hasta entonces me niego a abandonar el país, junto con mis ayudantes.

El 27 de octubre Rana me comunicó, confidencialmente, algo que no dejaba de tener su gracia:

—El Gobierno del Nepal cree poseer pruebas de que es el propio embajador británico quien hace funcionar una emisora secreta en Katmandu.

No merece la pena reseñar aquí el desarrollo de esta tirante situación, con su cortejo de inútiles averiguaciones, cartas, negociaciones, falseamientos, equívocos, etc. Me limitaré a mencionar algunos puntos como ejemplo de la mentalidad nepalense. Antes diré, empero, el resultado final del conflicto: pese a toda mi energía, no conseguí del Nepal una declaración categórica que me exculpara de unas imputaciones monstruosas e injustificadas; y no digamos encontrar quién nos protegiera, a los tres alemanes, de una ignominie que recaía sobre el propio país.

Rana me anunció para el 30 de octubre el registro a cargo del ingeniero inglés. Dispusimos todos los aparatos para su examen : los instrumentos, el receptor de radio, la estación registradora. Pero el ingeniero no se presentó, excusándose por enfermedad. Nunca lo vimos. Con ello quedó en pie la sospecha de que en tiempo de guerra utilizábamos en país enemigo una emisora secreta, y la acusación no fue refutada. Redacté un telegrama para el cónsul suizo en Bombay, en el que protestaba de aquellas inculpaciones y solicitaba ayuda. Pero el telegrama fue interceptado y no llegó a su destino.

El 8 de noviembre el Maharajá me envió una pierna de ciervo y el recado de que estaba dispuesto a hablar conmigo y asegurarme verbalmente que jamás había desconfiado de mí.

13 noviembre. Rana : —Dentro de cinco días el Maharajá le concederá una entrevista. Le ruega que le anuncie todas las preguntas que piensa dirigirle.

Yo : —No pienso dirigir ninguna pregunta. Lo que quiero es que se me enfrente con los autores de la calumnia para que me digan qué sospechas existen y qué fundamento tienen. Por mi parte responderé honradamente a todas las preguntas.

19 noviembre. Carta a Rana : « Han transcurrido los cinco días ». Respuesta : —« El Maharajá está en su coto de caza de Ba-la-du. Está dispuesto a darle una declaración de confianza por escrito a condición de que usted declare, también por escrito, que jamás el Nepal oficial formuló contra usted censuras de la especie de referencia ».

Consideré la condición inaceptable. Mi respuesta a Rana : « No. Tengo sobradas pruebas de intrigas y calumnias. No puedo mentir ni por consideración al Maharajá. Por él estoy dispuesto a declarar, sin embargo, que el Maharajá se comportó siempre conmigo con toda cortesía. Más, no ».

Rana, en una visita : —Ha quedado en claro que el embajador británico en ningún momento ha elevado, oficialmente, inculpaciones contra usted ; no ha hecho sino sugerir posibilidades.

Yo : —Hace unas semanas no decían esto. Contra suposiciones nada tengo que objetar. En guerra, el embajador británico está en su perfecto derecho al desconfiar de enemigos.

Por lo demás, no dejaba de ser original que, en un asunto tan grave, yo hubiese de intercambiar con el Maharajá « declaraciones de mutua confianza ». Esto era transigir mucho por su parte. Rana se echó a reir cuando se lo dije.

23 noviembre. Comunicado de Rana: «Hoy firmará el Maharajá la carta que le dirige. Además me manda decirle que le invita a pasar unas semanas de descanso en su quinta de Ba-la-du o en el sanatorio de Toku.

Al día siguiente aún no había llegado la carta del Maharajá. Ni me llegó nunca. Y Rana, que tantas molestias se había tomado, llegando a hacer cuestión de honor el proporcionarme aquel modesto documento de rehabilitación; aquel valiente y generoso amigo hubo de informarme, el 11 de diciembre, de que súbitamente el Maharajá había entregado el «caso» a una comisión para que lo resolviera. Ésta había ya deliberado y resuelto no dar ninguna explicación. Formaban esta comisión, entre otras personalidades, el *commander-in-chief*, el *senior commanding general*, el general Kaiser-Shum-Shere, el jefe de policía, Mani Ram, Gunje Man y el viejo secretario del Maharajá. Por boca de otra persona muy bien situada supe luego pormenores de aquella sesión. Los tres generales habían rechazado enérgica y categóricamente todas las sospechas formuladas contra mí y defendido la opinión de que yo era el blanco de una persecución sistemática, y que hombres que no daban la cara no habían vacilado en sobornar a un traidor detenido por la policía para que declarase contra mí.

Así, pues, nada nos quedaba por hacer en el Nepal. Regalé a Rana mi fotografía con una dedicatoria y le pedí comunicase a su señor que los tres alemanes abandonaríamos el país en cuanto estuviesen embalados todos los efectos de la expedición.

Compareció Mani Ram y en su presencia pregunté a mis ayudantes si deseaban quedarse en el Nepal o marcharse conmigo a la India. Declaráronse en favor de la India. Entonces dije yo:

—No es costumbre mía en general, y tampoco lo será en el caso presente, pagar el mal trato recibido con la misma moneda. Le ruego, por lo tanto, comunique al Maharajá que doy por terminadas las actividades de los alemanes en el Nepal, pero que, si ello es su deseo expreso, dejaré la estación registradora de Katmandu. Otro ruego es que notifiquen a la embajada inglesa nuestra decisión de partir. Todo el material de observación con las copias será sellado y entregado al Comandante en Jefe para su custodia. Al término de la guerra deberá serme devuelto íntegro (1). Finalmente pido

(1) Por desgracia no fue así. Cuando me los devolvieron faltaban todas las curvas de nivel (más de 700) obtenidas en el Nepal y las imprescindibles notas de Herrmann relativas a la estación magnética registradora.

que se solicite del *Survey of India*, en Dehra Dun, que envíe allí a un técnico el día de nuestra llegada a Raxaul para hacerse cargo de mis instrumentos.

Inclinación. Mani Ram se retiró, pálido.

La declaración de mis ayudantes venía a frustrar los interesados planes de la camarilla enemiga. Hasta el último día se esforzaron en introducir una cuña entre mis colaboradores y yo. Vino Rana a preguntarme, por encargo del Maharajá, si aquella marcha colectiva debía interpretarse como una protesta contra el Nepal. A lo que respondí:

—¡Diríase que a alguien le remuerde la conciencia! En primer lugar, por lo que a mí toca, todo el mundo sabe que hace ya tiempo vengo considerando la conveniencia de trasladarme a la India para someterme a tratamiento; sólo mi trabajo me ha hecho demorarlo y aplazarlo una y otra vez. Entretanto, el Gobierno ha suspendido mi labor, por lo que me considero en libertad para pensar sólo en mi salud y marcharme. En cuanto a mis colaboradores, ni puedo ni debo impedirles que se vengan conmigo. En cuanto a interpretar nuestra decisión colectiva como una protesta por las desagradables e injustificadas censuras de que se nos ha hecho objeto y por el trato que hemos recibido, muy poco en consonancia con las leyes de hospitalidad, es cosa que dejo por completo al criterio del Gobierno nepalense.

Rana: —El Gobierno, de acuerdo con la embajada inglesa, ha dispuesto que usted sea conducido primero al hospital de Patna y luego al campo de internamiento de Satara, pero sus ayudantes irán a Ahmednagar.

—Está bien. Estoy convencido de que estaremos allí bien atendidos.

Rana parecía un poco perplejo, tartamudeaba y observé que tenía algo más por decirme, pero que no se atrevía. Al fin se decidió:

—El Maharajá desea saber si aceptaría usted un obsequio en dinero.

Yo: —Usted sabe bien, mi querido Rana, cuál ha de ser mi respuesta: ¡Nunca! El Gobierno del Nepal viene obligado, por contrato, a abonarnos el viaje de vuelta, pero esto es todo.

22 diciembre 1940. Audiencia de despedida en palacio. El Maharajá nos recibió a los tres en una amplia tienda adornada con tapices y alfombras. Se hallaban presentes el viejo secretario, Mani Ram y cinco parientes jóvenes del regente.

Nos sentamos sin ceremonia en torno a una mesa redonda. El Maharajá tomó la palabra y su secretario iba traduciendo al inglés: « Su Alteza lamenta extraordinariamente su decisión de partir... ». Gracias. Buenos deseos. *Shakehands* (1). El viejo secretario y Mani Ram me alargaron también la mano, pero yo me hice el sueco. Una inclinación fue bastante para cumplir con todo el ceremonial. Cuando estuve de nuevo en el *bungalow* y vi los cofres embalados, respiré.

24 diciembre. Liquidación de cuentas con el Banco del Nepal. Telegrama a mi hija: *Leaving Nepal with assistants Saturday — Shall be interned — All my love — Daddy* (2) —. 200 rupias de propinas a los criados.

Por la tarde visita de despedida al Comandante en jefe. Le entregué los originales y copias de mis observaciones astronómicas y magnéticas, así como los mapas del Nepal con los datos de los valores geomagnéticos. No habría sido correcto que el Comandante hubiese censurado ante mí ciertas medidas del Gobierno y ciertas órdenes del Maharajá, pero por sus palabras comprendí perfectamente que deseaba me diese cuenta de lo mucho que lamentaba mi partida y todos los incidentes ocurridos. También me habló largamente de « Dios, el verdadero Señor del mundo ». Despidióme con un fuerte y caluroso apretón de manos.

Nos pusimos en camino el 26 de diciembre de 1940 por la mañana. 64 porteadores llevaron el equipaje, dispuesto en ocho cajas grandes y veintidós pequeñas, hasta el ferrocarril, por la montaña. El Maharajá nos envió fruta, whisky y vino tinto para el viaje. El amigo Rana y el enemigo Mani Ram representaron al Nepal oficial en el acto de la partida, en la portezuela del coche. El leal Rana fue el último a quien estreché la mano en tierra nepalense. Mani Ram saludó militarmente. Arrancó el tren y partimos, camino de Thankot y del Chandragiri, camino de la India, camino del cautiverio.

---

(1) Apretón de manos.
(2) « Salgo sábado de Nepal con ayudantes — seré internado — todo mi afecto — Papá ».

LIBROS DE VIAJES

«LABOR»

Estas fascinantes narraciones, escritas en forma sugestiva y amena por grandes exploradores y viajeros e ilustradas con magníficas fotografías, constituyen a la vez una admirable Geografía descriptiva y humana y una Etnología vividas.

ENTRE LOS GAUCHOS. HUGO BACKHOUSE.
258 páginas, 32 láminas, 1 mapa y 9 dibujos.

VIAJES DE EXPLORACIÓN POR LAS SELVAS DE INDOCHINA (Espíritus de las hojas amarillas). HUGO ADOLF BERNATZIK.
XII-271 páginas, 80 láminas y 3 mapas.

GARI-GARI. HUGO ADOLF BERNATZIK.
216 páginas, 76 láminas, 2 mapas y 4 dibujos.

EN EL REINO DE LOS BIDYOGO. HUGO ADOLF BERNATZIK.
208 páginas, 24 figuras, 106 láminas en negro, 8 láminas en color y 2 mapas.

EL POLO SUR, SITIADO (El descubrimiento del último continente). K. W. L. BEZEMER.
366 páginas, 40 láminas, 3 mapas y 1 dibujo.

LOS ESQUIMALES. BIRKET-SMITH.
291 páginas, 47 láminas y 2 mapas.

NÁUFRAGO VOLUNTARIO (En una balsa a través del Atlántico). ALAIN BOMBARD.
241 páginas, 24 láminas, 6 mapas y 4 dibujos.

VEINTIÚN AÑOS CON LOS PAPÚES. R. P. ANDRÉ DUPEYRAT.
282 páginas, 20 láminas y 3 mapas.

PAITITI. HANS ERTL.
178 páginas, 36 láminas y 1 mapa.

VIAJE A TRAVÉS DE LAS ANTILLAS. PATRICK LEIGH FERMOR.
XVI-470 páginas, 48 láminas, 2 mapas y 5 dibujos.

EN EL INFIERNO DEL NEPAL. WILHELM FILCHNER.
332 páginas, 32 figuras y 12 láminas.

CREPÚSCULO SOBRE INDONESIA. FRIEDRICH W. FUNKE.
228 páginas, 32 láminas y 1 mapa.

EL LAGO CHAD (Aventuras vividas en la selva virgen). RENÉ GARDI.
222 páginas, 64 láminas, 1 mapa y 4 dibujos.

MANDARA (En las desconocidas montañas del Camerún). RENÉ GARDI.
228 páginas, 40 láminas en negro, 8 láminas en color, 1 mapa y 24 dibujos.

VELOS AZULES, TIENDAS ROJAS. RENÉ GARDI.
273 páginas, 48 láminas y 2 mapas.

TAM-TAM (La llamada de la selva). ATTILIO GATTI.
272 páginas, 48 láminas y 1 mapa.

ÁFRICA ES AVENTURA. ATTILIO GATTI.
215 páginas, 24 láminas y 1 mapa.

ESCOGIMOS LAS ISLAS. ARTHUR GRIMBLE.
309 páginas, 12 láminas, 1 mapa y 18 ilustraciones.

EL ÚLTIMO PARAÍSO DE LOS ANIMALES SALVAJES. BERNHARD GRZIMEK.
198 páginas, 64 láminas en negro, 4 láminas en color y 2 mapas.

AMÉRICA DEL SUR (La vida y la naturaleza en Chile, Argentina y Bolivia). ARNOLD HEIM.
277 páginas, 36 figuras, 88 láminas en negro, 1 panorama, 4 láminas en color y 2 mapas.

DEL ORINOCO AL AMAZONAS (Viaje por las regiones equinocciales del Nuevo Mundo). ALEJANDRO DE HUMBOLDT.
XII-429 páginas, 30 láminas, un frontispicio y 2 mapas.

LOS PIGMEOS (Veinticinco años entre los pueblos de negrillos del África Ecuatorial). PAUL JULIEN.
335 páginas, 8 figuras, 32 láminas y 2 mapas.

AL DAR LAS 12 EN CABUL (Un viaje por las encrucijadas del Asia Central). WALTER W. KRAUSE.
260 páginas, 49 láminas y 6 mapas.

ÁFRICA AL DÍA. HANS LEUENBERGER.
248 páginas, 64 láminas y 1 mapa.

RECUERDOS DE VIAJE (Del Himalaya al Ártico). TOM LONGSTAFF.
XVI-362 páginas, 23 láminas y 19 mapas.

LA RUTA CRUEL (Un viaje por Turquía, Persia y Afganistán). ELLA MAILLART.
266 páginas, 48 láminas y 4 mapas.

NAVEGANDO A LOS CUATRO VIENTOS (Lo que he visto y vivido en mares y tierras). HANS VON MEISS-TEUFFEN.
342 páginas, 32 láminas y 7 mapas.

LA RUTA DEL ÁRTICO. JEANNETTE MIRSKY.
VIII-407 páginas, 32 láminas, 1 mapa y 24 figuras.

ROSTROS BRONCEADOS Y ARENAS ROJAS. CHARLES P. MOUNTFORD.
218 páginas, 48 láminas y 2 mapas.

EN LA NOCHE Y ENTRE LOS HIELOS. FRIDTJOF NANSEN.
419 páginas, 32 láminas y 1 mapa.

LOS CORALES DE CAPRICORNIO (Exploraciones pesqueras en el Índico). F. D. OMMANNEY.
332 páginas, 24 láminas y 2 mapas.

SOBRE LAS NUBES, BAJO LAS OLAS. AUGUSTE PICCARD.
XX-285 páginas, 28 dibujos, 43 láminas y 1 mapa.

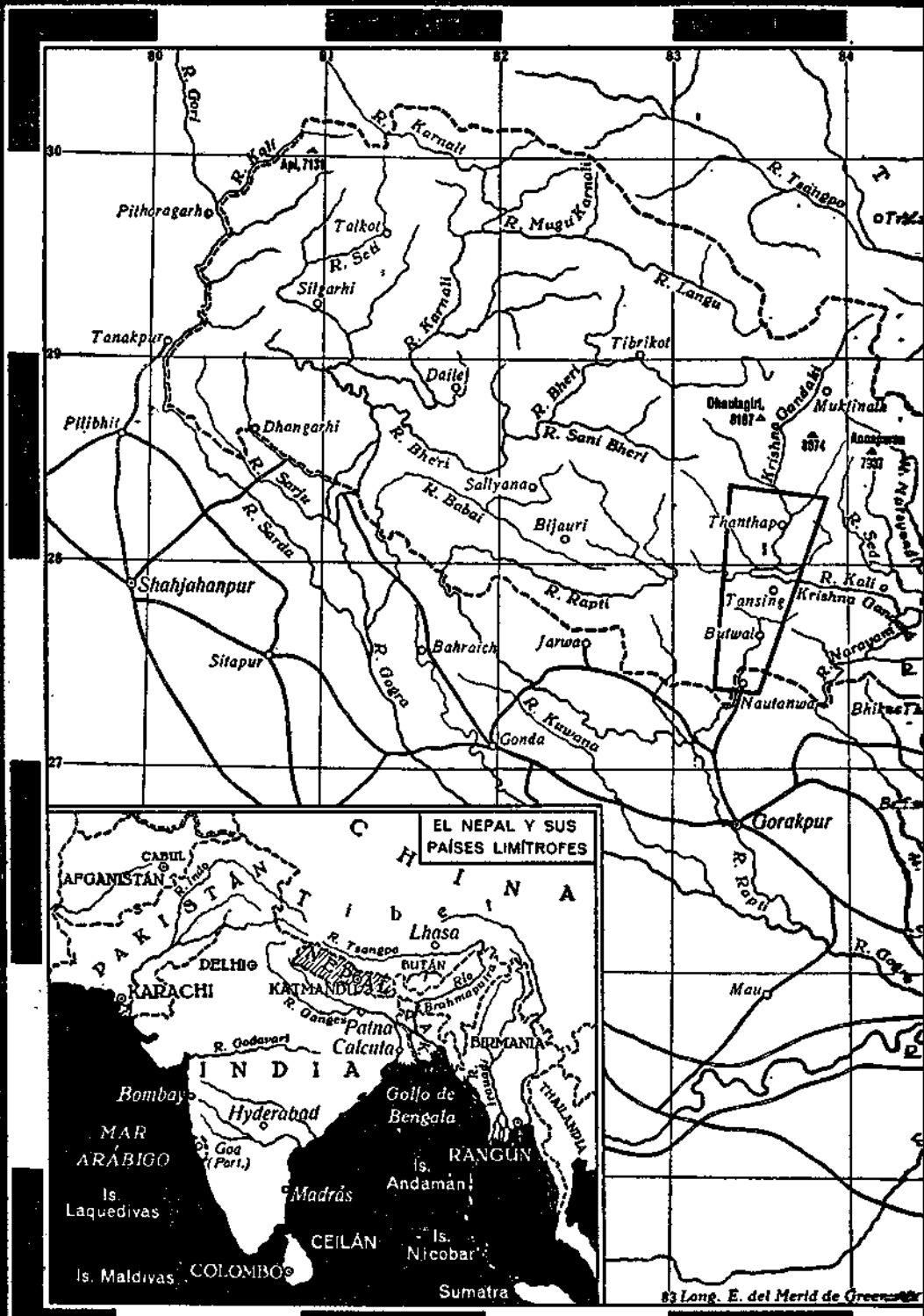
SOLO POR LAS ALTAS SELVAS DE AMAZONIA. HERBERT RITTLINGER.
227 páginas, 35 láminas y 1 mapa.

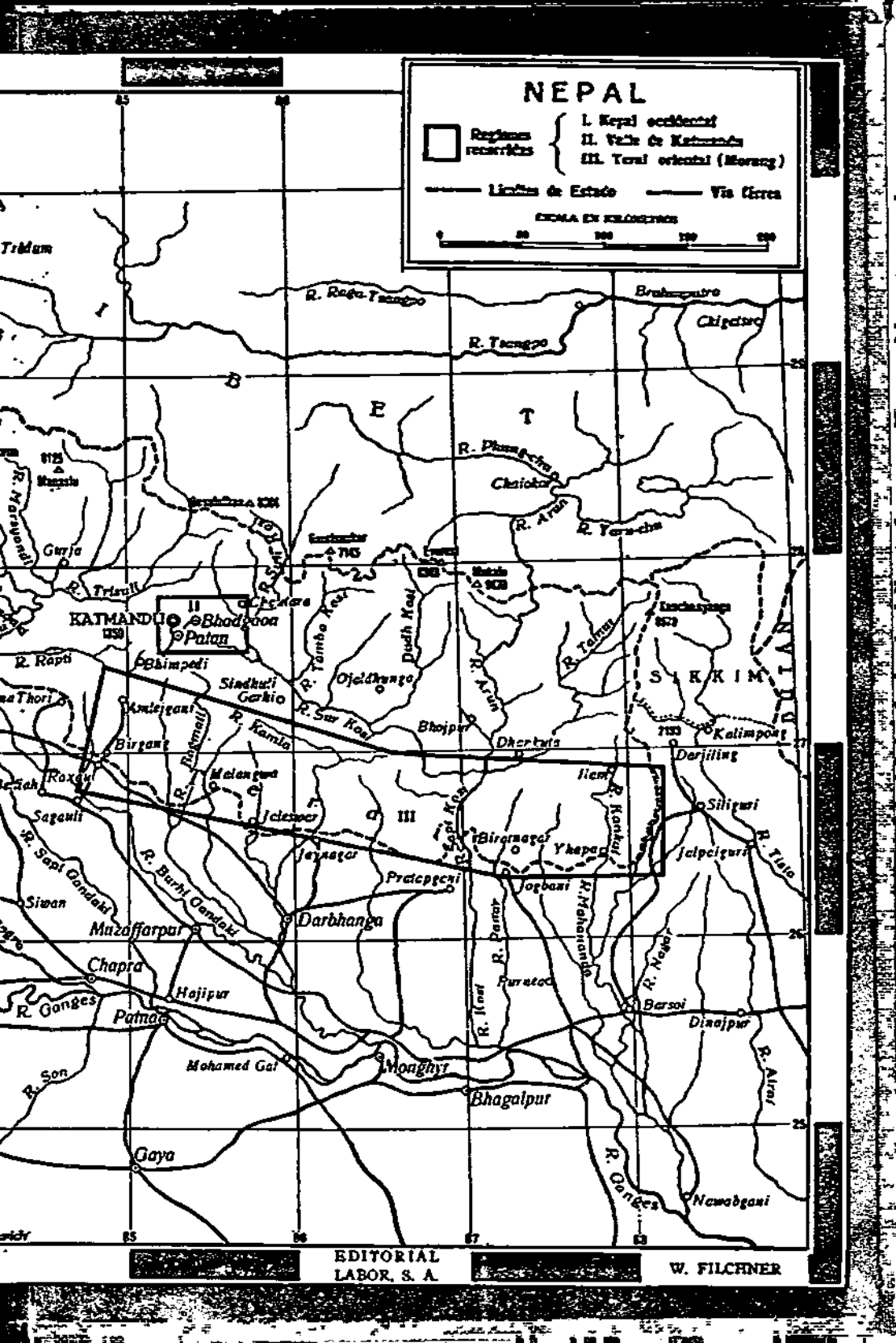
TUCANÍ (Entre los indios y los animales del centro del Brasil). HELMUT SICK.
254 páginas, 48 láminas en negro, 1 lámina en color y 1 mapa.

HACIA EL TRONO DE LOS DIOSES. HERBERT TICHY.
199 páginas, 133 ilustraciones y 3 mapas.

LA METAMORFOSIS DE LA FLOR DE LOTO. HERBERT TICHY.
280 páginas, 64 láminas y 2 mapas.

CHO-OYU (Conquista de un pico de 8.000 metros en el Himalaya). HERBERT TICHY.
214 páginas, 57 ilustraciones distribuidas en 44 láminas, un itinerario y un mapa en las guardas.


EL NEPAL Y SUS PAÍSES LIMÍTROFES
CHINA
Tibet
Lhasa
CABUL
AFGANISTÁN
PAKISTÁN
DELHI
KARACHI
KATMANDU
BUTÁN
Brahmaputra
Patna
Calcuta
BIRMANIA
INDIA
Bombay
Hyderabad
Golfo de Bengala
MAR ARÁBIGO
Goa (Port.)
Madrás
RANGÚN
Is. Andamán
Is. Laquedivas
CEILÁN
Is. Nicobar
Is. Maldivas
COLOMBO
Sumatra
THAILANDIA
Pithoragarh
Talkot
Silgarhi
Tanakpur
Pilibhit
Dhangarhi
Dailej
Tibrikot
Tansing
Butwal
Nautanwa
Gorakpur
Shahjahanpur
Sitapur
Bahraich
Jarwa
Gonda
Bijauri
Sallyana
Mau
Thanthapo
Muktinath
Dhaulagiri, 8167
8074
7937
Annapurna
R. Gori
R. Kali
R. Karnali
R. Mugu Karnali
R. Tsangpo
R. Langu
R. Seti
R. Bheri
R. Sani Bheri
R. Babai
R. Sarju
R. Sarda
R. Rapti
R. Ogara
R. Kawana
R. Kali Krishna Gandaki
R. Narayani
R. Ganges
R. Godavari
R. Indo
83 Long. E. del Merid de Greenwich


NEPAL
Regiones restrictas
I. Nepal occidental
II. Valle de Katmandu
III. Terai oriental (Morang)
Limites de Estado
Via ferrea
ESCALA EN KILOMETROS
0 50 100 150 200
Tridum
R. Rapa-Tsangpo
Brahmaputra
Chigatse
R. Tsangpo
B E T
R. Phamtcha
Chaiokar
R. Arun
R. Tamchu
R. Marsyandi
Gurja
R. Trisuli
KATMANDU
Bhadgaon
Patan
Pharpatan
Tamba Kosi
Dudh Kosi
R. Arun
R. Tamur
Lachenjunga
S I K I M
R. Rapti
Bhimpedi
Sindhuli Garhio
Ojeldhunga
Thori
Amlekgani
R. Sun Kosi
Bhojpur
Dhankuta
Kalimpong
Darjiling
Birgunj
Patharia
R. Kamla
Malangwa
Roxaul
Sagauli
Jaleswar
III
Sapt Kosi
Biramganj
Ykhpa
R. Kankai
Siliguri
R. Tista
Jalpeiguri
R. Sapt Gandaki
R. Burhi Gandaki
Jeynagar
Pratapganj
Jogbani
R. Kaharianda
Siwan
Muzaffarpur
Darbhanga
R. Mahanada
Chapra
Hajipur
R. Ganges
Patna
R. Ionar
Purneah
Barsoi
Dinajpur
R. Atrai
Mohamed Gai
Monghyr
R. Son
Bhagalpur
Gaya
R. Ganges
Nawabganj
85
86
87
88
25
26
27
EDITORIAL LABOR, S. A.
W. FILCHNER